Joaquín López Gamonal

El secreto del árbol MUERTO

¿Hasta dónde serías capaz de llegar para alargar tu vida?

El secreto del árbol muerto

©Joaquín López 2021 all rights reserved

Kindle Direct publishing

Edición 2021

Joaquín López

EL SECRETO DEL ÁRBOL MUERTO

En un pueblo perdid0 de Yorkshire, Inglaterra 1644

Cuando los tambores comenzaron a sonar, el corazón de Emily se revolucionó. Sabía que era un mal presagio. Aquel retumbar se utilizaba para avisar a la muerte de que esa noche habría un alma preparada para partir con ella y, de esa manera, satisfacer su sed insaciable durante una larga temporada. Con dificultad, se levantó del viejo jergón que compartía con su hijo Alexander y se acercó a la ventana. La noche era oscura y, como era habitual en aquella época del año, una espesa niebla impedía ver con claridad más allá de un par de metros, pero el fulgor de las antorchas que se divisaban era visible a mayor distancia. El incesante martilleo cada vez se hacía más audible. Tenía que actuar con celeridad, no estaba segura de si venían a por ella, pero era algo que tenía previsto que pudiera ocurrir. Sin perder un instante se aproximó a su hijo e, intentando no asustarle demasiado, le apremió para que se despertara y se vistiera lo más rápido posible.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó este con cara de sueño.

—Tenemos que irnos. Rápido, vístete y coge el saco de las raíces, luego te explico todo.

—Pero...

—Déjate de peros ahora, levántate.

—¿Qué suena? —volvió a preguntar.

—¡No pierdas tiempo, vamos!

Al asomarse a la ventana, observó que el contorno de la macabra comitiva empezaba a ser visible. Todo indicaba que se dirigían hacia allí. El repique monótono de los tambores le erizaba la piel.

Emily inspiró hondo, puso su mano sobre su prominente barriga, cerró los ojos por un instante y a continuación se reunió de nuevo con su hijo instándole para ir a la parte trasera de la vivienda, donde había un ventanuco por el que podían escapar.

—¡Corre, Alexander. No hay tiempo para que cojas nada más! Súbete a la banqueta, salta por la ventana y procura no hacer ruido.

—¿Y tú, mamá? —preguntó el muchacho aterrorizado y sin entender nada de lo que estaba sucediendo.

—No te preocupes, hijo. En cuanto salgas, a continuación, saltaré yo.

Haciendo caso a su madre, Alexander se subió a la banqueta. Su cabeza quedaba a la altura de la ventana. Antes de impulsarse se giró; Emily le miraba con los ojos muy abiertos y asintiendo para darle el arrojo que le faltaba para salir de allí. Él saltó y, haciendo fuerza con los brazos, consiguió colarse por el estrecho hueco. Al otro lado

reinaba la oscuridad, únicamente rota por la luz que emitía una tímida luna. El simple contacto de su fina piel con el gélido viento que soplaba hizo que rápidamente adquiriera un color rojo tomate. El suelo esponjoso y húmedo, de detrás de la casa, amortiguó tanto el golpe como el ruido de la caída.

—Vamos, mamá, salta tú —le dijo sin alzar demasiado la voz.

Emily le lanzó por la ventana el saco de las raíces y después de volver a pasar su mano por la tripa, se subió a la banqueta pero, aunque era más alta que Alexander, le faltaba la fuerza necesaria para alzarse encima de la estrecha ventana. Estaba en el séptimo mes de embarazo y había ganado bastante peso. Después de unos extenuantes esfuerzos, el sabor de una gota salada inundó su paladar. Era el sabor de la amargura, de la tristeza absoluta. El sabor de unas lágrimas que brotaron de sus ojos al entender que sería imposible salir de allí.

—¡Vamos, mamá, no te rindas por favor! —le alentaba aterrorizado sin saber exactamente de qué.

El sonido de los tambores cesó y un silencio absoluto se adueñó de la noche. Manteniendo la respiración, Emily aguzó el oído, pero lo único que escuchaba, aparte del sisear del frío viento, era el latir de su corazón. Por un momento tuvo la esperanza de que se hubieran ido. Caminando de puntillas, se dirigió hacía la ventana de la parte de delante de la casa. No había llegado hasta ella cuando los tambores volvieron a repicar de manera mucho más continuada y fuerte. Se pasó la mano por su espesa melena rojiza sin saber cómo actuar. El golpe que vino a continuación estuvo a punto de hacer que se cayera hacia atrás. La madera de la puerta crujió. El movimiento que sintió en el interior de su tripa hizo que cerrara los ojos y apretara los puños. De fuera, le llegó el eco de una muchedumbre enervada. Las palabras que escuchó le helaron la sangre. Si no hubiera tenido al lado la mesa para apoyarse, no hubiera podido mantenerse en pie.

Los rumores eran ciertos. Estaba sucediendo en muchos lugares, no solo en Inglaterra, también en otros países como Alemania o Francia. Se estremeció al oír como, los que desde hacía unos meses habían sido sus vecinos, gritaban con el mayor de los odios:

—Salid, bruja. Sabemos que tenéis tratos con el demonio.

Intentó tragar la saliva que se le había acumulado en la boca, pero la estrechez de su garganta se lo impidió. La puerta volvió a crujir y esta vez, algo dentro de ella también crujió. Sin perder un instante se dirigió al escondite donde guardaba la cajita de madera. Era sencilla, de seis centímetros por seis de base y tres centímetros de altura. Echó unas gotas del aceite de piñón de piña roja en el pequeño agujero de la tapa y, a continuación, lo selló con cera.

Sujetándose la tripa corrió hacía la parte de atrás de la casa, donde estaba esperando helado Alexander. El golpeteo de la puerta era

incesante, pero ella estaba tan centrada en lo que tenía que hacer que prácticamente ni lo escuchaba. Subió a la banqueta, asomó la cabeza por el ventanuco y clavando sus ojos en los de su hijo, dijo:

—Alexander, mi amor, tienes que irte. Corre lo más rápido que puedas sin mirar atrás. Te quiero más que a nadie en este mundo, pero debes hacerme caso. Toma esta caja, nunca la fuerces, ella se abrirá sola cuando sea el momento. Es muy importante lo que te digo. Nunca, nunca, por mucha curiosidad que tengas, abras la caja. Confía en mí, ella se abrirá para ti.

—¡Pero mamá, no puedo irme sin ti! ¿Qué está pasando? ¿Qué dicen de que eres una bruja? No entiendo nada —gritó Alexander con lágrimas en los ojos.

La puerta no fue capaz de aguantar más embestidas de aquel tronco que utilizaban a modo de ariete y salió despedida varios metros. Emily, todavía subida en la banqueta, gritó expresando una tristeza desgarradora:

—¡Corre, Alexander, corre sin parar lo más rápido que puedas!

El pequeño, con los ojos muy abiertos y con cara de sorpresa, comprendió que sería la última vez que vería a su madre. Dentro de la casa se oían voces que gritaban:

—¡Coged a la bruja! ¡Atadle las manos a la espalda y tapadle los ojos!

El último lazo que le unía a su madre se deshizo. Los dientes de Alexander empezaron a castañetear cuando vio como esta desaparecía y, en su lugar, aparecía la cabeza de uno de sus vecinos del pueblo. Se miraron fijamente a los ojos y el pequeño sintió miedo al ver el odio que mostraba esa cara conocida. Estaba absorto sin poder reaccionar. Todo aquello le había pillado por sorpresa. Hacía un rato se había acostado alegre, pensando que al día siguiente iría a pescar al arroyo, y ahora estaba paralizado por el miedo y el terrible frío que hacía. Al escuchar los gritos que decían:

—¡El hijo de la bruja está fuera! ¡Ha saltado por la ventana!

Su cerebro se inundó de la sangre que su desbocado corazón le mandaba y se puso a funcionar a toda velocidad. Sin perder un instante, cogió el saco de las raíces, metió dentro la cajita, que su madre le había lanzado y empezó a correr hacia el bosque lo más rápido que pudo. El suelo húmedo y la espesa hierba entorpecían el avance. Era consciente de que, si se caía y se quedaba lastimado en el suelo, le alcanzarían. La densa niebla dificultaba la visión.

—¡Hay que encontrarle! ¡No puede escapar, tiene que ir a la hoguera junto a su madre! —escuchó a corta distancia.

Giró la cabeza un instante y comprobó que un pequeño grupo de antorchas se dirigía, a toda velocidad, hacía él. Esa mañana había estado en ese mismo lugar cazando. Sin saber muy bien hacía dónde

dirigirse, se acordó de la cueva que había al otro lado del arroyo. No volvió a mirar atrás, tenía un objetivo y se dirigió hacía allí. Debido a las abundantes lluvias, el riachuelo se convertía en un río respetable en esa época del año. Sin parar a quitarse la ropa, entró. Su cuerpo se contrajo. Notaba como si le clavaran pequeños cuchillos en sus piernas. Siguió avanzando ignorando la sensación. Estuvo a punto de caer; el lecho lo formaban millones de pequeños y resbaladizos cantos redondeados. Había atravesado la mitad del arroyo y el agua le llegaba por la cintura. La corriente le golpeaba salpicando gotas de agua al resto de su cuerpo. Cuando salió, el frío de sus piernas se transformó en dolor. Siguió corriendo, pero le daba la impresión de que sus pies iban a estallar en mil pedazos. «Ya queda poco», intentó animarse concentrándose en su objetivo. Ya podía divisar la montaña donde estaba la gruta que días atrás había descubierto por casualidad, cuando salió a cazar, sacar resina de los pinos y recolectar flores. Unos setos tapaban la entrada. Al retirarlos se clavó varios pinchos, pero no lo sintió. No se veía nada y allí dentro el olor a humedad era más intenso. Apoyó la mano en la pared. Era rugosa y estaba tan fría como sus pies. Se sentó agarrándose fuertemente las piernas para intentar reunir el mayor calor posible en su cuerpo. Tuvo que apretar la boca con fuerza para mantener los dientes quietos. Su cuerpo no paraba y su cabeza se movía descontrolada. Un estremecimiento mayor que el propio frío le sacudió. Había oído algo, estaba seguro. Metió la cabeza entre sus piernas para mantenerla quieta y se concentró en escuchar. Esta vez, el ruido se transformó en palabras:

—¡No puede andar muy lejos! ¡Tenemos que encontrarle!

Se mantuvo todo lo quieto que pudo y, sin apenas respirar, esperó. El rumor de las voces seguía, pero el ruido se iba amortiguando. El silencio volvió a adueñarse de la fría noche. Pasó un rato y parecía que todo estaba en calma. Sus oídos pitaban. Después llegó el grito. Era un grito de dolor. Alexander reconoció perfectamente la voz. Llevaba casi trece años escuchándola a diario. Era la voz de una persona que se dirigía a él con dulzura y paciencia. La voz que le había enseñado todo lo que sabía sobre plantas curativas. Era la voz de alguien que le había enseñado a leer y a escribir. Una voz que le contaba historias para ayudarle a dormir. Era una voz que supo que nunca más volvería a oír. A los pocos minutos, el olor a humedad fue sustituido por olor a quemado. El aroma inundó su pituitaria y su corazón quedó roto en mil pedazos para siempre.

23 de octubre de 1988, finca Las Truchas.

00:50 h, Cuenca

Después de un sinfín de disculpas, David y Sonia consiguieron escaquearse de la pedante boda en la que él se sintió en todo momento fuera de lugar.

«Aparte de ser un puto compromiso, no se les ha ocurrido otra cosa que celebrarlo en Cuenca», pensó David con mal humor, cuando Sonia le avisó de que estaban invitados a la boda de la amiga más pija del trabajo.

Al salir por la puerta metálica que daba entrada a la finca, sintió el aroma natural del aire sin la mezcla de los cientos de perfumes que le habían llegado a marear. Ya podía aflojar el nudo de aquella ridícula corbata que le estaba dejando sin aire. Solo quedaba sacarse de la cabeza la maldita canción de Alaska, que no paraba de tararear mentalmente. Entraron en el coche y se pusieron en marcha hacía el hotel en donde habían reservado la habitación para pasar la noche.

Querían madrugar; habían prometido a su hija que la irían a ver a la competición de kárate que empezaba a las once y media. Deberían pasar por Vallecas, por casa de los abuelos, y después ir al polideportivo.

—¡Joder, Sonia! Ha sido peor incluso de lo que pensaba.

—¡Qué exagerado eres! Tampoco ha sido para tanto.

—Te puedo asegurar que ha sido... desagradable —dijo con mala cara.

—Pero ¿por qué? —preguntó ella mientras intentaba sintonizar la radio.

—Joder, ¿me lo preguntas de verdad? Son una banda de gilipollas. Solo saben hablar de la pasta que tienen y de sus planes de negocios. Me han puesto la cabeza como un bombo. Lo bueno es que, como solo saben hablar de sí mismos, no he tenido que contar a nadie que soy un triste profesor de historia, porque nadie me lo ha preguntado.

—Pues yo me he reído bastante —confesó ella apagando la radio.

—Sí, ya te he visto que no parabas de reír con el tío ese que se te ha pegado —respondió David sin que su mala cara aflojase—. Se te veía a gusto y disfrutando de la compañía.

—Vamos, David, no me fastidies. ¿Estás celoso? Solo manteníamos una conversación.

—Una conversación un poco larga y a mí me has dejado con el portugués, que me ha taladrado el oído contándome todas las pertenencias que tiene en Lisboa y en Cascais.

—Y si me está hablando, ¿qué quieres que haga, qué le ignore?

—Pues le cortas y por lo menos me pones un poquito más fácil el mal trago.

—Bueno, vamos a dejarlo David, porque al final acabamos discutiendo.

Después de un rato metidos en sus pensamientos, circulando por

una oscura y estrecha carretera de doble sentido en donde no había más visibilidad que la que ofrecía las luces del recién estrenado Renault diecinueve, unas tímidas gotas empezaron a mojar el parabrisas.

—¡Lo que faltaba! ¡No se ve una puta mierda y encima empieza a llover!

Sonia, que sabía el mal humor que se le levantaba a su marido cada vez que se perdía, cosa que sucedía habitualmente, comentó con el mayor tacto que pudo:

—La verdad es que da un poco de miedo la carretera. De todas formas, pensaba que estaba mucho más cerca el hotel.

—Eso pensaba yo. Llevamos más de veinte minutos y ni una sola indicación que nos oriente cómo llegar.

Al poco, los limpiaparabrisas tenían que dar el máximo de sí para que las líneas de la carretera fueran medianamente visibles.

—Joder Sonia, me estoy acojonando. Casi no se ve y creo que nos hemos perdido —dijo David con visible cara de agobio—. Aunque juraría que he seguido bien las indicaciones del mapa.

—Tranquilo —intentó calmarle ella, aunque estaba igual o más nerviosa—. Ve despacio y cuando puedas da la vuelta. A lo mejor nos hemos desviado por la carretera que no es.

—¿Cómo voy a dar la vuelta aquí? Me da miedo que venga otro coche y tengamos un accidente.

—¡Mira, parece que ahí hay un camino! —advirtió Sonia.

David redujo la velocidad y, con sumo cuidado, giro a la derecha para adentrarse en el camino de tierra. «La maniobra es fácil, hay espacio suficiente para dar la vuelta», pensó mientras giraba el volante. Solo quedaba el último giro para enfilar el coche en dirección a la carretera, cuando notó que la rueda delantera derecha se introducía en el profundo bache que estaba intentando evitar, dejando la rueda delantera izquierda sin apenas contacto con el suelo. El socavón estaba anegado de agua y cuando David pisó el acelerador la rueda resbaló. Lo único que hizo el coche fue rugir sin moverse ni un milímetro.

—¡No me jodas! —gruñó él, golpeando el volante y cerrando los ojos—. ¡No me lo puedo creer!

Salió del coche e, intentando mantener la calma, se acercó a unos árboles cercanos y arrancó unas cuantas ramas. Las puso debajo de la rueda con la esperanza de que así, cogiera tracción. Se volvió a meter empapado dentro del vehículo y aceleró, pero obtuvo el mismo resultado de antes.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sonia que tenía la cara descompuesta.

—Tenemos dos opciones: o nos quedamos aquí esperando a que

pase otro coche que nos pueda ayudar o salgo a buscar ayuda —contestó David con gesto serio.

—Tiene pinta de que por aquí no pasan demasiados coches.

—Pues nos queda la segunda opción. Caminaré a ver si hay suerte y encuentro un pueblo o una gasolinera cerca donde pueda llamar por teléfono.

—Te aviso: aquí sola no me quedo ni de broma.

—Si está diluviando.

—Me da igual, prefiero empaparme a quedarme aquí sola esperando.

—Bueno, tú verás, pero antes voy a coger la maleta de atrás y nos cambiamos de ropa. No pienso salir a andar así vestido.

Después de ponerse las prendas que tenían preparada para el día siguiente, salieron del coche y comenzaron a caminar por el arcén. Cada vez que un relámpago decidía mostrar todo su potencial de luz, aparecían miles de sombras con formas extrañas, haciendo que Sonia se estremeciera. Estaban empapados hasta los huesos y el frío empezaba a ser insoportable.

David, que empezaba a pensar que había sido mala idea alejarse tanto del coche, divisó lo que parecía una columna de humo al otro lado de la carretera, en lo alto de una loma.

Por fin, la maldita nube que había decidido descargar encima de ellos fue arrastrada por el viento y dio paso a una orgullosa luna llena.

—Eso de allí arriba parece una casa. Creo que deberíamos acercarnos para llamar por teléfono —propuso David mirando atrás para dirigirse a su mujer.

Esta, tiritando de frío, asintió.

—¡Joder, estás helada! —le dijo mientras se acercaba para abrazarla a ver si así entraba en calor.

Al rato, cuando los dientes de Sonia decidieron parar quietos, continuaron la marcha. Cruzaron la carretera y se adentraron en el camino que llevaba hacía la casa. El terreno mojado era resbaladizo y dificultaba el avance. Según se aproximaban, más les impresionaba la casa. Más que por su tamaño, por su estilo arquitectónico. Estaba compuesta por sillares de roca caliza, y por el tipo de construcción y la forma de los arcos de la parte superior de las ventanas, David pensó que tendría varios siglos de antigüedad.

Allí arriba el viento soplaba con mayor intensidad y sus cuerpos húmedos pedían a gritos entrar en calor.

Se acercaron a la puerta que daba acceso al patio delantero y descubrieron que no había candado alguno que la mantuviera cerrada. Se miraron y David la empujó con gesto nervioso. Esta le devolvió un desagradable chirrido mientras giraba para abrirse. Se adentraron hasta llegar a la gran puerta de madera que precedía a la vivienda. El

terreno de alrededor estaba descuidado y poblado de multitud de malas hierbas. Sin pensarlo, Sonia llamó al timbre, pero o sonaba muy bajo o no funcionaba, porque ninguno de los dos consiguió oírlo. Esperaron unos segundos y David decidió aporrear la puerta con la aldaba metálica. Se volvieron a mirar mientras aguzaban el oído, pero no se oía nada. A los lados de la puerta había unas ventanas protegidas con unas rejas de acero fundido; detrás del cristal, unas cortinas impedían ver el interior. De pronto, se escuchó el sonido de unas ligeras pisadas y la puerta se abrió lentamente expulsando un olor rancio, típico de lugares que han estado cerrados durante mucho tiempo. Al comprobar que quien abría la puerta era una niña de una edad similar a la de su hija, con una espesa y larga melena pelirroja, se quedaron quietos sin saber qué decir.

—Hola —dijo la pequeña sonriendo.

Aunque habían escuchado el saludo, seguían estáticos y sin poder hablar. La puerta se abrió un poco más, haciendo que tanto David como Sonia se sobresaltaran. Detrás de la niña apareció de la nada una mujer idéntica, pero a doble escala. La melena rizada y pelirroja no difería en nada, tanto en la forma como en el color, y la claridad de sus ojos verdes brillaban con la misma intensidad.

—Hola, buenas noches —dijo la extraña y hermosa mujer con marcado acento inglés.

Intentando salir del estado de perplejidad en el que se había sumido, David carraspeó.

—Buenas noches, perdone las molestias. Sé que es muy tarde, pero se nos ha quedado atascado el coche dentro de un bache y no tenemos manera de sacarlo. Solo queremos llamar para poder avisar a una grúa.

—Lo siento mucho, pero no tenemos teléfono.

—¿Y por aquí, en las cercanías, hay algún pueblo o gasolinera? —preguntó él un tanto decepcionado.

—Esta casa está un poco aislada de todo. De aquí al pueblo más cercano hay diez kilómetros. Pero pasen, no se queden ahí, tienen pinta de estar helados.

—Bueno... no queremos molestar —dijo Sonia deseando pasar para entrar en calor.

—No molestan. Pasen, pasen.

Entraron. La única luz que facilitaba en cierta medida la visión, era la que ofrecían unos candelabros con velas y el candil que descansaba en una mesita situada al lado de la puerta. La misteriosa mujer de pelo ensortijado portaba otro en la mano. El olor transportaba a tiempos pasados.

—Disculpen la falta de luz. Cuando hay tormenta suelen ocurrir estas cosas.

Pasaron a una sala enorme que había a la izquierda. Parecía un salón. Una chimenea con troncos de encina ardían ofreciendo un calor reconfortante. El crepitar de la leña en llamas invitaba a sentarse enfrente para recuperar las energías que habían perdido. La humedad de sus ropas no tardó en secarse.

—Buenas noches —se oyó en algún sitio de aquella sala seguido de una insistente tos.

—¡Joder! —soltó David apretando con fuerza la mano de Sonia.

La mujer colocó el candil encima de la mesa de madera y en el extremo opuesto se adivinó el contorno de una persona sentada.

David y Sonia se miraron un tanto nerviosos.

—Es mi marido —aclaró la mujer pelirroja—. Tiene problemas en la piel y no puede darle la luz de cerca.

—Hola, buenas noches —se decidió a responder David con un tono de voz inseguro—. Nos hemos perdido. Al intentar dar la vuelta se nos ha quedado el coche en un bache y no hay manera de sacarlo. Hemos visto el humo de la chimenea y hemos venido para llamar a una grúa, pero ya nos ha comentado su mujer que no tienen teléfono.

—Lo siento... no tenemos teléfono y el coche lleva días que no arranca. La próxima semana vendrá el mecánico. Lo único que podemos hacer por ustedes es ofrecerles una habitación para descansar —dijo el hombre con voz ahogada y con constantes pausas para respirar.

Sonia miró a su marido y sin esperar a que este se pronunciara, helada de frío, soltó:

—La verdad es que no queremos abusar de su hospitalidad, pero estamos agotados y helados. Estaríamos muy agradecidos. Mañana, a primera hora, saldremos a intentar sacar el coche de nuevo o a buscar ayuda.

—No hay ningún problema, encantados de poder ayudar. Mi mujer y mi hija los acompañarán a una habitación para que descansen. Buenas noches.

Siguieron a la mujer pelirroja y a su réplica en miniatura hasta la primera planta. La luz seguía brillando por su ausencia.

La niña pasó a una habitación y encendió un candil, después salió.

—Si necesitan mantas, pueden coger las que hay en el armario. Buenas noches —se despidió la mujer y cerró la puerta.

—¡Madre mía que gente más rara! —dijo David en voz baja y con cara de asombro.

—Ya te digo, me estaba empezando a poner nerviosa pero bueno, lo importante es que han sido majos y tenemos un sitio para dormir.

—Estoy deseando que acabe este maldito fin de semana. Encima, la pasta del hotel como si la hubiéramos tirado.

—No te quejes tanto. Valora la suerte que hemos tenido. Mucho

mejor esto que pasar la noche helados de frío en el coche.

—Precisamente por el frío no es, porque aquí hace prácticamente la misma temperatura. ¡Hace un frío de cojones! Menos mal que con la chimenea nos hemos secado.

Con el candil en la mano, David hizo una rápida inspección de aquella fría y oscura habitación. Era enorme y en una esquina había un armario de madera de aspecto antiguo. El interior estaba vacío, a excepción de unas mantas con fuerte olor a naftalina. Se sentó en la cama al lado de Sonia y uno de los muelles se le clavó en el culo. Enfrente, colgados en la pared, había tres cuadros. Se acercó y los iluminó.

—¡Joder, madre mía! ¡Lo que faltaba para terminar de acojonarme!

—¿Qué pasa? —preguntó Sonia mientras se acercaba con curiosidad nerviosa.

—Mira los cuadros.

Con los ojos muy abiertos y sorprendida soltó:

—Son mujeres quemándose en hogueras.

—¿Te has fijado bien en la mujer del cuadro de la derecha?

El corazón de Sonia se aceleró, fijó la vista para asegurarse de lo que veía y dijo:

—¡Pero... si es clavada a la mujer pelirroja!

—Eso me ha parecido a mí, quizá sea una antepasada. Era algo habitual en siglos pasados. Hubo una caza absurda de supuestas brujas, sobre todo en Alemania, Francia, Escocia e Inglaterra. Fue una época con demasiadas supersticiones y el simple hecho de ser diferente bastaba para ser acusadas. También pensaban que, si ofrecían a la muerte aquella alma impura, conseguirían alejarla durante una larga temporada.

Sonia estaba absorta con la imagen y con la historia que David le contaba. Sugestionada con aquella oscura estancia, empezó a sentirse incómoda.

De pronto sonó un golpe en la puerta. Sonia, del susto, emitió un grito, lo que hizo sobresaltar a David.

—¡Joder, Sonia, me va a dar un ataque! —la regañó este con el corazón en un puño.

David abrió la puerta. Al otro lado encontró a la mujer y a la niña pelirroja con una bandeja y sobre ella dos tazones humeante.

—He pensado que un vaso de leche caliente les sentará bien. Después de haberse empapado de esa manera, seguro que les ayudará a entrar en calor.

—Son ustedes muy amables, de verdad, se lo agradecemos —dijo David cogiendo la bandeja y despidiéndose a continuación.

La sensación al beber algo caliente hizo que sus cuerpos encontraran la relajación que tanto necesitaban. Hacía tanto frío que

decidieron meterse dentro de la cama vestidos. El contacto de las sábanas era húmedo y los muelles del colchón se notaban más de la cuenta, pero estaban tan cansados que cualquier cosa valía. Había sido un día demasiado largo y con demasiados sobresaltos. Debía de ser por eso que los párpados, les empezaron a pesar y los ojos se negaban a permanecer abiertos. David se sorprendió al notar el estado de relajación al que había llegado en tan poco tiempo. Sonia respiraba profundamente a su lado. Segundos antes de caer rendido, le pareció oír el repique de un lejano tambor.

15 de marzo de 2019, 8:30 h

Rivas Vaciamadrid

Cuando sonó por enésima vez el despertador del móvil, Fernando decidió abrir un ojo. La luz que entraba por la ventana se coló por su córnea, haciendo que un dolor desagradable se apoderara de su cabeza. Al abrir el otro ojo volvió a notar la misma sensación, pero multiplicada por dos. Tenía la lengua con la misma rugosidad que un estropajo y su desértica garganta pedía a gritos un buen trago de agua fría. Miró la hora y exclamó:

—¡Joder, otra vez!

Se sentó en la cama, se ajustó la prótesis hecha a medida y se vistió como pudo.

Aguantando las náuseas fue a la cocina, se metió en la boca una de esas maravillosas pastillas que le habían recomendado y, de una sentada, se bebió medio litro de agua.

Al llegar a su agencia, Mónica, su secretaria, pulsaba con destreza las teclas del ordenador.

—Llegas tarde jefe.

—No me había dado cuenta, Mónica. Muchas gracias por hacérmelo saber —contestó Fernando con sarcasmo y con cara de resignación.

Se preparó un café doble muy cargado y se desplomó sobre el sillón de su desordenado despacho, mirando sin fijar la vista en ningún sitio concreto. Sopló mientras se masajeaba las sienes. Echó mano al paquete de tabaco, pero, con cara de desagrado, recordó que lo estaba dejando. Aun así, mantenía en el bolsillo interior de la cazadora un paquete con dos cigarros y un mechero por si tenía una necesidad extrema.

Otra vez había salido derrotado en su ardua lucha contra la botella de whisky. Nada ayudaba su trabajo, en el cual tenía que pasar largas horas de espera en soledad. Había vuelto a tocar fondo. Después de más de dos años sin probar una gota de alcohol, la llamada de su

amigo Javier le había arrastrado de nuevo a las garras de la despiadada bebida y, sin darse apenas cuenta, empezó a tachar en su calendario personal más mañanas en las que despertaba con un intenso dolor de cabeza y boca seca, que mañanas con la cabeza despejada.

Un día, después de años sin verse, recibió la llamada de Javier. Fue una gran alegría. Habían sido prácticamente como hermanos y, como suele pasar, por razones de trabajo, se habían distanciado. Cómo no, quedaron en un bar; territorio prohibido para Fernando. A veces, la confianza hace que tropecemos de nuevo en piedras que a simple vista parecen inofensivas. Javier estaba pasando un momento complicado. Tenía serias sospechas de que su mujer se la estaba pegando con otro. Recurrió a Fernando y él, como buen amigo que era, le hizo un hueco en su apretada agenda.

Dos días le fueron suficientes para sacar las fotos en donde se evidenciaba la supuesta infidelidad.

Quedaron de nuevo en el mismo bar. En esta ocasión, ciertos matices hacían que la cosa fuera diferente. En primer lugar quedaron a las ocho de la tarde, mala hora para un alcohólico o un ex alcohólico. Es la hora justa en la que las venas piden a gritos su acostumbrada dosis. Ese ya era un mal comienzo y Fernando era consciente de ello, pero lo tenía todo controlado, o al menos eso creía. En segundo lugar estaba su amigo. La confirmación de lo que ya intuía le empujó a caer en picado al pozo de los lamentos y nada mejor para amortiguar el golpe que un buen trago. El primer embiste lo consiguió esquivar con cierta soltura, pero el segundo le pilló desprevenido y le clavó los cuernos hasta el fondo. «Por una no va a pasar nada, mi amigo está mal, haré una excepción», pensó poniéndose una venda en los ojos para obviar la realidad. Aquella noche llegó a su casa a las cinco de la mañana. Suerte que era viernes y al día siguiente no tenía que ir a la agencia. Se pasó todo el fin de semana sin salir, torturándose por su falta de autocontrol y teniendo claro que no volvería a ocurrir. Demasiados problemas le había ocasionado ya el maldito alcohol, pero su cerebro había vuelto a sentir la sensación de placer al liberar endorfinas.

De eso habían pasado ya más de seis meses y era raro el día en el que se acostaba totalmente sobrio. De hecho, le suponía bastantes más problemas no beber, ya que los temblores de las manos le dificultaban seriamente cualquier acción que quisiera acometer. Sin contar con la ansiedad, que le dificultaba mantenerse sentado durante unos minutos. Todo ella le llevó a la conclusión de que, si quería mantener una vida medianamente llevadera, debía calmar esos síntomas que le convertían en un ser torpe.

La petaca volvió a ser su más fiel compañera y mataba los ratos de

largas esperas a base de lingotazos.

Al poco tiempo, su amigo Javier conoció a quién creía que era la mujer de su vida y cambió radicalmente sus costumbres. Para Fernando ya era tarde. Se había dejado seducir de nuevo por aquella mortal compañera.

La puerta se abrió de golpe y Fernando dio un pequeño salto, saliendo de su total ensimismamiento.

—Mónica, te he dicho mil veces que llames. Un día, del susto, me quedo en el sitio.

Esta, sin hacer demasiado caso, se sentó en la silla que había al otro lado de la mesa y con gesto de preocupación se dirigió a su jefe.

—Fernando, me tienes preocupada. ¿Por qué no me cuentas lo qué te pasa?

—¿Preocupada por qué? No me pasa nada.

—¿Te has fijado la cara que tienes? Llegas tarde un día sí y otro también y no eres ni la sombra de quién eras hace un año. A este paso no solo te vas a destruir tú, sino que también caerá la agencia contigo y me arrastrarás a mí también.

—Estoy pasando por un mal momento, eso es todo —afirmó él con mirada esquiva.

—No te engañes, Fer. Has caído de nuevo. Estás dejadísimo y apestas a whisky.

—Mónica, te recuerdo que eres mi secretaria. Deberías respetarme más.

—Fernando, te recuerdo que, aparte de ser tu secretaria, tu madre y la mía son primas y te conozco desde que tengo consciencia. Eso nos une como familiares lejanos y sobre todo que te quiero. No me gusta ver esa versión tan triste de ti.

Con cara seria y con los ojos brillantes, su templanza se vino abajo.

—Pues sí, estoy tocando fondo de nuevo. Pensé que era algo que tenía superado, pero me he dado cuenta de que no soy tan fuerte cómo pensaba.

—Necesitas ayuda, Fer. Tienes que ser realista y afrontar la realidad. Sabes que por ti mismo supone un camino con demasiada pendiente —dijo Mónica intentando animarle—. ¿Cuánto hace que no te tomas unas vacaciones? Desaparece una temporada. Ahora está la cosa más tranquila en la agencia y yo tengo un montón de informes por gestionar. Confía en mí, te buscaré un sitio donde te puedan ayudar. Yo me quedaré aquí poniéndome por fin al día y cuando vuelvas retomarás las investigaciones.

—No es tan fácil, Mónica. Perderemos clientes.

—Sí, Fer, pero es mejor perder algún cliente ahora y que vuelvas siendo tú, a que sigas por ese camino y al final los perdamos a todos.

No estaba muy convencido, pero era verdad que así no podía

seguir. Ya una vez lo perdió todo por la bebida y no estaba dispuesto a que volviera a suceder.

—No sé Mónica... es complicado —titubeó él resoplando.

—Déjame que te lo organice. Me tienes que pasar las fotos para hacer los informes de las aseguradoras. Deja todo en mis manos. Te aseguro que cuando vuelvas estarás recuperado y afrontarás todo con otros ánimos.

23 de octubre de 1988, 2:55 horas

El fuerte olor de la leña quemada, junto con el intenso calor que recibía al estar sentado al lado de las llamas de la chimenea del salón, hizo que David abriera los ojos.

Al principio todo era confuso. Acababa de volver de un sueño profundo y placentero. No recordaba dónde estaba, pero cuando su cerebro recibió la cantidad de sangre necesaria para empezar a funcionar, y sus pupilas se acostumbraron a la baja intensidad de luz del lugar, le dio un vuelco al corazón.

Intentó mover las manos, pero no pudo. Estaban atadas detrás del respaldo de la silla. Después intentó gritar, pero algo tapaba su boca. El calor de las llamas engordaban sus dedos, dándole la sensación de que no eran suyos. El anillo de casado le apretaba tanto que le parecía que pronto su dedo saldría disparado. Con el rabillo del ojo, a escasos metros de él, vio algo. Giró la cabeza y el cuello le respondió con un latigazo de dolor. Tardó varios segundos en identificar a Sonia, que estaba tirada en el suelo, amordazada y con los ojos cerrados. Le era difícil precisar si seguía dormido o aquella locura era real.

Encima de la mesa de madera, que tenía enfrente, había una daga con el mango en forma de cuerno de carnero y el candil de queroseno. Al otro lado se oía una especie de cántico monótono y repetitivo acompañado del martilleo de un tambor.

El dolor de cabeza iba en aumento. Forzando la vista consiguió vislumbrar a la madre y a la hija pelirrojas, de la mano de aquel extraño hombre. De repente, el sonido del tambor se interrumpió y, sin parar de pronunciar esa especie de oración, se fueron acercando lentamente hacia él. Se colocaron enfrente, a menos de un metro de distancia. La luz de las llamas iluminaban sus rostros formando sombras que se movían sin parar. David miró al hombre, que estaba un paso por delante de ellas, y lo que vio le obligó a cerrar los ojos un instante. Tenía el rostro salpicado de miles de pequeñas heridas mal curadas y llena de manchas que iban desde el rojo hasta el negro más oscuro. Intentó gritar de nuevo, pero lo único que consiguió fue lastimarse la garganta. Sus caras impresionaban. Tenían los ojos abiertos, pero daban la impresión de no mirar a nada en concreto,

como si estuvieran poseídos por una fuerza invisible.

El repetitivo cántico era más pegadizo que la canción de Alaska que tanto le costó sacarse de la cabeza. No entendía una sola palabra y empezaba a creer que le estallaría la cabeza. Súbitamente se callaron y lo único que se escuchó fue el crepitar de las llamas. Esta vez el sonido no le pareció tan agradable como hacía unas horas. La tensión confería al ambiente cierta densidad, dificultando la respiración. Las gotas de sudor, que resbalaban por su cara, se confundían con las lágrimas que anegaban sus ojos.

Cuando el tambor volvió a sonar, su corazón se revolucionó todavía más. Era un retumbar violento y acelerado, igual que los latidos que le golpeaban en las sienes. La plegaria volvió, pero a un ritmo frenético, como queriendo ir al compás del ruidoso martilleo. Un golpe de tos interrumpió al hombre que, por unos momentos, paró el repetitivo cántico, limpiándose a continuación con un pañuelo el líquido desagradable y rojizo que salía de su boca. David movió las manos intentando escapar del nudo que las retenía, pero parecía que se las habían sustituido por las de un gigante. El grosor de sus dedos le impedía cerrar las manos. El anillo seguía estrangulando con fuerza su dedo anular. Cada movimiento del hombre que tenía enfrente era pausado y transmitía dolor. El hombre se giró y cogió la daga que estaba encima de la mesa, asió con fuerza el curvado cuerno y se acercó, situando su cara frente a la de David. Este, con los ojos muy abiertos, mucho más impresionado todavía al ver de cerca aquellas desagradables pústulas por las que supuraba una especie de pus denso y asqueroso, sintió náuseas al notar su pestilente aliento corrosivo impulsado por unas palabras demoledoras.

—Vuestro sacrificio será nuestra liberación.

El siguiente pensamiento que pasó por la cabeza de David fue el de su hija riendo. Un latigazo de tristeza profunda le fustigó al comprender que no la volvería a ver.

10 de marzo de 1644,

Yorkshire Inglaterra

Los tímidos rayos de sol que se colaban entre las ramas del arbusto sacaron a Alexander de su aturdimiento. Los ojos le pesaban como si no hubiera dormido nada. Se mantuvo abrazado a sus piernas, reuniendo el máximo calor posible, dentro de la cueva.

Había pasado solo una noche pero, dentro de él, algo había cambiado. El fuerte olor a quemado, que todavía se podía percibir en el ambiente, le había robado su carácter alegre. Era como si hubiese

acabado el día anterior con doce años y hubiera empezado este con treinta.

Se levantó con dificultad. Las extremidades no respondían debido tanto a la posición como al frío que se le había metido hasta los huesos durante la noche. Cuando salió, una claridad inusual le sorprendió y quedó deslumbrado por unos instantes. El sol pugnaba con las nubes para dejarse ver y, cuando lo conseguía, todas y cada una de las gotas de rocío que descansaban sobre la exuberante vegetación, brillaban ofreciendo un espectáculo de luz. En otro momento se habría quedado maravillado, pero la impresión del día anterior había ensombrecido su capacidad de asombro.

Como cada mañana, sacó dos pedazos de raíz del saco, las masticó exprimiendo todo el jugo que contenían y escupió la parte sólida. Llevaba haciendo ese ritual desde que tenía memoria y le había provisto de una salud poderosa a prueba de cualquier enfermedad. No recordaba haber enfermado nunca. Ni siquiera la fiebre rosa, que afectó a casi todos sus vecinos, había podido con él. Su madre corría la misma suerte, nunca enfermaba, algo había en el jugo de las raíces que fortalecía sus organismos por dentro. Era un secreto de familia que había pasado de padres a hijos desde años inmemoriales.

Después de que su padre fuese reclutado a la fuerza para defender al Rey Carlos I de Inglaterra en la guerra civil contra los parlamentarios, se habían quedado solos. Pasado un mes de su partida, recibieron una misiva en donde se informaba del fallecimiento de su progenitor.

La vida en la Inglaterra de la época no era fácil. Por miedo a que el ejército de parlamentarios tomara represalias contra las familias de los soldados reclutados en el bando opuesto, cómo así se decía que iba a suceder, su madre y él salieron una madrugada con las pocas posesiones que tenían en busca del anonimato. La más preciada de sus pertenencias no les pesaba, porque la llevaban en la cabeza.

Emily había adquirido conocimientos secretos de herbología, que se habían transmitido de generación en generación, y ahora era ella la encargada de transmitírselos a Alexander.

Anduvieron todo el día. Se dirigieron al este, querían estar más próximos al mar por lo que pudiera suceder. Alexander portaba el saco de las raíces donde, además, guardaba un cuchillo bien afilado, una brújula que le regaló su padre, una calabaza vacía que le servía de cantimplora y una pequeña cazuela de cobre por si tenía que hervir agua cuando salía a recolectar y a cazar.

Empezaba a ponerse el sol cuando llegaron a un valle rodeado de montañas y espesa vegetación por el que discurría un arroyo.

Abundaba el pino de piña roja y grandes praderas donde las flores rojas de estambres azules crecían por doquier. Esas flores poseían las

raíces con propiedades asombrosas, aunque poca gente lo sabía. El humo que se veía a lo lejos les indicó que allí había un pueblo y hacía allí se dirigieron.

Así fue como llegaron a Leafy Town, un pequeño pueblo en medio de la nada, pero con recursos suficientes para autoabastecerse. Se dirigieron a la iglesia y el párroco se encargó de que pudieran descansar en unos jergones dentro del templo.

Al día siguiente los presentó en sociedad. Fueron bien recibidos y uno de los vecinos, que tenía una pequeña casa prácticamente en ruinas, se la ofreció a cambio de que Emily le ayudara en las tareas de su hogar. Con esfuerzo y varías horas de intensa limpieza, consiguieron que fuera medio acogedora.

Emily confirmó sus sospechas y, después de varias faltas, constató que estaba embarazada. Era un motivo de felicidad pero, en su precario estado, le causaría más problemas que alegrías. Los vecinos los aceptaron con amabilidad y, gracias a ello, se integraron con facilidad en el pueblo.

Alexander era un niño solitario que le gustaba salir a cazar, pescar y recolectar con la única compañía de su cuchillo, su brújula y su caña. Su padre le enseñó a cazar conejos mediante la técnica del lazo, y raro era el día que no regresaba con una pieza para comer.

A los pocos meses, una epidemia de fiebre rosa atacó a muchos de los habitantes de Leafy Town. Se llamaba así porque los pacientes padecían temperaturas elevadas y la piel se tornaba de un color rosa pálido. Algunos llegaban a delirar e incluso tres enfermos murieron al colapsar sus órganos vitales.

Emily, que se sentía agradecida por la buena acogida de sus vecinos, quiso ayudar. Metió en una cacerola de cobre un puñado de raíces de flores rojas de estambres azules, o cómo las llamaban ellos, un puñado de raíces de rozuladas, y las puso a cocer con agua. El jugo resultante lo coló y dio lugar a un líquido rojo de sabor amargo. Para endulzarlo añadió unas cucharadas de miel y, para reforzar su poder curativo, un par de gotas de resina de pino de piñas rojas.

Su primer “paciente” fue Adam. Era el vecino al que ayudaba en las tareas del hogar y que tan gentilmente le había ofrecido la casa en la que vivían. Llevaba varios días postrado en la cama. Se quejaba de que le dolía todo el cuerpo y la fiebre le confería a su rostro un tono rosado un tanto cómico.

A las dos horas de haber dado el primer trago de aquel líquido agridulce, pudo incorporarse de la cama. La sensación de malestar que tenía, mejoró. Por la noche durmió a pierna suelta, sin ningún tipo de molestia. A la mañana siguiente, el color de su rostro había adquirido una tonalidad casi normal. Dos tragos más le sirvieron para recuperarse por completo.

Viendo el éxito de la infusión de raíces de rozuladas endulzada con miel, se la fue administrando a todos los enfermos del pueblo. En una semana, el brote de fiebre rosada desapareció por completo.

A partir de ese día, eran los vecinos los que se acercaban a la casa de Emily y Alexander si tenían alguna dolencia. Para las heridas infectadas utilizaban un ungüento compuesto por resina de los exóticos pinos. Al untarla, formaba una fina película superficial que hacía que curaran en un espacio corto de tiempo y que no se infectaran. Las dolencias estomacales las aliviaba con el mismo líquido que utilizó para la fiebre rosa y así un sinfín de molestias, que conseguía aliviar con sus preparados. Debía dosificar su administración. Si se superaba la dosis que el estómago era capaz de absorber, producía vómitos y malestar.

Mientras tanto, su cuerpo iba aumentando de tamaño día tras día. Después de hacerse a la idea, empezaba a sentirse feliz de tener más descendencia de su desaparecido marido.

Pero los conocimientos que tenía, que eran capaces de curar, la convertían en alguien diferente al resto, y en Leafy Town eso no era buen asunto. Era un pueblo temeroso de Dios y con fuertes supersticiones, lo que hizo que algún vecino, embriagado de la palabra de Dios, propagase la idea de que Emily tenía tratos con el diablo. No ayudó el hecho de que estuviese embarazada. «Sí no había tenido contacto físico con ningún vecino, no había otra opción de que el niño que esperaba fuera del mismo diablo», pensaban.

Perturbados por una superstición sin medida, después de reunirse en la iglesia, decidieron que deberían acabar con ellos cuanto antes. El destino más adecuado para purificar sus pecados sería la hoguera y mediante el ritual del tambor, ofrecerían sus almas a la muerte para alejarla del pueblo.

23 de octubre de 1988, 2:55 h

Después de abrir los ojos, volvió a cerrarlos rápidamente. La imagen que se había creado en su retina la lleno de estupor. No era fácil procesar en su cerebro lo que había visto. Parecía una de esas películas de terror que echaban en el cine de su barrio, vivida en primera persona. «Piensa, piensa», se dijo a sí misma, pero el maldito ruido se lo impedía.

Estaba tumbada sobre el brazo izquierdo. Movió los dedos intentando aliviar el hormigueo que sentía en su mano. No era fácil mantener la postura, pero se concentró en permanecer estática. Volvió a abrir unos milímetros uno de sus ojos y vio como la madre y la hija pelirrojas, junto al hombre, estaban enfrente de su marido sin parar de pronunciar unas frases que no entendía. La niña aporreaba un tambor

que contraía su cuerpo con cada golpe.

Tenía las manos atadas a la espalda con una especie de cuerda. Tenía cinta adhesiva en la boca y la cabeza apoyada sobre el suelo de piedra. Al mover las manos comprobó que, aunque estaban fuertemente atadas, podía, en cierta medida, moverlas. Siempre le había parecido que sus manos eran demasiado pequeñas y frágiles, pero eso era algo que, en ese momento, le favorecía. Estaba alejada de la luz que emitía la chimenea y el candil pero, aun así, se movía despacio para no llamar la atención. Con el pulgar de la mano derecha apretó con todas sus fuerzas el pulgar de su mano izquierda. El dedo se resistía a dislocarse. El hormigueo de la mano amortiguó el dolor. Apretó los dientes. Insistió, ignorando el suplicio. Cogió aire y volvió a abrir por un instante uno de sus ojos. La cara de terror de David le dotó del empuje que necesitaba. Redobló la fuerza y notó como algo dentro de su mano crujía. La sensación había sido tan clara que le pareció incluso oírlo. Tiró y su mano consiguió liberarse unos milímetros del agobiante nudo. Se estaba desgarrando la piel del roce con la soga. Volvió a tirar. El pulgar dejó de ofrecer resistencia y esta vez logró liberar su mano izquierda. La otra salió a continuación sin problemas. Volvió a abrir los ojos justo en el momento en el que la cara de aquel hombre estaba a escasos milímetros de la de David. Portaba en la mano un cuchillo con un mango extraño. Sin pensarlo, se levantó impulsada por una rabia incontrolada.

17 de marzo de 2019, 22:00 horas

« Mal momento para dejar de beber», pensó Fernando después de vomitar lo poco que había sido capaz de cenar aquella noche.

El plan era sencillo: estar el fin de semana en casa, evitando de ese modo cualquier tentación. Lo malo era que la mayor de las tentaciones estaba enfrente del sillón, al lado de la televisión. Tenía un mueble bar que podría ser la envidia de muchos de los bares cutres que frecuentaba.

Vivía solo. La agencia le robaba la mayor parte de las horas del día, pero eso se traducía en una cuenta corriente desahogada, lo que le posibilitaba permitirse ciertos caprichos. Como su mayor afición era beber hasta perder prácticamente el conocimiento, los caprichos tenían forma de botella sofisticada, que le provocaban una atracción tan poderosa que le era difícil ignorar.

El sábado, después de toda la tarde del viernes sin beber, se le empezó a poner cuesta arriba. La ansiedad le impedía sentarse más de media hora seguida y eran frecuentes los viajes a la nevera. El problema era que la balda de arriba estaba repleta de latas de cerveza que hacía lo posible por no mirar, pero le resultaba complicado.

Cuanto más se lo proponía, más se le iban los ojos y con ellos, el deseo casi irrefrenable.

Esa noche se acostó pronto. De esa manera pensaba que por lo menos la batalla del primer día estaba ganada. Lo malo fue que al día siguiente, sus ojos tuvieron a bien abrirse a las siete de la mañana. Las arcadas se presentaron sin avisar y sin ninguna intención de desaparecer. Las manos se negaban a permanecer quietas, el dolor de cabeza se hizo amigo de las náuseas y allí se quedaron sin permiso, dando la lata. Sabía cual era el remedio para deshacerse de aquellos desagradables compañeros y más de una vez tuvo que tirar de fuerza de voluntad para no dejarse llevar.

La llamada de Mónica le había provisto del empuje necesario para ganar el segundo round. Tenía cita para el martes a las ocho de la tarde en una reunión de alcohólicos anónimos en la Parroquia de Santa Mónica. «También era casualidad», pensó él por la coincidencia de nombres. Estaba decidido, pero a la vez un poco nervioso. No le inspiraba demasiada confianza ese tipo de terapias. Probaría, aunque solo fuera para que Mónica no le diera la vara.

Ahora, después de vomitar, le dolían todas y cada una de las partes de su cuerpo, incluso el trozo de pierna que le faltaba. Mal comparado, era algo similar al dolor de huesos y músculos previos a una gripe. Se sentó en el sillón. No podía apartar la vista del mueble bar, allí dentro se encontraba la solución. Se levantó de manera automática, como si una mano invisible asiera la suya y lo guiara. Abrió la puerta del mueble bar. Con mano temblorosa cogió la botella de whisky de 1979, que estaba reservando para una ocasión especial, y abrió el tapón con torpeza. El simple olor era embriagante. El aroma hacía que sus glándulas salivares se pusieran a trabajar e incluso el tembleque de la mano se relajó. Cerró los ojos y tragó saliva. Con paso inseguro se dirigió al cuarto de baño y fue derramando el líquido, que tanto demandaba su cerebro, en el interior de inodoro. Las lágrimas brotaron, pero también sintió la fuerza necesaria para no parar. Todas las botellas corrieron la misma suerte y el inodoro, como un borracho sin medida, se fue tragando litros de vodka, ginebra, whisky, cerveza y vino sin que le afectara lo más mínimo. Cuando acabó, se sentía liberado. Había derrochado en minutos una pequeña fortuna, pero era necesario para volver a ser la versión buena de sí mismo.

10 de marzo de 1644, 08:00 horas

Yorkshire, Inglaterra

Con aire triste y cansado se puso en marcha. Había trazado un

plan. El arroyo que discurría por el valle desembocaba en el mar del norte, en las proximidades de Bridlington. Solo debía seguir su curso. Una vez allí, se dirigiría al puerto e intentaría embarcar hacía Francia. Su país, por diferentes motivos, le había robado a sus padres y con ello la niñez.

La distancia hasta el mar no era excesiva, calculaba que unas quince millas aproximadamente. Si caminaba a buen ritmo llegaría antes de que se pusiese el sol. Evitaría cruzarse con nadie y sobre todo con alguno de sus vecinos.

El saco de raíces de rozuladas estaba prácticamente lleno, pero antes de alejarse del valle se acercó a uno de los exuberantes pinos de piñas rojas. Con ayuda del cuchillo, le quitó un trozo de corteza e hizo una incisión en el tronco en forma de uve. A los pocos segundos, empezó a brotar un líquido viscoso transparente, con un leve tono rojizo. Sacó un vaso de barro que guardaba en el saco y, con paciencia, esperó hasta llenarlo. Con la ayuda de unas hierbas, que crecían en las proximidades, hizo un empaste y selló la "herida" del árbol.

La cajita que le había dado su madre le producía mucha curiosidad, pero cumpliría con su palabra y no la forzaría. El problema era que llamaba demasiado la atención y cualquiera que la viese estaría tentado de robársela. La envolvió con unas enormes hojas y las ató con unas tiras de los juncos que crecían en la orilla del arroyo. De esa manera quedaría protegida y disimulada.

Aunque, de vez en cuando el sol se dejaba ver, hacía frío. Había restos de nieve por todas partes. Cogió un puñado, la metió en la pequeña cacerola de cobre y esperó a que se deshiciese. Después, bebió con ganas.

Cuando su estómago rugía de hambre, solo tenía que acercarse a uno de los miles de frutos silvestres comestibles que conocía e hincarle el diente.

El sol estaba en su punto más alto cuando, a lo lejos, pudo ver por fin el mar. Aunque le quedaban fuerzas, los ojos le pesaban. Las manos y los pies habían perdido casi toda la sensibilidad, pero la visión de las columnas de humo, que ya se podían apreciar, le animó y agilizó el paso.

Antes de lo esperado, se topó con la ciudad vieja conocida como Burlington. Estaba situada a una milla aproximadamente de la costa. Era una ciudad comercial que pertenecía a Bridlington y había mucho movimiento en sus calles. En la plaza, los comerciantes ofrecían sus productos en el mercado. Había puestos de alimentación, venta de telas, de prendas confeccionadas... Como no tenía dinero, nada pudo comprar.

Las ratas corrían con descaro y confianza, intentando llevarse a la

boca los restos de alimentos que caían al suelo. La iglesia de Santa María, con su majestuosidad, dejó fascinado a Alexander que nunca había visto algo similar.

Continuó la marcha y se dirigió a la costa. Cuando llegó al puerto, volvió a impresionarse al ver el tamaño de los barcos que fondeaban a pocas millas. Por todos los lados había restos de pescado y el olor era intenso. Como en el mercado, las ratas se movían libremente.

Los únicos seres vivos que se podían ver, aparte de los roedores, eran las gaviotas aprovechando los restos de pescado que había por todas partes. Ni un ser humano se veía en toda la extensión del muelle, lo que le indicó que ningún barco partiría en lo que restaba de día.

El sol empezaba a caer y la oscuridad, poco a poco, acompañada de una ligera niebla, empezaba a adueñarse del lugar.

Desamparado, hambriento y helado, se alejó de la humedad y del hedor del puerto en busca de algún rincón para dormir. No tardó en oscurecer del todo. El farolero encendía las antorchas de las lámparas de aceite que colgaban de cada una de las esquinas del pueblo. Se cruzó con varias personas que no le prestaron atención.

Con sigilo y sin ser visto se metió en una estrecha calle sin salida que separaba dos bloques de viviendas. Olía a orina, pero estaba protegido del viento y, aunque hacía frío, su abrigo de borrego haría que no bajara demasiado su temperatura corporal. Se sentó desfallecido. No veía nada a su alrededor, estaba alejado del farol de la esquina y la oscuridad era casi total. Palpó el suelo, estaba frío pero seco y se sentó. Abrió el saco y a tientas sacó la hoja en la que había envuelto los frutos salvajes guardados durante el camino. Puso la cazuela de cobre en el suelo adoquinado, con la esperanza que el vapor de aire se condensara y conseguir así algo de agua para beber cuando amaneciera.

El estómago le rugía, exigiendo su habitual dosis de alimento. De uno en uno fue comiendo los dulces frutos. El sabor le inundó el paladar y su mente viajó en el tiempo, recordando cuando disfrutaba con sus padres de esos deliciosos manjares.

No se podía creer todavía cómo había cambiado su vida en menos de un día. En un periodo de siete meses se había quedado huérfano. Y no solo eso, el hermano que con tanta ilusión esperaba que llegara, también se lo habían arrebatado. Apretó los puños, cerró los ojos y la imagen de su madre se formó nítida en su cabeza. Tenía presión en el pecho, como si alguien hubiera apoyado un pie sobre él y apretara. Pensar que no volvería a ver a su madre hacía que el corazón le sangrara por dentro. «Algún día —pensó—, algún día volveré y os devolveré el golpe». Sin poder remediarlo, las lágrimas rodaron por su cara. Al rato, exhausto, cerró los ojos y se quedó dormido.

Pasado un tiempo, que no supo calcular, el ruido de unas pisadas le sobresaltó. Se puso en tensión. Estaba helado. Se encogió lo máximo que pudo y se mantuvo quieto y expectante. Las pisadas cada vez se hacían más audibles. Se oían risas y a dos tipos que se acercaban hablando demasiado alto para la hora que era. Cuando los vio aparecer, aguantó la respiración. El corazón le latía con fuerza. Al ver que se adentraban en el callejón, donde estaba encogido tres metros más adelante, pensó que tendría problemas. Sin moverse, escuchó como se paraban a un par de metros de donde se encontraba. Giró la cabeza despacio. La luz del farol iluminaba perfectamente sus rostros. Uno de ellos, el más alto, cojeaba al andar y el otro tenía una espesa barba negra con la que intentaba disimular las marcas que le había dejado la viruela. En ese momento se bajaron los pantalones y se pusieron a orinar sin parar de balancearse.

—Será fácil —aseguró el de la barba. Intentaba hablar bajo, pero el alcohol le subía el tono—. La última noche entraremos en los camarotes y nos desharemos de la tripulación. El primero que caerá será el capitán y a continuación sus marineros. Al llegar a puerto venderemos la mercancía y nos dará para vivir a todo lujo durante una buena temporada.

—Por fin nos libraremos de esta vida de mierda —respondió riendo el cojo.

A continuación se subieron los pantalones y desaparecieron.

Alexander siguió quieto durante un rato. Las palabras de aquellos tipos le retumbaban en la cabeza. El fuerte olor a orina que respiraba le daba arcadas. La suerte fue que la inclinación de aquella calle hizo que el pequeño río, provocado por el charco, fluyera en dirección contraria a dónde se encontraba. Conteniendo las náuseas se mantuvo inmóvil deseando que las luces del alba se dejaran ver.

19 de marzo de 2019, 19:50 horas

Conocía la parroquia, había pasado multitud de veces por delante, pero nunca había estado en su interior. Era, quizá, demasiado moderna. Estaba construida con acero corten. Un tipo de acero que mediante su oxidación superficial se protege de la corrosión.

No quería mezclarse con temas religiosos. Mónica le había asegurado que se reunían allí porque era un lugar adecuado y que nada tenía que ver con asuntos eclesiásticos.

Había aparcado enfrente de la puerta. Aunque vivía cerca, el frío agudizaba el dolor del muñón y cuando caminaba demasiado, se resentía.

Llevaba sin salir de casa desde el viernes. El primer embiste lo había superado con más pena que gloria. Las manos empezaban a

poder dominar el incesable movimiento y parecía que el dolor de cabeza por fin había decidido dejarle tranquilo. Las náuseas persistían, pero ahora eran ocasionadas por los nervios. «¿Cómo es posible que esté tan nervioso?», pensó sorprendido. Aunque en el fondo sabía cual era exactamente el motivo. No estaba acostumbrado a mostrarse. Era muy celoso de su intimidad y tener que exponerse delante de gente que no conocía, por muy anónimas que fueran las sesiones, le producía desasosiego.

Cogió aire con fuerza y se dirigió, nervioso, al interior de la parroquia. Entró al salón parroquial donde se realizaban las reuniones. Todas las sillas estaban ocupadas a excepción de una, en la que se sentó. La calurosa bienvenida, lejos de relajarle, hizo que se sintiera tenso.

—Bueno, vamos a empezar —dijo el que parecía que llevaba la voz cantante—. Hoy tenemos el placer de contar entre nosotros con un nuevo miembro.

Todos giraron la cabeza en dirección a Fernando. Ser el centro de las miradas le abrumó. Tragó saliva y se rascó la cabeza. «Vamos», se dijo mentalmente; cerró lo ojos por un instante y se levantó.

—Buenas noches, me llamo Fernando, tengo treinta y nueve años, soy vecino de Rivas y creo que he tocado fondo. He venido para intentar salir de él —notó como el calor de su rostro aumentaba.

—El primer paso que has dado es el más importante, Fernando. El hecho de reconocer que tienes un problema y que quieres superarlo supone, de por sí, un porcentaje muy alto de la victoria que estoy seguro que conseguirás. —Los demás asistentes del grupo asentían—. Todos los presentes hemos pasado, o estamos pasando, por unas circunstancias similares a las tuyas y gracias a nuestra experiencia conseguimos apoyarnos unos a otros para seguir a flote. Como dice el Cholo Simeone, es una lucha partido a partido, o sea, día a día. —El hombre gesticulaba con las manos y sus palabras transmitían confianza—. Cada noche que nos acostamos sin beber es una pequeña victoria que nos hace fuertes y nos impulsa hasta el triunfo final. Cada tarde, uno de nosotros contamos nuestra experiencia. Comprendemos que al ser tu primer día te resulte un poco violento, por lo que será nuestra compañera, Patricia, la que se preste a ello. El próximo día, si estás dispuesto y te apetece, estaremos encantados de escucharte.

La aludida se levantó. Era una mujer alta y morena. Parecía segura de sí misma y aparentaba no tener problemas ni con la bebida ni con nada. Fernando le clavó la mirada, no podía dejar de mirarla. No le encajaba una mujer con esa presencia en ese tipo de reuniones. Debía de rondar su misma edad y sus grandes ojos negros junto con su pelo oscuro le daban una presencia intimidatoria.

—Hola, me llamo Patricia y soy alcohólica —dijo con tono

monótono, y se volvió a sentar—. Llevo más de seis meses sin probar una gota de alcohol, pero no bajo la guardia, sé que la enfermedad me seguirá de cerca el resto de mi vida. —A Fernando le gustaba hasta su tono de voz—. Quiero contar mi experiencia y cómo he conseguido ganar la batalla durante todo este tiempo. Sin darme cuenta, la depresión se instaló dentro de mí. No quería reconocerlo, pero por las noches, en soledad, se hacía fuerte y me iba consumiendo poco a poco. —Fernando miró en derredor y le impresionó ver cómo los asistentes escuchaban casi sin parpadear. Los ojos de Patricia brillaban con más fuerza—. Lo peculiar de eso es que todo empezó cuando tenía seis años. Un sábado me quedé a dormir en casa de mis abuelos, mis padres fueron a la boda de una amiga y no regresaron. Recuerdo aquel domingo extraño, la tensión era más que evidente. Las continuas llamadas de teléfono, la cara de desesperación de mi abuela, la tensa espera... Hace mucho tiempo, pero lo recuerdo con nitidez. Los días pasaban y yo no entendía nada, seguía en casa de mis abuelos y mis padres no aparecían. Mi abuela siempre me decía que pronto regresarían, pero mi alegría interna menguaba a su mínima expresión según pasaba el tiempo. No hablo de la alegría aparente, aquella que proyectamos al mundo exterior con sonrisas ensayadas. Hablo de la alegría que realmente sentimos cuando estamos en soledad. —Fernando cambió de postura en la silla, ahora era él el que no parpadeaba—. Hace tiempo leí, no recuerdo dónde, que muchas de las personas que se habían quitado la vida aparentaban alegría y felicidad. Creo que ese tipo de alegría es un parapeto que algunos utilizamos para no mostrar nuestros verdaderos sentimientos. Fui creciendo valiéndome de esa alegría aparente. Caminaba por una cuerda floja y era fácil que me desequilibrara. Estudié y terminé la carrera de Biología Molecular. Me casé, pero el amor solo duró unos años. Parece ser que después de cumplir los treinta y cinco, a mi ex le parecía demasiado mayor y decidió abandonarme por una compañera más joven. Mi vida social se limitaba al trabajo y a mi marido. Ya estaba tocada, pero el derrumbe definitivo vino cuando el único miembro de la familia que me quedaba murió: mi abuela. Me quedé sola. Descubrí que los efectos de una copa de vino antes de acostarme, ayudaban a dejar arrinconada, en mi cerebro, a aquella incansable depresión que me acechaba, y se convirtió en una costumbre. No había noche que no recurriese a aquella reconfortante sensación. El problema apareció cuando la dosis fue aumentando. Cada vez necesitaba más para obtener los mismos resultados. La copa diaria se convirtió rápidamente en dos, y así fui aumentando hasta que de la botella no bajaba ningún día. Durante la mañana no tenía ningún problema, pero todo se complicaba al llegar a casa donde, en soledad, necesitaba calmar mi nivel de ansiedad. Cuando intenté apartarme de

la bebida, fue cuando la depresión, escondida y traicionera, apareció de nuevo. Me pasaba las tardes enteras en casa llorando, sola y sin saber qué hacer. No vi otra salida que elegir entre la tristeza o el alcohol y, como a nadie le gusta sufrir, me di el gusto de seguir bebiendo. Cuando por fin abrí los ojos a la realidad, me di cuenta de que no tenía las armas suficientes para luchar y encontré la asociación buscando en Internet. Con cierta reticencia me decidí a venir y fue mi salvación. Es importante sentirte identificado con alguien, formar parte de un grupo que sepa exactamente por dónde estás pasando y que no te den consejos gratuitos. Gracias a vosotros lo estoy logrando. He cambiado hábitos y también he cambiado mi forma de vivir. Estoy viendo la salida que por mí sola no era capaz de encontrar.

La sala se llenó de calurosos aplausos y de felicitaciones hacia aquella valiente mujer.

11 de marzo de 1644, 07:00 horas

Bridlington, Inglaterra

Todavía alumbraban las farolas de aceite cuando el trasiego de los carros, tirados por mulas y caballos, le sobresaltó. El traqueteo de las ruedas de madera al rodar sobre aquella superficie producía un ruido ensordecedor.

Sacó una raíz del saco, partió dos pedazos y los masticó. La cazuela de cobre había capturado las suficientes gotas como para dar un trago. Se levantó con el culo dolorido y siguió a la procesión de carros.

El muelle, al contrario que el día anterior, rebosaba de vida. Las embarcaciones iban acercándose a la dársena donde se descargaban y se cargaban a continuación para partir hacía su destino.

Con las dos primeras naves no tuvo suerte. Una tenía el norte de Francia como destino y la otra, Bélgica. En ambos casos los capitanes se habían reído de él en su cara. El siguiente barco que fue a recalar al muelle se trataba de un navío de proporciones inferiores al resto, con tres mástiles. Cuando se desplegó la pasarela de acceso a la embarcación, un tipo alto y cojo, junto con otro de barba, pasaron sobre ella y se pusieron a descargar bultos, cargándolos a continuación en uno de los carros. Alexander los reconoció al instante.

El capitán, un tipo bajo de complexión fuerte, no paraba de dar indicaciones. Los marineros preparaban el velamen, para partir en cuanto se cargase el barco.

Con paso firme, se acercó a la máxima autoridad de la nave.

—Hola, buenos días —saludo intentando mostrar seguridad.

El capitán giró la cabeza y con cara de pocos amigos soltó:

—¿Qué quieres niño? ¿No ves que estoy ocupado?

Tragó saliva y cerró los ojos por un instante para reunir el máximo valor que pudo.

—Me preguntaba si necesita algún mozo para su barco —preguntó de forma atropellada delatando sus nervios.

—No necesito a nadie más. Estamos cubiertos y mucho menos a un niño —respondió el capitán mirándole con cara de desprecio.

—Podría encargarme de la limpieza y ayudar en la cocina —insistió.

—¡Te he dicho que no necesito a nadie más! Desaparece y déjame trabajar.

Era el momento de utilizar el as que guardaba en la manga.

—Tengo información que le interesa saber —dijo de manera convincente.

El capitán, con cara de empezar a perder la paciencia, giró la cabeza para mirarle y preguntó con aire cortante:

—¿Qué información puede tener un mocoso como tú que me pueda interesar?

—Le aseguro que si me escucha no se arrepentirá —repuso Alexander mirándole directamente a los ojos.

—Suéltalo, te escucho.

Alexander se atusó su pelo pelirrojo. Le dolía la tripa, no sabía si era de hambre o por el miedo. Se acercó al capitán y bajó el tono.

—Llegué ayer por la tarde y el puerto estaba vacío. He dormido en la calle. —El gesto de la cara del capitán seguía atemorizándole—. Me resguardé en un callejón oscuro y los dos hombres que tiene cargando el barco se pararon a escasos metros de donde estaba. Estaban bebidos y, mientras orinaban, oí con claridad cómo el de barba le decía al cojo que la última noche se cargarían a la tripulación. El primero que caería sería usted. Al llegar venderían la mercancía y se quedarían con las ganancias.

La cara del capitán mostraba perplejidad.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó con el ceño fruncido.

—Sí. No me cabe ninguna duda.

El hombre se mantuvo callado unos segundos, después giró la cabeza y dijo:

—Dormirás en la bodega y trabajarás como un hombre. Únete a esos bandidos para descargar el barco; después, los ayudas a cargarlo. Más adelante me encargaré de ellos.

Al oír las palabras del capitán, su dolor de estómago se agravó.

—¿Cuál es tu nombre?

—Alexander —contestó satisfecho.

—Pues espero que estés preparado para un viaje de estas características, tardaremos varios días en llegar.

—¿Cuál es el destino, capitán?
—Nos dirigimos a España. Concretamente, al puerto de Sevilla.

21 de marzo de 2019, 19:50 horas

Le parecía mentira que hubieran pasado cuarenta y ocho horas desde la última vez que estuvo allí, plantado en el coche enfrente de la curiosa iglesia. «Hoy por lo menos no estoy tan nervioso», pensó. Aunque de la primera sesión salió con la cabeza más despejada y con las cosas más claras, volver a encerrarse en casa le había dejado apático, sin ganas de nada. Se pasó la mayor parte del tiempo tirado en el sillón viendo la tele. Se consideraba una persona alegre, por lo menos de cara al exterior, pero las palabras que pronunció Patricia en la sesión del otro día le habían hecho pensar. Había gente que tenía la capacidad de conocerse a sí mismos de una manera sorprendente. Se sintió identificado y se dio cuenta de que su alegría interna también estaba en horas bajas.

Se había sorprendido de la variedad de personajes que acudían a aquellas reuniones. Esperaba encontrarse los típicos compañeros de barra y, en realidad, ese perfil era el que menos predominaba. Había gente joven, amas de casa, hasta mujeres guapas como Patricia. Gracias a eso, los nervios con los que había entrado el otro día, desaparecieron al final de la reunión.

El relato que siguió a Patricia, el de Mari Carmen, también le llegó al corazón. Un ama de casa, viuda de un marido maltratador, hijos independizados y con cincuenta y siete años años. Después de una vida soportando golpes a diario, cuando creía que por fin se había liberado, fue la depresión la que se encargó de golpearla de manera silenciosa. Esta no dejaba marcas, por lo menos visibles a simple vista.

Había salido con ganas de más. Esas personas, que tan generosamente abrían sus corazones, habían tocado las teclas adecuadas de su cerebro y le habían dotado de la fuerza necesaria para seguir adelante. De momento, seguía ganando batallas. Hoy sería él el que soltara todo lo que llevaba. Quizá así, esa apatía que le acompañaba también desaparecería.

Al salir del coche se ajusto el abrigo. Se había levantado aire frío y con la mayor rapidez que su pierna le permitía, se adentró en la parroquia. Las caras eran las mismas. Empezaba a simpatizar con el grupo al saber que todos tenían una historia dura que compartir. Después de que le ofrecieran la oportunidad de contar algo de él, para poder conocerle mejor, Fernando se levantó un tanto inseguro, se aclaró la garganta y, venciendo su lado más introvertido, relató algo que jamás había salido de su boca.

—Buenas noches, mi nombre es Fernando y soy alcohólico —soltó

de golpe, siguiendo el protocolo que indicaban los folletos informativos que le habían dado en la pasada sesión. El coordinador le hizo un gesto sutil de asentimiento con la cabeza para infundirle ánimo y le hizo un ademán para que se sentara—. En primer lugar, quiero exponer mis primeras impresiones. Reconozco que vine un poco, entre comillas, obligado. Tenía ciertas reticencias, pero, si soy sincero, el otro día noté que algo en mi interior cambió al sentirme parte de un grupo que sufre o ha sufrido problemas por el alcohol. Me sentí identificado con las historias que pude escuchar y, en cierto modo, me ayudó a conocerme más a mí mismo. —Ser el centro de tantas miradas hacía que su pierna buena no parara quieta—. Para contar mi historia me tengo que remontar años atrás. Como muchos jóvenes, cuando llegaba el fin de semana, salíamos a divertirnos. El alcohol era una constante en cada una de las noches de fiesta, pero, en cierta manera, estaba controlado. Llegaba el lunes y no volvía a probar ni gota hasta el viernes.

—Eso me suena —dijo en alto uno de los miembros más jóvenes de la reunión. Los demás rieron. Fernando agradeció la interrupción; respiró e hizo un esfuerzo por controlar su pierna.

—Un amigo mío y yo —continuó diciendo—, hartos de estudiar, decidimos opositar para la Guardia Civil. Estábamos convencidos. Habían previsión de un gran número de plazas. Cursábamos tercero de derecho y se juntó que el futuro no era muy alentador con la necesidad de ganar dinero. Todo se torció para mí en el viaje de vuelta de unas vacaciones a la nieve. Fuimos y volvimos en autocar. El conductor, no quedó muy claro por qué, se salió de la carretera. Sin saber tampoco muy bien cómo ni por qué, mi pierna salió a la altura de la rodilla por la ventana que tenía a mi izquierda cuando el autocar volcó. Prácticamente no fui consciente de ello hasta que la sangre empezó a teñirlo todo de rojo. La incesante pérdida hizo que una bajada de tensión me llevase a perder el conocimiento. Gracias a que Javier, mi amigo y compañero de asiento en ese viaje, no sufrió prácticamente heridas, pudo actuar rápidamente. Se quitó el cinturón y me hizo un torniquete que me salvó la vida. Cuando desperté en el hospital sentía los dos pies, era curioso, pero la imagen de mi pierna incompleta sangrando se mantenía nítida en mi memoria. Al levantar la sábana que me cubría y ver el espacio vacío, me quedé quieto y sin hablar durante varias horas. Mi madre, que no pudo contener las lágrimas, me dio la mano. Sentí una sensación rara, el tacto de su piel me desagradaba, pero no solo era su piel, todo lo que me rodeaba me molestaba. Ver a toda esa gente caminando sobre sus dos piernas me revolvía. —El recuerdo de todo aquello le formó un nudo en la garganta. Se fijó en Patricia, que le miraba con los ojos muy abiertos y con la boca ligeramente abierta. Tragó saliva y continuó—. Tuve que

aprender a andar de nuevo. Después de varias operaciones por fin me pudieron hacer la prótesis a medida. Al principio resultaba complicado pero, con práctica, cogí habilidad. Mi plan de opositar se esfumó y reconozco que me convertí en una persona negativa, cabreada con el mundo, sin entender demasiado bien por qué narices me había ocurrido a mí. Por suerte, no hubo que contar ninguna víctima mortal en el accidente, fui yo el que salió peor parado. Quería alegrarme por ello y lo intentaba, pero la rabia también me torturaba. Sentirse único por algo malo, es jodido. —El temblor de su pierna había remitido. Tenía los dedos entrecruzados y la mirada perdida en dirección al suelo, como si estuviera viendo todo lo que contaba en su cabeza—. Por aquel entonces llevaba saliendo dos años con la que era mi novia. Teníamos planes, pero mi mal carácter y mi cojera dejaron de interesarles. Y como parece que nos ocurre a muchos de los que estamos aquí, el alcohol se convirtió en el mejor compañero. Llegué a tocar fondo, pero conseguí plantarle cara y logré alejarme de la bebida. Tenía claro que la carrera de abogado no iba conmigo. Se me había quedado la espina de la Guardia Civil. Por cierto, mi amigo Javier consiguió aprobar la oposición. Descubrí que existía una carrera de detective privado. Enseguida me llamó la atención y encima me convalidaban asignaturas de la carrera de Derecho. De repente vi una salida. Resultó que la carrera me encantó e incluso pude compaginarla con cursos de fotografía y vídeo. Me saqué la licencia y monté, con el dinero de la indemnización, una agencia de detectives privados. Aunque en realidad solo soy yo el que actúa como tal. Está detrás del centro comercial H2Ocio. Tengo una secretaria que me lo pone todo mucho más fácil, es familia lejana y ella fue la que me obligó, con su insistencia, a venir. Una llamada de mi amigo Javier, que estaba pasando un mal momento, hizo que volviera a caer en las garras de la maldita bebida y he bajado mucho más profundo que la otra vez, o por lo menos no veo la forma de salir por mí mismo.

La emoción hizo que sus ojos brillaran de forma sospechosa cuando todos los presentes se levantaron a aplaudir calurosamente y a darle ánimos.

Cuando salió, sentía que su apatía y desgana eran mucho menores que al entrar. Soltar todo aquello le había desnudado de una ropa vieja y fea que empezaba a apestar.

Estaba diluviando. «Menos mal que tengo el coche enfrente», pensó mientras se ajustaba el abrigo. No le gustaba correr, la cojera se acentuaba mucho; prefirió andar rápido. Entró en el coche con el pelo chorreando, pero no le importaba, hacía tiempo que no tenía unas ganas de vivir como en ese momento. Aparte de los ánimos que se llevaba, le habían asignado un padrino que le ayudaría en sus momentos más bajos. Eso en sí ya era bueno, pero que fuera Patricia

la que se ofreciera era la leche. Arrancó, puso los limpia parabrisas y a continuación la radio. A los pocos metros vio como Patricia luchaba con el paraguas. Se le había dado la vuelta, y el viento y la lluvia se lo ponían difícil. Se acercó, abrió la ventanilla y, con cierta inseguridad, se dirigió a ella:

—Si quieres te acerco a tu casa. Con este tiempo te vas a empapar.

Ella, después de conseguir dar la vuelta al paraguas, le miró. Sin pensarlo y con cara de alivio, entró en el coche.

—Madre mía, cómo se ha estropeado el día —dijo riendo y con los pelos revueltos.

Aun mojada olía bien, e incluso despeinada estaba guapa.

Se sentía feliz, la cara de tonto que se le había quedado cuando Patricia se había despedido de él dándole dos besos le delataba. Nada que ver su aspecto intimidatorio con su carácter real. Esa noche le costó dormir. Algo se había despertado en su estómago que le gustaba y le asustaba a partes iguales.

13 de marzo de 1644,

Océano Atlántico

Había cumplido trece años a bordo y no había recibido ninguna felicitación. Era normal porque nadie lo sabía. Cuando cumples trece años y no hay ninguna persona en el mundo que te pueda felicitar, la alegría de sumar un año más se torna en tristeza.

Su cuerpo empezaba a cambiar y su talante alegre había desaparecido. La seriedad que mostraba era propia de edades más avanzadas.

La navegación estaba siendo tranquila, a excepción del tramo del mar del norte, donde las aguas estaban más agitadas. Al llegar al Cantábrico la cosa mejoró y al virar dirección sur, después de pasar por el cabo de Finisterre, la tranquilidad de las aguas hizo que el mareo, que le había atormentado todo el trayecto, se relajara en cierta medida.

El capitán Murdock, como así se llamaba, resultó no ser tan duro como parecía y Alexander notaba como este, de alguna manera, le había cogido cariño.

En las tareas de navegación contaba con Conall, el segundo de a bordo; y con diecisiete marineros que se encargaban de mantener el rumbo y de las tareas de reparación. Había un cocinero negro que siempre estaba cantando y no perdía la sonrisa en ningún momento. Para las tareas de carga y descarga y los trabajos más extenuantes estaban Toni “el cojo” y su inseparable compañero de cara picada, que

resultó llamarse Frank.

Cuando partieron, el capitán reunió a la tripulación y anunció:

—Os presento a Alexander, es nuestra última incorporación y nos ayudará en las tareas de limpieza y en la cocina. Cualquier cosa que necesitéis de él me lo trasladaréis a mí y yo valoraré si es oportuno.

La cara de Toni el cojo y la de Frank cambiaron súbitamente. Se miraron arqueando las cejas, preocupados al ver que deberían añadir otro más a su lista de asesinatos.

Navegaban a escasa millas de la costa de Portugal, era la mejor manera de no ser atacado por los bucaneros, que preferían cometer sus tropelías en alta mar para así evitar a los corsarios españoles y portugueses.

La temperatura subió varios grados y las noches eran más suaves que en Inglaterra. Alexander se empleaba duro en la limpieza de la cubierta y en las tareas que el capitán le encomendaba. Sus mejores ratos los pasaba en la cocina, junto al cocinero, que no paraba de gastarle bromas.

La noche era el peor momento, cuando en la soledad de la bodega del barco, alumbrado por la tímida luz de un pequeño candil, le venían a la cabeza miles de recuerdos. La primera noche descubrió una rata que campaba a sus anchas sin mostrar ningún temor por su presencia, aunque en cierta modo se respetaban mutuamente, él no se metía con ella y ella no se acercaban demasiado.

Al día siguiente llegarían al puerto fluvial de Sevilla, primero deberían atravesar las marismas. Tenían poca profundidad. Era habitual que los barcos de gran tonelaje quedaran encallados en ellas, por eso la navegación estaba limitada a navíos de máximo cuatrocientas toneladas de peso. El Fast Arrow, cómo se llamaba la embarcación, no llegaba a las trescientas y tenía poco calado, por lo que no tendría problemas para atravesarlas.

El ambiente estaba tenso. El capitán se había reunido en varias ocasiones con sus marineros. Toni “el cojo” mantenía conversaciones con Frank lejos de oídos curiosos y Alexander no los perdía de vista.

Le costaba dormir por miedo a que entraran, pero la puerta de acceso a la bodega, al deslizarse sobre sus guías, emitía un quejido que era capaz de despertar a un oso en plena hibernación.

Toni “el cojo” y Frank compartían camarote. A través del ojo de buey se veía el resplandor de la luna sobre la superficie del agua. El silencio era casi absoluto, solo lo rompía el rumor de las olas al chocar levemente en el casco.

Habían permanecido despiertos y tenían la seguridad de que el resto de la tripulación dormía. Frank no paraba de atusarse la barba y a Toni le dolía la pierna más de lo normal. Cogieron sus cuchillos y se miraron decididos. Salieron al pasillo de acceso a los camarotes. La

madera seca del piso crujía con cada paso que daban. Estaba oscuro, pero no les hacía falta la luz para llegar a su destino. Prácticamente sin respirar llegaron a la puerta donde al otro lado, descansaba el capitán. Le odiaban, siempre tratándolos como escoria y riéndose de ellos a la mínima ocasión. Las puertas eran correderas y, por dentro, tenían una simple palanca que se insertaba en un soporte que hacía las veces de cerrojo. Las puertas no encajaban bien en el marco y con la ayuda de un objeto de poco espesor se podía levantar dicha palanca con facilidad desde el exterior. Un cuchillo valdría perfectamente para dicho cometido.

Decidieron probar por si no estuviera puesto el seguro. Para su sorpresa, la puerta no opuso resistencia a ser abierta. Les extrañó. Con sumo cuidado pasaron y allí estaba el capitán, debajo de las mantas. La luz de una vela rompía la total oscuridad. Sin pensarlo dos veces y con el mayor de los odios, se acercaron. Toni tensó la mandíbula, apretó los dientes que le quedaban y levantó el cuchillo a la altura de su cabeza. Cogió aire y dirigió la hoja, con violencia, hacia el cuello del capitán. El cuchillo se clavó con facilidad. Demasiada facilidad, pensaron. Algo extraño pasaba, no había sangre, no había movimiento alguno. Se miraron con cara de no entender lo que sucedía. Levantaron la manta y un escalofrío les recorrió el cuerpo. Habían apuñalado a un par de sacos de cereales. Un ruido les sobresaltó. Al girarse descubrieron al capitán junto a su segundo de a bordo, con un pedreñal cada uno apuntándolos.

—Nunca me fie de vosotros, pero tan bajo no pensé que caeríais —dijo el capitán con cara de desprecio—. Atadles las manos a la espalda y sacadlos a cubierta.

Toni y Frank se mantuvieron quietos, pensativos. No ofrecieron resistencia.

En previsión de lo que sucedería, el capitán ordenó al cocinero que fuera guardando los restos de comida de los días pasados. Uno de sus marineros fue vertiéndolos al mar. Poco a poco los peces se iban acercando para mordisquear los despojos de carne y pescado. A los pocos segundos, empezaron a llegar peces de mayor tamaño. Atraídos por el olor y la curiosidad, las primeras aletas asomaron en la superficie del agua reflejando el brillo de la luna. Se podían contar a simple vista seis.

Alexander, que con todo el jaleo se había levantado, mantenía los ojos muy abiertos. El capitán, que portaba un cuchillo en la mano, le miró y con un simple movimiento de cabeza le transmitió su agradecimiento.

—Siendo la máxima autoridad del Fast Arrow y con el poder que dicha circunstancia me otorga, os declaro culpables del delito de traición e intento de asesinato y os condeno a muerte.

Los dos asesinos suplicaban arrodillados. Lloraban, pero ni siquiera Alexander sentía piedad por ellos. En cierta modo, le valía como venganza por todo lo que había sucedido los últimos días.

El capitán se acercó y de un movimiento certero les hizo un corte en el estómago. No era mortal, pero si doloroso y sangraban abundantemente.

El grito que emitieron mientras caían heló la sangre del muchacho. Después, un frenesí salvaje. El constante golpeteo de las aletas contra el agua levantaba espuma y salpicaba. La poca luz que regalaba la luna, no les permitió ver como el océano se teñía de rojo.

23 de marzo de 2019, 17:30 h

Hacía tiempo que no se aburría de esa manera tan desesperada. Se había propuesto de nuevo estar el fin de semana sin salir de casa, evitando así la tentación. Aunque había hecho progresos importantes, no quería confiarse. Por fin, las manos se movían solo cuando se lo proponía y no de manera inconsciente. La desagradable sensación de tener el cuerpo al revés desapareció. La necesidad de comer reapareció con fuerza. No había un solo momento en el que no pensara en atiborrarse, era la única manera de calmar la ansiedad que le suponía su encierro voluntario. Había una idea que le rondaba constantemente por la cabeza, pero no se decidía. Varias veces, con el móvil en la mano, después de marcar cinco de los nueve números se echó para atrás, yendo a continuación a la nevera para calmar su frustración.

Había probado de todo. Sentarse a ver una película, leer, escuchar música, pero no lograba concentrarse en ninguna de las tareas. Después del tercer montado de jamón, y viendo que no podía seguir así, por fin reunió el valor necesario para hacer lo que llevaba pensando todo el día. Cuando pulsó el botón del último número del teléfono su corazón se aceleró, pero ya no había marcha atrás.

—Buenas tardes, Fernando.

La respuesta le pilló desprevenido. Él esperaba más un: dígame. Ese guiño de confianza le gustó y le dio cierta seguridad.

—Buenas tardes, Patricia, perdona que te moleste. Llevo desde ayer sin salir de casa y ya no sé qué hacer ni dónde meterme. Tengo una ansiedad que no me deja parar quieto. Como eres mi madrina, se me ha ocurrido llamarte —dijo de sopetón, prácticamente sin respirar. Sin pensarlo demasiado, continuó—. Si no tienes nada que hacer, podíamos quedar para merendar y así hablamos sobre el tema.

En cuanto lo soltó, cruzó las dedos y cerró los ojos. Con expectación la escuchó decir:

—Pues no tengo nada importante que hacer. Si te puedo ayudar,

estaré encantada.

Cuando colgaron, Fernando suspiró de alivio y cerró el puño, feliz de su pequeño avance. Quedaron en una churrería cercana, se vistió y se puso en marcha ilusionado como un niño.

Quería mantener la calma, pero aquel plato rebosante de churros y porras con el chocolate humeante hacía que su boca segregara más saliva de la cuenta. No quería dar la impresión de ser un glotón.

—Bueno, ¿cómo llevas la vida sin el alcohol? —preguntó Patricia mientras mojaba su primera porra.

—La parte física la tengo dominada, pero mi cabeza todavía añora esos momentos.

—Es normal, pasará tiempo hasta que te olvides lo suficiente para vivir una vida sin que la bebida forme parte de la mayoría de tus pensamientos. Yo llevo casi siete meses y todavía sueño con ella.

—Me imagino. La verdad es que lo estoy pasando mal. Estar todo el día encerrado en casa y solo se hace pesado.

—¿Vives solo?

—Sí. ¿Y tú, vives sola o tienes pareja? —se atrevió a preguntar Fernando, arrepintiéndose al instante por si había sido demasiada entrometido.

—No, soy un poco amargada, no es fácil aguantarme.

—Pues a mí, desde luego, no me lo parece.

La conexión era palpable. Aunque se habían visto solo un par de veces, daba la impresión de que se conocían de antes. Fernando disfrutaba más de la conversación que de los churros y, teniendo en cuenta su insaciable apetito, eso decía mucho a su favor.

—¿Y tú?, ¿tienes pareja? —preguntó ella a continuación.

—Tampoco, mi trabajo me absorbe demasiado tiempo.

—Eres detective privado ¿no?, como en las películas.

—Sí, pero no todo es tan bonito como sale en la pantalla. La mayor parte del tiempo la gasto en esperas insufribles para conseguir unas cuantas fotos.

—Pues precisamente, hace poco, se me ocurrió la idea de contratar los servicios de un detective.

—¿Para? —preguntó Fernando sorprendido.

—Lo que conté el otro día en la reunión es algo que me atormenta desde niña. La desaparición de mis padres ha sido una losa que nunca me he podido quitar y me ha convertido en una persona depresiva.

—¿No hubo una investigación?

—Sí la hubo. Eso sucedió en mil novecientos ochenta y ocho y por aquel entonces las cosas no funcionaban como ahora. Pasados unos meses se cerró el caso por falta de indicios.

La cabeza de Fernando se puso en modo detective.

—¿Viajaban en coche?

—Sí, fueron en un Renault diecinueve nuevo, pero nunca apareció. También alquilaron una habitación para dormir en un hotel, pero nunca llegaron.

—Huele raro. Si quieres, te puedo echar una mano. Quizá pueda esclarecer algo.

—Te estaría muy agradecida, pero desde luego te pagaría. Aunque a lo mejor, con todo el trabajo que tienes, lo mismo es más un compromiso que otra cosa.

—No te preocupes, he decidido darme un descanso durante un mes por lo menos. Ahora lo que me sobra es tiempo.

Después de dar buena cuenta de la grasienta merienda, se despidieron hasta el día siguiente. Habían quedado para dar una vuelta por el Retiro y Patricia le llevaría todos los datos que había recogido durante los años pasados referentes a la desaparición de sus padres. Esa noche no cenó, estaba empachado, pero se acostó sonriente y feliz con una ilusión que hacía tiempo que no sentía.

14 de marzo de 1644,

Puerto de Sevilla

« Por fin tierra firme», pensó Alexander al desembarcar. Se sorprendió por la temperatura. Hacía tanto calor que le sobraba, prácticamente, toda la ropa. Nunca en su vida había sentido esa sensación tan sofocante, ni siquiera en los veranos más calurosos de Inglaterra.

El puerto bullía de actividad. El capitán contrató los servicios de dos mozos para la descarga del barco. Alexander se dispuso a cargar una de las cajas para llevarla hacía los carros, pero Murdock le detuvo y le dijo:

—Tú ya te has ganado el salario en este viaje. En este barco hay un hueco para ti, te lo has ganado por méritos propios.

—Se lo agradezco mucho capitán, pero he comprobado que no estoy hecho para navegar. Prefiero la estabilidad de tierra firme.

—Cómo quieras, pero me siento en deuda contigo. Has salvado mi vida y la de mi tripulación. Si algún día necesitas algo que esté en mi mano, puedes contar conmigo. Todos los viernes sobre esta hora arribo en este puerto —dijo el capitán visiblemente emocionado—. Cuídate, Sevilla tiene mucho encanto, pero es una ciudad difícil.

Luchando por contener su emoción, el capitán le puso la mano en el hombro.

—Guárdate esto —le dijo ofreciéndole una pequeña saca de maravedíes—. No es mucho, pero te ayudará para empezar.

Alexander la cogió y la guardó en el saco de las raíces. Se despidieron. La mano del capitán era áspera y tenía los dedos más grandes que había visto en su vida; aun así, le transmitió delicadeza. Después, comenzó su aventura en solitario por España.

El olor en el muelle era desagradable. Se juntaba el hedor a pescado podrido con un sinfín de excrementos tanto de perro como de caballo y burro.

La mayor dificultad a la que se enfrentaba era el idioma. No entendía ni una palabra de español.

El tránsito de gente por las calles era agobiante. Algunas personas se dirigían a él ofreciéndole alimentos, pero no entendía nada de lo que le decían y los rechazaba con una sonrisa. Su intención era encontrar un lugar para comer y descansar. Al día siguiente intentaría encontrar trabajo en el muelle y poco a poco ir aprendiendo el idioma.

En las proximidades del río, en ambas orillas, había chabolas hacinadas. Prefirió no acercarse demasiado.

La ciudad estaba rodeada por una muralla construida en la época romana y ampliada posteriormente por los musulmanes que, conscientes del avance de los reinos cristianos del norte de España, quisieron fortificarla.

Para acceder a su interior, Alexander descubrió una gran puerta con un arco de medio punto adornada con escudos y estatuas. La gente entraba y salía libremente. Con paso inseguro, decidió entrar.

Las calles eran estrechas y sinuosas. Cada poco se encontraba tabernas donde los hombres bebían vino y cerveza. El movimiento continuo de gente en las calles le mareaba y sus piernas flojeaban. Llegó a una plaza y se topó de frente con la catedral de la Giralda. La majestuosidad del templo le dejó impactado. Existían puestos de venta de carne y pescado. Había conejos y pollos destripados colgados de ganchos. Sobre un mostrador de madera, se exhibían trozos de carne roja y sangrienta, plagada de moscas. El carnicero intentaba ahuyentarlas, sin éxito. El pescado expuesto corría igual suerte. El olor a naturaleza muerta inundaba el aire y se hacía difícil respirar. Con mal cuerpo, se dirigió al siguiente puesto. Había ristras de productos de color rojo colgando y lo que parecían patas de cerdo colgadas de ganchos. Al igual que en los otros puestos, las moscas, insistentemente, no paraban de posarse en ellos. La chica que atendía ofrecía a los presentes, sobre un plato de barro, trozos de los alimentos que allí vendían. Cuando le acercó el plato a Alexander, más por vergüenza que por otra cosa, cogió uno de aquellos pedazos. Con recelo se lo llevó a la boca. El contacto de ese alimento con su lengua se convirtió en un éxtasis de sabor. Nunca había saboreado algo que le produjera tanto placer a su paladar. Encima del mostrador había trozos de pan partidos por la mitad con ese extraño alimento dentro.

Sobre ellos, un cartel informaba: bocadillos de jamón con vaso de vino a cincuenta maravedíes. Lo único que entendió fue el número. Sacó el dinero con disimulo y, señalando a los bocadillos, compró uno. Se sentó en una de las banquetas que tenía el puesto para sus clientes. Las moscas revoloteaban intentando posarse sobre el bocadillo. El sabor del vino era amargo y le recordaba levemente a los frutos silvestres que solía comer en Inglaterra. Le dio una punzada de nostalgia. Pero el sabor de lo que comía le arrebató de golpe cualquier pensamiento negativo. Disfrutaba de cada mordisco que daba, mojado por el intenso gusto del vino.

Al acabar se levantó, pero se sentó de nuevo por miedo a caer. La plaza se movía sola y el suelo estaba mucho más lejos de lo habitual. Sentía como si sus ojos verdes no fuesen capaces de enfocar. Sonrió. Parecía que la presión de su pecho disminuía y la carga de tristeza que le hacía arrastrar los pies al caminar, se aligeraba. Se apoyó en el banco y consiguió levantarse. Después de trastabillar, consiguió enderezarse. La sensación que tenía no la conocía, pero le gustaba. Su ánimo mejoró y se sentía optimista.

El sol empezaba a ponerse y las sombras se alargaban exageradamente. Se puso en marcha como buenamente pudo. Debía encontrar un sitio para pasar la noche. Una ligera brisa fresca le espabiló y por fin volvió a enfocar con claridad.

Las calles se estrechaban cada vez más y el tumulto de gente quedó atrás. En muchos rincones había ratas, que escapaban a toda prisa cuando se acercaba. Se cruzó con varios perros famélicos con el cuerpo plagado de garrapatas, tantas que se veían a simple vista. Olía a meados y en cada esquina había marcas sucias que algunos apurados habían dejado. Las paredes de las casas, pintadas de blanco, tenían desconchones y en algunas de ellas existían grietas. Esas calles le transmitían desconfianza. Empezaba a haber poca luz. Estaba claro que allí no encontraría un sitio para dormir. Decidió dar la vuelta, pero, unos metros más adelante, apareció, por una calle perpendicular, un niño con un farol en la mano. Llevaba vestimentas harapientas, y la suciedad ocupaba tanto sus ropas como su piel. No tendría más de ocho o nueve años y su estado de desnutrición era evidente. Con un gesto de la mano, el niño del farol le indicó que le siguiera, desapareciendo a continuación por dónde había aparecido. Tentado por la curiosidad, y creyendo que poco le podría hacer un niño enfermizo, decidió seguirlo. Llegó a la calle, al fondo, en lo que parecía una pequeña plaza, estaba el mismo niño plantado con el farol. Le volvió a hacer un gesto similar al de antes y, a continuación, dio la vuelta y se metió en las ruinas de la casa que había a sus espadas. Alexander avanzó hasta la plaza. La luz que emitía el farol que portaba el niño se apagó. La noche reemplazó al día. La única luz

que permitía cierta visión era la de la luna, que había completado su círculo. La fachada de la casa dónde se había metido el niño, estaba derruida y se veían trozos de vigas de madera carcomida por las termitas. La oscuridad en su interior era absoluta. El resto de las casas que rodeaban la pequeña plaza tenían grietas y daba la impresión que pronto se transformarían en escombros. Empezaba a sentir temor. Decidió dar la vuelta, pero antes de girarse, la luz de un farol se encendió dentro de la casa ruinosa. Alexander se tensó, todo aquello era muy raro. El niño le miraba muy serio, casi sin pestañear. A continuación se fueron encendiendo más faroles y la oscuridad fue rota por la luz que emitían. Cada farol lo portaba un niño de las mismas características que el primero. El destello de algo metálico en sus manos le llamó la atención. Se fijó y comprobó que lo que reflejaba la luz eran las hojas de los cuchillos que asían con las manos libres.

Al entender lo que sucedía, giró sobre sí mismo para salir despavorido de ese lugar. Pero se quedó parado, con los ojos muy abiertos y el corazón martilleándole en los oídos. En la calle que le serviría para salir de la plaza, había dos niños. Al igual que los otros, en la mano libre del farol apretaban con fuerza un cuchillo. Miraban fijamente, con una expresión tan seria, que asustaba. De pronto, los niños, al unísono, se dirigieron corriendo hacía él. Lo primero que sintió fue un puñetazo en la nariz. El dolor le obligó a cerrar los ojos y llevarse la mano para comprobar si estaba rota. El líquido que salía le tiñó los dedos de rojo. Acto seguido, recibió una lluvia de patadas que le hicieron caer al suelo, donde le seguían golpeando sin piedad. Gritaban, pero no entendía nada de lo que decían. Le arrancaron el saco de las raíces de las manos y lo abrieron sin parar de patearle. Lo primero que sacaron fue la pequeña saca de maravedíes. A continuación: la brújula, el cuchillo y la cazuela de cobre. Las raíces no les llamaban la atención. Cuando encontraron la caja envuelta en hojas, la cara de su madre dándosela y rogando que la cuidara se formó nítida en su cabeza. No podía fallarla, era lo único que le quedaba de ella. La rabia que había contenido desde hacía días salió de golpe y una furia enorme se apoderó de él. Todo sucedió en pocos segundos. Cogió impulso y consiguió levantarse. Le quitó la caja de las manos al niño que la había sacado, quien, asombrado por su rápida reacción, no se opuso. Con la otra mano agarró el saco y de un cabezazo derribó al que le cortaba el paso. «Otra vez me toca correr», pensó. Sus piernas, magulladas por las patadas, se pusieron en marcha, pero el filo de un cuchillo afilado le hizo un corte. Se estremeció de dolor. No podía permitirse el lujo de parar. Sin prestar atención al brazo derecho, por el que manaba un flujo continuo de sangre, corrió al máximo de sus posibilidades. Detrás de él, el grupo

de pequeños ladrones le seguía a toda velocidad, gritando. Empezaban a fallarle las fuerzas. La sangre salía libremente y no podía parar para taponar la herida. Notaba una sensación similar a cuando, hacía un rato, se había bebido el vino, aunque en este caso, le acompañaban sudores fríos. Iba de una calle a otra, sin saber a dónde dirigirse. La nariz le dolía y la notaba hinchada. Al fondo vio un edificio con un farol exterior que alumbraba su entrada. Cruzando los dedos para que estuviera abierta, se dirigió hacia allí. La precedía una gran puerta de madera con una aldaba de bronce. Sin pararse a llamar, empujó. Con alivio comprobó que no ofrecía resistencia. Se sorprendió del tamaño de su interior. La temperatura era fresca y no se veía un alma. La poca luz que alumbraba la emitía unas velas, que a punto estuvieron de apagarse cuando abrió la puerta. Todo le daba vueltas. Lo último que vio fue a Jesús en la cruz mirándole con gesto serio. Después se desmayó.

24 de marzo de 2019, 17:30 h

Por fin la primavera empezaba a dejarse ver y un tímido sol se decidía a aparecer cuando las nubes le daban paso. No era una mañana calurosa, pero la ausencia de viento y la agradable sensación que proporcionaban los rayos de sol, convertían el plan en perfecto. Fernando lo sabía y haría lo posible para que Patricia se sintiera lo más cómoda posible. Lo tenía estudiado y estaba nervioso.

Había sido una jugada maestra. El parque del Retiro en primavera, «qué mejor escenario para el comienzo de una relación», pensó. No quería hacerse demasiadas ilusiones porque, aunque era alto, peinaba una gran mata de pelo negro y más de una vez le habían dicho que era guapo, la pierna le restaba mucha seguridad.

Recogió a Patricia, se saludaron con dos tímidos besos y se pusieron en marcha. No tuvo problema para aparcar, tenía la tarjeta de movilidad reducida. Era un beneficio, pero, en ese momento, se sintió un tanto incómodo por lo que ella pudiera pensar.

Cómo había supuesto, el Retiro resplandecía de vida. Las flores empezaban a mostrar su colorido mediante los perezosos pétalos que comenzaban a dejarse ver y los árboles ofrecían su tonalidad más intensa de verde. Era como una isla rodeada de un mar de carreteras, coches, humos y malos olores. Se respiraba a naturaleza en pleno centro de Madrid.

Caminaban despacio, disfrutando de cada rincón. El lago rebosaba de barcas con familias y parejas de enamorados. Alguna que otra ardilla aparecía para, a continuación, salir corriendo en sentido vertical, a las protectoras copas de los árboles. Después de comprar dos refrescos, se sentaron al sol en el césped.

—Si lo piensas, hay un montón de actividades que se pueden practicar sin necesidad de beber ni una gota de alcohol. Lo único que hay que hacer es abrir la mente a cosas nuevas —dijo Patricia mientras sacaba una carpeta amarilla del bolso.

—Sí, tienes razón. Y mucho más a partir de estas fechas, que apetece disfrutar del aire libre. Hay que sustituir los bares por el campo.

—He traído toda la documentación que tengo. No es que sea mucha, pero seguro que te podrá ayudar —le comentó mientras le pasaba la carpeta.

En su interior, Fernando descubrió una invitación para una boda celebrada el veintidós de octubre de mil novecientos ochenta y ocho. La ceremonia se llevó a cabo en la catedral de Cuenca y la celebración en la finca Las Truchas, a unos escasos quince kilómetros de la ciudad. También había publicidad del hotel en el que reservaron la habitación y nunca aparecieron y los datos del color, modelo y matrícula del vehículo en el que se desplazaron.

—Es todo lo que tengo.

—Está bien. Con esto tengo para empezar. Mañana comenzaré la investigación. Solo te pido que tengas paciencia. Cualquier hallazgo que haga te mantendré informada.

—Me tienes que decir cuánto te tengo que pagar.

—Por eso de momento no te preocupes, ya iremos viendo.

—Muchas gracias, esto significa mucho para mí —dijo ella dándole un cariñoso abrazo.

Derretido, le devolvió el abrazo con el mismo cariño. El roce de sus pechos hizo que su entrepierna aumentara, preocupantemente, de volumen e intentó disimular colocando la carpeta encima. No recordaba haber sentido algo parecido con ninguna mujer antes y eso le gustaba y le encogía a partes iguales.

Tenía la mejor arma para conquistarla. Si conseguía desenmascarar lo ocurrido aquella lejana noche de octubre, seguro que estaría tan agradecida que caería rendida a sus pies.

Cuando se despidieron se sentía ligero y feliz. El alcohol había pasado a un segundo plano y su corazón volvía a latir con fuerza. Habían quedado para el martes a las seis. Merendarían y la pondría al día de todo lo que descubriese; después, irían juntos a la reunión que tanto bien le estaba haciendo.

13 de marzo de 1647, 7:50 h

Sevilla

Los primeros rayos de luz se colaron por la ventana de su habitación y, como era costumbre, el gallo derrochó toda su energía para anunciar la llegada del nuevo día.

Alexander se levantó de la cama con pereza, corrió las cortinas y contempló durante unos instantes el gallo, las gallinas y sus polluelos. Sin perder más tiempo, se vistió y desayunó intentando hacer el menor ruido posible. A continuación, cogió la escoba y los trapos para el polvo y se puso a limpiar.

Se asombró de lo rápido que se le había pasado el tiempo. Hoy cumplía dieciséis años. Hacía tres que había puesto los pies en Sevilla. Empezó mal, pero después, todo se enderezó.

La noche de su llegada, después de ser perseguido por la banda de los pequeños ladrones, tuvo suerte y acabó recalando en la iglesia de San Francisco de Jesús.

La pérdida de sangre, producida por el corte de uno de los cuchillos, le hizo perder el conocimiento y caer desplomado en medio del pasillo central. El Padre Ángel, extrañado por el fuerte ruido, se asomó y encontró al muchacho sin conocimiento en el suelo, al lado de un saco y un pequeño charco de sangre. Sin pensarlo, le cogió en brazos y le llevó a una de las alcobas de la parte trasera de la parroquia.

Tenía la nariz magullada e hinchada y el cuerpo lleno de moratones. La herida del brazo no era tan profunda cómo parecía y a base de presión, rápidamente, consiguió parar por completo la hemorragia. Con la ayuda de una venda, se encargó de protegerla.

Pasaron, al menos, quince horas hasta que despertó. Estaba desorientado y asustado. Le dolían casi todas las partes de su cuerpo.

El Padre Ángel, que estaba pendiente, al oír que se incorporaba, se dirigió hacía la alcoba en donde había estado acostado todo este tiempo.

—Buenas tardes, ¿cómo te encuentras? —preguntó el religioso con una sonrisa en la cara.

Alexander, sin entender ni una palabra de lo que aquel hombre le decía, miraba con desconfianza.

El párroco, al ver el color de su pelo, de sus ojos y la cara de sorpresa con que le miraba, comprendió que no hablaba su idioma.

Desde entonces vivía en la iglesia. En principio iba a ser para unos días, hasta que se recuperase, pero al ver el carácter amable y las ganas de trabajar que tenía, el Padre Ángel decidió que podía quedase todo el tiempo que necesitara.

Todas las mañanas se levantaba a la misma hora. El gallo, que campaba a sus anchas al otro lado del muro de la alcoba dónde dormía, se encargaba de ello. Su primera tarea era limpiar el templo, después reponía las velas. Se encargaba también de las tareas del

huerto que había en el amplio terreno de detrás de la iglesia, del cuidado de los animales y de recoger los huevos que ponían las gallinas.

Los tomates, patatas, ajos, cebollas y lechugas que cultivaban; así como las manzanas y naranjas que recogía de los árboles frutales; junto con los huevos, los repartían entre los más necesitados que acudían a rezar. Entre ellos siempre asistía María. Cada vez que la veía, un calor interno recorría todo su cuerpo y la piel de su rostro adquiría una tonalidad del mismo tono que su pelo.

La muchacha tenía quince años, era morena y alta para su edad. Su cuerpo estaba desarrollado y poseía una mirada pícara y descarada. Cada vez que fijaba sus ojos negros en él, Alexander esquivaba la mirada intimidado.

Cada día, aparte de todas las tareas que realizaba, durante dos horas, el Padre Ángel, con paciencia, le fue enseñando el idioma. Era un alumno muy disciplinado y en un año y medio, fue capaz de expresarse medianamente bien. Después aprendió gramática, ortografía, aritmética y geometría.

El religioso era un pintor frustrado. Lo intentaba con ahínco, pero no conseguía evolucionar. Le gustaba pintar con carboncillo y le enseñó la técnica a Alexander. Desde el primer momento le llamó la atención y pasaba horas haciendo bocetos de partes de la iglesia. Al contrario que el Padre, su evolución era más que evidente.

Le encantaba leer y por las noches, antes de dormir, pasaba horas frente a un libro a la luz de un candil.

Muchos días le tocaba ir al mercado para comprar carne y pescado y, algunas veces, cuando el Padre se lo permitía, compraba el jamón que tanto le gustaba. En ocasiones se hacía el despistado y, en vez de ir por la calle principal, se metía por la calle de las putas. Se dirigían a él ofreciéndole sus servicios y enseñando partes de su cuerpo. Eso le excitaba de tal manera, que al llegar a su alcoba tenía que aliviarse.

Había consumido un cuarto del saco de raíces de rozuladas. De cada raíz podía sacar diez o doce trozos. Cada mañana, invariablemente, masticaba el jugo de dos. La cajita seguía sin poder abrirse. De la humedad que había debajo de la cama, que era dónde la guardaba, parecía que la madera se estaba hinchando y, como medida de prevención, se le ocurrió una idea. Con paciencia, y con la cera fundida de una vela, fue recubriendo toda la superficie. Pasado un tiempo la volvería a fundir y comprobaría si podía abrirse. En caso contrarío, actuaría de igual manera. De esa manera, la mantendría bien conservada.

Un día, de camino al mercado, sintió que alguien le tocaba en el hombro. Al girarse y ver de quién se trataba, el corazón le empezó a latir más deprisa y un calor extraño le encendió el rostro.

—Hola —le dijo María con una sonrisa en la cara, dejando ver sus dientes blancos.

—Hoola —consiguió decir, tartamudeando, sintiéndose más avergonzado todavía.

—¿Adónde vas? —le preguntó con tono alegre y acento sevillano.

—Voy a comprar al mercado —respondió Alexander con su acento medio andaluz, medio inglés.

—Si quieres te acompaño.

Con los ojos muy abiertos y sin saber mucho más que decir, contestó:

—Vale.

Desde ese día, iba y venía del mercado acompañado. Solía ir tres veces por semana y estaba deseoso que llegaran esos momentos para compartirlos con María. Con el tiempo, la vergüenza se transformó en confianza y se hicieron inseparables.

El padre de la chica era herrero. Un accidente en la fragua le hizo perder cuatro dedos de la mano derecha. A punto estuvo de morir desangrado. Cuando se recuperó, ya no había hueco para él en la herrería y los pocos ahorros que tenía empezaban a desaparecer.

Alexander ajustaba la compra lo más que podía. Había aprendido incluso a regatear con los tenderos y las monedas que le sobraban se las daba a María. Esta, agradecida, le soltaba un fuerte beso en su cara pecosa y el roce de sus abultados pechos le hacía flotar de felicidad. Él le guardaba los mejores frutos y verduras del huerto y los huevos más frescos.

Ensimismado, pensando en la dulce cara de la sevillana y en la redondez de su cuerpo, iba quitando el polvo de los bancos. Al acercarse al confesionario le sorprendió ver que estaba levemente separado de la pared. Aprovechando, ya que nunca había limpiado en esa zona, lo movió un poco más. Debajo había una alfombra vieja llena de polvo y pelusas. La levantó para sacudirla. Debajo de la alfombra había una trampilla de madera. Un trozo de cuerda hacía las veces de tirador. Se agachó y lo agarró con fuerza dispuesto a tirar de él, pero el ruido de pasos que se acercaban le sobresaltó y le frenó. Tiró la alfombra sobre la trampilla y la alisó. El confesionario era de madera y, aunque pesaba bastante, levantó uno de sus laterales a pulso y lo acercó a la pared. A continuación, hizo lo propio con el otro lateral.

—Buenos días hijo. ¡Feliz cumpleaños! —dijo el Padre Ángel con su habitual cara de felicidad cuando apareció al lado del altar.

—Muchas gracias, Padre —respondió alterado.

—Anda, anda, no trabajes tanto que hoy cumples años. Después, cuando vayas al mercado, compras el jamón ese que tanto te gusta.

Al terminar sus clases, que ni siendo su cumpleaños se las perdonó,

salió hacia el mercado. Pasó por debajo de la casa de María y solo tuvo que silbar la melodía que conocían. Ella, rauda y veloz, se reunió con él.

A la vuelta, Alexander llevaba un rato callado. María no paraba de hablar con su característica gracia, pero él se mantenía serio. A escasos metros de la parroquia, al pasar a la altura de un pequeño callejón perpendicular a la calle principal, María le agarró del brazo y de un fuerte tirón le metió dentro. Sin que tuviera tiempo a reaccionar, le soltó un beso en la boca que le dejó sin aliento y después, mirándole a los ojos, le dijo:

—¿Pensabas que no me iba a acordar, eh?

Alexander, con cara de felicidad, asentía.

—Toma. ¿Cómo puedes pensar que me iba a olvidar? —preguntó ofreciéndole un objeto envuelto en un trozo de tela.

Con torpeza lo abrió. En su interior había una pulsera hecha de cuero. Alexander alzó la mirada hacia la muchacha. Unas gotas de sudor frío le resbalaban por la frente. Se sentía ligero. Notaba como su rostro estaba más encendido de lo normal. Muy despacio, acercó sus labios a los de María y la besó. Esta vez le dolía más el corazón que el hinchazón de su entrepierna.

25 de marzo 2019, 09:45 horas

Definitivamente, la peor parte ya había pasado. Diez días sin beber empezaba a sonar bien. Era el momento justo para que su cerebro se pusiera en funcionamiento y hacer lo que más le gustaba. Encima con dos añadidos. El primero: si desentrañaba el caso conseguiría acercarse mucho más a Patricia; y el segundo: aquella investigación nada tenía que ver con lo que estaba acostumbrado a hacer.

El grueso de sus trabajos lo ocupaban las infidelidades y los seguros, que le encargaban investigar posibles fraudes. En cualquiera de los casos, la mejor arma que disponía, aparte de una cámara fotográfica y de vídeo de calidad, era la paciencia. Horas de espera en el coche conseguían que, de vez en cuando, se replanteara si lo que hacía era realmente lo que le gustaba. Siempre había sido un hombre de acción, pero su trabajo era monótono y aburrido.

Este era uno de los casos con los que siempre había soñado. Sería un descubrimiento importante. Eran muchos los casos de personas desaparecidas en los años ochenta y noventa, a los que se les había dado carpetazo y los familiares quedaban desamparados.

La finca Las Truchas todavía existía. No tuvo demasiado problema en encontrar su ubicación con la aplicación del teléfono móvil. Su acceso estaba cerrado por una enorme valla metálica. Estaba pintada y

bien cuidada. Según sabía Patricia, muchos de los asistentes a la boda, que se celebró aquel día en esa finca, confirmaron que Sonia y David, que así se llamaban sus padres, se fueron sobre las doce de la noche y no notaron nada raro. Desde allí se dirigieron a Cuenca, donde tenían reservada la habitación del hotel.

El primer paso que daría sería recorrer el mismo trayecto que, supuestamente, hicieron los padres de Patricia ese día. La carretera tenía dos carriles, uno para cada sentido. El trayecto lo recorrió en apenas quince minutos, estaba bien señalizado y no encontró nada que le llamara la atención. A continuación se dirigió al hotel. Era modesto pero, para dormir una noche como tenían previsto, era más que adecuado. Se acercó a la recepción en la que había un tipo joven, con gafas y cara de aburrido.

—Buenos días —saludó poniendo su cara de complicidad—. Me llamo Fernando y soy detective privado. —El chico prestó más atención al escuchar esas palabras—. Estoy investigando sobre una desaparición ocurrida hace treinta años. Me gustaría hacerte unas preguntas, si eres tan amable.

—Para eso estamos, pregunte lo que quiera —dijo el recepcionista pensando que, por lo menos, se mantendría entretenido durante un rato.

—El veintidós de octubre del ochenta y ocho, una pareja reservó una habitación en este hotel y, según tengo entendido, nunca la llegaron a ocupar. Salieron de una finca cercana donde se celebraba una boda y después desaparecieron misteriosamente.

—Algo he oído de aquella historia pero no la conozco al detalle. Por aquel entonces los registros se hacían a mano y no se conserva nada de la época. Lo que sí sé es que quién ocupaba el puesto en la recepción era mi tío Juan. Si le hace una visita, seguro que estará encantado de conversar con usted.

Después de apuntar la dirección del antiguo recepcionista, se despidió de él agradeciéndole la información que le había aportado.

Comprobó en el móvil que la casa no estaba demasiado alejada, por lo que decidió ir andando. El tiempo era agradable y su pierna respondía mucho mejor con temperaturas cálidas.

Juan resultó ser un hombre de carácter amable. Por su pelo blanco y por las arrugas de su cara, Fernando dedujo que rondaría los setenta años. Enseguida le invitó a pasar y se sentaron en torno a una mesa de plástico en el patio trasero.

Sin ni siquiera preguntar, Juan sacó dos copas y se dispuso a llenarlas de vino blanco. A Fernando le brillaron los ojos. La superficie de la botella presentaba miles de gotitas condensadas que hacían la bebida más deseable. El detective levantó la mano para frenarle.

—Prefiero agua si no le importa.

—Como guste —respondió llenando su copa. Salió y volvió a los pocos segundos con una botella de agua mineral, que dejó a su lado.

Cuando le formuló las mismas preguntas que al chico de gafas del hotel, Juan se puso serio y bebió un trago con aire ausente. Fernando se rascó la cabeza mirando hacia otro lado.

—Hace una eternidad de aquello, no había cumplido ni los cuarenta. ¡Como pasa el tiempo, madre mía! —exclamó el hombre arqueando las cejas. Se tomó unos segundos para pensar y continuó—. Recuerdo que esa noche estaba en la recepción y había varias habitaciones reservadas a un grupo de Madrid que venían a la celebración de una boda. Se fueron ocupando a lo largo de la noche. Lo recuerdo bien porque apenas pude dormir entre el trasiego de gente y los coches de bomberos. —La mención de los bomberos hizo que Fernando se inclinara hacia delante—. Se ocuparon todas excepto la veintisiete. Nos sorprendió porque ya estaba pagada. A los pocos días apareció la policía por el hotel haciendo preguntas similares a las que usted me hace.

—¿Y lo de los coches de bomberos? —preguntó con curiosidad Fernando.

—Esa misma noche se quemó una casa en las afueras. El fuerte viento que soplaba le dio fuerza a las llamas. Gracias a que era de piedra, si no, hubiera desaparecido.

Fernando sacó una libreta y fue apuntando todo lo que consideraba importante. No creía en las casualidades y sabía por experiencia que siempre merecían la pena perder algo de tiempo en ellas. A veces, eso evitaba muchos rodeos.

—¿Dónde estaba la casa? ¿Quién vivía en ella?

—Esa es una historia que también tiene miga. No está lejos, a unos diez kilómetros más o menos. Allí vivía Miguel, un carpintero muy conocido por aquel entonces aquí, en Cuenca. Tenía mucho trabajo, muy buena mano y era fino trabajando. Un tipo normal y corriente hasta que, según cuentan, perdió la cabeza. —Fernando tomaba notas sin perder detalle de lo que contaba Juan—. La casa de la que le hablo había permanecido vacía durante muchos años. Era una casa muy antigua, creo que de mediados del siglo XVII. Fue ocupada por una chica pelirroja guapísima, pero también muy rara. Era inglesa, creo que pintora. El caso, que encargó a Miguel la restauración de varios muebles antiguos. Como él tenía bastante trabajo, instaló allí, provisionalmente, un pequeño taller para no tener que desplazar los voluminosos muebles hasta el suyo propio. Ese tiempo sirvió para que se fueran conociendo y se enamoraran. Al poco, Miguel dejó su vivienda y se fue a vivir a la antigua casa con la chica pelirroja. No estoy seguro, pero creo que se llamaba Gisselle. —Juan paró unos segundos para beber de su copa. Fernando bajó la mirada, evitando así

el sufrimiento y aprovechó para terminar de apuntar los datos relevantes—. Pasaron varios años y la inglesa se quedó embarazada. Tuvieron una niña que era clavada a la madre, mismo pelo, mismos ojos verdes... La desgracia apareció cuando a Miguel le detectaron un cáncer de pulmón. Empezó un tratamiento de quimioterapia, pero de repente... un día dejó de ir. —El vaso de vino parecía un faro brillando. Fernando empezaba a sudar y se le hacía difícil no mirar las gotitas de agua que resbalaban sobre el cristal. Abrió su botella y bebió la mitad de un trago—. No se sabe exactamente qué sucedió, pero no se le volvió a ver. Según cuentan, vivían sin hacer uso de la luz eléctrica y era la mujer pelirroja la que, de vez en cuando, aparecía para comprar provisiones, volviendo a desaparecer después durante una temporada. La niña la acompañaba en algunas ocasiones y ni siquiera iba al colegio. La madre se encargaba de darle clases. Vivían aislados, sin relacionarse con el exterior. Aquella noche la casa se incendió. No se sabe exactamente la causa. Tampoco se investigó demasiado. La única superviviente fue la niña. Se la encontró en camisón, tiritando de frío en las proximidades de la casa muy cerca de la carretera. Según cuentan, se hicieron cargo de ella sus abuelos de Inglaterra. La pobre, del impacto, se había quedado colapsada y estaba como ausente, sin poder pronunciar palabra. La casa sigue abandonada. Tiene dueño, pero nadie ha venido a reclamarla. Hay una leyenda negra y se piensa que está maldita. Aquí somos muy supersticiosos y, por miedo, poca gente se acerca. Se cuenta que se habían vuelto adoradores del diablo. Viendo que Dios no se amparaba de él, probó con su enemigo como última salida. Pero ya sabe, leyendas sin demasiado fundamento.

Fernando terminó de apuntar en su libreta. El relato le había sobrecogido tanto que se olvidó hasta del vino.

—Ha sido usted muy amable y me ha servido de gran ayuda —le agradeció a Juan. Se terminó el agua que le quedaba y se despidieron.

Ya tenía algo, nada relacionado directamente, pero algo que merecía la pena investigar. En esa casa habían sucedido cosas muy extrañas. Tenía claro cual era su siguiente paso.

El mapa de carreteras de Cuenca, que descargó en el móvil, mostraba que la vía que debía seguir para llegar a aquella vivienda, cortaba a la que le sirvió para llegar desde la finca a Cuenca. Era un dato revelador, cabía la posibilidad de que los padres de Patricia se despistaran y tomaran esa carretera.

El reto del vino le había puesto a prueba y ahora se alegraba de haberla pasado. Puso a Joaquín Sabina, pero, al rato, decidió cambiarlo. Le encantaban sus canciones aunque había algo en ellas que, de alguna manera, le arrugaba el corazón. Le transmitían tanto, que una especie de nostalgia le pateaba el culo con fuerza y le dejaba

tocado. A continuación probó con los Rodríguez y más de lo mismo, pensó, canciones tristes que le achicaban el ánimo. No era el momento de sentir melancolía porque es prima hermana del alcohol y les gusta ir de la mano. Decidió que mejor iría en silencio, amenizado por sus propios pensamientos. Y no había un pensamiento que ocupara más hueco en su cabeza que el de Patricia. Empezaba a sentir algo fuerte hacia ella.

Al poco, despistado, se dio cuenta que llevaba ya un buen rato y no había visto la casa. Cuando planeaba dar la vuelta, vio a unos cien metros lo que parecía un desguace de coches y decidió pasar a preguntar. Dejó el coche fuera y entró. No se veía ni un alma, el lugar estaba sembrado de coches destrozados. Sintió como los pelos de sus brazos se erizaban. Podía imaginar la posición en la que habían quedado algunos conductores solo de ver los golpes. Al fondo vio lo que parecía una caseta. Era poco más que una chabola. Caminó despacio hacia allí, por un pasillo rodeado de coches siniestrados. La pierna empezaba a quejarse. Sin esperarlo, a escasos metros de la caseta, apareció un pastor alemán ladrando poseído de rabia.

—¡Mierda! —gritó dando un salto y apartándose lo justo para salvar la distancia de la correa a la que estaba sujeto.

—Buenos días.

Escuchó de la nada, haciendo que su corazón quisiera salirse de su cuerpo por el muñón en donde le palpitaba con fuerza.

—¡Joder qué susto! Buenos días —respondió a la persona que salía en ese momento de la destartalada caseta.

El hombre se acercó al perro, que no paraba de ladrar, y le dio una patada en el lomo.

—¡Calla pesado! —le gritó. El animal volvió a la sombra y se tumbó.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el hombre. Parecía mayor, aunque Fernando pensó que no tendría más de cincuenta, pero su bigote y su tono de piel oscuro le envejecían.

Después de presentarse, e informarle de la investigación que estaba llevando a cabo, le preguntó por la casa que estaba buscando. El hombre respondió con gesto serio:

—Esa casa está a un kilómetro de aquí. Si se fija bien, puede verla desde aquí —le dijo señalando en su dirección—. Pero no le recomiendo que se acerque. Está maldita y todos los que han entrado acabaron mal.

Todavía nervioso, se despidió y dio la vuelta.

Un camino conducía a los restos del antiguo caserón. Llegó hasta una puerta metálica precintada con una cinta vieja de plástico, donde podía leerse: no pasar. La puerta estaba cerrada con un candado de grandes dimensiones. No conocía técnica más efectiva para ese tipo de

candados que la del cortafríos. Como era previsor, y sabía que se podría encontrarse con situaciones como aquella, nunca le faltaba la caja de herramientas en el maletero de coche. De un golpe seco, sin rechistar, se abrió. La puerta, después de años de inactividad a la intemperie, emitió un quejido reclamando algo de aceite que aliviara aquel insufrible roce.

Diez pasos separaban la entrada de la parcela de la entrada a la casa. El suelo estaba plagado de malas hierbas. Los restos de la puerta, eran pedazos de madera quemada que le dificultaron el acceso. El forjado de la planta superior, prácticamente, había desaparecido. Las vigas de madera estaban carbonizadas y el techo se había quemado en su totalidad. Era difícil caminar en su interior, sobre todo si se tiene una pata de palo, como la llamaba Fernando. Poniendo cuidado de no tropezar, entró.

El recibidor consistía en una gran sala. A la derecha, los restos quemados de una escalera que comunicaba con las plantas superiores. A continuación de esta, los restos de un baño. A la derecha, justo antes de la escalera, se accedía a lo que debió ser la cocina y a la izquierda del recibidor había un hueco que daba paso a lo que supuso que debió de ser el salón. Había restos de lo que parecía una chimenea. El suelo estaba cubierto de pedazos de madera quemada, incluso había latas de cerveza vacías y alguna que otra colilla. La luz entraba por un ventanal del que solo quedaba el hueco, el resto había desaparecido. Las rejas de acero fundido, que había en la parte exterior de las ventanas, estaban retorcidas. El poder del fuego se había encargado de destrozar aquella majestuosa vivienda.

Si algo le caracterizaba a Fernando era su capacidad de observar los pequeños detalles y había algo que le llamó la atención. El salón y la sala de la entrada, donde ascendía la escalera, estaban separadas por un muro de roca caliza. Pero le pareció que la profundidad de la sala del recibidor era mayor que la del salón. No tenía claro si era percepción suya o si en realidad era así. Decidido a salir de dudas, contó los pasos desde el extremo de la puerta al final del recibidor. Exactamente fueron doce pasos los que dio. A continuación actuó de igual manera en el salón y, cómo sospechaba, no tuvo que dar tantos pasos para recorrerlo, con nueve le fueron suficientes. Había aproximadamente unos tres metros de diferencia y, sin embargo, no existía ninguna puerta que diera acceso a dicho hueco. Observó la primera planta desde el recibidor. En esa zona el suelo se mantenía en su lugar, pero era imposible acceder sin la ayuda de una escalera. No podía hacer mucho más. Optó por dejarlo y volver el miércoles mejor equipado.

14 de marzo de 1647,

Sevilla

Tumbado en el colchón, con el candil encendido y con dificultad para mantenerse despierto, decidió que ya era el momento. Se asomó con sumo cuidado a la alcoba del Padre Ángel y comprobó que este roncaba plácidamente.

La suelas de sus alpargatas eran de esparto y no hacían ruido al pisar; aun así, caminó de puntillas hasta el confesionario. Lo levantó de un lado, retirándolo de la pared, y después del otro. Por último quitó la alfombra y dejó al descubierto la trampilla.

Acercó al candil para iluminarla y cogió el trozo de cuerda que sobresalía con la mano izquierda. Tiró y la trampilla se abrió sin demasiada dificultad. Tenía la boca seca y notaba calor en el rostro. Olía a humedad y la temperatura, según descendía los escalones, iba disminuyendo; eso hizo que el calor que sentía se amortiguara.

El suelo era del mismo tipo de roca que el de la iglesia. El candil solo conseguía iluminar un metro a su alrededor. Avanzó unos pasos, y se topó con una mesa de madera enorme. Encima descansaba un libro abierto; a su lado, un candelabro con cinco velas. Continuó un poco más y el candil iluminó otra mesa de las mismas características, a continuación otra y otra. No podía ver el final. Se rascó la nariz y giró a su izquierda. Caminó tres pasos y se dio de frente con un pasillo que separaba dos estanterías. La sequedad de su boca iba en aumento. Estaban repletas de libros antiguos, muchos de ellos con letras extrañas que no sabía identificar. Comprobó que, a continuación, había otro pasillo paralelo separando otros dos frontales de estanterías y así, igual que las mesas, infinidad de ellos. Al otro lado del pasillo central, de forma simétrica, había pasillos idénticos.

El espacio de allí abajo era muy superior al de la superficie de la iglesia.

Tuvo que apoyarse, las piernas le temblaban. Con paso torpe se acercó a la primera mesa que descubrió al bajar y se sentó frente al libro. Estaba escrito en castellano. La portada, con letras mayúsculas en color oro, anunciaba:

DISOLUCIÓN DEL CALIFATO PROCLAMADO POR ABDERRAMAN III.

SIGLO XI, TAIFA DE SEVILLA.

No entendió casi ninguna de las palabras que leyó. Con el dedo metido en la página donde se había encontrado el libro, lo volvió a abrir y con la mayor concentración que pudo, teniendo en cuenta las circunstancias, se puso a leer:

Las estrellas de ocho puntas y los círculos perfectos, que se

esconden en el cielo de nuestro primer hogar del taifa de Sevilla, marcan el punto exacto del gran tesoro acumulado durante años. Cercado por un enorme muro, solo es accesible rodeando la roca que protege y custodia el lugar.

Allí donde la luna sale cuando el sol está en la mitad de su camino descendente, se podrá acceder a él.

Esta vez entendió las palabras, pero no el significado. Lo volvió a leer detenidamente.

Un ruido le sacó de sus cábalas y se puso tenso.

—¿Quién anda ahí? —escuchó desde la oscuridad.

La voz era tosca y un tanto gangosa, nada que ver con el tono apacible del Padre Ángel.

Alexander apagó el candil y se metió debajo de la mesa con sigilo. Se asomó conteniendo la respiración, y lo que vio le hizo encogerse con la cabeza metida entre las piernas. Le recordó a la postura que mantuvo en la cueva, hacía ya unos años. Un hombre con una túnica de monje, caminaba hacia él con dificutad. Tenía un cuerpo descomunal, tanto en altura como en ancho de hombros. Era prácticamente calvo. Lo que más le impresionó fue la cara, la tenía parcialmente quemada. El lado derecho era el rostro de un monstruo. Hasta el párpado estaba retorcido y no había rastro del globo ocular. El otro lado parecía normal. Lo había visto un instante, pero fue suficiente para guardar la imagen en su cerebro. En una mano portaba un candil y en otra una maza. Cada vez que oía una pisada, le producía un sobresalto y cerraba los ojos con fuerza.

—Más vale que salgas, porque te voy a encontrar y va a ser peor.

Con cada paso que daba, parecía que retumbaba el suelo. Sin poder contener más la respiración, cogió aire. Se mantuvo estático unos segundos; no se escuchaba nada. Abrió los ojos sin sacar la cabeza de entre sus piernas y vio la luz del candil. Tragó saliva y levantó la cabeza despacio. Los pies que tenía enfrente eran exagerados. Apretó los puños y volvió a cerrar los ojos.

Una mano enorme le cogió por el tobillo. Sin apenas esfuerzo, le sacó de debajo de la mesa y le levantó en vilo. En ese momento, pensó en María. El corazón se le encogió al entender que no la volvería a ver.

26 de marzo de 2019

Cuando salió del trabajo, Patricia se sorprendió de lo feliz que se sentía. Era martes y estaba ilusionada como una adolescente porque esa tarde iba a ver a Fernando. Desde que contó su historia en la sesión de alcohólicos anónimos, se había empezado a sentir atraída por él. Aparte de ser atractivo, tenía una parte tierna que le había

encandilado.

Ahora, en su casa, toda esa alegría se había esfumado. Empezaba a estar preocupada. Más bien, empezaba a tener miedo. Se había vuelto a cruzar con la chica pelirroja. Se la encontraba en todas partes y había descartado que fuera casualidad.

La primera vez que se percató fue comprando ropa en una tienda del centro comercial. Notaba que alguien la miraba con insistencia. Cuando decidió girar la cabeza para ver de quién se trataba, descubrió a una chica con una espesa melena rizada y pelirroja observándola con unos ojos verdes brillantes. Al verse descubierta disimuló, dio la vuelta y desapareció. Era una cara difícil de olvidar. Aparte de tener una gran belleza, las pecas que poblaban su cara le daban un aspecto único. Aquello sucedió la semana pasada y, desde entonces, era raro el día que no se cruzaba con ella. Se la encontraba en la tienda comprando, al salir de trabajar, en cualquier actividad que realizaba, si prestaba atención, podía verla con sus enormes ojos verdes observándola. Hoy había cruzado delante de ella al pasar por el paso de cebra, en el que paró antes de llegar a su casa. Patricia salió rápidamente del coche para preguntarle por qué la seguía, pero la extraña, al darse cuenta, echó a correr despavorida. Esperaría, pero si se la seguía encontrando en todas partes, hablaría con la policía.

14 de marzo de 1647,

Sevilla

Boca abajo y sujeto por una pierna, vio como se acercaba la porra a toda velocidad. Cerró los ojos esperando el irremediable golpe que acabaría con él. Como no llegaba, decidió volver a abrirlos y vio al gigante mirándole con gesto serio. Desde esa distancia, las cicatrices impresionaban.

—¿Quién eres? —preguntó con el mismo tono gangoso y ronco de antes.

—Me llamo Alexander y vivo en la iglesia con el Padre Ángel.

Al soltarle del pie cayó ruidosamente, golpeándose la cabeza con el suelo.

—Siéntate ahí —ordenó el gigante.

Se sentaron uno enfrente del otro, de manera que la parte visible de aquel tipo para Alexander, era la que se había librado de las quemaduras. Desde esa perspectiva, el terror se transformaba en respeto.

—¿Qué haces aquí?

—Ayer, mientras limpiaba, encontré el confesionario separado de la

pared y descubrí la puerta de la trampilla por casualidad. —Hablaba rápido y le temblaba la voz. Le daba la impresión de que su garganta se estaba empezando a agrietar de lo seca que estaba—. He esperado a que se durmiera el Padre para curiosear.

El gigante le seguía mirando fijamente con su único ojo sano.

—Has ido a parar a un lugar al que nunca deberías haber entrado. Estás en la sala de los libros prohibidos y nadie, excepto los elegidos, tiene el privilegio de entrar.

—Pero yo no sabía...

—Eso no basta, ahora tendré que matarte —le interrumpió bruscamente.

Los ojos de Alexander se abrieron tanto que parecía que se querían salir, mostrando un brillo sospechoso. El tono de piel adquirió una tonalidad rojiza y una gota de sudor frío le empezó a resbalar por la frente.

De reojo, vio que la escalera para subir a la superficie de la parroquia estaba a poco más de cuatro metros. «Si soy rápido, quizás consiga llegar sin que me atrape», pensó.

—Sé lo que estás pensando, te recomiendo que no lo intentes.

—Nadie me dijo nada. Cómo iba a saber yo lo que se escondía aquí —dijo mientras aparecían las primeras lágrimas.

De pronto y para sorpresa de Alexander, el gigante se puso a reír desenfrenadamente. Fue tal el ataque de risa que le dio que resultaba contagioso. Si no fuera por el miedo que corría por sus venas, él también hubiera reído con ganas.

—Tendrías que haber visto tu cara. No he visto a nadie con tanto miedo en la vida.

Alexander estaba perplejo, no sabía si reír o llorar.

—Tranquilo hombre, es broma, no te voy a matar —dijo el gigante secándose las lágrimas producidas por la risa, del ojo sano—. Realmente la sala es secreta y poca gente conoce su localización. Tú la has descubierto por casualidad y debes mantener el secreto. Hay libros desde la época de los romanos hasta la actualidad y que la iglesia católica piensa que no versan con los preceptos de Dios. Muchos de ellos estaban escritos en otros idiomas y han sido traducidos al castellano. Algunos son objeto de profundo estudio. Hay referencias a batallas, hechos históricos de momentos clave de nuestra historia. Incluso algunos, como el que está encima de la mesa, parece hablar entre sus líneas de grandes tesoros escondidos.

Alexander respiraba todavía con dificultad. Una gota de sudor se metió en su ojo y se lo restregó con el dedo.

—¿Y usted vive aquí? —preguntó con un acento que sonó más inglés de lo habitual.

—No me llames de usted, me puedes llamar Zacarías —respondió

intentando ser cercano—. No soy tan mayor como aparento. Llevo ocho años viviendo en este lugar.

—¡Ocho años! —repitió el chico sorprendido.

El hombre asintió pensativo.

—Después del percance que sufrí, me metieron aquí. Me enseñaron en que consistía mi trabajo y el Padre Ángel me da comida y bebida cada día.

—¿El Padre Ángel baja todos los días aquí? —preguntó perplejo de lo que oía.

—No, solo baja cuando hay algún libro nuevo que incluir en la biblioteca —respondió el hombre negando con la cabeza—. En la alcoba del Padre hay un hueco en la pared que comunica verticalmente con esta biblioteca. Dentro hay una caja de madera abierta en el frontal. La parte superior está sujeta con una soga. Con la cuerda, que pasa por una polea, sube y baja el cajón con los alimentos.

—Nunca he visto ese hueco.

—Ni lo verás, está disimulado detrás de uno de los cuadros.

Alexander perdió su mirada en la nada pensativo.

—Por eso nunca quiere que entre a limpiar dentro.

—No olvides que este lugar es secreto.

—Pero vivir aquí sin salir es inhumano.

—No, lo inhumano es vivir en el exterior con este aspecto de monstruo. ¿Quién se iba a compadecer de mí? Lo único que despertaría sería temor, allá por dónde fuese. Ahora es mejor que te vayas. Si tienes interés por saber cuál es mi trabajo aquí y quieres saber algo de mi vida pasada, no dudes en bajar a visitarme, estaré encantado de conversar contigo. Recuerda, nadie debe saber que has descubierto la biblioteca de los libros perdidos; te aseguro que si llega a oídos del alto clero, te pudrirás en una celda tan inmunda que desearás morir para librarte de tal horror.

Zacarías tenía dificultad para pronunciar cualquier palabra que salía de su boca. Respiraba sonoramente, haciendo grandes esfuerzos para proveerse del oxígeno que necesitaba. El único ojo que tenía visible transmitía un brillo de inteligencia y, a la vez, de tristeza profunda por la situación en la que vivía.

Después de salir de la sala, Alexander colocó la alfombra y el confesionario en su sitio. Pasó un largo rato hasta que pudo conciliar el sueño. Zacarías le había transmitido una sensación enorme de tristeza. Sin duda volvería a visitarle.

26 de marzo de 2019

Después de dejar en su casa a Patricia, estaba eufórico. Se habían vuelto a despedir con dos tímidos besos, pero de alguna manera

notaba que entre ellos había complicidad.

Horas antes, habían quedado en la misma churrería del otro día. Al llegar, Patricia estaba esperando en la puerta y él, que notaba como ella le observaba durante el trayecto desde el coche, se puso tan nervioso que le costó trabajo andar con normalidad.

Le relató todo lo que descubrió el día anterior. Aunque no era mucho, por lo menos había algo que merecía la pena investigar.

—He comprado una escalera de aluminio telescópica y mañana veré qué me encuentro en el piso de arriba. Hay algo en esa casa que me tiene desconcertado —dijo Fernando con aire misterioso.

—¿Irás por la mañana? —preguntó Patricia.

—Hay un precinto que indica: no pasar. Iré cuando oscurezca, así evitaré problemas.

—Sé que te vas a negar, pero me gustaría ir contigo.

—No creo que corramos ningún peligro, por mi parte no hay problema.

Aquella propuesta le había pillado por sorpresa, pero sería agradable tenerla cerca.

Cuando quisieron darse cuenta, ya era la hora de irse. El tiempo volaba cuando estaban juntos.

En la sesión de alcohólicos anónimos, había sido Luis el que, después del protocolario saludo, se decidió a contar su historia.

Tenía cuarenta y dos años, estaba divorciado, y era padre de un niño y una niña. El alcohol, como en la mayoría de los casos, había tomado el control de sus actos y hacía meses que no los veía. Estaba en paro. Toda su vida, desde que decidió dejar de estudiar después de haber acabado la EGB raspada, había trabajado de camarero. Cuando empezó con dieciséis años, las setenta mil pesetas que ganaba le abrieron las puertas a una vida de excesos.

Recordaba que se comparaba con los que estudiaban y pensaba que no podían ser más tontos. Cuando ellos empezaran a ganar dinero, él ya habría hecho una pequeña fortuna. Pero, como en muchos casos, fue el tiempo el que le puso en su lugar. Pasados los años, no solo no tenía una fortuna sino que, además, debía dinero. Su sueldo poco había aumentado y, con mujer e hijos, no se estiraba lo suficiente para llegar a fin de mes. Las preocupaciones las ahogaba en el trabajo a base de lingotazos de lo que cayera en sus manos, y era rara la noche que llegaba sobrio a casa.

La relación con sus hijos era prácticamente inexistente. Se iba por la mañana temprano y, como tenía turno partido, llegaba cuando ya estaban acostados.

Su mujer, harta de la situación, decidió plantarle. Sin otro remedio, tuvo que regresar a casa de su madre. El mísero sueldo no le daba mucho más que para pagar la pensión de sus hijos. Después de lo

ocurrido, lejos de abandonar la bebida, se refugió más en ella. Estaba tan enganchado que, muchas tardes, trabajaba ebrio. Después de varios avisos fue despedido. Tras el ultimátum de su madre, decidió actuar. Esta, harta de la situación le dijo: dejas la bebida o te vas de esta casa. Llevaba varios meses sin beber y, con lágrimas en los ojos, terminó diciendo que haría lo posible por recuperar a su familia.

Eran historias duras. Fernando tenía el convencimiento de que no volvería a probarlo.

14 de marzo de 1647,

Sevilla

Esa mañana le resultó más difícil levantarse de la cama a la hora habitual. La noche había sido movida y le quedaron pocas horas para dormir. Aun así, estaba contento y animado. Había prometido guardar el secreto y así lo cumpliría.

El mensaje que leyó en el libro se había grabado en su cerebro y no paraba de repetirlo en su cabeza. Le tenía despistado y no sabía cómo interpretarlo.

Después de hacer todas las tareas, y de recibir las obligatorias clases, se preparó para ir al mercado. Se despidió del Padre Ángel y salió. Al pasar por la casa de María, silbó y esta, con su característica sonrisa, salió a reunirse con él. Decidieron dar un paseo por el río antes de ir a comprar.

La muralla que cercaba la ciudad tenía trece puertas y varios postigos. Una de sus funciones principales era la de cobrar impuestos a los comerciantes que pasaban por ellas. Salieron por la puerta de Triana y se dieron de golpe con un gran descampado repleto de chabolas. Los niños jugaban medio desnudos en la calle.

Debido a la cercanía del río, el suelo estaba embarrado y el olor del agua estancada revolvía el estómago. A lo lejos, se podía divisar la Torre del Oro. No estaba en su mejor momento. La podredumbre que le rodeaba hacía que no luciese como merecía.

Las mujeres, cargadas con cestos de ropa, se dirigían al río a lavar. En la orilla, un grupo cantaba, ajenas a las desdichas que sufrían. Muchos hombres se dirigían con sus carros al muelle en busca de un trabajo que les pudiera dar de comer, a ellos y a sus familias.

Las ratas tenían un tamaño respetable y parecía que, más que huir de los gatos, los atacaban. Eran muchas más y se juntaban en grupos protegiéndose unas a otras.

Un poco más adelante, atravesaba el Guadalquivir el puente de barcas. Cómo su nombre indica, lo formaban trece barcas sujetas con

cadenas, sobre las que se apoyaban tablones de madera y que servía para llegar al arrabal de Triana. Decían que el nivel de pobreza de la otra orilla superaba incluso a la de esta.

Las chabolas, construidas con restos de madera, chatarra, barro y telas, estaban pegadas unas a otras. Los techos estaban cubiertos por corteza de árbol y con paja. Los perros, famélicos y pulgosos, deambulaban sin nada que echarse a la boca y era difícil caminar sin pisar una de las infinitas heces que poblaban el suelo.

El olor producía cierta sensación de mareo. Todos los desperdicios se echaban al cauce. Las aguas fecales, al río. Las pocas veces que aquella gente usaba el agua para lavarse, la cogía directamente del caudal. Se lavaban con agua mezclada con sus propios desechos. El jabón era un lujo que nadie se podía permitir.

El enorme tránsito de navíos por el cauce hacía que flotara gran cantidad de materia sólida. Se había perdido el respeto por el río y pronto el Guadalquivir perdería el respeto por aquellos que tan mal lo trataban.

—¿Habías estado aquí alguna vez? —preguntó María.

—El día que llegué a Sevilla lo vi de lejos, pero no quise acercarme.

—¿Qué te parece?

—Me asombra ver que se pueda vivir en estas condiciones.

—Mi mayor temor es acabar aquí. Mi padre empieza a tener problemas para pagar el alquiler.

—Haré lo que esté en mi mano para que eso nunca suceda —dijo Alexander con total convencimiento.

—¿Y qué puedes hacer tú para impedirlo? —preguntó ella sonriendo.

—Aprenderé un oficio. Haré lo que sea para ganar dinero.

—Has visto como está Sevilla. No hay sitio para nadie. Yo lo que quiero es marcharme de aquí. Esto apesta. La gente huele mal. Casi todos tienen los dientes podridos y expulsan un olor desagradable por la boca.

—¿Y adónde quieres ir?

—Yo sería feliz viviendo en una casa en el campo, con mi huerto y mis animales, viendo como crecen nuestros hijos sanos y fuertes. Lejos de esta inmundicia dónde todos quieren vivir, solo porque el puerto les da trabajo.

—Así vivía yo en Inglaterra. Era libre, salía a cazar, pescar... Allí hubiéramos sido muy felices.

—Tienes que prometerme que algún día nos iremos de aquí.

Alexander acercó sus labios a los de ella y la besó.

—Eso ni lo dudes. Te protegeré y te cuidaré toda mi vida.

Durante la tarde, el Padre Ángel se mostraba ausente y su rostro expresaba una seriedad que no era propia de él. Cuando terminó la

misa de la tarde, Alexander se acercó preocupado y le preguntó:

—Padre, ¿sucede algo?

—Nada hijo, tranquilo —respondió fingiendo una sonrisa.

—Cuéntemelo Padre, le conozco demasiado para saber que hay algo que le atormenta.

—Anda ven, siéntate.

Se sentaron en la alcoba del Padre Ángel y este, con gesto serio, contó lo que le sucedía.

—Ayer tuve una reunión con el alto clero. Quieren que me una a la Inquisición Itinerante. Debo Recorrer, junto a otros miembros de la Iglesia, todos los rincones de Sevilla, Córdoba, Jaén y Granada en busca de pecados contra la ley de Dios y después juzgarlos.

—Padre, usted no está hecho para eso.

—Eso pienso yo. Cómo voy a juzgar a alguien. Si alguien tiene que hacerlo, ese será Dios. Me da la impresión de que me quieren quitar de en medio. Han propuesto al sobrino del Arzobispo de Granada para ocupar mi lugar en la parroquia.

—¿Y no puede rechazarlo, Padre?

—Las decisiones de la cúpula eclesiástica son inamovibles. Me debo a su voluntad.

—¿Tendré que dejar la iglesia, verdad?

—No lo sé. Depende de la bondad del Padre que me sustituya.

—En cualquier caso, le estaré eternamente agradecido por sus cuidados.

Alexander se levantó y le dio un abrazo. Después se fue a su alcoba a meditar sobre el futuro.

27 de marzo de 2019

Patricia se agarró al brazo de Fernando, este con gusto se lo permitió. La casa, de noche, impresionaba mucho más, pero intentó parecer decidido para que ella se sintiera segura.

El trayecto desde Madrid había sido corto, o por lo menos; esa fue la sensación de Fernando. En cada conversación que mantenían descubrían un montón de cosas en común y de aficiones que compartían. El cine de terror les apasionaba a los dos y prometieron que, el fin de semana, irían al centro comercial H2Ocio a ver la última de miedo que se había estrenado. Después, cenarían en el italiano donde preparaban esas pizzas, finas y crujientes, tan deliciosas. Empezaba a ver color. Fernando no quería ilusionarse demasiado, porque si fracasaba, el golpe, podría acercarle de nuevo a la bebida.

La linterna LED le había costado una pasta, pero emitía una luz tan potente que parecía que si enfocabas durante demasiado tiempo a una superficie, esta saldría ardiendo.

Caminaban despacio, intentando no tropezar. Los murciélagos volaban bajo y algunas veces tenían que moverse rápido para esquivarlos.

La verja de acceso seguía tal cual la dejó el otro día, con el candado roto colgando.

Llegaron a la puerta de entrada y apoyó la escalera en la pared. Entraron al interior de la casa. Patricia seguía agarrada al brazo de Fernando y cada vez apretaba más fuerte. Dirigió la linterna a la planta de arriba; centenares de murciélagos, en frenético movimiento, volaban en busca de un insecto que echarse a la boca.

Se escuchó un ruido. Patricia apretó con más fuerza el brazo de Fernando. Él, de la presión y del susto, dio un pequeño respingo. Al enfocar, vieron a un gato negro subido a la repisa de la ventana del salón. Su aspecto era desaliñado y presentaba heridas por todo su cuerpo. Sus ojos tenían un brillo maligno. Con aire desafiante les clavó la mirada y, a continuación, saltó al exterior perdiéndose de vista.

Se miraron. Patricia respiraba rápido y le brillaban los ojos. A diferencia de los del gato, transmitían ternura. Fernando cogió la escalera de aluminio; ella se resistía a soltarle. La extendió y la apoyó en la parte de la planta superior que se mantenía en su lugar. Patricia, mientras, con los brazos cruzados, se abrazaba a sí misma. Tenía la sensación de que alguien la observaba desde atrás y constantemente se giraba. Después de comprobar que la escalera estaba bien asentada, con más miedo del que quería reconocer, Fernando empezó a subir. Apoyaba el pie de la pierna buena en un peldaño y, después, su pie de silicona subía hasta la misma altura. Aunque la pierna amputada se podía articular a la altura de la rodilla, tuvo dificultades. Patricia, que se había quedado sola alumbrando desde la planta inferior, empezaba a arrepentirse de haber ido. Le dolía la espalda; la tenía tensa y estaba segura que de un momento a otro alguien la tocaría y se desmayaría. Sin perder un instante, en cuanto él se lo indicó, subió como una exhalación.

La parte del piso que se mantenía sólida, estaba situada en la parte superior del lugar donde Fernando sospechaba que había una recámara.

Con paso inseguro, tanteando primero la estabilidad del piso en cada paso que daban, caminaron hasta la habitación del extremo posterior izquierdo de la primera planta.

En la pared del fondo se abría el hueco de una ventana. Se acercaron; tenía vistas a la parte trasera de la vivienda. Se podía apreciar un inmenso árbol medio podrido, diversos arbustos y malas hierbas. La ramas del árbol seco se retorcían como los dedos de una mano artrítica y transmitían dolor. El sonido del viento parecía arrastrar lamentos del agonizante tronco. Un muro de piedra cercaba

los límites de la parcela. Más allá no se veía luz, todo era campo. Entraba una brisa fresca que se agradecía. Al igual que abajo, el fuego había hecho mella en las rejas exteriores, sin embargo, no estaban tan deterioradas.

En una esquina, en el suelo, quedaban los restos de un viejo armario de madera. Estaba quemado parcialmente y parecía que allí, el fuego, no había sido tan devastador.

En ninguna parte había indicios de que hubiera un acceso al hueco de la parte inferior. Empezaban a pensar, que la casa iba a proporcionarles poca información.

Se acercaron al armario. Carecía de patas, toda la estructura descansaba en el suelo. La parte quemada se encontraba sobre los restos de la parte inferior que no habían sucumbido a las llamas. Fernando fue retirándolos con facilidad. El paso del tiempo había debilitado la madera expuesta al ambiente exterior.

Le vino a la cabeza que ese mueble lo habría restaurado el carpintero aquel de la historia que le contó Juan. La idea le puso nervioso.

Sobre esa esquina, solo quedaba restos quemados del viejo armario. Apoyándose en la pared, y con el pie de la pierna buena, empezó a retirarlos con cuidado. Se había formado una pequeña montaña de madera carbonizada. Paró unos segundos, empezaba a sentir dolor en el muñón y la cadera. Después quitó lo que quedaba. Las zapatillas blancas, dejaron de serlo.

Poco a poco se fue haciendo visible lo que escondían los restos carbonizados. Lo que vio al enfocar le hizo girar la cabeza en dirección a Patricia. Esta, con ojos muy abiertos y expresión de asombro, le miraba sin saber qué decir.

15 de marzo de 1647,

Sevilla

La paz que le habían proporcionado la parroquia y el Padre Ángel, empezaba a tambalearse. Por primera vez desde su llegada debía pensar en su futuro próximo.

En este tiempo había adquirido conocimientos que seguro le valdrían para entrar de aprendiz de algún gremio. Dominaba el idioma y se expresaba con total soltura. Sabía leer y escribir. No tenía ningún problema para realizar operaciones matemáticas. Eso era, de por sí, mucho más de lo que era capaz de hacer la mayoría de la población sevillana.

Su padre fue carpintero. Quizá hubiera heredado su habilidad para

trabajar la madera. En cualquier caso, esperaría a la llegada del sustituto del Padre Ángel y vería cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Esa noche volvería a bajar para hablar con Zacarías. Le quedaban unos trozos de jamón que compró en el mercado y media botella de vino tinto, que obtuvo a cambio de varios tomates.

Después de comprobar que el Padre Ángel descansaba plácidamente, realizó el mismo protocolo que el otro día.

Ya abajo, le llamó por su nombre. A la tercera vez, Zacarías apareció con paso cansado.

—¡Hombre, si es mi amigo! ¡Qué alegría volver a verte!

—Hola, te he traído un poco de jamón y vino.

Con su ojo útil muy abierto y con gesto serio, se acercó y comprobó que lo que decía Alexander era cierto. Le miró pensativo durante unos segundos y dijo:

—Muchas gracias. Hacía mucho que nadie se preocupaba por mí.

—Imaginé que que no probabas el jamón y el vino muy a menudo.

Se sentaron y, sin poder resistir más tiempo, Zacarías dio buena cuenta del embutido. De un par de tragos, apuró la botella de vino.

—Estoy en deuda contigo. Me has hecho disfrutar —reconoció emocionado.

—Pues cuéntame por qué estás aquí y qué te pasó en la cara. Así saldarás tu deuda.

—Esa historia parece que sucedió en otra vida. —Cerró el ojo sano unos segundos y continuó—. Sevilla es el centro más importante de comercio por vía naval. Es el puerto de indias y el principal puerto marítimo de enlace con la América Española. Eso hace que el muelle se convierta en el lugar idóneo para la llegada de infinidad de enfermedades provenientes de países exóticos. Todo tiene sus ventajas e inconvenientes. Desde pequeño iba con mi padre a diario al puerto a descargar mercancías. —Alexander se sintió más identificado con él. El recuerdo de su padre enseñándole secretos de caza le golpeó en el pecho—. Los pocos maravedíes que conseguíamos eran suficientes para alimentarnos. Vivíamos en las chabolas del río junto a mi madre.

—¡En las chabolas! —repitió el muchacho rascándose el cuello y dejando una marca roja en la piel.

—Sí —dijo asintiendo—. Recuerdo aquello como el mismo infierno. Las enfermedades campaban a sus anchas por las embarradas calles y era rara la mañana en la que despertáramos sin tener noticias de la muerte de algún conocido. Los niños no respetaban ni temían a nada. Sus vidas no valían nada porque nada tenían. Pero, aunque parezca increíble, a eso también te acostumbras. Incluso a mi situación, también he llegado a acostumbrarme y a asumirla. —Zacarías hacía más ruido al respirar y movía las manos sin parar—. En este caso fue

la tuberculosis la que decidió instalarse durante una temporada en las chabolas. En el suelo era habitual encontrar esputos con sangre. La mayoría de mis vecinos pasaban las horas tosiendo. La primera que cayó fue mi madre. Era incapaz de levantarse, tenía fiebre y deliraba. Como mi padre debía quedarse cuidándola, era yo el que iba por las mañanas al puerto. A los pocos días, la pobre murió ahogada por sus propias flemas. —Alexander volvió a rascarse, de repente le picaba todo el cuerpo. Tragó saliva para contener las ganas de toser que, inoportunamente, habían aparecido—. Cuando mi padre, al poco, empezó a toser con la misma insistencia que lo hacía mi madre, el mundo se me echó encima. No teníamos dinero para pagar los servicios de un médico. En dos días mi padre corrió la misma suerte que mi madre y me quedé solo. —Alexander no pudo contenerse más y unas lágrimas resbalaron sobre sus pecas naranja. Tenía mucho en común con aquel hombre—. Fue un duro golpe, pero tenía que seguir ganando el pan diario. Aquí nadie te regala nada. ¿Quieres que pare? —preguntó Zacarías al ver el mal trago que estaba pasando el muchacho.

—No, no, continúa por favor —respondió limpiándose las lágrimas.

El hombre apretó con suavidad el brazo de Alexander. Un cosquilleo le recorrió el cuerpo.

—Por las mañanas seguía acudiendo al puerto y allí conocí a Macarena. Fue un flechazo. Nos miramos y eso fue suficiente para enamorarnos. Su padre tenía un puesto en el puerto en donde limpiaba artículos metálicos, sobre todo de plata y oro. Utilizaba un líquido corrosivo. Vivían al otro lado del río, en Triana, junto a sus hermanos y su madre. Son gitanos. Su ley prohíbe la mezcla de razas y ella sabía que nuestro amor era imposible. Aun así, conseguíamos vernos a escondidas. —La mano derecha de Zacarías se cerró formando un puño, con la otra lo acariciaba. Daba la impresión de que luchaba por calmar el odio concentrado en sus nudillos—. El primer aviso me pilló desprevenido. Fueron sus hermanos los que me advirtieron de que no podía seguir viendo a Macarena. Llegaron a asustarme, pero el amor que sentía por ella era mayor que el miedo que tenía a su familia. —Alexander estaba tan tenso que si le hubiesen pinchado en ese momento habría explotado—. Empezó a rehuirme, consciente de que cumplirían con su amenaza. Pero yo insistí. Un día, en el muelle, la vi de lejos y no pude resistir la tentación de acercarme a hablar con ella. Cuando estaba a pocos metros y me vio, su cara cambió. Me hacía gestos de negación con la cabeza y mantenía los ojos muy abiertos. Yo no entendía qué quería decir y seguí acercándome. Sin saber de dónde, noté como un líquido con fuerte olor a ácido caía sobre el lado derecho de mi cuerpo y mi cara. Lo último que oí fue: te avisamos. —La mano izquierda imitó a la

derecha y ahora eran las dos las que formaban un puño—. Inmediatamente después, noté como mi piel se arrugaba. De la ropa salía humo. Me llevé la mano al rostro y noté algo viscoso. Cuando la miré, estaba teñida de rojo. Recuerdo como el ojo derecho se secaba dentro del párpado. —El muchacho no pudo contenerse y se llevó la mano al ojo. Parecía que se le estaba secando a él—. Todo el sufrimiento lo viví sin desmayarme. La gente que pasaba por mi lado se apartaba y nadie se paraba a ayudar. Anduve deambulando fuera de mí. Gritaba, lloraba, pero nadie se compadecía. —El hombre hablaba con rabia y tragaba saliva constantemente. Sus nudillos se veían pálidos comparados con el tono del resto de la mano—. De pronto, alguien me cogió del brazo y con voz tranquilizadora me dijo que le acompañara. Me trajo a la iglesia, era el Padre Ángel. Me curó y cuidó hasta que mis heridas secaron. —Zacarías bajó el ritmo y la intensidad de la narración. Alexander lo agradeció; tenía los ojos secos de no parpadear—. Mi cara quedó deformada y todos los católicos que entraban a la iglesia y me veían, salían despavoridos santiguándose. Si seguía allí, conseguiría que no acudiera nadie a rezar al templo. Decidí que no podía quedarme por más tiempo. El Padre había sido muy amable y me había salvado, pero no quería perjudicarle. Así se lo hice saber. Consciente de que no habría ningún lugar en el que me aceptaran con mi rostro deformado, me propuso convertirme en el guardián de los libros prohibidos. Acepté sin dudarlo. Con paciencia, me enseñó a leer y a escribir. Desde entonces vivo aquí, cuidando y protegiendo la biblioteca. Hago un registro de los libros que van entrando. Y paso mis horas en soledad con la única compañía de los libros. El Padre Ángel me proporciona alimentos por el cajón, pero, como la biblioteca es secreta, tiene prohibido bajar. Es la condición que le pusieron: le permitieron que yo estuviese aquí cuidando los libros, pero él solo podría tener contacto conmigo en el caso de que me bajara algún ejemplar requisado. Esa es mi historia. Ahora dime qué hace un chaval como tú, con ese pelo, esos ojos y ese acento, viviendo en una iglesia de Sevilla.

El muchacho cambió de posición en el banco y se pasó la mano por los rizos de su pelo varias veces seguidas.

Empezó desde el principio de sus desgracias. La pérdida de su padre..., el grito de su madre en la hoguera. Después continuó con el suceso que casi le cuesta la vida a su llegada a Sevilla y su día a día en la iglesia.

Zacarías escuchaba atentamente, perplejo de la vida que había llevado ese pobre chico. En realidad se parecían bastante. Alexander no tenía la cara marcada, pero si tenía marcado el corazón.

—Ese es el motivo por el que hay ciertos libros que es mejor que estén custodiados y lejos de mentes retorcidas —continuó el hombre

señalando las estanterías—. Hay muchos ejemplares que hablan de pactos con la muerte y con el diablo. Todos se basan en supersticiones pero, si caen en manos equivocadas, pueden ser capaces de inducir a las masa y convencerlas para hacer auténticas locuras. Existe uno, escrito en varios idiomas, en el que se narran las mejores maneras de eludir la muerte. Uno de esos ejemplares lo tenemos aquí custodiado. Se llama *Tratos con el diablo y la muerte para preservar la vida* . —Al muchacho se le dilataron las pupilas. La humedad hizo que empezara a sentir frío en los pies—. En él se narra el ritual para entregar a la muerte el alma de brujas y hechiceros. Y lo que me has relatado coincide. La única forma de matarlos es quemándolos en la hoguera mientras se invoca a la muerte con el redoble del tambor. —Al oír la palabra tambor, un latigazo le recorrió todo el cuerpo. Todavía se levantaba sobresaltado algunas noches oyendo el martilleo—. Esta se llevará el alma consigo y dejará a los vecinos del pueblo una temporada tranquilos. Son creencias absurdas, pero basta con que uno de los vecinos lo crea con convicción, para que arrastre al resto del pueblo. No hay nada más poderoso que el miedo a la muerte, y la gente es capaz de hacer locuras para intentar vivir el máximo tiempo posible.

—Me encantaría poder leerlo —dijo Alexander interesado, pensando que, de alguna manera, podría entender por qué quemaron a su madre en la hoguera.

—Vale. Aquí tenemos miles de libros. Me llevará un tiempo encontrarlo. Vuelve otro día y te lo tendré preparado. Antes de que te vayas hay algo que quiero decirte. Si encontraste la entrada, fue porque viste el confesionario separado de la pared y estoy seguro de que fue el Padre Ángel quien lo dejó así a propósito. Si leíste justo esa página de ese libro, es porque lo dejó preparado para ello. La última vez que bajó me dijo que dejara el libro según estaba. No olvides nunca lo que leíste, puede que en un futuro te sea útil.

27 de marzo de 2019

Debajo del montón de restos quemados había una trampilla de madera. Aunque los tablones presentaban grietas y estaban secos, se conservaban bien.

Un ruido les sobresaltó. Estáticos, aguzaron los oídos. Patricia se olvidó de respirar por unos momentos.

—¿El gato? —preguntó Fernando, con los ojos muy abiertos.

—Imagino que sí —contestó Patricia, haciendo un esfuerzo por calmarse.

Pasados unos minutos, ya más tranquilos, Fernando cogió el asidero con la mano derecha y tiró con fuerza. No fue suficiente. La carbonilla

acumulada entre el cerco y la trampilla impedía levantarla.

—Está atascada, va a ser difícil acceder.

Patricia abrió el bolso y sacó una lima de uñas metálica.

—Quizá con esto puedas quitar la suciedad acumulada.

Fernando la cogió e introdujo la parte puntiaguda en el interior de la ranura.

—Parece que funciona —dijo efusivamente sin dejar de sacar restos .

Patricia, orgullosa de su aportación, esbozó una sonrisa.

Cuando ya no podría sacar más, con la mano marcada por el fino borde de la lima, volvió a intentarlo. El primer tirón la movió unos milímetros. Eso le llenó de esperanza. Cogió aire, se concentró y volvió a tirar con fuerza. La trampilla no pudo resistirse más y cedió.

La bocanada de aire denso que salió les golpeó en la cara.

—¡Vaya peste! —exclamó Patricia arrugando el gesto y retirando la cara.

En su interior reinaba la más profunda oscuridad.

Al enfocar con la linterna descubrieron una escalera de madera que se adentraba en su interior. No era vertical, pero poco le faltaba.

—¿Vienes o prefieres esperar aquí? —preguntó Fernando, que ya se disponía a acceder.

—Aquí sola no me quedo ni loca. Dónde vayas tú iré yo.

Repitieron la operación, pero en sentido contrario. Patricia se quedó arriba enfocando, mientras Fernando bajaba por las escaleras.

Tuvo que agacharse para poder pasar. A cada paso que daba, los peldaños le respondían con un sonoro crujido.

Patricia, mientras, con el cuerpo helado, esperaba impaciente a que Fernando la avisara para bajar. Cuando lo hizo, le bastaron tres segundos para reunirse con él.

Era una sala rectangular. Avanzaron unos pasos y en el lateral derecho encontraron un escritorio. Sobre él descansaban un libro y una pluma. Al lado un candil antiguo rodeado de telas de araña. Por todas partes había polvo y costaba trabajo respirar. Un olor extraño, que no supieron identificar, ambientaba la sala.

Fernando barrió el resto de la estancia con la linterna. En el aire flotaban miles de motas de polvo. En el movimiento rápido del cono de luz le había parecido ver algo apoyado en la pared de enfrente del escritorio. Patricia, a tenor de la fuerza con que le apretó el brazo, también se había fijado. Volvió hacia atrás con la linterna y enfocó. Esta vez, Patricia, además de apretar, gritó. Fernando dio un pequeño salto y empezó a notar un ligero cosquilleo en la mano. El corazón volvía a retumbar en el muñón. Cada paso que daba levantaba una pequeña nube de polvo. Ella le seguía pegada a su espalda. Apoyados en la pared, sentados, descansaban los restos de dos personas

abrazadas. Era evidente que eran un hombre y una mujer. La carne de sus rostros estaba reseca. A Patricia le recordó al aspecto de la mojama. Una araña caminaba despacio sobre el rostro de la momia del hombre. Al enfocarla, corrió a meterse por el orificio de lo que fue su nariz. De la cabeza de la otra momia salía un mechón de pelo rojizo.

—¿Los reconoces? —preguntó Fernando con la garganta seca.

—No, no coincide la ropa ni tampoco el color de pelo. Mi madre era morena.

El antiguo recepcionista del hotel me contó que la dueña de la casa era pelirroja. Se quedaron pensativos mirándose a los ojos. Esta vez, Fernando, acompañó en el grito a Patricia. Ya no sentía la mano. La trampilla se había cerrado dando un sonoro golpe. A continuación, se oyó el ruido de un golpeteo continuo. Después de un par de segundos de pausa, el sonido se repitió.

Intentó moverse pero no le respondía la pierna. Patricia seguía agarraba con fuerza al brazo. «Vamos Fernando, estás quedando como un cobarde», se animó a sí mismo. Se soltó de las garrás de Patricia y, con la mayor celeridad que le impulsaba su pierna y media, subió las escaleras. Empujó la parte interior de la trampilla hacia arriba pero, como sospechaba, no se movió ni un milímetro. Oyó el mismo golpeteo un par de veces más y después el ruido de unos pasos que se alejaban para dar paso al silencio absoluto.

18 de marzo de 1647,

Sevilla

Como cada lunes le tocaba limpieza del corral. Era una tarea que le gustaba especialmente. No era agradable limpiarlo, pero parecía que los gallos, las gallinas y sus polluelos se sentían agradecidos cuando lo hacía y se acercaban a él con confianza.

Desde que se levantó, estaba desganado. Volvía a sentir presión en el pecho y esa sensación le traía malos recuerdos. Sus ojos estaban refulgentes. Hoy, su estrecha relación con el Padre Ángel llegaría a su fin.

Los peores presagios se confirmaron y el sobrino del Arzobispo cogería las riendas de la parroquia esa misma tarde.

A Alexander, agradecido por los años que se había sentido cuidado y querido por el Padre Ángel, se le ocurrió hacer una fiesta de despedida.

Sin que el párroco se enterase, y con la ayuda de María que se encargó de hacerlo saber entre los católicos asiduos a la iglesia,

consiguieron que cada uno de los asistentes llevara algún plato de comida y algo de bebida para la fiesta.

Cuando el Padre descubrió la sorpresa que le habían organizado, sus ojos brillaron de la emoción.

Bebieron y comieron con alegría. Todos los feligreses se sentían agradecidos por la ayuda y el buen trato que les había dispensado aquel buen hombre.

Cuando todos se hubieron ido, después de recoger los platos y los vasos y dejar la iglesia como estaba antes de la fiesta, el Padre Ángel le propuso a Alexander que se sentaran a hablar en su alcoba.

—Hijo, estoy muy agradecido por la fiesta de despedida que has organizado. Has logrado que mi corazón rebose de alegría y, aunque me voy con pena, saber que he sido útil a toda la gente que lo ha necesitado, hace que me vaya con la sensación de haber cumplido bien mi cometido.

La imagen de Jesús en la cruz, del cuadro que tenía enfrente, le recordó lo que Zacarías le contó que había detrás.

—Padre, es lo mínimo que puedo hacer por usted. Sin su ayuda no sé que hubiera sido de mí —dijo Alexander con los ojos rojos de emoción.

—Espero y deseo que tu estancia aquí siga siendo placentera y que seas tú el que decidas cuando irte —continuó el hombre mirando a los ojos del chico—. Pero recuerda, no confíes en nadie. La ciudad empieza a dar muestras de agotamiento. Hay mucha hambre en sus calles y eso hace que la vida pierda valor. —Alexander asentía escuchando con atención—. La gente está desesperada, no tienen nada que perder, y no temen a nadie. Te recomiendo que aprendas un oficio que te ayude a vivir tu vida. Del Padre Evaristo no tengo referencias. Lo único que sé es que difundía la palabra divina en una iglesia en Córdoba y, por razones que desconozco, le han asignado esta parroquia. Deseo que estés a gusto con él y te acoja con el mismo cariño que lo hice yo.

—Eso espero —dijo suspirando y arqueando las cejas—, porque no tengo adónde ir. Mañana me acercaré a las calles de los gremios e intentaré entrar de aprendiz de algún oficio.

—Muy bien hijo. Sabes leer, escribir y hacer operaciones matemáticas. Eso estará muy valorado en cualquier sitio al que vayas.

—Le quería contar, Padre, que María y yo nos hemos enamorado. —El párroco sonrió—. Quiero ganar dinero para podernos ir a vivir juntos. Si en un futuro contrajéramos matrimonio, sería para mí un honor que usted lo oficiara.

—Sin duda alguna, para mí sería un placer. Escucha atentamente lo que te voy a decir. Sé lo que has encontrado y lo que has leído. Esas líneas han sido motivo de estudio desde hace muchos años y estoy

seguro de que esconden un misterio de grandes dimensiones. —El rostro de Alexander se enrojeció—. Debes guardarlas en tu corazón, pero sobre todo en tu cerebro. La biblioteca es secreta y nadie debe saber que la conoces. Si se enterase el Padre Evaristo, o cualquier otro miembro de la iglesia de que has estado allí, podrías acabar en una celda sucia e inmunda el resto de tu vida. Ahora será él el encargado de mantener y cuidar lo que hay allí abajo. Recuerda, tu supervivencia depende de que no confíes en nadie hasta que no estés seguro de que se lo merece.

El Padre Evaristo apareció en la puerta de la iglesia por la tarde, montado en un palanquín portado por dos muchachos de color. La impresión que se llevó Alexander fue negativa. Cada movimiento era metódico y exagerado. Tenía el cuerpo pequeño y redondo, al igual que su cara. Aunque su rostro era aniñado, debía rondar los cuarenta. El pelo, más largo en los laterales, intentaba tapar la calva que coronaba su cabeza. El poco aire que corría se lo despeinaba continuamente y él, con un gesto rápido, se lo colocaba. Su forma de ser parecía muy alejada de la humanidad y sencillez del Padre Ángel. El muchacho volvió a sentir picor en el cuello.

El nuevo párroco salió del palanquín y se limpió el polvo que se le había acumulado en el bajo de la sotana. Se acercó al Padre Ángel y le saludo efusivamante.

—Este es Alexander, el ayudante de la iglesia —dijo el párroco apoyando su mano sobre el hombro del muchacho.

Con aire displicente, el recién llegado le ofreció la mano para que se la besara.

Esa misma tarde, el Padre Ángel se unió a la comitiva. La sensación de vacío volvió a golpear al muchacho. El destino, de nuevo, le separaba de un ser querido.

Alexander estaba preocupado. En la soledad de su alcoba, su cabeza funcionaba a toda velocidad. El nuevo párroco no le inspiraba confianza y actuaría como le había dicho el Padre Ángel. Guardaría la compostura, pero mantendría las distancias. En cuanto pudiese entrar de aprendiz en algún oficio y consiguiera los maravedíes suficientes, se iría a vivir con María y abandonaría la iglesia. De momento no bajaría a ver a Zacarías. Debía comprobar los horarios y las rutinas del nuevo Padre para dar el paso.

Al oír como el Padre Evaristo le llamaba para que fuera a su alcoba, se puso tenso. Con paso cauteloso se dirigió hacía allí.

—Siéntate aquí, hijo —le propuso el párroco señalando una silla que había a su lado—. Quiero transmitirte tranquilidad. Estoy encantado de contar con tu ayuda en la iglesia. No sé la relación que tenías con el Padre Ángel, pero ten por seguro que la nuestra va a ser especial. —Inconscientemente, Alexander cruzó los brazos por delante

de su cuerpo—. Solo te pido que confíes y si tú te portas bien conmigo, yo estaré encantado de recompensártelo. En caso contrario, no habrá hueco para ti en el templo. Ahora, hijo, reflexiona mis palabras. Vete a dormir y descansa. Ya verás como congeniaremos.

—Pero...

—¡No hay peros hijo! Si quieres vivir aquí, deberás hacer en todo momento lo que te diga.

La mano del Padre se posó en la pierna de Alexander y subió hasta las proximidades de su entrepierna. El chico tragó saliva, asintió, se levantó y se fue a su alcoba. Fue una noche larga y le costó dormir.

27 de marzo de 2019

—Estamos encerrados —anunció Fernando mientras bajaba por las escaleras. Le dolía la mano de golpear la trampilla para intentar abrirla.

—¡Joder! —soltó Patricia que ya empezaba a notar dificultades para respirar.

—Mira tu móvil a ver si tiene cobertura.

Como sospechaban, ninguno de los dos teléfonos daba muestras de tenerla.

—Me está empezando a faltar el aire —reconoció Patricia visiblemente afectada.

—No me extraña. Intenta coger aire llenando tus pulmones y luego suéltalo despacio —le aconsejó aplicándolo él mismo, al ver que tampoco respiraba con normalidad—. La trampilla tiene ranuras por donde pasa el aire.

Fernando se acercó y la cogió del brazo con delicadeza.

—¿Mejor?

Ella soltó el aire en un sonoro soplido cerrando los ojos, después asintió sin mucho convencimiento.

—En estos casos lo mejor es mantener la calma y valorar qué posibilidades tenemos.

Las paredes parecían robustas, del mismo tipo de roca que la fachada. Aparte del escaso mobiliario, había una pequeña estantería con libros y unas garrafas blancas apiladas en el hueco inferior de la escalera. Al enfocar, vieron que tenían una etiqueta que indicaba con letras rojas: queroseno.

—Las debían usar para los candiles.

Fernando abrió una de las garrafas. El tapón se mantenía precintado y un fuerte olor a combustible inundó la estancia.

En ese momento le vino a la cabeza el paquete de tabaco con los dos cigarros y el mechero que guardaba. «Al final, mantenerlo en la chaqueta no va ser tan mala idea como la gente le decía», pensó.

Cogió el candil y abrió la tapa del depósito. A continuación, extremando el cuidado, vertió líquido de la garrafa hasta la marca y volvió a cerrarlo. Al prender la mecha de algodón y colocar la pantalla de cristal, una luz tenue sustituyó a la oscuridad.

Tener una visión más espacial del lugar disminuía la sensación de claustrofobia.

La extraña pareja de momias, imperturbables, seguían abrazadas con fuerza.

Recorrieron el perímetro de la sala con el candil en la mano, El tacto de la roca era rugoso y frío.

—Parece que la única manera de salir de aquí es por la trampilla —dijo Fernando.

—¡Lo siento! Te he metido en este lío.

—Eso ni lo pienses —respondió negando con la cabeza—. Tú me lo contaste y fui yo el que se metió solo.

Se sentaron en el suelo, el uno junto al otro, frente a la pareja disecada. El polvo suspendido en el aire se podía mascar.

—En cierto modo, transmiten compasión. Así, abrazados, demuestran todo lo que se querían —dijo Patricia sensibilizada—. ¿Qué les pasaría?

—No lo sé, pero lo que sí creo es que han estado metidos aquí desde el día del incendio y ese día coincide con el que desaparecieron tus padres —argumentó Fernando mirándola seriamente—. Los restos que encontraron no pertenecían a los dueños de la casa.

El gesto de la cara de Patricia cambió al darse cuenta de la realidad.

Fernando se percató y cerró los ojos por un momento, consciente de haber metido la pata.

—Lo siento, soy un insensible. No quería hacer que te sintieras mal.

—Tranquilo, lo que necesito es saber la verdad y enfrentarme a ella de una vez por todas —respondió con los ojos llorosos—. Continúa por favor.

—En mil novecientos ochenta y ocho no se hacían pruebas de ADN, encontraron los cadáveres quemados de dos personas y dieron por sentado que eran los dueños de la casa.

—Pero en el caso de que hubieran sido los cadáveres de mis padres, ¿qué les llevaría a venir aquí?

—No lo sé. Que los cuerpos quemados que encontraron fueran los de tus padres, es mucho suponer. Pero la coincidencia llama la atención. Que no encontraran el coche, ni nada relacionado con ellos es extraño.

Patricia apoyó su cabeza sobre el hombro de Fernando, dejándole paralizado unos segundos. El contacto de su pelo rizado en su rostro le hacía cosquillas. Inspiró hondo inundando su cerebro del dulce aroma

de su perfume y, conteniendo el aliento, la rodeó con el brazo; ella giró la cabeza y le miró fijamente a los ojos. Fueron un par de segundos mágicos. Fernando se sintió intimidado. Tenía la lengua pastosa y le empezaron a picar los ojos. Parpadeó varias veces y desvió la mirada para frotárselos. «¡Joder, soy gilipollas!», pensó apretándolos fuerte. Cuando los abrió, tardó un instante en enfocar. Patricia se acercó despacio, le besó en la mejilla y le dijo:

—Muchas gracias, me siento muy a gusto a tu lado. Fernando respondió con una tímida sonrisa. Estaba decepcionado consigo mismo por haber perdido tan buena oportunidad. Con cualquier otra mujer habría actuado de inmediato, pero Patricia le provocaba tanta inseguridad que le frenaba. Daba la impresión de que ella también sentía algo por él, pero era tan fuerte la atracción que le costaba dar el paso. Cerró los ojos por un momento, negando sutilmente con la cabeza y martirizándose por su cobardía.

19 de marzo de 1647,

Sevilla

Estaba decidido. No dejaría pasar ni un día más. Cuando saliera a comprar al mercado, iría a las calles de los gremios y en el primer sitio que lo aceptaran como aprendiz, se pondría a trabajar.

En realidad le daba igual una cosa que otra, no conocía ningún oficio. Había adquirido conocimientos de caza y pesca muy valiosos e incluso conocía propiedades de plantas beneficiosas para la salud, pero eso, de poco le iba a valer a la hora de encontrar trabajo.

En la iglesia, aparte del cuidado del huerto y del corral, se ocupaba de la limpieza, algo que tampoco le valdría de referencia.

Contaba a su favor su constitución fuerte, su disposición y unas enormes ganas de aprender. Esperaba que saber leer y escribir le ayudara. Había oficios que requerían ciertos conocimientos de matemáticas y él, aunque no muy extensos, los tenía.

Después de hacer todas las tareas y de recoger para los necesitados los productos del huerto y del corral, se preparó. Pronto se reunirían en la puerta de la iglesia y allí repartiría los alimentos.

Estaba deseando ver a María para contarle el incidente del día anterior con el nuevo párroco. Como siempre, le había reservado los huevos más frescos y los productos de la huerta con mejor aspecto.

Fue a decírselo al Padre Evaristo. La puerta de su alcoba estaba cerrada. Con unos suaves golpes, apenas audibles, llamó.

—Padre, ¿puedo pasar?

—Sí hijo. Pasa, pasa.

Se estaba terminando de poner la sotana. En su cara redonda exhibía una sonrisa que más que transmitir alegría, transmitía maldad, picardía y oscuridad.

—Buenos días, hijo. Espero que hayas descansado ¿Has reflexionado sobre las palabras que te dije ayer?

Alexander tragó saliva mientras asentía. Cada vez era más consciente de que debía salir de allí cuanto antes.

—Sí, Padre —contestó procurando seguirle la corriente—. Voy a ir al mercado a por alimentos. Suelo ir tres veces por semana. Necesito dinero para comprar.

El sacerdote, que mantenía imperturbable la falsa sonrisa, negó con la cabeza.

—No, hijo, no te preocupes por eso. Ya me he encargado yo de que nos lo traigan aquí sin necesidad de tener que ir nosotros.

Alexander notó un calor interno que ascendía hasta su rostro, dándole un tono rojizo.

—Pero...

—Otra vez con el pero, hijo. Te he dicho que aquí, en la casa del Señor, no hay peros. Harás las cosas a mi manera, sin discusión. —El tono de voz era seco y desafinado, aun así, seguía sonriendo. Alexander notó como el sudor humedecía la piel de su rostro—. Hay muchas cosas que hacer y hasta que no me demuestres que tu comportamiento es el correcto, no saldrás de aquí. Otra cosa es que tú te quieras ir, no te lo prohibiré, pero las puertas de San Francisco de Jesús se cerrarán para ti.

Manteniendo la rabia y apretando los dientes para evitar decir algo de lo que se pudiera arrepentir luego, bajó la mirada al suelo.

En la mano llevaba el cesto con los alimentos para los pobres. El Padre Evaristo se fijó en él y con el ceño fruncido, sin perder la sonrisa, preguntó:

—¿Qué llevas en la cesta, Alexander?

—Llevo alimentos del huerto y de la granja para la gente necesitada. Todos los martes y jueves vienen a la iglesia y les doy parte de lo que recogemos para que tengan algo que llevarse a la boca. Llevo haciéndolo desde que llegué y se sienten muy agradecidos.

—Pues eso se acabó, hijo.

—Pero, Padre...

—La próxima vez que me pongas un pero en algo de lo que digo, saldrás para siempre de la iglesia.

Por un momento, la cara del Padre Evaristo perdió la falsa sonrisa. Pero en seguida volvió a exhibirla.

—Vivimos en tiempos complicados, hijo. No podemos ir desaprovechando nuestros recursos. A partir de ahora los guardaremos y, si corren el riesgo de estropearse, los compartiremos con los

párrocos de las iglesias más cercanas, así nos ganaremos su confianza y quedarán en deuda conmigo. Quién quiera comida, deberá trabajar como hacemos todos.

Alexander cerró los puños con fuerza, el cuerpo le ardía y el sudor pegaba sus ropas a la piel. Apretó con más fuerza los dientes para evitar decir lo que sentía.

Al rato, se congregó a las puertas de la iglesia un pequeño grupo de personas con cestos para llevarse su habitual ración. El Padre Evaristo salió y los echó sin contemplaciones.

Cuando apareció María, extrañada de que Alexander no la hubiera ido a buscar como cada martes, fue también el Padre Evaristo quien salió a recibirla.

—Buenos días, Padre. Quería saber si Alexander irá al mercado.

—No hija. Alexander tiene mucho trabajo y de momento no saldrá de la iglesia. Ahora, si no quieres otra cosa, vete y no vuelvas preguntando por él.

María agachó la cabeza, se giró y se fue.

El resto del día, aparte de ayudar en las homilías al Padre Evaristo, se dedicó a hacer todo lo que este le encomendaba con la esperanza de ganar su confianza. Había llegado a la conclusión de que más valía ser dócil durante un tiempo para volver a gozar de los privilegios que siempre había tenido. En cuanto lo consiguiera movería ficha, pero no se podía arriesgar a quedarse sin nada.

Cuando llegó la noche, se fue a su alcoba y se sentó sobre el colchón. Estaba cansado. Había sido un día largo y agotador. Echaba de menos a María y no sabía cuando la volvería a ver. A Zacarías, de momento, no podría bajar a visitarle. Viendo el carácter del nuevo Padre, no sabía que ocurriría si llegaba a descubrir que conocía la biblioteca.

De pronto, se abrió la puerta. El sacerdote pasó sin molestarse en llamar y se sentó al lado de Alexander sin pedir permiso. La sonrisa volvía a estar presente, dándole un aspecto más despreciable todavía.

—¿Qué tal tu primer día conmigo, hijo? —preguntó con un brillo malvado en los ojos—. Yo tengo que decir que estoy muy contento.

Después de decir esas palabras posó su mano sobre el musculado muslo de Alexander. Este tragó saliva y se puso tenso. Era la segunda vez que lo hacía y una rabia contenida, similar a la que sacó con los niños de los faroles, le recorrió todo el cuerpo. Le estaba costando controlarse pero, por su bien, debería mantener los nervios atados.

—Si sigues así y te comportas como un muchacho atento y cariñoso, conseguirás todo lo que quieras.

La mano rechoncha subió unos centímetros. Alexander cogió aire y lo mantuvo unos segundos en sus pulmones.

El Padre Evaristo respiraba de forma descontrolada. Sus ojos eran

lascivos y en su boca tenía un exceso de saliva que le dificultaba la pronunciación al hablar.

De pronto, se levantó la sotana y mostró su miembro erecto de un tamaño ridículo. Cogió a Alexander de la nuca y, haciendo fuerza, intentó dirigirle hacía sus partes. Este se resistió y mantuvo la cabeza erguida.

—Hijo, hay sacrificios que te abrirán las puertas del cielo. Déjate llevar y mañana podrás ver a tu amiga —mintió mirándole con los ojos muy abiertos y con una expresión sádica que asustaba.

Alexander cedió y, esperando el momento, dejó que le acercara lentamente. El olor era desagradable. El párroco estallaba de excitación. Su corazón estaba desbocado y le retumbaba en las sienes.

Al ver el pequeño miembro cerca de su cara, algo en su interior cambió y dio paso a su personalidad violenta. En pocas ocasiones había aparecido. Se mantenía escondida en lo más profundo de su cerebro pero, cuando la invocaban, salía con toda su energía.

En esta ocasión fue Alexander el que esbozó su sonrisa maléfica. Ya no había marcha atrás. Cuando estaba a escasos centímetros, abrió la boca, pero no para lo que esperaba el Padre Evaristo. Cerró los ojos y mordió con rabia. Un sabor intenso y agrio inundó su paladar. A continuación salió con fuerza un chorro de sangre .

El grito que soltó el depravado sacerdote atravesó los muros y la puerta de la iglesia. El mordisco no había llegado a soltar el pene de su lugar, pero lo dejó colgando. La cara del Padre Evaristo, más que dolor transmitía miedo, miedo de morir desangrado. Con la falda de la sotana, apretaba con fuerza intentando cortar la hemorragia.

Alexander, contuvo sus ganas de acabar allí mismo con aquel despreciable ser y se limitó a empujarle. El Padre Evaristo quedó sentado en el suelo gritando de dolor. A continuación, el muchacho se atusó su pelo rojizo; le temblaban las manos. El religioso seguía llorando y suplicaba ayuda. Él lo ignoró y cogió el saco de raíces que guardaba debajo de la cama. Para evitar que se perdiera, se lo ató a la muñeca derecha con la cuerda que utilizaba para mantenerlo cerrado. Dentro, debajo de las raíces y el vaso casi lleno de resina rojiza solidificada, estaba la caja de madera recubierta de cera.

Salió de la iglesia. Era tarde y no se veía movimiento en las calles. La noche era cerrada. Los faroles colgaban en cada esquina dando al ambiente cierto tono anaranjado. Se dio la vuelta para contemplar la iglesia en la que había vivido los tres últimos años y, con pena, se puso en marcha.

Al primer guardia de la ronda nocturna que encontró le hizo saber que, de la iglesia de San Francisco de Jesús, salían gritos de socorro desesperados pidiendo ayuda. No quería que pesara sobre su conciencia una muerte.

Debería desaparecer durante una temporada porque estaba seguro de que el Padre Evaristo pondría precio a su cabeza. El problema era que no tenía a dónde ir.

La noche en Sevilla era peligrosa, lo comprobó el primer día que puso sus pies en la ciudad. Con sigilo, fue atravesando calles evitando cruzarse con nadie. Al fondo vio la puerta de Triana por donde salió, hacía unos días, con María. Consciente de que debía abandonar cuanto antes los muros de la ciudad, se dirigió hacia allí. La puerta estaba cerrada y al lado, medio dormido, un guardia la custodiaba.

—¿A dónde vas? —preguntó mirando con recelo.

—Quiero salir de la ciudad.

—Si sales, hasta mañana no podrás volver a entrar, ni por esta ni por ninguna puerta. Después no llames, porque no te voy a abrir.

—De acuerdo. No se preocupe, no le molestaré más.

El guardia le dejó pasar y a continuación la volvió a cerrar.

La luna brillaba. El hedor de las chabolas flotaba en el aire. Había fuegos encendidos con gente alrededor cantando y bebiendo. La puerta, al abrirse, llamó la atención de algunos de ellos. Atraídos por el saco que llevaba y sin nada que perder, fueron a por él. Alexander, que vio como se acercaban, se puso nervioso y aligeró el paso.

—Chico, espera.

Escuchó qué le decían. Sin hacer caso, continuó su marcha. Giró la cabeza y, con el rabillo del ojo, vio como se dirigían hacía él con paso rápido. Sentía los latidos del corazón en la muñeca, justo donde la cuerda atada del saco le apretaba. Volvió a mirar, se acercaban. No esperó más y se puso a correr. Les sacaba unos veinte metros. «Si corro rápido, no me alcanzarían», pensó.

El suelo estaba embarrado y resbalaba. Prácticamente no había visibilidad. Sin percatarse, metió el pie derecho en un charco, se torció el tobillo y cayó al suelo. Sabía que no podía parar a lamentarse y se volvió a levantar. Al apoyar el pie, que se había torcido, en el suelo sintió un pinchazo intenso, pero no podía parar. Siguió, pero su carrera se hizo más lenta. La distancia que les sacaba se iba haciendo cada vez más corta. Divisó el puente de barcas y se dirigió hacia allí. La pasarela tenía cierto movimiento por la corriente del Guadalquivir. Los tenía muy cerca, a su espalda. Consciente de que antes de llegar al final le atraparían, se lanzó al río. El agua estaba helada y turbia. Un objeto que flotaba le golpeó en la espalda. Intentó nadar con fuerza hacia la orilla, pero la corriente se lo impedía. Exhausto, se dejó llevar para evitar perder las pocas fuerzas que le quedaban.

28 de marzo de 2019

Habían pasado dos horas desde que se quedaron encerrados. La

temperatura había bajado varios grados y empezaban a tener frío. Después de darle vueltas y vueltas a la cabeza, no veían la manera de salir. A través de los anchos muros era imposible y el suelo estaba cubierto por unas baldosas duras y resistentes.

—¿Y si intentamos quemar la tapa de la trampilla? —preguntó Patricia que seguía respirando con dificultad.

—Es una idea. El único problema es que el humo nos asfixiará.

Patricia se frotó un brazo y después repitió la operación con el otro.

—Pues como no se nos ocurra algo, nos vamos a quedar a hacer compañía a estos dos durante una buena temporada.

Fernando sentía más molestias de lo habitual en el muñón; se sentó en la silla tapizada del escritorio. Otra vez se levantó una nube de partículas de polvo. Ella retiró la cara tosiendo. La superficie de la mesa era de madera. Había zonas donde el barniz estaba ahuecado y desprendido. Retiró el polvo de la superficie del libro. Tenía las tapas duras, de un material que parecía cuero marrón, y no había nada escrito en ellas. Su interior mostraba hojas con un leve tono amarillento y escritas con una cuidada caligrafía. Más de la mitad del libro conservaba las hojas intactas, como si no hubiera dado tiempo a completarlo. Sin otra cosa mejor que hacer, Fernando cogió el libro y se sentó de nuevo junto a Patricia, en el suelo, con el candil en medio de ambos. Abrió la primera hoja y se puso a leer.

15 de febrero de 1988:

La tercera sesión de quimioterapia me empieza a pasar factura. Mis articulaciones están agarrotadas y dificultan cualquier movimiento que hago. Llego a casa con el único deseo de dormir y sin embargo, cuando lo intento, soy incapaz de conciliar el sueño. Es como una broma pesada, dormir es lo que más deseo y necesito para olvidar por un tiempo el sufrimiento; sin embargo, parece que he perdido la capacidad de desconexión. Las noches se hacen eternas y las paso retorciéndome de dolor. Las llagas que salen, en muchas partes de mi cuerpo, me provocan un picor difícil de ignorar. Cuando me rasco, produzco una úlcera en mi piel que da la impresión de no curar nunca. Lo peor de todo es el sufrimiento de mi mujer y mi hija, que ven como me voy transformando día a día.

Fernando paró para mirar a Patricia.

—¿Crees que quién escribió el diario es el tipo que está ahí? —preguntó ella con un extraño cosquilleo en el estómago.

—Estoy casi seguro de que sí. Coincide con la historia que me contó el antiguo recepcionista del hotel.

—Pobre hombre, lo que debió de sufrir. Sigue leyendo por favor.

El médico ha sido claro y las posibilidades de salir con vida son escasas. Empiezo a pensar que no merece la pena tanto sufrimiento. Solo hay una posibilidad positiva entre cientos de posibilidades

negativas. Quizá lo mejor es cortar por lo sano y olvidarme del dolor.

10 de marzo de 1988:

Definitivamente, el tratamiento no está dando resultado. El médico insiste en que lo complete del todo. Dice que hasta el final no se sabrá con precisión la capacidad de reducción tumoral que se habrá conseguido. No estoy dispuesto a aguantar ni una sola sesión más. Si quieren experimentar, tendrá que ser con otra persona. Tengo claro que Dios me ha abandonado. Ya me he cansado hasta de rezar. Mis plegarias se desvanecen y no encuentro respuesta. El párroco me dice que acepte la voluntad del Señor y asuma con entereza la enfermedad. Es difícil aceptar una enfermedad que te inutiliza hasta para respirar. El cáncer de pulmón se extendió a la piel y el mínimo contacto con los rayos solares hace que empiece a supurar una mezcla de sangre y pus. Aparte de doloroso es desagradable. Mi mujer y mi hija no dicen nada, pero noto que empiezo a causarles cierta repugnancia. Intento permanecer el máximo tiempo posible sin luz.

— ¡Dios santo! Me estoy poniendo mala de imaginármelo. Vaya infierno que debió de vivir el pobre hombre —soltó de repente Patricia con un brillo intenso en los ojos.

—La verdad es que pone los pelos de punta.

Fernando empezaba a notar que la necesidad de orinar le estaba poniendo más nervioso de lo habitual. De momento podía controlarla, pero no creía que lo pudiera hacer por mucho tiempo. Las palabras que soltaba al hablar arañaban su desértica garganta.

—Sigue tú, por favor —le propuso a Patricia con una voz más ronca de lo normal.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella preocupada.

Él asintió en silencio. Ella cogió el libro y continuó con la lectura.

Enero de 1649,

cerca de la ciudad de Sevilla

El día amaneció frío. Había nubes y la cercanía del río propiciaba que el ambiente fuera húmedo, pero el sol en el sur de España, al contrario que en Inglaterra, solía imponerse y esta vez lo hizo con autoridad.

Alexander empezó sudar. Su rostro había adquirido una tonalidad más rojiza de lo habitual.

«¿Cómo es posible que caliente tanto el sol en enero?», pensó. Estaba acostumbrado a las altas temperaturas, pero ese sol era impropio de la fecha.

El minuto que paró a secarse el sudor le sirvió para contemplar lo que le rodeaba. Un escalofrío recorrió su cuerpo al pensar que ya llevaba un año y diez meses allí. Un año y diez meses sin ver a su querida María, un año y diez meses alejado de la ciudad de Sevilla.

La vida en el campo era dura, pero a la vez se respiraba tranquilidad. Olía a naturaleza y eso se agradecía.

El río le arrastro hasta allí. Era como un sueño, parecía que su estancia en la ciudad pertenecía a una vida pasada. Las únicas personas que consiguieron ganar su corazón hacían que fuera consciente de que aquello fue real. A la que más echaba de menos era a María. Conservaba la pulsera de cuero que le regaló. No había un solo día que no se acordara de ella, pero también extrañaba al Padre Ángel y a Zacarías.

Todavía se acordaba del miedo que pasó cuando se tiró al río. Se le ponía la piel de gallina cada vez que lo recordaba. La temperatura del agua era fría. La corriente se convirtió en su aliada. Dejándose llevar por ella, se fue alejando sin esfuerzo.

Se dejó arrastrar hasta que la misma corriente le llevó a una de las orillas. No sabía a cuánta distancia se había alejado. Imaginaba que bastante, a tenor del tiempo que permaneció dentro del agua.

Gracias a que tenía el saco atado a la muñeca, consiguió conservarlo.

Su temperatura corporal había descendido y la suave brisa que corría hacía que tiritara de pies a cabeza.

Lo primero que sintió al ponerse de pie fue un fuerte dolor en el tobillo que se había torcido. Como pudo, se puso en marcha. Cada vez que lo apoyaba cerraba los ojos con fuerza, pero quería alejarse de la humedad de la orilla. Cuando llevaba unos cien metros se topó con un olivar. El dolor era tan intenso que decidió sentarse, apoyando la

espalda en el tronco de uno de los árboles. En ese momento se dio cuenta de lo agotado que estaba, además de los esfuerzos, la adrenalina le había golpeado con fuerza. Sin proponérselo, se quedó dormido.

Unos ladridos le despertaron. El sol empezaba a salir. Su cuerpo estaba aterido por el frío. Del sobresalto, se quedó quieto y con los ojos muy abiertos. Tenía un perro lustroso y bien alimentado frente a él. Su aspecto difería mucho del de los chuchos famélicos que paseaban por las calles de la ciudad. A su derecha oyó una voz que decía:

—Sultán, ¿qué te pasa? ¿Qué has encontrado?

A continuación, aparecierón un hombre y un chico de una edad similar a la de Alexander, con una vara cada uno en la mano. Al ver la cara de miedo de aquel chico pelirrojo, quisieron tranquilizarle.

—No tengas miedo, no hace nada. Te ladra porque no te conoce, pero no te va a morder —dijo el muchacho sin estar seguro de si aquel chico asustado le entendía.

—¿Nos entiendes? —preguntó el hombre levantando la voz y con un cerrado acento sevillano.

Alexander asintió con la cabeza.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el chico, en esta ocasión con un acento similar.

—Sí —respondió él con recelo.

Después de las malas experiencias vividas, no estaba dispuesto a confiar en nadie.

—¿Y qué haces aquí?

Decidió contar la última parte del día anterior, cuando le persiguieron hasta el río y por miedo a lo que le pudieran hacer, se lanzó al agua. Estaba encogido y sus dientes no paraban de castañetear.

—Me cuesta trabajo andar, me torcí el tobillo y me duele al apoyar el pie.

—No te preocupes, vendrás a casa, entrarás en calor y comerás algo caliente.

Apoyándose en los hombros del chico, caminaron hasta la vivienda. La oscuridad de la noche le había impedido verla, pero se encontraba a poca distancia.

La casa de campo consistía en un salón con tres alcobas. Una de ellas hacía las veces de baño. Había una palangana metálica con una jarra al lado y un bacín cilíndrico. Formando parte del salón existía una pequeña cocina.

En la chimenea había restos de troncos quemados y la temperatura era cálida.

—Toma, come esto. Te repondrá —dijo el hombre ofreciéndole

unos trozos de panceta.

Alexander estaba hambriento, pero quería mantener los modales. Comió despacio, disfrutando de cada bocado.

Unos tragos de vino le soltaron la lengua y se sintió más confiado.

Contó con pelos y señales las adversidades vividas desde aquel lejano día que tuvo que salir a toda prisa de Inglaterra. Le escuchaban con atención. La vida del campo era tranquila y aquella historia era todo lo contrario.

Al instante sintieron simpatía por aquel muchacho.

—Ese sacerdote es un malnacido. Cómo puede haber personas así que difunden la palabra de Dios. No lo entiendo —espetó el hombre con cara de desagrado—. Entonces, ¿no tienes adónde ir?

—No tengo ni adónde ir ni adónde regresar.

Después de pensarlo un momento, el hombre dijo:

—De momento te quedarás aquí hasta que te recuperes del pie, después ya veremos. Mi nombre es Jesús y este es mi hijo. Se llama Daniel. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Alexander.

Fuera de la casa había un establo con dos caballos. Sultán, el perro, dormía allí con ellos. Adosado a él, una caseta donde guardaban un carruaje de madera. Jesús lo sacó con la ayuda de uno de los caballos y lo metió en la cuadra. El interior de la caseta no era amplio pero sí acogedor. Llevaron hasta allí una cama vieja y un candil; de esa manera, pasó la noche más o menos cómodo.

Las raíces, al contacto con el agua, se habían hidratado e hinchado. Al masticarlas por la mañana sacó más jugo que de costumbre. El sabor era más suave.

La cera había cumplido su función y había protegido la caja; la resina seguía sólida.

Cuando apoyó el pie, el dolor, prácticamente había desaparecido. Se sentía aliviado, pero tenía miedo por si le decían que se fuera.

Al salir de la caseta, se encontró con Jesús y Daniel.

—Buenos días. ¿Qué tal ese pie? —preguntó el hombre con el tono alegre que le caracterizaba.

—Parece que el dolor era producido por la torcedura —contestó—. Ya no me duele al apoyarlo.

—Pues mucho mejor —dijo Jesús con una sonrisa en la cara—. Hemos hablando Daniel y yo. Quizá nos vendrían bien dos brazos fuertes como los tuyos. ¿Qué sabes hacer?

—En la iglesia era el encargado del huerto. No es que fuera muy grande, pero estoy familiarizado con las tareas agrícolas. Sé cazar con lazo y pescar —contestó esperanzado.

—Hacemos un trato. Si consigues traer un conejo para comer, hablaremos.

Una sonrisa se dibujó en su cara. Fue al río y cogió unos juncos que crecían por la zona. Los cortó longitudinalmente en finas tiras con ayuda de una piedra; con ellas trenzó una cuerda. Unos palos que encontró le ayudaron a montar una trampa de lazo tal y como su padre le enseñó. Al volver a la casa llevaba dos conejos. Podía haber cazado más, pero no tenía sentido, la carne se hubiera echado a perder.

Jesús y Daniel se quedaron impresionados. Había conseguido cazar habiéndose ido con las manos vacías.

Comieron conejo y bebieron vino. Después hablaron de la situación de Alexander.

Jesús se puso serio y dijo:

—Hasta ahora mi hijo me ha ayudado en las labores del campo, pero tiene clara su vocación. Va a empezar a ir, tres días por semana, a la escuela de arte de la ciudad. Está decidido a ser un gran pintor y yo le apoyo. —El rostro de Daniel se encendió—. Necesito una persona trabajadora que me ayude. De momento te puedo ofrecer alimento y podrás alojarte en la caseta. A cambio trabajarás las tierras y, aparte de cazar algún conejo de vez en cuando, harás las tareas que te encomendemos.

Alexander asintió con movimientos rápidos de cabeza. No se creía la suerte que había tenido. Otra vez, después de perderlo todo, parecía que el destino se volvía a aliar con él.

—Hay otro requisito —dijo Jesús mirando muy seriamente a Alexander—. Si vinieran a por ti, por lo que te pasó con el cura, no dirás que nos lo contaste. Si se enteran de que lo sabemos, podríamos tener problemas.

Desde entonces vivía allí. La vida en el campo le recordaba a su infancia en Inglaterra y si no fuera por la distancia que le separaba de María, su felicidad sería plena.

Aparte de los olivos, de los que sacaban las aceitunas para hacer aceite, había árboles frutales y hortalizas. La mayor parte del tiempo lo dedicaba a la recolección, arado y cuidado de la plantación. El sistema de riego estaba formado por una red de acequias que llevaban agua del Guadalquivir. De esa manera, el suelo era rico en nutrientes y la calidad de los productos era excelente.

En la orilla había una estructura de madera; esta, soportaba una noria que giraba gracias a la fuerza mecánica de la corriente. Al lado, un molino con una gran piedra cónica que rodaba por el giro que le transmitía la noria. La utilizaban para moler las aceitunas y sacar el tan preciado aceite de oliva; también para moler trigo y conseguir así harina.

Una parte de los productos que recolectaban era para uso propio, pero otro tanto era para comerciar. Un par de veces a la semana, Jesús

se acercaba a la ciudad y vendía sus productos a los comerciantes. Siempre se quejaba de que los impuestos cada vez eran más altos.

Otra tarea que tenía encomendada era la de ir cada dos días con el carro al manantial que brotaba cercano a la casa. Lo llevaba cargado de vasijas de barro vacías y volvía con ellas llenas de agua limpia y transparente. Utilizaba la oscuridad de la noche, así, las probabilidades de encontrarse con alguien que le pudiera delatar, disminuían.

Durante un tiempo Daniel se convirtió en el hermano que nunca tuvo. Alexander le enseñó a hacer trampas para conejos y Daniel le enseñó a él nociones de pintura al óleo.

Cómo sospechaba, se ofrecía una recompensa de mil reales a quién informara sobre su paradero y le pusiera a disposición del clero, donde sería juzgado por la Santa Inquisición. Según la situación de pobreza actual, era una pequeña fortuna. Equivalía a más de medio año de trabajo de un carpintero. Daniel le explicó que había carteles con su descripción pegados en muchas paredes de la ciudad. Dadas sus características físicas, existía poco margen de confusión. Se decía en las calles que, al intentar robar en la iglesia, fue descubierto por el Padre Evaristo y al verse sin salida, le atacó.

De momento, su plan de ir a la ciudad para reencontrarse con María debería esperar. Cuando habían pasado dos meses de su llegada, en una de las largas conversaciones que mantenía con Daniel, le habló de su amada. Alexander escribió una carta para María contando todo lo sucedido. Daniel se encargaría de llevársela uno de los días que asistiera a sus clases de pintura. La decepción fue absoluta cuando este se la devolvió. Al llegar a la casa de la dirección que le había dado, los nuevos inquilinos le aseguraron que esa familia ya no vivía allí.

Le costó un par de días recuperarse. Al tercero, se levantó más animado. Recordó aquella mañana en el río, en la que prometió a María que la cuidaría y protegería toda la vida. Quería cumplirlo, pero la única manera de hacerlo sería teniendo paciencia y esperando el momento oportuno. Entonces la buscaría por todos los rincones de Sevilla.

Pasado un año de su llegada, Alexander empezaba a ser parte de la familia. Sus esfuerzos y su dedicación obtuvieron sus frutos. Un noche, después de una jornada de trabajo especialmente dura, cuando se despedía para irse a la caseta a descansar, Jesús se acercó y le dijo:

—Toma, Alexander. No es mucho, pero te lo mereces.

Este, sorprendido, se miró la mano para ver lo que le había dado y descubrió treinta reales brillando por el reflejo de la llama del candil.

—No puedo aceptarlo —respondió con un nudo en la garganta—. Con tener comida y un sitio donde dormir es suficiente.

—Esas eran las condiciones iniciales. Después de ver cómo eres y

cómo te esfuerzas, me siento agradecido y quiero recompensártelo.

—Muchas gracias, yo también me siento muy agradecido.

Apretando con fuerza los reales y con la mano sudorosa, llegó a la caseta. Estaba feliz. Se sentó en la cama y embelesado en sus pensamientos, sin saber por qué, se acordó de la caja. Movido por un impulso, abrió el saco y debajo de las raíces la encontró recubierta de cera.

Ayudado por el candil, la fundió. Permanecía en perfecto estado y cerrada. Empezaba a creer que nunca se abriría. Se levantó para coger una vela y volver a sellarla, pero se dio cuenta de que estaba agotado. Decidió que ya lo haría al día siguiente y la volvió a guardar en el saco. Al minuto de tumbarse cayó rendido.

Los días pasaban y su relación con Jesús cada vez era más estrecha. Una mañana, mientras descansaban bajo la sombra de un árbol, este le confesó que, aunque apoyaba a su hijo, le hubiera gustado que se implicara más en las labores del campo. También le hizo partícipe del sentimiento de dolor y soledad que sintió cuando su mujer murió y se quedó solo con Daniel. El parto se complicó y, después de unos días con fuertes dolores y altas temperaturas, el cuerpo de su esposa se apagó. A su vez, Alexander también abrió su corazón y le expresó el sentimiento de vacío tan doloroso que le golpeó aquella noche en la cueva, encogido y muerto de frío. Nunca en la vida se habían expresado con tanta sinceridad con nadie y eso hizo que se sintieran más unidos.

Al contrario que Jesús, Daniel empezaba a mostrarse más altivo. En las clases a las que acudía, se juntaba con hijos de gente adinerada y empezó a imitar ciertas actitudes. Se desentendió de las tareas agrícolas y pasaba las horas encerrado en su cuarto, pintando.

Alguna vez, Alexander intentaba entablar conversación con él, pero le rehuía.

Una mañana, en la que Daniel y Jesús estaban en la ciudad, entró en la alcoba del pintor picado por la curiosidad. El cuadro expuesto sobre el caballete intentaba reproducir un cesto con frutas apoyado sobre una mesa. Los colores diferían mucho de la realidad e incluso las formas y el volumen no cuadraban con la composición. Los restos de pintura de la paleta empezaron a mezclarse en su cerebro. Las nociones que aprendió del Padre Ángel cobraron forma en su cabeza. Recordó el círculo cromático y la relación entre colores primarios y secundarios. Una necesidad imperiosa de pintar, eso que allí se representaba, corrió por sus venas. Estaba seguro de que sería capaz de superar ampliamente el cuadro que veía. Decidió marcharse sin tocar nada, no quería tener problemas.

Salió de la casa aturdido. Parecía que todo se movía a su alrededor. Entró en la caseta para coger un sombrero que le protegiera del sol. En

ese momento se volvió a acordar de la caja. La tenía guardada en el saco de las raíces, pero se había olvidado de recubrirla con cera. Aprovechando que estaba solo, se dispuso a hacerlo. Probó a abrirla sin ninguna esperanza . El corazón retumbó con fuerza dentro de su pecho. La tapa cedió sin dificultad.

28 de marzo de 2019

Empezaba a costarles trabajo mantener los ojos abiertos. La tenue luz que emitía el candil invitaba a cerrarlos y olvidarse de todo durante un buen rato, pero la historia del diario se iba poniendo interesante y querían saber más.

Después de aclararse la garganta, Patricia continuó leyendo.

25 de junio de 1988:

Recuerdo con nostalgia la vida que tenía hace un año. Cuando podía salir al jardín a jugar con mi hija mientras que mi mujer nos observaba con cara divertida. ¡Joder! Ha pasado solo un año y me he transformado en un monstruo. He quitado todos los espejos de la casa. No soporto verme el rostro. La última vez que lo hice me quedé enfrente de una persona que no conocía de nada durante diez minutos, sin dar crédito de lo que veía.

Las heridas han empeorado, se mantienen abiertas y supuran un líquido rojizo desagradable. Cualquier esfuerzo que hago se convierte en una tarea titánica. Mis pulmones hacen su trabajo a medias y eso el cuerpo lo nota. La simple luz de una bombilla enrojece mi piel.

He dejado de ir a las sesiones de quimioterapia. Me siento desahuciado y esperaré con la mayor dignidad posible la muerte.

Se miraron por un instante arqueando las cejas. Después de tragar saliva, ella siguió leyendo con los ojos brillantes de la impresión.

27 de julio de 1988:

El otro día recordé la trampilla que encontré al restaurar el mueble de la habitación que da a la zona trasera de la casa. La parte inferior del mueble consiste en una base de madera simplemente apoyada, al retirarla me encontré la trampilla. Cuando bajé en su día, junto a Gisselle, no nos llamó demasiado la atención. Es un espacio secreto con poco más que una mesa y una silla. Pero al recordarlo, pensé que quizá sería el sitio adecuado para estar solo y poder escribir mi diario. Como la luz exterior apenas entra por la trampilla y no hay luz eléctrica dentro, hago uso del candil que hay sobre la mesa.

Las garrafas de queroseno que me trajo Gisselle las almaceno debajo de la escalera. Por lo menos, de ese modo, se dará uso al espacio muerto allí escondido.

1 de agosto de 1988:

Casi todo el día lo paso encerrado en la cámara secreta. He encontrado el único lugar donde me siento tranquilo.

Indagando entre los libros antiguos que ocupan la estantería de madera pegada a la mesa, descubrí el diario del antiguo dueño de la

casa. Data del siglo XVII y debió de ser un antepasado de mi mujer. Habla de unas raíces de propiedades asombrosas, capaces de frenar el avance de todo tipo de enfermedades. También nombra las características de la resina de pino de piña roja. Dice que las tiene escondidas en un lugar secreto de la casa.

No quiero hacerme ilusiones, pero si fuera capaz de encontrar esas raíces, podría, por lo menos, ralentizar la enfermedad y disfrutar de mi mujer y de mi hija durante más años. Por una vez en mucho tiempo, se me ha encendido una luz de esperanza en la cabeza.

He buscado por toda la casa y no he encontrado rastro de nada de lo que dice el diario. La esperanza se me desvanece.

—¡Madre mía! ¡Vaya jaleo! Está escribiendo un diario de sus últimos meses de vida y se encuentra con otro diario de un antepasado de la mujer que vivió en la casa —exclamó Patricia sintiendo la lengua tan seca que parecía que raspaba.

—Eso parece, y algo interesante debía contar de aquellas raíces, porque, de alguna manera, consiguió un atisbo de esperanza.

—Hombre, también entiendo que el pobre se agarraría a un clavo ardiendo. Teniendo en cuenta su situación, y que él mismo había abandonado cualquier posibilidad médica, es normal que viera una salida en cualquier parte.

16 de agosto de 1988:

La lectura del diario me tiene absorto. Creo que aborda asuntos que no estoy preparado para leer. Las atrocidades que se relatan superan en mucho los límites de la ética. Entiendo que el amor hacia una madre es el sentimiento más puro, pero hay líneas que no se pueden rebasar.

—¿Qué habrá leído el tío este? —preguntó al aire Fernando.

—No tengo ni idea. Pero para que se sorprenda en sus circunstancias, debe ser una bomba bastante fuerte.

—Empiezo a estar muy cansado. Deberíamos dormir un poco, a ver si mañana por la mañana nos echa alguien en falta y vienen a buscarnos.

—Por mi parte es difícil. Aunque me echaran en falta, nadie sabe dónde me encuentro —dijo Patricia mientras se pasaba la yema de los dedos por la frente.

—A mí me pasa lo mismo. Pero debemos descansar. Con la mente más despejada veremos las cosas con más claridad.

Por lo menos así conseguiría escapar durante un rato de las ganas de orinar, que cada vez apretaban más.

Como el que no quiere la cosa, pasó su brazo por encima de los hombros de Patricia. Esta se lo permitió con gusto. A continuación bajo lo máximo que pudo la mecha del candil y se quedaron

dormidos, abrazados.

19 de marzo de 1649,

cerca de la ciudad de Sevilla

El calor era sofocante. Cada poco debía parar a beber agua para reponer el líquido que perdía por el sudor. Se sentó a la sombra de un olivo. El mismo olivo en el que se quedó dormido aquel lejano día que llegó.

Sultán, entretenido, olfateaba algo que solo él era capaz de oler.

Sacó la carta que encontró, hacía dos meses, dentro de la caja y la releyó. La caligrafía de su madre le transportó en el tiempo y la sintió más cerca. Estaba escrita en inglés. Ella le enseñó a leer y a escribir en su lengua materna, pero habían pasado varios años. Aun así, la pudo leer sin problemas.

Junto a la carta había un puñado de semillas secas. Contó seis, incluyendo la que se utilizaba para mantener la caja cerrada. Esta tenía un ingenioso método de cierre: en la tapa había un orificio de un centímetro. En la parte inferior de ésta, salían enfrentadas y a los lados del agujero, dos varitas de madera de un milímetro y medio de espesor. Cada varita tenía un pequeño saliente en la parte inferior que daban a cada una de ellas forma de ele. Cuando se introducía la semilla en el interior del agujero con la tapa cerrada, esta quedaba justo a la medida de separación de las dos varitas. Al aplicar aceite de piñón de las piñas rojas, la semilla se hidrataba de tal manera que duplicaba su volumen. Las varitas eran empujadas hacia los laterales y el pequeño saliente inferior se alojaba en unos soportes provistos de unos orificios, quedando así la caja cerrada. El agujero exterior de la tapa se sellaba con cera dura, que tardaba mucho más en fundirse que la cera común. La semilla, con el paso del tiempo, se deshidrataba y volvía a su tamaño original. El proceso era lento. Las varitas, al no tener presión lateral, salían de su alojamiento y la caja se abría.

El día que encontró la caja abierta y leyó el contenido de la carta, volvió a sentirse como el niño de doce años que, asustado, huyó corriendo la noche que perdió a su madre. Pasaban los minutos y no era capaz de parar de llorar. Después de resistir todo este tiempo con entereza, aquellas líneas consiguieron derrumbarle. Había sido duro quedarse solo siendo un niño.

La carta decía:

Hola, Alexander. Si estás leyendo esta carta es porque no estamos juntos. Donde sea que estés, quiero que sepas que eres la persona que más he querido en mi vida.

Te he escrito estas líneas porque el contenido de la caja lleva

pasando de generación en generación desde hace siglos. Espero que hayas cumplido con tu palabra y no la hayas forzado. Ha tardado en abrirse porque, solo así, me aseguraba de que tuvieras conciencia de ello con la madurez suficiente.

Las semillas que guarda tienen propiedades asombrosas. Fortalecen el organismo de tal manera que protegen de cualquier enfermedad y alargan la vida, pero a cambio producen graves trastornos mentales. Nunca las probé y no conozco a nadie que lo haya hecho. Ni siquiera sé si es real o simplemente una leyenda. Te aconsejo que tú tampoco lo hagas, es probable que el perjuicio supere con creces al beneficio. En cualquier caso, debes saber que un niño moriría si comiera una y, a un adulto, la ingesta de una segunda semilla le mataría. El cambió en el interior del organismo es tan brusco que no lo resistirían.

Ahora eres el responsable de guardarlas y entregarlas a posteriores generaciones. Mantenlas en secreto. Si se descubren sus propiedades, habrá gente que no dudará en matarte para conseguirlas.

Los árboles que daban los frutos que poseían esas semillas, se extinguieron. Hace años, un incendio devoró el último bosque que quedaba. Una semilla tardaría más de cien años en formar un árbol, pero para ello requiere un terreno y unas condiciones apropiadas. No las malgastes. Según me contaron, esos árboles solo son capaces de dar un fruto en su vida y lo hacen cuando están muriendo, como medida desesperada para reproducirse. Algún día la humanidad sabrá aprovechar sus beneficios.

Como te habrás dado cuenta, no enfermas. La raíces de las rozuladas te protegen. Las has tomado desde que naciste y te ha potenciado tanto la salud, como tu fortaleza física y mental. Es otro secreto que debes trasmitir en el tiempo. Si las propiedades de las raíces fueran conocidas, se extinguirían en pocos años. Son escasas porque también requieren condiciones concretas para florecer.

Te quiero hijo, se feliz y lucha por lo que crees y amas.

Emily.

El texto de la carta le hizo consciente de la responsabilidad que le había tocado asumir. Seguiría las recomendaciones de su madre y no las probaría.

Selló de nuevo la caja con la cera fundida de una vela para que se conservara. Por precaución, cavó un agujero en el suelo de tierra de la caseta en la esquina de debajo de la cama, la guardó y luego lo rellenó de nuevo. Después de golpearlo varias veces con la palma de la mano y alisarlo, pasaba desapercibido.

No solo tenía que custodiarlas, sino que también tendría que asegurarse la descendencia para pasarlas a la siguiente generación. Si

había sucedido así durante siglos, no sería él quién rompiese la cadena.

Daniel cada día se mostraba más distante. Incluso el trato hacia su padre era irrespetuoso. Daba la impresión de que se avergonzaba de él por vivir del campo. Insistía en alquilar una casa en la ciudad para no tener que desplazarse hasta allí. Jesús se oponía rotundamente. Decía que demasiado era que le pagaba la escuela de arte y todo lo que ello conllevaba, sin que él colaborase en las labores del campo. El hombre lo pasaba mal y era con Alexander con quién se desahogaba.

Cada noche, al acostarse, pensaba en María. Recordaba el tacto de sus manos, la fina piel de su rostro, el olor de su largo pelo negro... Se sentía desolado al no poder tenerla cerca. El dinero que Jesús le daba, a escondidas de su hijo, lo guardaba y ahorraba. Antes del verano iría a buscarla. Según Jesús, no quedaban carteles con su descripción en la ciudad y la gente ya no hablaba del tema.

La última frase que escribió su madre en la carta, “lucha por lo que crees y amas”, le había provisto del empuje necesario para intentarlo. Hablaría con Jesús e intentaría que le permitiese que se instalara con él en la caseta. Trabajaría más horas. Todo lo que hiciese falta con tal de tenerla a su lado.

Por otro lado, volvió a su cabeza de forma recurrente el texto que leyó en aquel libro de la biblioteca de los libros prohibidos. En muchos momentos, mientras trabajaba, distraía su mente intentando descifrar el mensaje. Suponía que el gran muro del que hablaba se refería a la muralla que rodea la ciudad. En cuanto a los círculos perfectos y las estrellas de ocho puntas, no se le ocurría nada.

Ahora, sentado a la sombra del olivo y después de releer la carta, intentando dejar a un lado la parte sentimental, analizó un párrafo de su contenido que le llamó la atención.

Que las raíces le protegían contra las enfermedades era algo que sabía, pero que potenciaran su fortaleza física y mental lo desconocía.

Sabía que era fuerte y mucho más ahora, que el trabajo del campo le había provisto de unos brazos musculosos. También era consciente de que aprendía con facilidad y que su capacidad de memorizar, a veces, le asombraba incluso a él mismo.

El primer día que entró en la alcoba de Daniel, al ver el lienzo y la paleta, su cabeza empezó a mezclar los colores y su cerebro trabajó a toda velocidad. Desde entonces no dejaba de pensar en aquel cuadro.

A la semana siguiente de aquel día que entró en el cuarto del pintor, volvió a quedarse solo en la finca. Sin poder resistirse, la curiosidad tiró de él. Volvió a ponerse frente a la pintura. El chico insistía en el bodegón de frutas y, aunque había mejorado, distaba mucho de ser un buen cuadro.

En un rincón había varios lienzos en blanco. Sobre una mesa

auxiliar, situada al lado del caballete, estaba la paleta, un juego de óleos de colores y unas barritas de carboncillo. No quería tener problemas, pero la fuerza con que le atraía todo aquello fue superior a su prudencia.

Retiró el cuadro del caballete y colocó uno en blanco. Entró en un estado de semiinconsciencia. Su cerebro se olvidó de la realidad y se centró en las formas. No veía frutas, veía figuras. Lo único que le importaba en ese primer proceso eran las medidas y la ubicación correcta.

Después de un tiempo que no supo precisar, como si se despertara de un sueño, sobresaltado, volvió en sí. Un desagradable y lejano olor le golpeó en la pituitaria. Había perdido la noción del espacio y del tiempo. El boceto que tenía delante representaba con exactitud milimétrica el cesto con las frutas. Satisfecho, colocó de nuevo el cuadro en el caballete y escondió el suyo en la caseta, debajo de la cama .

Los ladridos de Sultán le sacaron de sus pensamientos. El animal corría detrás de una lagartija y, como no era capaz de atraparla, se desesperaba. Era viernes y Daniel y Jesús estaban en la ciudad.

Llevaba todo el día dándole vueltas. Daniel no había dicho nada sobre el lienzo que se llevó. Sabía que se la jugaba, pero ya no podía frenar. Cogió su boceto y volvió a la alcoba donde seguía el cesto con las frutas. Retiró el cuadro apoyado en el caballete y puso el suyo. Esta vez debería usar los colores. Se sintió aturdido. Puso los tres colores primarios y el blanco sobre la paleta y los mezcló obteniendo los colores secundarios. Formó un círculo cromático. Según le contó Daniel, los colores diametralmente opuestos en dicho círculo se agrisaban entre sí. Los distintos tonos se metieron en su cerebro y el resto perdió importancia. Empujado por una fuerza interna que desconocía, se puso a pintar. Contrastaba tonos, bajaba por un lado la intensidad y la subía por otro. Oscurecía zonas sombrías e iluminba zonas de luz.

Después de pintar el fondo, las frutas, por arte de magia, adquirieron volumen. El cesto de mimbre le costó mas trabajo, pero con tesón fue pintando cada una de las fibras vegetales que lo formaban.

Un ruido exterior le sobresaltó. Eso hizo que volviera a la realidad. Se tuvo que apoyar, le costaba mantener la verticalidad. Un leve olor a podrido volvió a inundar sus fosas nasales. La puerta de la alcoba se abrió. Daniel se le quedó mirando sorprendido.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en el momento que fijaba su vista en el cuadro del caballete.

El gesto de su cara cambió por completo. Pasó de la sorpresa al odio. El bodegón pintado, aun sin acabar, superaba en mucho al que,

durante varios meses, intentó reproducir.

—¿Cómo te atreves? —preguntó iracundo. Daba la impresión de que salía humo de su cuerpo.

Alexander, todavía perplejo, se mantenía callado sin saber qué decir.

En ese momento apareció Jesús.

—¿Qué pasa? —preguntó sorprendido al escuchar las voces.

Daniel, furioso, fue a la cocina y cogió un cuchillo. Con paso decidido se dirigió a su alcoba. Alexander se quedó bloqueado al ver que se dirigía hacia él. Se preparó para contrarrestar el ataque. El chico, con el cuchillo en la mano, pasó a su lado pero no paró. Ciego de rabia, clavó la hoja de acero en la tela del lienzo y después lo rasgó. Repitió el proceso varias veces hasta que quedó completamente destrozado.

—Estás aquí para trabajar el campo. No te olvides. Nunca más vuelvas a entrar en mi alcoba y jamás vuelvas a tocar mis cosas.

28 de marzo de 2019

Cuando abrió los ojos Patricia, de lo único que estaba segura era de que estaba helada. La temperatura ambiental había bajado y con ello su calor corporal. Al ver los cuerpos momificados frente a ella, recordó de golpe dónde se encontraba. Se echó las manos a la cara. «¿Cómo es posible que nos hayamos metido en este jaleo?», pensó.

Al lado estaba Fernando. Allí sentado, con la espalda apoyada en la pared y con los ojos cerrados, le transmitía ternura. Pasó un rato y se dio cuenta de que le costaba dejar de mirarle.

Desde el primer momento supo que él se había fijado en ella. Estaba acostumbrada a que le pasara pero, en esta ocasión, el interés había sido mutuo. No obstante, tenía la sensación de que a Fernando le estaba costando dar el paso. Había propiciado momentos para que se lanzara, pero o no se atrevía o en realidad no estaba tan interesado en ella como pensaba.

Aunque le daba pena despertarle, le necesitaba consciente a su lado. Se movió lo suficiente para que abriera los ojos. Fernando giró la cabeza y la miró.

—Me he quedado helado —dijo masajeándose la garganta—. Ha bajado mucho la temperatura.

Patricia asintió y le abrazó intentando entrar en calor. A continuación subieron la mecha del candil. La luz se impuso de nuevo a la oscuridad y aumentó la sensación térmica del ambiente. Cuando sus cuerpos empezaron de nuevo a estar útiles, Fernando cogió el diario y se dispuso a leer.

26 de agosto de 1988:

Esta casa tiene más secretos de los que pensaba. Gracias al diario he podido encontrar lugares que no imaginaba que existieran. Giselle tampoco tenía conocimiento de ello. He encontrado las raíces en un saco de tela. Parecían secas, pero la corteza superficial protege el interior.

También he encontrado un vaso de barro repleto de un producto transparente, tiene cierto tono rojizo y está solidificado. Según el diario, debe de ser la resina endurecida. En la sala subterránea, donde he encontrado el saco con las raíces, hay tres cuadros colgados. Gisselle se ha quedado obsesionada con ellos.

Los dos pensaron lo mismo.

—Sala subterránea... —repitió Patricia mirando a Fernando sin pestañear.

Este, sin decir nada, carraspeó y siguió leyendo.

27 de agosto de 1988:

Hoy he probado lo que dice el diario. He masticado el jugo de dos

trozos de raíz. El sabor es muy amargo, incluso podría decir que desagradable. He tenido que contener las ganas de vomitar. Al poco, he notado algo parecido a la sensación que me produce la cafeína. Me notaba más alerta y más despierto. Sin embargo, no ha alterado mis nervios como lo suele hacer el café.

La resina solidificada se derrite rápidamente al contacto con el fuego y cuando se enfría lo suficiente, la aplico sobre las heridas de mi piel. De momento me alivia el picor. Supongo que deberá pasar un tiempo para ver los efectos.

01 de septiembre de 1988:

Todas las mañana mastico el jugo de dos raíces y empiezo a tener esperanza. Cada día que pasa me encuentro mejor. Mis pulmones han recuperado algo de su capacidad y no me canso tanto. Las heridas de mi cara empiezan a secarse y el picor se ha calmado por completo.

El diario empieza a perturbar demasiado mi mente. Habla de una caja de pequeñas dimensiones de madera y de un libro prohibido.

2 de septiembre de 1988:

He conseguido abrir la puerta que da paso a las galerías. El diario me dio la clave, en él ponía: el fuego custodia el secreto.

Están plagadas de ratas, son asustadizas y en cuanto me ven con el candil en la mano, salen huyendo. La casa me sigue sorprendiendo. Las galerías subterráneas son laberínticas. No me atrevo a investigar por miedo a perderme.

El camino que indica el diario me ha llevado hasta la salida. Se sale a través de un conducto cilíndrico vertical. Tiene una escalera metálica anclada en la pared. Está oxidada, pero cumple su función. La salida se sitúa a veinte metros aproximadamente de la casa. Se encuentra dentro del recinto posterior de esta y está disimulada rodeada de arbustos que la hacen prácticamente invisible. La cubre una arqueta metálica oxidada. Hay zonas tan afectadas por la corrosión que se han formado agujeros por donde pasa la luz y el aire. No me ha costado mucho esfuerzo retirarla. Gisselle ha subido los cuadros y pasa las horas intentando reproducirlos. Hacía tiempo que no pintaba pero, desde que los vio, se han convertido en su obsesión.

—¿Está diciendo que hay una salida? —preguntó Patricia con los ojos muy abiertos.

—Eso parece, pero no dice si las galerías las encontró desde aquí o desde otro lado de la casa. Lo que no entiendo es lo que dice de que "el fuego custodia el secreto". Cada vez estoy más despistado.

—No sé. Quizá deberíamos buscar con más insistencia. No hemos mirado debajo de... —sin terminar la frase dirigió la mirada a la pareja—. A lo mejor ellos tienen la clave para salir de aquí.

Fernando se rascó la cabeza, aunque en realidad no le picaba. Era un reacción nerviosa ante algo que le suponía un mal trago.

Intentando sacar la decisión que en realidad no tenía, se levantó y se dirigió hacia las momias. El aforador de su vejiga le mandaba al cerebro pitidos de emergencia. Lo ignoró y continuó. Intentó retirar los cuerpos de la pared en donde se mantenían apoyados. Estaban tiesos y se movían al unísono, como si todo formase parte de la misma cosa. Parecían pegados al suelo. Al tirar con más fuerza, se oyó el ruido de la tela al desgarrase y, como si fueran unas estatuas, se volcaron hacía delante.

Fernando se retiró lo más rápido que le permitió su prótesis y ahogó un grito, evitando así quedar como alguien que se impresiona con facilidad.

Patricia, por su parte, sin tanto temor a mostrar sus sentimientos, no pudo reprimirlo. Gritó y los vellos del cuerpo de Fernando se erizaron.

Con el corazón desbocado por la impresión, se acercaron. Varias arañas habían salido de su escondite y corrían. Patricia dio un paso atrás.

En el lugar donde estuvieron sentados los cuerpos, quedaban restos de ropa que se había desgarrado. Los fluidos, que por gravedad salieron de sus cuerpos, al secarse, dejaron las telas adheridas al suelo.

—No hay nada —dijo Patricia mirando a Fernando con cara de decepción.

Este negó con la cabeza, dándole la razón.

Cuando se acercaron para volver a colocar los cuerpos en su lugar, lo que alumbró el candil les hizo palidecer.

Finales de marzo de 1649,

cerca de la ciudad de Sevilla

Desde el día en el que Alexander fue descubierto, Daniel no había vuelto a cruzar una palabra con él. Jesús intentaba calmar los ánimos, pero el pintor había sufrido un fuerte golpe en su orgullo.

El día se levantó nublado. El sol no consiguió imponerse a las nubes y permaneció escondido detrás de ellas. Acostumbrado al calor, Alexander se sintió agradecido por la brisa fresca.

Empezaron a caer unas gotas. Sin darle demasiada importancia siguieron trabajando. Jesús, avergonzado, quiso disculparse por la actitud de su hijo.

—Seguro que pronto se le pasa. Es muy impulsivo, pero después recapacita y se da cuenta de sus fallos.

—No te preocupes, yo tampoco debería haber usado sus cosas. Por una parte tiene razón —dijo Alexander convencido de lo que decía.

—Eso es verdad, pero tampoco era para reaccionar así.

Un rayo irrumpió de repente. Al poco sonó el trueno y comenzó a llover con fuerza. De una carrera llegaron a la casa completamente empapados. La chimenea tenía restos de ascuas encendidas que les sirvieron para secarse y calentarse.

Pasaban las horas y la lluvia no daba descanso.

La puerta se abrió y entró Daniel chorreando. Al ver que Alexander estaba dentro de la casa, le cambio el gesto de la cara. Con la cabeza alta y la barbilla hacia delate, se acercó a su padre y le dijo:

—¿Puedes acompañarme un momento, por favor?

Los dos se dirigieron a la alcoba del chico. Alexander se quedó solo en el salón e intentó aguzar el oído para escuchar algo de lo que decían. Se oían voces por parte de Daniel. El padre intentaba calmarle sin éxito. Al poco salió Jesús. Le brillaba el rostro y los ojos.

—Es mejor que de momento no entres en la casa. Debes quedarte en la caseta hasta que se relajen los ánimos.

Alexander asintió y de una carrera fue a su humilde alojamiento.

A la lluvia le acompañaba un fuerte viento y un descenso brusco de la temperatura.

El aire frio se colaba por la parte inferior de la puerta y la sensación térmica era desagradable. Se cambió de ropa, se sentó en la cama y volvió a fantasear con el momento en el que se reencontrara con María.

Al rato se levantó. Abrió la puerta unos centímetros y se sorprendió por el color oscuro del cielo. Nunca había visto unas nubes de ese tipo

desde que llegó a Sevilla. El viento empujaba las gotas de agua, que volvieron a dejarle parcialmente mojado. La volvió a cerrar.

Cuando el sol se puso y la oscuridad tomó su relevo, un golpe en la puerta le puso en tensión.

—Soy yo, Alexander. ¿Puedo entrar? —preguntó Jesús gritando para hacerse oír.

Abrió la puerta. El hombre, empapado, sostenía en sus manos un plato de carne, un tomate y fruta.

—Te traigo la cena. Seguro que estarás hambriento.

—Muchas gracias, Jesús —dijo Alexander emocionado.

—Siento mucho que hayas tenido que salir de la casa. Daniel me amenazó con marcharse y no regresar si te volvía a ver allí. Creo que es capaz de hacerlo.

—No te preocupes, Jesús, entiendo tu postura.

La noche fue larga. Hacía frío y la fina manta que le cubría no le protegía lo suficiente. El viento soplaba con fuerza y al colarse por la parte inferior de la puerta, ululaba. El agua de la lluvia empezaba a entrar dentro de la caseta. Cogió el saco de las raíces y lo puso a sus pies, encima de la cama.

Cuando despertó, después de su habitual ración amarga, salió y comprobó que la tormenta se había quedado en una leve llovizna. Se reunió con Jesús y fueron a evaluar los daños. El río había aumentado su caudal. Las acequias se habían desbordado y parte del cultivo quedó inundado.

Jesús maldijo por las pérdidas que le supondría la tormenta.

Cuando se disponían a intentar achicar el agua de las zonas inundadas, el cielo volvió a oscurecerse. Como el día anterior, un rayo anticipó la tormenta. Las cuatro gotas se multiplicaron y, en cuestión de segundos, el cielo volvió a descargar sobre Sevilla.

Para evitar problemas, Alexander se fue directo a la caseta.

Los dos días siguiente fueron iguales. Parecía que las nubes quisieran descargar de golpe todo el agua que no había caído durante el año.

Jesús le llevaba alimento tres veces al día.

Colocaron unos tablones en la parte baja de la puerta para evitar que entrase el agua. La temperatura dejó de ser tan desagradable al no dejar pasar tanto aire frío.

Al tercer día, después de tomar sus raíces, abrió la puerta. El cielo estaba totalmente despejado. La situación era desalentadora. El río, dotado de una fuerza incontrolable por el impulso del agua, se salió de su cauce y arrasó con todo lo que le cortaba el paso. El nivel cubría buena parte del tronco de los olivos y las acequias ni siquiera eran visibles, al quedar inundadas bajo el agua.

Como si fuera una broma de mal gusto, un sol de justicia apretaba

con fuerza.

Fueron necesarios varios días para que el caudal retomara su cauce habitual. Poco a poco el agua se fue filtrando y evaporando.

La noria había sufrido daños y por el momento había quedado inutilizable. Las hortalizas quedaron arrasadas y muchas de las frutas de los árboles no pudieron aguantar la fuerza del viento ni la intensa lluvia. Los pájaros las picoteaban disfrutando del dulce manjar.

En ningún momento contaron con la ayuda de Daniel. Pasaba las horas en su cuarto. Jesús estaba desolado. Las pérdidas que le iba a suponer la tormenta eran incalculables.

La despensa estaba casi vacía. Alexander salió a cazar. Volvió a traer dos conejos y tuvo que comer su parte en la caseta.

Por fin, Daniel reanudó sus clases. Era incómodo cruzarse con él. Se mostraba altivo y ni siquiera le miraba.

Jesús también fue a la ciudad a por alimentos.

Aunque volvía a estar solo, y la experiencia con la pintura le había hecho tocar cotas muy altas de placer, no se le ocurría acercarse a la casa.

Las dos ocasiones en las que se puso frente al lienzo, le había sorprendido su capacidad de abstracción. Perdía la noción de la realidad de tal manera que se sentía aturdido al terminar. El olor desagradable que percibía también le llamaba la atención. Duraba unos minutos, pero le revolvía el estómago. Le recordaba a cierto olor que prefería no recordar.

Cuando llegó Jesús, este le puso al día de la situación.

—La ciudad es un caos. La crecida del río ha afectado, sobre todo, a los más desprotegidos. Las chabolas han resistido, pero la gente está hambrienta y no tienen nada para comer.

—¿La ciudad se ha inundado? —preguntó Alexander preocupado.

—Cerraron las puertas y así quedó protegida. Gracias al sistema de drenaje, el agua de lluvia se vertía al exterior. Los indigentes abarrotan las entradas. Los guardias les impiden el paso. No tienen para comer y temo que haya revueltas. Yo he podido entrar porque me conocen. No sé cómo acabará esto. La gente lloraba, vomitaba e incluso hacían sus necesidades sin pudor. El olor era más pútrido que nunca. Me han robado todo lo que llevaba, me han arañado, me han escupido. Debemos apañarnos de momento con lo que tenemos.

—¿Y Daniel? ¿Habrá tenido problemas?

—No, lleva el certificado que le acredita como estudiante de arte. Puede acceder a la ciudad por una puerta alejada del bullicio.

Después de cenar, Jesús se acostó. Dejó la mitad de la cena sin tocar, tenía el estómago revuelto y le pesaban los brazos y las piernas. Se arropó, notaba frío. Era raro. Un sabor agrio le subió a la boca desde el estómago. La primera arcada pudo atajarla, después salió

corriendo al baño.

No sospechaba que los daños causados por la tormenta se convertirían en el menor de sus problemas.

28 de marzo de 2019

—Esto vuelve a sumar incógnitas a lo que sucedió en esta casa —dijo Fernando con cara de no entender nada.

Patricia, sentada junto a él, le miraba con los ojos muy abiertos.

Minutos antes se habían acercado para colocar los cuerpos en su sitio y lo que vieron les dejo paralizados de la impresión. En la espalda del hombre momificado, a escasos milímetros del cuello, aparte de la ropa desgarrada existía un agujero. Como si un objeto puntiagudo se hubiera clavado unos centímetros para luego volver a salir. La mujer sin embargo estaba intacta.

—¡Esto cada vez es más extraño! Está claro que este hombre es el que estaba enfermo y escribió el diario, ¿no?

—Sí, de eso no me cabe duda. Creo que la única manera de resolver este jaleo es terminando de leerlo.

—Pues sigamos entonces. Pero deberías subir un poco más la mecha para que haya más luz. Al lado de las garrafas hay otros dos candiles que podemos usar si se gasta la mecha de este.

—¿Hay más candiles? No me había fijado.

Patricia asintió.

—Los he visto cuando estabas intentando separarlos de la pared.

—Pues me alegro, porque estaba preservando este para no agotar la mecha.

Fernando cogió el candil y giró la ruleta. La llama del candil se apagó y se quedaron a oscuras.

—¡Joder, perdona! La he girado al revés.

La oscuridad era tan densa que parecía presionar sus cuerpos. Patricia asió con fuerza el brazo de Fernando. Este sintió dolor y se lo imaginó amoratado.

La tensión del momento no hizo otra cosa que agudizar aún más sus ganas de orinar; empezaba a creer que al final tendría que hacerlo delante de ella.

—No me sueltes, por favor —rogó ella.

Fernando alargó el brazo libre para ir tanteando con la mano a su alrededor. Dio un paso y se chocó con la silla, que se movió emitiendo un chirrido. Volvió a encoger el brazo y se contrajo. Ella apretó con más fuerza.

—Tranquila, no pasa nada. Debemos encontrar la linterna —dijo con un tono muy alejado al que utilizaba normalmente.

—La dejaste sobre un peldaño de la escalera.

Se acercaron a tientas y caminando despacio. Después de palpar durante unos segundos, dio con ella, la cogió y la encendió. El cono de luz daba al ambiente un aspecto más tenebroso. Deseando encender de

nuevo el candil, lo apoyó en el mismo peldaño de la escalera de madera donde había dejado la linterna y con cuidado quitó la tulipa de cristal. La mano le sudaba. Colocó la mecha en su sitio y encendió el mechero. Fernando se sorprendió de algo. Miró a Patricia y le preguntó:

—¿Te has fijado?

—¿En qué? —respondió preguntando a la vez, impaciente de que encendiera la lámpara.

—La llama. ¿Te has fijado que se mueve?

—Sí y ¿qué?

—Eso solo puede significar una cosa. Hay una corriente de aire. Si este espacio no tuviera una salida, no podría existir una corriente que perturbe la estabilidad de la llama.

Por fin, después de encender el candil, volvieron a ver toda la superficie de la estancia.

Encendió de nuevo el mechero. La llama titilante se movía en dirección a la mesa. En tres pasos se situó delante de ella y retiró la silla. Acercó el candil al hueco que dejaba el escritorio en la parte inferior.

—Lo hemos tenido a escasos centímetros todo el rato y ni lo sospechábamos —dijo Fernando mostrando a Patricia lo que había descubierto.

Debajo del escritorio había otra trampilla muy similar a la que utilizaron el día anterior. Estaba hecha con tablones de manera que dejaban una pequeña rendija por donde se colaba el aire.

—¡La salida! —exclamó ella con los ojos brillantes y respirando de forma irregular.

Entre los dos retiraron la mesa y Fernando, sin mucho esfuerzo, consiguió abrir la trampilla. La oscuridad era más profunda todavía y el olor a humedad volvió a golpearles. Esta vez fue Patricia la que decidió bajar primero. Cada escalón que descendía bajaba la temperatura. A continuación bajó Fernando, con cierta dificultad debido a la pendiente tan vertical de la escalera. Era una estancia exactamente igual que la superior, pero mucho más húmeda y por consiguiente mucho más fría. Allí abajo no había tanto polvo.

En el suelo había un saco. En el interior quedaban restos de lo que parecían raíces secas. A su lado, una vasija con la resina que se mencionaba en el diario. Aparte de eso, el lugar estaba vacío. El suelo no estaba solado, era de tierra seca. Al fondo de la sala había una puerta de madera hecha con tablones de las mismas características de las trampillas. Fernando se acercó. Pasó la mano por su superficie; era rugosa y una astilla se le clavó en el pulgar. Una pequeña gota roja apareció. Despreocupadamente se lo metió en la boca, después lo observó; parecía que ya no salía más sangre.

—No tiene tirador.

Patricia no respondió, se acercó y empujó; la puerta crujió, pero no se movió.

En la pared perpendicular izquierda a la de la puerta, había tres cuadros colgados. Los tres representaban imágenes de mujeres quemándose en la hoguera. Patricia sintió un ramalazo de nervios cuando vio que la mujer que se quemaba en el cuadro de la derecha, tenía el cabello idéntico a la chica que se encontraba a todas horas.

—Hay algo que no te he contado. Pensaba que no era importante, pero empiezo a pensar que sí —Fernando la miró formando arrugas en la frente—. Desde hace unos días me encuentro con una chica pelirroja en todas partes. Tiene el pelo idéntico a la mujer del cuadro. He intentado hablar con ella, pero siempre sale huyendo.

—¡Madre mía! Esto tiene más enredo de lo que pensaba —dijo con cara de sorpresa—. Según me contó el recepcionista del hotel, encontraron a la hija de los dueños de la casa, desorientada y confusa cerca de la carretera. Decía que tenía el pelo pelirrojo y rizado.

—¿Crees que puede ser ella?

—No lo sé. Lo que sí creo es que el diario nos resolverá muchas dudas.

La necesidad de aliviarse hizo que no tuviera más remedio que confesárselo a Patricia.

—Hay algo que tengo que decirte y no puedo aguantar más.

Los ojos de Patricia se abrieron más de la cuenta y se aproximó a él.

—Dime —parecía que el brillo de sus ojos había resurgido.

—Me meo vivo.

—Menos mal que lo has dicho, porque yo estoy igual —reconoció ella sonriendo.

Finales de marzo de 1649,

cerca de la ciudad de Sevilla

La noche que Jesús vomitó, consiguió dormir. Cuando se levantó, aunque se sentía revuelto, pudo trabajar. Reparó la noria mientras Alexander se dedicaba a seguir recomponiendo los daños causados por la tormenta. Así pasó varios días.

A la tercera noche la cosa cambió. Al igual que las anteriores, la cena le sentó mal y en cuanto se acostó comenzaron las náuseas.

Al volver a la cama, sentía frío y no paraba de tiritar. Era incapaz de mantenerse quieto dentro de ella. Le dolía tanto la cabeza que le daba la impresión de que iba a estallar. El resto de la noche la pasó dando constantes viajes al baño. El estómago se le descompuso y la sensación de malestar fue en aumento.

Se despertó sudando. La almohada estaba empapada y notaba la frente como si la tuviera enfrente de la chimenea encendida.

El olor del desayuno, que preparaba su hijo, le desató las ganas de vomitar.

Daniel, extrañado al ver que su padre no salía, abrió la puerta de su alcoba. Se sorprendió al verle en ese estado tan deplorable. Cerró los ojos asqueado por el olor. Abrió la ventana para dejar pasar la brisa y la luz. Jesús comenzó a tiritar.

Haciendo uso de las pocas fuerzas que le quedaban, dijo:

—Avisa a Alexander. Tú tienes que ir a la escuela.

—Padre, si quiere, me quedaré cuidándole —repuso Daniel, sabiendo que quizá ese sería un buen momento para recobrar la buena relación con él.

—No, no te preocupes. Tú marcha, con Alexander estaré bien.

Salió de la habitación caminando rápido y dando un portazo. Empezaba a sentir algo más que desprecio por el chico pelirrojo.

Al ver a Jesús en ese estado, Alexander recordó a su madre preparando la infusión de raíces de rozulada con unas gotas de la resina rojiza para tratar la fiebre rosada.

No quedaba más que una cuarta parte de las raíces que trajo. Cogió dos pedazos y las hirvió con agua. Después las filtró. La resina estaba solidificada. Con ayuda de un cuchillo cortó una pequeña porción, la fundió y el líquido resultante lo incorporó a la infusión. Al igual que hizo su madre, incorporó unas gotas de miel para endulzar el brebaje.

Jesús lo tomó sin decir nada. Pasó el día acostado y sin comer nada. El olor a comida le provocaba arcadas, pero la sensación térmica mejoró.

Al día siguiente, Daniel volvió a entrar en la alcoba. El panorama era parecido al del día anterior.

—¿Cómo se encuentra, padre?

Jesús, con los párpados a medio caer, le miró. Carraspeó y a continuación cerró los ojos llevándose la mano a la garganta.

—Llama a Alexander —ordenó con un susurro.

—Hoy no tengo que ir a la escuela, padre. Seré yo el que le cuide.

—¡Necesito que venga Alexander! —repitió subiendo el tono y de mal humor.

Daniel salió enfurecido de la casa refunfuñando algo que solo él entendía. Sin llamar a la puerta entró en la caseta y transmitió al muchacho los deseos de su padre.

Ya tenía preparados los dos trozos de raíz y la resina. Como el día anterior, preparó la infusión.

Al verle entrar por la puerta, a Jesús se le dibujó un gesto de alivio en la cara. Bebió con ganas. Como la mañana anterior, el brebaje hacía que retomara parte de la fuerza que le había abandonado.

Tenía la ropa húmeda por el sudor.

Alexander mojó una toalla con agua y cogió una muda limpia. Le quitó la ropa y le frotó el cuerpo con suavidad. Cuando le levantó el brazo para lavarle la axila derecha, el hombre arrugó el gesto expresando cara de dolor. Había algo parecido a una gran ampolla. En la parte que más sobresalía, brillaba una llaga por donde supuraba un líquido pestilente.

El chico fue a la caseta y volvió a coger una pequeña porción de resina. La calentó y la dejó enfriar unos segundos. Con el trapo más limpio que encontró, se la fue esparciendo por toda la superficie de la zona inflamada, asegurándose de que la llaga quedara bien cubierta.

Al rato, Jesús empezó a sentirse mejor. Incluso, el dolor de la axila disminuyó.

Daniel pasó el resto del día encerrado en su alcoba.

Los días pasaban y, aunque la recuperación era lenta, se iba notando cierta mejoría.

La fiebre volvía a aparecer por las noches y Jesús contaba las horas para tomar el líquido agridulce que le preparaba Alexander. Una de las noches, preocupado por si le volvía a subir la fiebre, preguntó:

—¿No puedo beber otro vaso del líquido que me traes por las mañanas?

—No, Jesús —respondió con seguridad—. Si tomas más cantidad de la que tu cuerpo puede admitir, los efectos se convertirían en perjudiciales.

Al quinto día de aparecer los primeros síntomas, la mejoría de Jesús era más que evidente. Su frente ya no desprendía tanto calor, los dolores de cabeza se atenuaron y conseguía levantarse y caminar unos

pasos dentro de la alcoba con cierta dificultad. Su cuerpo empezaba a admitir la ingesta de ciertos alimentos y la inflamación de la axila estaba bajando.

La resina formaba una película cristalina sobre el bulto. Alexander fue retirando los restos para aplicarle una capa nueva. La llaga estaba cerrada y no mostraba signos de infección, incluso el color rojizo, que presentaba días anteriores, había tornado al color habitual de la piel.

El ruido de unos cascos de caballo se oyó en el exterior. Alexander y Jesús se miraron extrañados. No era normal que tuvieran visitas. Sin casi moverse, afinaron el oído para escuchar. Se oía la voz de varias personas. Entre ellas identificaron la de Daniel, que decía:

—Dentro de la casa le podrán encontrar.

Sin tiempo para reaccionar, Alexander vio aparecer en la puerta al Padre Evaristo acompañado por tres guardias.

—Me ha costado trabajo encontrarte, pero sabía que tarde o temprano lo conseguiría.

La sonrisa que mostraba su cara, transmitía la misma maldad de siempre.

Uno de los guardias se acercó, colocó sus manos en la espalda y le puso unos grilletes.

—Por intento de robo y asesinato a un portador de la palabra del Señor, serás juzgado por el Tribunal de la Santa Inquisición. Hasta entonces quedarás recluido en una celda.

Jesús miraba mudo de asombro.

Cuando salieron, el Padre Evaristo entregó un pequeño cofre a Daniel y le dijo:

—Toma, tu recompensa. Cuando termines el curso de arte, pásate por la iglesia y hablaremos del cuadro que te quiero encargar.

Alexander vio que la cara de Daniel se enrojecía, como si se sintiera avergonzado por su traición.

Sultán estaba nervioso y ladraba sin parar.

A continuación, uno de los guardias cubrió los ojos del preso con un pañuelo, lo metió en la parte trasera del carro y se pusieron en marcha hacia la ciudad.

Primeros días de abril de 1649,

cerca de la ciudad de Córdoba

El Padre Ángel llevaba dos años alejado de la ciudad de Sevilla. Era el miembro más benevolente de la comitiva religiosa.

Cada gran ciudad tenía sus propios representantes de la Santa Inquisición, pero él había sido elegido para salvaguardar la ley de Dios, junto a otros tres miembros, de forma itinerante por Sevilla, Córdoba, Jaén y Granada.

Cada uno de ellos estaba especializado en un área concreta. A él le correspondía evaluar los textos de los libros que encontraban. Dado el alto índice de analfabetismo que existía, no hallaban muchos. Debía controlar que las palabras escritas no indujeran a los cristianos a salirse del camino que Dios marcó para ellos.

Durante los años que predicó la palabra del Señor en la iglesia de San Francisco de Jesús, pasaron por sus manos cientos de libros prohibidos y, por tanto, él era el más indicado para acometer esa tarea.

Otros de los delitos más perseguidos eran la herejía, la idolatría pagana y la solicitación. Debían controlar estrictamente a los libre pensantes y a los que ponían en duda la existencia del Dios protector. Los tratos con el diablo estaban castigados con la hoguera, e incluso los que buscaban hierbas en el bosque para hacer infusiones medicinales, también tenían su castigo. Las consideraban propias de hechiceros y brujas. Los gatos eran perseguidos y exterminados. Los quemaban vivos, al considerarlos animales malignos y que pertenecían al Demonio. La escasez de ellos hacía que proliferarán los roedores.

Viajaban protegidos por miembros de la guardia de la Inquisición y disponían de un mensajero para enviar o recibir información.

los reos culpables de los delitos graves contra la ley de Dios y los que reincidían en pecados más leves y no mostraban su arrepentimiento, acababan el la hoguera.

La horca, la decapitación con hacha o el garrote vil, eran las formas más comunes de castigo para los pecadores que admitían su culpa y renegaban de ella.

Cuando llegaban a un pueblo, se instalaban durante una semana y se aseguraban de que nada se salía de los preceptos del Creador. Su tarea consistía en evaluar, y si confirmaban que alguno de los vecinos se alejaba del camino, se le enviaba a la ciudad correspondiente para ser juzgado.

El Padre Ángel llevaba tiempo preocupado. Había llegado a sus

oídos que Alexander estaba en busca y captura. Tenía plena confianza en él y sabía que el muchacho sería incapaz de robar y mucho menos intentar matar a nadie. Sin embargo, los rumores que corrían de boca en boca, acerca de los motivos por los que habián trasladado al Padre Evaristo de una iglesia de Córdoba a la de San Francisco de Jesús, hacían que dudara del clérigo.

Esa mañana recibieron noticias del mensajero.

Las líneas que leyó le arrugaron el corazón. Tenía que intervenir.

Después de reflexionar unos minutos, tuvo claro que hacer. Debía darse prisa. Si no llegaba a tiempo, Alexander, irremediablemente, acabaría quemado.

28 de marzo de 2019

Al ver que no encontraban la manera evidente de salir de allí, subieron de nuevo. Arriba, la temperatura era más agradable que en la parte subterránea.

Patricia, de constitución mucho más delgada que Fernando, empezaba a sentir mareos cada vez que se agachaba o hacía algún esfuerzo.

Tenían la boca seca y pastosa. La sed empezaba a apretar. Sus estómagos rugían con desesperación por la necesidad de alimentos, pero prevalecía mucho más la necesidad de líquido.

Apáticos y medio desfallecidos, se sentaron. El muñón de la pierna se lo agradeció. Fernando miró la pantalla del móvil y comprobó que llevaban más de doce horas encerrados allí.

—A ver, pensemos —soltó Fernando con un tono de piel mucho más pálido de lo habitual—. Sabemos que hay unas galerías subterráneas. Lo normal es que se acceda a ellas por la puerta de abajo. El problema es que no hay manera de abrirla. Después tenemos el mensaje en clave.

—Ya podía haber sido un poco más explícito. «El fuego custodia el secreto». ¿Qué querría decir? —preguntó Patricia.

—No se me ocurre nada. El diario puede que nos aclare las dudas.

Fernando se dispuso a leer.

18 de septiembre de 1988:

Sigo masticando cada mañana las raíces y sigo aplicándome la resina en las úlceras. Desde que comencé, la mejoría ha sido evidente. Cada día que pasa me siento más recuperado. Incluso me ayuda para conciliar el sueño. Es lo que más agradezco. Los dolores han remitido y eso hace que pueda descansar y olvidarme durante unas horas del infierno que estoy padeciendo.

23 de septiembre de 1988:

Todo eran buenas perspectivas hasta hace dos días. Creo que las raíces no dan para más. Me da la impresión de que me he estancado, incluso me atrevería a decir que hoy me encuentro peor que ayer.

Después de ojear uno por uno los libros de la estantería, he encontrado el ejemplar del que tanto habla el diario. El título es un tanto perturbador: "Tratos con el diablo y la muerte para preservar la vida". Como imaginaba, habla de antiguas supersticiones sin sentido. Hay diversos rituales en los que, mediante el sacrificio, supuestamente, la muerte o el diablo te concede una prórroga de vida.

En un capítulo explica cómo ofrecer a la muerte un alma terrenal a través del fuego para alejarla durante una temporada. En todos los

capítulos se describen sacrificios humanos. Incluso hay uno en el que habla de sacrificios de recién nacidos. La lectura del libro hace que me estremezca.

25 de septiembre de 1988:

He dejado el libro donde lo encontré. Por muy desesperado que me encuentre, hay fronteras que no puedo sobrepasar. El diario del antiguo dueño, no solo me perturba sino que también me pone los pelos de punta, por lo que cuenta. No quiero saber nada más de él. Lo he quemado en la chimenea. Prefiero morir con la conciencia tranquila a morir con el cerebro envenenado.

—¡Quemó el diario! ¿Nos va dejar sin saber lo que ponía? —preguntó Patricia con cara de desesperación.

—Pues eso parece. Lee tú un rato, por favor, que tengo la garganta seca.

Patricia tomó el diario y continuó con la lectura.

27 de septiembre de 1988:

Definitivamente voy a peor. Los dolores van recuperando posiciones dentro de mí. Avanzan despacio, pero sin pausa. Vuelvo a tener dificultades para respirar. Las heridas de mi piel, que consiguieron secarse, no han empeorado, pero me empiezan a salir otras nuevas. No hay nada más desesperante que recaer cuando crees que estás mejorando.

He intentado subir la dosis a tres pedazos de raíces, pero mi cuerpo solo admite dos. El tercero tiene efectos perjudiciales y mi organismo hace lo posible para eliminarlo. A los minutos de tomarlo, las náuseas son constantes, me descompongo y no paro de ir al baño.

Seguiré masticando dos raíces, pero creo que han sido superadas por la enfermedad.

Hoy he recorrido las galerías acompañado de mi mujer y de mi hija. Quiero que sepan cómo salir a través de ellas por lo que pueda suceder. Nunca se sabe, quizá algún día les sea útil.

29 de septiembre de 1988:

He vuelto al punto en el que estaba cuando empecé a masticar las raíces.

Ha pasado un mes desde entonces y he caído de la esperanza a la desesperación. Los dolores han vuelto con fuerza y el descanso se ha convertido en algo difícil de conseguir. Intento dormir, pero tardo horas en conseguirlo y, cuando lo hago, me despierto sobresaltado a cada rato. Es desesperante, creo que no podré aguantar mucho tiempo; si lo hago, es por el amor que tengo hacia mi mujer y mi hija.

He decidido investigar en las galerías. Todavía puedo moverme despacio. Se me ha ocurrido un método para no perderme.

Han insistido en acompañarme. Llevamos unas tizas de colores. Las galerías están recubiertas de ladrillo macizo y tienen forma de arco en su parte superior. Hemos marcado con un color de tiza una línea en la pared de la galería en la que nos adentramos, así no tuvimos problemas para regresar.

El primer camino que tomamos, después de seguir distintas direcciones, no tiene salida. La tiza ha cumplido su cometido y la vuelta al punto de partida ha sido sencilla. Todavía me quedaban fuerzas y pensaba que si me movía, quizá, el cansancio facilitara mi descanso nocturno. Nos hemos adentrado en otra galería del laberinto subterráneo. Esta vez hemos llegado a una sala. Estaba cerrada con una puerta de madera. Debía llevar tanto tiempo así que me ha costado trabajo abrirla. Lo que hallamos en ella prefiero no describirlo. Mi mujer y mi hija, horrorizadas, han salido. Me ha llamado la atención que en una de las paredes hay un armario pequeño. Está colgado y es de madera. Al abrirlo he encontrado la caja de la que tanto hablaba el diario. A su lado había una daga. El mango parece el cuerno de un carnero. Al salir, he intentado volver a cerrar la puerta, pero me ha sido imposible.

Primeros días de abril 1649,

ciudad de Sevilla

La pestilencia del lugar hacía que le costara trabajo respirar. El suelo, sin recubrimiento alguno, estaba embarrado y la humedad se metía hasta los huesos. Un candil emitía una tenue luz en el pasillo. Miles de insectos volaban a su alrededor.

La celda no ofrecía ninguna comodidad. Dos tristes jergones rellenos de paja y hojas, tirados en el suelo, ocupaban casi todo el espacio. En uno de ellos estaba su compañero. Su cuello exhibía un bulto similar al de Jesús. Era rojizo y no cesaba de supurar pus. Le abrasaba la fiebre. Alexander percibía el calor cuando se acercaba a él.

El pobre moribundo pasaba las horas lamentándose por los dolores que padecía. Los presos de las celdas contiguas gritaban exigiendo que se callara.

En una esquina, un agujero hacia las veces de letrina.

Llevaba dos días sin comer las raíces. Los dos primeros días de su vida sin probar su sabor amargo. Lo echaba de menos.

Cada cierto tiempo, un carcelero se llevaba a uno de los presos. Se podía oír el rumor lejano de los gritos de dolor pidiendo clemencia.

Les servían una comida diaria. En las cinco ocasiones que la había recibido, consistía en un caldo insípido y unos trozos de carne de extraña procedencia.

Su compañero solo se levantaba para ir a la letrina. Llevaba tiempo sin moverse. Alexander sospechaba que ya no le quedaban fuerzas para hacerlo. El mal olor que desprendía le delataba.

Había intentado darle de comer, pero se negaba a abrir la boca.

Las ratas salían de sus escondrijos para intentar hacerse, furtivamente, con los restos de comida que caían al suelo. Las pulgas le picaban sobre su piel desnuda y no paraba de rascarse hasta producirse heridas. Para beber disponían de una jarra con agua turbia y llena de insectos flotando.

Se notaba flojo y aturdido. Había perdido la noción del tiempo. No existían ventanas que le hicieran saber si era de día o de noche. Según creía, llevaba cinco días completos más la tarde que le llevaron allí con los ojos vendados.

Los pasos del carcelero sonaron por el oscuro pasillo y todas las voces callaron. Iba acompañado por dos guardias. Sacaron uno a uno a los presos de sus celdas. Les iban poniendo unos grilletes con las manos a la espalda y les vendaban los ojos.

—¡Levantaos! —ordenó el hombre con voz autoritaria dirigiéndose

a Alexander y a su compañero, cuando les tocó su turno.

Él obedeció sin rechistar, pero su compañero no daba muestras de haberse enterado.

La patada que recibió le movió del sitio, pero ni un solo sonido salió de su boca.

—Este ha tenido suerte —dijo el carcelero emitiendo una sonora carcajada.

Fueron guiados por el pasillo a empujones. El suelo embarrado resbalaba. Subieron unas escaleras hasta un rellano y después volvieron a subir otro tramo. Según subían, el aire parecía menos denso. Su pulmones se lo agradecieron. En total contó treinta escalones.

Los llevaron a una gran sala y les quitaron los grilletes y las vendas. La salida estaba custodiada por los guardias.

Alexander contó doce reos aparte de él.

—Poneos esto sobre vuestras ropas —volvió a ordenar el carcelero repartiendo a cada uno una especie de casulla.

—Son los sambenitos —le informó el preso que tenía más cerca.

Todos obedecieron y se los fueron poniendo despacio. Alexander miró a los demás presos y luego se miró a sí mismo. Las ropas estaban pintadas con escenas del infierno. Se reresentaban condenados quemándose y retorciéndose en las terribles llamas del abismo. Llevar aquello le dio calor y empezó a sudar. A continuación, se repartieron los capirotes, unos conos de cartón que los reos portaban en la cabeza durante la procesión hasta la plaza de San Francisco. La cara de terror de todos los que le rodeaban le hizo consciente de la gravedad de la situación.

Al salir al exterior, la cegadora luz del sol le deslumbró. Después de parpadear varias veces, pudo enfocar con claridad y reconoció el lugar. Salieron del castillo de San Jorge. La comitiva iba encabezada por un fiscal del Tribunal. Marchaba a caballo y portaba la gran cruz blanca. A continuación, a pie, caminaban los reos reconciliados portando cirios en señal de penitencia. Los frailes dominicos los seguían y precedían a los reos relajados. Estos eran los condenados a muerte y marchaban sobre bestias humildes. Entre ellos, montado en un asno, iba Alexander. Por último y cerrando la procesión, los familiares de la Inquisición seguidos de los lanceros y en la cola, los representantes de las comunidades religiosas existentes en la ciudad.

El gentío se agolpaba en las calles profiriendo insultos y riéndose sin compasión. Pasaron por el puente de barcas. El recuerdo de la noche que saltó al río le golpeó con fuerza. Lo tenía fresco en la memoria. Cuando atravesaron la puerta de Triana, se le humedecieran los ojos. Recordó el día que besó a María en ese mismo lugar, ajeno a todo lo que le sucedería unos días después.

Se había prometido no perder la dignidad. Si existía el Dios del que tanto hablaban, pronto se reuniría con sus padres.

La ciudad lucía de gala. Los balcones exhibían telas y se mostraban más floreados de lo habitual.

El calor y el griterío de los ciudadanos, que se agrupaban a ambos lados de la comitiva, consiguieron aturdirle. El resto del camino, aunque mantenía los ojos abiertos, no fue consciente de los lugares por los que pasaban. Estaba absorto e impresionado al ver como la muerte se convertía en festejo. Los chiquillos tiraban piedras; una de ellas le golpeó en plena frente y le abrió una pequeña brecha.

Llegaron a la plaza de San Francisco. No cabía un alfiler. En los laterales del entarimado se habían montado unas gradas para que los inquisidores y las autoridades presentes ocuparan puestos privilegiados, puestos que tenían reservados para la celebración del auto de fe. Uno de ellos lo ocupaba el Padre Evaristo. Mantenía la cabeza alta y mostraba su habitual sonrisa. Al ser el acusador de Alexander de intento de robo y asesinato, ocupaba uno de los puestos de la primera fila.

Alrededor se agrupaba la ciudadanía, exaltados y deseosos de ver quemarse en las llamas a los herejes. La plaza se quedaba pequeña para tan masiva afluencia.

Los condenados debían permanecer de pie al sol. Estaban colocados por orden según la naturaleza del pecado cometido. Alexander, en último lugar, intuía que sería el plato fuerte del acto público.

El sudor, mezclado con la sangre de la brecha, se le metía en los ojos y las gotas que caían al suelo estallaban salpicando la tarima.

Uno de los reos cayó desfallecido. Nadie se digno a ayudarle.

Alexander tenía dificultad para sostenerse en pie. El calor y la falta de alimentos de los días anteriores empezaban a pasarle factura.

El acto comenzó con un sermón. El predicador atacaba con sus palabras a la herejía y exaltaba la fe. A continuación, se iban leyendo las sentencias. Cada condenado se acercaba a escuchar la suya. Si se trataba de un reconciliado, abjuraba públicamente de sus errores y prometía no volver a cometerlos. Si no eran reincidentes podían salir absueltos y, después de ser azotados por el verdugo, quedaban en libertad. Otros permanecerían un tiempo determinado en las mugrientas celdas.

Los responsables pecados más graves y los que reincidían eran castigados con la muerte. Se les llamaba los impenitentes. Si se arrepentían de sus pecados acababan estrangulados a garrote vil antes de ser quemados.

Los dos reos que precedían a Alexander lloraban y suplicaban clemencia aterrorizados. Se les culpaba del delito reiterado de herejía. Juraban no volver a caer en pecado y aceptar a Dios como su único

Creador. El pueblo, al unísono y enardecido, exigía que acabaran con sus vidas. Las lágrimas no les libraron de la sentencia a la pena capital.

Llegó el turno de Alexander. El Padre Evaristo, en su asiento privilegiado, se deleitaba con el espectáculo. Estaba deseoso de ver cómo se quemaba aquel muchacho irreverente.

El delito del que se le acusaba no le libraría de morir quemado vivo. No existía manera más eficaz de aleccionar a la población. El público lo sabía y, encolerizado, gritaba y silbaba.

Arrastrando los pies, se acercó a escuchar la sentencia que ya conocía. Al lado del tribunal eclesiástico, se mostraba la cruz verde, insignia de la Inquisición temida y respetada a partes iguales.

Intentaba conservar la dignidad, pero no era fácil mantener el temple. Su único deseo era que acabaran con su vida cuanto antes.

Dirigió la mirada al público exaltado. Intentaba distinguir a María. Las miles de caras de hombres, mujeres y niños se confundían. El sol le cegaba, el sudor inundaba sus ojos y le costaba trabajo ver con claridad.

Se procedió a dictar sentencia, pero algo llamó la atención de los presentes.

Alguien intentaba subir por la escalera que daba acceso al entarimado y los guardias se lo impedían.

—¡Tengo algo importante que decir antes de que se dicte sentencia! —gritó el Padre Ángel con toda la fuerza que le mandaban sus pulmones.

Uno de los miembros del Tribunal lo reconoció.

—¡Dejadle pasar! —ordenó a los guardias que le sujetaban—. Espero que el motivo que le ha hecho irrumpir en el auto de fe, justifique la interrupción.

—Pido disculpas a las autoridades presentes y a la ciudad en general, pero no puedo consentir que se produzca una injusticia como la que está a punto de suceder.

El público, sorprendido por la interrupción, mantuvo silencio. Alexander se mostraba perplejo.

—Soy el Padre Ángel. Muchos de vosotros me conocéis. Difundí, durante mucho tiempo, la palabra de Dios en la iglesia de San Francisco de Jesús. Hace dos años fui nombrado miembro de la Inquisición itinerante de Sevilla, Granada, Córdoba y Jaén.

La plaza estaba enmudecida, solo se oía el llanto de varios bebes hambrientos.

La sonrisa del Padre Evaristo había desaparecido de su rostro. Miraba con los ojos muy abiertos y sudaba. La mata de pelo que tapaba su calva estaba despeinada.

—El chico que pretenden juzgar fue mi ayudante en la parroquia.

Nunca me dio motivos para quejarme. Lo conozco bien y sé que es incapaz de robar y, mucho menos, de matar a nadie.

—¿Cree que con ese simple discurso puede cambiar la decisión de este Tribunal? —preguntó el inquisidor de malos modos.

—Sé que mi experiencia no eximirá al muchacho de la pena, pero tengo un testigo de las artes que utiliza el Padre Evaristo —dijo señalando a un clérigo que esperaba al otro lado de la escalera—. Si le permiten subir, les informará con todo detalle.

Los miembros inquisidores juntaron sus cabezas y deliberaron durante unos largos segundos.

—Que suba y se explique —sentenció uno de ellos.

Con paso lento, subió el otro sacerdote. La muchedumbre aguantaba en silencio a la espera del desenlace.

El Padre Evaristo tenía la cara roja y sudaba copiosamente. Una de sus piernas se movía sin parar.

—Con el permiso del Tribunal.

—Prosiga por favor —le respondieron ansiosos por saber que tenía que decir.

Se aclaró la garganta y comenzó diciendo:

—Soy el Padre Marcos; Párroco de la iglesia de la que se expulsó al Padre Evaristo en Córdoba. Fue culpado del delito de solicitación y homosexualidad.

El gentío seguía mudo de asombro.

—Debió de ser juzgado, pero una mano poderosa decidió que eso no podía suceder y fue expulsado. El Padre Ángel me contó lo sucedido y no dudé en acompañarle.

Los miembros se giraron hacía el sacerdote acusado.

—¿Tiene algo que decir?

—¡Sí, que es mentira! ¡Fueron acusaciones falsas! —respondió gritando y tartamudeando.

Los religiosos volvieron a deliberar unos minutos. Después, se dirigieron a Alexander.

—¿Tiene algo que decir a este Tribunal religioso?

El sol pegaba con fuerza y al muchacho le fallaban las fuerzas. Sacándolas de donde pudo, consiguió hablar.

—Se levantó la sotana... No llevaba nada debajo e intentó dirigir mi cabeza hacia sus partes malolientes para que realizara actos impuros con la boca. No tuve más remedio que morderle.

Un silencio sepulcral reinaba en la plaza. La voz de un muchacho se escuchó entre la multitud.

—¡A mí también intentó tocarme y me obligó a que le tocara! ¡Me encargaba que le llevara carne del mercado y, después de darme unos miseros maravedíes, me forzaba a que le tocase debajo del hábito!

La masa enloqueció. Gritaban como posesos, pidiendo que se

quemara al sacerdote en la hoguera en lugar del chico.

Uno de los miembros del Tribunal se levantó con la intención de calmar los ánimos.

El público, lejos de tranquilizarse, gritaba más enfurecido.

El Padre Evaristo miraba atónito. No le salían las palabras. Acorralado, se puso de rodillas y rompió a llorar. Desesperado comenzó a gritar:

—¡Dios, apiádate de mí!

Los guardias trataban de contener al pueblo, que intentaba subir para tomarse la justicia por su mano.

—Acérquese —ordenó uno de los inquisidores.

Aterrorizado, se aproximó.

—Padre Evaristo, se le condena a morir en la hoguera por el pecado reiterado de solicitación y homosexualidad.

A continuación exigió al muchacho que se acercara.

—Alexander, queda eximido de todos los pecados y quedará en libertad de inmediato.

La ovación mostraba que el pueblo estaba satisfecho con la sentencia.

El condenado a muerte borró su sonrisa de la cara para siempre. Aguantó sin decir una palabra todo el trayecto hasta el prado de San Sebastián, donde se procedía a ejecutar las sentencias dictadas.

El brazo de la Iglesia era riguroso y extirpaba de raíz cualquier acto que la pudiera poner en peligro. El auto de fe, a diferencia de la mayoría de las ocasiones, fue justo. Su finalidad principal era la de garantizar el bien público y extirpar la herejía o cualquier acto en contra de sus miembros.

Las llamas devoraron la carne del obeso y depravado fraile. Mientras, el pueblo gritaba, reía y bebía disfrutando del espectáculo ajenos por completo a la desdicha que se les venía encima.

Fuera de la ciudad, al otro lado de los muros, la muerte paseaba con descaro por las embarradas y pestilentes calles de las chabolas sin mostrar piedad.

28 de marzo de 2019

La temperatura en el interior de la estancia superior subía según pasaban las horas. Durante todo el tiempo que habían estado encerrados, la oscuridad de la noche la había mantenido fresca, pero ahora, un sol primaveral empezaba a calentar con fuerza y allí dentro se notaba.

El aire daba la impresión de ser más denso. Costaba trabajo respirar. El proceso de deshidratación se aceleró y sus cerebros empezaron a trabajar a menos revoluciones.

—¿No te late el corazón más rápido? —preguntó Patricia con evidente cara de desfallecimiento. Sus ojos negros, apagados, parecían hundidos.

—Sí, supongo que tiene que ver con la falta de líquidos.

Querían seguir leyendo, el diario cada vez se ponía más interesante, pero en esas condiciones era complicado.

—¿Qué te parece si bajamos? Abajo se está mejor. No hace tanto calor.

Fernando asintió retirándose el sudor de la frente.

La diferencia se notaba y el simple hecho de respirar aire mas fresco hacía que el cuerpo lo agradeciera.

Se fijaron en el saco tirado en el suelo y ambos tuvieron el mismo pensamiento. Se miraron casi sin pestañear.

—¿Lo hacemos? —preguntó Patricia, a quien parecía que le había vuelto el brillo a los ojos.

Fernando volvió a asentir. Imaginaba que se refería a las raíces pero, en cualquier caso, fuera lo que fuese a lo que se refería, quería hacerlo.

Patricia abrió el saco y sacó una larga raíz. Aunque estaba algo seca, la capa que la recubría protegía el interior. La partió en trozos y ofreció dos a Fernando. A continuación, se las metieron en la boca a la vez y las masticaron. El sabor era tan amargo que tuvieron que contenerse para no escupirlas inmediatamente.

A los pocos minutos, los efectos empezaron a notarse. El ritmo cardíaco disminuyó. La sensación de falta de aire se calmó y, como estaba descrito en el diario, la energía iba en aumento a cada minuto que pasaba. Sus cerebros se pusieron a funcionar con tanta lucidez que se sintieron aturdidos. Una sensación de seguridad que desconocía, por lo menos sobrio, invadió a Fernando.

Sus cuerpos desprendían calor. Estaban cerca y la masa caliente de ambos chocaba provocando un aluvión de feromonas en el ambiente. Se miraron. La atracción mutua era tan evidente que no cabía lugar para las dudas. A Fernando le recordó la sensación de seguridad que

sentía después de la tercera copa. «Esta vez no te escapas», pensó y se acercó lentamente. Los ojos de Patricia perforaban su mirada. Sus labios se juntaron y sus sentidos estallaron de placer.

Primeros días de abril de 1649,

ciudad de Sevilla

Inmediatamente después del auto de fe, Alexander fue puesto en libertad. Nadie se disculpó por la atrocidad que estuvo a punto de cometerse.

Tuvo poco tiempo para agradecerles al Padre Ángel y al Padre Marcos lo que hicieron por él, ya que no pudieron dilatar su marcha por más tiempo.

Se le pasó por la cabeza ir en busca de María, pero antes tenía que volver a la casa. Quería comprobar cómo se encontraba Jesús; después del buen trato recibido todo este tiempo por su parte, se sentía en deuda y quería ayudarle. No sabía si iba a encontrarse con Daniel pero, en cualquier caso, iría. De todas maneras no tenía adónde ir.

El camino de vuelta no tenía pérdida. Debía seguir el camino paralelo a la ribera del río en la dirección correcta y se encontraría con el olivar.

Salió de la ciudad por la puerta de Triana. Al ser de día esperaba no tener problemas. El hedor en suspensión en el aire era más nauseabundo que en otras ocasiones. Los guardias impedían la entrada a todos los indigentes que se agolpaban allí. La estampa era tal y como la describió Jesús. Todo estaba embarrado y se apreciaban los estragos causados por el río con su crecida. Muchos de los habitantes de las chabolas deambulaban sin rumbo fijo. El panorama era desalentador. Como apestaba y sus ropajes estaban hechos jirones, nadie se interpuso en su camino y, muy al contrario, parecía que le rehuían.

Al llegar al olivar, sultán salió a recibirle alegremente. Movía la cola y parecía más delgado de lo habitual. Aparte del animal, no se veía a nadie más.

El agua de la riada se había evaporado y filtrado, pero el barro anegaba el cultivo que había quedado arrasado.

Primero pasó por la caseta. Comprobó que el saco de las raíces seguía en el lugar donde lo dejó. Cogió dos pedazos y los masticó. Al instante se sintió reconfortado. Después retiró la cama y sacó la caja que seguía enterrada. Le retiró la arena que se habían quedado pegadas a la cera y la guardó en el saco.

Se dirigió a la casa con paso inseguro por si se encontraba con Daniel. Abrió la puerta y un fuerte olor a descomposición le golpeó en la nariz. El tufo era incluso peor que en las proximidades de las chabolas. Caminó hasta la alcoba de Jesús. El panorama que se encontró le ablandó las piernas.

El hombre permanecía tumbado inerte en la cama. El gesto de su cara mostraba una mueca horror. Sin duda había muerto sumido en terribles dolores. Los dedos de las manos y de los pies presentaban un tono ennegrecido. Los ojos se mantenían abiertos y parecían hinchados, como si quisieran salirse de sus cuencas. Un ruido le sobresaltó y se puso tenso. Salió y comprobó que procedía de la alcoba de Daniel; despacio, se dirigió hacia allí. En la cama yacía el joven empapado en sudor. En el cuello se apreciaba un bulto como el de Jesús. Tenía los ojos cerrados y deliraba en sueños. Respiraba con dificultad y el rostro había perdido su tono habitual .

Alexander se acercó al borde de la cama. Daniel abrió los ojos y se le quedó mirando fijamente. Parecía que no le reconocía.

—Daniel, ¿cómo estás? —preguntó respirando agitadamente.

El muchacho estiró la mano. El gesto de dolor evidenciaba el esfuerzo que le suponía. Alexander la tomó entre las suyas.

Con un tono de voz cercano al susurro, expresó:

—Lo siento, nunca debí delatarte.

Sus ojos mostraban sinceridad y tristeza.

—No te preocupes por eso, ahora lo importante es intentar que mejores.

Le soltó la mano con suavidad, salió a toda prisa y se dispuso a elaborar la infusión de raíces. Daniel tomó el líquido sin rechistar y volvió a quedarse dormido, no tenía fuerza ni para sostener los párpados. A continuación procedió igual que lo hizo con Jesús y le aplicó la resina líquida sobre el bulto del cuello.

Después, dado que la tensión del momento le había arrebatado cualquier signo de cansancio, cogió una pala del granero y fue detrás de la casa. A cada palada le asaltaba un recuerdo de Jesús. Le escocían los ojos de las lágrimas y cada vez clavaba la pala en el suelo con más fuerza. El sol empezaba a caer y la belleza del paisaje contrastaba con la dura tarea que llevaba a cabo. Cogió a Jesús en brazos. El peso muerto del que fue su protector y amigo durante los últimos tiempos le llenó de dolor. Empezaba a convertirse en costumbre perder a sus seres queridos. Cuando terminó de rellenar la fosa cogió dos palos y, con la ayuda de una cuerda, montó una cruz rudimentaria y la clavó en el suelo. Después rezó, no era habitual en él, pero las circunstancias le incitaron a ello. Se sentó frente a la tumba. Sultán se acomodó a su lado. Alexander le puso la mano sobre el lomo. Daba la impresión de que el animal era consciente de la muerte de su dueño.

Al despertar en la caseta al día siguiente había recobrado en cierta medida el ánimo. Las raíces le dieron el impulso que le faltaba y se puso en marcha. Volvió a preparar la infusión. Daniel seguía durmiendo y, empapado de sudor. Cuando le despertó se sobresaltó, pero cambió el gesto de la cara en cuanto se dio cuenta de que era

Alexander. Bebió el brebaje. Con cuidado, le cambió la ropa después de haberle refrescado con una toalla húmeda. Intentó darle algo de comer, pero se resistía a abrir la boca.

La despensa estaba prácticamente vacía. Salió a cazar. El campo resplandecía en todo su esplendor. Hacía tiempo que no se sentía libre. Estaba acostumbrado a esconderse de la gente para evitar que lo reconocieran y ahora, que ya no era necesario, se mantenía receloso. Colocó la trampa y fue a la orilla del río a hacer tiempo.

Había oído hablar de la enfermedad que mató a Jesús y ahora estaba dejando en las últimas a Daniel. Todo parecía indicar que era peste. Si se confirmaban sus peores sospechas, la devastación podrían adquirir proporciones catastróficas. Intentaría que se recuperará Daniel y luego no dejaría pasar ni un minuto más para ir a buscar a María. Cuando volvió a la trampa, un conejo intentaba zafarse. Le dio pena, pero estaba hambriento.

El día transcurrió sin demasiados cambios. Después de cazar, pasó por el manantial y llenó una garrafa. Lo único que admitía Daniel, sin que le dieran una necesidad imperiosa de devolver, era un poco de agua. Alexander le obligaba a beber de vez en cuando, necesitaba reponer el líquido que perdía al sudar.

Por la noche, antes de dormir, se sentó en la cama y se planteó qué pasos daría para encontrar a María. Era posible que hubiera mudado con sus padres a las chabolas o, incluso, que se hubiera ido de Sevilla. Hacía lo posible por no agobiarse hasta saber algo en firme, pero le costaba trabajo. Ahora que podía pasear libremente sin miedo, la buscaría por todos los rincones.

Cuando Alexander entró en la alcoba al día siguiente para dar la infusión a Daniel, una luz de esperanza brilló en su cabeza. El chico mantenía los ojos abiertos y su aspecto había mejorado de forma visible. El bulto del cuello seguía igual de tamaño, pero ya no supuraba.

—¿Cómo estás Daniel? —le preguntó.

El chico intentó hablar, pero no le salía la voz. Tras beber el líquido rojizo, se comió una manzana con algo de esfuerzo.

Alexander pasaba las horas intentando poner orden al desastre ocasionado por la crecida del río. Sultán le seguía a todas partes. Se convirtieron en inseparables y gracias a los cuidados que le dispensaba el muchacho, recuperó su habitual lustre. También alimentaba y sacaba a pasear a los caballos.

Antes de comer entró de nuevo en la alcoba de Daniel. Seguía tumbado y prácticamente no se movía, pero su cara mostraba un tono más saludable. Se acercó y comprobó que la temperatura corporal no era tan elevada como los días pasados. Intentó darle algo de comer, pero seguía rechazándolo. Nada hacía presagiar el tremendo desenlace

que horas después sucedería.

Después de comer los restos del conejo del día anterior, se fue a descansar a la caseta. Estaba convencido de que pronto podría ir en busca de María. Después de lo que estaba haciendo por Daniel, esperaba que no le impidiera que vivieran allí; por lo menos, durante un tiempo.

Por la tarde volvió a reunirse con Daniel. Cuando entró en su cuarto, supo que algo no iba bien. El pecho subía y bajaba con cada respiración de manera exagerada; su cuerpo irradiaba calor y la ropa se le pegaba al cuerpo, empapada. Se sorprendió del cambio tan brusco sufrido desde que le dejó a mediodía. De pronto, el joven abrió los ojos, después tosió; su cara expresó dolor. Volvió a estirar la mano para ofrecérsela a Alexander. Abrió la boca intentando decir algo, pero no salió más que un leve sonido. Cerró los ojos y, después de masajearse las sienes, se pasó la mano por el pelo húmedo. Volvió a abrir los ojos. La esclerótica había pasado del blanco habitual al rosado surcado por finos ríos de sangre.

—Siento mucho lo que ocurrió —consiguió susurrar—. Espero que puedas perdonarme algún día.

Alexander abrió la boca para contestar, pero Daniel hizo un gesto con la mano para que le dejase terminar lo que tenía que decir.

—Busca detrás del cajón inferior del armario de mi padre, después haz lo mismo en el cajón inferior de mi armario.

La cara de Daniel reflejaba alivio. Volvió a toser. De su boca salían gotitas de sangre que mancharon su ropa. Por un instante, Alexander notó como le apretaba la mano con fuerza; después se relajó. El pecho de Daniel dejó de moverse y su cara quedó con un gesto sin expresión. Al igual que su padre, los ojos parecían querer salirse de su sitio y se mantenían muy abiertos.

Se sentó en el suelo, desfallecido y derrumbado. Ya no le salían las lágrimas pero, de la tristeza, le dolía la boca del estómago.

Haciendo de tripas corazón volvió a repetir los mismos pasos que siguió con Jesús. «Por lo menos descansarán en paz los dos juntos», pensó.

Sin fuerzas para nada se encaminó hacia la caseta, pero al pasar enfrente de la casa se acordó de las últimas palabras de Daniel. Entró y fue directo a la alcoba de Jesús. Abrió el armario. En la parte inferior había tres cajones. Tiró del que estaba más abajo y lo sacó de su alojamiento. Se notaba que el cajón tenía muy poca profundidad, muy inferior a la del armario. Apoyó las rodillas en el suelo y se asomó. En su interior, al fondo, se veían dos cajas metálicas exactamente iguales. Las sacó muerto de la curiosidad. Las tapas estaban cerradas con un antiguo candado de bronce. Se las llevó a la caseta y consiguió abrirlas con la ayuda de un martillo que cogió del

granero. Lo que vio le produjo un cosquilleo en la nuca. Las dos cajas estaban repletas de ducados, reales de plata, reales de vellón y maravedíes. Asombrado y sin dar crédito de lo que había encontrado, repitió la operación en el armario de Daniel. Detrás del cajón había un cofre. A diferencia de las cajas no tenía cerradura. Cuando lo abrió, descubrió los mil reales que el Padre Evaristo pagó a Daniel por delatarle. Por unos momentos se quedó bloqueado; luego, su cerebro se puso en funcionamiento. Era una pequeña fortuna, con ese dinero María y él podrían vivir en la casa durante muchos años de forma desahogada. Podrían recuperar el huerto y seguir haciendo aceite de oliva. Por fin empezaba a vislumbrar un brillo de esperanza en el horizonte.

28 de marzo de 2019

Después del apasionante beso, pararon. No era el lugar más adecuado para dar rienda suelta a sus deseos más íntimos. Fernando notaba una sensación de calor interno que le hacía sudar. Sus sentidos se habían agudizado y se sentía más despierto que nunca. Un extraño optimismo corría por sus venas.

Allí abajo la temperatura era agradable.

Un ruido, que provenía de detrás de la puerta, sobresaltó a Patricia. Fernando tuvo que acercarse más para oírlo. Algo arañaba la madera al otro lado. El sonido aumentó de intensidad. Gritaron pidiendo socorro. Podía ser alguien que viniera a ayudarlos, pero nadie contestó.

De pronto cesó el ruido.

Al fijarse con más detalle, se dieron cuenta de por qué la puerta no se movía. Era corredera. La empujaron hacia un lado, pero nada, algo la mantenía trabada.

Decidieron sentarse y continuar con la lectura del diario.

1 de octubre de 1988:

No pasa minuto sin que me dé un ataque de tos. Los esputos van cargados de sangre y hasta a mí me desagrada el olor de mi aliento. El descanso se hace imposible. En cuanto me tumbo, irrumpe la tos. Es como si mis pulmones quisieran expulsar el tumor a la fuerza por la boca.

Gisselle ha comprado calmantes y somníferos. Son muy potentes, pero no me bastan para encontrar el necesario descanso.

La caja que encontré tiene tres bolitas. Son negras y reflejan cierto brillo. El hombre que escribió el diario hablaba de ellas. Explicaba los riesgos que conllevaba comer una. Un niño no tendría capacidad de aguantar el brusco cambio que sufre el organismo al ingerirla y moriría, al igual que un adulto si comiera más de una. También decía que la ingesta de una de esas semillas acarreaba graves problemas mentales. Hablaba de que su madre se le aparecía a todas horas y le incitaba a probarlas. Contaba que desde que dio el paso y la ingirió, su genialidad alcanzó cotas muy altas. Su organismo había evolucionado y se sentía más vivo y fuerte que nunca. Algo parecido a las raíces, pero multiplicado por un millón. Aseguraba que se sentía por encima del resto y que lo veía todo con gran claridad. Era capaz de percibir cosas que nadie podía.

Lo que relataba el diario a partir de ese momento es lo que hizo que me deshiciera de él. Aunque Dios me haya abandonado en la tierra, no quiero que me rechace en la eternidad.

Patricia miró a Fernando con la mano en la boca. Después continuó

leyendo.

19 de octubre de 1988:

Hace días que prescindimos de la electricidad. Solo la usamos para cocinar y conservar alimentos. La simple luz que emiten las bombillas irritan mi delicada piel. Para iluminar utilizamos candiles y velas.

Definitivamente, el descanso se hace imposible. Paso las horas sentado en la silla del salón, a oscuras. Lo único que ilumina la estancia es el resplandor que emite el fuego de la chimenea. No paro de toser y lo único que deseo es que la muerte me lleve con ella cuanto antes.

Gisselle está más apagada cada día que pasa. Arrastra los pies al andar y casi no come. Mi hija ha perdido la sonrisa. La situación empieza a ser desesperante. Verlas así me tortura más que la propia enfermedad.

La caja produce una especie de magnetismo sobre mí. Hoy he hablado con Gisselle de las semillas. Se ha quedado tan asombrada como yo. Nunca había oído hablar de ellas. Ha sido la que me ha propuesto probarlas. Me da miedo ilusionarme y que después me suceda lo mismo que con las raíces. Dice que lo hará conmigo. Pensamos que los problemas mentales que producirán serán pequeños comparados con los beneficios que obtengamos. Nuestra hija tiene seis años y es pequeña para decidir. Si todo sale bien, esperaremos a que sea adulta para que elija si quiere tomar la que queda o no.

Patricia volvió a hacer un inciso para mirar a Fernando, después, continuó.

21 de octubre de 1988:

Lo hemos hecho. La impresión es indescriptible. Mi mujer y yo coincidimos en las sensaciones. Primero ha venido el aturdimiento. La vista se nos nubló y el mareo hacía imposible poder levantarse. Ha durado poco más de un minuto. Después, un impacto de sensaciones. Lo más relevante ha sido la mente. La claridad mental y la capacidad de pensar con rapidez es asombrosa. La vista, el oído y el olfato se han agudizado. Es como si hubiéramos pasado a un nivel superior de conciencia.

Sigo tosiendo y mis úlceras siguen expulsando pus, pero noto que cada hora que pasa me voy encontrando mejor. Gisselle está radiante. Las ojeras, que apagaban sus ojos, han desaparecido y ahora tienen un brillo deslumbrante. Nuestra hija ha vuelto a sonreír al ver como nuestro estado de ánimo ha mejorado. No volveré a caer. Soy capaz de entender cosas que antes no podía aceptar. Ahora comprendo lo que leí en el otro diario.

He podido volver a levantarme de la silla. Me puedo mover

despacio.

Oigo cosas que antes no oía. La voz viene del interior de mi cabeza. Me reconforta y me da seguridad.

Mientras escribo el diario, una fuerza desconocida me impulsa hacia el libro de los rituales. Mi voz interna me anima a sacarlo de la estantería. Quiero volver a leerlo, pero esta vez no lo haré solo.

Hemos buscado el capítulo en el que indica de que manera alejar a la muerte. Lo hemos leído los tres juntos. Primero hay que invocarla. El tambor es el instrumento capaz de llamar su atención. Se ha de golpear con fuerza y, a la vez, recitar la breve plegaria que hay escrita en un idioma que desconozco. Una vez que se ha captado su atención, se ofrecerá el alma mortal a través del fuego. Puede ser quemando el cuerpo entero o por partes.

Mi mujer y yo nos hemos mirado. Su leve sonrisa y el brillo de sus ojos me han transmitido apoyo sin necesidad de usar las palabras.

Nuestra hija es muy madura para su edad y está entendiendo todo. No quiere perderme y hará cualquier cosa con tal de estar los tres juntos.

Ahora entiendo la sensación de poder que describía el autor del diario. A veces es necesario sacrificar una vida insignificante para preservar una superior.

Mediados de abril de 1649,

Sevilla

Después de haber enterrado a Daniel y descubrir el contenido de las cajas metálicas y del cofre, decidió que ya era hora de dormir en una alcoba en condiciones. Sacó sus cosas de la caseta y las llevó a la casa. Metió la caja, su tesoro más valioso, detrás del último cajón del armario de Jesús, junto a los cofres de monedas. Como la cera que la recubría estaba sucia por la cantidad de arena que se había pegado cuando estuvo enterrada, decidió fundirla y guardarla así de momento. El saco de las raíces, junto a la resina, los introdujo dentro del armario.

El cielo volvía a tener un aspecto tenebroso y la brisa convirtió aquella noche primaveral en fría, más propia del invierno.

Encendió la chimenea y quemó las sábanas de las dos camas. También quemó la ropa sucia que habían utilizado el padre y el hijo días atrás. Entró en la alcoba de Daniel. El caballete con el cuadro estaba apoyado en una esquina. Solo de verlo se le aceleró el corazón y le dieron ganas de pintar. Era un impulso difícil de ignorar. Decidió que no era el momento, ya tendría tiempo de hacerlo más adelante. En otra esquina estaba el armario de madera donde encontró el cofre. El interior estaba repleto de ropa. Normalmente, solía heredar la que desechaba Daniel, pero aquella parecía nueva. Como tenían las mismas hechuras, le valdría perfectamente.

Un relámpago iluminó la oscuridad del exterior. Miró por la ventana. Las copas de los árboles se balanceaban con violencia, el viento parecía querer llevarse consigo todo lo que atrapaba a su paso. La lluvia se convirtió en granizo y caían bolas del tamaño de una aceituna. Al golpear con lo que se encontraban, producían un sonoro ruido. «Lo poco que he podido recuperar del huerto, seguro que se ha echado a perder», pensó. Sin poder hacer nada, cenó algo de lo poco que quedaba y se fue a descansar a la alcoba de Jesús. La cama era grande, sería adecuada para cuando María fuera a vivir con él. Habían sido unos días complicados, pero ahora todo estaba a su favor y empezaba a tener esperanza.

Al día siguiente se despertó con la sensación de haber descansado más y mejor que nunca. Aquella cama era mucho más cómoda que la de la caseta, y ni el frío ni la lluvia le molestaron durante la noche.

Después de su ritual particular, salió al exterior. Tal y como imaginaba, la tormenta nocturna anegó las acequias. La noria del molino estaba completamente destrozada y la mayoría de frutos y

cultivos, echados a perder. El río bajaba con más caudal del habitual. «Vaya desastre», pensó. Ya se ocuparía de eso más adelante. Ahora, su único objetivo era encontrar a María. Se vistió con ropas nuevas de Daniel. Se sentía elegante. Después de haber vestido siempre con trapos viejos, aquella indumentaria le hacía parecer importante. El tacto era suave, nada que ver con la rugosidad de las ropas que solía usar. Cogió las monedas suficientes para hacer lo que tenía pensado. Volvería a la ciudad andando. Como María ya no vivía en la casa, iría a preguntar a las chabolas. Era peligroso, pero ya nada ni nadie le frenaría hasta que la localizara.

Las botas de Daniel se le llenaron de barro.

El olor era más intenso cuanto más se acercaba. Diversas columnas de humo blanco salían de las entrañas de aquellas casas putrefactas. Pasó cerca de la Torre del Oro. Se apreciaban las marcas dejadas por el río con su crecida. A lo lejos, en la otra orilla, se distinguía el castillo de San Jorge. Su visión le estremeció al recordar las sucias y miserables celdas. En su cerebro estaban grabados a fuego los gritos de los prisioneros que se llevaban de tanto en tanto para torturarlos.

Se habían formado grandes charcos, y los niños, ajenos a sus desgracias, jugaban mojándose unos a otros. El sol volvía a pegar con fuerza y de esa manera se refrescaban. Se fijó en un reducido grupo de tres pequeños. Ninguno sobrepasaría los siete años. Tenían el típico buen humor andaluz y no paraban de reír.

—¡Niños! —les gritó desde lejos.

Estos giraron la cabeza y se acercaron a la carrera.

—¿Qué quieres? —preguntó el más espabilado de los tres con marcado acento.

Tenían todo el cuerpo cubierto de agua embarrada y desprendían un olor desagradable.

—¿Queréis ganaros una monedas? —preguntó enseñándoles los reales que tenía en la mano.

Los tres asintieron a la vez.

—¿Conocéis a María? Es una chica de mi edad, morena y muy guapa, creo que vive aquí con sus padres.

Los niños se miraron y pusieron cara de no saber de quién hablaba.

—¿Podéis preguntar en las chabolas?

—Podemos, pero hay muchos enfermos y nos han dicho que estemos fuera para no contagiarnos —volvió a responder el niño espabilado.

Alexander sabía a que enfermedad se refería.

—¿Qué les pasa a las personas que están enfermas? —preguntó.

—Dicen que es la peste. Se quedan tumbados, sin comer, y de sus cuerpos sale calor. A algunos les salen bultos en el cuello. Mi madre dice que no se me ocurra acercarme a ellos.

—Necesito que preguntéis si alguien sabe algo de María, la chica que os digo. El padre era herrero, tuvo un accidente y le faltan cuatro dedos de la mano. Si lo hacéis, os daré dos reales a cada uno.

Los niños se miraron sorprendidos. En sus circunstancias, ese dinero era muy necesario.

—Espéranos aquí, ahora venimos.

Como si la marginal urbe se los tragara, se perdieron en su interior. No se acercó demasiado y se mantuvo a distancia. Después de las experiencias pasadas, sabía que no era recomendable estar cerca de sus ciudadanos. Desde aquella posición tenía una visión única de las chabolas. La extensión del conjunto era enorme y parecía que los techos estaban unidos, como si no hubiera separación entre ellos.

La tormenta produjo destrozos en los tejados de muchas chabolas y se veía gente sobre ellos intentando repararlos. Muchos tenían cortezas de alcornoque a modo de tejas, otros, simples ramas cubiertas con paja. La fuerza que mandaba el viento de la tormenta del día anterior, había arrancado algunas de su sitio. Al otro lado del río, en Triana, se apreciaba una estampa parecida.

Al poco volvieron los niños. Los acompañaba un adulto. El hombre andaba con dificultad. Cuando los vio dio un paso atrás, preparado por si tenía que alejarse rápido. No quería tener problemas con nadie.

—¿Estás buscando a María, la hija del herrero? —preguntó el hombre que apestaba igual o más que los niños. Su ropa estaba sucia y desgastada.

—¿La conoce?

—Sí, al padre lo conozco del puerto. La chica limpiaba en casa de unos señores, pero después de las riadas y del brote de la enfermedad, no dejan pasar a nadie al interior de los muros.

—¿Hay muchos enfermos?

—Cada día hay más.

—¿Me podría llevar hasta su casa? —preguntó mirando al hombre con los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas.

—Viven en el arrabal de Triana, al otro lado del río, pero no sé exactamente dónde.

—Necesito su ayuda. Le pagaré bien.

—¿Qué tendría que hacer?

—Solo buscarla y llevarme hasta ella —dijo con un cosquilleo en el estómago—. Mañana volveré. Si tiene noticias, y me lleva a casa de María, le daré quince reales.

Al hombre se le iluminaron los ojos al oírle.

Alexander sacó unas monedas y le dio dos reales a cada niño y otros cinco al hombre.

—Le adelanto estos cinco, mañana le daré el resto. ¿Cuál es su nombre?

—Me llamo Andrés, pero todo el mundo me conoce por el cojo.

Alexander sintió una profunda ternura por aquel hombre, se le veía buena persona y parecía de fiar.

—Yo me llamo Alexander. ¿Cuánto lleváis sin comer?

—Ahora está todo malamente. Las inundaciones anegaron nuestras casas y las puertas de la ciudad se cerraron para evitar que pasara el agua. En el puerto cada vez somos más y cada vez son menos los barcos a descargar. Ahí dentro hay mucha miseria —dijo señalando a las chozas—. Con echarnos algo a la boca nos conformamos.

—Si quiere comer usted y su familia, venga conmigo, Andrés.

El hombre le acompañó. Como la puerta de Triana estaba atestada de gente intentando pasar al interior de la ciudad, se dirigieron a la puerta del Arenal. Dos guardias la custodiaban. Cinco reales fueron suficiente para que los dejaran pasar. Era la misma puerta por la que entró el día que llegó a Sevilla, y se sorprendió de la cantidad de cosas que le habían pasado desde entonces.

La plaza del mercado no estaba tan masificada como de costumbre. Las lluvias anegaron muchos campos de cultivo y habían muerto ahogados muchos animales de corral, arrastrados por la corriente del río cuando se desbordó. La carencia de alimentos en los puestos era evidente y lo poco que se exhibía en ellos tenía precios desorbitados.

Alexander intentó regatear, pero los comerciantes se resistían. Eran conscientes de que el poco alimento expuesto se vendería con facilidad. Sin perder más tiempo, compró provisiones para varios días. Adquirió dos cestas de mimbre y llenó las dos.

—Toma Andrés, con esto podrás alimentar a tu familia durante unos días.

Al hombre se le iluminaron los ojos. La felicidad de su cara compensó el gasto.

—Con esto podré alimentar a mi familia y a la de mis vecinos.

Alexander se emocionó al oír las palabras de Andrés. Aquel hombre no tenía prácticamente nada y estaba dispuesto a compartir los alimentos. El gesto le honraba. Empezaba a cambiar de opinión sobre los habitantes de las chabolas.

Se despidieron hasta el día siguiente. Llegó cansado, pero con ánimo. Era posible que pronto encontrara a María y se había provisto de alimento para varios días. Ocupó la tarde en alimentar a los caballos y a Sultán y en intentar poner algo de orden en el cultivo.

28 de marzo de 2019

Habían pasado cinco horas desde que comieron las raíces y, aunque todavía se sentían eufóricos, notaban que los efectos empezaban a bajar de intensidad.

La sensación de sed, aunque no tan poderosa como la que llegaron a sentir, se dejaba notar.

Quedaban pocas hojas para terminar el diario y Fernando continuó con su lectura.

22 de octubre de 1988:

He conseguido dormir más de tres horas seguidas sin despertarme. El sueño sigue tardando en llegar y lo espero sentado en el salón.

Sigo tosiendo, pero lo hago de manera menos continua. Las heridas de mi piel empiezan a secarse. Siguen expulsando un líquido desagradable, pero en menor medida.

He descubierto a Gisselle hablando sola. Creo que, como yo, escucha a su voz interna que le aconseja y le dicta la forma de actuar. Desprende una especie de luz blanca, como si tuviera un áurea que le rodea. Eso hace que me sienta mucho más unido a ella. Es como si estuviéramos en el mismo nivel sensorial.

Mi voz interior me dice que, aunque esté mejorando, no me confíe. Ya pasé por algo similar con las raíces y volví a caer. Es verdad que la sensación es diferente. Aun estando enfermo, me siento poderoso.

He vuelto a la sala de las galerías donde encontré las semillas. La voz de mi cabeza me recordó lo que había en el armario. No se me ocurre mejor instrumento para el sacrificio que la daga con el mango de cuerno de carnero. La hoja no está oxidada y parece de plata. Giselle ha ido a la ciudad a comprar el tambor. He dejado la caja de madera donde la encontré. Es el mejor sitio para esconderla y conservar la última semilla.

He hablado con mi mujer y mi hija de lo que leímos en el libro. Me apoyan y entienden que el sacrificio es necesario. En breve Gisselle saldrá a la caza de nuestro salvador.

La plegaria escrita en el libro es corta y ha de repetirse continuamente. La hemos memorizado y mi hija está ensayando con el tambor.

Esa fue la última frase del diario.

—¿Te has fijado que la última fecha del diario coincide con el día en que mis padres fueron a la boda?

—Sí, me había dado cuenta.

—Parece que desde que tomaron las semilla perdieron la cabeza. ¿Verdad?

—Totalmente. Algo había en ellas que cambió su forma de actuar —respondió Fernando con gesto serio—. Es como si sus personalidades se desplegaran y su voz interna les dictara lo que tenían que hacer. Algo parecido a lo que le pasa a los psicópatas.

Patricia, con aire reflexivo, miró fijamente a los ojos a Fernando.

—El libro de los rituales..., es probable que esté en la estantería de arriba.

Él se quedó un momento pensando y después asintió.

Subieron. El contraste de temperatura era palpable. Los libros acumulaban una fina capa de polvo. La mayoría hablaba de temas arquitectónicos. En la balda superior había uno con las tapas de cuero. Patricia lo cogió y sopló su superficie para eliminar el polvo, después lo abrió. Era muy antiguo. Las hojas mostraban un aspecto amarillento y parecían quebradizas. La frase escrita en la primera hoja les sacó de dudas: era el libro que buscaban.

Bajaron y se sentaron de nuevo. Estaba escrito a mano, con una caligrafía exquisita.

Las aberraciones que contaba eran escalofriantes. Solo una mente enferma podía darle credibilidad.

No solo explicaba cómo complacer a la muerte, sino que también explicaba cómo hacer tratos con el diablo. Concretamente decía que los sacrificios de bebés, ofreciendo su alma al demonio, proporcionaban logros personales y riqueza en abundancia. También aseguraba que existía la posibilidad, mediante unos actos atroces, de recuperar un alma ofrecida a la muerte.

—Cómo puede haber mentes tan retorcida para predicar algo tan fuera de lógica.

—El libro es antiguo. La ignorancia y las supersticiones inducían a que se cometieran verdaderas barbaridades.

De pronto, volvieron a oír el ruido detrás de la puerta. Era como si algo intentara entrar de forma frenética.

—Parecen ratas.

Patricia se sobresaltó. En el trabajo las utilizaban en los experimentos, pero estaban en jaulas. Pensar en ellas sueltas, raspando con esa intensidad para intentar entrar, le hizo agarrarse de nuevo al brazo de Fernando.

Este aguantó el tipo, aunque por dentro estaba igual de sobrecogido.

Mediados de abril de 1649,

Sevilla

El calor del día anterior evaporó parte del agua que convertía el camino hacia la ciudad en un lodazal. El sol volvió a ofrecer su versión más potente y, aun siendo temprano, calentaba con la fuerza propia de una mañana veraniega.

Como el día anterior, tuvo que dejar a Sultán en el establo con los caballos. No quería arriesgarse a que se perdiera o a que, si tenía que entrar de nuevo a la ciudad, no le dejaran pasar con el animal. Aunque era algo que le apenaba, porque le acompañaba a todas partes, era lo mejor para los dos.

La primavera mostraba todo su esplendor y la variedad de flores que le rodeaban, con su diverso colorido, añadían al ambiente un aroma agradable. Olor que cambió radicalmente en cuanto se empezaron a divisar las chabolas. La simple visión de aquella mole de infraviviendas le arrancó de golpe la sensación de bienestar.

Como el día anterior, los chiquillos jugaban medio desnudos. Esta vez, fueron los tres pequeños los que se acercaron a él sin necesidad de llamarles.

—Hola —dijo el mismo niño del día anterior—. Mi tío me ha dicho que le avise en cuanto te vea. Espera un momento que vamos a buscarle.

Alexander asintió. Los niños se volvieron a perder dentro del enjambre de chabolas. Al poco, salieron los tres pequeños acompañados de Andrés. La cara del hombre, aunque demacrada, ofrecía cierto aire de satisfacción.

—¿Has podido averiguar algo, Andrés? —preguntó impaciente.

—Ayer investigué. Tengo un compadre que sabe dónde vive el herrero con su familia.

Después de dar un real a cada niño, se pusieron en marcha.

Sentía el pulso acelerado y le sudaban las manos. Estaba ansioso de reencontrarse con María, pero tenía que adecuar el paso al de Andrés que, con la cojera, iba mucho más despacio. Cruzaron por el puente de barcas. El corazón del muchacho se aceleró aún más al recordar el día en el que se tuvo que arrojar a las frías aguas. Llegaron a una de las chabolas. Andrés llamó a lo que hacía las veces de puerta. El olor era, incluso, más intenso. Las ratas se cruzaban sin temor. La mayoría de las chabolas estaban recubiertas de algo parecido a barro seco, sobre el que se aplicaba una especie de barniz que lo impermeabilizaba. Gracias al recubrimiento, consiguieron aguantar las fuertes lluvias.

La calles eran estrechas y no corría el aire. Pasaron al lado de una mujer anciana medio desnuda, sentada sobre una banqueta en la puerta de una de las chabolas. Las costillas le salían exageradamente formando ondulaciones en su pecho. Sonrió y mostró las encías desprovistas de dientes. El suelo estaba cubierto por restos de comida, ratas muertas, heces y limo. A cada paso que daban, levantaban una nubecilla de polvo. El amigo de Andrés los condujo a una de las humildes viviendas. Era interior y la puerta estaba cerrada. Llamó. Pasaron unos segundos y nada se oía. Después de llamar una segunda vez, la puerta se abrió. Alexander se quedó quieto durante unos segundos, le costaba controlar la respiración. Su rostro se encendió y notó flojera en las piernas. La joven que tenía delante, aunque seguía siendo bella, no era ni la sombra de la chica radiante y lozana que conoció. Su cara alegre y llena de color se había transformado en un rostro gris y con huesos prominentes, lo que hacía sumarle años no vividos. Del brillo de sus ojos, que le daba tanta fuerza a su mirada, no había ni rastro. En su lugar, dos ojos tristes sobre unas ojeras oscuras y profundas. La alegría de Alexander contrastaba con la seriedad de la muchacha.

—¡María! ¿No te alegras de verme? —preguntó deseando abrazarla.

La chica cerró la puerta sin decir palabra.

Alexander sentía tanto calor en el cuerpo que tuvo que luchar con la necesidad de salir de aquel enjambre. Volvió a llamar. No iba a parar hasta que pudiera hablar con ella.

La puerta se abrió violentamente.

—¿Qué quieres? —preguntó ella expulsando un olor desagradable por la boca.

—He venido a por ti —respondió él. Sentía su cuerpo húmedo por el sudor.

—¡Te fuiste, me abandonaste, me prometiste que siempre me cuidarías y mira dónde he acabado! —expuso María con dificultad tosiendo repetidas veces.

—Yo no te abandoné, tuve que salir huyendo de la ciudad. Quisieron culparme de un delito que no había cometido.

—Vi los carteles. La gente decía que intentaste robar y que el Padre Evaristo te descubrió y quisiste matarle. No lo creí, pero nunca viniste a buscarme y pasaba las noches llorando sin saber si te volvería a ver.

Pronunciar varias palabras seguidas, le provocaba tos y le interrumpía constantemente.

—No podía volver, quería dejar de estar en boca de todos para regresar a por ti. Si me precipitaba, podía echarlo todo a perder. Te mandé una carta a través de un amigo, a tu dirección, pero le dijeron que ya no vivías allí. He venido en cuanto he podido. Mira, conservo tu pulsera —dijo mostrándole la muñeca dónde la exhibía.

María cerró los ojos y sin poder contener más la templanza, se desmoronó.

Alexander la estrechó entre sus brazos. La fragilidad de su cuerpo le sorprendió. El fuerte olor del lugar no logró disimular el aroma que desprendía María. Sudaba y transmitía calor.

El muchacho pasó al interior siguiéndola. Andrés espero fuera y su amigo se fue después de recibir unas monedas. La estampa le sobrecogió. Allí dentro reinaba un aire denso y enfermizo que dificultaba la respiración. Los padres de María yacían, medio desnudos, en dos sucios jergones. Deliraban y desprendían calor. El herrero no podía mantenerse quieto, tiritaba encogido. La madre, estática, tenía las manos negras; eran del mismo tono que mostraban las extremidades de Jesús el día que se lo encontró muerto en su cama. La muchacha, a duras penas, le contó cómo ocurrieron los acontecimientos:

—Primero empezó mi madre. Después de las primeras inundaciones comenzó a sentirse mal. Era incapaz de comer nada sin devolver a continuación. Su cuerpo se descompuso y desprendía calor. —El padre de María emitió un lamento; la muchacha se llevó las manos a la cabeza y se restregó los ojos—. No podíamos ir al hospital, el poco dinero que conseguíamos era para pagar el alquiler de esta mísera casa y para comer. Yo iba por las mañanas a casa de unos señores a limpiar, pero con las inundaciones y la enfermedad, cerraron las puertas de la muralla. Solo dejan entrar y salir a los que viven en el interior y a los comerciantes. Desde entonces no tenemos nada, ni siquiera para comer.

—¿Cuánto tiempo llevan así? —preguntó Alexander viendo que los síntomas coincidían con los de Jesús y Daniel.

—Mi madre, cinco días y mi padre, enfermó hace dos. Desde entonces no para quieto en la cama. Tiene un bulto en la axila por el que sale un líquido que huele fatal —respondió volviendo a toser insistentemente.

—¿Y tú, cómo te encuentras?

—Yo empecé ayer con tos y, como no comemos, no tengo nada en el estómago para vomitar, pero estoy revuelta y tengo frío.

Alexander pensó que lo mejor era que fueran con él a la casa. Allí estarían mucho más cómodos y podría cuidarlos como correspondía, pero tendría que volver a por el carro trasladarlos.

—María, volveré a por vosotros. Vendré con un carro y os llevaré a mi casa. Guarda todo lo que os queráis llevar.

La muchacha tosió repetidas veces y asintió.

Cuando salió, aparte de los diez reales que prometió a Andrés, le dio otros diez más. Se despidieron, y el hombre agradecido le dijo:

—Puedes contar conmigo para lo que necesites, ya sabes dónde

encontrarme.

Alexander tenía en mente ir a la casa a toda prisa para traer el carro y poder transportarlos en él, pero le vino a la cabeza una idea mejor:

—Andrés, ¿tienes un carro? —preguntó visiblemente alterado.

—Yo no, pero sé quién tiene uno.

Se dirigieron lo más rápido que pudieron al otro lado del río.

Alexander esperó entre el puente y las chabolas a que regresara Andrés. No podía parar quieto y sentía picores en todo el cuerpo. «Se pondrán bien, se pondrán bien», se repetía constantemente apretando los puños.

Al poco, salió Andrés sobre un carro tirado por un burro. Al pobre animal se le notaban las costillas y no se le podía exigir demasiado, pero serviría para llevarlos a la casa.

—El carro y el burro los tengo que devolver esta noche. El dueño pide quince reales de arriendo. Si estás de acuerdo, lo podemos usar —expuso Andrés.

—De acuerdo, vendrás con nosotros y después volverás y le pagarás. A ti te daré lo mismo que al dueño del carro.

Andrés no creía la suerte que había tenido al conocer a aquel muchacho. Las monedas que estaba ganando le valían para alimentar a familiares y amigos. Aunque no podía entrar dentro de la ciudad, en el puerto algunos aprovechados vendía alimentos. Los sacaban del mercado y, dadas las circunstancias y la falta de recursos, los vendían a precios desorbitados. También había representantes de diferentes órdenes religiosas que llevaban sustento a los habitantes de las chabolas, pero no era suficiente. El hambre era la peor enfermedad que padecían.

Después de recoger a María y a sus padres, se pusieron en marcha. Poseían escasas pertenencias. El pobre burro, extenuado, tiraba, pero le flaqueaban las fuerzas. En algunos tramos del camino se paraba para mordisquear algunos de los manjares vegetales que le ofrecía la naturaleza.

Llegaron, pagó a Andrés y se despidieron.

De igual modo que en la chabola, Alexander trasportó en brazos a la madre de María. Parecía un trapo que iba a deshacerse entre sus brazos. La muchacha ayudó a su padre a entrar a la casa. El hombre tiritaba y avanzaba a duras penas.

Una vez dentro, acomodó al padre en la habitación de Jesús y a la madre en la de Daniel. María ardía y se llevaba las manos a las sienes continuamente para intentar calmar el intenso dolor de cabeza que no le abandonaba.

La madre de la chica estaba estática, demasiado estática, pensó Alexander. Ni siquiera mostraba el movimiento rítmico del tórax al

respirar. El muchacho se acercó e intentó tomarle el pulso. Como sospechaba no lo encontró. Estaba muerta, ya no se podía hacer nada por ella. Temía decírselo a María. Se mostraba débil y el golpe podría hacerla empeorar tanto, que ya sería imposible recuperarse. Pero la gravedad del momento requería determinación y actuar de manera tajante.

María se acomodó en la cama de la caseta. Después de los extenuantes esfuerzos que había realizado los días pasados, su cuerpo se rindió y exigía descanso.

Alexander volvió a preparar la infusión. Se estaba convirtiendo en una costumbre. Se acordó de Daniel. Con él no funcionaron como esperaba. Sospechaba que su estado estaba tan deteriorado cuando lo encontró, que ni siquiera las raíces pudieron ayudarle. Sin embargo, Jesús sí que mostró mejoría y estaba seguro de que si hubiera seguido tomando el amargo líquido, se podría haber recuperado. Después de hervir cuatro pedazos de raíz, las coló y añadió las gotas de resina roja y la miel para endulzarla. Tanto el herrero como María bebieron el brebaje sin rechistar. Después volvieron a perder el sentido. La temperatura era alta y el hombre tenía el pecho descubierto. El bulto de la axila era visible a simple vista. Volvió a utilizar la resina de pino de piña roja y se la extendió por toda la superficie, formando una película que le protegía de los agentes externos. A continuación se dirigió a la caseta y, con sumo cuidado, inspeccionó el cuerpo de María. Las costillas formaban ondulaciones visibles bajo su piel. Le recordó a la anciana de las chabolas. Para su tranquilidad, no encontró rastro de bultos, pero sí manchitas rojas por todo el cuerpo. Poco más podía hacer. Esperaría a la mañana siguiente. Confiaba en que para entonces, María tuviera fuerza suficiente para encajar la mala noticia. No quería enterrar a su madre sin que estuviera ella delante pero, en cualquier caso, al día siguiente debería hacerlo.

Sultán saltó de alegría cuando por fin le dejó salir. Alexander trasladó las pertenencias de la familia dentro de la casa. Lo único que se llevaron con ellos era ropa vieja y pestilente. Cuando las sacó, saltaron varias pulgas. Dejó el saco fuera para impedir que los bichos se extendieran por la casa.

Empezaba a oscurecer y se sorprendió de lo rápido que se le había pasado el día. Ni siquiera había comido, aunque no era el hambre, ni mucho menos, el sentimiento que más mandaba en su cabeza. La preocupación por el estado de María le arrebataba cualquier otra sensación. Haciendo un esfuerzo, comió algo de fruta y después se tiró al suelo a descansar.

Aquella noche soñó con su madre. El sueño fue tan intenso que hasta pudo sentir su agradable olor. La sensación de paz y de protección que le transmitía le ofrecía una tranquilidad que

últimamente no conseguía encontrar. En el sueño, su madre cocinaba de espaldas a él un conejo que había cazado. De pronto el olor cambió radicalmente. El agradable aroma se transformó en hedor. Era el mismo olor que había percibido después de perder el contacto con la realidad los días que pintó el bodegón de frutas. Extrañado, miró en derredor en busca del origen del desagradable efluvio. Cuando se fijó en su madre, esta giró la cabeza lentamente en su dirección. Con los ojos muy abiertos descubrió un rostro quemado, de color oscuro, lleno de ampollas y llagas. Carecía de pelo. El cuero cabelludo estaba carbonizado y de él salían unas ligeras volutas de humo apestoso. Estaba estático, ni siquiera podía hablar. Su madre se acercaba con paso torpe y lento. Intentó moverse, pero no pudo. La fragancia era tan desagradable que le provocaba náuseas. Cuando estaba a escasos centímetros, su madre le mostró el puño de una mano arrasada por el fuego. La abrió despacio, dentro había una de las semillas de la caja de madera. Con un tono de voz distorsionado, como si le estuviera hablando con la boca llena de comida, consiguió entender:

—La semilla te dará el poder que te falta.

En ese momento, sobresaltado y sudando, despertó. Había sido una pesadilla espantosa. Se pasó la mano por el pelo, estaba húmedo. El maldito y apestoso olor permanecía. Se sentía mareado y con náuseas. Se levantó y bebió un poco de agua. Después de respirar profundamente en varias ocasiones, el olor se esfumó y el mal cuerpo desapareció.

El sol empezaba a salir, la temperatura era agradable a esas horas, pero se notaba que el día iba a ser caluroso.

De la alcoba donde descansaba el cuerpo sin vida de la madre de María salía un aroma nauseabundo. Era desagradable, pero diferente al que percibió en el sueño. Entró en el cuarto y lo que contempló encima de la cama le hizo cerrar los ojos por unos segundos. El cuerpo de la pobre mujer había perdido por completo el tono y se conservaba rígido. Se acercó y la tapó con la sábana. Después, entró en la otra alcoba. Lo primero que le sorprendió fue que el herrero estaba totalmente inerte. Al acercarse más, vio restos de vómito seco sobre él. Se temía lo peor. Intentó buscarle el pulso. Nada parecía indicar que su corazón latiera. Lo zarandeó en busca de alguna reacción, pero no la halló. El hombre yacía muerto. Se quedó conmocionado por un instante, pero reaccionó rápidamente. Salió corriendo hacia la caseta. El corazón le latía con fuerza e intentó prepararse mentalmente para lo que se podía encontrar dentro. Abrió la puerta y, María, deslumbrada por la luz exterior, abrió los ojos.

Para su tranquilidad, la muchacha tenía mejor aspecto. Su temperatura no era tan elevada como la del día anterior y, aunque mantenía un tono de piel muy alejado al que mostraba habitualmente,

lucía cierto color.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó esperanzado por la mejoría.

María intentó hablar, pero su garganta le devolvió un aullido de dolor. El tramo de la boca a los pulmones estaba seco y lleno de llagas. El simple hecho de respirar le suponía un esfuerzo agotador. Los labios sufrían la misma sensación de sequedad y mostraban heridas que segregaban pequeñas gotitas de líquido.

Viendo la dificultad que tenía para comunicarse, el muchacho dijo:

—Voy a preparar la bebida; ahora mismo vuelvo.

La chica asintió.

Fue a la casa y cogió cuatro trozos de raíz: dos para él y dos para preparar la infusión.

Al poco regresó con el jugo de raíz en un vaso de barro. María lo bebió de un trago.

Parecía que le sentaba bien, su cuerpo lo aceptaba y no daba muestras de querer vomitarlo. El líquido consiguió hidratar el camino por el que pasó y retando al dolor que le producía, abrió la boca, cogió aire y dijo:

—¿Cómo están mis padres?

Alexander sintió un intenso calor que nada tenía que ver con la temperatura fresca de primera hora del día. No sabía cómo decírselo. Lo que sí sabía era que no podía mentirla.

—María —empezó diciendo con un tono de voz inseguro. La chica se puso tensa—. Lo siento, tus padres... tus padres han fallecido.

La muchacha cerró los ojos por un momento y, al abrirlos, varias lágrimas corrieron por su huesudo rostro.

—Hay que enterrarlos —consiguió decir a duras penas.

Alexander asintió y, conmovido, la estrechó con delicadeza entre sus brazos.

—Quédate aquí, en cuanto tenga todo preparado te avisaré.

Otra vez le tocó la penosa tarea de cavar las tumbas. Aparte del esfuerzo físico que suponía, había algo peor y que agotaba mucho más: el dolor de tener que despedir para siempre a un ser querido. Le golpeaba con tanta intensidad, que le dejaba agotado y sin ánimo.

Después de tan dura tarea, avisó a María. Se sorprendió al ver que su rostro mostraba mejor aspecto. Parecía, incluso, que la temperatura corporal era la normal. Intentó convencerla para que no viese a sus padres en ese estado tan lamentable, pero ella insistió en contemplar sus rostros por última vez. Cuando descubrió el cuerpo de su padre, María cerró los ojos. El hombre, aunque tenía la cara y el cuerpo hinchados, no mostraba un aspecto muy diferente al habitual. Sin embargo, cuando descubrió el cuerpo lechoso, transparente y deformado de su madre, no pudo retener su rabia e impotencia. Se derrumbó y rompió a llorar desconsoladamente.

Alexander volvía a notar presión en el pecho. Aunque apenas conocía a los padres de la chica, ver a María rota de dolor le encogía el corazón.

Después de enterrarlos y de clavar dos nuevas cruces, quemó las sábanas que habían utilizado el herrero y su mujer. Aprovechó el fuego para desprenderse de la apestosa ropa que trajeron consigo. Lo único que mantuvo fueron dos faldas con sendas camisas y una pañoleta de María. En cuanto pudieran, ya comprarían ropa nueva.

La chica se instaló en la alcoba de Jesús, la cama era mucho más cómoda que la de la caseta. El resto del día lo pasó en un estado de semiinconsciencia, con constantes idas y venidas, despertando sobresaltada, con el pelo y el cuerpo empapados.

Alexander preparó caldo de carne con verduras y en los períodos en los que la chica se mantenía consciente, le daba unas cucharadas. La pobre estaba hambrienta y comía con gusto.

Esa noche pudo descansar en la cama de Daniel. Como no quedaban juegos de sábanas, tuvo que dormir directamente sobre el colchón.

A la mañana siguiente, después de preparar la infusión, entró en la alcoba dónde descansaba María. Para su sorpresa, estaba despierta y sentada en la cama. Su aspecto había mejorado visiblemente. Su rostro exhibía cierto tono y las pequeñas manchas que poblaban su cuerpo estaban desapareciendo. Después de beber el líquido se levantó, salió con paso tembloroso y, ayudada por Alexander, se dirigió a las tumbas de sus padres.

—Déjame un momento a solas, por favor —solicitó con un tono cercano al susurro.

El muchacho asintió y obedeció. Entendía que, de alguna manera, María tenía que despedirse a solas de sus padres.

La chica, al rato, volvió por su propio pie al interior de la casa y se reunió con él. Compartieron mesa para desayunar. Comía con ganas y daba la sensación de que le sentaba bien. La tos persistente, que padecía días atrás, cada vez era menos frecuente. Alexander le preparó la palangana metálica con agua y jabón. La chica se lavó y consiguió desprenderse del inmundo olor que le acompañaba.

Por la tarde, María empezaba a parecerse a la chica que conoció. La recuperación era asombrosa. No solo no le sentaba mal la comida, sino que comía con voracidad.

Aunque con paso torpe, era capaz de caminar. El aire puro, libre del aroma putrefacto de las chabolas, y el sol fueron añadiendo color a su rostro y sus ojos volvieron a mostrar parte del brillo que tanta fuerza le daba a su mirada.

Recorrieron los alrededores de la casa. Alexander le mostró el olivar en el que fue a parar el día que tuvo que salir de la ciudad

apresuradamente. Después, el malogrado molino. A pesar de la pena por la muerte de sus padres, María disfrutaba del paseo.

—Es exactamente lo que siempre he soñado. Vivir en el campo, lejos de la ciudad. Respirar aire puro y poder trabajar la tierra sin depender de nadie —dijo la muchacha ilusionada.

—Se necesitan muchas horas de trabajo para poner todo en marcha de nuevo, pero el esfuerzo, valdrá la pena.

El resto del día transcurrió tranquilo. María había recuperado parte de su vitalidad. Al llegar la noche, después de cenar, estaba extenuada. Volvieron a dormir separados.

Al día siguiente, no solo no presentaba signos de la enfermedad sino que, después de tomar el amargo líquido, recuperó la energía de antaño. Pasaron toda la mañana intentando recuperar el sistema de riego. Las acequias con la tormenta quedaron anegadas y poco a poco fueron retirando los restos que taponaban el paso del agua. Cada poco, María paraba a descansar y a beber agua. Aunque era un trabajo pesado, la ilusión les daba la fuerza necesaria para acometerlo. Alexander sonreía todo el tiempo. Después de los últimos acontecimientos, ver a María a su lado y recuperada, le hacía sentir una alegría a la que no estaba acostumbrado.

Estaba siendo otro día caluroso, la visión de María sudando y con poca ropa pegada a su piel, le provocó un movimiento incontrolado en la entrepierna. Por un momento pensó que iba a estallar de placer.

Después de cenar, y aprovechando la buena temperatura, salieron al exterior. Se sentaron en el suelo. La luna nueva brillaba en lo alto con luz tenue. Sultán se sentó al lado de ellos disfrutando de la tranquilidad. Solo el cantar de los grillos y el croar de las ranas rompía el silencio. La temperatura era perfecta. Las estrellas brillaban con fuerza en el firmamento. Alexander y María las miraban absortos, disfrutando del momento.

—¿Crees que nuestros padres estarán allí arriba, protegiéndonos y esperándonos? —preguntó la muchacha, que gracias a la casi total oscuridad disimulaba las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Quiero pensar que sí. Me encantaría reencontrarme con ellos algún día.

—Por un lado, estoy agradecida de que se hayan ido. Por lo menos han dejado de sufrir.

La imagen idílica de las estrellas brillando en el cielo, arrancó a Alexander el recuerdo de lo que leyó en el libro de la biblioteca de los libros perdidos. Habían pasado dos años desde entonces y aquel texto todavía era un misterio para él. Aunque era algo que prometió no contar a nadie, quiso compartirlo con ella.

—¿Recuerdas la iglesia de San Francisco de Jesús? —preguntó de repente rompiendo el silencio.

—Claro, nunca la olvidaré. Fue donde te conocí.

—Allí tuve varias experiencias que nunca te he contado. El Padre Evaristo quiso abusar de mí, pero me resistí, por eso tuve que salir sin despedirme. —María le agarró de la mano—. Pero antes de aquello descubrí algo que poca gente sabe. Te lo voy a contar, pero debes guardar el secreto.

La muchacha giró el cuerpo en dirección a Alexander.

—Descubrí, por casualidad, que debajo de la iglesia hay una biblioteca de un tamaño muy superior al del propio templo. —La fuerza con que le apretaba la mano aumentó—. Dentro está Zacarías, que es el encargado de custodiar los libros que contiene. Es secreta y esconde libros prohibidos por la Iglesia. ¿Sabías algo de lo que te cuento?

—Es la primera vez que oigo hablar de esa biblioteca —respondió ella sin pestañear.

—Allí abajo encontré un libro abierto sobre una enorme mesa de madera. Pude leer unas líneas y se me quedaron grabadas. Desde entonces perturban mi tranquilidad. No hay un solo día que no dedique un rato a pensar en ello. Pero soy incapaz de entender su significado.

Hasta Sultán miraba con interés.

—¿Y qué decían esas líneas? —preguntó María cada vez más intrigada.

—Exactamente decían lo siguiente: las estrellas de ocho puntas y los círculos perfectos, que se esconden en el cielo de nuestro primer hogar en el taifa de Sevilla, marcan el punto exacto del gran tesoro acumulado durante años. Cercado por un enorme muro, solo es accesible rodeando la roca que protege y custodia el lugar.

María abrió la boca para hablar y él levantó la mano indicando que no había terminado.

—Allí donde la luna sale cuando el sol está en mitad de su camino descendente, se podrá acceder a él. En la portada, con letras que parecían de oro, podía leerse: disolución del califato proclamado por Abderraman III. Siglo XI, taifa de Sevilla.

María se quedó pensativa.

—Está claro que el libro lo debieron escribir los musulmanes que poblaban la península hace años. Lo sé porque hay un moro en las chabolas que siempre cuenta la misma historia —expuso la muchacha pensativa—. No entiendo qué puede significar el mensaje. Lo único que se me ocurre es algo relacionado con lo de nuestro primer hogar. Aunque a lo mejor es una tontería.

—Seguro que no lo es. ¿A qué crees que se referían?

—Habla de nuestro primer hogar. Se refiere al conjunto de ellos. Y no se me ocurre un sitio mejor para referirse a su hogar, que el lugar

donde se reúnen a rezar.

Alexander tenía la boca abierta.

—Una mezquita —dijo pensativo—. Pero en Sevilla no queda ninguna.

—Eso no lo sabemos con seguridad. Si un día volvemos a las chabolas se lo podemos preguntar a Hassan, quizá él sepa algo.

Alexander asintió. Lo que decía María tenía mucho sentido. Las mezquitas eran los lugares donde se juntaban a rezar y por lo tanto las consideraban su hogar.

—Si supiéramos cuál fue la primera mezquita que construyeron en Sevilla, quizá pudiéramos descubrir a qué se refería el libro con lo de "los círculos perfectos y las estrellas de ocho puntas".

Se quedaron en silencio y pensativos. Hacía tiempo que ninguno de los dos disfrutaba de una tranquilidad tan reparadora.

Alexander pasó su brazo por encima de los hombros de María. Se miraron. Lucía la luz suficiente para distinguir los contornos con claridad. Sus labios se juntaron y una ola de amor arrasó sus corazones.

«Por fin esta noche dormiremos juntos», pensó el muchacho.

Cuando se disponían a levantarse para dirigirse al interior de la casa, Sultán saltó como un resorte. En un instante pasó de estar totalmente relajado a incorporarse con el cuerpo en tensión. De pronto comenzó a ladrar a algo que solo él era capaz de oír. Alexander y María se pusieron tensos. La oscuridad que reinaba impedía la visibilidad. La ligera brisa que movía sus cabellos, les transportó un desagradable olor, olor que les recordó el aroma que se respiraba en las chabolas. Después oyeron el sonido de los pasos que pusieron en alerta a Sultán.

28 de marzo de 2019

Hacía un rato que el sonido de detrás de la puerta había cesado y Patricia lo agradecía. La seguridad adquirida con las raíces iba disminuyendo poco a poco.

Fernando, por su parte, empezaba a notar ciertos signos de incomodidad al recordar el beso que se dieron hacía unas horas. Le había encantado, pero ahora, que le estaban bajando por momentos los efectos, le costaba creer que hubiera sido capaz de dar el paso. Lo bueno era que ella no le rechazó y que se mostró igual de apasionada que él.

Llevaban unos minutos en silencio. Hablar empezaba a ser trabajoso debido a la sequedad de boca. Se sentían ligeros y hasta el grosor de los dedos parecía haber disminuido.

Patricia se levantó con la linterna encendida y se acercó a los cuadros. Era sorprendente el realismo que transmitían. Los colores, las formas... daban la sensación de movimiento. La cara de las mujeres quemándose reflejaban el dolor que padecían. Por un momento se estremeció al pensar que esos sucesos ocurrieron en realidad.

Lo que más le llamaba la atención era el brillo de las llamas. Parecía que su luminiscencia se reflejaba en los cuerpos de los presentes.

De repente, una idea le estalló en el cerebro. Se giró para mirar a Fernando, la linterna le deslumbró por un momento y este puso la mano para frenar el chorro de luz; Patricia la apagó.

—¡Creo que lo tengo! —dijo con los ojos muy abiertos.

—¿El qué? —respondió Fernando que seguía sentado al lado del candil.

La cara de Patricia transmitía seguridad y confianza.

—El mensaje del diario: «el fuego custodia el secreto». —Cierto aire de esperanza se dibujó en la cara de Fernando—. ¡Los cuadros! ¡El fuego al que se refiere es el de la hoguera de los cuadros! —Fernando asintió con la boca abierta—. El fuego de las hogueras se interpone ante el secreto.

Se levantó, cogió el candil y se aproximó a los lienzos. Patricia descolgó el cuadro del medio. Detrás solo había pared. A continuación descolgó el de la derecha. En él se quemaba la chica pelirroja. Cuando vieron lo que había detrás, una latigazo de alegría recorrió sus cuerpos.

En la pared existía un hueco de forma cuadrada. Dentro, una palanca metálica, oxidada y alojada en un eje. Estaba inclinada cuarenta y cinco grados hacía la derecha. Por un agujero del lateral derecho del hueco, salía una cuerda atada al extremo superior de la

palanca.

Fernando asió con fuerza la barra con la mano derecha y tiró. El tacto era rugoso y tenía zonas que se le clavaban en la palma. No se movió.

—Parece que está atascada —dijo Fernando apoyando el candil en el suelo.

Volvió a intentarlo, pero esta vez con las dos manos.

—¡Joder! No hay manera —exclamó quitándose los restos de óxido de las palmas.

Patricia le miraba, volvía a tener los ojos hundidos; el pecho subía y bajaba visiblemente en cada respiración.

—Un segundo —soltó Fernando, después subió por las escaleras con la linterna.

Al poco, volvió con una de las garrafas de queroseno.

—A ver si esto nos ayuda.

Echó un chorro sobre el eje y el óxido reaccionó al contacto con el combustible. Se empezaron a formar burbujas. Se quitó el zapato de la pierna buena y después se sacó el calcetín y lo enrolló sobre la cuerda para protegerla.

—Sepárate un poco.

Patricia dio varios pasa hacia atrás.

Encendió el mechero y lo acercó con un movimiento rápido. Una llama amarilla se formó alrededor del eje. El calcetín comenzó a arrugarse, sonoramente, en torno a la cuerda; olía a plástico quemado. Al poco, la llama perdió fuerza y se extinguió.

Volvió a coger la palanca entre sus manos, estaba caliente, pero no quemaba, y tiró. Se escuchó un crujido y después giró noventa grados en el sentido inverso a las agujas del reloj. La palanca, en su giro, tiró de la cuerda y un ruido, como de fricción entre metales, sonó en el lateral izquierdo de la puerta.

Se miraron a los ojos. Habían recobrado algo de color en sus rostros, pero la alegría duró poco tiempo.

El sonido volvió con mayor intensidad. Transmitía cierta ansiedad. Era un ruido incesante, frenético... de desesperación.

Se acercaron despacio. Simplemente con tocar la puerta, Fernando supo que que ya no estaba trabada.

Con sumo cuidado la corrió un centímetro. Al instante, el chillido de varias ratas salió por la ranura. Intentaban colarse desesperadamente y se podían ver sus hocicos apretando con fuerza. Sorprendido, la cerró de nuevo.

—¡Damos un paso adelante y dos para atrás! —exclamó Patricia, con un cosquilleo interno.

—Creo que el fuego seguirá siendo nuestro aliado —repuso él—. No hay nada que teman más las ratas que morir quemadas.

Patricia se quedó pensativa. Estaba de acuerdo con él, pero no entendía cuáles eran sus intenciones.

—¡Sígueme! —dijo mientras se dirigía a las escaleras.

Subieron a la estancia superior.

Fernando fue quitando uno a uno los libros de la estantería. Después de vaciarla la golpeó contra el suelo. Sin demasiado esfuerzo consiguió que se desmontara. Por un lado quedaron las cuatro baldas y por otro las cuatro barras verticales, de un metro de largo, que les servían de sujeción y de apoyo. Después se quitó la camisa y, a continuación, la camiseta que llevaba debajo.

Patricia, sorprendida, no le quitaba ojo.

Tiró de ella y consiguió rasgarla, convirtiéndola en dos trapos de similar tamaño. Los ató en el extremo superior de las barras y las impregnó del combustible de las garrafas.

—Ahora, tenemos dos antorchas. Conseguiremos salir de aquí.

Mediados de abril de 1649,

Sevilla

Poco a poco se fue haciendo visible el contorno del extraño que se acercaba. Sultán seguía ladrando de manera insistente. Alexander y María se mantenían inmóviles, aguantando la respiración y nerviosos ante aquella inesperada visita. El movimiento del hombre al andar, alejó los temores de Alexander.

—¡Andrés! —gritó el muchacho a la figura que se acercaba.

El hombre, sin aliento y con gesto de dolor en su cara, tomó aire y consiguió decir:

—La peste... muchos están enfermando... al hijo de mi hermano le quema la frente y no para de vomitar. No sabemos qué hacer... Necesito que me ayudes, por favor.

Sultán dejó de ladrar, aunque se mantenía nervioso y no paraba quieto.

—Entremos —ordenó Alexander.

Una vez dentro, a la luz de una lámpara con una vela en su interior, pudieron ver la cara de angustia de Andrés.

El muchacho, sin perder más tiempo, fue a la alcoba y sacó el saco de las raíces. Cortó ocho trozos.

—Escúchame atentamente —le exigió mientras le ofrecía dos pedazos—. Mastica estas raíces y sácale todo el jugo que puedas. No te tragues la parte sólida, cuando no quede líquido la escupes. Te protegerán de la enfermedad.

El hombre asintió y se las metió en la boca. El fuerte sabor le arrugó el rostro y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no vomitarlas.

—Siéntate un momento —le propuso a Andrés.

Con un gesto, indicó a María que se acercase y le mostró el proceso para elaborar la infusión. Después de endulzarla con miel, vertió el líquido en un recipiente de barro con tapa.

—Tienes que dar un vaso de este líquido a tu hermano, a su mujer y a su hijo. Recuerda, solo un vaso, si bebieran más, lo vomitarían y no les haría efecto. No entres en su choza y diles que no salgan. Mañana, al despertar, deben tomar, los tres, otro vaso —dijo mientras le ofrecía el recipiente—. Vamos, cogeremos los caballos e iré contigo.

—Por la noche es peligroso. Si nos ven con los caballos seguro que te los quitarán y no dudarán en matarte si fuera necesario.

—Iremos hasta las proximidades, allí te bajarás y harás el resto del camino a pie.

Sacaron los caballos del establo y se pusieron en marcha. Como la

noche era oscura, los animales no podían acelerar el paso. Gracias a eso, también eran poco visibles. A lo lejos, alcanzaron a ver las diversas hogueras que indicaban la proximidad de las chabolas. Andrés bajó del caballo y se despidieron.

Al llegar a la casa María estaba preparando infusiones de raíces, tal y como Alexander le había enseñado. Llenaron cinco jarrones del amargo líquido mezclado con la resina y la miel. Cuando acabaron, se fueron a acostar. Esa noche, aunque durmieron juntos, no pudieron acabar lo que con tanto amor comenzaron un rato antes. Estaban intranquilos y preocupados por la gravedad de la situación.

Al día siguiente despertaron pronto. Alexander tenía la sensación de no haber pegado ojo. Después de masticar cada uno dos pedazos de raíz, el muchacho cargó los jarrones en el carro y fue a despedirse de María.

—No creo que vuelva hasta la noche. Llevaré el líquido para los enfermos e iré a comprar al mercado todo lo que pueda para llevarlo a las chabolas.

—Yo voy contigo —exigió ella convencida.

—¡Pero si acabas de curarte! Estás débil y es peligroso.

—Me sacaste de allí, pero no me olvido de la miseria que hay. Mis padres me enseñaron a ayudar al que lo necesita y no los defraudaré.

Ante tan tajante respuesta, Alexander se quedó sin palabras, no puso ningún impedimento y dejó que subiera al carro con él.

Llevaban medio camino cuando la muchacha rompió el silencio.

—¿Qué tienen esas raíces?

—No lo sé, las traje desde Inglaterra y mi madre me las dio a comer desde pequeño. Es un secreto de familia que ha pasado de generación en generación. Lo único que sé es que protegen contra las enfermedades. No recuerdo haber enfermado nunca y mi madre corría igual suerte.

Al llegar a las cercanías de las inmundas casas, como en otras ocasiones, varios grupos de chiquillos jugaban, sucios y medio desnudos. Esta vez el grupo al que se dirigía habitualmente de tres niños se había reducido a dos. Alexander bajó del carro. En cuanto los niños se percataron de su presencia, corrieron hacia él.

—Hola —dijo uno de los niños—. Nuestro amigo se ha puesto malo.

Alexander asintió con la cabeza.

—Necesito que aviséis a Andrés, el tío de vuestro amigo. Corred, es importante.

Los niños, obedientes, echaron a correr hasta desaparecer. Cuando salió el hombre, aunque cojeaba, se movía con una agilidad que no mostraba días atrás. «Las raíces», pensó Alexander.

—¿Cómo está el pequeño? —preguntó preocupado.

—Ayer, cuando llegué, les di el líquido. Mi hermano me ha contado

que, después de beberlo, se le calmaron los escalofríos y por fin pudo descansar. Esta mañana han tomado un vaso los tres y parece que ya no desprende tanto calor.

—Hemos traído más líquido para los enfermos. Tenemos que organizarnos, Andrés. Lo primero, necesitamos un sitio seguro para dejar el carro y el caballo —dijo el muchacho mientras le ofrecía un par de raíces para que las masticara.

—Hay un lugar para dejar los carros. Vamos.

El hombre se montó con ellos, se metió las raíces en la boca y se pusieron en marcha. Al otro lado de las chabolas, en la parte más alejada al puerto, un descampado albergaba varios carros. Un hombre de tez morena y espesa barba canosa sentado en una vieja silla se ocupaba de vigilarlos. Después de pagarle los tres reales que exigió por custodiar el carro y alimentar al caballo, descargaron tres jarrones, los otros dos los dejaron ocultos debajo de una lona.

—Necesitamos un bote de pintura y una brocha. ¿Dónde podemos conseguirlo?

—Yo tengo cal, si te vale, por otros cinco reales es tuya —dijo el guardián de los carros después de aspirar humo de su cigarro.

Aunque sabía que aquel hombre se estaba aprovechando de las circunstancias, asintió y le dio las monedas. El guarda silbó y gritó:

—¡Manuel!

Al momento, salió de una chabola, situada a escasos metros, un joven de una edad similar a la de Alexander. Mostraba un torso musculado y el pelo sucio y alborotado.

—Saca la palangana con la brocha y la cal.

El chico entró de nuevo a la chabola sin rechistar. Cuando salió llevaba entre las manos un recipiente metálico. Se acercaron a comprobar su contenido. Dentro tenía una brocha de cerdas redondas y unos trozos de lo que parecían piedras de color blanco. El hijo del guarda las dejó y desapareció sin mediar palabra.

—Hay que mezclarlas con agua. Las piedras se disuelven y valen como pintura blanca.

Sin perder más tiempo, se acercaron a la orilla del río para coger agua. El espectáculo era dantesco. Se veían peces muertos rodeados de moscas. Las ratas los devoraban ansiosas y, ni siquiera, los gatos se atrevían con ellas. El nivel de suciedad revolvía el estómago de Alexander que no estaba acostumbrado a tanta inmundicia. El color del agua era marrón y desprendía un olor desagradable. En las orillas la gente tiraba desperdicios al cauce. Llenó la palangana. Después de un rato dando vueltas a la mezcla, las piedras se diluyeron y como resultado obtuvo un líquido blanco que serviría para el fin que tenía planeado.

Se adentraron en la confinada urbe. La pañoleta que usaba María

sobre sus hombros, después de rasgarla en tres trozos, les sirvió para taparse la boca y la nariz; por lo menos así disimularían en parte el fuerte olor. Llamaban a las puertas de las viviendas para comprobar el estado de sus ocupantes. Cuando llamaron a la quinta choza, nadie contestó. Empujaron la puerta y esta se abrió sin dificultad. Aun con la nariz tapada se podía percibir la densidad del aire que respiraban. Postrados sobre dos mugrientos jergones se mostraban los cuerpos sin vida de un hombre y una mujer. Sus ojos abiertos miraban sin ver a un punto fijo y, el gesto grotesco de sus caras, mostraban el horror que padecieron. Su cuerpos todavía mantenían algo de calor, lo que indicaba que no había pasado mucho tiempo desde su muerte. Allí ya no podían hacer nada. Salieron y Alexander marcó la puerta con una cruz. Continuaron. No tardaron en encontrar a los siguientes afectados. Sobre un sucio jergón, una mujer acariciaba su prominente tripa, como si de esa manera pudiese proteger al ser que estaba engendrando. Tenía el rostro empapado y su cuerpo, prácticamente desnudo, brillaba por el reflejo de los rayos de sol que conseguían entrar. Al lado, su marido, con gesto serio y de preocupación. Al preguntarle explicó que el día anterior, a Elena, como se llamaba su mujer, se le descompuso el cuerpo y, aparte de vomitar, necesitaba continuamente hacer de vientre. Ya por la noche empezaron los sudores y la fiebre.

Todos los síntomas que relataba aquel hombre, eran conocidos por Alexander.

Después de llenar dos tazas de barro agrietado y sucio, le dijo:

—Este líquido ayudará a tu mujer a recuperarse, y a ti te protegerá de la enfermedad. Mañana regresaré y volveréis a beberlo. También nos encargaremos de traeros alimento. La única condición que os impongo es que no salgáis. Así evitaremos que la enfermedad se propague. Mañana preguntaré a vuestros vecinos. Si me dicen que habéis salido, no volveré por aquí.

El hombre le miraba con los ojos muy abiertos y asentía en todo momento.

—Si cumplís con lo que os digo, vendremos todos los días y os aseguro que, con este líquido, tu mujer mejorará y tú no enfermarás —afirmó sin estar muy seguro de lo que decía.

—¿Cuánto tiempo tendremos que estar así? —preguntó el hombre.

—Cuando pasen veinte días, si tu mujer se ha recuperado y tú te encuentras bien, podréis salir —respondió con convicción.

Durante los años que estuvo con el Padre Ángel, Alexander había leído libros donde relataban los estragos causados por la peste en épocas pasadas, y lo importante que era intentar que no se propagara. En casi todos se mencionaba que los alientos pútridos facilitaban la transmisión entre personas y allí, si algo abundaba, eran los aromas

nauseabundos.

Cuando salieron marcó la puerta con un punto blanco. Su intención era ir añadiendo una marca por cada día que pasara, hasta llegar a los veinte. Entonces, valorarían el estado en el que se encontraban. También añadió un dos en números romanos, indicando así el número de personas que vivían en su interior. Habló con los vecinos de la pareja y les explicó la situación. Deberían acercarse lo menos posible a las chabolas marcadas con pintura blanca y vigilar que no salieran.

Así fueron recorriendo, puerta por puerta, cada una de las chabolas de ese lado del río. Encontraron bastantes casos, aunque menos de los que sospechaban. Por todas las chozas iban explicando el procedimiento de las marcas de pintura y todos se mostraban dispuestos a colaborar. A cambio, ellos se comprometían a llevar el alimento que pudieran conseguir en el mercado.

Al terminar salieron de la urbe y se sentaron. Los pulmones agradecieron por fin el aire fresco. Sus cuerpos se negaban a responder, pero no podían perder tiempo. Todavía les quedaba el arrabal de Triana. De los tres jarrones, sobraba la mitad de uno.

Volvieron a por el carro, y sin parar a comer, se encaminaron a la otra orilla. Esta vez fue el amigo de Andrés el que se encargó de cuidar el carro. Siguieron la misma rutina. A María se le formó un nudo en el estómago cuando pasaron por la chabola en la que vivió con sus padres. Sus ojos rojos delataban que estaba haciendo un gran esfuerzo por no llorar. Ya estaba ocupada y su inquilino no mostraba signos de la enfermedad. Al lado, en la puerta de otra choza, un hombre con rasgos árabes, vestido con una túnica y con barba negra rizada, los contemplaba fumando.

María lo reconoció, saludó a Hassan y le dijo a Alexander:

—Este es el vecino del que te hablé.

El chico se sentó a su lado, se presentó y le preguntó por Abderraman III. Al hombre se le iluminaron los ojos. Con pasión, comenzó a relatar la época esplendorosa de Al-Ándalus durante su califato en Córdoba, su posterior disolución en España y la creación de los pequeños reinos independientes, llamados taifas. Entre ellos estaba el de Sevilla.

—Hassan, ¿sabe qué ocurrió con las mezquitas que había en Sevilla? —preguntó el muchacho.

—Muchas se destruyeron, otras se convirtieron en iglesias.

—¿Sabe cuál fue la primera mezquita que se construyó en Sevilla?

—Todos los musulmanes lo saben. La mezquita de Ahmed. Después de la Reconquista se transformó en una iglesia.

—¿Existe todavía? —preguntó María.

El hombre de la túnica asintió con cara seria.

—Ahora ocupa su lugar la iglesia de la Cruz Redentora.

La pareja se miró.

—¿La conoces? —preguntó él, expectante.

La muchacha asintió.

—Está cerca de la casa donde iba a servir. Al lado de la puerta de Córdoba.

Alexander sintió un cosquilleo por todo el cuerpo.

Después de despedirse de Hassan, continuaron.

A los enfermos que mostraban bultos, aparte del líquido, les dejaba una pequeña porción de resina para que la fundieran y la untaran sobre ellos.

En total marcaron ochenta y tres chabolas. Nueve de ellas con una cruz, indicando que sus ocupantes habían muerto. Andrés y su amigo José se encargaron de sacar fuera los cuerpos sin vida para que les dieran sepultura.

Una gran hoguera sirvió para quemar la ropa y las pertenencias de los fallecidos.

Caminaban arrastrando los pies. Habían pasado la mañana y parte de la tarde recorriendo las apestosas calles de las chabolas, pero estaban satisfechos.

La pareja, acompañada de Andrés, entró al interior de la ciudad. José se quedó fuera esperando y cuidando el carro. Después de sobornar a los guardas de la puerta se dirigieron directos al mercado. Los puestos que antes rebosaban de alimentos y productos típicos, ahora mostraban poca calidad y variedad. La escasez de ellos inflaba los precios. Aun así, llenaron cuatro cestas. Al salir las cargaron en el carro junto a los jarrones vacíos.

—Llevadlo a vuestros vecinos e intentad repartirlo de forma justa. Priorizad entre los enfermos. Les dejáis los alimentos en la entrada, llamáis a la puerta y os retiráis. Cuando lo hayan cogido os aseguráis de que vuelven a encerrarse —ordenó el muchacho mientras les daba quince reales a cada uno—. Llevaos el carro y se lo dejáis al gitano. Más tarde volveremos a por él. Mañana repetiremos los pasos que hemos dado hoy.

José, el amigo de Andrés, preguntó:

—¿Podríamos beber de ese líquido mi mujer y yo?

Como sobró parte de uno de los jarrones, le dijo:

—Bebed un vaso cada uno. Mañana os daré raíces para que las mastiquéis.

Se despidieron. Alexander y María volvieron a entrar a la ciudad. Después de comer algo y comprar las prendas de vestir que ella necesitaba, se dirigieron con ánimos renovados a la iglesia de la Cruz Redentora.

Las calles, que solían rebosar de vida y actividad, se mostraban desiertas. El miedo a la enfermedad era poderoso y los sevillanos no

salían, a no ser que fuera necesario.

La iglesia, construida con ladrillo de color pardo, constaba de una torre en su lateral izquierdo coronada por un campanario. La fachada de la nave del templo tenía forma triangular en su parte superior y exhibía un gran rosetón. La precedía una gran puerta de madera situada bajo ocho arcos ojivales.

Entraron. La amplitud interior contrastaba con la sencillez del templo. Detrás del altar, un enorme retablo de madera representaban escenas bíblicas. La muchacha sintió como, gracias a la baja temperatura, se le erizaban los vellos de la nuca. Algunos bancos estaban ocupados por fieles concentrados en sus rezos. El párroco no estaba presente.

Alzaron la mirada al techo. En la zona central, ocupando la zona más alta del templo, se podía contemplar la parte interior de una cúpula. Desde esa posición no era visible del todo. Se sentaron en un banco justo en su vertical. Su visión hizo que un ramalazo de nervios les recorriera todo el cuerpo; la sensación de frío aumentó. La semiesfera, que formaba la parte interna de la cúpula, estaba revestida por un mosaico. El dibujo que representaba era simétrico respecto a dos ejes perpendiculares. En él se plasmaban diversas figuras geométricas. Había círculos, elipses... Unas figuras se cortaban con otras formando estrellas... Contaron los círculos perfectos sin tener en cuenta las elipses. Después, las estrellas de ocho puntas. Resultaba más difícil de lo que parecía. Desde aquella distancia, las figuras se juntaban complicando la labor. Tuvieron que repetir el proceso varias veces hasta que, por fin, los dos coincidieron. Contaron veinticuatro círculos y treinta estrellas.

De camino a casa, después de haber recogido el carro, María sacó a Alexander de sus pensamientos. El muchacho llevaba un rato callado.

—Ya conocemos a qué se referían con los círculos y las estrellas, ahora solo debemos averiguar qué significa lo de que “marcan el punto exacto”.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Coordenadas —soltó de repente con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—¡El punto exacto! ¡Son coordenadas geográficas! ¡El número de círculos y estrellas indican el punto exacto del gran tesoro acumulado durante años!

María, con la boca abierta, sintió un escalofrío al comprender que eso tenía sentido.

—Lo malo es que no sabemos la orientación. No sabemos si son este, oeste, norte o sur —dijo el muchacho con cara de fastidio.

Poco más hablaron durante el resto del camino. Sus cerebros estaban demasiado ocupados intentando resolver el mar de incógnitas

en el que navegaban.

Los días pasaban y, para la sorpresa de Alexander, los enfermos y los que vivían con ellos en la misma choza, cumplían con rigidez el confinamiento. Cada mañana proveían del líquido milagroso a los que lo necesitaban; estos, ansiosos, lo bebían con avidez. Todos los días encontraban alguna choza con nuevos contagiados. El número de jarrones paso de cinco, que llevaron el primer día, a ocho. La evolución de los enfermos que mostraban en un principio síntomas leves era buena. La chica embarazada dejó de tiritar y, aunque su rostro mostraba cierta palidez, comía con ganas. El sobrino de Andrés se mostraba inquieto. Había recuperado la sonrisa y la energía, y mantenerse encerrado resultaba difícil para un niño tan movido.

Sin embargo, los enfermos que mostraban signos más avanzados de la enfermedad, seguían una evolución similar a la que experimentó Daniel: cuando parecía que empezaban a mejorar, sin saber por qué, caían en picado a una muerte dolorosa.

Para mitigar los malos olores que se respiraban, se procedió a purificar el ambiente mediante la quema de plantas aromáticas. Alexander prometió que daría diez maravedíes por cada rata muerta. Los muchachos sanos pasaban las horas en busca de los roedores. Las amontonaban y al final del día se procedía a su incineración.

Alexander adquirió en el puerto varios sacos de piedra de cal para convertirla en pintura blanca. Conocía sus propiedades desinfectantes. Junto con la cal, compró brochas y palanganas. Por turnos, los vecinos sanos pintaban la superficie exterior de sus chozas. Las chabolas de los enfermos las pintaron los vecinos de alrededor. En poco tiempo, el aire que se respiraba mejoró y el conjunto la mugrienta urbe, pintada de blanco, mostraba un aspecto más saludable.

Todas las mañanas, miembros de diversas órdenes religiosas llevaban alimento a las chabolas. Entre eso, y lo que Alexander y María llevaban a diario del mercado, se conseguía, en cierta medida, aplacar el hambre. Andrés y José se convirtieron en sus más leales ayudantes. Aparte de las raíces, que les daba a diario, siempre caían unos reales que de otra manera les sería imposible conseguir. Corrían rumores de que era posible que cerraran el puerto para evitar la entrada y salida de la enfermedad por vía naval, y la cantidad de barcos que arribaban en el muelle cada vez era menor.

Los días eran extremadamente duros y habían dejado las labores del huerto de lado, pero el grado de satisfacción que se llevaban cada noche, cuando llegaban a casa, lo compensaba con creces.

El saco de las raíces empezaba a vaciarse de manera alarmante. Al ritmo que llevaban, aguantaría poco más de un mes. Era un tema que les preocupaba. Los ahorros de Jesús todavía estaban intactos, pero el cofre de Daniel pronto se vaciaría.

Teresa, la mujer de José, se unió a las tareas de repartir el jugo de las raíces entre los enfermos. Al ser cinco personas, el trabajo les llevaba menos tiempo. La inmundicia en las estrechas calles disminuyó y se limpiaron las orillas del río para evitar que los peces muertos atrajeran a las ratas.

Ese día la cara del muchacho mostraba un tono rojo intenso; el sol apretaba con fuerza y la humedad del ambiente, debido a la proximidad del Guadalquivir, agravaba la sensación de calor. Cuando salieron de la choza de la mujer embarazada, Alexander marcó el séptimo punto blanco. Ver mejorar a los enfermos era lo que más les animaba y tiraba de ellos a pesar de ser una tarea tediosa.

Prácticamente habían terminado cuando un niño se acercó corriendo hasta ellos. El pequeño iba descalzo y vestía con harapos, aún así, sonreía continuamente.

—Señor —dijo el pequeño sofocado—. Hay un hombre que pregunta por usted. Está esperando fuera, cerca de los carros.

Alexander se secó el sudor de la frente.

—Continuad vosotros, ahora vengo —dijo mirando a María con cara de extrañado.

Salió al exterior detrás del pequeño.

—Es ese hombre —dijo el chiquillo.

Le dio unas monedas y el pequeño se esfumó.

La elegancia de aquel hombre le puso en alerta. Vestía un jubón granate y calzaba botas de piel. Mostraba una barba negra con incipientes canas, bien cuidada.

—Buenos días —saludó —. ¿Qué quiere de mí?

—Buenos días —respondió el hombre con seriedad—. Me llamo Pascual y soy médico en el hospital de Triana. He oído que los enfermos de peste, aquí en las chabolas, están mejorando. Y dicen que es gracias a ti. Necesitamos ayuda, estamos desesperados.

Alexander tragó saliva. Aunque sintió una punzada de orgullo al ver que un médico recurría a él, también sabía que el saco de las raíces no daría para mucho más.

—Sería de gran ayuda que vinieras conmigo al hospital y nos guiases para saber cómo actuar —dijo el médico en tono de súplica.

—Le acompañaré, pero no iré solo. Una mujer vendrá conmigo.

El médico asintió.

Después de avisar a María se dirigieron al hospital.

—Tomad —dijo el médico ofreciéndoles una máscara de la que salía un extraño y largo pico—. Es para protegeros de la peste.

—Gracias, no lo necesitamos —dijo María tapándose la boca y la nariz con la tela que usaba habitualmente.

Pascual no insistió. Cubrió su cuerpo con una larga túnica que le llegaba hasta los pies. Esta llevaba una capucha que tapaba la cabeza

una vez puesta la máscara picuda. A Alexander le pareció un hombre pájaro. Siguieron al médico hasta una gran sala llena de camas. Sobre ellas, enfermos de diferente gravedad. Los médicos, ataviados con los mismos ropajes de Pascual, practicaban sangrías intentando purificar la sangre y untaban cremas sobre los bultos que exhibían algunos de los enfermos. Varios gritaban de dolor, al ser intervenidos con un bisturí en la misma sala para extirpar dichos bultos.

A continuación fueron al despacho de Pascual. El médico se quitó la máscara y la túnica. Sudaba profusamente. Se sentaron.

—Hemos probado con todo lo que está en nuestras manos —reconoció el médico con rostro compungido—. Ni las sangrías ni las purgas dan resultados. Probamos extirpando los bubones, pero la enfermedad avanza y no tenemos modo de frenarla. En el hospital de las Cinco Llagas están igual.

—Traje conmigo, desde Inglaterra, las raíces de una extraña flor que crece en algunos de sus valles. Las llevo tomando desde pequeño. Es un secreto de familia que ha pasado de padres a hijos desde hace siglos. Nunca he enfermado y a mi madre le pasaba lo mismo. María —dijo señalando a la chica— enfermó de peste y después de varios días tomando el jugo de las raíces, se recuperó por completo. —Pascual escuchaba atentamente—. He observado que las virtudes de las raíces son efectivas en las primeras fases de la enfermedad, pasada cierta frontera que desconozco, pierden la capacidad de curar.

—Necesitamos esas raíces —rogó el galeno con los ojos brillantes y esperanzado por lo que aquel muchacho le contaba.

—Hay un problema, se están acabando. He intentado plantarlas pero no brotan. Y el compromiso lo adquirí con los más desfavorecidos: los habitantes de las chabolas.

Pascual, desesperado, se echó las manos a la cara en signo de derrota.

Empezaba a oscurecer durante el trayecto de vuelta a casa. María y Alexander miraban al frente y les costaba pronunciar palabra. El panorama del hospital no presagiaba nada bueno.

—Hay que conseguir más raíces —sentenció Alexander de repente. María se le quedó mirando sin decir nada—. Tenemos que ir a Inglaterra. Si no, morirá mucha gente.

—¿Y cómo? —preguntó la muchacha.

—Cada viernes arriba un barco en el puerto procedente de allí. Conozco al capitán. Cuando llegué a Sevilla me dijo que para cualquier cosa que necesitara podía contar con él. —María seguía perpleja escuchándole—. Compartiré las raíces con Pascual. Hoy es lunes, el viernes hablaremos con el capitán Murdock. Espero que no ponga impedimentos para partir en el Fast Arraw rumbo a Inglaterra.

—¿Y si el capitán ya no hiciera esa ruta o se negara a llevarnos?

Nos quedaríamos sin raíces.

— Lo sé, María, pero no podemos abandonar a su suerte a los demás enfermos. También necesitan de las raíces. Es un riesgo que tenemos que asumir. Habrá para todos o para ninguno.

—¿Y para cuánto tiempo tendremos?

—Si triplicamos la producción, habrá para diez, once o doce días como mucho. Si todo sale según mis cuentas, será justo el tiempo que tardaremos desde ahora hasta el día que traigamos las raíces.

María se restregó sus brillantes ojos con los dedos. Eres muy valiente y bueno.

Se besaron y el simple contacto de sus labios hizo que sintieran fuerzas renovadas.

—Por cierto —dijo el chico—, llevo varios días observando a un hombre merodeando por las chabolas. Va bien vestido y cada vez que me ve, me lanza una mirada asesina.

—Es el Francés —afirmó María asintiendo—. Es muy peligroso. Es el cabecilla de un grupo que se dedica a cobrar los alquileres de las chabolas. La gente les tienen pánico. En más de una ocasión han dado palizas a los que no pagan. Ten cuidado con él, es mejor mantenerse alejado.

28 de marzo de 2019

Patricia desconfiaba. Aunque no se consideraba asustadiza, nunca la habían hecho gracia las ratas. Las consideraba animales sucios, propios de alcantarillas y transmisores de infinidad de patógenos.

Por su parte, Fernando se mostraba decidido y seguro de que su plan funcionaría.

Bajaron de nuevo a la estancia subterránea. Aparte de las dos antorchas, llevaban la linterna y una garrafa de queroseno.

Caminaron hacia la puerta. El plan era sencillo. Fernando la correría un centímetro y con la ayuda de las antorchas intentarían ahuyentarlas. Después, buscarían la salida y se alejarían de la maldita casa que tantos problemas les estaba dando.

No hizo falta acercar el mechero del todo para que la antorcha prendiera. Emitía una llama luminosa y constante. Fernando apoyó sus manos en la puerta y cuando se disponía a moverla, Patricia le frenó.

—Espera un momento —dijo cogiéndole del hombro para darle la vuelta. Fernando se ilusionó.

Ella le pasó la antorcha, se acercó al saco, cogió una de las raíces y la metió en el bolso. A continuación, con la lima de uñas, sacó una porción de la resina solidificada y la guardó en el monedero.

—Por si acaso no volvemos.

—Buena idea —reconoció Fernando asintiendo.

Detrás de la puerta se oía a los roedores raspando enérgicamente con sus patitas. Aquel sonido les alteraba la respiración.

Bastó una pequeña ranura para que las ratas asomaran sus hocicos, Patricia acercó la antorcha y, después de emitir el típico chillido agudo, desaparecieron.

Fernando encendió la otra y corrió por completo la puerta. La bocanada de aire que recibieron les obligó a aguantar la respiración durante unos segundos. El olor era nauseabundo. Mezcla de humedad y de materia en descomposición.

—Las galerías —dijo Fernando contemplando la gruta por la que se adentraban.

Los ladrillos que las revestían mostraban humedad y presentaban, en algunas zonas, manchas blancas de cal. El estrecho pasillo que separaba sus paredes les produjo cierta sensación de claustrofobia. La parte superior tenían forma de arco. El metro ochenta y cuatro centímetros de Fernando superaba la altura del túnel. La temperatura, allí dentro, bajó varios grados, lo que provocó que al miedo se le sumara el frío. Fernando, además, sintió humedad en su pie de carne y hueso.

La sensación que tenía Patricia al avanzar en la oscuridad, le recordó a cuando se adentraba nadando en el mar, lejos de la protectora orilla. La luz de las antorchas penetraba en la negrura un par de metros. De pronto, algo entró en el campo de luz que les llamó la atención. Sobre el suelo descansaba algo estático en medio del pasillo. Un par de pasos bastó para que la imagen se hiciera nítida. Era una rata muerta. Acercaron las antorchas. Lo que vieron, hizo que las retiraran con rapidez. La imagen se les grabó en sus retinas. Las tripas del roedor, fuera de su sitio y sirviendo de festín a innumerables gusanos blancos, sería una imagen difícil de sacar de sus cabezas. Rodearon el cuerpo y siguieron adentrándose en la profunda oscuridad. Cada pocos pasos, más cuerpos sin vida. A todos les faltaban partes de su anatomía. Unas yacían sin cabeza, otras con el estómago devorado; incluso una, todavía respiraba y estaba agonizando. Le faltaban las patas de atrás y parte de su cuerpo.

Patricia contuvo el aliento para evitar el vómito. Llegaron a una bifurcación. De la galería partían tres caminos. La oscuridad era completa en los tres.

—¿Por cuál vamos? —preguntó él.

—Yo tiraría por el del medio —respondió ella con una sensación de mareo cada vez más agudizada.

Fernando, sin decir nada, asintió.

Se adentraron por la gruta central. El chillido desesperado de una rata les sobresaltó. Se miraron a los ojos, sin moverse. El corazón les palpitaba con fuerza. A los nervios se le sumaba la sensación de claustrofobia.

Aguantando el aliento dieron un paso. El sonido no cesaba. Con el segundo paso al ruido se le sumó una imagen borrosa. En el tercer paso, la escena de tres ratas comiéndose a otra les terminó de apretar el nudo que ya tenían en el estómago. Los hocicos manchados de sangre se giraron en su dirección. Sus ojos enrojecidos transmitían maldad. Como si estuviesen coordinadas, se pusieron en movimiento a la vez. En poco más de un segundo las tenían prácticamente encima. En el último momento, reaccionaron y antepusieron el fuego de las antorchas. Aun así no huían, se quedaron alejadas un metro esperando la oportunidad para atacar. Se mostraban amenazantes. Fernando abrió la garrafa de queroseno, derramó parte del líquido sobre ellas y, a continuación, acercó la llama de la antorcha. Las ratas intuyeron el peligro y salieron despavoridas.

La multitud de ojos rojos que brillaban en la oscuridad les quitó la idea de continuar por ese camino. Una de las ratas tomó la iniciativa y atacó. Patricia reaccionó, y la lanzó varios metros atrás de una patada. Las otras no se amilanaron y siguieron acercándose paso a paso.

—¡Corre! —gritó Fernando al ver que eran muchas más ratas de las

que pensaba.

Cogieron el camino de la izquierda. En la entrada de la gruta, sobre el suelo y a lo ancho del pasillo, derramó parte del líquido de la garrafa. A continuación acercó la llama y el combustible ardió formando una barrera de fuego. Siguieron corriendo por el estrecho pasillo. Por todas partes se apreciaban cadáveres de ratas mutiladas. El aire estaba cargado y les costaba trabajo respirar. La galería volvió a bifurcarse.

—¡Por el de la izquierda! —gritó Fernando.

Cada impacto de la prótesis sobre el muñón le repercutía en la cadera. Un dolor sordo le impedía moverse con facilidad. La llama de las antorchas empezaba a bajar en intensidad.

Patricia iba adelantada en su carrera y giró, como le había dicho Fernando, a la izquierda. Todo pasó muy rápido. Se topó de frente con otra de las diabólicas ratas. Frenó en seco y el roedor, aprovechando su sorpresa, se lanzó con violencia. El potente salto la dejó atónita. De un manotazo, con la mano libre, intentó quitársela de encima. El animal abrió la boca de forma exagerada y mordió con fuerza su dedo meñique. Había hecho presa y no soltaba. Roía con desesperación, como si la sangre le produjera una excitación enfermiza. En ese momento llegó Fernando cojeando y, extenuado, acercó la llama a la rata. Hasta que no empezó a arder no soltó a Patricia. Después, desapareció en la oscuridad como una bola de fuego.

Últimos días de abril de 1649,

Sevilla

Alexander empezaba a acostumbrarse a ver las atrocidades que la enfermedad dejaba a su paso, pero la imagen de todas aquellas personas en la explanada a las puertas del hospital esperando a ser atendidas, le arañó el corazón. Le estremecía pensar que algo que ni siquiera eran capaces de ver, fuera capaz de hacer tanto daño. No había guerra peor que en la que se lucha contra un enemigo invisible. Ni el ejército más poderoso, provisto con las mejores armas, podría ganar esa batalla.

Era el segundo día que llevaba las raíces y la resina al hospital. María y el resto seguían la rutina en las chabolas. Como no le quedaban tantos jarrones para transportar el líquido, decidió que las llevarían directamente y en el mismo centro médico elaborarían la infusión. Había enseñado a Pascual a elaborar el brebaje. El gasto de las raíces se multiplicó por tres. Una parte iba para las chabolas; otra, para el hospital de Triana y la tercera, para el de las Cinco Llagas. Un muchacho se encargaba de trasportarlas a la otra clínica.

La aldaba metálica que servía para llamar a la puerta del hospital aún mantenía la humedad del rocío. El mismo Pascual le abrió la puerta.

—Ven conmigo, por favor —solicitó el hombre después de dar las raíces y la resina a una enfermera para elaborar la pócima.

El chico caminó a su lado por un pasillo. Cada paso que daba el médico, retumbaba. Tras los ventanales del corredor se podía apreciar a los enfermos agolpados en la explanada de fuera. La imagen de la gente tirada en el suelo retorciéndose de dolor, otros vomitando... volvió a sobrecogerle. Al fondo, una puerta daba paso a una sala sin ventanas. Pascual encendió un candil. Se adentraron por unas escaleras que se perdían en la profundidad. La temperatura disminuía a medida que bajaban. La luz del candil penetró en el interior de la sala subterránea. Alexander sintió un latigazo sordo que le erizó la piel. Encima de una mesa alargada descansaba el cuerpo de un hombre sin vida. La visión de las vísceras expuestas al exterior más que desagradarle, le impresionó.

—Te pido que lo que veas aquí, aquí se quede. Si llegase a oídos equivocados podría acabar como casi acabaste tú. Te vi en el auto de fe.

El chico asintió con el rostro enrojecido.

—Toma, tápate a nariz con esto —ordenó el médico ofreciéndole

un trapo impregnado con un líquido. Alexander obedeció. El olor que entró directo a sus pulmones y camufló el resto de los aromas.

—Luchamos contra el mismo enemigo y debemos compartir todo lo que aprendamos de la peste para intentar vencerla.

A la tenue luz del candil, la piel del fallecido parecía transparente; se apreciaba a simple vista el recorrido de las venas que, como ríos de tono azul verdoso, recorrían su anatomía.

El trapo, que tapaba la nariz y la boca del médico, amortiguaba el sonido de su voz.

—La observación de los enfermos nos ha hecho distinguir tres tipos de evolución —prosiguió Pascual—. Como sabes, algunos presentan bubones. Como tú mismo nos contaste, al untarle la resina dejan de supurar y mejoran rápidamente al beber la infusión de las raíces. —Alexander empezó a sentir calor—. Si el bubón se llega a romper en su interior, están sentenciados. Aparecen manchas negras en las extremidades y mueren a las pocas horas. Pero existe un tercer caso en el que no presentan abultamientos. Cuando eso sucede, los esputos van cargados de sangre y parece como si los pulmones dejaran de cumplir su función. Tienen dificultad extrema para respirar y mueren sumidos en insoportables dolores.

El muchacho hacía lo posible para no perder detalle, pero sentía cierto tembleque en las piernas.

—Mira los pulmones —dijo el médico mientras le mostraba dos masas blancas en el interior del cuerpo sin vida.

Alexander ni pestañeaba. Su cerebro volvió a desbocarse como los días en los que pintó el bodegón en la alcoba de Daniel. La imagen de las entrañas de aquel hombre se le grabó y el extraño olor le volvió a golpear, obligándole a cerrar los ojos. Ni siquiera el líquido que impregnaba el trapo pudo enmascarar el terrible hedor. Pascual sintió como la mano del muchacho se apoyaba sobre su hombro.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, solo he sentido un pequeño mareo. Continúa, por favor —respondió sintiendo como volvía a la normalidad.

—Están blancos, sin vida. Si el enfermo se ve afectado por este tipo de peste, no da tiempo ni a formarse los bubones. Cae en un estado de asfixia y no hay nada que se pueda hacer por él. Creo que las raíces funcionan hasta que no se ven afectados los órganos vitales. Pasada esa frontera, la muerte es irremediable.

De regreso a las chabolas se cruzó con “el Francés”. Sus ojos verdes chocaron contra los ojos marrones de aquel hombre que le intentaba intimidar pero, lejos de eso, le mantuvo la mirada. El rencor y el odio que transmitían demostraban que lo que decía María era cierto.

Un par de nuevos fallecidos ensombreció un día en el que la recuperación de muchos de los enfermos fue la tónica general. En

ambos casos no existía en sus cuerpos rastro de bubones y, como le había descrito Pascual, la dificultad para respirar no encontró su remedio en las raíces.

El sonido de los grillos cantando a coro con las ranas tenía un efecto reconfortante. Aunque, como el resto de días, les quedaban las fuerzas justas para liberar a Sultán del establo y cenar, el regocijo de sacar adelante moribundos, que no tenían otro destino que morir entre dolores, compensaba todos los esfuerzos. El traqueteo del carro sobre el terreno invitaba a cerrar los ojos y María luchaba con sus párpados para mantenerlos abiertos. Cada vez que las ruedas encontraban una irregularidad en su rodadura, los abría exageradamente sobresaltada. El reflejo de la luna en el río se balanceaba por la suave corriente y la brisa nocturna acariciaba sus rostros. El conjunto de todo ello producía un efecto balsámico en Alexander, que se sentía ligero.

El olor de María conseguía arrancar de sus pulmones las pestilencias inspiradas durante el día. Esa noche sería su noche, estaba convencido. Necesitaba sentir el tacto de su piel morena en sus manos, besar todo su cuerpo, poseerla... La simple visión de sus curvas bajo la ropa provocaba en él un fuego que necesitaba apagar. La paz que respiraba recorriendo de vuelta a casa ese oscuro camino, le sirvió para planear su estrategia. Un masaje después de la cena sería la excusa perfecta para buscar lugares escondidos que despertaran en ella un ardor similar al suyo.

Sultán los recibió como solo un perro sabe hacer; el movimiento del rabo y los saltos denotaban que no existía rencor por haber estado encerrado todo el día. De pronto, los saltos cesaron y el animal pasó de la alegría al estado de alarma. Mantenía la posición, estático. Había captado algún sonido o algún olor que tensó sus músculos. Los ladridos del perro sobresaltaron a María, que todavía estaba somnolienta.

—¡Sultán! —gritó la muchacha al animal que, como una exhalación, se lanzó a la oscuridad del camino por donde vinieron.

—Déjale, habrá oído a algún conejo.

Los ladridos, aunque más atenuados, se seguían oyendo. Después de desenganchar el caballo del carro, se dispusieron a descargar los jarrones vacíos. Un aullido de dolor, con los consiguientes chillidos, les paralizó. Se miraron. Era Sultán el que chillaba. «Algo le ha sucedido para que gruña de ese modo», pensaron. Los ruidos cesaron. El silencio del animal no presagiaba nada bueno.

—¡Sultán! —gritó Alexander apoyando uno de los jarrones vacíos en el suelo.

Se adentraron de nuevo en el camino, pero no encontraron rastro del animal. Ni un solo sonido indicaba que pudiera estar cerca. No les quedaba más remedio que esperar a que amaneciera para poder

buscar con luz.

El apetito había cedido el paso a la preocupación. A pesar de todo, se sentaron en el salón y comieron algo. Un golpe en la puerta provocó que María diese un pequeño salto en el asiento. El muchacho cogió el candil y la abrió. La imagen de la entrada desierta aceleró su pulso. Miró a ambos lados y no encontró nada diferente a lo habitual.

—¿Sultán? —gritó al aire esperando obtener respuesta.

Cuando entró de nuevo, la muchacha le miraba con los ojos muy abiertos.

—No hay nadie ahí fuera —le dijo.

María oteó el exterior desde la ventana. Al ver el paisaje desierto, se abrazó a sí misma.

Se sentaron de nuevo. Tres nuevos golpes hicieron que, en este caso, fueran ambos los que saltaran en el sitio. Como un resorte, Alexander se levantó de la silla y abrió la puerta. Algo en el suelo, a los pies de la entrada, le llamó la atención. La imagen de Sultán tirado, inerte y con el pelaje cubierto de sangre, le obligó a aspirara aire con fuerza. Sin tiempo a reponerse de la impresión, dos hombres salieron por el lado derecho de la casa. Empujado por un impulso, se dirigió hacia ellos. La nariz del primer atacante crujió bajo el trapo que usaba para ocultar su cara del fuerte golpe que recibió. Iba directo a derribar al segundo cuando un ruido por detrás le alertó. Un rápido movimiento de cabeza fue suficiente para ver como otros dos hombres se metían en el interior de la casa. Paralizado, sintió como su pómulo derecho estallaba de dolor. Su cabeza rebotó contra el suelo y se sumergió de lleno en la oscuridad.

Cuando abrió los ojos, la vista tardó en enfocar. Intentó moverse, pero estaba atado de pies y manos. La primera imagen que se formó con claridad fue la de María sentada frente a él. Sus ojos brillaban con más fuerza de lo normal y se veía reflejada la luz del candil en ellos. La presencia de cuatro hombres, con sus rostros cubiertos, le hizo regresar a la realidad y fue capaz de situarse.

—¿Dónde están las raíces? —escuchó de repente sin ni siquiera saber cual de los cuatro se dirigía a él.

El muchacho aguantó la respiración y se mantuvo callado.

Unos ojos marrones, que conocía, se enfrentaron a los suyos.

—Haremos un trato —dijo el hombre con un acento que no había oído antes—. Me dices dónde están las raíces y el dinero y no haremos daño a tu querida.

El que estaba más cerca de la chica tenía el pañuelo que le tapaba la cara manchado de sangre. La punta de su cuchillo entró en contacto con el cuello de María. Ella soltó un par de lágrimas. El movimiento continuo de su pecho mostraba la dificultad que tenía para respirar.

Alexander apretó los dientes y respiró hondo. Las cuerdas no solo

ataban sus extremidades, también mantenían sujeta su personalidad violenta que volvió a tomar las riendas en su cabeza.

La sucesión de imágenes, que se agolpaban en su cerebro, le nublaron la vista y el extraño olor a podrido volvió a inundar sus fosas nasales. Podía ver con claridad, como en imágenes fijas una detrás de otra, lo que iba a suceder: les daría las raíces, no le quedaba otra opción, y Sevilla entera quedaría desprotegida ante la peste.

—Están en el armario de la alcoba de la derecha —explicó mientras cerraba los ojos al saber lo que se les vendría encima.

—¿Y el dinero? ¿Dónde lo guardas?

—Detrás del último cajón —respondió el muchacho al ver como una gota de sangre resbalaba por el cuello de María .

Los ojos marrones mostraron un gesto de victoria y no hizo falta verle la boca para saber que sonreía.

Con paso decidido se dirigió a la alcoba. La tensión se cortaba en el ambiente. La muchacha, que sentía como la punta del cuchillo le hería la piel, se esforzaba por no mover un músculo, pero sus piernas y sus manos temblaban involuntariamente. Su pecho subía y bajaba en cada respiración.

El hombre volvió con el saco, las dos cajas metálicas y la cajita de madera.

—¿Qué es esto? —preguntó refiriéndose a las bolitas negras que contenía la caja.

—Son semillas de árboles frutales —mintió manteniendo el aliento con la esperanza de que le creyera.

Los ojos marrones brillaron cuando vieron el contenido de las cajas metálicas. Eso hizo que perdiera el interés por las semillas.

—He visto que preparas un líquido con las raíces.

—Sí, pero se pueden comer directamente. El único motivo por el que las cuezo para hacer el líquido, es para suavizar el sabor. Cuantas más comáis más protegidos estaréis —volvió a mentir.

—No te creo, las coceré —respondió—. Escúchame bien. No me gusta que metas las narices en mis asuntos. Las chabolas son mi territorio y no me gusta verte por allí —expuso “el Francés” utilizando la misma mirada asesina con la que le desafió por la mañana—. Solo os daré esta advertencia, la próxima vez que te vea en las chozas os mataré a los dos y después mataré a todos los que os han ayudado.

Sentenciando la conversación, cogieron el saco de las raíces y las cajas metálicas. Después, desaparecieron.

—¿Estás bien?

María asintió, aunque su cara mostraba todo lo contrario.

—¿Qué haremos ahora? Sin las raíces...

—Seguiremos con nuestro plan —respondió intentando zafarse de la cuerda que sujetaba sus manos al respaldo de la silla—. No

podemos hacer otra cosa.

—¡Maldito Francés!, sabía que de alguna manera nos traería problemas.

El roce de las cuerdas en su muñeca le obligó a desechar la idea de soltarse. Los dedos empezaban a entumecerse y notaba el cosquilleo típico por la falta de flujo sanguíneo. La explosión de adrenalina dio paso a un estado de ausencia, un estado de irrealidad difícil de mantener.

Después de un rato en silencio, María, con el cuello marcado por el recorrido de la gota de sangre, volvía a luchar contra la necesidad de cerrar los ojos y olvidar aquella noche trágica. La cabeza se le balanceaba hacía los lados y, sin poder dar más de sí, se dejó llevar y cayó dormida. Alexander la envidió. Su cabeza, una vez más, y empezaba a convertirse en una costumbre, funcionaba más rápido de lo que era capaz de gestionar. El olor a podrido le revolvió de nuevo. La imagen de Sultán herido de muerte aparecía en cuanto cerraba los ojos y su garganta se cerraba dificultando el simple acto de respirar. Si los mantenía abiertos, se imaginaba escenas de los enfermos agonizando sumidos en dolores y sufrimientos. Se decidió por la opción del perro e intentó recordar algunos de los momentos que vivieron juntos. La imagen de Sultán ladrándole cuando la corriente del río le arrastró hasta allí, relajó su desbocado cerebro y por fin se quedó dormido.

Lo primero que sintió María cuando abrió los ojos fue sequedad en la boca. La notaba pastosa y pedía a gritos un trago de agua. Acto seguido, fue el cuello el que se quejó. Parecía que todo había sido un mal sueño, pero la presión de las cuerdas sobre su piel le confirmaron que había sido real.

Alexander abrió un ojo. El otro, aunque se lo propuso, no pudo.

—¡Madre de Dios, cómo tienes las cara! ¿Te duele? —preguntó la muchacha después de tragar saliva.

—Más que la cara, la cabeza —respondió él volviendo a cerrar el ojo útil un instante.

La necesidad de sentir el amargo sabor de las raíces en su boca, superaba incluso la necesidad de beber. Inspiró hondo, pero la presión en el pecho no desaparecía.

El tiempo pasaba. Un insecto luchaba con desesperación por salir del jarrón lleno de agua que tenían al lado. El movimiento de la superficie del agua incrementaba la sequedad de sus bocas. Ninguno de los dos lo decía pero, en esas circunstancias, no podrían aguantar mucho tiempo. El insecto, vencido por el agotamiento, se rindió.

La puerta de entrada a la casa estaba parcialmente abierta. Cada vez que giraba la cabeza, la visión de Sultán estático le encogía el estómago. Un ruido llamó su atención y se miraron esperanzados. La

cara de sorpresa de María le obligó a girar de nuevo la cabeza en dirección a la entrada. El intruso tenía el plumaje negro y brillaba con el reflejo del sol, dándole un cierto aspecto azulado. Una hebra roja colgaba de su ensangrentado pico. De un salto y dos aleteos se posó encima de la mesa. El cuervo tanteaba el terreno. Quería estar seguro de que no corría peligro. El movimiento de la cabeza de Alexander, más que asustarle, cómo era su intención, le produjo curiosidad. Sobre la mesa, la intensa oscuridad de la semilla, que sacó "el Francés" de la caja, llamó la atención del pájaro y de dos saltos se colocó a su lado. Después de varios intentos fallidos por picotearla, decidió tragársela. El animal permaneció paralizado durante unos segundos y después se desplomó encima de la mesa. Se miraron. El único ojo que mantenía abierto Alexander se inundó con una gota de sudor. Parpadeó varias veces para calmar el escozor. Otro cuervo, similar al anterior, aleteó cerca de su oreja hasta posarse en la mesa. Sobresaltado, movió su cuerpo intentando retirarse. La silla se venció hacia el lado opuesto al del pájaro y cayó. El brazo, que amortiguó el golpe, le devolvió un latigazo de dolor. Abrió el ojo sano y la imagen del cuervo a escasos milímetros de su cara hizo que lo cerrara de nuevo. Apretó la barbilla contra su pecho intentando ocultar los ojos del afilado pico. Los rizos pelirrojos eran un reclamo para el pájaro. «Mientras se entretenga con el pelo dejará tranquilos mis ojos», pensó. El problema vino cuando se aburrió de ellos y empezó a picotear el cuero cabelludo. Al principio eran golpes tímidos, como tanteando la superficie que atacaba, pero pronto obtuvo la confianza que le faltaba y, cada vez que incidía en él, brotaba una gota de sangre de su cabeza, incrementando el tono rojo de su cabello. De nada valía el movimiento desesperado de sus manos intentando zafarse de la cuerda que las amarraba. María gritaba intentando ahuyentar al animal pero, lejos de conseguirlo, hacía que aumentara su éxtasis por atravesar la capa dura para llegar al interior donde encontraría el tierno manjar. El sonido que vino después, más que un graznido pareció un grito de guerra. Para alivio de Alexander, el pico cesó en su ataque. Algo removió su pelo ensangrentado Esta vez el sonido, a escasos centímetros de su oído, le heló la sangre. Se decidió a mirar. La escena sobrecogía. La cercanía a su único ojo útil aumentaba el dramatismo. Encima del cuervo, que a punto estuvo de atravesar su cráneo, estaba el que se había comido la semilla con la hebra colgando. Este sujetaba con sus garras la cabeza del otro pájaro que aleteaba intentando escapar, pero el movimiento duró poco. De un solo golpe, con el pico negro ensangrentado, le abrió la cabeza. La masa encefálica salpicó la cara del muchacho. El cuervo fijó sus pequeños ojos rojos en los suyos y él sintió miedo, aparte de maldad, transmitían astucia. No sabía si era por la escasa distancia que los separaba, pero parecía que su tamaño había aumentado. Volvió a

agachar la cabeza intentando ocultar sus ojos. Contuvo la respiración y esperó el golpe, que no tardó en llegar. El picotazo se hundió hasta hacer tope en su cráneo. Se sentía aturdido y, dándolo todo por perdido, se acordó de su madre. El pensamiento de que pronto se reuniría con ella le reconfortó. Esperando el definitivo golpe, al otro lado de la puerta se oyó una voz.

—¿Qué pasa aquí? —dijo Andrés con cara de sorpresa, seguido de Pascual cuando entró pasando por encima del cuerpo sin vida se Sultán.

El pájaro, sorprendido, alzó el vuelo.

—¡Cerrad la puerta que no salga! —gritó Alexander.

Pascual la cerró, Andrés asió un cuchillo y cortó las cuerdas que sujetaban las manos del muchacho. El pájaro, aleteando sin parar en el aire, se lanzó como una flecha sobre la cabeza de Andrés. La fuerza del ataque hizo que cayera de espaldas al suelo. Las alas negras volvieron a coger altura y, soltando otro graznido, volvió a atacar. El hombre, impulsado por un acto reflejo, blandió el cuchillo rasgando parte del ala. Varias plumas salieron despedidas. Lejos de amilanarse, ante la imposibilidad de levantar el vuelo, el cuervo insistió en su ataque a saltos. Pascual, que hasta el momento se había limitado a observar, lanzó una patada. El animal voló sin necesidad de las alas. Parte de las tripas asomaban de su pechuga, aun así, seguía moviéndose y graznando sin cesar. Andrés se levantó cojeando y de un tajo le separo la cabeza del cuello.

Esa noche le fue difícil encontrar el descanso que tanto necesitaba. María, a su lado, respiraba profundamente. Aunque ni su cara ni su cuerpo se parecían a los de su madre, se asemejaban mucho en la capacidad de reponerse ante los golpes que recibían. Él, sin embargo, encajaba en su cabeza todos los reveses que sufría y le costaba trabajo deshacerse de ellos.

El ojo había mejorado y pudo abrirlo casi en su totalidad. después de untarse la resina que, por suerte, habían dejado sin darle importancia. Su cabeza estaba sembrada de costras sobre pequeños abultamientos. Entre ellos sobresalía uno que, del simple roce, tenía que apretar los dientes. Pero si había un dolor que se imponía entre todos era el de la tristeza por la muerte de Sultán. No sabía la manera, pero “el Francés” pagaría por lo que había hecho. Aunque quizá no fuese necesario mover ni un dedo, la toxicidad de las raíces se encargarían de ello; su mala dosificación les traería más perjuicios que beneficios. La experiencia con el cuervo le había llevado casi a perder la cabeza literalmente. La parte buena era que, aunque había perdido una de las semillas, pudo corroborar lo que le dijo su madre en la carta. El pájaro, después de desvanecerse, volvió renovado, diferente. No solo utilizaba el pico para intentar comer, también lo usaba con la

intención de hacer daño. Nada podía frenarlo. Arremetía con saña, sin mostrar temor a nada ni a nadie. Si no hubieran aparecido Andrés y Pascual, estaba seguro de que ninguno de los dos, en estos momentos, estaría respirando. Pascual, viendo que Alexander no aparecía por el hospital con las raíces, fue a las chabolas a preguntar. Los niños que jugaban fuera avisaron a Andrés. Decidieron ir a la casa del muchacho y, gracias a eso, llegaron a tiempo de evitar que acabaran con un agujero en sus cabezas.

Las manos y los pies tardaron en recuperar la sensación de normalidad después de soltarles las cuerdas. Cuando contaron lo sucedido, el silencio que se produjo reveló que el impacto de la noticia les había sobrecogido. Sin las raíces, todo lo avanzado hasta el momento se desvanecería en horas.

No les quedaba otra que seguir con el plan. Lo primero sería esperar al día siguiente. Si el capitán Murdock no aparecía por el muelle, poco más podrían hacer, pero prefería no contemplar esa idea hasta que llegara el momento. La expedición constaría de cinco personas, irían: Alexander, María, Andrés, su amigo José y su mujer. Llevarían quince sacos. El objetivo era llenarlos todos. También llenarían varios vasos de barro con la resina de piñas rojas y, en el menor tiempo posible, volverían a Sevilla.

28 de marzo de 2019

La luz de la antorcha hizo visible la mano ensangrentada de Patricia. La sangre resbalaba hasta la punta del dedo meñique y desde allí goteaba hasta chocar contra el suelo húmedo. Con la ayuda de un pañuelo la retiró; la sensación de contacto era lejana. La mano no paraba quieta y tuvo que ayudarse de la otra para ver la herida. La imagen de la carne desgarrada producía más impresión que dolor.

Decidieron evitar la gruta por donde se perdió el endiablado animal. Fernando cerraba los ojos cuando apoyaba la prótesis en el suelo. El incesante golpeteo sobre el muñón le estaba torturando. Ahora entendían lo que decía aquel hombre en el diario acerca del miedo a perderse; allí dentro se sumaban muchos factores que facilitaban desorientarse. A todos ellos se añadía la falta de alimento y líquido. Cada paso que daban les suponía un gran esfuerzo. Sus pulmones pedían a gritos una bocanada de aire fresco. La llama de la antorcha había disminuido y empezaba a tener dificultad para alumbrar.

De pronto, volvían a salir tres ramales de la galería . Estaban totalmente desorientados. En la gruta de la izquierda, se podía apreciar algo al fondo. Se acercaron y vieron que la galería se adentraba en una sala. Entraron y, al iluminar su interior, se miraron con cara de asombro. Habían vuelto de nuevo a la estancia de los cuadros. El saco se movía y varias ratas pugnaban por intentar meterse dentro. Cuando los roedores fueron conscientes de la presencia de Patricia y Fernando, mostraron los dientes. Sin esperar un segundo, la pareja dio la vuelta y salió corriendo. Al llegar de nuevo a la bifurcación, optaron esta vez por el camino de la izquierda. Alcanzado el final, debían elegir entre derecha o izquierda. El chillido de varias ratas les llegó desde el túnel de la derecha, lo que les obligó a tomar la otra dirección. Cuando llevaban diez metros, encontraron a la derecha el acceso a una sala y entraron. El fulgor de las llamas de las antorchas cada vez era más leve. Fernando intentó correr la puerta para cerrarla, pero estaba atascada.

Una estrecha mesa ocupaba buena parte de la sala.

—¡Ayúdame! —gritó Fernando visiblemente alterado.

Dejaron las antorchas en el suelo y cogieron la mesa, cada uno por un extremo. Pesaba más de lo que parecía. Era de madera maciza. Después, la colocaron de manera que el tablero tapara la entrada.

Desfallecidos, se sentaron apoyados en la pared del fondo para regalar a sus pulmones el aire que necesitaban. Patricia volvió a mirarse el dedo. Tenía mala pinta. La sangre se había coagulado pero, a cambio, no tenía sensibilidad.

Fernando apoyó la mano en el suelo para acomodarse y el tacto de algo blando y peludo le estremeció.

Primeros días de mayo de 1649

La fresca brisa mañanera consiguió que despertara del todo. Le costaba caminar, lo hacía de forma automática. Apenas pudo descansar durante la noche. “El Francés” y su banda también se llevaron los caballos y, aparte de la pena por la pérdida de los animales, las cosas se complicaban aún más sin ellos.

El cofre de la alcoba de Daniel, por suerte, se mantuvo escondido, y los últimos cincuenta reales que contenía los guardó para posibles gastos en el viaje. Cargaban sobre el hombro un saco de tela; en su interior, cuatro vasos de barro cada uno, ropa de cambio y otros sacos vacíos. Si todo salía bien y en una semana volvían con las raíces, quizá, todavía se podrían salvar muchas vidas

Llegaron al puerto.

—¡Cuidado! —se oyó a sus espaldas.

De un movimiento, Alexander apartó a María antes de ser arrollados por un burro que tiraba de uno de los carros que llegaban en procesión al muelle. Al poco, de uno de ellos, bajó Andrés seguido de José y su mujer.

Los buques empezaban a aproximarse a la dársena y se descargaban con rapidez. De momento no había rastro del Fast Arrow. Cada vez que se atusaba el pelo, preso de los nervios, recibía una descarga de dolor procedente de las costras por los picotazos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Teresa a su marido, que no paraba de rascarse debajo del brazo izquierdo.

—La pulga —respondió él insistiendo.

—Como sigas dándole te vas a arrancar la piel.

—Ahí viene —soltó Alexander sudando, más por los nervios que por el calor.

El capitán bajó de la embarcación. Su pelo lucía una tonalidad más blanca, pero seguía desprendiendo energía, y daba órdenes con decisión para organizar la descarga.

—Capitán Murdock —le dijo tímidamente intentando mostrar confianza.

Este se giró. Su rostro, cubierto de pliegues disimulados por una barba grisácea, se contrajo agudizando más los surcos de su piel; después, el brillo de sus ojos respondió por él.

—¡Alexander, muchacho, qué alegría! Mil veces te he buscado con la mirada aquí, en el puerto. ¿Cuánto ha pasado, cuatro años?

María, que estaba al lado, no entendió ni una palabra de lo que decía aquel hombre.

—Cinco —respondió Alexander arqueando las cejas, impresionado de que hubiera transcurrido tanto tiempo.

—Llegaste a Sevilla siendo un niño y fíjate ahora: estás hecho un hombre. No creas que olvidé lo que hiciste por nosotros. Todavía me siento en deuda contigo.

Esa declaración consiguió infundirle la esperanza que tanto necesitaba.

—Capitán, necesitamos ir a Inglaterra —se decidió a decir respirando más rápido de lo habitual—. Hay algo allí que necesitamos traer con la máxima brevedad posible.

—Mi barco siempre estará a tu disposición, pero solo dispongo de un camarote libre.

—Eso no supondrá ningún problema, nos apañaremos.

El capitán asintió mientras indicaba en qué carro debían colocar las mercancías sus ayudantes.

—Llegaremos al puerto de Bridlington el lunes. Allí descansaremos y se harán las tareas de mantenimiento del barco. El martes zarparemos para estar de vuelta el próximo viernes.

«Una semana», pensó. Se volvió a atusar el pelo y aunque sintió dolor, lo ignoró.

El camarote lo ocuparon María y Teresa. Ellos dormirían en la bodega. La calurosa bienvenida que recibió por parte de los marineros y el cocinero aumentó la admiración del resto hacia él.

—Por fin nos alejamos de la inmundicia de Sevilla —dijo José respirando hondo y mirando con los ojos brillantes el contorno de la ciudad mientras el barco se deslizaba sobre las calmadas aguas del Guadalquivir.

—Lo malo es irnos en estas circunstancias —repuso su mujer—. Y deja de rascarte que te vas a desollar.

A diferencia de la otra vez, la bodega estaba limpia y no se veían ni oían ratas; eso favorecía el descanso. El movimiento del barco retorció el estómago de José, al que se le instaló en la cara un gesto serio. Pasaba todo el tiempo en el interior de la bodega y el simple olor de la comida le daba náuseas.

El resto de la tripulación se reunía a la hora de comer y el capitán no perdió la oportunidad de contar cómo, gracias a la advertencia de Alexander, pudieron salvar la vida. Aunque se atrancaba con algunas palabras, se expresaba bien en español. El corazón de María volvió a latir de orgullo.

El clima cambió el domingo. Las nubes rellenaban el cielo ocultando el sol y el suave navegar se convirtió en un sube y baja continuo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Andrés a José que había perdido el tono habitual de piel.

Este cerró los ojos, cogió aire y lo expulsó con fuerza.

—Estoy mareado —respondió volviéndose a rascar el costado.

Alexander se acercó y le levantó la camisa con cuidado. El intenso color rojizo de la axila contrastaba con la palidez del resto del cuerpo.

—Estás ardiendo y la picadura ha aumentado de tamaño.

El hombre se limitó a cerrar los ojos y a aspirar el aire que le reclamaban sus pulmones con urgencia.

—¿Cómo está José? —preguntó Teresa cuando se reunieron todos a la hora de comer.

—Está mareado. Tiene mala cara y dice que el movimiento del barco le ha quitado las ganas de comer.

Su mujer arqueó las cejas en señal de preocupación.

Más tarde, ya en la bodega, la preocupación de Teresa aumentó. El olor agrio del ambiente les recibió.

—¡José, José!

El hombre, con los ojos cerrados, tumbado al lado de un charco de vómito, castañeaba los dientes y su cuerpo no paraba quieto. Al escuchar la voz de Teresa, abrió los ojos. Sus pupilas dilatadas miraban sin ver y su frente reflejaba la escasa luz que entraba por el ojo de buey.

—¿Has visto como tiene la picadura, Alexander? —preguntó Teresa.

—Sí. ¿Le picó una pulga, verdad? —La mujer asintió.

—Llevaba varios días quejándose y no paraba de rascarse.

—Escuchad, es importante. Nadie debe saber que José está enfermo. No sé como reaccionarían si le vieran en este estado. Todo indica que ha enfermado de peste.

Los ojos de Teresa brillaron. El muchacho cogió del brazo a la mujer con delicadeza y la retiró del regazo de su marido.

—Sé que es duro —dijo mirando fijamente a los ojos brillantes de Teresa—, pero hay que acercarse lo menos posible para evitar contagiarnos; y, cuando no quede más remedio, deberemos tapar la boca y la nariz con un trapo. Pronto tendremos las raíces y se recuperará.

—Me quedaré durante la noche con él —decidió la mujer mientras asentía.

Desde entonces, no se separaba ni un segundo de su lado.

Después de la cena, dónde volvieron a excusar a José por encontrarse indispuesto, se reunieron en la bodega. El hombre, encogido debajo de una manta, tenía el pelo húmedo y el rostro cadavérico. «Está empeorando rápido», pensó Alexander. Empezaba a dudar de si llegarían a tiempo para que se pudiera recuperar. Le destapó para ver cómo evolucionaba la picadura. Su pecho subía y bajaba sin descanso. El tono rojizo que mostraba a mediodía se había transformado en un tono más oscuro. Su cerebro no pudo resistirse y mezcló los colores en su cabeza. En su paleta imaginaria añadió un

puntito de azul marino al tono rojo intenso y obtuvo el color exacto que José exhibía debajo del brazo. Pero eso no era, ni de lejos, lo más impresionante; al antinatural color de su costado, le ganaba en horror el abultamiento que brillaba reflejando la luz del candil que portaba Andrés. Parecía como si una gallina hubiera decidido ocultar uno de sus huevos en ese extraño lugar. Al contrario de lo que estaba acostumbrado a ver, no había llaga supurando; la curtida piel de José cubría el bubón y no mostraba intención de dejarle salir. Le volvió a tapar, pero el simple contacto de la ropa sobre el bulto, arrancó del hombre un sonoro quejido.

Las dimensiones del camarote no daban para mucho. María durmió sobre la cama y ellos se replegaron en el suelo. Sospechaba que esa noche no conseguiría encontrar el codiciado descanso que tanto necesitaba. María, en su línea, cayó rendida y Andrés no tardó en respirar profundamente. El problema vino cuando la profundidad de sus inspiraciones dieron paso a los ronquidos. Sus cabezas estaban separadas escasos centímetros y cada vez que cogía aire, le gruñía. Empezaba a ponerse nervioso. El cuerpo le pedía descanso a gritos, pero así no había manera. Decidió dar la vuelta, «quizá si me alejo un poco pueda descansar», pensó. Con cuidado de no despertar a sus compañeros de camarote, colocó su cabeza donde antes tenía los pies. El golpe, en este caso, lo recibió de frente en la nariz. Era como si se hubiera trasladado al interior de una de las chabolas. La luz de la vela que alumbraba desde la pared, aunque era tenue, fue suficiente para que pudiera ver unas uñas negras sobre unos dedos negros unidos a unos pies negros delante de sus ojos. Pero eso no era lo peor. Lo que le obligó a girar la cabeza bruscamente, con los ojos llorosos, fue el olor que desprendían. Se mantuvo quieto. Lo tenía claro: esa noche no conseguiría descansar.

La puerta se abrió. La llama de la vela titiló y poco faltó para apagarse. Escapando del ligero sueño en el que estaba sumido, Alexander abrió los ojos. María y Andrés no daban muestra de haberse enterado. En la puerta, Teresa intentaba distinguirle en la penumbra.

—¿Qué pasa?

—José está mal. Tienes que venir, por favor.

Se levantó, se calzó las alpargatas y siguió a Teresa hasta la bodega. La madera del piso crujía bajo sus pies. El único signo de vida que se apreciaba en el hombre era el movimiento exagerado del pecho al coger aire. Retiró la manta y la notó húmeda. No había rastro del bulto debajo del brazo. En su paleta de colores tuvo que añadir otro poco más de azul para llegar al tono oscuro que mostraba la piel del moribundo en ese lugar. Pascual le había aleccionado en el sótano del hospital y sabía que el bubón había estallado por dentro. El ruido de unos pasos le sacó de sus pensamientos. Por la puerta de la bodega

entraba en ese momento María acompañada de Andrés. No dio tiempo a que dijeran nada; José, a medio camino en una de las profundas inspiraciones, dejó de respirar y Teresa rompió a llorar.

—¡No, no te vayas, no me dejes! —gritaba desconsolada.

Andrés se acercó y la abrazó. Las manos del fallecido se iban tiñendo de negro a simple vista. Los gritos alertaron al capitán que no tardó en aparecer.

—¿Qué sucede? —preguntó con tono autoritario.

Todos callaron. La visión del cuerpo sin vida tensó su rostro.

—¿Es peste? —volvió a preguntar.

—Sí —respondió Alexander notando como un intenso calor le subía hasta la frente.

El gesto de su cara se endureció.

—¿Has subido a mi barco un enfermo de peste?

—No sabíamos que estaba enfermo, capitán.

—Hay que deshacerse del cuerpo —sentenció dirigiéndose a ellos en español.

—Pero... —empezó a decir Teresa.

—Escuchadme. No nos dejarán atracar en el puerto si llevamos un muerto a bordo, y mucho menos viniendo de Sevilla —explicó sin dejar hablar a la mujer—. Perderé mi mercancía y vosotros no podréis pisar tierras inglesas.

Teresa continuaba llorando y el resto escuchaba con atención.

—Hay que hacerlo ya —dijo con autoridad—. Nos separan pocas millas de la costa.

Sin perder más tiempo, Alexander cogió a José de los pies. Andrés, por su parte, de los brazos. Un chorro de aire frío les golpeó al salir al exterior. El piso de la cubierta estaba mojado y la oscilación del casco complicaba la tarea. El mar recibió el cuerpo sin vida entre olas y lo mantuvo a flote. La cara de José, como si quisiera ver el fondo del mar, se mantenía sumergida. La espalda y la parte trasera de su cabeza eran visibles, se balanceaba al ritmo que marcaba el oleaje. Pronto, el cuerpo se convirtió en un punto sin forma.

Cuando terminaron de limpiar la bodega, el olor a vinagre era tan intenso que salieron al exterior esperando a que se ventilase la estancia.

La sensación de ver tierra, después de varios días en el mar, consiguió levantarles el ánimo. Las gaviotas volaban a tan corta distancia que se las podía tocar estirarando el brazo. Alexander que conservaba vivo el recuerdo de los picotazos, mantenía las distancias. El corazón le latía con fuerza, no podía negar que volver a la tierra que le vio nacer le agitaba la respiración. Aunque había nubes, el sol aparecía de cuando en cuando y templaba sus cuerpos. Si no fuera por la desgracia de haber perdido a José, el momento sería idílico.

—Alexander, tengo que hablar con vosotros —se oyó a sus espaldas.

El tono era demasiado serio incluso para el capitán.

—Acompañadme.

Sin decir palabra siguieron sus pasos. La bodega les recibió con el agrio aroma y la luz que se filtraba apenas era suficiente para vislumbrar el rostro reflexivo cubierto por la barba grisácea.

—He hablado con mis hombres de lo sucedido —empezó diciendo con un tono tan seco que no hacía presagiar nada bueno—. No vamos a desembarcar.

La noticia les cayó tan de repente que les costó reaccionar.

—Estaremos una semana alejados de la costa. Mis marineros tienen familia y no quieren arriesgarse a meter la peste en sus casas. —Alexander sentía un pitido en los oídos que hacía que el conjunto pareciera un sueño. No sabía qué decir, pero sí sabía que el capitán tenía razón. Era posible que alguno más se hubiera contagiado y eso supondría el riesgo de expandir la enfermedad—. No seré yo quién introduzca la peste en Inglaterra. Si dentro de una semana ninguno ha dado muestras de estar enfermo, entonces y solo entonces, amarraremos en el puerto. —No solo era que nadie decía nada, es que parecía que nadie respiraba—. Hasta ese día permaneceréis en la bodega, comeréis y dormiréis aquí. Todos los días os pasarán la comida por la trampilla superior. Siento haber tomado esta decisión, pero mi cargo de capitán del Fast Arrow, me obliga a ello. —Sin despedirse, salió.

Las ruedas chirriaron sobre la guía metálica; después, la puerta golpeó con el tope al cerrarse. El ruido de unas cadenas terminó de congelarles el alma.

Los días se hacían tediosos y largos. La esperanza de llevar las raíces a Sevilla y poder frenar la peste empezaba a desvanecerse. Pero un problema mucho más cercano mantenía a Alexander preocupado. Si alguno se había contagiado, no tendría ninguna oportunidad. Acabaría buscando el fondo del mar como José. Decidió no pensar en ello. Si llegaba el momento, ya vería la manera de intentar solucionarlo.

Teresa apenas hablaba y solía dejar intacta la comida. Andrés pasaba el tiempo a su lado intentando animarla. La melodía nocturna del hombre parecía que solo le afectaba a Alexander; mientras los demás cogían el sueño sin problema, él se pasaba parte de la noche dando vueltas hasta alcanzar el descanso.

Habían perdido la cuenta de los días que llevaban allí dentro. La buena noticia era que ninguno mostraba síntomas de contagio. El ruido de las cadenas les puso en alerta y miraron en dirección a la entrada. La puerta volvió a chillar al abrirse y el golpe que dio cuando

acabó su recorrido les sobresaltó. Al otro lado se distinguía la figura recortada del capitán.

—¿Cómo estáis? —preguntó utilizando un tono más afable que la última vez.

Alexander se levantó y se acercó. Sus miradas se enfrentaron.

—Estamos bien, capitán. No hemos tenido temperatura alta ni bultos.

—Me alegro mucho, hijo —le respondió en inglés—. Mis marineros también están bien y a mí ya me ves. Ahora si que podremos entrar al puerto con seguridad.

Salieron a cubierta. La cercanía del muelle les sorprendió. Tardaron en acostumbrarse a la claridad. La sensación de espacio abierto les resultaba desconcertante.

Al pisar tierra firme tuvieron que sujetarse para buscar la estabilidad. Cuando parecía que sus pies y su cabeza iban a la misma velocidad, Alexander se dirigió al capitán:

—Necesitamos un carro. Dispongo de diez reales.

—Espera un momento —contestó el hombre.

Al poco volvió acompañado de un hombre que tiraba de una mula. El pobre animal hacía esfuerzos para avanzar arrastrando un carro viejo. Tenía la madera seca y al tacto de la mano era áspero. A las ruedas, desgastadas por el uso, les costaban trabajo girar sobre sus ejes.

—Esto es lo que he podido conseguir. Mañana a primera hora lo tenéis que devolver.

Alexander le dio los diez reales y el capitán le pagó al hombre lo equivalente en moneda inglesa.

El puerto era más pequeño que el de Sevilla, pero el trasiego de carros no se diferenciaba mucho. Aquel pueblo marinero apenas había cambiado. El callejón donde pasó la noche, hacía ya cinco años, parecía más pequeño de lo que recordaba. La imagen le evocó el sentimiento de vacío y soledad que sintió allí metido, encogido, esperando a que amaneciera. Cerró los puños y tensó la mandíbula, después se restregó los ojos para evitar que salieran las lágrimas que se estaban formando. El camino que salía del pueblo les llevó a Burlington. En el mercado compraron alimentos y continuaron. Decidieron ir andando. El carro no estaba para muchos trotes y lo reservarían para cargar los sacos. Aunque la temperatura era más fresca que en Sevilla, no hacía frío. La vereda discurría paralela al riachuelo. Su caudal distaba mucho del que llevaba la otra vez. El agua chocaba contra las rocas de su lecho, salpicando gotas que reflejaban los rayos solares. Andrés, con su peculiar movimiento al andar, llevaba instalada una sonrisa en su cara, e incluso Teresa había relajado la tensión que mostraba su rostro desde que murió José. El

verde era el color predominante, verde de todos los tonos, salpicados por los colores de las flores que abundaban allá dónde miraran. Los pájaros ofrecían un recital disfrutando de los insectos que les regalaba la primavera. Cada poco se topaban con plantas de prominentes pinchos cargadas de pequeños frutos. Los arrancaban y los comían manchándose los labios con el jugo que soltaban.

—Me recuerda al sabor del vino —dijo Andrés después de probarlos.

Alexander disfrutaba del trayecto, pero los recuerdos se agolpaban en su cerebro. Aunque pudo superar todos los obstáculos, había perdido la niñez y el calor que tanto necesitaba de sus padres. Estaba convencido de que lo había superado, sin embargo las imágenes que le venían a la cabeza del día que le arrancaron a su madre de su lado, le demostraban que no era así. Había noches en las que todavía soñaba con la cara del herrero. No era su cara lo que recordaba con claridad sino el gesto de odio cuando le vio asomando el rostro por la ventana de su casa. «¿Qué puede pasar por la cabeza de un hombre educado y campechano para cambiar tanto?», se preguntaba. Y lo más grave de todo era que no fue solo uno el que enloqueció, lo hizo todo el pueblo. De poco valió que su madre hubiera salvado a la mayoría de morir entre dolores con la cara rosada. La visión del valle al fondo le sacó de sus cábalas. El verde de la pradera se ocultaba bajo las coloridas flores. La simple visión de los pétalos rojos con los largos estambres azules le aceleró el corazón y volvió a sentir un mareo similar al que sufrió al bajar del barco. Su cerebro perdió el control por unos segundos. De forma automática sacó su paleta imaginaria y se puso a combinar colores. Empezaba a pensar que estaba obsesionado con la pintura.

La explosión de sabor de los pedazos de raíz, recién sacada de la tierra, les inundó el paladar. Los sentidos se quitaron de encima la capa de mugre que les atenuaba. Cada bocanada de aire estallaba en los pulmones sintiéndose renovados.

Cada vez que sacaban una raíz, al contacto con el aire del ambiente formaba una capa superficial, transparente y flexible, que la recubría y protegía. Era como si se auto-protegieran. Pasaba lo mismo cada vez que se partían en pedazos. Las raíces expulsaban el mismo líquido que las recubría con una fina capa y en pocos segundos se solidificaba y las protegía del exterior.

Trabajaban sin descanso, antes de que oscureciera debían tener los sacos repletos. La labor era tediosa, pero derrochaban energía. Andrés no se separaba ni un momento de Teresa. Pararon unos minutos a beber y comer algo y continuaron. Alexander miraba con deseo el cuerpo sudoroso de María. Las ropas se le pegaban y el calor que le producía aumentaba su tonalidad de piel. Pero por encima de eso

estaban las palpitaciones que sentía cada vez que ella le miraba. Aquellos ojos marrones le hacían sentir pequeño y aquella sonrisa le debilitaba las piernas. A veces, le costaba mantener el ritmo de la respiración mientras la observaba. La mezcla del amor con el deseo le encogía el corazón.

Cuando no cabía ni una raíz más en ninguno de los sacos, se dirigieron al bosque de los pinos de piñas rojas. Antes, cargaron el carro. Cada vez que subían un saco, la madera les devolvía un amenazante crujido. Para su sorpresa, aguantó bien la carga. La mula se mostraba más perezosa para arrastrar el carro cargado. Varios tirones de las riendas la animaron a continuar. Cruzaron el río. El agua cortaba la circulación y las piedras se clavaban en sus pies descalzos. Los pinos se mostraban majestuosos y de sus ramas pendían extrañas piñas en lo alto. La frondosidad de las copas cerraba el paso a la luz y hacía que el bosque estuviera sumido en sombras perpetuas. Los helechos ocupaban el espacio entre tronco y tronco. Con la ayuda de su navaja hizo una incisión en uno de los pinos; de este empezó a fluir la codiciada resina. Sin desaprovechar nada, Andrés se quedó llenando uno de los vasos de barro. Procedió de igual manera con otros tres pinos. Cuando el líquido rebosaba en los ocho vasos, tapó las incisiones con una mezcla de hojas de helecho con resina.

El sol empezaba a ocultarse detrás de las montañas que protegían al valle. La temperatura no tardó en bajar y Alexander sabía que bajaría mucho más. Tenían que buscar un sitio para resguardarse del frío. Se acordó de la gruta donde pasó la noche aquel lejano día. No distaba mucho de allí y sería un buen refugio. Aún les quedaban energías y marchaban a buen paso.

Los arbustos seguían ocultando la entrada. Metieron los sacos con los vasos dentro y después salieron. Alexander desenganchó al animal del carro y lo amarró con las riendas a un árbol. Andrés encendió el fuego.

El movimiento de las llamas producía un efecto hipnótico y ninguno hablaba mientras disfrutaban de la ligera cena. El contacto del brazo de María le erizaba la piel. La brisa despeinó su pelo y ella se lo colocó. Parecía que el tiempo se había parado en ese instante. La sensación de flotar atenuó el dolor del picotazo al contacto de su delicada mano. Después, la muchacha apoyó la cabeza sobre su hombro. El calor de las llamas lamía sus cuerpos, pero el frío ganaba la partida. Apagaron el fuego y entraron en la gruta.

Las mujeres fueron las primeras en caer dormidas. Después, los ronquidos de Andrés espantaron a sus ganas de dormir. «Madre mía, otra vez», pensó. Se sentó y abrazó sus piernas, como sucedió cinco años atrás. Eso le hizo retroceder en el tiempo. Habían pasado muchas cosas desde entonces pero, por otro lado, parecía que todo había sido

un sueño y que acababa de perder a su madre. Sus vellos se erizaron y un sabor amargo le subió desde el estómago. Se sorprendió cuando despertó sobresaltado. Le había parecido oír un ruido. Estaba oscuro. Notaba a María a su lado, pero no la veía. De nuevo se oyó algo en el exterior. «Será la mula», pensó. Se levantó con cuidado y salió fuera. Las brasas todavía se mantenían vivas y de ellas salía una columna de humo que se inclinaba hacia el este. El animal descansaba sin apenas moverse. El olor a podrido le explotó en la nariz y tuvo que apoyarse en las paredes de la entrada por miedo a caer. Estaba enfrente de él, sabía que no era un sueño. Demasiadas sensaciones juntas para que aquella visión no fuera real.

—¡Joder! —exclamó Fernando cuando notó que la cosa peluda que había tocado tenía vida y le clavaba los incisivos con tanta fuerza que llegaron hasta el hueso.

Patricia, del sobresalto, se encogió.

—¿Qué pasa? —preguntó con el corazón en un puño.

Sin pararse a contestar, Fernando golpeó con la base de la antorcha sobre el rabioso animal. Después de varios golpes, con el cuerpo destrozado, seguía aferrado al lateral de la mano derecha, a la que se agarraba moviendo la cabeza intentando desgarrar la carne. Hasta que el pequeño corazón del roedor no paró, no cesó la fuerza del mordisco.

La sangre brotó de su mano e, instintivamente, se la llevó a la boca para intentar frenar la hemorragia. La oscuridad empezaba a ganar la partida a la luz de la antorcha. Detrás de la mesa, que habían colocado como pantalla defensiva, se oía como decenas de ratas empezaban a arañar frenéticamente.

Se levantaron buscando otra salida, pero su radio de visión se limitaba a un metro escaso. En la parte superior de la pared, donde estuvieron apoyados, colgaba un armario de madera cerrado. Patricia lo abrió. Dentro encontró una caja. La superficie presentaba algunas grietas y en la tapa se apreciaba un orificio. La abrió y descubrió en su interior una pequeña esfera de color negro del tamaño de un garbanzo.

—¡Es la semilla! ¡La que guardó el hombre del diario para su hija! —exclamó Patricia visiblemente alterada mientras se la enseñaba a Fernando.

El ruido de las patas arañando era cada vez más estresante. La garrafa de queroseno prácticamente estaba vacía. Lo poco que quedaba lo utilizó para intentar reavivar las llamas de las antorchas. Con sumo cuidado, derramó la mitad de lo que quedaba en cada una, provocando una llamarada en cada ocasión. De ese modo consiguió iluminar toda la estancia. Las llamas recobraron fuerza y alumbraron lo suficiente como para ver a corta distancia.

El frenesí tras la puerta aumentaba por momentos. Llegaron al borde de la mesa y se asomaron. El espectáculo sobrecogía. Decenas de ratas luchaban por colarse dentro. Se subían unas a otras. Sus ojos, teñidos del color de la sangre, transmitían maldad y sus chillidos desesperación. Se alejaron unos metros impresionados ante tal espectáculo. El aire era tan denso que, en vez de respirarlo, parecía que lo bebían. La pierna buena de Fernando pisó algo que estuvo a punto de hacerle caer. Cuando acercó la antorcha para ver de qué se

trataba, un ramalazo de terror le azotó con fuerza y no pudo reprimir un grito de espanto.

—¡Dios!

Patricia, que estaba al lado, saltó de la impresión y se le cayó la antorcha al suelo. La llama perdió fuerza. Sus pulmones le exigían un flujo continuo de oxígeno y ella, a bocanadas, intentaba satisfacerlos. Le temblaban las piernas y hasta hablar le costaba trabajo.

Cogió la antorcha y la acercó para iluminar junto a la otra llama. Lo que vio en el suelo le obligó a sujetarse al brazo de Fernando para no caer. Estaban en la esquina derecha del fondo de la sala y en el suelo descansaban dos esqueletos humanos. Muchos de los huesos estaban roídos.

—Debe ser lo que ponía en el diario que les horrorizó y Gisselle y su hija tuvieron que salir de la habitación al ver lo que había dentro —dijo Fernando con dificultad para respirar y con la garganta tan seca que le costaba hablar.

Patricia, con los ojos brillantes y a punto de echarse a llorar, asentía.

—Lo que me extraña es que en el diario no se hace mención a la violencia de las ratas. Al contrario, decía que eran asustadizas y que cuando se cruzaba con alguna salían huyendo.

Algo se movió muy cerca de ellos. Fernando dejó de sentir los latidos de su corazón, eso le asustó. Manteniendo el aliento, se giraron. La luz de la antorcha no iluminaba lo suficiente para ver de dónde procedía el sonido. Algo entró en su campo de visión. El animal, rabioso y con el mayor de los odios, se lanzó a atacar. Fue directo a la pierna de palo de Fernando, como él la llamaba, intentando morderla de manera desesperada. Fernando movía la pierna, pero el animal no soltaba, al contrario, parecía enfurecerse más. Cogió la garrafa y vertió las últimas gotas que quedaban, acercó la llama y el erizado pelaje del roedor comenzó a arder. La rata seguía con su propósito y movía la cabeza con la intención de desgarrar. El instinto de supervivencia del animal venció a sus ansias de sangre y soltó a su presa. Sin parar de chillar, y envuelta en un halo de llamas, intentaba salir de la estancia. La luz que emitían el cuerpo del animal ardiendo les permitió ver cómo asomaban las patas y los hocicos de varias ratas que estaban a punto de entrar. La antorcha de Patricia se apagó por completo. A los pocos segundos, la segunda llama también se extinguió. Se quedaron a oscuras y se agarraron las manos, sabiendo que poco más podían hacer. El fuerte olor de la rata quemada dificultaba aún más la respiración.

—¡La linterna! —gritó Fernando.

«Mal momento para que te atasques ahora», pensó Patricia cuando la cremallera de su bolso se quedó a medio camino. Tiró con fuerza y

terminó su recorrido. Su mano, que buscaba ansiosa el asa de la linterna, se quedó quieta dentro del bolso. Algo llamó su atención: ya no se oía el ruido detrás de la puerta. Ni siquiera oía la respiración de Fernando. Parecía como si las ratas se hubieran espantado con algo. Un sonido lejano les produjo un hormigueo por todo el cuerpo. Era un sonido diferente, era un ruido de pisadas. Seguían a oscuras y los nervios les impedían mover un solo músculo. El leve brillo de una luz que se acercaba por la galería exterior les hizo palidecer. Las pisadas cada vez eran más audibles y la intensidad de la luz cada vez se hacía mayor.

Mediados de mayo de 1649. Yorkshire, Inglaterra

Era la primera vez que la veía fuera de sus sueños. Aunque la piel de su rostro estaba retorcida, mostraba ampollas y zonas enrojecidas, sabía que era ella. Su voz le llegó nítida. Era la voz de su madre. Utilizaba el mismo tono suave de siempre. Su aspecto físico era el de un monstruo, pero su voz seguía transmitiendo ternura.

—Alexander, hay actos que no pueden quedar impunes. Alguien tiene que pagar por lo que nos hicieron.

Después, se dio la vuelta y comenzó a alejarse. Conservaba intacta la ropa, pero la cabeza, desprovista de pelo, mostraba zonas en carne viva y desprendía volutas de humo. Sus pies descalzos también eran visibles, y estaban tan deformes y retorcidos como sus manos.

Caminaba en dirección a Leafy Town y en pocos pasos se perdió en la oscuridad.

Como si una fuerza tirara de él, fue en su búsqueda. Cuando llegó al río, se quitó las alpargatas y lo cruzó. El agua le salpicó al chocar contra sus tobillos. El único rastro que dejaba su madre, y que le hacía consciente de que todo aquello no formaba parte de una alucinación, era el olor. Había inhalado aromas nauseabundos en las chabolas, pero este superaba a todos. No era solo por lo desagradable, sino también por el horror que transmitía. La primera casa con la que se topó fue en la que vivió con su madre. La visión de la ventana le golpeó en el pecho. El recuerdo de su madre asomada, luchando con todas su fuerzas para salir, se le formó nítido en su cerebro. Intentó tragar la saliva que se le formó en la boca, pero su garganta se negaba a dejarla pasar. Se podía ver a sí mismo de niño, aterido, encogido y con cara de no entender nada de lo que pasaba, esperando a que saliera su madre. Otro recuerdo le estalló con claridad y vio con su ojo mental la cara de su madre desapareciendo tras la ventana para dar paso al rostro del herrero. «¿Por qué me mira así? No lo entiendo, si nosotros solo hemos ayudado». Se restregó los ojos y siguió el rastro del olor. Un perro que dormía en la puerta de una de las casas alzó la cabeza, le miró y después volvió a acomodarse. Algo tiraba de él. No necesitaba decidir hacía dónde ir, solo dejarse llevar. Sus piernas se pararon. La casa que tenía enfrente seguía como la recordaba. Olía igual. El aroma del carbón de la fragua era característico. No podría decir la cantidad de veces que se había parado a observar como aquel hombre golpeaba el acero al rojo vivo y, al final, lo introducía en el agua para que se enfriara rápido.

—¿Para qué hace eso? —recordó que le había preguntado en una ocasión, absorto por el ruido que hacía el acero caliente bajo el agua.

—Se llama temple. Se hace para que el acero se endurezca —le

había contestado mostrando su cara amable.

«¿Cómo una persona agradable, sin motivo alguno, se puede convertir en un monstruo?», se preguntaba torturándose al no encontrar la respuesta.

Golpeó varias veces la puerta y se escondió en el lateral de la herrería que estaba adosada a la casa. Aquel acto le recordó al que sufrió hacía días con "el Francés" en Sevilla. Cerró los ojos por un instante apretando la mandíbula. No percibía ningún ruido. Un búho ululó a escasa distancia y le recorrió un cosquilleo por la espalda. Se mantenía agachado y sus piernas se empezaban a quejar. Por fin se abrió la puerta y salió el herrero con un candil en la mano. La luz de la llama mostraba su rostro somnoliento y confuso. El hombre se encaminó en su dirección. Él se levantó como un resorte y rodeó la casa. Al asomarse por el otro lado comprobó que el herrero había girado en la esquina para inspeccionar. Sin perder un segundo, se metió dentro de la casa. Una llama titilante rompía la oscuridad y la penumbra se alió con él para ocultarse. El golpe de la puerta al cerrarse le aceleró el corazón. El suelo parecía retumbar con los pasos del herrero que se dirigía a su alcoba. Mantuvo el aliento durante un buen rato hasta que escuchó el sonido de sus ronquidos. Eran, incluso, más potentes que los de Andrés. Salió de su escondite y se acercó sin respirar a los pies de la cama del inglés. El hombre dormía ajeno a lo que se le venía encima. Sacó la navaja que llevaba siempre consigo y la abrió; después, levantó el brazo para coger impulso. Podía notar los latidos acelerados de su corazón en la mano con la que sujetaba el arma. Su cerebro empezó a recopilar imágenes de todos los males que había sufrido por culpa de aquella gente. Los niños de los faroles, el Padre Evaristo, la hoguera en la que estuvo a punto de arder, muertes, enfermedades, "el Francés"... y sobre todo, el haberle arrancado a su madre siendo un niño. Todo ese odio, de todos esos años, se concentró en su mano izquierda. Cerró los ojos y con la derecha se limpió la lágrimas que resbalaban por su cara. La tensión con la que sujetaba la navaja hacía que le temblara el brazo. Cogió un poco más de impulso e inspiró con fuerza, dispuesto a ejecutar su venganza. Pero hubo algo que le desconcertó, algo que atrapó su atención. Ya no percibía el olor desagradable. Volvió a inspirar. Parpadeó en dos ocasiones y su mano se relajó. No sentía el impulso que le había arrastrado hasta allí y ahora era él el que volvía a controlar su cerebro. Todas las imágenes negativas desaparecieron y fueron sustituidas por imágenes del Padre Ángel, de Zacarías, Jesús, Daniel, Sultán, Andrés... y en primer lugar la imagen de María sonriéndole. Todo el odio que corría por sus venas se evaporó y con él, las ansias de venganza. «Al final, si actúo como ellos, me convertiré en uno de ellos», pensó intentando convencerse de que la visión de su madre había formado parte de un sueño. Volvió a

mirar al herrero y después salió de la casa dejando la puerta abierta. Sus piernas le pedían correr y sus pulmones aspirar aire fresco. Se había quitado la losa que le atormentaba y sentía que flotaba. No había dormido casi, pero ya habría tiempo de hacerlo. Lo importante era que podía dejar atrás el pasado, para intentar ser feliz en el presente. «La vida es efímera y dura poco», pensó. Estaba acostumbrado a ver la muerte de cerca, pero ahora tenía las raíces y lucharía contra ella.

El río volvió a mojar sus pies. A diferencia de antes, sí notó la baja temperatura del agua. Lejos de molestarle le subió el ánimo y afinó sus sentidos.

Empezaba a salir el sol cuando llegó a la gruta. De la hoguera ya no salía humo. El animal pacía al lado del árbol.

Desde allí se oían los ronquidos de Andrés. Entró y la luz que dejó pasar al retirar los arbustos despertó al grupo. Le encantaba ver a María desperezarse. Sus ojos brillantes y su sonrisa le producían cosquillas en el estómago. Comieron la ración de raíces que les correspondía y los restos de queso y membrillo que les quedaban. Con los ánimos y la energía al máximo, se pusieron en marcha. No perdieron la oportunidad de volver a disfrutar de los frutos rojos que encontraron por el camino. El carro chirriaba con cada vuelta de rueda y más de una vez dio la impresión de que se iba a desmontar.

El puerto mostraba el bullicio habitual. Alexander, que era el más alto, estiró el cuello en busca del capitán.

—Está al fondo —dijo al grupo señalando el lugar hacia dónde debían dirigirse.

Al aproximarse, observaron como el hombre escuchaba con gesto serio a otro que se dirigía a él. El capitán cerraba los ojos y su cara denotaban preocupación. No cesaba de atusarse la barba.

Cuando terminó de hablar, el capitán hizo un esfuerzo para recibirlos con una sonrisa. Descargaron los sacos y el dueño del carro sujetó de las riendas al animal y desapareció. Sintieron un pinchazo de pena, habían cogido cariño a la mula. Necesitaron dos viajes para meter toda la carga. Teresa, que estuvo más animada durante la expedición, volvió a tensar su rostro e insistió en que quería dormir en la bodega. Eso le haría sentirse más cerca de José, decía. Andrés, que estaba pendiente de ella en todo momento, dormiría también allí. «Por fin podré descansar», pensó Alexander. Aunque la estrechez de la cama no daba más que para uno, dormir en el suelo sin ronquidos ya era todo un privilegio.

Al contrario de lo que sucedió cuando fueron a Inglaterra, el jueves cambió la temperatura para bien. El viento suave amansaba las aguas y facilitaba la navegación. Eso invitaba a subir a cubierta para disfrutar de la inmensidad del océano. El rostro del capitán seguía

mostrando preocupación y miraba desde la borda con la vista perdida. El muchacho se acercó.

—Qué tal capitán, le noto preocupado.

El hombre giró la cabeza y aspiró el humo de la pipa que estaba fumando.

—Problemas Alexander —respondió arqueando las cejas—. El barco y yo empezamos a tener goteras y eso no es bueno para navegar. —El chico le miraba sin decir nada—. Creo que ha llegado la hora de pasar más tiempo en tierra. Esta será la última ruta que haga a Sevilla. Ningún puerto quiere recibir mercancías procedentes de allí. Todo el mundo sabe que la peste está asolando la ciudad y nadie quiere arriesgarse. Llevo años haciendo la ruta y no me veo con la fuerza necesaria para empezar de nuevo.

Sin saber muy bien por qué, el recuerdo de los círculos perfectos y las estrellas de ocho puntas le estalló en la cabeza.

—Espere un momento, capitán, ahora vengo. Tengo algo importante que contarle.

El hombre, extrañado, vio como desaparecía el muchacho. Al poco volvió acompañado de la chica morena.

—Capitán, lo que voy a contarle me gustaría que quedase entre nosotros. Quiero que esté María presente, porque lo que descubrimos fue gracias a ella.

El hombre asintió y se atusó la barba.

—Al poco de llegar a Sevilla, por casualidad, hallé un lugar secreto: la biblioteca de los libros prohibidos. Encima de una mesa encontré un libro abierto y en la portada, en letras de color dorado, ponía: disolución del Califato proclamado por Abderraman III. Siglo XI, taifa de Sevilla. Leí la página por la que estaba abierto. Estaba traducido al español y hablaba de un gran tesoro acumulado durante años. Decía también que los círculos perfectos y las estrellas de ocho puntas indicaban el punto exacto.

El gesto del capitán se endureció y de nuevo pasó la mano por su barba.

—Creemos que se trata de un punto exacto de la tierra. Unas coordenadas geográficas —intervino María con seguridad.

El capitán se metió la pipa en la boca, aspiró y después soltó el humo que se desvaneció en el aire.

—No sé cómo llegasteis a esa conclusión, pero creo que es bastante acertada —dijo el capitán en español.

Alexander sintió un escalofrío de placer al escuchar esas palabras.

—Los musulmanes son buenos navegantes y llevan siglos surcando los mares. También son buenos cartógrafos y sus mapas son muy detallados. Una de las cosas que les caracteriza es el uso de símbolos. En los mapas antiguos utilizaban los círculos para indicar el oeste y las

estrellas de ocho puntas para el norte.

María y Alexander se miraron con los ojos muy abiertos.

—Sabemos exactamente el punto al que se refiere el libro. Si fuera real y hubiera un tesoro, habría para todos.

—La mala noticia es que hay muchos textos que hablan de tesoros y que no son reales.

—Pero merece la pena intentarlo —dijo la muchacha.

El capitán volvió a aspirar humo.

—¿Cuáles son esas coordenadas?

—El libro decía que en el cielo de su primer hogar se podrían encontrar los círculos y las estrellas que marcaban el punto exacto. A María se le ocurrió que se podían referir a su primera mezquita en Sevilla.

El capitán miró a la chica con admiración.

—Descubrimos cuál fue su primera mezquita. Ahora es una iglesia. La parte superior está coronada por una cúpula. Cuando entramos al templo pudimos ver las entrañas de la bóveda y allí estaban los círculos y las estrellas. Capitán, puedo confiar en usted, ¿verdad?

—Si por algo nos caracterizamos los capitanes ingleses es por nuestro sentido del honor, y eso incluye la lealtad. Sí tú confías en mí, ten por seguro que nunca te defraudaré.

—Lo sé capitán, no piense que dudo de usted. En el interior de la cúpulas estaban representados veinticuatro círculos y treinta estrellas.

—Acompañadme.

Siguieron los pasos del capitán hasta llegar a su despacho.

La estancia era espaciosa. Encima de una mesa de madera pulida descansaba un libro con las tapas granates y una Rosa de los Vientos impresa en blanco. Sobre la pared, un cuadro representaba una batalla naval. Olía al humo de su pipa. Parecía como si los poros de la madera que recubría el despacho se hubieran llenado del dulce aroma. Aunque entraba luz por el ojo de buey, varias velas encendidas lucían sobre unos candelabros que parecían de oro. Murdock abrió la puerta de un armario y tras buscar unos instantes, sacó un mapa que desplegó sobre la mesa. Pisó las esquinas con cuatro objetos de apariencia pesada y con la ayuda de una lupa buscó el lugar exacto. Su dedo se posó en un punto al oeste del norte de África.

—Por estas coordenadas no pasa ninguna ruta de navegación. La de las Indias es la más próxima, pero está varias millas al este.

Alexander se había olvidado de respirar y tuvo que dar una bocanada para compensar el aire que le faltaba.

—Hablaré con mis hombres. Dónde vaya yo, vendrán ellos. Antes de desembarcar os daré una respuesta.

El resto del día transcurrió tranquilo. Teresa y Andrés solo salían para comer, el resto del tiempo lo pasaban juntos en la bodega.

Después de la cena, el capitán se acercó a Alexander y le dijo:

—Os espero en mi despacho.

Estaba nervioso, había confiado en Murdock, pero no sabía si este confiaba en él.

—Adelante —se oyó desde dentro después de llamar a la puerta.

Alexander miró a María, esta, a su vez, le miraba sin pestañear.

Pasaron al interior. El capitán con la pipa en la boca, anotaba algo con una pluma blanca en el libro granate.

—Pasad, pasad. Tomad asiento, por favor.

Ambos se sentaron expectantes.

—He tenido una reunión con la tripulación y... —hizo una pausa para crear tensión—, están dispuestos a correr el riesgo.

Al chico le brillaron los ojos. María le miró con un brillo similar.

—Pero estas son las condiciones: en primer lugar, partiremos el mismo viernes cuando se ponga el sol. Nos guiaremos por las estrellas. Así habrá menos probabilidades de encontrarnos con bucaneros. Desde Sevilla, con buen viento, tardaremos una jornada entera en llegar. —Alexander asintió—. Segundo, si encontrásemos el tesoro lo dividiremos en dos partes. Una para vosotros y otra para mí y la tripulación. —Volvieron a mirarse y después fue María la que asintió —. Por último, quiero qué me contéis que habéis ido a buscar a Inglaterra.

El tono de piel del muchacho adquirió un color rojizo. Tragó saliva y dijo:

—Son raíces capitán. Tienen propiedades curativas y protegen contra enfermedades. Le daré un saco. Pero es importante tomar la dosis justa. Como mucho se pueden comer dos pedazos de este tamaño al día —dijo separando los dedos algo más de un centímetro—. Más cantidad sería tóxica y produciría más perjuicio que beneficio.

—¿Y los vasos de barro, qué contienen?

—Resina. Tiene efectos cicatrizantes y ayuda a bajar las inflamaciones y las infecciones. También os dejaré uno.

—Mañana a estas horas estaremos navegando directos a nuestro objetivo —dijo el capitán con un brillo de esperanza en sus ojos.

Desde el barco vieron el olivar y la rueda del molino. La alegría por la proximidad al puerto contrastaba con la pena por el recuerdo de Sultán. Otra sensación que le embargaba era la incertidumbre por saber qué se encontrarían. Habían tardado una semana más de lo previsto y esperaba que no fuera demasiado tarde.

Lo primero que les sorprendió fue que en el muelle había menos carros de lo habitual. Eso ya era un mal presagio. «Es pronto, quizá más tarde se organice el bullicio de siempre», pensó Alexander. Descargaron los sacos. Tal y como había prometido, dejó uno en el barco con raíces y un vaso lleno de resina. Otra vez parecía que su

cabeza se movía sola al pisar tierra. De la alegría que derrochaban los sevillanos no quedaba rastro. Predominaban los rostros serios y de preocupación. Andrés reconoció a uno de los dueños de los carros y le dijo que necesitaban su ayuda para transportar las raíces. Después de unos minutos de negociación, acordaron que los llevaría a las chabolas por cinco reales; después, por otros cinco, se podrían llevar el carro con el caballo hasta que anocheciera. No quedaba tiempo para negociar. Alexander le pagó y cargaron el carro.

—Recuerda, nos veremos cuando empiece a anochecer —le recordó el capitán cuando se despidieron.

Se pusieron en marcha. Los carros seguían brillando por su ausencia. En la Puerta del Arenal, los escasos carruajes que cargaban las mercancías de los pocos barcos que llegaban al puerto hacían fila para entrar. Los guardias que custodiaban la puerta eran rigurosos e inspeccionaban a los dueños en busca de bubones o de algún signo de la enfermedad. Después registraban la mercancía.

—¿Cómo estáis en las chabolas? —preguntó Alexander al dueño del carro temiendo la respuesta.

—Hay muchos muertos. Y no solo en las chabolas, la ciudad entera está sufriendo el castigo divino. Por lo menos eso es lo que dicen. Dios se ha cansado de perdonar nuestros pecados y nos ha mandado la peste para que nos redimamos.

El olor a podredumbre les inundó de nuevo los pulmones. Pasaron cerca de la Torre del Oro y la visión de un carro le llamó la atención. Si la vista no le fallaba, iba cargado de cuerpos sin vida.

—¿Adónde los llevan? —preguntó con la boca seca.

—Al agujero, ya no hay sitio en los cementerios. —María cerró los ojos y se los tapó con la mano.— Cada día se abre una fosa donde se van depositando los cuerpos sin vida. A última hora del día se queman.

Un escalofrío le heló la sangre, a pesar de que el sol calentaba.

Llegaron a las chozas y el hombre se bajó. Acordaron con él que Andrés dejaría el carro al anochecer en el mismo lugar.

—No hay tiempo para preparar la infusión. Llevaos un saco y repartid dos pedazos de raíz a todos los enfermos. Si alguno presenta bubones con llagas, le untáis la resina. Tengo que llevar los sacos y la resina al hospital. Es el lugar más seguro para guardarlos. Después me reuniré con vosotros. Llevamos días comiendo las raíces y estamos protegidos contra la peste.

Andrés descargó el saco y Teresa cogió uno de los vasos.

—María, creo que haces más falta aquí. Iré yo solo.

La chica asintió y le dio un beso en los labios.

—Ten cuidado, Alexander.

De camino al hospital se cruzó con otros dos carros cargados de

muertos. Intuyó que la visión de una pequeña con la piel tan blanca como la cal, sobre la montaña de cadáveres, le perseguiría en sus pesadillas. Tragó saliva intentando evitar las lágrimas. Tenía que ser fuerte, la situación lo requería. El espectáculo en la explanada del hospital terminó de arrugarle el alma. En el suelo yacían niños, adultos y ancianos. Otros suplicaban para ser atendidos. Con cuidado de no pasar por encima de nadie, llegó a la puerta. La madera retumbó con los golpes de la aldaba. A pocos metros, una pequeña inspiraba de forma continua intentando abastecer a sus pequeños pulmones. Su rostro, salpicado de pequeñas manchas rojas, parecía tan pálido como el de la niña del carro. Su madre la sostenía en brazos; el temblor de piernas y manos evidenciaba que la mujer tiraba de sus últimas reservas de fuerza. Insistió con la aldaba, esta vez duplicó la fuerza de sus golpes. «Tengo que hacer algo», pensó. Sacó varias raíces. Su longitud era variable, pero ninguna bajaba de los treinta centímetros. Cortó cuatro pedazos y le ofreció dos a la mujer; las otras dos, él mismo se las metió en la boca a la niña.

—No las traguéis, sacadle todo el jugo y después escupís los restos. Id a vuestra casa y mañana volved que os darán más.

La mujer le miró con los ojos a medio abrir.

—Gracias —masculló sin apenas mover los labios.

La mujer se dio la vuelta y se alejó. Cuando llevaba unos pasos, se giró y le miró. Sus ojos marrones transmitían sorpresa.

La puerta seguía cerrada y parecía que nadie bajaba a abrirla. Golpeó más fuerte y durante más tiempo. No quería separase del carro. Si se lo robaban, todos los esfuerzos no habrían servido para nada. Los enfermos de alrededor, que habían visto como le daba algo a la mujer, se acercaron. Alexander fue repartiendo dos pedazos a cada uno. Algunos empezaron a subirse al carro.

—¡Ahí no podéis subir! —gritó intentando persuadirlos.

No solo no le hacían caso sino que cada vez eran más los que intentaban hacerse con los sacos. Tiró los restos de las raíces que le quedaban en la mano. Los que estaban esperando para tomarlas se lanzaron al suelo para hacerse con su ración. Tres hombres y una mujer, encima del carro, intentaban sacar uno de los sacos. Alexander subió para impedírselo. Como no atendían a razones tuvo que emplear la fuerza. La mujer era ligera y le costó poco sacarla fuera. Los hombres le hicieron frente. Apretó los puños y lanzó un puñetazo. El crujido fue audible. El hombre bajó sujetando su nariz ensangrentada. Los otros dos levantaron las manos en señal de rendición, Pasaron a su lado y bajaron del carruaje. El rostro de Alexander estaba encendido. La cabeza de un cuervo enorme apareció frente a él. Tragó saliva. Parecía que intentaba hablarle. Eran palabras en vez de graznidos lo que emitía, pero no se entendían. Cuando bajó la vista, descubrió que

la cabeza estaba unida a un cuerpo cubierto por una túnica. Entonces lo entendió: era el atuendo que le enseñó Pascual para protegerse de la peste. Le hacía señas con la mano. Se subieron al pescante del carro y el hombre de la máscara sacudió las riendas para que el caballo se pusiera en marcha. Rodearon el hospital y entraron en un recinto interior donde había otros carros.

Pascual descubrió su rostro. Los pómulos destacaban en su cara y la palidez que mostraba no presagiaban buenas noticias.

—¡Alexander, por fin! Habéis tardado una semana más de lo que dijisteis.

—Tuvimos problemas. José enfermó en el barco y murió. El capitán exigió una cuarentena de una semana para asegurarse de que nadie más estaba enfermo.

—¡Santo Dios! —dijo el médico cerrando los ojos.

Descargaron los sacos y los dejaron en una alcoba.

—Come dos pedazos —exigió Alexander.

Pascual obedeció.

Subieron a la cocina un saco y un vaso con resina. Pascual dio instrucciones para que se preparase cuanto antes la infusión. Después entraron en el despacho del médico y cerraron la puerta.

—Tengo noticias que no te van a gustar, Alexander.

El muchacho sintió calor y se pasó la mano peinando las ondulaciones de su pelo.

—El número de muertos es tan grande que ya no hay sitio en los cementerios y los contagios no paran. Aquí han muerto la mitad de los sanitarios y en el hospital de las Cinco Llagas están igual. El asistente —el más alto cargo de la ciudad— ha utilizado todos los medios a su alcance para frenar el contagio y ha fracasado en todos sus intentos. Su último recurso ha sido pedir consejo al clero. —Los oídos del muchacho empezaron a pitar en el momento que escuchó la palabra clero—. Hay diversas opiniones. Unos achacan la enfermedad a la inusual alineación de los astros, otros al libertinaje y a la exhibición pública en los teatros. Pero la opinión más generalizada es que Dios nos ha enviado la peste, en forma de castigo, por permitir que el propio infierno tenga su representación terrenal en las chabolas. Dicen que están infectadas de demonios y gente de mal vivir. Han decidido que la única manera de deshacernos del castigo divino es quemándolas con sus habitantes dentro.

—¿¡Cómo!? —exclamó Alexander tapándose la cara con las manos.

28 de marzo de 2019

Fernando escuchaba con claridad la respiración agitada de Patricia. Seguían a oscuras y la luz que provenía del exterior de la estancia cada vez se hacía más visible. La sensación de estrechar la mano de Patricia entre la suya era reconfortante, pero el miedo no le dejaba disfrutar del momento.

El hecho de que las ratas hubieran huido, al percibir que se acercaba alguien, era un dato perturbador. No entendían cómo unos animales rabiosos que no se detenían ante nada, habían salido despavoridos de repente.

Cuando el haz de luz les enfocó desde la puerta, se apretaron las manos con fuerza. El flujo de sangre apenas les llegaba al extremo de los dedos. No les importó. La sensación de angustia enmascaraba cualquier otro sentimiento.

El contraste de la luz, que les enfocaba directamente, con la densa oscuridad, impedía ver quién era el portador de la fuente luminosa.

—¡Venid conmigo, rápido! —ordenó una voz femenina, dulce y con cierto acento inglés.

Sorprendidos y sin saber quién era la persona que se dirigía a ellos, se aproximaron con cautela.

—¡Seguidme! —volvió a exigir la misteriosa mujer poniéndose en marcha.

Pasaron por encima de la mesa que tapaba la puerta y siguieron al foco de luz.

Patricia, haciendo frente a la parálisis que el miedo le había provocado, sacó la linterna del bolso. La encendió y enfocó la espalda de la chica a la que seguían. Su espesa melena rizada carecía de color debido a la falta de luz natural. Su cuerpo exhibía una figura perfilada y bien cuidada y la agilidad con la que se desplazaba dentro de la galería, indicaba que no era la primera vez que atravesaba esos pasillos. En más de una ocasión pisaron alguno de los pequeños cadáveres de los roedores que abundaban en el suelo, pero no quedaba ni rastro de los que quisieron atacarles hacía unos minutos con tanta violencia.

Parecía que el fuerte olor disminuía y que el aire dejaba de ser tan denso según iban avanzando, facilitándoles, de ese modo, la respiración.

Después de virar en varias ocasiones, la intensa oscuridad dio paso a la penumbra. A cada exhalación que daban, sus pulmones les mandaban a sus cerebros un impulso de placer agradecidos por poder volver a respirar aire fresco.

Fernando, que iba el último, giró la cabeza y volvió a sentir

curiosidad por la repentina desaparición de los roedores. Por fin dejaban atrás la red de oscuras galerías y los diabólicos animales.

De repente y sin esperarlo, se toparon con una escalera metálica anclada a la pared. Por la salida superior entraban los últimos rayos de luz de aquella tarde de la recién estrenada primavera. La escalera ascendía por un conducto vertical de forma cilíndrica de un metro de diámetro aproximadamente. Aunque la luz que conseguía colarse no era muy intensa, ya que el sol empezaba a declinar, fue suficiente para dilatarles las pupilas durante unos instantes. Cuando sus ojos se acostumbraron a la intensidad de la luz, Patricia y Fernando pudieron distinguir por fin a la persona que les había salvado de morir devorados por las ratas. Fernando frunció el ceño. No la conocía, pero un detalle de la bella mujer le sorprendió. Patricia, por su parte, la reconoció al instante. El alivio que sentía por estar tan cerca de salir de allí, se transformó en incredulidad: tenía enfrente a la mujer pelirroja que la seguía a todas partes.

—Pero... yo a ti te conozco. Sé que me sigues desde hace tiempo —soltó Patricia con dificultad debido a la sequedad de boca.

—Ya os lo explicaré en su momento, ahora, salgamos de aquí.

A continuación, se agarró a la escalera y empezó a ascender. Después la siguió Patricia y por último Fernando. Las barras horizontales que servían de sujeción estaban parcialmente corroídas y parte de las capas superficiales se deshacían en sus manos. Salió la mujer pelirroja y a continuación, Patricia. Fernando mostraba más dificultades. La prótesis le complicaba las maniobras para subir por la escalera vertical. Cuando consiguió salir por la abertura redonda vio al lado su correspondiente tapa metálica de la misma forma circular. La corrosión había hecho mella en ella y mostraba amplios agujeros. La salida estaba rodeada de arbustos que la ocultaban del exterior. Se abrieron paso entre ellos y, aunque se arañaron las manos, salieron sin dificultad.

El sol terminó de ocultarse y la temperatura empezaba a ser fresca.

—¡Venga, vayámonos de aquí! —apremió la mujer pelirroja.

Parecía nerviosa y daba la impresión de querer largarse de allí cuanto antes.

Antes de irse, Fernando se giró. Otra vez le pareció que el árbol seco se quejaba.

La salida de las galerías estaba situada en la parte trasera de la casa. La rodearon. Por fin salieron del recinto. Necesitaban las linternas para alumbrar. La luz del día había dado paso a oscuridad nocturna y, aunque había luna, no iluminaba lo suficiente. El simple hecho de sentir la brisa sobre sus rostros se convirtió en un regalo.

—El coche ha desaparecido —dijo Fernando al comprobar que su vehículo no estaba en el lugar dónde lo aparcó.

—Volveremos a Madrid en el mío —respondió la mujer pelirroja.

Llegaron a la carretera y anduvieron unos cien metros por su arcén hasta llegar a otro camino de tierra que salía de ella perpendicularmente. Se adentraron unos metros. La mujer pelirroja pulsó un botón y las luces de un todoterreno, oculto entre dos árboles, se encendieron. Patricia y Fernando se sentaron en los asientos traseros. No tenían fuerza ni para preguntar. Demasiada adrenalina gastada en un solo día. Cuando se pusieron en marcha, les invadió una sensación de alivio. Por fin dejaban atrás la maldita casa que a punto estuvo de devorarles en sus entrañas.

Mediados de mayo de 1649,

Sevilla

Alexander llevaba un rato sin moverse, pensativo. Su mirada atravesaba a Pascual. Desde allí se oían los gritos de los enfermos.

—Pero... —hizo una pausa para coger aire—, eso es una locura.

El médico le miraba asintiendo. Tenía los ojos vidriosos por la falta de sueño; se los restregó durante un momento.

—Todo esto es una locura. La maldita peste, los contagios... Es un acto desesperado.

—¿Sabes cuando lo harán?

—Están preparando todo para el miércoles, para el cambio de luna. Irán de madrugada y quemarán todo.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Soy médico, conozco y atiendo a gente importante.

Alexander suspiró y cerró los ojos. Su cerebro se atascó, parecía que habían tapado su ojo interno y no era capaz de imaginar ninguna solución. El grito de otro enfermo tensó sus músculos.

El chico se levantó, sentía el cuerpo húmedo y pesado.

—Voy a dejar aquí las raíces. Las repartiremos en tres partes. Cinco sacos serán para vosotros, cinco para el hospital de las Cinco Llagas y los otros cinco para las chabolas. Con la resina haremos igual. Hay dos vasos para cada uno. En cuanto pueda volveré.

Pascual se levantó, rodeó la mesa y abrió la puerta. Los gritos se hicieron más audibles.

—Antes de que te vayas quiero enseñarte algo; bueno, más bien a alguien.

El médico volvió a ponerse la máscara de pájaro, Alexander le siguió. Atravesaron la sala que conoció el primer día. Se cruzaron con otro hombre pájaro que empujaba en una camilla metálica el cuerpo sin vida de una mujer. Llevaba los pechos fuera y la piel tenía aspecto lechoso. Llegaron a otra sala de las mismas características. Parecía que allí los enfermos estaban más cerca de la muerte. Alexander se imaginó las almas de aquellas personas haciendo las maletas para su inminente viaje. En esa sala no se oían gritos. Lo máximo que se llegaba a oír eran quejidos sin fuerza. El médico se paró frente a una de las camas. Alexander se acercó a mirar intrigado. Sobre el colchón había un hombre tendido con los ojos cerrados y con la cara consumida. Mostraba los labios metidos hacia dentro, como si no tuviera dientes que los retuvieran. Tenía el pecho descubierto y se movía sin parar. El ruido de la respiración era audible y producía

ansiedad. Alexander tuvo la necesidad de llenar sus pulmones y así lo hizo. Olía a excrementos y vómitos, pero estaba acostumbrado a olores más desagradables.

—¿Le reconoces? —preguntó el médico detrás de la máscara.

Alexander escuchó la voz de Pascual amortiguada. El enfermo también la oyó y abrió los ojos. La mirada del chico se clavó en la del moribundo, que le miraba a su vez con unos ojos marrones sin brillo.

—¡"El Francés"! —exclamó en un tono tan alto que hasta él mismo se sorprendió.

El pico de la máscara del médico se movió en sentido vertical en varias ocasiones.

El enfermo estiró la mano temblorosa pero, a mitad de camino, la dejó caer sin fuerza; después, intentó decir algo. Al abrir la boca mostró los últimos dos dientes que le quedaban, estaban negros. Lo único que salió de su boca fue un chirrido similar al que hacen las puertas mal engrasadas al abrirse. Después, volvió a cerrar los ojos.

De camino a las chabolas, montado en el carro, seguía con la mirada fija. Pascual le contó que varios días después de que se llevaran las raíces, llegó "el Francés" al hospital con otros dos enfermos. El resto de su banda ya había muerto. Se quejaba de que las raíces habían descompuesto sus cuerpos y, en vez de curarlos, habían enfermado. Los tres tenían la peste en su variante más letal. No había rastro de bubones, pero escupían sangre y se asfixiaban con solo hablar. "El Francés" era el único que seguía vivo. Su propia codicia les había matado. Al tomar más cantidad de raíces de la que sus cuerpos pudieron asimilar, las expulsaron y quedaron desprotegidos ante la peste.

Cuando llegó a las chabolas, el sol empezaba a descender. Bajó del carro, el olor volvía a ser el protagonista. Las ratas corrían, otra vez, sin miedo. La imagen del infierno se ajustaba bastante con aquel lugar. Se imaginó las chozas ardiendo y a sus ocupantes saliendo en llamas de ellas tirándose al río. Incluso podía oír el ruido de sus cuerpos al apagarse. Imaginarse la estampa de la chica embarazada, o del sobrino de Andrés en llamas, hizo que se le formase un nudo en la garganta. Intentó alejar esos pensamientos de su cabeza.

Estaba en el punto exacto dónde se despidió de María hacía unas horas.

No pasó mucho tiempo hasta que la vio aparecer a lo lejos, caminando hacía allí, acompañada de Andrés. La figura de la chica era casi la misma que cuando la conoció. Andaba con seguridad y sus pechos rebotaran a cada paso. A su lado, Andrés transmitía todo lo contrario: andaba con dificultad y era la viva imagen de la decrepitud.

—¿Hay muchos enfermos? —preguntó Alexander cuando se reunieron los tres.

Tanto María como Andrés estaban sudando y las ojeras denotaban cansancio. El hombre tenía los ojos rojos y el gesto, serio.

—Ha muerto tanta gente que nadie sabe decir un número aproximado —respondió la chica frotando sus manos contra la falda —. De los que quedan, más de la mitad están enfermos.

Alexander puso la mano en la barbilla, pensativo, pero parecía que su cerebro seguía bloqueado.

—¿Y Teresa? —preguntó el muchacho al darse cuenta de que no estaba.

—Cuando hemos terminado de repartir las raíces, se ha ido a su chabola. Le apetecía estar sola.

—Escucha Andrés, es importante. Ahora necesito que nos lleves al puerto y después que devuelvas el carro a su dueño —el hombre miraba fijamente asintiendo—. María y yo estaremos fuera dos o tres días. Teresa y tú deberéis repartir las raíces y la resina. Nos volveremos a reunir con vosotros lo antes posible.

Andrés tragó saliva y se rascó la barba. Sus ojos brillaban tanto que Alexander se temió lo peor.

—¿Tú familia está bien?

El hombre miró al suelo derrotado.

—El único que ha sobrevivido es el niño.

Alexander intentó ser cercano y le apretó con delicadeza el brazo.

María, al lado, se restregaba los ojos intentando contener las lágrimas.

Al llegar al puerto, el sol estaba bajo y la luz empezaba a escasear. El contorno del Fast Arrow se divisaba desde allí, anclado en medio del río. El suelo estaba lleno de desperdicios y las gaviotas y las ratas pugnaban por llevárselos a la boca.

Andrés se despidió y se quedaron solos. María no pudo contener más las lágrimas y se derrumbó.

—Ha sido horrible. La chabola de los familiares de Andrés estaba vacía. El hombre que vive en la de al lado nos contó que se llevaron los cuerpos sin vida el miércoles. El niño llevaba desde entonces viviendo allí con él. —El muchacho se acercó y la abrazó—. Maldita enfermedad, está arrasando Sevilla.

Alexander apretó los labios para evitar contar lo que le había dicho el médico. No era el momento, esperaría a que estuviera más tranquila.

Poco a poco el tamaño del barco se fue agrandando. Cuando llegó a la dársena, uno de los marineros desplegó el puente de madera para acceder al interior.

El ambiente allí dentro contrastaba con la tristeza que reinaba en Sevilla.

Después de cenar y poner al día al capitán de la situación en la

ciudad, se metieron en el camarote. La simple visión de la puerta de la bodega les trajo recuerdos de José, acentuando un poco más la tristeza que les invadía. La noche pasó sin sobresaltos. Alexander volvió a dormir en el suelo. María cayó rendida a los pocos minutos de apoyar la cabeza; él seguía pensando de qué manera evitar la masacre en las chabolas. Aunque las raíces frenaran la enfermedad, sabía que las decisiones del clero eran inamovibles. No darían marcha atrás y el asistente cumpliría con su palabra. Al rato, cansado de pensar sin encontrar una solución, se quedó dormido.

Al día siguiente, después de desayunar, tomaron dos pedazos de las raíces que Alexander guardó para el viaje y subieron a cubierta. La temperatura era, incluso, más calurosa que en Sevilla. La nave subía y bajaba, mecida por el vaivén de las olas. El capitán manejaba el timón fumando su pipa y les hizo un gesto amistoso con la mano.

—Buenos días, capitán —saludó Alexander cuando estuvieron a su lado.

—Buenos días —respondió en español.

El hombre miraba al frente y sujetaba el timón tan fuerte, que se podía apreciar como se abrían las grietas de su mano. En su boca la pipa, que no se la quitaba ni para hablar.

—¿Hay algo que le preocupa? Parece tenso.

El hombre aspiró humo y le miró.

—Las coordenadas.

—¿Qué pasa con las coordenadas? —preguntó María.

—Es raro que sean exactas. Antiguamente no tenían instrumentos marítimos tan precisos para orientarse. Ahora, aparte de las estrellas, tenemos la brújula y los cuadrantes y podemos precisar con mayor exactitud. Seguramente haya desviación. Espero que el catalejo nos sirva para compensarla.

Aquella afirmación tensó el rostro del muchacho, consciente de que no tenían tiempo que perder. Quería estar en Sevilla lo antes posible.

—Por cierto —dijo el capitán con un tono de voz mucho más animado—, esa raíz está más amarga que el vino picado, pero me encuentro mejor que nunca.

Alexander sonrió.

—Ya se lo … —No había terminado la frase cuando María le dio varios tirones en la camisa. El muchacho se giró. La palidez de su rostro le asustó. Alrededor de los ojos tenía dos círculos de un color muy cercano al de las bayas salvajes que cogía en Inglaterra. De su frente bajaban dos gotas de sudor.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Alexander contrayendo el ceño.

La muchacha abrió la boca para contestar, pero antes de que saliera alguna palabra, dio dos pasos para sacar medio cuerpo fuera del barco

por la borda. El ruido de los vómitos se oyó con claridad. El capitán miró con severidad a Alexander.

—Le aseguro que esta vez no es peste.

El hombre aflojó la tensión de su rostro, convencido.

María reapareció con restos de vómito en su rostro. Se pasó la mano, para retirarlos, y después se limpió en la falda.

Ya en el camarote, la muchacha, tumbada en la cama, inspiró con fuerza para intentar controlar su mareo. Alexander le pasaba un trapo húmedo por su rostro. Parecía que poco a poco volvía a coger tono.

—¡Madre mía, qué mareo! —exclamó soltando el aire despacio.

—Tranquila, pronto se te pasará.

Al poco volvió a quedarse dormida. Él se acercó y la besó en la frente, después retiró, con la mano, restos de sudor que le habían quedado. Para su tranquilidad, la frente estaba fría.

Después de comer, el muchacho bajó al camarote. Al oír la puerta, María abrió los ojos. Sus mejillas habían vuelto al tono rosado de siempre y sonreía aliviada de que todo se mantuviera quieto en su sitio. De momento, prefirió quedarse allí, descansando. Alexander volvió a subir. El barco parecía oscilar un poco menos. En el timón estaba Conall, el segundo de a bordo, mano derecha del capitán y que parecía haber perdido la capacidad de sonreír. Daba la impresión de estar oliendo siempre algo apestoso, porque siempre miraba al resto con cara de asco.

—¿Dónde está el capitán? —preguntó Alexander.

—En su despacho —respondió secamente.

El chico volvió a bajar y llamó a la puerta del capitán. Desde fuera se podía oler el humo de su pipa.

—Adelante —se escuchó dentro.

Sobre la mesa había un mapa desplegado y, sobre él, instrumentos que no conocía. El capitán hacía cálculos.

—Acércate —ordenó con la pipa en la boca.

El muchacho le miró fijamente. El humo se le metió en el ojo derecho y se lo restregó unos segundos.

El hombre marcó un punto en el mapa.

—Estamos aquí. A una milla del punto exacto. Subamos, pronto debería verse algo.

Arriba, la inmensidad del mar les rodeaba y no se apreciaba nada a simple vista. El capitán cogió un catalejo y giró sobre sí mismo. Después, se atusó la barba y clavó sus ojos color miel en los del muchacho. Sin decir nada, negó con la cabeza. Alexander se limpió el sudor acumulado encima del labio superior, a continuación cogió el catalejo, que el capitán le ofrecía, y miró en derredor. La masa azul marino le produjo vértigo.

—Ya me extrañaba a mí, que fueran exactamente esas coordenadas.

Alexander no sabía qué decir. María salió a cubierta, parecía totalmente recuperada.

—¿Qué pasa? —preguntó al ver los rostros serios que le rodeaban.

—Hemos llegado a las coordenadas y solo nos rodea el mar. —La muchacha contuvo el aliento durante unos instantes, pensativa.

—¿Y si fuera aquí y estuviera bajo el agua?

—En estas latitudes el mar es muy profundo. Si el tesoro estuviera sumergido, sería imposible recuperarlo —contestó Conall con su habitual cara de asco.

El capitán volvió a soltar humo. A Alexander le trajo el recuerdo de lo que le había contado Pascual.

—Haremos un último intento —sentenció Murdock mirando al horizonte—. Navegaremos en espiral hasta un radio de cinco millas. Si no divisamos nada, daremos por acabada la aventura, os dejaremos en Sevilla y nosotros partiremos de vuelta a Inglaterra.

Alexander, inquieto, asintió tragando saliva. El negro de su pupila aumentó de tamaño.

Los marineros ocuparon sus posiciones siguiendo las órdenes del capitán. El Fast Arrow aceleró la marcha y la brisa despeinaba sus cabellos. María llenaba sus pulmones; había dejado atrás el mareo y su estómago rugió sonoramente. El capitán no se despegaba del catalejo, oteando el horizonte en dirección a estribor.

Alexander empezaba a perder la esperanza. El rostro del capitán no mostraba señales de cambios. Una bandada de pájaros volaba cerca del barco. Una gaviota se posó, desafiante, en la borda. El ave dio dos saltos y alzó las alas para salir volando al ver que no había nada que llevarse al pico. El muchacho se giró hacia el capitán, este tenía los ojos muy abiertos y seguía al pájaro con la mirada.

—¡Tierra, tierra a estribor! —gritó desde lo alto con una fuerza asombrosa el vigía.

El capitán sonrió y maniobró con el timón.

No tardaron en divisar el perfil de una isla. Miles de pájaros volaban sobre ella.

Su visión más cercana, aclaró a Alexander la parte del mensaje que hablaba del muro que cercaba el tesoro. Las olas golpeaban con fuerza a los acantilados de rocas del color de la tierra mojada que rodeaban la isla. La pared se levantaba en vertical. Las gaviotas y otros pájaros de menor tamaño se posaban en las pequeñas oquedades que presentaba el cortado.

—Por aquí no se puede acceder a la isla —afirmó el capitán con el catalejo pegado a su ojo—. La rodearemos para buscar una entrada.

El inmenso muro de piedra protegía el interior. No se veía manera de acceder. Cuando llegaron a la parte más occidental, se toparon con la gran piedra de la que hablaba el mensaje. Su altura era similar a la

de los acantilados y sobre ella también anidaban muchos pájaros. La isla, en esa zona, dejaba un hueco abierto y en su interior, como una catedral labrada por la naturaleza, se alzaba la columna rocosa. Era como si la isla quisiera abrazarla, pero no podía cerrar los brazos del todo. Tampoco desde allí parecía posible acceder al corazón del islote.

El capitán maniobró con el timón rumbo hacia la abertura de la isla. El tono azul de las aguas se aclaró y su transparencia hizo visible el fondo, cubierto de corales y rocas.

—No podemos avanzar más —dijo Conall haciendo señas al capitán —. Si seguimos, encallaremos.

El ancla golpeó con fuerza el fondo. El Fast Arrow se mantuvo oscilante en el sitio.

—Iremos en uno de los botes —sentenció el capitán.

María y Alexander subieron a uno en compañía del capitán y de Conall. Llevaban un saco con dos palas, un pico y cuatro lámparas porta vela, con varias de ellas de repuesto. El resto de la tripulación permaneció en el barco a la espera de noticias. Confiaban plenamente en Murdock y sabían que nunca los traicionaría.

El segundo de a bordo remaba con su habitual cara de desagrado.

Según se aproximaban, más impresionaba la altura de los cortados. María sujetaba con fuerza el brazo de Alexander. Aunque el sol empezaba a descender, hacía calor y la sensación de humedad hacía que sudaran sin parar. Atravesaron la abertura que dejaba la isla y desde allí comprobaron que a ambos lados de la gran roca vertical, existía una separación con los acantilados. El canal que dejaba en la parte izquierda era de escasos centímetros, pero el de la derecha era suficientemente ancho como para que pasara el bote. Conall continuó remando sin cambiar el gesto de su cara y se adentró por el canal de la derecha. El capitán atusaba continuamente el pelo de su barba. Al bordear la columna de piedra, las vistas que tenían ante ellos les dejó mudos durante unos segundos. Hasta el segundo de a bordo relajó su gesto. A menos de cien metros se divisaba una playa de arena fina y oscura. El agua formaba una lámina tranquila y transparente. Infinidad de peces de diferentes colores se apreciaban a simple vista. El interior de la isla formaba una especie de embudo. La parte interna de los acantilados bajaba formando una pendiente irregular cubierta de vegetación. En el medio, detrás de la playa, una enorme llanura ocupaba la parte interna del islote. El paisaje contrastaba enormemente con el panorama de las chabolas; si aquello era el infierno esto era el paraíso. Cuando bajaron del bote, una nube oscura ocultó al sol. Alexander miró al cielo, sorprendido, al notar que algo caía sobre su cabeza.

—¿Está lloviendo? —preguntó la chica.

Las gotas se multiplicaron. El agua se agradecía, atenuaba la

sensación de que se iban a derretir. La nube se dejó llevar por el viento y dio paso de nuevo al sol. La humedad y la sensación de calor redoblaron su intensidad. Caminaron por la fina arena hasta llegar a las palmeras que delimitaban el borde de la playa. Estaban cargadas de cocos y en el suelo había varios medio podridos. Un cangrejo asomó del interior de uno y se dirigió despavorido hacia la playa. Se adentraron hacia el interior de la isla. La arena dio paso a un suelo más consistente cubierto por vegetación. Allí dentro, debajo de las palmeras, la temperatura descendió. Sus cuerpos lo agradecieron. Un sonido les llamó la atención. Alexander se mantuvo estático viendo como los demás le imitaban. Una bandada de aves sobrevoló sus cabezas emitiendo fuertes chillidos. Otra vez el ruido de algo moviéndose se escuchó a escasos metros. María se tensó y estrujó la mano de Alexander. El muchacho sacó la navaja, preparado. La agarraba con tanta fuerza, con su mano izquierda, que el mango se le clavaba. El sonido se hizo continuo y cada vez más intenso. Ninguno se movía. El muchacho, preparado para atacar si fuera necesario, relajó el puño con el que agarraba la navaja, al ver pasar, a un par de metros por delante de él, a una familia de cerdos salvajes. El macho exhibía unos dientes afilados que sobresalían amenazantes. A su lado, una hembra de menor tamaño, seguida, a poca distancia, de tres jabatos con el pelaje rayado. Alexander respiró aliviado y la mano de María se relajó. Se miraron, pero no dijeron nada. Continuaron hasta que la densidad de palmeras fue disminuyendo. Después de cruzar la última fila de cocoteros, el panorama, que tenía enfrente, volvió a impresionarles. El corazón de la isla lo ocupaba una planicie con algunas zonas elevadas, que llegaban hasta los bordes de las laderas inclinadas de la cara interior de los cortados. En el centro, reflejando los rayos solares, una laguna de forma circular. Alexander segregó saliva al ver el agua cristalina. La continua pérdida de líquidos, por el sudor, había secado su boca y necesitaba hidratarse. A tenor de las pocas palabras que pronunciaba el resto, le dio la impresión de que estaban igual. La visión del agua les dio fuerzas para continuar y aligeraron el paso. Allí ya no tenían la protección de las palmeras y el sol les volvía a golpear sin piedad. La laguna formaba una gran masa de agua azul marino, rodeada de una corona de agua azul turquesa. Alexander se acercó. La belleza del paisaje que tenía ante sus ojos le aturdió. Parecía como si estuviera en un sueño del que despertaría de un momento a otro chocando de golpe contra la realidad. Cogió un poco de agua con las manos y se la llevó a la boca. Estaba fresca y no sabía a sal.

—Es agua dulce —afirmó mirando al resto.

—Puede ser peligroso beberla directamente —respondió el capitán luchando contra sus propias ganas de beber.

—¡Mirad! —dijo la chica apuntando con el dedo al lateral de la laguna.

Todos alzaron la vista hacia el lugar que indicaba María. En el lateral izquierdo se apreciaba una formación rocosa de la que salía un chorro continuo de agua formando un pequeño arroyo que desembocaba en la laguna. Se dirigieron hacia allí. El agua brotaba entre las rocas salpicando en su caída al riachuelo que se formaba en el suelo.

—Es un manantial —aseguró Alexander.

El agua salía transparente y fresca, lo que les sirvió para reponer el líquido perdido.

El capitán volvió a atusarse la barba pensativo.

—Esta isla es demasiado grande para saber dónde puede estar escondido el tesoro. ¿Qué es lo que decía el libro que leíste del sol y la luna?

—Allá donde la luna sale cuando el sol está a mitad de su camino descendente, se podrá acceder a él —respondió Alexander serio. Sabía que el capitán estaba en lo cierto.

El sol estaba casi en la posición que anunciaba el libro, pero no había rastro de la luna.

Conall, sin decir palabra y con su mutismo habitual, se subió a la parte superior de las rocas que coronaban el manantial.

—Parece que al otro lado de la laguna, entre los árboles, en la zona de la izquierda, hay algo.

El muchacho sintió un escalofrío. De varias zancadas alcanzó el lugar dónde se encontraba el segundo de a bordo. Después le siguió María y por último el capitán, que mostraba más dificultades en la subida.

Desde allí se apreciaba la parte superior de lo que parecía una casa.

Se dirigieron hacia allí. En la orilla vieron huellas de cerdos salvajes. Circunvalaron la laguna y se adentraron en el bosque que ocultaba la casa. La frondosidad de los árboles respetaba la zona de alrededor de la construcción. Parecía una isla rodeada de un mar de vegetación. Cuando estuvieron enfrente, comprobaron que tenía más pinta de mezquita que de casa. Estaba construida con roca caliza que presentaba su superficie porosa y desgastada por el paso de los años. La puerta rectangular de madera, estaba forrada por unas láminas de un material de color dorado remachadas en toda su superficie. La coronaba un arco con forma de herradura, en el que se alternaba el tono rojizo de algún material arcilloso con el tono beige amarronado del color de la roca. La superficie interior de dicho arco formaba un entramado con diferentes símbolos de temática musulmana, por los que penetraban los oblicuos rayos del sol. En la fachada, a los lados de la puerta, se abrían arcos lobulados sobre aberturas rectangulares,

tapados por unos entramados similares al de la parte superior de la puerta.

Alexander se acercó. El tacto de la superficie que cubría la puerta desprendía cierto calor al estar expuesta a los rayos del sol. En la parte central había un pasador metálico de aspecto verdoso del que colgaban los restos de un candado del mismo tono.

—Quita —ordenó Conall con el pico en la mano.

El muchacho se retiró. El candado no opuso resistencia al golpe y cayó.

Alexander intentó correr el pasador, pero estaba atascado y no se movió. Después de varios intentos, por fin cedió y las dos hojas de la puerta se abrieron. La luz se precipitó al interior de la sala. El muchacho giró la cabeza para mirar al resto y después entró en la mezquita seguido de María. Tanto las paredes como el techo estaban recubiertos de tallas de yeso que trazaban figuras geométricas y complicadas formas. El suelo lo rellenaba un mosaico de azulejos con decoración geométrica y vegetal; estaba cubierto de restos de hojas y de arena fina. El recinto, de forma rectangular, era diáfano y estaba vacío. No había rastro de tesoros y la única luna que se podía apreciar, era la que formaba parte del entramado interior del arco que coronaba la puerta. El rostro del capitán seguía serio. María pasó su mano por una de las paredes y la superficie de la talla de yeso se deshizo. Limpió los restos en la falda. Aunque los rayos del sol incidían inclinados, todavía hacía calor.

—¿Y ahora qué? —preguntó Conall con su cara de asco habitual.

Los demás no dijeron nada, buscando alguna luna en la superficie tallada. Alexander bajó la mirada al suelo. Empezaba a creer que no encontrarían nada de lo que ponía el libro, cuando vio algo que le llamó la atención.

Sin decir nada se dirigió a la entrada y cerró la puerta. El interior de la sala quedó en penumbra. Algo la rompía: los rayos de sol que atravesaban el entramado interior del arco. La luna creciente, que ocupaba su parte central, acompañada de una estrella de cinco puntas, se proyectaba sobre el mosaico del suelo. Alexander se puso encima.

—Abrid la puerta —ordenó el muchacho a los demás, que miraban sorprendidos en la oscuridad.

María obedeció y la sala volvió a llenarse de luz. Alexander golpeó con el talón en el suelo y este le respondió con contundencia. Hincó las rodillas y repitió la operación, pero esta vez con los nudillos. Obtuvo la misma solidez.

—El sol está más bajo de lo que decía el libro que leíste —indicó el capitán acercándose al muchacho—. Cuando estaba a la mitad del camino descendente, la luna se proyectaría más cerca de la puerta.

Alexander se mantuvo pensativo un instante; volvía a sudar,

aunque ahora nada tenía que ver con la temperatura. Se incorporó y probó en el azulejo contiguo en dirección a la salida; volvió a notar suelo firme debajo de él. La cosa cambió cuando repitió el proceso en la siguiente baldosa. Conall cambió su cara de asco por un gesto de expectación. María oyó el ruido hueco que devolvió el azulejo al golpearlo Alexander con los nudillos. El capitán se acercó y repitió los golpes mientras miraba a los ojos del muchacho que tenía en frente de rodillas. Después, sacó el cuchillo de la funda y fue retirando el material en torno a la pieza del mosaico. Alexander lo imitó con su navaja. Cuando no quedaba más que sacar, el capitán metió la punta del cuchillo e hizo palanca. El azulejo no se inmutó, no así el cuchillo que se dobló ligeramente amenazando con partirse. Conall sacó el pico del saco y, con su característica falta de tacto, ordenó:

—Retiraos.

De un golpe, rompió el azulejo en pedazos. Continuó, hasta dejar solo pequeños trozos pegados en la parte inferior. Debajo se apreciaba una superficie dura. Conall volvió a la carga y el pico se clavó sin dificultad. Antes de sacarlo se secó el sudor que corría por su frente. Por un momento pareció sonreír, pero fue un instante, después volvió a torcer el morro. Sacó el pico dejando al descubierto un agujero oscuro. Con cada golpe, aumentaba el orificio. Cuando el hueco se hizo lo suficientemente grande, el capitán le puso la mano en el hombro para que parara. Alexander volvió a hincar las rodillas en el suelo para mirar dentro. Las sombras eran alargadas y, aunque había luz, no se veía bien el interior. Decidido, metió la mano. La respiración se le agitó por el miedo a lo que pudiera tocar. Sentía calor y sabía que su cara mostraría la tonalidad roja que tanto odiaba. Lo primero que sintió al tacto fueron los escombros que habían caído; los retiró, después, se topó con un material áspero y seco. Tenía metido el brazo poco más de la muñeca. Pasó la mano por la superficie hasta que sintió que algo le pinchaba. La sacó y se miró el dedo. Vio una pequeña astilla de madera clavada en él.

—Creo que es una trampilla de madera —anunció al resto que miraban impacientes.

Alexander vio como Conall sonreía cuando le exigió que se retirara. Repitió el proceso en los azulejos de los lados y los tres aledaños más próximos a la entrada de la mezquita. Cuando terminó, tiró el pico a un lado; respiraba agitadamente y de las grietas que surcaban su mano salían hilillos de sangre. La trampilla se apreciaba con claridad. El contorno de los azulejos retirados era superior al de la superficie que formaba los listones de madera. Alexander viajó en el tiempo al día en el que descubrió una entrada como la que tenía enfrente, en la iglesia de San Francisco de Jesús. Volvió a sentir la familiar presión en el pecho al acordarse de Zacarías. Al igual que en de la parroquia, salía

un pedazo de soga a modo de tirador. Conall se acercó, pero antes de coger la cuerda para tirar, el capitán le frenó:

—Deja que sean Alexander o María quienes abran la trampilla.

El hombre se retiró. La muchacha miró a Alexander buscando su aprobación; este le hizo un gesto con la cabeza para que fuera ella la que tirase. La muchacha se puso a un lado de la entrada y agarró con fuerza el tirador. La postura le dificultaba la acción, pero la trampilla se abrió sin problemas. La oscuridad era tan densa que no se veía nada. Una corriente de aire salió del interior. «Huele igual que la biblioteca de los libros perdidos», pensó Alexander. Volvía a tener la sensación de irrealidad y se sentía ligero. Conall salió de la mezquita y todos le siguieron con la mirada. Había hojas y ramas secas en el suelo. Aunque se mojaron cuando llovió, la parte superficial se había secado con el sol. Sacó su cuchillo y cortó unas finas hebras de una de las ramas; volvió a entrar en la mezquita e hizo una especie de nido sobre uno de los azulejos con la yesca que traía consigo. Después abrió la saca que llevaba sujeta al cinturón y sacó una piedra de sílex. Estaba desgastada por el uso. Pasó el cuchillo por su superficie varias veces. Las sombras ocupaban todo el espacio de la sala y facilitaban la visión de las chispas que salían para depositarse sobre la yesca. Todas se apagaban incluso antes de llegar a contactar con ella. Por fin, después de muchos intentos, una de las partículas se depositó incandescente en la superficie del nido. Conall lo cogió entre sus manos con delicadeza y sopló repetidas veces. Una columna de humo blanco ascendió desde sus manos. De pronto, una llama nació y el capitán, preparado para ello, encendió una de las velas. La yesca se consumió en poco tiempo dejando un olor característico de madera quemada. Con la llama de la vela encendió las otras tres y las introdujo en el interior de las lámparas. Alexander se acercó al agujero que había dejado la trampilla; el resto del grupo hizo lo propio. Sujetando el farol por el asa, lo metió en el hueco. La luz de la vela dejó a la vista los peldaños de una escalera de madera. Otra vez volvió a recordar a Zacarías. Le vino a la cabeza el libro del que le habló y eso hizo que se acordase de su madre. Apretó el puño de la mano libre y cogió aire con fuerza. Sus pulmones se inundaron de la humedad que salía de allí. Se sentó en el borde de la trampilla hasta que sus pies hicieron contacto con uno de los escalones; después, se adentró en la oscuridad. María, desde arriba, veía el contorno de Alexander recortado por la luz que portaba. Desde allí podía escuchar como se quejaba la madera de los peldaños. La muchacha fue la siguiente en bajar. Cuando llegó abajo, descendió el capitán y por último, Conall. Estaban en una estancia rectangular, de un tamaño aproximado a la sala de arriba. No había nada, ni siquiera telarañas. Alexander se acercó a una de las paredes. Estaba fría, húmeda y dura. Era como si

el hueco lo hubieran tallado en el interior del suelo rocoso. Tenía la garganta seca. Caminó, seguido del resto. Andaba despacio, tanteando con el pie a cada paso. La llama de la vela dejó al descubierto la entrada a una galería. Se giró y vio al resto detrás con sus correspondientes lámparas. Los ojos de María mostraban un brillo intenso. Las sombras que producía la luz de la vela daban al ambiente un aspecto tenebroso. El primer paso que dio, en el interior del túnel, le produjo vértigo. Tuvo que apoyarse en la pared que tenía a su izquierda. Por un momento percibió el desagradable olor que le atormentaba en ocasiones. Fue solo un instante, pero bastó para revolverle el estómago. Continuó andando sin retirar la mano de la pared. La superficie presentaba irregularidades. El suelo se mostraba firme y respondía con solidez. Cuanto más se adentraban, más aumentaba la sensación de que la isla se los había tragado y que caminaban por sus entrañas. Llegaron a una bifurcación. De la galería partía un tramo hacia la derecha y otro hacia la izquierda.

—¿Por dónde vamos? —preguntó María con un tono de voz muy alejado al desparpajo que solía utilizar.

Nadie contestó. Todos se miraban entre sí. Conall fue el primero en romper el silencio.

—No sabemos qué nos vamos a encontrar vayamos por donde vayamos —dijo en inglés con su habitual cara de pocos amigos.

Sin decir una palabra más, el segundo de a bordo se metió en el túnel de la derecha. María no necesitó que nadie le tradujese aquellas palabras al español. Conall dio unos pasos. Al ver que los demás no se movían, indecisos, se giró e hizo una señal para que le siguiesen; después retomó la marcha. El grito sonó tan fuerte, que pareció recorrer el tramo de la galería a toda velocidad hasta llegar a sus oídos. Había sido breve, tan breve, que era lo que más impresionaba. Conall había desaparecido y con él, la luz de su lámpara. No se oía nada a excepción de la respiración agitada del capitán. María se agarró con fuerza al brazo de Alexander.

—¡Conall! —gritó Murdock sin obtener respuesta.

Otra vez el silencio acarició la piel del muchacho, haciéndole sentir un cosquilleo detrás de la nuca. Con el candil por delante, alumbrando el suelo que pisaba, se adentró por la galería. Detrás, el capitán y María, que no dejaba de mirar hacia atrás sintiendo el peso de la oscuridad a su espalda. Les bastaron unos pasos para descubrir lo sucedido. Faltaba parte del suelo. En su lugar había un agujero. Alexander se agachó y tocó con su mano derecha el terreno alrededor del orificio. Enseguida se dio cuenta de lo que pasaba. Era una fina capa de yeso disimulada con arena por encima. Metió la lampara por el agujero y lo que vio hizo que el mundo se parase por un instante. Le pitaban los oídos y sintió frío. Aquella sensación duró un instante

eterno. Después giró la cabeza y miró a los ojos del capitán, que esperaba noticias al lado de María. Sin necesidad de hablar, Murdock supo que algo grave había ocurrido. Se acercó al hueco del suelo y metió su lámpara. Abajo, a escasos dos metros, estaba el cuerpo sin vida de Conall atravesado por varias estacas acabadas en punta fijadas en el fondo. A su lado, el candil con la vela apagada y el saco con la pala y el pico. Alexander apoyó su mano en el hombro del capitán. Este le miró sin decir nada, parecía que los surcos de su cara se notaban más.

María se asomó. Al ver el cuerpo del inglés atravesado por varias puntas afiladas, soltó un breve grito, se santiguó y giró la cabeza.

Después de un rato, durante el cual nadie dijo nada, el muchacho rompió el empalagoso silencio.

—Probemos por la otra galería. A la vuelta cargaremos el cuerpo de Conall.

El capitán, sin decir una palabra, asintió. Se levantaron y caminaron en dirección opuesta. María no se soltaba del brazo de Alexander, y Murdock, detrás, arrastraba los pies. Se adentraron en la otra galería. La altura de la parte superior disminuía según avanzaban. A los pocos pasos tuvieron que encorvar la espalda para poder seguir. No daban un paso sin inspeccionar antes el suelo que pisaban. El pasadizo finalizaba en una sala circular. La altura de la galería había disminuido tanto que tuvieron que pasar en cuclillas. Dentro, la altura volvía a elevarse y recuperaron la verticalidad. El aire en su interior era pesado y la respiración del capitán se hizo tan sonora que Alexander se preocupó.

—¿Está bien? —le preguntó.

El hombre asintió, pero su brillante cara era el reflejo de lo contrario.

Las paredes estaban cubiertas por tallas de yeso similares a las de la mezquita. Alexander se acercó y comprobó que, aparte de figuras geométricas, había mensajes escritos con letras árabes.

—Mirad —dijo María con la mano sobre la pared.

Alexander y el capitán se acercaron. Frente a ellos tenían la imagen de una luna idéntica a la del entramado del arco. Unos centímetros por encima sobresalía una barra de algo más de diez centímetros de longitud. Alrededor, abarcando tanto la luna como el mango, formando un círculo de dos palmos de diámetro, había una ranura de escasos milímetros que separaba la figura del resto de la talla. Encima, una palabra en árabe que ninguno supo leer.

El muchacho caminó unos pasos sin retirar la mano de la pared.

—Mirad, aquí hay otro círculo.

En este caso la figura que se representaba dentro era una estrella; sobre ella, sobresalía una barra similar a la otra. Otras palabras

musulmanas estaban talladas encima.

Antes de terminar de recorrer el contorno de la sala circular, dieron con la última de las figuras. Encerraba lo que parecía un sol radiante.

El muchacho agarró con fuerza el mango que sobresalía por encima del sol y miró a María. Esta le hizo un ligero gesto de asentimiento con la cabeza. después miró al capitán, que se atusaba la barba. No hizo falta ningún movimiento para saber que estaba de acuerdo con lo que iba a hacer. Intentó girar el círculo hacia la izquierda, pero estaba atascado o era imposible moverlo en ese sentido. Volvió la cabeza. Tanto el hombre como la muchacha miraban estáticos. Se secó el sudor de las manos y volvió a intentarlo, pero esta vez en sentido contrario. El círculo rotó unos grados con dificultad; después, siguió haciéndolo solo. Detrás de la pared se escuchó un fuerte ruido. Estaban tan absortos que no se dieron cuenta de lo que pasaba hasta que fue demasiado tarde. Cuando el mango llegó a la posición diametralmente opuesta del círculo en la parte inferior, algo retumbó a sus espaldas que les estremeció. En el hueco por donde entraron a la sala, una reja metálica cerraba la salida. Alexander llegó hasta ella de dos zancadas. Hincó las rodillas en el suelo e intentó abrirla, pero estaba atrancada. Las capas superficiales del material se deshacían en sus manos. La verja estaba formada por barras que se entrecruzaban entre sí formando cuadrados. Miró hacia arriba y comprendió lo sucedido: el giro de la manivela puso en funcionamiento un mecanismo que liberó la reja. Entre la pared de la sala y la galería se apreciaba el hueco donde estuvo oculta. María se colocó a su lado y se sumo a sus fuerzas, después, el capitán en un intento desesperado por salir de allí. Se levantaron extenuados. El hombre, más que respirar, jadeaba. De forma entrecortada, dijo:

—Prueba con otro círculo.

La frente del muchacho brillaba reflejando la luz de la vela de su lámpara. María le miraba sin saber cómo actuar. Él buscó el gesto de asentimiento de antes, pero no lo encontró. Tragó saliva y se volvió a secar el sudor de las manos.

—¿Cuál? —se limitó a preguntar.

—Prueba con la luna, es la que nos ha traído hasta aquí —respondió la chica insegura.

Agarró el mango y giró hacia la derecha. Igual que antes, después del primer esfuerzo, el círculo rotó solo. Algo sonó detrás de la pared. El ruido inicial se transformó en un estruendo. Era como si algo de gran tamaño rodase al otro lado de las tallas de yeso. Miraron a su alrededor. El ruido ensordecedor no afectaba a nada allí dentro. Lo siguiente que oyeron fue un golpe sordo, parecía que eso que rodaba hubiera impactado contra algo. El ruido que vino después superó a cualquier otro escuchado en sus vidas. Daba la impresión de que la

parte superior se estaba desmoronando. Empezaron a caer partículas de polvo del techo. El suelo vibró bajo sus pies. María miraba en derredor, con la mano apoyada en la pared. Una masa de polvo con partículas de mayor tamaño entró atravesando la reja metálica, golpeándoles en todo el cuerpo. Las velas se apagaron y la oscuridad los envolvió. No se podía respirar sin tragar una bocanada de materia en suspensión. El capitán tosía sin parar.

—¡Gira el otro círculo! —oyó que le gritaba María.

A tientas tocó la pared y caminó guiado por el tacto hasta el círculo que contenía la estrella. Sin esperar un momento, lo giró. El suelo desapareció y cayeron. Esperando ser insertado por unas estacas, como las que acabaron con la vida de Conall, cerró los puños y tensó la mandíbula. La sensación de caer al vacío duró poco. María gritó, el capitán seguía tosiendo. El golpe en el culo le subió hasta la nuca, dejándole dolorido. Después se deslizó por una superficie pulida. Puso las manos en los laterales del túnel por el que bajaba, pero solo consiguió arañarlas. María no paraba de gritar delante suyo. Era buena señal, eso indicaba que estaba viva. Otra vez perdió el contacto con el suelo y salió lanzado al vacío. No se veía nada y estaba seguro de que de esa no sobreviviría ninguno. La caída duró más tiempo que la anterior. El impacto contra la superficie del agua que le recibió hizo que sintiera como si mil agujas se hubieran clavado a la vez en su espalda. Inmediatamente después, alguien cayó a su lado. La oscuridad era total.

—¿Estáis bien? —preguntó con miedo de no obtener respuesta.

María, a ciegas, se acercó y le tocó en el brazo. Él, que no lo esperaba, se encogió.

—Estoy aquí, creo que no me he roto nada —respondió la muchacha.

El capitán tosió y después dijo:

—Yo también creo que estoy entero.

No hacían pie. Alexander nadó sin una dirección concreta. María le seguía detrás guiada por su voz, y por último, el capitán. La sensación de nadar a oscuras le dificultaba la respiración. Algo rozó su pierna y se estremeció. Siguió, intentando superar la angustia que le apretaba el pecho. Por fin tocó algo sólido. Parecía una superficie rocosa, pero era demasiado vertical para subir por ella. Probó y sintió satisfacción al notar que sus pies tocaban el fondo. Continuó, seguido de Murdock y la muchacha, sin perder contacto con la superficie de la roca. En el suelo pisaba algo que le hacía resbalar continuamente, algo que se deslizaba por el fondo. La verticalidad de las rocas se hizo más suave y consiguió subir con dificultad. La superficie superior era llana y se sentó. Después subió María seguida del capitán. Se sentaron quietos sin hablar. Lo único que se escuchaba era la respiración del hombre.

La oscuridad era tan absoluta que producía claustrofobia. Alexander se sujetó las piernas con fuerza. Estaban atrapados. No solo morirían ellos, sino que tampoco podría ayudar a los habitantes de las chabolas. Una idea le golpeó con fuerza, una idea que le enfureció. No lo había pensado hasta entonces, pero fue en ese momento cuando se dio cuenta de que esa isla era el lugar idóneo para trasladar a los habitantes de las chozas. Cerró los ojos con fuerza al comprender que ya era tarde para eso.

29 de marzo de 2019

Fernando llevaba un rato distraído mirando por la ventana del autocar en el que viajaba. A su lado, su amigo Javier hablaba animosamente con alguien que estaba sentado al otro lado del pasillo. Se sentía bien, parecía que la sensación de rabia que le acompañaba casi siempre había desaparecido. Ni siquiera notaba las molestias que le generaba el roce de la prótesis sobre el muñón. Extrañado, se echó la mano a la pierna. El corazón le dio una patada en el interior de su pecho cuando, al tocar la prótesis ortopédica, sintió el tacto de sus dedos. Giró la cabeza para mirar a su amigo, pero este seguía hablando y riendo sin prestarle atención. Sentía tanto calor que se llevó la mano a la frente para comprobar su temperatura. Estaba fría y la palma se le empapó de sudor. Después, se levantó el bajo de su pantalón y la visión de su pierna musculada y cubierta de vello le robó el aliento. Pasó la mano sobre la superficie de su piel. El cosquilleo le inundó los ojos de lágrimas. Cogió aire, sus pulmones se lo exigieron, y se quitó la deportiva y el calcetín. Era la visión más hermosa que había tenido en su vida, poder ver y sentir la pierna le hacía sentir más joven y vivo que nunca. Cerró los ojos por un instante para intentar contener las lágrimas que pedían salir a gritos. Algo le rozó; miró al suelo con el cuerpo encogido, pero no vio nada. La sensación de algo peludo rozando su pie le estremeció. Intentó levantar la pierna, pero parecía que estaba pegada al suelo. No encontró la forma de que respondiera. La cabeza de una rata apareció por debajo de su asiento, se acercó al pie y se puso a olisquearlo. A continuación, otras dos ratas se unieron a la primera. El primer mordisco le hizo gritar. Intentó mover las manos, pero tampoco pudo. Seguían apareciendo roedores sin parar, y se podían apreciar sus ojos rojos sedientos de sangre. Roían y mordían con una excitación que aumentaba por momentos. Llamó a Javier, pero él seguía a lo suyo sin hacerle caso. Reía alegremente. Al inclinar la cabeza hacia delante, pudo ver quien era el pasajero que le tenía abducido. Patricia, incluso más guapa de lo habitual, con los labios pintados de rojo, coqueteaba y reía sin parar con su amigo. Recibió un latigazo de celos, pero el dolor por los mordiscos de los roedores superaba cualquier sensación. Volvió a mirar su pierna; su pie ya no estaba, seguían mordiendo a la altura del tobillo. Paralizado, volvió a gritar. Esta vez el grito le despertó. Pasó, en menos de un segundo, de la posición horizontal a la de estar sentado. Al igual que en el sueño, sudaba. Le costó un rato situarse. Tenía frío y no veía nada. Las sábanas y la colcha estaban tiradas en el suelo. Le pitaban los oídos como si acabara de salir de una discoteca. La familiar sensación de rabia volvía a estar presente y la presión en el

muñón le devolvió a la realidad. Parecía como si una pinza de la ropa, enorme, le estuviese apretando continuamente. La sensación de bienestar del sueño, al notar su pierna, contrastó con la de vacío y tristeza por volver a sentir la falta de esta. Impulsado por un acto reflejo, tanteó hasta llegar por debajo de la rodilla. Ahí acababa de golpe. Se tapó los ojos con la mano. Aunque la oscuridad era total, aquel gesto le relajaba, le hacía desaparecer del mundo durante unos instantes. Se concentró en atar la rabia que quería desbordarse en su interior. Inspiró hondo y pudo percibir ligeramente el olor de Patricia. El aroma deshinchó su ira y se sintió mejor. Tanteó la mesa baja de su izquierda hasta que su mano hizo contacto con el móvil. Lo encendió y miró la hora. «Joder, las cinco todavía», pensó, sabiendo que le sería imposible volver a dormir. Dejó de nuevo el teléfono y encendió la lámpara de pie.

Estaba en el cuarto de estar del chalet de Patricia. Había dormido sobre un sillón gris que se transformaba en cama. Al lado, sobre una silla, estaba la pierna ortopédica. Su relación con ella era más bien de amor y odio. Le permitía andar, pero ser la sustituta de su pierna de carne y hueso hacía que volcara simbólicamente sobre la extremidad de silicona todo su rencor por lo que representaba.

El pantalón vaquero colgaba del respaldo de la misma silla. Tenía los bajos manchados de barro seco y la parte del culo, sobre los bolsillos de atrás, mostraba manchas similares. El jersey azul que estrenó, al saber que Patricia le acompañaría, olía mal. La cazadora de ante estaba reseca y sucia; Las zapatillas, antes blancas, se habían teñido de un tono amarronado y negro. Encima de ellas, un único calcetín mal oliente.

Habían llegado a Rivas pasadas de las diez y media. No hizo falta dar indicaciones a la extraña chica pelirroja para llegar a casa de Patricia. Durante el trayecto desde Cuenca, nadie abrió la boca. Cuando bajaron del todoterreno, la chica bajó la ventanilla y en un tono cercano al susurro, dijo:

—Mañana, cuando hayáis descansado, volveré y hablaremos.

El acento inglés era tan marcado, que Fernando no entendió ni una palabra. Después, arrancó el coche y desapareció.

—¿Qué ha dicho? —preguntó notando que cada palabra que pronunciaba raspaba su garganta.

—Que mañana vendrá y hablaremos —respondió ella con cara de no entender nada.

Entraron en el chalet. El agradable aroma que se respiraba consiguió enmascarar, en parte, el olor a sudor que desprendían. Bebieron agua hasta saciarse y comieron algo. Patricia miró a los ojos a Fernando, después, se acercó y le abrazó.

—Necesito que te quedes a dormir, creo que voy a soñar con las

ratas toda mi vida.

La cara del detective se encendió. Tragó saliva y se limitó a decir:

—Claro, tranquila.

Subieron a la planta superior. El calor iba aumentando. Echaba de menos el sabor del whisky en su boca para calmar su inseguridad. Dormir con ella sería maravilloso, pero no estaba preparado. Se juntaban varias cosas: olía mal, no tenía cambio de ropa y por último, la pierna. Cuando se acostaba, se quitaba la prótesis y, aparte de los médicos y enfermeras, nadie le había visto el muñón; ni siquiera iba a la piscina. Enseñarlo era como desnudarse. Por lo que cuando Patricia le dijo que él dormiría en el sillón cama del cuarto de estar, más que una decepción, supuso un alivio. Antes de encerrarse en su habitación, ella se acercó y le dio un ligero beso en los labios.

—Todavía es pronto para dormir juntos —dijo con los ojos hundidos tras las ojeras oscuras mientras pasaba su mano por el rostro de barba incipiente de él.

Fernando se mantenía taciturno, sin saber que decir.

—Siento el lío en el que te he metido, pero creo que es el primer paso para esclarecer la desaparición de mis padres.

—Tranquila, estoy seguro de que daremos con todos los detalles —consiguió decir arrastrando las palabras—. ¿Mañana irás a trabajar?

—Me quedaban días —dijo ella negando con la cabeza—. Me he cogido el jueves, el viernes y la próxima semana.

Después, Patricia se metió en su cuarto. Fernando se aseó y se curó la herida producida por la mordedura del animal. Cogió el sillón con ganas, era cómodo y espacioso.

Ahora, después del violento despertar, sentía el pulso en el lugar donde la rata clavó sus dientes. La superficie se mostraba roja y ligeramente inflamada. Se colocó la prótesis y se vistió con cuidado de no tocar la zona enrojecida. El simple roce le producía un dolor agudo. Se sentía sucio y necesitaba una ducha, mejor dicho, necesitaba “su ducha”. Después de abrir la ventana para ventilar el olor que se había instalado cómodamente en el cuarto, y de doblar las sábanas y la colcha, entró en el baño y volvió a rociar la herida con agua oxigenada. Salían burbujas blancas y escocía tanto que cerró los ojos y apretó los dientes. Bajó las escaleras con cuidado de no hacer ruido, se dirigió a la cocina y en la pequeña pizarra pegada sobre la nevera escribió: «me voy a casa a ducharme y a cambiarme de ropa, dentro de un rato volveré». Mantuvo el rotulador entre sus dedos por unos segundos dudando si añadir te quiero. Al final, después de poner el te, pasó la mano para borrarlo y dejó el marcador en su sitio. Salió del chalet. Todavía estaba oscuro, pero respirar aire freso le animó. Caminó hasta su casa. Aunque no había más de quinientos metros, sentía la cadera y el muñón doloridos por tantos esfuerzos dentro de

las galerías.

Cuando salió de la ducha, empezó a sentirse un poco como era él. Tendría que estar contento, pero el maldito sueño había despertado fantasmas del pasado que creía tener asumidos. Ahora que estaba enamorado, la condición de cojo le pesaba más. Hubiera dado lo que fuera por llevarse a los labios un vaso de whisky. Ese momento le sirvió para darse cuenta de que su adicción al alcohol todavía era un lastre.

Intentó concentrarse en el caso de los padres de Patricia, pero la ansiedad se lo impedía. Se acomodó en el sillón y, sin pretenderlo, se quedó dormido.

Mediados de mayo de 1649, en un islote perdido del océano Atlántico

Aunque la temperatura no era fría, estar envuelto por el manto de oscuridad le arrugaba el ánimo y eso hacía que tuviera la piel erizada. La humedad de la ropa y el contacto mojado de la roca dónde estaban sentados le dificultaban el descanso. María, a su lado, respiraba profundamente, señal de que a ella le había podido más el cansancio. El ruido del ronquido del capitán se multiplicaba en el interior de aquel lugar que era incapaz de ver.

No podía quitarse de la cabeza las palabras de Pascual. Cuando un pueblo está inmerso en la implacable lucha contra una enfermedad que no sabe curar, busca culpables en los más débiles. Le venían a la cabeza la cara de la chica en estado, la de los niños jugando y salpicando agua sucia de los charcos, Andrés, Teresa... Y sin poder remediarlo, todos morirían agonizando.

Empezaba a conocer aspectos de la enfermedad que serían importantes para luchar contra ella. Había observado que los enfermos que se recuperaban gracias a las raíces, no volvían a enfermar aun estando expuestos. María le contó en el camarote que la muchacha embarazada se mostraba saludable y lozana. Lo mismo ocurrió con ella misma. Sus padres murieron presos de la enfermedad; ella se libró por los pelos, pero, después de recuperarse, parecía que la peste había perdido interés por la muchacha.

Todo lo que estaba descubriendo de la peste, moriría con él allí dentro.

De repente, algo áspero rozó su mano y su cuerpo se contrajo. Aunque estaba sentado y a oscuras, le costaba mantenerse quieto, como si su cuerpo se balanceara. Le recordó al sube y baja del barco cuando el oleaje lo mueve a su antojo. Una ligera corriente de aire le acarició la piel. Esta reaccionó enrojeciendo de inmediato. Inspiró para intentar contener las náuseas y el maldito olor, mezcla de podrido y quemado, volvió a llenar sus fosas nasales. Otro roce en el pelo, al lado de su oreja derecha, le impulsó a mover los brazos en busca del origen de las ásperas caricias, pero no tocó nada. La nitidez con que oyó las palabras, y el cosquilleo que produjeron en su oreja le paralizaron. Reconoció la voz con claridad. Su madre, en un tono cariñoso, como el que solía utilizar cuando él sentía miedo por algo, le dijo: «pronto volveremos a estar juntos de nuevo, Alexander, pero todavía no». El muchacho apoyó las manos en el lecho de piedra; estaba mojado y frío. Necesitaba dar grandes bocanadas de aire por la

boca. Esa forma de respirar le llevó al borde del desmayo. Poco a poco fue relajando la respiración y el olor desapareció. Pudo visualizar en su cabeza una nube densa rodeando al espectro de su madre. La voz de María le sobresaltó.

—¿Estás bien? —preguntó la chica preocupada.

—Sí —se limitó a decir, tan nervioso que le vibró la voz.

María le agarró la mano con fuerza. Alexander sintió su tacto sedoso y delicado. Nada que ver con la sensación rugosa y desagradable de antes. El capitán dejó de rugir por la boca, para pasar a su ruidosa forma de respirar.

Un nuevo sonido, que esta vez pudieron oír todos, les mantuvo quietos durante un rato conteniendo el aliento. Algo se había movido en la superficie del agua. María se juntó lo más que pudo a Alexander. Este pasó su mano por la piel del brazo de la chica y notó su vello erizado. Otra vez se escuchó con claridad el agua en movimiento.

—Apostaría mi barco a que lo que escuchamos son olas —dijo el capitán animado.

El agua volvió a moverse y, a continuación, se vio al fondo un minúsculo punto de luz. Nadie habló. El movimiento de la superficie del agua era cada vez más continuo y el pequeño punto se abrió un poco más. Un rayo de sol incidió sobre ellos y les cegó unos instantes. Después de frotarse los ojos, Alexander giró la cabeza y vio en la penumbra la cara de María; detrás se adivinaba el perfil del capitán, con su habitual gesto de atusarse la barba.

—Creía que no volvería a verte la cara —confesó la chica dando un abrazo al muchacho; después se giró y repitió el gesto con Murdock. Este, que no estaba acostumbrado a las muestras de cariño, se sintió incómodo.

—Estamos en una cavidad de los acantilados que está comunicada con el océano a través de una gruta. La pleamar subió el nivel del agua y nos dejó encerrados.

—¿Quiere decir, capitán, que el agua seguirá bajando y podremos salir por ahí? —preguntó la muchacha con esperanza.

—Eso espero —se limitó a contestar Murdock.

Alexander se levantó, tenía el cuerpo entumecido. Algo le llamó la atención.

—Algo brilla ahí abajo.

El capitán y la muchacha se levantaron, la claridad iba aumentando por momentos.

El movimiento del agua empezaba a percibirse con claridad. Allí abajo, algo reflejaba la poca luz que entraba. El nivel del agua había bajado tanto que les fue complicado descender por las resbaladizas rocas. Gran parte de lo que había ocultado la subida de la marea, ahora se apreciaba a simple vista.

María se llevó la mano a la boca para ahogar un grito. Alexander, en esta ocasión, en vez de enrojecer, palideció.

—¡Dios Santo! —exclamó el capitán, perplejo por lo que tenía ante él.

Sobre el suelo, de roca oscura, descansaban seis baúles de madera unida con roblones de un metal verdoso. El paso del tiempo y la exposición diaria al agua salina los habían podrido y la superficie estaba cubierta por crustáceos. Cuatro de ellos rebosaban y la tapa permanecía abierta. El interior estaba repleto de monedas de oro y de plata, joyas con diferentes piedras preciosas, brazaletes, tiaras, anillos, cuchillos... El capitán se acercó arrastrando los pies y se inclinó para examinar las monedas. Intentó coger una, pero no pudo levantarla, parecía estar íntimamente unida con las de abajo.

—Ayúdame —demandó el hombre al muchacho.

Alexander se acercó con paso automático. Su rostro empezaba a recuperar la tonalidad habitual.

—Vamos a intentar sacarlas. Coge de ahí.

El chico obedeció sin rechistar. La superficie de las monedas era rugosa y los bordes, más finos de lo habitual, amenazaban como si fueran hojas de cuchillos. Tiraron al unísono y consiguieron levantar un bloque de oro. Pesaba tanto, y la superficie por la que sujetaban era tan pequeña, que se les escurrió de las manos y cayó al suelo, a sus pies. La cavidad en la que se encontraban, repitió varias veces el sonido de las monedas al caer. El bloque se fraccionó en varios grupos de piezas unidas.

—Se han quedado fijas unas a otras por todo el tiempo que llevan aquí —dijo Murdock observando el pequeño bloque de monedas que tenía en la mano—, pero se sueltan con facilidad.

María, sin prestar demasiada atención a lo que decían los hombres, se probaba anillos, brazaletes, pulseras... fascinada por la belleza de las joyas.

La claridad empezaba a ganar la partida a la penumbra y pudieron contemplar la grandeza del lugar en el que estaban. El agua del mar, que cada noche entraba para descansar en su interior, había perfilado la superficie de las rocas. El color marrón oscuro, cercano al negro, se mezclaba con tonalidades rojizas. La paleta imaginaria del muchacho se puso a mezclar colores de manera involuntaria. La parte superior parecía una gran cúpula. En lo alto, a unos cinco metros, en una de las paredes, se apreciaba la salida del túnel por el que deslizaron. La pleamar que les encerró evitó que cayeran al vacío y se estrellarsen contra el suelo.

La lámina de agua, en ese momento, solo cubría la parte más baja de la cavidad subterránea. El pequeño agujero, por el que penetraron los primeros rayos de sol de la mañana, se había transformado en una

gruta con cierta forma semicircular. Su parte más alta, en ese momento, estaba separada aproximadamente un metro y medio de la lámina de agua, y el ancho ocupaba, más o menos, el doble de la altura.

—Tenemos que salir de aquí —sugirió el capitán depositando las monedas de oro dentro del baúl—. De nada nos valdrá todo esto si no conseguimos volver al barco.

Alexander asintió. En el interior de uno de los baúles sobresalía, entre las diferentes joyas de oro, lo que parecía un cuerno de carnero. Atraído por aquel objeto oculto, el muchacho agarró del extremo saliente y tiró. Poco a poco fue apareciendo el resto del cuerno. Tenía la superficie estriada y estaba retorcido formando una especie de espiral. Con el mango en la mano, volvió a tirar con fuerza. La hoja del cuchillo, al que pertenecía el curioso mango, mantenía el filo. La tonalidad oscura y la ausencia de óxido evidenciaban que era de plata. Alexander, satisfecho con su hallazgo, lo agarró con fuerza y se adentró en el agua. En ese momento le llegaba a la altura de los tobillos. Caminó hasta la entrada de la gruta. Según avanzaba, la profundidad se hacía mayor. María y el capitán le seguían de cerca. La onda residual de las olas que conseguían entrar les golpeaban con suavidad. Cuando el agua les llegó a la altura de las rodillas, el muchacho pisó algo que crujió bajo sus pies. Lo ignoró y continuó. En el siguiente paso, un nuevo crujido despertó su curiosidad. Metió la mano en el agua y agarró algo duro y quebrado. Al sacarlo descubrió la mitad de una calavera erosionada por el paso de los años. María, que estaba justo detrás de él, puso cara de asco. Él la volvió a dejar en el fondo y continuó. Al entrar por el agujero que daba entrada a la gruta, el suelo descendió y el agua le llegó a la altura del pecho. A María y Murdock, con menos altura, les llegaba al cuello. El tramo subterráneo era de unos doce metros. La altura del techo iba oscilando según avanzaban. En algunos tramos subía y otros bajaba. La salida al océano se podía apreciar con nitidez. Cuando llegaron, la claridad del sol les cegó. La transparencia del agua era absoluta y se podían apreciar a simple vista infinidad de peces. Se adentraron en la inmensidad marina. La superficie de los acantilados en contacto con el agua mostraba salientes. Aunque eran resbaladizos, les servían para descansar cuando daban varias brazadas. Tras un esfuerzo extenuante, por fin divisaron el barco a no más de cien metros. Levantaron las manos intentando llamar la atención de los marineros, pero desde allí no se podía apreciar a nadie en cubierta.

—¿Está preparado para nadar hasta el barco, capitán? —preguntó Alexander preocupado por la dificultad que tenía el hombre para respirar.

La cara roja y los jadeos de Murdock evidenciaban que no. El

hombre se limitó a mover la cabeza en sentido negativo, sin aliento para hablar.

—Haremos una cosa —sugirió el muchacho—. Me esperaréis aquí, iré nadando, avisaré y volveremos a por vosotros. —Antes de que María replicase, le dijo:— La falda te dificultará llegar al barco, te costará avanzar. Es mejor que te quedes aquí por si al capitán le fallan las fuerzas.

La muchacha accedió de mala gana. En su muñeca destacaba una pulsera amarilla mate y en su dedo un anillo con una piedra verde.

Alexander se impulsó con la pared del acantilado y se lanzó hacia el barco. La quietud del aire facilitaba el avance, que no era interrumpido por la corriente. Cuando llevaba más de la mitad, se alegró de haber dejado a María y Murdock en el cortado. Él, que se mantenía en forma y fuerte, estaba sufriendo más de lo que pensaba. Agarraba con fuerza el cuerno del carnero, todavía recordaba con claridad cuando Toni "el Cojo" y Frank fueron lanzados por la borda y sirvieron de festín a los tiburones. Pocos metros antes de llegar, Jacob, el cocinero negro, apareció en la borda echando desperdicios de comida al mar. Infinidad de peces se lanzaron voraces a comer los restos. La superficie del agua bullía como si estuviera hirviendo.

—¡Jacob, Jacob! —gritó haciendo uso de las pocas fuerzas que le quedaban. La boca la tenía tan seca, que el roce de la lengua con el paladar raspaba.

El cocinero, sorprendido, le gritó en inglés.

—Alexander, ¿dónde están los demás?

—Luego os contamos, ahora necesito un bote para ir a por ellos —omitió la muerte del segundo de a bordo creyendo que no era el momento.

—Espera —respondió el cocinero desapareciendo de su vista.

Al poco apareció uno de los marineros que le saludó con la mano. Sin decir una palabra, bajó una de las barcas. Alexander consiguió subir después de varios intentos. Se tomó un momento para recobrar aire y sin perder más tiempo se puso a remar. Los rayos del sol evaporaron en poco tiempo el agua de su ropa, sin embargo, seguía mojado. Su cuerpo sudaba sin parar. A simple vista se podía apreciar que la piel de sus brazos se estaba arrugando. Tenía la cara tan roja y quemada, que el sudor le producía un escozor insoportable. Echándose todos los males a la espalda, siguió remando al límite de sus fuerzas. Cuando llegó al acantilado, las dificultades de Murdock para respirar habían aumentado. Sujeto a un saliente rocoso, tenía la mirada perdida y le costaba mantener los ojos abiertos. Era como si los párpados le pesaran mucho más de lo normal. El muchacho le sujetó por las axilas, y sacando fuerzas, que creía que ya no existían, consiguió subirle a la embarcación. Después, con menos esfuerzo,

ayudó a subir a la muchacha. Al llegar a la altura del Fast Arrow, después de asegurar el bote para que lo izaran, los marineros lanzaron una escala para subir.

—Es imposible que el capitán suba por ahí. Está desfallecido —gritó Alexander desde abajo.

El marinero desapareció por unos momentos.

—Átale el cabo a la cintura, nosotros le subiremos —le devolvió el grito lanzándole la cuerda.

Después de sujetarle, procedieron a izarlo. Murdock, prácticamente sin conocimiento, se iba golpeando con el casco del barco.

Ya en cubierta, agotados, sentados sin poder moverse, vieron cómo se llevaban al capitán en volandas; parecía haber perdido el conocimiento.

Comieron y bebieron lo suficiente para reponer fuerzas. Después, cogieron seis trozos de las raíces que dejaron en la embarcación. Comieron dos cada uno. La sensación de alivio no tardó en aparecer. Las fuerzas volvieron al lugar que les correspondía y una sensación de euforia recorrió sus cuerpos. Alexander se acercó y besó a María.

—Vamos a darle estas dos al capitán —le dijo con una sonrisa en la cara.

Murdock, tumbado en la cama de su camarote, mostraba llagas en la boca y deliraba hablando en inglés palabras sin sentido. El pecho le subía y bajaba de manera brusca. A su lado estaba John, el marinero que les lanzó el cabo, dándole de beber.

—Déjanos, por favor —solicitó Alexander al inglés.

Este le pasó el cuenco de barro con agua y se dio la vuelta. Antes de salir, preguntó:—¿Dónde está Conall?

El muchacho tragó saliva e hizo un leve gesto de negación con la cabeza. El marinero no necesitó palabras para saber que no volvería a ver al segundo de a bordo. Por un instante cerró los ojos; después, salió del camarote.

—Tome capitán, tiene que masticar las raíces.

El hombre abrió los ojos luchando contra el peso de sus párpados. Miraba sin ver. María cogió uno de los pedazos y lo introdujo en la boca del capitán. El simple contacto de la raíz en su lengua le hizo recobrar algo de conciencia.

—Muerda capitán —le animó la chica.

El hombre enfocó la mirada a los ojos de María y movió la mandíbula despacio intentando morder. Poco a poco parecía que se iba entonando.

—Agua —solicitó con un sonido parecido a un gruñido.

Alexander le pasó el cuenco de barro. Murdock se recostó en la cama y bebió con tantas ganas que parte se le derramó por los lados de la boca mojándose la barba. Al poco de masticar el segundo

pedazo, logró incorporarse y relajar su respiración.

—Subamos —ordenó con autoridad.

—Debería descansar —sugirió María.

—Tengo que contar lo sucedido a mis marineros —contestó levantándose y dirigiéndose a la salida del camarote con paso inseguro.

Cuando subieron a cubierta, se sorprendieron al ver que una nube similar a la del día anterior descargaba con fuerza. El olor a tierra mojada les subió el ánimo que estaba tan deshidratado como sus gargantas. La nube pasó y el sol volvió a azotar sin piedad.

John, al ver al capitán recuperado, se acercó.

—Me alegro que se encuentre mejor.

—Gracias John —le agradeció mirando en derredor—. ¿Dónde está el resto de la tripulación? —preguntó extrañado.

—Al ver que no volvían, decidimos ir a la isla. Lo echamos a suerte y les tocó a James, Thomas, Jack y Oliver. El resto nos quedamos aquí. ¡Mire, por ahí vienen! —dijo señalando en dirección a la entrada del islote.

Murdock, María y Alexander giraron la cabeza a la vez. Dos botes se dirigían hacia allí con lentitud parsimoniosa.

—Avisa a todos, incluido a Jacob. Os quiero en mi despacho cuanto antes.

John asintió.

La temperatura en el interior del despacho subió. El olor a mezcla de sudores dificultaba respirar con normalidad. El rostro de los marineros que fueron a la isla mostraba una tonalidad rojiza y la alegría habitual del grupo había desaparecido. La muerte de Conall había producido un mutismo generalizado.

—¿Qué habéis hallado en la isla? —preguntó el capitán, quien parecía recuperado del todo.

Thomas se alzó como portavoz del grupo.

—Después de pasar toda la noche sin tener noticias, empezamos a preocuparnos. Decidimos que lo mejor sería ir por si necesitaban ayuda. —Murdock encendió su pipa, añadiendo un aroma dulzón al ambiente—. Hemos ido en cuanto ha salido el sol. Al llegar nos encontramos el bote en la orilla de la playa. Seguimos sus pasos. Bordeamos la laguna y llegamos hasta las ruinas de lo que parecía una iglesia. Ahí se perdían sus huellas. —El capitán giró la cabeza en dirección de Alexander y María. El muchacho le devolvió la mirada con la misma cara de asombro. El gesto de ella mostraba frustración al no entender las palabras en inglés del marinero—. Después, al no ver ningún rastro que seguir, volvimos por la otra orilla de la laguna. Lo único que hemos visto han sido pájaros y cerdos salvajes.

Alexander tradujo la conversación a la muchacha. María pasó de la

frustración a la sorpresa.

Sin dar demasiadas explicaciones, y consciente de que si volvía a subir la marea la gruta volvería a ser inaccesible durante un tiempo, decidió exponer la situación.

—Por vuestras caras deduzco que John os ha contado que Conall ha muerto. —Los marineros asintieron en silencio—. Las ruinas que encontrasteis eran de una antigua mezquita. Cuando llegamos estaba en pie. Descubrimos una trampilla que daba acceso a una sala con galerías subterráneas. Allí perdió la vida nuestro compañero y amigo. Y allí sucedió algo que derrumbó la estructura de la construcción. Nosotros caímos en una cavidad interior de los acantilados. La pleamar tapó la salida y pensamos que nos habíamos quedado atrapados. Cuando la marea empezó a bajar, quedó descubierta una gruta que llegaba al océano. —La cara de tristeza de los marineros se había transformado en cara de expectación. El capitán miró a los presentes en silencio. Nadie hablaba, la tensión se cortaba en el aire —. Hemos encontrado el tesoro.

El silencio se rompió por los gritos de alegría de los presentes. Jacob, el cocinero, dejó rodar unas lágrimas sobre su piel morena.

—Un momento —gritó el capitán para hacerse oír entre el alboroto —. Hay que ir ya a por él, si no, la marea subirá y tendremos que volver a esperar.

Los marineros, con los ánimos renovados, se colocaron en sus posiciones. Aproximaron el Fast Arrow lo máximo que el calado dio de sí y botaron las cuatro barcas que portaba el barco. Después de varios viajes, apurando hasta que la marea comenzó a subir, consiguieron llevar a la embarcación todo el tesoro. Los baúles, destrozados, no valían para transportar las monedas y las joyas. Utilizaron sacos de lona para subir el preciado descubrimiento. Dentro del barco, los metieron en cajas de madera en la bodega, disimulados y mezclados con sacos de cereales.

Cuando empezó a oscurecer, pusieron rumbo a Sevilla. La muerte del segundo de a bordo fue un duro golpe para la tripulación. Aunque el tesoro no compensaba su pérdida, sí subió los ánimos.

Después de cenar, Alexander y María se volvieron a reunir el capitán. El hombre encendió su pipa. Las llagas de su boca seguían abierta y de ellas brotaba un líquido transparente. No obstante, su aspecto era muy similar al de siempre.

—Cuéntame Alexander. ¿Por qué has pedido que nos reunamos?

María frunció el ceño y cruzó los brazos por debajo de sus pechos. Se giró y clavó la mirada en Alexander.

El muchacho se secó el sudor de su enrojecida cara. Después relató, palabra por palabra, todo lo que le confesó el médico.

—¡Pero eso es una locura! —exclamó la chica en un tono elevado

llevándose las manos a la cara.

—Exactamente esas palabras utilicé yo cuando me lo contó. —Murdock se atusaba la barba con gesto reflexivo—. Se me ha ocurrido que la única solución posible es traerlos a la isla. En ella hay agua y animales para cazar y pescar.

El capitán aspiró humo, y después lo dejó escapar despacio de su boca.

—¿De cuántas personas estamos hablando?

Alexander miró a María. Esta bajó la mirada al piso pensativa.

—La población de las chabolas se ha reducido mucho. Ha muerto mucha gente y seguro que cuando lleguemos habrá muerto mucha más. No creo que queden más de trescientas personas.

—Este barco tiene una capacidad máxima de ciento veinte pasajeros apretándonos en la bodega y en cubierta. Deberíamos hacer varios viajes para traerlos a todos —afirmó Murdock.

—No dará tiempo. Quemarán todo la noche del miércoles y llegaremos a Sevilla mañana lunes.

El capitán volvió a atusar la barba.

—Ni siquiera sé si mis marineros estarán dispuestos a hacerlo. Llenar el barco de enfermos de peste... es complicado —soltó el hombre sin dejar de dar golpecitos con los dedos sobre la superficie de la mesa—. Si aceptan, cosa que no te puedo prometer, habría que priorizar. No podríamos traerlos a todos.

—Las raíces nos protegerán de la enfermedad. Le aseguro que si las toman a diario nadie se contagiará —expuso el muchacho hablando más deprisa de lo habitual.

—¿No se podría comprar otro barco o arrendarlo? —preguntó María.

—No es tan fácil, tiene sus trámites. Cuando arriendas un barco, también lo haces con su tripulación y nadie lo hará sabiendo que lo que van a transportar son enfermos de peste.

Alexander se llevó las manos a la cara y soltó un lastimero soplido. Sabía que el capitán tenía razón; lo de priorizar sería doloroso, pero no quedaba otra alternativa. Prescindirían de los más enfermos.

—Quizá lo que le voy a ofrecer termine de convencer a sus marineros. —El capitán le clavó la mirada respirando sonoramente—. De los cinco sacos que nos corresponden del tesoro, os daremos uno más.

Alexander giró la cabeza en dirección a María.

—Si tú estás de acuerdo, claro.

La muchacha movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Mañana tendréis noticias. No comentéis nada a nadie —exigió el capitán levantándose y acompañándolos a la puerta—. A mí me has salvado la vida en dos ocasiones; soy consciente de que si no hubiera

tomado las raíces cuando regresamos de la isla hubiera muerto. Conmigo podéis contar para lo que necesitéis.

Después de comentar en el camarote la crudeza de la situación, María, con su habitual facilidad, se quedó dormida. A él le costó mucho más. Era incapaz de imaginar a quién elegir o a quién rechazar sabiendo cual sería el dramático final.

Al rato despertó sobresaltado, empezaba a ser costumbre lo de dormirse sin enterarse. El barco se balanceaba con violencia. María abrió los ojos, él se sentó a su lado y la abrazó. Fuera se oía el trasiego de los marineros que subían a toda prisa a cubierta. La llama de la vela que alumbraba el camarote se movía sin parar amenazando con apagarse. Las alpargatas, que estaba en el suelo, iban de un lado a otro. Sus estómagos pedían a gritos vaciarse.

—Respira hondo —sugirió Alexander a la muchacha que mostraba la tez pálida.

Se mantuvieron abrazados sin parar de balancearse. Si cerraban los ojos era peor, sus cabezas giraban más deprisa todavía.

Al cabo de un rato el bamboleo del barco se fue suavizando y, gracias a eso, también lo hicieron sus estómagos. Cuando parecía que la normalidad había domado al casco de la embarcación, salieron del camarote. La madera del piso estaba mojada y esta vez no se quejó de las pisadas. Subieron al exterior. El sol empezaba a salir por estribor; luchaba contra los nubarrones que le impedían lucir con todo su esplendor. Poco a poco, el agua de la tormenta que inundó parte de la cubierta fue saliendo por el sistema de drenaje del Fast Arrow. El capitán estaba completamente empapado. De las puntas de su barba cana, caían gotas de agua. El resto de la tripulación arrastraba los pies al caminar. El gigante con el que lucharon les había puesto las cosas difíciles.

—Ven, acompáñame —dijo Alexander a la muchacha haciendo un gesto con la mano.

Después de comer su dosis de raíz, cortaron pedazos para el resto de la tripulación. Cuando salieron de nuevo al exterior, el sol no encontraba obstáculo alguno. La superficie del mar se laminó, y a simple vista se veía como la humedad de la madera se evaporaba.

El ánimo de los marineros mejoró al poco de repartir la correspondiente dosis amarga.

—¡Barco! ¡Barco a babor! —gritó el vigía desde lo alto.

La cara del capitán se contrajo como si alguien le hubiera pisado con un tacón en sus pies descalzos. A Alexander no le pasó por alto el gesto de Murdock. Por unos momentos mantuvo el aliento. Si eran piratas estaban perdidos. Se llevarían el tesoro y acabarían con sus vidas sin ninguna clemencia. Después de girar la cabeza a la izquierda, volvió a clavar sus ojos en Murdock. La relajación del rostro del

capitán, también relajó la tensión de Alexander.

—Es un galeón inglés —aseguró Murdock mirando a través del catalejo.

Se puso a los mandos del timón y gritó:

—Nos acercaremos a la embarcación, puede que necesiten ayuda.

Según se acercaban, la ausencia de tripulación en la cubierta del barco escamó al capitán. Una gran bandera inglesa ondeaba en lo alto.

Se colocaron paralelos al navío. El vigía volvió a derrochar capacidad pulmonar.

—Hay varios marineros tirados en cubierta.

—Lanzar el gancho de abordaje —ordenó el capitán arrugando su frente con surcos profundos.

La altura del galeón superaba en más de un metro a la del Fast Arrow. Se podía oler la pólvora de los cañones que sobresalían amenazantes. Colocaron la pasarela de abordaje. El capitán ordenó a John que le acompañase. Después de la muerte de Conall, era el siguiente en la escala de mando. Alexander se acercó y sujetó el brazo del hombre.

—Queremos ir con ustedes —solicitó sin pestañear.

Murdock le miró con la misma intensidad. Después de todo lo que habían pasado juntos, no podía negárselo. Sin decir nada, asintió.

En la cubierta de la embarcación había varios cuerpos estáticos. Si no fuera porque no mostraban ningún movimiento del tórax al respirar, podrían pasar por dormidos. Nadie ocupaba el puesto en el timón. El barco flotaba sin rumbo. El olor se intensificó. El primer cuerpo que encontraron yacía bocabajo. Un lateral de su cara se apoyaba en el piso de la cubierta y lo que quedaba del otro permanecía a la vista. Los dientes negros sujetos por unas encías inflamadas y rojizas asomaban mostrando lo que parecía un gesto de desagrado exagerado. La parte superior del labio y parte de la cara habían desaparecido, el lóbulo de la oreja corría igual suerte. Las marcas eran claras: mordeduras de ratas y aves. El tono de la piel había perdido cualquier rastro del color que debió lucir en vida. Aunque el sol se había posicionado y calentaba con fuerza, aquel rostro parecía helado. El siguiente exhibía su desagradable aspecto bocarriba. Las cuencas de sus ojos se mostraban vacías y los labios y las aletas de la nariz roídos. En el lateral del cuello se apreciaba con claridad un bulto rojizo por el que que bajaba un reguero de pus seca. John no aguantó más y corrió hacia la borda para echar la parte del desayuno que todavía no había digerido.

—Quédate en el timón, John —ordenó el capitán cuando volvió arrastrando los pies y con los ojos tan brillantes que parecía que se iba a derrumbar.

Había más cuerpos, pero era evidente que no podían hacer nada

por ninguno. Se adentraron en las entrañas de la embarcación. El olor era tan desagradable y la atmósfera tan densa, que costaba trabajo desplazarse en su interior. Por todas partes se podían apreciar cuerpos sin vida. Algunos mantenían la espalda recostada sobre la pared, erguidos y rígidos, mirando al frente. Otros tirados, con sus rostros congelados en una mueca de dolor. La característica común era el tono apagado de sus epidermis sin vida. En algunos contrastaba con la intensidad del negro de sus extremidades. Daba la impresión de que si se doblase con fuerza uno de esos dedos negros, se rompería con facilidad, igual que lo haría una rama carbonizada. En todos los camarotes la estampa era similar. Las velas de los candiles habían agotado toda su cera y la única luz era la que entraba por los ojos de buey y por las aberturas dónde asomaban los cañones. Desde la escalera se apreciaba que en los puentes inferiores reinaba la más profunda oscuridad.

—Ahora vuelvo —dijo el capitán dirigiéndose a cubierta.

María y Alexander siguieron descubriendo cadáveres en cada uno de los camarotes. Aunque estaban acostumbrados a ver imágenes parecidas, aquella exhibición de muerte y desolación les mantenía flotando en una nube de irrealidad.

La siguiente puerta que abrieron daba paso a un despacho similar al de Murdock. Aunque era mucho más grande, el aspecto no difería casi. El armario, los candelabros dorados, hasta la mesa; todo parecía una réplica exacta del Fast Arrow. Sobre el tablero, sentado en la butaca que había al otro lado, estaba la cabeza y los brazos de lo que parecía el cuerpo sin vida del capitán del barco. A su lado, un libro abierto. En el suelo, una mancha negra al lado de un tintero. Era evidente que se había caído desde la mesa. La diferencia más notable entre los dos despachos era el olor. El aroma dulzón de la pipa de Murdock no tenía cabida en el tufo agrio y a descomposición que se respiraba allí. Un ruido hizo que fijaran la vista, los dos a la vez, en el lugar de dónde procedía. La respiración de María se hizo sonora y agarró con fuerza el brazo de Alexander. Los dedos índice y corazón del hombre, apoyado sobre la mesa, se movían raspando la superficie de madera. El sonido era leve, pero suficiente para llamar su atención. El bloqueo que les produjo la tensión del momento les impidió moverse. Otro ruido les tensó del todo. A Alexander le produjo la misma sensación en el estómago que cuando cayeron desde la sala de las galerías. Otra vez giraron la cabeza al unísono, en dirección a la puerta. Sin decir una palabra, apareció el capitán con un candil en la mano. La fuerza con la que apretaba María el brazo del muchacho se relajó. Se acercaron al moribundo. Intentaba levantar la cabeza, pero no le quedaban fuerzas para tan titánica tarea. El hombre intentó tragar saliva. Sus labios habían desaparecido detrás de una masa seca de

costras. Sus ojos, vidriosos, mostraban un tono enrojecido y su cuerpo desprendía calor. Intentaba hablar, pero solo salían gruñidos de su boca. El sufrimiento que transmitía sobrecogía por la impotencia, al saber que no podían hacer nada para salvarlo. Ni siquiera las raíces tendrían poder en ese estado. Su último esfuerzo apagó la tibia llama que prendía su vida. En un gruñido consiguió decir: «ratas». La tensión muscular del hombre desapareció y su cuerpo se desmoronó, como si fuera una sustancia viscosa, cayendo ruidosamente al piso. El golpe de la cabeza contra la superficie de madera retumbó en la sala. María se contrajo. El capitán apoyó el candil sobre la mesa y tomó el cuaderno de bitácora entre sus manos. Leyó en alto las dos últimas páginas. En ellas, con letra irregular y temblorosa, se podía leer: «la tripulación sigue enfermando, al principio creí que era fruto de la mala alimentación o producido por la ingesta de algún alimento en mal estado. Pero las fiebres altas, la descomposición de los cuerpos, la necesidad imperiosa de vomitar hasta el agua que beben..., me hace pensar que es algo mucho más serio que una indigestión. El médico y su ayudante también han enfermado.

La prueba que nos faltaba se ha hecho evidente, muchos marineros han desarrollado bubones. La peste se pasea orgullosa por los pasillos de la embarcación. Los cuerpos sin vida son tirados por la borda. Desde que aparecen los primeros síntomas hasta la irremediable muerte entre sollozos, no pasa más de una semana. Los más afortunados perecen antes, evitando así una agonía segura.

Paso la mayor parte del tiempo en el despacho, intentando no contagiarme. La bodega está plagada de ratas. Muchos marineros hablan de que los bultos les han salido después de que les picara una pulga en ese mismo lugar. He ordenado que echen veneno para erradicar la plaga, pero nadie está dispuesto a bajar. He decidido ir yo mismo, mi autoridad ha quedado en suspenso. La única autoridad es el miedo a enfermar, que es mucho más poderoso que mis órdenes.

La cabeza parece que me va a estallar. Siento como si alguien la apretara con fuerza. No puedo andar sin fatigarme y no puedo hablar sin toser. El cuerpo me arde y las heces van acompañadas de sangre. Creo que las ratas y sus pulgas son las responsables de dejar la puerta abierta a la enfermedad». Los siguientes garabatos que seguían no tenían sentido. Era como si el capitán del galeón, en sus últimos momentos de conciencia, hubiera querido dejar escrito lo que sentía y sus fuerzas no dieron para más.

Murdock seguía manteniendo el mutismo. Aquellas escenas de dolor le afectaban tanto como si fuera su propia tripulación la que hubiera caído en las garras de la despiadada enfermedad.

—¿Estás seguro de que con las raíces no enfermaremos? —preguntó el hombre. Parecía haber envejecido en días unos años que no había

vivido.

Alexander asintió convencido.

El capitán cogió el candil y salió del despacho. Alexander miró a María, quien le miraba a su vez con ojos cansados, y le ofreció una leve sonrisa de ánimo; después, sin decir nada, le siguieron.

La densa oscuridad de la bodega fue desplazada por la llama de la vela que lucía dentro del candil. El olor allí dentro era igual de repulsivo. El suelo estaba repleto de pequeños cadáveres de roedores. Recorrieron toda la superficie en busca de algún superviviente, pero nada se movía allí dentro.

Ya en la cubierta, inundaron sus pulmones del aire exterior, parecía que así podían expulsar fuera de sus cuerpos las pestilencias inspiradas en el barco. El capitán se situó frente a la pareja y anunció con tono solemne:

—Este galeón nos valdrá para el propósito que tenéis. Contad con nosotros, llevaremos a los enfermos a la isla.

29 de marzo de 2019

La melodía del teléfono le arrancó del dulce descanso. Esta vez no había soñado nada o, por lo menos, no lo recordaba. El dolor era más agudo. Ya no hacía falta que nada le rozase para sentir como si una aguja al rojo vivo fuera atravesando lentamente la carne del lateral de su mano. Tenía la garganta seca; tanto, que le recordó a las miles de resacas vividas no hacía mucho. Se frotó las manos de forma enérgica, el dolor que sintió le hizo dar un grito en voz alta. Después, apretó sus brazos contra el cuerpo encogiéndose.

Tras una breve lucha contra el sopor que le atrapaba, se fijó en la pantalla del móvil. El nombre de Patricia brillaba y a la melodía le acompañaba el característico sonido de la vibración.

—Hola, ya iba para tu casa —se apresuró a decir después de carraspear.

—Ven pronto, por favor —rogó ella con una vibración diferente en su voz—. Ya está aquí la mujer pelirroja.

—Tranquila, no tardo.

Recorrió el tramo desde su casa hasta el chalet de Patricia lo más rápido que su muñón le permitió, llamó al telefonillo y entró. Venciendo su inseguridad, acercó sus labios a los de ella y la besó. Pudo sentir con claridad el latir del corazón en la herida de la mano. Pasaron al salón. La intensidad de los ojos verdes que le miraban hizo que se sintiera torpe hasta para andar. La chica pelirroja pasó su mano por la melena. Parecía estar incluso más nerviosa que ellos.

—Bueno, ¿quién eres? —se lanzó a preguntar Patricia rompiendo el incómodo silencio.

La chica dio un sorbo al café que tenía delante y carraspeó para aclarar la voz.

—Me llamo Emily —se presentó con acento marcado y un tono cercano al susurro.

—Te ruego que hables un poco más alto porque no te entiendo —solicitó Fernando acercándose un poco más.

—Vale —asintió y volvió a carraspear. El tono de su piel se encendió—. A ver, no sé por dónde empezar.

Otros segundos de silencio tensaron a Fernando, que no sabía dónde meter la mano.

—Bueno, empezaré por el principio —dijo alzando un poco la voz —. Hasta hace poco tiempo, los recuerdos de mi infancia eran nulos. Era como si los tuviera guardados en una caja metálica de mi cabeza, cerrada con una llave que no sabía dónde estaba. Por más que la forzaba, no era capaz de abrirla. Mi cerebro, por algún motivo que no era capaz de recordar, se colapsó. Los estímulos exteriores no me

afectaban y pasé gran parte de mi infancia y adolescencia sin hablar. Lo único que recordaba era el golpeteo continuo de un tambor. Me levantaba sobresaltada; en mis sueños no veía nada, pero si oía y olía. El martilleo retumbaba en mi cabeza y el olor a madera quemada me llevaba al borde del vómito. —Patricia cambió de postura inclinando la cabeza hacia delante—. Vivía con mis abuelos en Inglaterra. —Ese dato borró de un plumazo la desconfianza de la bióloga, sintiéndose identificada por las experiencias similares que habían vivido—. Hasta los dieciocho mantengo recuerdos muy difusos; después de sesiones interminables con psicólogos, volví a hablar. Mi abuela era española y mi abuelo inglés, por lo que empecé a hacerlo en los dos idiomas. Para sorpresa de todos, incluida la mía, no tardé demasiado en expresarme con fluidez en ambas lenguas. —Volvió a detener la narración para dar un sorbo al café. Fernando aprovechó para mirar la herida del dedo de Patricia; tenía mejor aspecto que la suya—. Retomé la supuesta normalidad y hacía una vida como la mayoría, aunque nunca supe relacionarme. Crecí siendo la rara y nadie se acercaba a mí. —Los ojos verdes de la chica brillaran con más intensidad. El muro de hostilidad que Patricia había levantado en su cerebro empezaba a desmoronarse—. Seguía sin recordar y seguía levantándome sobresaltada con el ruido y el desagradable olor.

La muchacha pelirroja volvió a colocarse el pelo en un gesto que evidenciaba su nerviosismo. Patricia, que había derrumbado por completo el muro, se acercó más, situándose a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó apoyando la mano sobre su hombro en un gesto de complicidad.

Emily tragó saliva, asintió y continuó.

—Mi abuelo murió hace años. Era fuerte como un roble, no recuerdo haberle visto enfermo nunca. Debe ser algo de familia porque a mí me pasa algo parecido. Al final de su vida cambió, se transformó en una persona que no conocíamos. Se volvió violento y distante. Creo que era consciente de su transformación y en el fondo le atormentaba. A veces mostraba lucidez y en una de esas ocasiones se suicidó. Eso supuso un retroceso en mi evolución. Nos quedamos solas mi abuela y yo... Hace dos meses..., ella murió. —Volvió a parar y se pasó los dedos por los ojos intentando retener las lágrimas que se desbordaban. Fernando estaba tan metido en la historia que el dolor de su mano pasó a un segundo plano. Patricia, con los brazos cruzados por delante del cuerpo, sentía frío, como si alguien le hubiera acariciado sutilmente en la espalda—. En su lecho de muerte me habló de una casa en Cuenca y del incendio que la devastó. Me enseñó unos recortes de periódicos, de mil novecientos ochenta y ocho, dónde se la podía ver en ruinas bajo un titular que decía: «Tragedia en Cuenca. Unos vecinos de la provincia murieron carbonizados al producirse un

incendio fortuito en su vivienda. La hija del matrimonio consiguió escapar de las llamas a través de las rejas de hierro fundido de una de las ventanas».

Patricia miró a Fernando, este giró la cabeza en su dirección arqueando las cejas.

—La imagen de la casa consiguió sacar de la caja de mis recuerdos escondidos algunas imágenes. Por la noche, cuando despertaba sobresaltada, tenía grabados en la mente fogonazos de mi infancia. Era como si estuviera viendo un álbum de fotos y cada día fuese pasando una página descubriendo nuevas instantáneas. Cada imagen me evocaba sentimientos encontrados. En algunas me veía feliz, disfrutando y jugando con mis padres. Eso hinchaba mi alma de felicidad; pero según iba avanzando en mi álbum mental, la cosa empeoraba. Me empezaron a venir visiones oscuras, siempre encerrados en casa. El aspecto de mi padre era muy diferente y su actitud también. Mi madre se mostraba apagada y sin fuerza en los ojos. Pero el golpe definitivo lo recibí cuando llegué a la última página. En ese momento, aparte de oír y oler, también pude ver. Se juntó el martilleo del tambor con el olor a enfermedad y descomposición, mezclado con la madera quemada y las imágenes de un hombre y una mujer atados. Me despertaba sudando y aterrorizada. No pude ir más allá en mis recuerdos, pero sí podía ver, como en una visión exterior, a mi padre con la cara llena de heridas y llagas junto a mi madre y a mí tocando un tambor. Los tres entonábamos una canción en un idioma que desconozco que me retumbaba en el cerebro.

La sensación de frío que sentía Patricia se agudizó y la presión en su pecho le impedía respirar con normalidad. Ahora fue ella la que se restregó los ojos para contener el mar de lágrimas que amenazaban con salir. Aguantó como pudo, no quería cortar el relato.

—Estudié bellas artes. Trabajo en la facultad como profesora de pintura, pero no podía continuar en aquellas circunstancias. Pedí una excedencia. Tenía que resolver esa parte de mi pasado para poder continuar viviendo el presente. Sabía que algo horrendo sucedió en esa casa y tenía que descubrir lo que pasó. Solo así podría despedirme, de una vez por todas, de las pesadillas que hacían que me fuera a la cama, cada noche, con miedo. —El tono rojizo de la piel de la chica evidenciaba que sufría con la narración. Fernando dejó de sentir dolor en la mano, lo único que le ataba a la realidad era el pitido de los oídos—. Busqué en Internet noticias relacionadas con desapariciones en aquella época. Encontré una página web que contenía una hemeroteca con publicaciones periodísticas. Hablaban de la desaparición de un matrimonio después de salir de una boda en Cuenca. La fecha coincidía con la de la noche que se quemó la casa.

Indagué sobre la noticia y di con un vídeo de un programa de televisión en el que salía una abuela con su nieta. Contaban que había pasado más de un año de la desaparición y no tenían noticias de ningún tipo. El presentador instaba al público a llamar en caso de tener alguna información que aportar. La niña se llamaba Patricia y, como se mostraba el nombre completo del matrimonio, averigüé tu nombre y apellidos —dijo mirando fijamente a la bióloga—. Patricia López Cabrera.

Por unos momentos nadie habló. La aludida cerró los ojos. Habían pasado muchos años, pero enterarse de esa manera de cómo acabaron sus padres era un trago que le costaba pasar por su reseca garganta. Aunque se imaginaba el final, preguntó:

—¿Cómo murieron?

—No lo sé —respondió Emily haciendo a la vez un gesto de incomprensión—. Mi cerebro echó el cierre durante años y no recuerdo más.

—Pero... ¿por qué los ataron? —preguntó Fernando que empezaba a encajar las piezas.

—No lo sé —insistió la mujer pelirroja—. Solo sé que cambiaron. Mi padre, según me contó mi abuela, estaba muy enfermo, tenía cáncer de pulmón y se le extendió por la piel. Llevo días luchando por recuperar un recuerdo que se me escapa, se diluye en mi cerebro y eso me impide formar una idea sólida. Hay un libro cuya lectura me marcó, pero no recuerdo el título.

—"Tratos con el diablo y la muerte para preservar la vida" —soltó de seguido y sin respirar Fernando.

La cara de Emily se encendió más. Se llevó la mano temblorosa a la boca y durante unos segundos perdió la mirada en un punto del suelo.

—Sí, es ese —afirmó levantando la mirada y sin poder cerrar la boca.

—Leímos algunas páginas cuando estuvimos atrapados en el sótano de la casa —apuntó Fernando, ya que Patricia llevaba un rato callada —. Hablaba de tratos con el demonio y la muerte. Y como, mediante sacrificios, se podía alejar su presencia durante una temporada.

Al rubor de la piel de Emily se le añadió el brillo que reflejaba el sudor de su frente. Por fin parecía atrapar al recuerdo que se le escapaba.

—Querían sacrificar a tus padres para evitar la muerte del mío — masculló para sí sin parar de atusarse la melena rojiza.

—Tu padre escribió un diario de sus últimos días. En él cuenta que encontró otro del original propietario de la casa —se lanzó a decir Patricia que captó enseguida la atención de los otros dos —. En él hablaba de las virtudes de unas raíces y de unas semillas. De estas últimas advertía que aunque tienen propiedades asombrosas para

fortalecer el organismo, en contrapartida, producen efectos devastadores en el cerebro. Creo que tus padres las comieron y enloquecieron.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Emily, Patricia no pudo contenerse más y la acompañó en el llanto. Fernando se mantuvo quieto sin saber qué hacer. Las mujeres se abrazaron durante unos segundos. Después de un rato, ya más calmadas, la mujer pelirroja continuó.

—Cuando vi el vídeo y tu cara, sentí una gran cercanía hacia ti que me empujó a investigarte. Volví a sumergirme en Internet y te localicé. Primero por Facebook. Cuando vi tu foto, no tuve dudas de que eras tú. Después encontré información de tu trabajo y eso fue suficiente para dar contigo. Cogí un avión y me vine a Madrid. Me pasaba las horas frente al hospital esperando a que salieras y cuando lo hiciste, te seguí. Tenía que contarte lo que sabía. Había vivido en mis propias carnes lo que era crecer sin padres. Pero no veía el momento adecuado. En cierta manera me sentía en deuda contigo; yo solo era una niña mal influida, pero llegué a formar parte de todo aquello. Me hospedé en un hotel aquí, en Rivas, y me convertí en tu sombra. En cuanto despertaba, aparcaba mi coche enfrente de tu casa y te seguía a todas partes. Pensaba que, si de alguna manera conseguía ayudarte en algún apuro, conseguiría resarcir en parte mi culpa y podría acercarme a ti.

—Pues estabas empezando a asustarme. A punto estuve de avisar a la policía.

—Me imagino, no es fácil pasar desapercibida con este pelo. El caso es que el otro día, cuando él te vino a buscar, os seguí.

—Me llamo Fernando —apuntó él al darse cuenta que no se había presentado todavía.

La mujer le respondió con una sonrisa cercana.

—Cuando llegasteis a la casa de Cuenca, me quedé tan impresionada que me costó reaccionar. Aparqué en el mismo lugar donde visteis el coche y después del rato que necesité para encontrar la fuerza necesaria para enfrentarme a mis pesadillas, salí y caminé hasta las ruinas. Prácticamente a oscuras, pasé al lado de tu coche y entré. Vi la escalera apoyada y me tropecé con algo del suelo. Me faltó poco para caer. Pensé que me habríais escuchado y me mantuve quieta, casi sin respirar, durante unos largos minutos. Después fue cuando vino el coche con las luces apagadas y salieron de él dos hombres con la cara tapada por un pasamontañas.

El sonido del móvil de Fernando produjo una interrupción inoportuna. Se levantó a responder, pero antes de salir se dirigió a ellas.

—Perdonad. Esperad un minuto, por favor. No sigáis sin mí.

Finales de mayo de 1649, Sevilla

Cubierto con la túnica negra que Pascual le dio, se plantó frente a la iglesia de San Francisco de Jesús. En uno de los anchos bolsillos llevaba la caja con las semilla recubierta de cera y, sujeta al cinturón, la daga de plata. Las calles estaban vacías. Los enfermos no podían moverse y las personas sanas temían enfermar. La visión de aquellos muros le trajo un aluvión de recuerdos y de sensaciones. Aunque el sol estaba bajo, hacía calor y su rostro ardía. Tenía claro su objetivo y sabía que solo tendría esa oportunidad. Se secó el sudor que perlaba su frente, se cubrió la cabeza con la capucha y a continuación, entró al templo. El frescor del ambiente calmó el tono de su piel que estaba tan roja que le escocía. Como imaginaba, no había ni un alma. Aparte de que era tarde, el miedo a contagiarse superaba al temor por no ir a rezar a la iglesia. Las sensaciones, allí dentro, se intensificaron. No había cambiado nada desde que salió por culpa del depravado sacerdote. Se sentía embriagado por la cantidad de recuerdos que se abalanzaban en su cerebro. Pero no podía recrearse en el momento, tenía que actuar. El lejano sonido de unas pisadas le sacó de la tormenta de sentimientos encontrados en la que estaba sumido. Se situó al borde del confesionario de varias zancadas, abrió la puerta y se metió dentro; después, con el mayor de los sigilos, la volvió a cerrar y se concentró para permanecer quieto y en silencio. Los ruidos en el exterior le cortaron la respiración durante un breve espacio de tiempo que se le hizo eterno. El familiar sonido del portón al cerrarse y después el de los pasadores metálicos y la barra de madera, le recordaron cuando él se encargaba de cerrar la puerta de la parroquia todas las noches. Conocía bien el interior del confesionario. Lo había limpiado en muchas ocasiones, pero nunca había estado encerrado en su interior. La sensación de estrechez le hizo sentir la desagradable presión en el pecho. Se acercó al entramado de madera de la puerta, por donde pasaba la tenue luz de las velas que alumbraban la nave del templo y vio pasar al sacerdote caminando despacio. El religioso hablaba solo, en voz baja, y movía la cabeza como dándose la razón a sí mismo. Después de apagar las velas, desapareció. El silencio absoluto era roto en ocasiones por el crujir de la madera. Ya solo quedaba esperar para pasar a la acción pero, para eso, debía tener paciencia.

Después de tirar por la borda, con la ayuda del resto de la tripulación del Fast Arrow, a todos los cadáveres del galeón inglés, incluidos los de las ratas, volvieron a poner rumbo a Sevilla. El capitán, Alexander, María y diez marineros más guiaron la embarcación de mayor tamaño. El resto se mantuvo en la otra nave,

con John al timón asumiendo las tareas de mando. Al llegar a Huelva, fondearon el galeón en el puerto; su gran tonelaje y su profundo calado hacían inviable su navegación por las marismas. En él se quedó el segundo de a bordo acompañado de cinco marineros más. El capitán volvió a los mandos de su barco con el resto de la tripulación. Llegaron a Sevilla. La desolación del puerto era un claro indicio de que no solo había enfermado la población, también lo había hecho la propia ciudad. Alexander cogió un saco vacío y lo llenó hasta la mitad de monedas y joyas de oro. El capitán intentó cambiar algunas de las alhajas por moneda en curso en el local destinado para ello en el puerto, pero estaba cerrado. De la actividad frenética de otros tiempos no había ni rastro, y eso, para una ciudad que su mayor aporte de capital venía por vía fluvial, era el peor de los síntomas de su estado agónico. Murdock preparó una saca llena de maravedíes, reales y ducados que entregó al muchacho para posibles necesidades. Se despidieron. El plan era sencillo, o por lo menos eso parecía. No tenían margen de error, era lunes y solo les quedaba el martes para cargar a los enfermos en el barco. Según la estimación de personas que quedaban en las chabolas que aportó María, el Fast Arrow no tenía capacidad suficiente para cargar a todos sus habitantes. Deberían embarcar, en primer lugar, los de la urbe del margen derecho del río y llevarlos a Huelva. Allí pasarían al galeón. Después regresarían al puerto de Sevilla para repetir la operación con la población de la urbe de Triana. Cuando todos estuvieran acomodados, partirían en dirección a la isla. Todo aquello deberían hacerlo con el mayor de los sigilos y aprovechando la oscuridad de la noche.

Caminaron hasta las chabolas. Las puertas de acceso a la ciudad seguían cerradas y en el cielo se podían ver grupos de aves carroñeras volando en círculo. A lo lejos pudieron apreciar uno de los carros de la muerte. Detrás, varias mujeres caminaban arrastrando los pies y llorando por alguno de los muertos que se apilaban como si fuera simple carga.

El panorama en el interior del enjambre de chozas había vuelto a degradarse. Las paredes, pintadas de blanco, volvían a lucir sucias. El olor volvía a ser el protagonista y la ausencia de gente en los estrechos pasillos hacía presagiar que quedaban pocas personas para salvar de las llamas.

Llamaron a la puerta de la casucha de Andrés. La cara sonriente de su sobrino les transmitió la alegría que faltaba en toda Sevilla. Aunque dentro olía mal, la visión del rostro saludable y despierto del pequeño les llegó como si una brisa suave y fresca les acariciara el semblante. En el interior, sentados sobre uno de los sucios jergones tirados en el suelo, estaba Andrés junto a Teresa. Después de los saludos pertinentes, el hombre les puso al corriente de la situación. Todas las

mañanas repartían las raíces. Seguía muriendo mucha gente, pero los que mostraban síntomas más leves respondían bien. Los enfermos que conseguían sanar no volvían a mostrar signos de la enfermedad. Como sospechaba Alexander, parecía que la peste perdía el interés por aquellos que le habían ganado la batalla. El hombre estimó que, en total, entre las dos urbes, no quedarían más de doscientas personas con vida. Y de ellas, más de la mitad estaban enfermas.

El siguiente paso era arrendar un carro. No tuvieron problemas, al no haber trabajo en el puerto, sobraban. De allí fueron al hospital. Delante de la puerta, un pequeño grupo de enfermos esperaba a recibir su dosis de raíces. Al acercarse comprobaron que alguien con la máscara picuda las estaba repartiendo después de anotar algo en un libro. Cuando las recibían, los afectados se marchaban arrastrando los pies y masticando para extraer el jugo que les renovaba por dentro. Era curioso ver cómo, según se alejaban del hospital, cambiaba su forma de andar, mostrándose mucho más enérgicos. Cuando terminó, el hombre de la máscara descubrió su rostro. La cara sudorosa y huesuda de Pascual les recibió con una sonrisa.

Se reunieron en su despacho. Alexander portaba en la mano un saco de apariencia pesada. Como solo había tres sillas, decidieron permanecer todos de pie, a excepción del sobrino de Andrés, que se mantuvo sentado y, sorprendentemente, tranquilo. El médico relató todo lo que sabía de la decisión que el Asistente, inducido por el poderoso brazo de la Iglesia, había tomado con respecto a las chabolas. La cara de Teresa y Andrés perdió su tonalidad; se podía apreciar como al hombre le corrían gotas de sudor por la frente. El pequeño se mantenía distraído, ajeno a lo que allí se estaba hablando.

—¡Pero eso es una locura! —soltó con rabia Teresa.

Alexander asintió. Le sonaba esa respuesta. Después fue María la que contó lo del descubrimiento de la isla y las intenciones que tenían de trasladar a los enfermos allí. El rostro de Andrés recuperó en un instante el color. Al día siguiente, cuando repartieran las raíces, deberían avisar a todos los habitantes de las urbes de que guardaran sus pertenencias y estuvieran preparados para cuando los fueran a buscar. No darían demasiada información, solo que los trasladarían a un lugar donde estarían mucho mejor. Pascual se uniría a la tarea. Poco a poco, irían llevando a todos en los carros, sin llamar demasiado la atención. Alexander acudiría al hospital a primera hora del día siguiente y se llevaría los sacos; después, los embarcaría en el Fast Arrow. Antes de marcharse, el muchacho se acercó al médico y le pidió una de las túnicas. El hombre abrió el armario que estaba al lado de la mesa y sacó una limpia y doblada.

—Si quieres, puedes venir con nosotros —le propuso Alexander cogiendo la prenda y sujetándole el brazo en un gesto de cariño.

—Te agradezco la propuesta, pero me necesitan aquí —respondió esbozando una sonrisa desgastada.

El muchacho asintió, admirado por la valentía de Pascual...

—He descubierto más cosas sobre la enfermedad que creo que te pueden ayudar.

El médico, sin decir nada, se acercó un poco más a Alexander e inclinó la cabeza hacia delante.

—Creo que las pulgas de las ratas son las que producen los bubones.

—Algo sospechaba —afirmó Pascual asintiendo—. Muchos de los enfermos se quejan de que, en el mismo lugar donde les salió el bulto, les había picado una.

—También he descubierto —añadió Alexander—, que quien se recupera de la peste no vuelve a enfermar. Es como si su cuerpo quedara protegido.

El médico cogió una libreta de la estantería y apuntó algo en ella.

—Toma, quiero que te quedes esto —dijo el muchacho ofreciéndole el saco.

El hombre lo cogió y se sorprendió de lo pesado que era. Al abrirlo, descubrió la preciada carga.

—¿Y esto? —preguntó mirándole sin pestañear.

—Prefiero que no hagas preguntas. Cógelo y disfrútalo si consigues salir con vida. Te lo mereces. Gracias a ti se van a salvar muchas vidas —respondió él con los ojos verdes más brillantes de lo habitual.

Se despidieron sin haber abandonado el hombre la cara de asombro.

Esa noche durmieron todos en la casa de campo. Andrés y el pequeño, en la alcoba de Daniel; María y Teresa, en la de Jesús y él, volvió a penar con la cama de la caseta. Aunque dadas las condiciones en las que había pasado las últimas noches, más que penar, la disfrutó.

Despertaron cuando el sol despuntaba por el horizonte. El pequeño Pedro, que así se llamaba el sobrino de Andrés, se mostró más perezoso y necesitó de la insistencia de Teresa para desperezarse. Todos comieron su ración correspondiente de raíces. Antes de irse, Alexander y María fueron a la parte de atrás de la casa para despedirse de las tumbas de sus seres queridos. Al lado de la de Jesús y Daniel, estaba la de Sultán. La visión de aquellas rudimentarias cruces le deshinchó parte del optimismo del que se cargó días atrás. Los breves instantes que cerró los ojos agolparon en su cerebro multitud de imágenes del tiempo que vivió con ellos. Al abrirlos, giró la cabeza y vio a María limpiándose las lágrimas que resbalaban por su cara. Después de un breve abrazo, se pusieron en marcha.

La primera parada fue en el hospital. Cargaron en el carro los sacos y la resina. El médico se unió al grupo. De allí partieron a las

chabolas. Al llegar, Alexander se retiró unos pasos e hizo un gesto a María para que se acercase.

—Voy a llevar las raíces y la resina al barco. Después intentaré comprar herramientas, comida y material que nos pueden hacer falta en la isla. Es mejor que te quedes aquí.

—Vale —se limitó a decir ella en un tono que sonó más seco de lo habitual—. ¿Y cuándo te reunirás con nosotros?

—Nos volveremos a ver en el puerto, tengo que dejar resuelto un asunto.

La cara de la muchacha se endureció mostrando un gesto serio.

—Me da miedo Alexander. Haz lo que tengas que hacer, pero ten cuidado.

—Descuida —le dijo intentando tranquilizarla.

—Una vez me dijiste algo parecido y tardé varios años en volver a verte —respondió ella con voz vibrante.

—Eso no volverá a pasar —aseguró cogiéndola de la mano—. Tengo pendiente algo que prometí hacer antes de irme de Sevilla.

Sin dar más explicaciones, rozó levemente los labios de la chica con los suyos y subió al carro. Se despidió del resto y se dirigió al puerto.

Pocos eran los barcos que fondeaban en la dársena de muelle, entre todos, destacaba el Fast Arrow. Con la ayuda de varios marineros, subió los sacos y la resina. Después, se metió en los bolsillos del jubón, varias joyas de oro del tesoro.

El siguiente paso requería acceder al interior de la ciudad. En la puerta del Arenal le recibió un malhumorado guardia, que rápidamente cambió de actitud cuando le puso sobre la mano cinco reales. Del tono soberbio pasó, en un instante, al tono servil. Se dirigió directo a las calles de los gremios. Parecía que por aquellas avenidas había más trasiego. La mayoría de los talleres estaban cerrados, pero algunos mantenían sus puertas abiertas. Se adentró en una de las calles. A un lado estaban los artesanos de la madera y al otro las herrerías donde trabajaban el metal. El golpeteo de los martillos sobre el yunque se tragaba el resto de los sonidos. Al final de la avenida, un hombre con el rostro surcado por miles de pequeñas venas rojas, fumaba sentado en una banqueta a las puertas de su establecimiento. Después de un repaso visual de arriba abajo, preguntó sin levantarse siquiera:

—¿Qué necesitas, chaval?

—¿Tiene clavos? —preguntó Alexander.

Después de controlar un ataque de tos y de escupir un gargajo a escasos centímetros del pie del muchacho, se levantó.

—Aquí tengo de todo lo que puedas necesitar —respondió expulsando un agrio olor a vino pasado—. Lo que no sé es si tú tienes con qué pagar.

Cuando sacó del bolsillo del jubón varias joyas de oro, el hombre, al igual que le pasó al guardia de la puerta del Arenal, cambió su registro de voz, mostrándose más solícito en el trato.

El interior del almacén estaba repleto de material y herramientas. Al fondo, una escalera de caracol ascendía hacia la planta superior donde el hombre tenía su vivienda. Compró varias cajas de clavos, rollos enteros de cuerda de diferentes grosores, sierras, martillos, picos, palas... El dueño del almacén, después de ayudarle a cargar todo en el carro, se despidió de él en un tono mucho más amable que con el que le recibió.

La plaza del mercado, aparte de estar repleta de desperdicios, estaba vacía. Varios comerciantes deshacían sus puestos después de haber vendido la poca mercancía que tenían. Su intención de aprovisionarse de alimento para el viaje cayó en saco roto.

Volvió a salir del interior de la ciudad amurallada y se dirigió de nuevo al muelle. Igual que ocurrió por la mañana, le ayudaron a subir la carga a la embarcación. Después de comer unos trozos de pescado que Jacob le preparó, puso rumbo a lo que constituiría la última parte de su plan. Antes de dejar el carro en el sitio acordado con el dueño, levantó el asiento de madera abatible del pescante y cogió la túnica que le dio el médico. El sol empezaba a mostrar su versión menos cálida y las sombras comenzaban a reemplazar a las luces. Ya estaba alejándose cuando escuchó la voz de María a lo lejos, se giró y la vio montada en un carro junto a Pascual. Se acercó. Cuando estaba a escasos metros apareció otro carruaje con Andrés y Teresa a las riendas. La zona de carga estaba ocupada por seis personas. Cuatro de ellas estaban tiradas sobre el tablero. Los otros dos, que parecían libres de la enfermedad, mostraban un rostro serio y huesudo. El otro carro lo ocupaban el mismo número de personas, pero en este caso solo eran dos los que parecían tocados por la peste.

La muchacha se acercó a Alexander y le informó de la situación. Cómo imaginaban, todos se mostraron de acuerdo en salir de allí cuanto antes. Aunque omitieron la parte de que querían quemar las chozas con ellos dentro para evitar revuelos innecesarios, el simple hecho de salir de aquel infierno de casas putrefactas tiraba de ellos con fuerza.

—¿Ya has hecho todo lo que tenías que hacer? —inquirió la muchacha con tono esperanzado.

Alexander hizo un ligero gesto de negación con la cabeza.

—Me falta la última parte. Tranquila, pronto me reuniré con vosotros en el puerto.

—Ten cuidado, por la Virgen Santísima —le rogó dándole la mano.

Él se la apretó con suavidad y se dio la vuelta.

El trámite monetario se volvió a repetir en la puerta de Triana. Una

vez dentro, se puso la túnica y se encaminó a la iglesia en la que vivió con el Padre Ángel.

Empezaba a sentir frío. Las gruesas paredes de piedra hacían que la temperatura allí dentro fuera inferior a la de fuera de la iglesia. Las botas de cuero de Daniel le calentaban los pies, pero se tuvo que frotar las manos para entrar en calor. La puerta del confesionario, al abrirse, emitió un tímido chirrido que a él le pareció un estruendo. Cerró los ojos por un instante aguzando el oído. A pesar de la baja temperatura, una gota de sudor le resbaló por la frente para ir a parar a uno de sus ojos. Los ventanales de ambos lados del templo dejaban pasar algo de luz de la luna menguante, pero la visibilidad era reducida. Eso, para él, no era un problema; conocía cada recoveco de la parroquia de memoria. De puntillas, caminó hacia la alcoba del nuevo Padre. La puerta se mantenía abierta unos centímetros. De la ranura salía la tibia luz de la vela que alumbraba dentro. Se acercó, contuvo el aliento y se quedó estático, intentando percibir algún sonido que delatara que el clérigo estaba despierto. Le llegó el soniquete de una respiración profunda. El hombre dormía. Puso su mano izquierda sobre la superficie de la puerta y empujó despacio. Cuando la abertura fue suficiente, asomó la cabeza. El Padre, tapado hasta el cuello con una sábana, descansaba plácidamente. Sin esperar más, desanduvo sus pasos y se situó frente al confesionario. Como hizo unos cuantos años atrás, lo retiró de la pared y quitó la alfombra que tapaba la trampilla. Al coger la cuerda para tirar, sintió las pulsaciones alteradas en su mano.

Un aluvión de recuerdos le asaltaron al aspirar el aire frío y húmedo que salía de aquel agujero oscuro. Bajó tanteando cada paso que daba. Las tinieblas que le rodeaban achicaban su ánimo y le hacían sentir pequeño. Una vez abajo, le llamó por su nombre.

—¡Zacarías, Zacarías!

Parecía que allí dentro el sonido era estático, como si la masa oscura que le rodeaba se tragase sus palabras. Volvió a insistir subiendo el tono de voz.

A lo lejos se vio el brillo de una luz. El contorno recortado del gigante se hizo visible. Su respiración sofocada se oía en la distancia. Cuando estuvo a un par de metros, el hombre se paró y se quitó la capucha de la túnica mostrando su rostro deforme.

—¿Alexander? —consiguió decir el guardián de los libros prohibidos con un tono de sorpresa.

El muchacho se acercó un poco más hasta situarse a un metro escaso.

—He venido a por ti, te voy a sacar de aquí.

—Yo no quiero salir de aquí. Ni siquiera sé si me puedo fiar de ti —declaró Zacarías mirándole fijamente con su único ojo sano—.

Desapareciste.

—Cuando el Padre Ángel se fue de la iglesia, su sustituto me puso las cosas difíciles. Todos los días, en estos años, me he acordado de ti.

La parte intacta del rostro del hombre se relajó.

—Ya te dije una vez que el mejor sitio donde puedo estar es aquí.

—¡Escúchame! Tienes que confiar en mí. La ciudad está asolada por la peste y el Asistente quiere quemar las chabolas con sus habitantes dentro. —La respiración del hombre se agitó más—. He descubierto un lugar fuera de la ciudad donde estaremos bien. Te aseguro que te aceptaran como lo hice yo.

—Pero...

—No hay tiempo para explicaciones, hay un barco esperando en el puerto. Si amanece, se marchará sin nosotros.

El hombre se pasó la mano por la frente. El temblor de sus dedos evidenciaba su nerviosismo.

—Espera un momento —consiguió decir después de tragar saliva. Dio la vuelta y se alejó, dejando a Alexander sumergido de nuevo en la oscuridad.

Al poco volvió a ver la luz del candil al fondo. Con paso torpe y arrastrando la pierna, Zacarías se volvió a posicionar frente al muchacho.

—Toma, esto es para ti. —El hombre dejó el saco que llevaba en el suelo y sacó de él un libro.

Alexander estiró su brazo y lo cogió. Sorprendido por el peso del volumen, abrió la cubierta forrada en cuero e intentó leer lo que ponía en la primera página. La falta de luz se lo impidió. Se acercó un poco más a Zacarías y, ayudándose de la vela del candil, pudo hacerlo.

—Es el libro del que te hablé. Lo encontré y ahora por fin te lo puedo dar.

La sensación de frío había desaparecido. Un calor extraño le recorrió todo el cuerpo, incluso el libro parecía que le quemaba las manos.

—Gracias —dijo emocionado y agradecido—. Ahora tenemos que irnos.

El ojo sano del hombre brilló por unos instantes con más fuerza. Era el reflejo de la esperanza y, a la vez, de la inseguridad por abandonar aquella biblioteca que le había cobijado durante tantos años.

—Dámelo, te lo guardo en el saco.

Después de meterlo cuidadosamente dentro, subieron la escalera. Zacarías arrastraba la pierna y al caminar sobre el piso emitía un sonido por el roce. Se concentró en correr el pasador metálico lo más despacio que pudo, aún así, chirrió por la fricción. A continuación, levantó la barra de madera que trababa la puerta. Sentía la respiración

agitada de Zacarías en el cogote. Salieron al exterior. El plan era sencillo, saldrían por la puerta del Arenal e irían directos al puerto. Todavía tenía la saca de las monedas casi llena. Podría chantajear al guardia si este les ponía las cosas difíciles.

Las calles estaban desiertas. La cantidad de faroles que iluminaban la vía pública era inferior al habitual. Un guardia de la ronda nocturna pasó caminando por la calle perpendicular frente a ellos. Se mantuvieron quietos, pegados a la pared, esperando a que pasara. Cuando el retumbar de los pasos dejó de oírse, siguieron. La salida estaba custodiada por otro de los guardias.

—¿Adónde os creéis que vais? —preguntó el hombre dándoles el alto.

—Queremos salir de la ciudad —respondió Alexander.

—Cuando cae la noche no se pueden atravesar los muros; órdenes del Asistente.

Alexander, acostumbrado a lidiar con los guardias, sacó cinco reales que guardaba en el bolsillo de la túnica.

—Quizás esto le haga cambiar de opinión —soltó en tono cómplice.

El uniformado se miró la mano. La suave luz del candil que colgaba de la pared se reflejó en las monedas. Los ojos del hombre brillaron con la misma intensidad, pero a diferencia de los otros guardias, el tono seco y soberbio se mantuvo. No parecía que aflojara el gesto serio de su cara. Ese detalle no le pasó por alto a Alexander.

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Eres tímido? Quítate la capucha.

—Tiene problemas en la piel y debe cubrir su rostro —se apresuró a decir el muchacho.

—De aquí no sale nadie sin que le vea la cara. Tenemos órdenes expresas de examinar a cualquier viandante en busca de signos de la peste.

No contaba con ese contratiempo. De todos los guardias, les había tocado el más áspero en el trato. Sacó otros cinco reales de la saca y los añadió a los anteriores.

—No hay que tomarse las órdenes tan a rajatabla.

—Descubre tu rostro —ordenó el hombre en tono seco y autoritario.

—Pero...

—La próxima vez que os lo repita daré el grito de alarma. ¡Quítate la capucha!

El rostro rojizo de Alexander delataba sus nervios, haciendo que el hombre se empeñara más en su labor.

Zacarías dejó el saco en el suelo y, con mano temblorosa, se descubrió la cabeza.

El guardia retrocedió unos pasos. Una mueca de repulsión apareció en su rostro.

—¡No te acerques! —ordenó tajante—. ¡Apestado! ¡Apestado! ¡Guardias, a mí! —gritó echando mano a la empuñadura de la espada ropera que le servía de protección.

El gigante sacó el odio acumulado durante todos los años que estuvo encerrado en la biblioteca y, sin darle tiempo a desenfundar, le soltó un bofetón con la mano abierta que le lanzó contra la puerta que querían atravesar. El golpe de la cabeza contra la madera fue sonoro y silenció los gritos del guardia, que cayó sin conocimiento en el suelo. Alexander, estático, se rascó el cuello dejando más enrojecida aún la zona. Eso le valió para reaccionar. Lo primero que pensó fue en coger la llave, que en algún lugar debería esconder el guardia, e intentar abrir la puerta para salir, pero enseguida desechó la idea. El grito habría alertado a algunos de los vigilantes nocturnos y no tardarían en llegar. La mejor opción, de momento, era la de desaparecer. Por la calle que venía de la izquierda se oía el retumbar de varias botas que golpeaban el suelo dirigiéndose hacia allí. Sin esperar más tiempo corrieron calle arriba. El adoquinado irregular del piso dificultaba el avance de Zacarías. Su respiración sofocada indicaba que no podría aguantar mucho a ese ritmo. Llegaron a la Giralda y pararon unos instantes a tomar aire apoyados en sus muros. Otra vez el ruido de pisadas les puso en tensión y permanecieron sentados, con los cuerpos pegados a la pared. La falta de iluminación en las calles les amparaba, pero era cuestión de tiempo que dieran con ellos. Según estaban las cosas con la peste, era posible que tuvieran órdenes de eliminar a cualquier enfermo que deambulara por las calles. El tiempo pasaba y no se atrevían a moverse. Alexander empezaba a pensar que, después del esfuerzo para sacar a los enfermos de las chabolas de Sevilla, al final sería él el que no iría a la isla. Las puertas habrían reforzado la vigilancia y sería imposible salir por ellas. Zacarías a su lado, aunque casi no le veía, había calmado su respiración; aun así, seguía sofocado. Una idea iluminó el cerebro del muchacho. Era una de las pocas oportunidades que tenían e intentaría aprovecharla. El silencio en las calles volvía a ser el protagonista. Se levantó y Zacarías hizo lo propio.

—Sígueme —le dijo al gigante con un tono de voz casi inaudible.

Refugiándose en los recovecos oscuros, fueron atravesando calles.

El olor, aun estando cerrados los talleres, era similar al de esa mañana cuando pasó por allí. Al llegar a la puerta del almacén, Alexander aporreó la puerta con el puño. La avenida estaba desierta y, aunque pensaba que por allí no los buscarían, seguía intranquilo. Después de volver a golpear la madera con insistencia, la voz enfadada de una mujer sonó en lo alto.

—¿Quién llama a estas horas?

Otra señora, de la casa de enfrente, salió a cotillear.

—Necesito hablar con su marido, es muy importante.

—Está dormido chiquillo, ven por la mañana y te atenderá.

La luz del candil que llevaba la mujer hacía que brillase una de las pulseras de oro con las que Alexander pagó por la mañana. Antes de volver a abrir la boca, miró a derecha e izquierda. Nada alteraba la tranquilidad, a excepción de varias mujeres más, asomadas en las ventanas de las casas situadas sobre los talleres. Varios perros ladraron y él volvió a dejar las marcas de sus uñas en el cuello.

—Esta mañana pagué la mercancía que compré con joyas de oro. —La señora instintivamente se miró la muñeca—. Tengo algo importante para su marido.

La mujer se metió al interior de la vivienda de mala gana. Al poco, la cara enrojecida del dueño del establecimiento apareció por la ventana. Sin decir nada, volvió a desaparecer. Las mujeres asomadas, al ver que no sucedía nada importante, se metieron en sus casas. El sonido de unos pasos precedieron al del cerrojo de la puerta al abrirse.

—Pasad, pasad —dijo el hombre con un candil en la mano.

El cobijo de aquel establecimiento les permitió respirar más tranquilos.

Alexander puso sobre una mesa la saca con el resto de monedas que le quedaban. El hombre miró el interior y un brillo de codicia estalló en sus ojos.

—¿Que necesitáis? —inquirió a continuación después de controlar un ataque de tos.

—¿Tiene un carro? —preguntó el muchacho. Zacarías, al lado, se mantenía callado y con la capucha puesta. Su respiración era más sonora allí dentro.

—Claro —respondió el dueño como si le hubiese hecho una pregunta absurda.

—Necesitamos salir fuera de los muros, pero escondidos. —Aquella confesión le puso nervioso, no sabía si podía fiarse de aquel hombre —. Tenemos que ir al puerto, si nos lleva allí, las monedas de la saca serán suyas. —Después de decir esas palabras, cogió el saco de nuevo y se lo guardó.

El hombre le miró a los ojos durante unos instantes, expectoró y escupió la flema en el mismo suelo del almacén.

—Esperad un momento.

El dueño del almacén subió las escaleras y ellos se quedaron a oscuras sin moverse. Desde allí se podía oír cómo el hombre daba explicaciones a su señora. Cuando bajó, les hizo una señal con la mano para que le siguiesen. En la parte trasera había un patio. En un pequeño cobertizo descansaba una mula sobre un lecho de paja. Detrás estaba el carro. El animal se mostraba perezoso y se resistía a salir. Después de varios golpes, lo hizo. El hombre sacó el carro y lo enganchó. A continución, levantó el asiento del pescante y sacó una

de las botellas que tenía allí guardadas; dio un largo trago y se la ofreció a ellos. Con un gesto de la mano, Alexander lo rechazó.

—Subid y tumbaos —ordenó después de dar otro trago, dejando la botella a medias.

El muchacho obedeció y luego ayudó a Zacarías a hacer lo propio.

Una vez tumbados en la parte más profunda del carro, el dueño los cubrió con una lona. Sobre ellos puso varios fardos de tela y algunos rollos de cuerda. La parte libre del tablero lo rellenó con cajas, tablones de madera y diversas herramientas.

La mula se puso en marcha. Para conseguir el oxígeno, que necesitaban, tenían que dar grandes bocanadas de aire. Alexander no veía nada, pero notaba el aliento agrio de Zacarías en su cara. Después de un rato, el carro se paró. Escucharon el sonido amortiguado de la voz del hombre hablando con dos guardias. El tono era desenfadado y cercano, como si estuviera acostumbrado a tratarlos. Esa actitud desconcertó a Alexander, que no sabía si había confiado en la persona adecuada. El sonido de las voces se hizo más nítido y cercano.

—Sabes que durante la noche no se puede salir de la ciudad —escucharon que decía uno de los guardias.

—Lo sé, pero tengo que entregar el pedido en Écija lo antes posible. Tomad unas monedas y haced la vista gorda, hombre. Estaré en deuda con vosotros.

—Venga anda, tira y no digas a nadie que te hemos dejado pasar.

Los goznes de la puerta chirriaron al abrirse. La respiración de Zacarías se intensificó. El carro avanzó. Parecía que, al final, lo iban a conseguir. El corazón del muchacho casi se para cuando escuchó a uno de los guardias:

—Espera.

No se lo podía creer, otra vez estaban parados.

—¿No tendrás una de esas botellas que llevas tú siempre?

—Claro que tengo. Tomad y bebedla despacio, que se sube rápido —contestó emitiendo una sonora risa correspondida por sus interlocutores.

—Vamos tira. Buen viaje.

Alexander cerró los ojos consciente de que había faltado poco para ser descubiertos.

Después de un rato de marcha, el movimiento cesó. Cuando el hombre les quitó todo lo que tenían encima, el aire fresco de la noche inundó sus pulmones. Bajaron. La oscuridad hacía imposible divisar el barco desde allí. Alexander le dio la saca al dueño del almacén y se despidieron. Caminaron en dirección a la dársena. Pasaron al lado de dos carros abandonados. La tenue luz de un candil se veía en lo alto, a unos metros de allí. La voz de María gritando su nombre le inundó el corazón de alegría.

29 de marzo de 2019

Después de colgar a Mónica, su secretaria, regresó al salón. Patricia y Emily hablaban como si fueran viejas conocidas. La conexión entre ambas era palpable.

La sensación de tener la boca seca era desagradable. El agua le calmaba durante un corto espacio de tiempo; luego, volvía a notar la lengua tan rugosa como la piedra pómez. Se desplomó en el sillón.

—¿Qué te pasa? Estás pálido. ¿Te encuentras bien? —preguntó Patricia viendo su rostro ceniciento.

—Estoy un poco revuelto. No te preocupes, estoy bien —respondió notando que las ganas de vomitar aumentaban—. Te quedaste en los encapuchados, sigue por favor.

Emily se atusó la melena y continuó con la narración.

—El coche llegó despacio y con las luces apagadas.

—¿Pudiste ver la marca o la matrícula?

—Estaba oscuro. Desde donde estaba era imposible ver algo al detalle. Tuve suerte de oír cuando llegaron. Me asusté bastante. Llevaban en la mano un palo o un bate. Rápidamente me metí en la sala contigua y me encogí, esperando que no me vieran. Hablaban en español, pero con una pronunciación extraña.

—¿Oíste qué dijeron? —preguntó Patricia, que no paraba de mover su pierna derecha.

—Al principio no hablaban. Oí como subían por la escalera que dejasteis. Yo seguía quieta, sin poder mover un músculo. Recuerdo que cerré los ojos por unos instantes y varias imágenes se sucedieron en mi cerebro. Pude ver con nitidez el salón antes del incendio. Me venían fogonazos de recuerdos perdidos. Me vi a mí misma saliendo de la casa entre las rejas metálicas de la ventana. Pasaron unos minutos y volvieron a bajar. Ahí fue cuando los oí. «Ve a por la grúa. Trae unos clavos largos y un martillo». El que habló se quedó fuera, fumando; el otro se fue. Yo seguía sin poder moverme, pero a través de la ventana le podía ver. No pasaron más de quince minutos cuando volvió el otro en una grúa roja.

—¿Tan poco tiempo pasó? —preguntó Fernando—. Debió de ir a algún lugar cercano.

—Eso mismo pensé yo.

—Tampoco pudiste ver si la grúa tenía algún distintivo para identificarla.

Emily negó con la cabeza.

—Volvieron a entrar y subieron. Después oí el golpeteo del martillo sobre los clavos. Estaba esperando a que se fueran para actuar. Lo malo fue que, cuando bajaron, se llevaron la escalera.

—¿Dijeron algo antes de irse?

—Sí. El que fue a por la grúa preguntó: «pero ¿le vamos a dejar ahí metido?». El otro le respondió: «estás tonto, cómo le vamos a dejar encerrado. Hoy es miércoles, el viernes por la noche venimos y le sacamos. Solo pasará un poco de hambre y sed, pero se le quitarán las ganas de remover el pasado. Ese no vuelve por aquí». «¿Y qué hay ahí, debajo de la trampilla?», volvió a preguntar el primero. «Yo qué sé, cuando le saquemos entraremos a ver». A continuación engancharon tu coche a la grúa y se fueron.

—Pensaban que estabas tú solo, iban a por ti —dijo Patricia mirando a Fernando. Este asintió pensativo.

—¿Te fijaste qué dirección tomaron al incorporarse a la carretera? —inquirió él.

La mujer volvió a hacer un gesto de negación.

—Solo vi que engancharon tu coche.

Fernando, que parecía que había recuperado algo de su tono habitual de piel, miraba pensativo a un punto de la pared que tenía enfrente. Cada vez veía las cosas más claras.

—¿Por qué no llamaste a la policía? —preguntó Patricia en un tono más seco del que pretendía.

Emily se rascó el cuello en un claro gesto de nerviosismo. El recorrido de sus uñas en la piel dejaron unas marcas rojas.

—Fue lo primero que pensé. Tengo que pediros perdón por no haberlo hecho, os hubierais ahorrado el mal trago allí abajo.

—Casi nos devoran las ratas —apuntó la bióloga con la misma rotundidad de antes.

—Ignoraba que las hubiese y menos tan agresivas, de haberlo sabido, habría llamado sin dudar. No estoy preparada para que salga a la luz todo lo que sucedió aquel día. Cuando oí lo de la trampilla, me vino la imagen de aquella sala escondida. Mi padre pasaba las horas allí metido. Era su refugio. Ese recuerdo me hizo entender que era muy probable que los cuerpos de mis padres estuvieran allí. Quería intentarlo yo, antes de que transcendiera. Si al día siguiente no lo conseguía, daría el aviso. Pero si iba la policía, seguro que reabrirían el caso, y lo mismo pensaban que estaba encubriendo a mis padres alegando mi pérdida de memoria. Además, debería pasar horas contestando preguntas que podrían abrir heridas y hacerme caer definitivamente.

—Tu intuición fue buena —soltó Fernando arrastrando las palabras —. Los cuerpos están allí dentro. Aunque no quieras, saldrá a la luz

—Cuando entré a por vosotros, lo comprobé por mí misma. No está en mis planes que se haga público. Cuando termine de contaros todo, os lo explicaré.

Patricia cambió de posición en el sofá y puso su mano sobre la

pierna de Emily en un gesto de cercanía.

—Imagino que el trago de encontrártelos allí fue doloroso.

La mujer asintió, cerró los ojos por unos segundos y continuó.

—Intenté subir, pero estaba demasiado alto. No quería gritar por si los hombres que os encerraron volvían. Los murciélagos volaban rozándome y me sentí más indefensa todavía. Me fui al coche deseando que amaneciera para ir a comprar una escalera. Pasé la mayor parte de la noche sin dormir, helada y asustada, deseando subir para ayudaros. Al final, sin proponérmelo, me quedé dormida. Después me alegré de haberlo hecho, porque volví a abrir puertas cerradas de mi cerebro. Pude ver en mis sueños la sala subterránea y las galerías. Cuando abrí los ojos era de día. Pero aquel recuerdo me hizo perder la conciencia del tiempo. Me quedé embelesada con las imágenes que se sucedían sin parar en mi mente. No sé el tiempo que transcurrió. Era como si colapsara de nuevo pero, en este caso, mi cerebro se centraba solo en los túneles sin importarle el resto. Recorrí mentalmente los estrechos pasillos. Tenía claro cuál era el recorrido a seguir para salir. Lo que no recordaba era dónde estaba la salida.

—Y... ¿no te acordaste de las ratas? —preguntó Patricia.

—No. No tengo ningún recuerdo de ellas —respondió negando con la cabeza—. Cuando volví a centrarme en la realidad, salí del coche y caminé hasta las proximidades de la casa. Comprobé que no había nadie y me dirigí a la parte trasera. El enorme árbol volvió a arrancarme recuerdos agradables. Me entristeció ver que estaba seco. Como pudisteis comprobar, el terreno está cubierto casi en su totalidad por arbustos con unos pinchos terribles. Fue en ese momento cuando me acordé de que la salida estaba disimulada entre ellos. Claro que cuando era pequeña había muchos menos. Me pasé casi toda la mañana buscando la entrada. Menos mal que llevaba pantalones, con falda hubiera sido imposible, aun así me arañé por todas partes. Cuando por fin di con ella, vi que la tapa casi había desaparecido. Estaba corroída y la retiré sin problemas. Desde arriba no se veía nada del interior. Estaba totalmente oscuro y salía un olor desagradable, como un aliento apestoso. Saqué el móvil y encendí la linterna. Bajé y me adentré por los túneles. No había dado ni diez pasos cuando varias ratas me cortaron el paso. Me miraban desafiantes y de pronto se abalanzaron sobre mí. Me di la vuelta y corrí hacia la salida. Empezaba a subir cuando una de ellas intentó morderme, pero se quedó en el pantalón. —Instintivamente Fernando se llevó la mano a la herida que le dejó la mordedura —. Me sorprendió la rabia con la que intentaba desgarrar.

—Pero las ratas se fueron cuando tú llegaste. Pensábamos que te tenían miedo —reconoció Patricia.

Emily sonrió. Cogió el bolso y saco un objeto plano y circular.

—A mí no me tenían miedo, huían de esto.

Fernando se acercó para verlo más de cerca.

—¿Qué es esto?

—Es un repelente de roedores por ultrasonidos. No se me ocurrió otra cosa mejor.

—Pues acertaste de lleno.

—Tuve que ir a Cuenca a comprarlo. Regresé y volví a entrar. Las únicas ratas que encontré eran las que estaban muertas por todas partes. Llegué a la puerta que daba acceso a la sala subterránea. Estaba abierta y entré. Los cuadros me trajeron recuerdos de mi madre pintando. Subí las escaleras y ahí fue cuando los vi. Me senté frente a ellos durante un tiempo que no sé determinar. Estaba segura de que eran mis padres. Reconocí la ropa y el color del mechón del pelo que salía de mi madre. La posición en la que murieron me despertó una ternura enorme hacia ellos. Me recuperé de la impresión y fui en vuestra búsqueda. Antes de volver a las galerías cerré la trampilla para evitar que subieran las ratas. Algo dentro de mí me decía que estaríais en la sala donde descubrimos los esqueletos y allí os encontré.

—Vimos en el diario que tu madre y tú tuvisteis que salir de la sala aterrorizadas por lo que encontrasteis. Después descubrimos los huesos —apuntó Fernando, que volvía a sentir una sequedad exagerada en la lengua.

—Esos esqueletos debían de llevar allí muchos años —añadió Patricia—. ¿Y qué piensas hacer para que nadie se entere de que tus padres están allí metidos? Cuando vuelvan los que nos encerraron los encontrarán.

—Voy a enterrarlos allí dentro. —Un silencio incómodo se paseó por el salón—. No os pido que me ayudéis, solo, que no digáis que los visteis.

—No has contado con que, a lo mejor, Patricia quiere que la verdad salga a la luz.

—Han pasado demasiados años, con saberla yo me basta. Conmigo puedes contar.

—Mis padres cambiaron por eso que decís que comieron, pero os aseguro que eran buenas personas. Recuerdo a mi padre enfermo, sentado en el salón a oscuras. Estaba desesperado, era su única posibilidad y mi madre quiso apoyarlo. Lo que no sabían era que iban a perder la razón.

A Fernando le vino a la cabeza el diario del padre de Emily, donde relataba todo lo que sufrió durante la enfermedad. Se frotó los ojos durante unos segundos con la mano buena y sin mucho convencimiento dijo:

—Bueno, si estamos aquí hablando es gracias a ti, tú nos salvaste y en cierto modo estamos en deuda contigo. Te ayudaremos a

enterrarlos.

Otoño de 1649, en un islote perdido del océano Atlántico

El escozor de la cara cada día era más intenso. Se juntaban las largas horas al sol con el salitre del agua y las incesantes gotas de sudor que empapaban su rostro. Su delicada piel no terminaba de acostumbrarse a la crudeza del ambiente.

Estaba terminando de colocar la tercera trampa para los pequeños cerdos salvajes, cuando Pedro y otro pequeño llegaron corriendo y gritando.

—¡Alexander, Alexander! Teresa me ha mandado que venga a buscarte, dice que María ha vuelto a sangrar.

Sin terminar de colocarla, se dirigió raudo a su cabaña. En el interior, Teresa refrescaba con un paño húmedo la frente sudorosa de María. El tono pálido de la muchacha contrastaba con su tono rojizo de él.

—Está débil, ha vuelto a sangrar —informó Teresa con un gesto de preocupación en la cara.

Alexander se acercó.

—¿Cómo estás? —le preguntó sustituyendo a Teresa en la labor de refrescar a la muchacha.

María, sin abrir la boca y sin dejar de acariciar su incipiente barriga, hizo un gesto que evidenciaba su estado.

—Es mejor que salgamos y la dejemos descansar.

Salieron. A escasos metros estaba la laguna; en ella jugaban los pocos niños supervivientes. A lo lejos vio a Zacarías acompañado por varios hombres cargando los troncos de bambú que se utilizaban en la construcción de las cabañas. Aunque estaba preocupado por María, ver como el hombre se había adaptado con normalidad al grupo le hacía sentir bien. Nadie le había rechazado por su aspecto físico. También influía que las secuelas de la peste habían retorcido rostros y provocado alopecias importantes.

Aunque la apariencia de la isla era paradisíaca, la adaptación fue difícil.

Cuando llegaron al muelle Zacarías y él aquella lejana noche, el Fast Arrow estaba a punto de zarpar. Llevaban esperando más tiempo de la cuenta y el capitán empezaba a perder la paciencia. Su intención era llegar al puerto de Huelva amparados por la oscuridad de la noche, para evitar problemas a la hora de trasladar a los enfermos al otro barco. María, sin parar quieta un momento, no perdía ojo desde la cubierta. Cuando a lo lejos le pareció ver las figuras recortadas de dos personas dirigiéndose hacia ellos, gritó el nombre de Alexander y

agitó el farol para orientarlos.

Ya todos juntos en el barco, abandonaron Sevilla. Llegaron a Huelva cuando la noche daba sus últimos coletazos. La ausencia de movimiento en la dársena facilitó la labor. Con un pequeño carro de mano pasaron al otro barco a los enfermos que no tenían fuerzas para moverse. Los que mostraban síntomas más leves se movían por sí mismos. Los más graves ocuparon los camarotes del galeón, el resto se acomodó en la bodega e incluso algunos de ellos en cubierta. El trayecto hasta el islote fue relativamente tranquilo. Treinta y seis de los enfermos en peor estado no resistieron el viaje y murieron. Aunque fue doloroso para todos, no les quedó más remedio que lanzar los cuerpos al mar. Al sobreesfuerzo que tendrían que hacer al llegar a la isla, no le podían añadir la tarea de enterrar los cuerpos. Los que no sucumbieron a las penalidades de la enfermedad no paraban de preguntar a dónde se dirigían. Cuando se enteraban del destino, se quedaban serios y pensativos. Llegaron a la isla justo cuando una nube terminaba de descargar su habitual y breve chaparrón. El sol apretaba sin piedad. La marea, todavía alta, tapaba el acceso a la gruta que llegaba a la cavidad en la que estuvieron encerrados. Bote a bote, fueron trasladando a los que estaban sanos al interior del islote. El ojo sano de Zacarías se llenó de lágrimas al contemplar el paisaje de la playa. Estaba tan emocionado que ni siquiera podía hablar. Lo mismo pasaba con el resto. La perplejidad de las caras evidenciaba la emoción del momento.

La bodega del galeón inglés, aparte de sacos de cereales y arroz, cargaba fardos de tela y diferentes prendas de ropa, tanto masculinas como femeninas, procedentes de Asia. La cocina del barco estaba provista por un gran repertorio de utensilios para cocinar. Todo fue descargado en la playa. El capitán Murdock y sus hombres permanecerían anclados en el Fast Arrow un par de días, después partirían. Mientras, los enfermos con síntomas más preocupantes seguirían en los camarotes del galeón. María y Teresa se quedarían con ellos cuidándolos y suministrándoles las raíces.

La primera noche en la isla durmieron a la intemperie sobre un lecho de hojas de palmeras. La temperatura era agradable tirando a calurosa y no echaron en falta una manta que les tapase. Al despertar, Alexander tenía el cuerpo repleto de picaduras de mosquitos. El picor que le producían era difícil de soportar. El roce de su mano sobre el rostro ardía, parecía que le habían desprovisto de la piel que le protegía la cara. Después de masticar los dos pedazos de raíz, su ánimo mejoró. A continuación reunió a todos. Lo primero que hizo fue presentar a Zacarías. Algunos todavía se acordaban de él y de lo que le sucedió con los gitanos de Triana. Estos contaron que, después del incidente en el puerto, para evitar problemas, toda la familia se fue de

Sevilla y nunca más se supo de ellos. El ojo sano del antiguo guardián de la biblioteca brilló al ver que todos le aceptaban sin prejuicios. Siguió explicando la localización de la laguna en el interior de la isla y repartiendo los trozos de raíz a cada uno. Su intención era que todos comieran dos pedazos hasta que no hubiera restos de la peste; después, solo las tomarían los que tuvieran alguna dolencia. Tras abrir y comer varios de los cocos que estaban tirados en el suelo, se dirigieron al manantial. Las caras de la mayoría se volvieron a colmar de perplejidad. Junto a los más avanzados en edad iban Andrés y Zacarías, que caminaban más despacio que el resto; eso hizo que desde el primer momento simpatizaran. El agua fresca que brotaba entre las rocas terminó de elevar los ánimos del grupo. Después de vivir entre suciedad y desperdicios, y de luchar cada día contra un enemigo invisible, aquel lugar superaba en mucho las expectativas de todos. El paisaje le trajo recuerdos de Conall, eso deshinchó parte de la emoción que estaba viviendo.

En ese momento había noventa y tres personas en la isla, sin contar con los enfermos del barco ni con María y Teresa. Se organizaron grupos. En el noreste de la isla crecían bosques de bambú. Las cincuenta personas que conservaban mayor fortaleza física se dirigieron hacía allí con las sierras. En total eran treinta y ocho hombres y doce mujeres. Cortarían troncos y los irían apilando en el margen este de la laguna. Otro grupo, formado por los más débiles y los ancianos, se encargaría de encender fuego y cocinar parte del arroz que trajeron de la bodega del galeón. Aparte de los utensilios de cocina, también descargaron en el islote las redes de pesca que portaba el barco inglés. Los que quedaban se repartirían para conseguir alimento y llenar los jarrones de agua. Unos irían a la playa a intentar pescar con las redes, recoger cocos y atrapar cangrejos. Alexander, Andrés, Pedro y el resto se encargarían de buscar huevos de las miles de aves que anidaban en los árboles de las laderas interiores, y a colocar trampas para los pequeños cerdos salvajes.

Llegó el día de la despedida con el capitán. María, Teresa y los enfermos se incorporaron al grupo en el islote. La recuperación de la mayoría de los apestados era asombrosa. Muchos de los que no pudieron moverse durante el viaje desde Sevilla caminaban con dificultad. Hubo otras cinco bajas, pero el resto empezaba a entonar el color de su piel. Los que estuvieron más cerca de la muerte perdieron el pelo y la mayoría de los dientes. A algunos, los estragos y los intensos dolores padecidos les habían retorcido sus rostros y dejado partes de sus cuerpos paralizadas e inútiles.

Los primeros chamizos provisionales servían de refugio y protección para los más débiles. En uno de ellos se guardaron los sacos de las raíces, los alimentos, la resina y todos los materiales y

herramientas acarreados a la isla.

Alexander y María se reunieron con el capitán en su despacho para despedirse. Después de compartir tantos momentos juntos, la emoción era evidente.

—¿Dónde guardaréis el tesoro? —preguntó el hombre.

—Aquí, poca falta hace —respondió María sonriendo.

El rostro alegre de la muchacha era una clara muestra de su felicidad.

—Llevarlo a la isla no traería más que problemas —dijo Alexander apoyando con sus palabras a María.

—Haremos una cosa —propuso Murdock—. Me lo llevaré y os lo custodiaré. Dentro de unos meses volveremos a la isla con más alimentos y material. Si decidís quedaros, nos iremos con vuestra parte. Si decidís volver a España, allí os dejaremos con vuestro oro.

La propuesta les pareció más que generosa y aceptaron sin dudar. Regresaron al islote. Con la barca que utilizaron para volver desde el barco, eran cuatro en total las que se quedaron varadas en la playa. La sensación de vértigo removió el estómago del muchacho, al ser consciente de que se quedaban solos en medio de océano.

Poco a poco fueron prosperando. Los enfermos dejaron de estarlo a las pocas semanas y se fueron incorporando a los grupos de trabajo. Las raíces ya no las repartía a diario. Alexander era el único que las comía todos los días. Su cuerpo tenía dependencia al jugo amargo y se lo exigía. La construcción de las cabañas era cada vez más elaborada. Muchos de los antiguos habitantes de las chabolas habían sido artesanos de la madera, alfareros, herreros, y un mal golpe de suerte les obligó a recurrir a la urbe de las infraviviendas. Gracias a ellos y a su experiencia se facilitaban mucho las tareas. Se construyó una cerca para albergar a los lechones que iban cazando. Alexander observó que los cerdos se alimentaban de los frutos que caían de los árboles que crecían al otro lado del manantial. Con su daga de mango de carnero cortó uno de ellos por la mitad. El aspecto carnoso de su interior invitaba a probar. El sabor no le defraudó, era dulce y jugoso. Desde entonces se convirtió en un elemento más de la dieta del grupo. Parte de los frutos se los daban a los pequeños cerdos para que ganaran peso y tamaño. Cuando tuvieran las hechuras adecuadas, ya darían buena cuenta de ellos. Raro era el día que no caía un animal, por lo que pronto tuvieron que construir otra cerca para darles cabida. Las breves lluvias les acompañaron hasta que llegó el verano; después, de forma abrupta, cesaron. El caudal del chorro de agua que salía entre las rocas se fue reduciendo poco a poco. Tras varios meses de intenso calor y de ausencia de precipitaciones, el manantial se secó. A partir de ese momento, cogían el agua directamente de la laguna y la cocían para su consumo. A finales de junio ya habían construido un número

suficiente de viviendas para albergar a toda la población. Gracias a las telas que llevaron al islote desde el galeón, se fabricaron rudimentarios jergones rellenos de hojas. Alexander y María disfrutaban de la intimidad de su cabaña por las noches. Por fin el muchacho pudo recorrer los recovecos escondidos del cuerpo de su amada.

Al final del verano los cerdos habían engordado lo suficiente para hacer una matanza. Los machos exhibían colmillos afilados que causaban respeto. Aunque se mostraban dóciles, después de los meses que llevaban allí metidos, se tomaban precauciones para evitar sustos. Las hembras preñadas tuvieron más suerte y no fueron sacrificadas. Igual que en los cerdos domésticos, se pudo aprovechar todo. Incluso el sebo se utilizó para la fabricación de velas.

Había una norma que imperaba y era respetada. Se debería mantener el poblado limpio para evitar de ese modo volver a las condiciones en las que vivieron en Sevilla. Todos los desperdicios se apilaban en una fosa excavada para tal propósito y se quemaban por las noches.

Elena, que así se llamaba la mujer embarazada que consiguió escapar de las garras de la peste, dio a luz a un retoño sonrosado y rebosante de salud. Teresa, que había asistido en multitud de partos, facilitó el alumbramiento con la ayuda de María.

Al finalizar el verano la temperatura se suavizó. Seguía haciendo calor pero no tan intenso. Aun así, el rostro de Alexander seguía en su tonalidad mas roja. La aplicación de la resina le aliviaba, pero la exposición continuada a los rayos solares y la humedad del ambiente impedían que su piel se recuperase del todo. A eso se le sumaba que los mosquitos se cebaban con él. Las lluvias volvieron. El corto espacio de tiempo en que caía el agua, refrescaba sus cuerpos y eso se agradecía. Los niños jugaban y bailaban bajo el chaparrón. El chorro del manantial volvió a brotar y a rellenar la laguna.

A finales de septiembre María empezó con los vómitos. Cada mañana, al despertar, tenía que salir corriendo de la cabaña a expulsar lo que creía que la corrompía por dentro. Por miedo de que fuera algún síntoma de la peste, o de cualquier otra enfermedad, empezó a comer las raíces a diario. Aunque el ánimo de la muchacha mejoraba, y con ello su carácter, los vómitos persistían. Cuando se lo contó a Teresa, esta le dijo:

—No creo que necesites las raíces. —La sonrisa que le ofreció la mujer relajó a María—. Acompáñame, vamos a ver a la anciana madre.

María conocía de vista a la mujer y había oído muchas historias sobre ella. Desde que era bruja y podía echar maleficios, hasta que tenía la capacidad de ver el futuro. Nadie sabía la edad de la anciana

madre. La agilidad con la que caminaba era asombrosa. Tenía el rostro poblado de profundas arrugas y los huesos de las manos retorcidos. Vestía completamente de negro y mantenía su largo pelo canoso sujeto con un moño. Los estragos de la peste ni siquiera la rozaron. Cuando llegaron a su cabaña, la anciana estaba sentada comiendo uno de los frutos que tanto les gustaban a los cerdos. Después de contarle lo que le pasaba a María, entró en su vivienda y sacó un recipiente de barro.

—Orina ahí, niña —ordenó la vieja.

María miró a Teresa con cara interrogante. Esta la hizo un gesto de asentimiento. La muchacha se situó detrás de un árbol y, avergonzada, cumplió con las órdenes de la misteriosa mujer.

—Tú estás embarazada niña —sentenció la anciana al ver el color y la espuma que flotaba sobre la micción. La cara de María resplandeció de alegría—. Seguirás vomitando durante un tiempo, luego irá desapareciendo el mal cuerpo. Acércate.

La muchacha se situó frente a la mujer. Esta le puso su mano retorcida sobre la tripa y cerró los ojos. De pronto, la retiró de forma violenta, como si hubiese tocado una cacerola de cobre ardiendo.

—Si quieres traer a tu hijo al mundo, debes salir de la isla. Aquí moriréis tanto él como tú. —El rostro de la muchacha perdió el color y su gesto de felicidad se transformó en uno de preocupación—. Debes cuidarte de los que te rodean. La gente cambia y, quien hoy te quiere, mañana se puede convertir en tu enemigo.

Las palabras de la anciana se repetían constantemente en su cabeza. Pasaban los días y no podía sacárselas.

La buena noticia del embarazo fue muy bien recibida por Alexander, que calmó, en cierta medida, su carácter agrio producido por el escozor de cara y los picores por los picotazos de los mosquitos. María le contó también lo que le dijo la vetusta mujer con respecto a lo de abandonar la isla.

—Tampoco le des demasiada importancia a lo que te ha dicho. Lo más seguro es que no le funcione bien la cabeza.

No muy convencida, quiso creer que lo que decía Alexander era cierto.

Las palabras de la anciana retumbaron con más fuerza en su cabeza la mañana en la que se levantó con la parte interior de sus piernas manchadas de sangre. Teresa acudió rauda después de oír los gritos de la muchacha. La limpió con un paño húmedo y no se separó de ella en todo el día.

Ese día había vuelto a suceder. Alexander dejó la trampa a medio poner y, alertado por los gritos de Pedro y su amigo, corrió hacia su cabaña. Ver a María en ese estado de preocupación le había dejado tocado. Por la tarde, la muchacha salió de la cabaña. Él, al verla, se acercó.

—¿Qué tal estás? —preguntó preocupado.

—Tenemos que irnos de la isla —respondió ella arrastrando las palabras con su mano sobre la tripa.

Él sabía que tenía razón, aunque le daba rabia después de lo que habían luchado para llegar hasta allí.

—De acuerdo, en cuanto regrese el capitán, volveremos a España.

—Espero que no tarde, porque puede que cuando lo haga sea demasiado tarde.

Desde entonces, María pasaba el tiempo descansando en la cabaña. Cada día parecía marchitarse más. Las raíces la entonaban, pero la sensación de que algo dentro de ella no iba bien no desaparecía.

Pasó el otoño y la potencia del sol se hizo más débil. Por fin su piel rojiza tenía el descanso que necesitaba y el escozor desapareció. Desde que vivía en la isla no tenía ni los desagradables mareos, ni había percibido los corruptos olores que le perseguían. Allí, su cerebro, no tenía los estímulos suficientes para activar esas sensaciones.

Andrés y Pedro aprendían rápido y consiguieron poner trampas de lazo con la misma habilidad que Alexander. El hombre vivía en la misma cabaña con Teresa y con su pequeño sobrino. Daba la impresión de que entre ellos había florecido algo más serio que una amistad.

Esa mañana, Alexander llevaba media cesta llena de huevos. Los nidos eran de fácil acceso y muchos tenían dos o tres ejemplares. Estaba más preocupado de lo habitual. Aunque María no había vuelto a sangrar, la palidez y la tristeza del rostro de la muchacha no hacían presagiar nada bueno.

Otra vez Pedro fue el portador de noticias. Los gritos del pequeño asustaron a varios pájaros, que echaron a volar.

—¡Alexander, el capitán ha vuelto! ¡Ha llegado a la playa con los marineros!

Del salto de alegría que dio, casi se queda sin huevos en la cesta. Cuando llegaron al poblado, los marineros estaban descargando alimentos y diferentes materiales que habían traído consigo. El capitán hablaba animadamente con Andrés y Teresa. La alegría de volver a verse se materializó en un fuerte y ruidoso abrazo.

—¡Muchacho, que alegría verte! Veo que tanto sol no le sienta del todo bien a tu piel —dijo el hombre emitiendo una sonora risa.

—Pues ahora está bien, si la llega a ver en verano... —respondió él siguiendo la broma—. Sin embargo a usted, parece que estos meses le han sentado bien.

—Llevaba años sin bajar del barco. Estos meses he vivido en tierra. He comido y he bebido como nunca y lo mejor es que he dormido a pierna suelta, sin preocupaciones. —El hombre se giró sobre sí mismo, impresionado de cómo se habían organizado en tan poco tiempo—.

Me sorprende lo bien y limpio que tenéis todo. ¿Y María?

—Está en la cabaña. Pasa casi todas las horas del día allí metida. Está embarazada.

—Enhorabuena muchacho, eso hay que celebrarlo.

—Lo celebraremos cuando nazca el niño. Está siendo un embarazo complicado. Ha sangrado en dos ocasiones y está débil.

—Maldita sea —maldijo el hombre—. Espero de todo corazón que ese niño nazca fuerte y hermoso como su madre. Nosotros nos volvemos enseguida, queremos aprovechar la noche para navegar sin ser vistos. ¿Qué habéis decidido vosotros?

—Nos vamos con usted, capitán. María necesita cuidados médicos y aquí, en la isla, ni siquiera las raíces le ayudan.

—¿Volveréis a Sevilla? Dicen que la peste ha desaparecido de sus calles.

—No, queremos ir a Madrid, a la capital.

Murdock se atusó la barba pensativo.

—Haremos una cosa. Os dejaremos en el muelle de Valencia. Es el puerto marítimo más cercano a la capital.

María salió de la cabaña en ese momento. Su rostro serio se encendió al ver al capitán. Arrastrando los pies se acercó a ellos. Murdock sintió la reconfortante incomodidad cuando ella le abrazó. Después de contarle los planes de ir a Valencia, un brillo de alegría y esperanza se instaló en sus ojos.

Alexander reunió al grupo al lado de la laguna. Todos eran conscientes de la situación delicada de María y del riesgo que corrían ella y el niño si daba a luz en la isla. Ninguno quiso unirse a ellos para volver a España. Después de vivir en las chabolas de Sevilla, allí tenían todo lo que podían necesitar. Zacarías se acercó a Alexander y le abrazó, agradeciéndole lo que había hecho por él. Andrés y Teresa no pudieron aguantar las lágrimas y el pequeño Pedro se agarró a su pierna con fuerza. La despedida fue triste, pero necesaria.

Lo único que llevaron consigo fue: un saco de raíces, un recipiente de resina, un saco de ropa con el libro en su interior, la caja con las semillas recubierta de cera y la daga que encontró junto al tesoro. Justo antes de ponerse en marcha hacia la playa, la anciana madre se acercó a María y le susurró al oído:

—No olvides lo que te dije. Protege al niño con tu vida. No te fíes de nadie, ni siquiera de los que más te quieren.

—¿Qué te ha dicho la anciana? —le preguntó Alexander cuando subieron a la barca que les llevaría al Fast Arrow.

—Nada, me ha deseado suerte con el parto —mintió ella pensativa.

Cuando perdieron de vista la playa y a todos sus habitantes despidiéndose, Alexander sintió una sensación de vacío que le arañó el corazón.

29 de marzo de 2019

Después de comprar otra escalera se dirigieron a la casa de Cuenca. Fernando se acomodó en la parte de atrás del todoterreno de Emily. Al dolor de la mano se le sumó la sensación de tener el pie sumergido en un riachuelo de agua helada. El muñón de la otra pierna corría igual suerte. Antes de salir de casa de Patricia, se tomó un paracetamol y parecía que los efectos empezaban a entonarle. Los tímido rayos del sol que templaba el ambiente, le incidían directos en la cara y la sensación le reconfortaba. Las mujeres mantenían una conversación. No entendía lo que decían, pero el rumor de las voces y el calorcito primaveral le invitaban a cerrar los ojos. Poco después de pasar Villarejo de Salvanés, cayó dormido. Parecía que acababa de cerrar los párpados, cuando sintió un leve zarandeo.

—Fernando.

Después de notar la segunda sacudida, abrió los ojos. Lo primero que vio fue la cara sonriente de Patricia a escasos centímetros de la suya.

—Te has quedado frito.

—Joder, ni me he enterado —respondió correspondiéndola con otra sonrisa.

Salió del coche. Después de la pequeña siesta, se encontraba algo mejor. Emily sacaba las palas, el pico y la escalera del maletero. El coche se quedó en el lugar exacto donde lo encontraron el día anterior. Él cogió la escalera; aunque era de aluminio, le pesaba como si fuera de plomo. Caminaron alejados de la calzada para evitar ser vistos por algún coche que pasara. La casa estaba despejada. A la luz del día no intimidaba tanto. Entraron, extendió la escalera con cuidado de no rozarse la mano y la apoyó en el mismo lugar que lo hizo con la otra.

—Es mejor que no subamos todos—propuso él—. Ya hemos tenido demasiados sustos.

La mujeres, conformes, asintieron.

A las dificultades que le ponía la prótesis para subir, se le sumó el dolor de la mano y la sensación de haber pillado un resfriado de los gordos. Cada vez que rozaba la herida, tenía que parar durante unos instantes y tragar saliva para evitar gritar. Tanteando en cada paso, llegó hasta la habitación que daba a la parte trasera. La trampilla por la que bajaron estaba cerrada y clavada al bastidor de madera en el que se apoyaba.

—¡Hijos de puta! —se dijo para sí mismo en voz baja.

Bajó y se reunió de nuevo con la bióloga y la mujer pelirroja confirmándoles lo que ya sabían. Solo de pensar en volver a entrar al

laberinto subterráneo de las galerías, se le agudizaba el mal cuerpo. Tuvo que respirar hondo varias veces para evitar echar lo poco que tenía en el estómago. Los matorrales se habían adueñado del terreno posterior de las ruinas. No levantaban más que la altura de sus cinturas, pero sus pinchos y su frondosidad dificultaban adentrarse a través de ellos. Las pequeñas flores lilas que tenían mostraban la parte más amable de los setos. Llegaron a la entrada con más de un arañazo. El olor que emanaba del profundo agujero le revolvió del todo el estómago y se giró para vomitar. Echó lo único que conservaba en el estómago: agua.

—¿Estás bien? —le preguntó Patricia que empezaba a preocuparse.

Él hizo un gesto con la mano mientras asentía con la cabeza. En ese momento salió una rata de entre los arbustos. Apoyada sobre sus dos patas traseras y exhibiendo sus dos incisivos amarillentos, se mostraba amenazante. Emily reaccionó rápido y sacó del bolso el objeto plano y redondo, activó el pulsador y se encendió una luz verde. La rata emitió un chirriante sonido y se lanzó por el agujero.

—Vamos, porque como me lo piense un poco, no entro —aseguró Patricia.

La primera que bajó fue Emily, con el repelente de roedores activado. La siguió Patricia y por último, Fernando. Encendieron las linternas y se dirigieron a su destino. Los estrechos pasillos mantenían el mismo hedor y la misma densidad atmosférica. Con paso decidido, la mujer pelirroja se dirigió hacia la sala de los cuadros. A pesar de no haber rastro de los diabólicos animales, Fernando se giraba cada tres o cuatro pasos para enfocar su retaguardia, intranquilo. La sensación de que en los oscuros recovecos, una multitud de pequeños ojos rojos les observaban para atacar, dificultaba aun más la respiración. Antes de entrar en la sala subterránea, Emily se paró unos segundos en la puerta, parecía que se estaba mentalizando para lo que iban a hacer. Después entró. El foco de la linterna alumbró varios cadáveres peludos. La visión de las partes devoradas de los animales hizo que Fernando cerrara los ojos intentando controlar la avalancha de vómitos que amenazaban con volver a doblarle sobre sí mismo. El saco de las raíces estaba roído y vacío. La resina del recipiente también había desaparecido. Subieron a la estancia superior. Los padres de Emily seguían en la misma posición, fundidos en un abrazo eterno. A un lado de la sala se podían ver los restos de la estantería, los libros, el escritorio y la silla. La mujer pelirroja se acercó y pasó su mano por el rostro seco de la mujer. Después hizo lo mismo con el del hombre.

—Cuanto antes lo hagamos será mejor para todos —apremió Patricia posando su mano sobre el hombro de la mujer; estaba deseando acabar para salir de allí.

—¿Dónde quieres enterrarlos? —preguntó Fernando.

—Buscaremos un sitio escondido donde sea difícil encontrarlos —respondió ella incorporándose.

—Si no os importa, yo llevaré las palas y el pico. Se me ha infectado la herida y cada vez que rozo algo veo las estrellas.

—A ver —solicitó la bióloga.

La luz de la linterna dejó a la vista la carne roja e inflamada de su mano. Un líquido denso y blanquecino supuraba de la herida. Patricia clavó sus ojos en los de Fernando.

—Esto tiene muy mal aspecto. En cuanto volvamos iremos al hospital para que te pongan antibiótico. ¿Puedes seguir? —preguntó con cara de preocupación.

Él, sin decir nada, asintió.

Se pusieron una a cada lado de la pareja. Los restos de la ropas se deshicieron en las manos de Patricia cuando entró en contacto con ellos. El brazo seco que estaba debajo se mantenía rígido, pero daba la sensación de que si lo forzaba, se partiría como una simple rama. Se sorprendió de la facilidad con que los levantaron. La falta de líquidos en sus cuerpos habían aligerado el peso. El primer problema vino al intentar hacerlos pasar por la trampilla. Aunque sus cuerpos estaban secos y ocupaban menos volumen, no cabían. Los volvieron a apoyar en el suelo.

—Hay que intentar separarlos —propuso Patricia.

Durante unos segundos se hizo el silencio.

La cabeza del hombre se apoyaba sobre el hombro de la mujer y ella mantenía la suya sobre la de él. Los finos brazos de la madre de Emily abrazaban la cintura del padre, logrando, de ese modo, permanecer unidos tantos años.

La mujer pelirroja tiró del brazo izquierdo de su madre. Cuando oyó el crujido del brazo al soltarse, Patricia cerró los ojos por un momento. Al repetir la misma operación con el brazo derecho, este no solo crujió, sino que también se partió a la altura del codo. Emily, con el antebrazo en la mano, arrugó el gesto de la cara, expresando tanto dolor como si se lo hubiesen partido a ella.

—Sujétalo un momento, por favor —dijo ofreciendo la seca extremidad a Patricia.

El tacto de la piel tiesa y suave le erizó el vello de la piel. Mientras, Fernando enfocaba con la linterna intentando contener las náuseas.

Después de forzar la rígida posición de los cuerpos, estos se soltaron. Patricia le devolvió el brazo. Era como si se hubiera quitado veinte kilos de encima. En ese momento hubiera dado una fortuna por una pastilla de jabón y agua. Fernando se situó detrás de ellas para iluminar. La luz enfocó por unos segundos el agujero de la parte trasera de la cabeza del hombre. Emily, al verlo, se olvidó de respirar

durante unos segundos. En su cabeza estallaron las imágenes que le faltaban. Pudo ver, como si fuese una película, lo que sucedió aquella noche, justo antes de escapar por las rejas de la ventana. Prefirió guardárselo para ella. No quería dar más detalles macabros a Patricia, solo conseguiría entristecerla más. Con mucho esfuerzo, consiguieron bajar los cuerpos. Arrastrándolos por sus piernas estiradas, que se apoyaban sobre el suelo, se metieron por las galerías. Seguía sin haber rastro de los violentos animales. Al llegar a la intersección, pararon un momento a descansar. Patricia mantenía las manos alejadas de su cuerpo, las sentía secas y sucias. Cuando recobraron las fuerzas necesarias, tomaron el camino de la izquierda. Al fondo volvieron a tomar la gruta de la izquierda. Llegaron a la altura de la sala donde estuvieron acorralados por las ratas. El tablero de la mesa de madera cortaba el acceso.

—¿Y los huesos? —preguntó Emily—. ¿Los enterramos también?

—Esos huesos llevaban allí años cuando vosotros los encontrasteis. No te implicarán en nada si los encuentran.

—¿A quién pertenecerían? No puedo quitármelo de la cabeza —volvió a preguntar.

—Cuando salgamos me llevaré uno. No sabremos a quienes pertenecieron, pero sí cuando murieron.

Fernando llevaba un rato sin hablar, solo se le oía toser.

Siguieron caminando. Llegaron al final de esa galería. Era un espacio circular y cerrado recubierto con los mismos ladrillos que los pasadizos.

—Creo que aquí será un buen lugar para enterrarlos —propuso Emily.

Fernando soltó las palas y el pico en el suelo. Después se desplomó él sin parar de toser.

—Ya queda poco, enseguida acabamos —dijo Patricia intentando animarle.

Apoyaron los cuerpos en la pared. El brazo roto quedó sobre el cuerpo al que pertenecía. La chica pelirroja, sin perder más tiempo, cogió el pico y golpeó con fuerza el suelo. Allí dentro el terreno tenía cierta humedad y no le costó demasiado ir profundizando. Patricia, a su vez, sacaba material con la pala. Fernando, desde el suelo, enfocaba. Al rato, extenuadas, pararon a descansar. No deberían cavar mucho más para que cupieran con holgura los cuerpos.

—Venga, terminemos con esto —sentenció la bióloga cogiendo el pico.

La herramienta rebotó en el primer golpe que asestó. Parecía que había algo allí abajo que dificultaba seguir con la tarea.

—Parece que hay una piedra.

Volvió a golpear y esta vez el pico se clavó sobre el obstáculo. Tiró

con fuerza y consiguió sacarlo dejando a la vista un oscuro agujero.

—Pásame la linterna por favor.

Emily se metió en la fosa y alumbró. El brillo de algo dorado les dejó sin habla.

Finales del Invierno de 1650

El bullicio en el puerto de Valencia recordó a Alexander al de Sevilla en su época de esplendor. Multitud de carros esperaban en la dársena para cargar las mercancías que llegaban desde diferentes puntos del mundo. El sol brillaba en una versión más suave que en el islote y su piel lo agradecía. La suave brisa que jugaba con sus rizos le infundió el ánimo que necesitaba.

La vuelta en barco hasta España la pasó junto a María, en el camarote. La muchacha estuvo todo el viaje con ganas de vomitar y sin poder ingerir nada. Él solo salía para comer. Le preocupaba que la pobre no aguantase un viaje tan largo. Le había propuesto quedarse en Valencia hasta que diera a luz y así evitar esfuerzos, pero ella insistió en que sería en Madrid donde traería a su hijo al mundo. Estaba convencida de que en la capital encontraría los mejores médicos que pudieran asistirla.

Volvían a empezar de cero, pero la diferencia era que tenían el tesoro. Su parte seguía guardada en la bodega, en cajas de madera. Bajó del barco acompañado por el capitán. Después de indagar y preguntar a los lugareños, se hicieron con un carro que tenía la zona de carga cubierta por una lona que protegía su interior de las inclemencias del tiempo. El vendedor mostraba reticencias a la hora de facilitarles un animal que tirase del carruaje, pero el brillo del oro le convenció y dejó a un lado los sentimentalismos. Les dio a escoger entre un brioso caballo de pelaje marrón o dos sucias y perezosas mulas grisáceas. Como no tenía ningún interés en llamar la atención, Alexander se decidió por los desgarbados animales. Ya se estaban despidiendo, después de ajustar cuentas, cuando el hombre les preguntó con marcado acento:

—¿Hacia dónde se dirigen?

—Vamos a Madrid —respondió el muchacho.

—¡Collons! Eso está muy lejos. ¿No se os ocurrirá ir solos, verdad?

—Pues esa era nuestra intención —volvió a responder él, extrañado.

—Ni se os ocurra. Los caminos están llenos de vándalos. Os robarán todo lo que llevéis y, si os resistís, os matarán sin dudar.

El muchacho se rascó el cuello. No tenía contemplada esa contingencia.

—¿Y los comerciantes que llevan sus mercancías a Madrid, cómo lo hacen? —preguntó el capitán.

—Todos los lunes, miércoles y viernes, parte del puerto una caravana de carros con las mercancías a distribuir. Hay diferentes rutas. Una de ellas es la de la capital. Van escoltados por un grupo de

soldados. Hay que pagar, pero es la única manera de asegurar que llegarás a salvo a tu destino.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Alexander, a quien la vida en la isla le había hecho perder la referencias diarias.

—Hoy es miércoles —respondió el hombre sonriendo—. Si sois generosos conmigo, yo lo seré con vosotros. Os puedo acompañar y recomendaros para emprender el viaje con ellos.

Los diez reales que puso el capitán sobre la mano del hombre fueron suficientes para que se pusiera a su disposición.

Volvieron al puerto. El valenciano entró al interior de un local, ellos esperaron fuera. Al cabo de unos minutos salió sonriendo.

—Habéis tenido suerte. Han aceptado. Tendréis dos soldados de escolta. A cada uno le deberéis abonar sesenta y cinco reales.

Sin ni siquiera pararse a regatear, aceptaron.

Volvieron al barco y, con ayuda de varios miembros de la tripulación, descargaron las dos cajas de madera cargadas de oro. Alexander ayudó a bajar a María. El tono de piel de la muchacha había perdido su habitual tonalidad y caminaba despacio, sin despegar su mano de su prominente barriga.

Cargaron las cajas y metió el saco con sus ropas. Dentro, entre las prendas de ambos, se ocultaba el libro que le dio Zacarías. Por último metió el saco de las raíces y el recipiente con la resina. En la parte libre de la plataforma de carga, colocaron un colchón de paja con plumillas y varias mantas que bajaron del Fast Arrow. María, con la ayuda de Alexander, subió por las escalerillas de acceso y se acomodó en él. Uno de los soldados alzó la voz y fue organizando los carruajes en función de su destino. Entre el jaleo de la muchedumbre y el acento cerrado del que daba órdenes, el muchacho no se enteraba de nada. El capitán estaba desaparecido. Gracias al vendedor del carro, que no se separaba de ellos, pudo dirigir las mulas para colocarse a la cola de la caravana correcta. Los dos uniformados que les asignaron, montados sobre sus caballos, se colocaron a ambos lados del carruaje. Un simple movimiento de cabeza les sirvió para presentarse. El capitán seguía sin aparecer. No creía que fueran a separarse de ese modo, sin despedirse siquiera. Desde allí no se veía la dársena donde se amarró el barco y entre todas las cabezas no era capaz de distinguir la de Murdock. El movimiento de los carros que encabezaban la caravana le provocó un vacío en el estómago.

—¿El capitán no viene a despedirse? —preguntó María desde el interior del carro.

Él hizo un gesto de extrañeza.

—Parece que no —respondió en tono triste.

—Es raro, a ver si le ha pasado algo.

La semilla de esa duda ya se había sembrado en su cabeza hacía un

rato.

—Tenemos que ponernos en marcha —exigió el soldado de la derecha.

Alexander tragó saliva para aliviar el nudo de su garganta y, con paso cansado, se subió al pescante. Tomó las riendas de las mulas entre sus manos. Volvía a suceder, otra vez se separaba de un ser querido sin un triste abrazo de despedida. Cerró los ojos por un instante y tensó la mandíbula. Una nube de polvo se levantó delante de él.

—Tira —volvió a exigir el mismo soldado.

Alexander le miró y después, resignado, obedeció. A las mulas, perezosas, les costó arrancar. No habían avanzado diez metros cuando le llegó el sonido lejano de la voz del capitán.

—¡Esperad! ¡Esperad un momento!

Tiró con fuerza de las riendas y los animales se detuvieron.

Bajó de un salto del carro y lo rodeó. Murdock, acompañado de John, caminaba rápido hacia ellos abriéndose paso entre el gentío. El segundo de a bordo portaba un carro de mano. El hombre llegó sin aliento.

—Capitán, pensábamos que nos iríamos sin despedirnos —reconoció el muchacho aliviado de poder darle un último abrazo.

—Tranquilo, ya habrá tiempo para eso —respondió dando profundas bocanadas de aire.

—No podemos esperar más —protestó el mismo escolta perdiendo la paciencia .

—Ayúdame a subir el cofre al carro —exigió el capitán.

Cogieron cada uno de un lado de la misteriosa caja y la cargaron junto a las otras. Después metió un saco.

—¡Venga, nos vamos! —exclamó el capitán.

—¿Cómo que nos vamos? —preguntó el muchacho extrañado.

Antes de contestar, el hombre se despidió afectuosamente de John.

—Me voy con vosotros. No puedo dejaros solos con María en este estado, me comería la preocupación.

La muchacha le devolvió una dulce mirada.

Alexander se quedó sin palabras. El único sentimiento que fue capaz de mostrar, fue la leve sonrisa que se dibujó en su rostro. Se acercó al segundo de a bordo y con los ojos refulgentes le dijo:

—Muchas gracias por todo.

—Gracias a ti, Alexander —respondió el hombre con los ojos igual de brillantes.

—Venga, sube —exigió el capitán, que ya estaba sentado en el pescante.

Sin perder más tiempo, subió al carro y se pusieron en marcha.

29 de marzo de 2019

El tamaño del agujero aumentó con el siguiente golpe. Emily cogió una pala y retiró parte de la tierra que cubría el objeto que había golpeado Patricia con el pico. Poco a poco, este se fue haciendo visible.

—Es una caja de madera —afirmó la mujer pelirroja.

—Ven a ver esto —dijo Patricia haciendo un gesto a Fernando para que se acercara.

Él apoyó la mano buena en el suelo y con esfuerzo, consiguió levantarse. La visión de la caja levantó su curiosidad.

El siguiente golpe de pico dejó ver con claridad su contenido. Patricia metió la mano en el agujero y sacó un brazalete dorado.

—¿Es oro? —preguntó sorprendida.

Emily cogió la pieza y la examinó. La superficie presentaba finas y elaboradas tallas desgastadas. El tono dorado carecía de brillo, después se la pasó a Fernando. Este la analizó durante unos segundos y asintió con los ojos muy abiertos.

Patricia volvió a golpear la caja. La madera de la tapa, podrida por el paso de los años, se desprendió con facilidad, dejando al descubierto multitud de joyas doradas. Nadie decía nada, solo se oía la respiración agitada de la bióloga extenuada por el esfuerzo.

—¿Qué hacemos con esto? —rompió el silencio Emily perpleja.

—Esto te pertenece —respondió Patricia—. Si esta caja está aquí, es porque un antepasado tuyo la enterró.

—Apuesto a que fue el hombre que escribió el diario que quemó tu padre —añadió Fernando desde la parte superior de la fosa—. Ahora hay que ver la forma de sacarlo.

—En el coche tengo varias bolsas de viaje, podrían servir.

—Pues venga, no perdamos tiempo —sentenció Patricia.

Volvieron a recorrer las galerías hasta la salida. Los pulmones de Fernando agradecieron el dejar de respirar el aire denso y cargado de allí dentro, aun así, caminaba con dificultad. Cada vez estaba más convencido de que lo que le estaba pasando era debido a algo mucho más serio que un simple resfriado. El hormigueo y la insensibilidad que notaba en la mano le recordó a los que sintió cuando perdió la pierna. La parte buena era que ya no le dolía. Llegaron al coche atravesando de nuevo la zona frondosa de vegetación y, sin perder tiempo, Emily guardó la escalera en el maletero y sacó las dos bolsas de tela negra.

—Yo me quedo aquí. Estoy hecho polvo.

Patricia se acercó y le puso la mano sobre la frente.

—Estás ardiendo. ¿Qué tal la herida?

—He perdido sensibilidad en la mano. Ahora mismo, prácticamente, ni la noto.

La mujer pelirroja abrió la puerta del coche para que entrase.

—Tengo una manta en el maletero, ¿la quieres?

Él asintió sin hablar, encogido.

Ellas volvieron a la carrera al interior de los pasadizos. Llenaron las bolsas, pero al intentar levantarlas se dieron cuenta de que era imposible, pesaban demasiado. Aligeraron la carga a la tercera parte. Aunque les costó, consiguieron salir al exterior con ellas. El sol pegaba y estaban empapadas de sudor. Llegaron al coche, Fernando dormía tumbado en los asientos traseros. Vertieron el contenido sobre la bandeja del maletero. Ver el contenido del tesoro a la luz del día impresionaba mucho más. Había monedas desgastadas en las que apenas se distinguían los grabados, pulseras, anillos, brazaletes... y un sinfín de joyas. Estaban extenuadas, pero no había tiempo que perder. Repitieron la operación y volvieron a descansar unos segundos. El único signo de vida que mostraba Fernando era el movimiento del tórax en cada respiración.

—Venga, terminemos —exigió Patricia, a quien se le notaba la cara de preocupación.

Emily asintió y volvieron a la sala donde, imperturbables, esperaban a ser enterrados sus padres.

Vaciaron la caja. Varios golpes del pico deshicieron los restos de la madera. A Emily le embargaba un sentimiento contradictorio. Estaba excitada por lo que habían sacado del interior de la tierra, pero abatida por lo que iban a enterrar en ella. Patricia la agarró con delicadeza del brazo.

—¿Estás preparada? —le preguntó—. Hay que salir de aquí cuanto antes.

Su única respuesta fue su habitual gesto de rascarse el cuello, luego, arrastró el cuerpo seco de su madre al foso. Patricia se encaminó hacia el del padre que estaba al lado. Antes de que lo tocara, Emily la frenó.

—Déjame, prefiero hacerlo yo.

La bióloga se retiró.

Dejaron sus depósitos de fuerza casi al límite después de rellenar el hueco con la tierra. A golpes, con la parte plana de la pala, alisaron la superficie. Antes de salir de la sala, la mujer pelirroja clavó sus rodillas en el suelo durante unos segundos. Patricia, intranquila, esperó paciente y respetuosa. Cuando la mujer terminó, cogieron las bolsas y salieron. Pasaron frente a la sala de los esqueletos.

—Espera un momento, voy a entrar a por el hueso.

Levantó las piernas para pasar por encima del tablero de la mesa y enfocó el suelo hasta llegar al macabro hallazgo. Su cuerpo se tensó al recordar que estuvieron a punto de perder la vida en esa sala. Todos

los huesos estaban roídos y la masa ósea, muy deteriorada. El corazón le palpitaba en la sien. Con mano temblorosa agarró uno de ellos, pero se le deshizo en las manos. Con cara de asco, se las restregó en los pantalones intentando quitarse los restos que le quedaban. Después salió.

—Es imposible hacer nada con esos huesos, están en muy mal estado —le dijo a Emily.

Las últimas fuerzas las gastaron en subir por la escalera. La luz del sol las deslumbró durante unos segundos. El movimiento de algo vivo a escasos metros de la salida llamó la atención de Patricia.

—Espera un momento.

Retirando con cuidado los amenazantes pinchos, llegó al lugar. Algo que no consiguió ver salio corriendo. Se agachó. Entre los troncos de los matorrales había una especie de fruto verde. Estaba partido en dos. Juntando las partes, el tamaño era similar al de un melón. Tenía la capa superficial dura, impenetrable. El trozo más grande estaba vacío. El otro estaba enganchado en los troncos de los matorrales, con la parte carnosa hacia abajo. Metió la mano entre los pinchos. Uno de ellos le arañó la mano dejando un rasguño rojo. Una mueca de dolor se dibujó en su rostro, pero no se detuvo. Cogió el pedazo y lo levantó. La parte interna estaba intacta pero ennegrecida. Claramente se estaba pudriendo. Entre la masa descompuesta se podían apreciar unas masas más oscuras. Metió dos dedos y sacó una de ellas. Estaba tan sorprendida que se olvidó de respirar durante unos segundos. Giró la cabeza y se fijó en el enorme árbol seco que brotaba entre los arbustos. Un cuervo, apoyado en una de sus retorcidas ramas, la miraba curioso.

Finales del Invierno de 1650

Llevaban casi medio viaje y el aspecto de María era preocupante. En su rostro blanquecino sobresalían los huesos de los pómulos. Pasaba casi todo el tiempo dormida y cada vez que despertaba se le revolvía el estómago del trasiego del carro sobre el abrupto terreno. Alexander no perdía ojo y, en cuanto notaba movimiento, bajaba del pescante, que compartía con el capitán, y se reunía con ella. El estómago de la muchacha solo admitía queso y se alimentaba exclusivamente de ese alimento.

Desde que salieron de Valencia, habían parado en dos pueblos para pasar la noche y abastecerse de comida y agua. El que manejaba el carro de delante, viajaba solo y, a cambio de unos reales, le cedió un hueco a Murdock para dormir. Las noches eran duras. La temperatura bajaba de los cero grados y las mantas no eran suficientes para paliar el frío. Alexander se pegaba mucho a María para transmitirle el calor que salía de su cuerpo. Ni siquiera cuando dormía se desprendía del cuchillo ni de la caja con las semillas.

Los soldados se turnaban haciendo guardia, pendientes de cualquier movimiento sospechoso.

En un principio, la caravana estaba formada por treinta y dos carros. Al segundo día, diez de los carromatos tomaron rumbo sur, dirección a Albacete.

Esa mañana había amanecido despejada. Un tímido sol intentaba templar la temperatura sin llegar a conseguirlo. Al final de esa jornada llegarían a Cuenca.

—¿Qué lleva en la caja, capitán? —preguntó el muchacho.

—Parte del oro que me correspondió —respondió el hombre sacándose la pipa de la boca—. El resto lo tengo a buen recaudo en Inglaterra.

—¿Y qué pasó con el galeón?

—Cuando volvimos a tierras inglesas, nos deshicimos de él en el primer puerto que encontramos.

—Siempre nos sorprendió a María y a mí lo generoso que fue al guardar nuestra parte del tesoro y, encima, volver a la isla después de tanto tiempo.

—No me fue fácil convencer a la tripulación para volver. Todos tenían su parte de lo que encontramos en la isla y no necesitaban volver a pisar un barco, pero cuando a un marinero le salvas la vida, se siente en deuda contigo para siempre. La tripulación te tiene cariño.

María dijo algo que no consiguieron entender. Alexander, de un salto, bajó del carro y se reunió con ella. La muchacha tenía la frente empapada.

—¡Agua! —consiguió decir en un tono difícil de entender.

Él le acercó un vaso de barro para que bebiera y le sostuvo la nuca para mantenerla incorporada. Parte del líquido se vertió sobre su ropa. La muchacha se estremeció. Podía notar el calor que desprendía. Volvió a dejar su cabeza sobre el colchón y la tapó. Ella, sin dejar de tiritar, se encogió sobre sí misma.

—¿Has tomado las raíces? —preguntó él frotándole el cuerpo para que entrase en calor.

—No puedo, me dan asco —respondió ella poniendo una mueca de desagrado.

—Tienes que intentarlo —volvió a insistir.

—¡Alexander, déjame tranquila! —exigió con rotundidad—. Solo quiero dormir.

El muchacho volvió con el capitán. Su gesto de preocupación hablaba por él.

—Está mal, entiende su mal carácter —dijo el hombre, que había oído todo, posando su mano sobre la rodilla del muchacho.

—Si eso es lo de menos. Estoy preocupado —respondió pasando su mano por el rostro—. No quiere tomar las raíces. Estoy deseando llegar a Madrid.

Los soldados que flanqueaban el carro apenas abrían la boca. El mismo que les urgió en Valencia para que comenzaran la marcha decidió intervenir.

—Si tenéis intención de ir a la capital para que tu mujer de a luz allí, olvidaos, no vais a poder entrar.

—¿Y eso a qué es debido? —preguntó Alexander extrañado.

—Después de los brotes de peste en diversos puntos de España, han cerrado sus puertas y no dejan acceder a nadie.

—¿Y las mercancías que se llevan hasta allí? —le interrumpió Murdock.

—Se descargan y se vuelven a cargar en las mismas puertas. Allí se hace el intercambio con los carros que trasportan los productos en el interior de la ciudad.

Alexander sintió un calor interno que contrastaba con la fría temperatura del exterior.

—Contadas veces hacen excepciones —continuó el soldado—. Pero te aseguro que nunca las harán con los andaluces. Y a tu mujer se le nota a la legua que es de Sevilla.

Aquella información lo ponía todo más difícil.

—¿Me permites una recomendación? —preguntó el hombre mirando a los ojos de Alexander.

El muchacho estaba tan perplejo que solo pudo expresarse con un ligero movimiento de cabeza.

—Quedaos en Cuenca. Si podéis pagarlo, dirigíos al hospital de

Santiago Apóstol. Allí hay buenos médicos y la asistirán bien.

—Gracias —consiguió responder con un susurro.

Siguieron en silencio durante un largo tiempo. El capitán no sabía qué decir para aliviar la angustia del muchacho. De pronto le vino a la cabeza la imagen de María instándole para que comiera las raíces en el barco. Gracias a su insistencia, sobrevivió.

—Voy a intentarlo yo, a ver si a mí me hace caso.

Sin esperar contestación, bajó del carro y subió a la zona de carga. La muchacha, encogida sobre sí misma, tiritaba y dormitaba poniendo caras de angustia. Murdock pasó su áspera mano sobre la frente mojada de ella. Los callos de sus dedos no le impidieron sentir el calor que trasmitía. Los párpados de la sevillana se abrieron unos milímetros. Igual que toda ella, sus ojos mostraban debilidad. Giró lo justo la cabeza para mirar al capitán y una ligera sonrisa se dibujó en su boca.

—María, tienes que hacer un esfuerzo —empezó diciendo el hombre, ella volvió a relajar la cabeza—. ¿Te acuerdas de cuando en el barco me insististe para que tomara las raíces?

Un ligero movimiento de cabeza fue lo máximo que sus fuerzas le permitieron.

—Si no hubiera sido por ti, ahora estaría muerto. Así que te lo debo, toma.

Aquellas frases parecía que le habían llegado. Sin parar de tiritar, sacó la mano de debajo de la manta y cogió los dos pedazos que le ofrecía el capitán. Se las metió en la boca y cerró los ojos con fuerza. Cada vez que las masticaba y extraía el amargo jugo, tenía que reprimir una arcada. Cuando escupió la parte sólida, contuvo la respiración durante unos instantes, concentrándose para no echar lo que había tragado. El capitán le ofreció agua. Bebió un trago y respiró hondo.

—Dame un poco de queso para quitarme este sabor, por favor.

Murdock le partió un pedazo y se lo acercó a la boca. Después de comerlo se volvió a tumbar y se quedó dormida.

—Se ha vuelto a dormir —informó el capitán cuando se sentó con Alexander—. Está más tranquila.

—¿Las ha comido? —preguntó el muchacho.

Murdock se limitó a asentir.

Por la tarde bajó la temperatura. La ausencia de viento hacía más tolerable el frío. Cada vez que respiraban, una nubecilla de vapor salía de sus bocas. El áspero roce de la manta que envolvía a Alexander le irritó la cara. Pero él no lo notaba, su cabeza no paraba de pensar en cómo decirle a María que no podrían entrar en Madrid. Un grito en la parte de atrás le sobresaltó, transmitiéndole un latigazo de nervios que le recorrió todo el cuerpo. Saltó del carro y se subió en la parte

trasera. María había perdido el poco tono de color de su rostro. Se sujetaba la tripa y lloraba desconsoladamente.

—¡¿Qué te pasa?! —preguntó él, impotente y sin saber que hacer.

La muchacha retiró la manta que le cubría. Sobre la falda se apreciaba una enorme mancha de sangre. La expresión de la cara de la muchacha transmitía terror. Él retiró las gotas de sudor que corrían por su frente. Su piel estaba fría como la porcelana.

—Toma, bebe agua. —Le temblaba tanto el pulso que parte del líquido se derramó.

María volvió a gritar y, de un manotazo, arrojó el vaso de barro fuera del carro. A continuación se dobló sobre sí misma. Con los dos brazos se sujetaba la parte baja de la tripa. Tenía la mandíbula tensa y los ojos cerrados con fuerza. De un momento a otro, la expresión de su cara se relajó y perdió el conocimiento. El tórax de María subía de forma exagerada cada vez que respiraba. Alexander no podía detener los temblores que sacudían todo su cuerpo. Después de muchos meses, el corrupto olor volvió a inundarle el cerebro. Su estabilidad se desvaneció por unos momentos y tuvo que apoyarse en el lateral del carro para no caer. Las mulas se pararon, y apareció Murdock.

—¡Alexander! ¡Alexander! ¿Estás bien? —preguntó el hombre gritando al ver que el muchacho se balanceaba de un lado a otro.

La voz del capitán logró sacarle de su abstracción, el olor desapareció y recuperó el equilibrio. Giró la cabeza y se quedó mirando a Murdock durante unos instantes.

—Ha vuelto a sangrar. Hay que llevarla al hospital de Cuenca.

—Vale, tú quédate con ella. Yo se lo haré saber a los soldados.

Al rato, María respiraba con más calma, pero su frente seguía tan fría como el acero. Deliraba en sueños y balbuceaba frases inconexas sin sentido. El olor a humo anticipaba la cercanía de la ciudad. La noche se comió el color y la luna lo pintó todo en blanco y negro. El resto de los carros de la caravana quedaron en los límites de la ciudad. Como pasaba en Sevilla, Cuenca estaba cercada por un muro. Llegaron a la puerta de Valencia. No había guardias custodiando el acceso. El rodar del carro sobre las adoquinadas calles se hizo incómodo y María, vibrando por el traqueteo, abrió ligeramente los ojos. Alexander le acarició la cara. Por un lado, sentía alegría de que ella hubiera vuelto en sí, pero por otro, volvía sentir la sensación de que alguien le oprimía con fuerza el pecho al verla tan débil.

—Estamos en Cuenca, María —le informó intentando tranquilizarla —.Vamos al hospital, he hablado con los soldados que nos escoltan y dicen que hay muy buenos médicos.

Ella cerró los ojos un instante, en señal de asentimiento. Sentía tanta debilidad que era incapaz de pronunciar una palabra y mucho menos, mover un músculo.

Después de un rato, el carro paró y cesó por fin la vibración. El capitán apareció.

—Ya hemos llegado —informó el hombre —. Ha entrado uno de los soldados. Tenemos que esperar a ver qué nos dice.

Alexander bajó. La visión del hospital le reconfortó. Se accedía a través de un gran puerta rectangular, iluminada por dos lámparas que brillaban a ambos lados. La fachada, de un color amarillento, tenía multitud de ventanas y, adosada al edificio principal, se alzaba una torre coronada por un campanario. Al poco, salió el escolta con paso rápido.

—He hablado con la encargada de admisión y me ha dicho que ahora mismo no hay ningún médico en el hospital. —Alexander cerró los ojos y soltó un bufido de impotencia—. Tranquilo, que hay más —intentó tranquilizarle el soldado—. Uno de los médicos vive cerca y pueden ir a avisarle, pero para ello hay que pagar los gastos sanitarios y el hospedaje.

—Espera un momento —dijo el capitán caminando hacia el interior del carruaje—. Esto valdrá para cubrir todos los gastos —sentenció cuando volvió a aparecer ofreciéndole una saca llena de monedas.

El soldado volvió a la carrera al interior del sanatorio. Desde allí se le podía ver hablando con una mujer que cogió las monedas. Cuando regresó, la sonrisa de su cara les infundió ánimos a Alexander y al capitán. Una joven salió corriendo por la puerta. Posteriormente, dos enfermeras salieron empujando una camilla de madera que emitía un chirrido desagradable.

—¿Dónde está la embarazada? —preguntó una de ellas.

Sin responder, el muchacho y el capitán bajaron en volandas a María y la depositaron con cuidado en el carro. La mancha de sangre en la falda no pasó desapercibida a las mujeres. Sin despedirse, empujaron la camilla hacia el interior del hospital. Alexander las siguió. En la puerta, la misma mujer que habló con el soldado le dio el alto.

—Solo pueden acceder los enfermos. Las visitas únicamente están permitidas por la mañana.

—¿Pero cómo la voy a dejar sola? —preguntó él alterado.

—Son las normas. Si no está de acuerdo, están a tiempo de volver por donde han venido. —El tono de la mujer era tan tajante que no admitía discusión.

Alexander se resignó y apretando los puños con rabia, dio la vuelta.

—Necesito el nombre y la edad de la embarazada —exigió la mujer sin bajar en ningún instante su tono desagradable.

—Se llama María Cifuentes y tiene diecinueve años.

La mujer apuntó los datos en una libreta y luego cerró la puerta de un golpe.

Con el ánimo por los suelos, se reunió con el resto. Hasta la cara de los soldados mostraba angustia.

—Cerca de aquí —empezó diciendo el único de los escoltas que hablaba—, hay un recinto cerrado donde podéis meter el carro y pasar la noche. También tiene un establo para los animales.

—Yo no me pienso mover de aquí —respondió Alexander negando con la cabeza.

—Podéis hacer lo que queráis, pero nosotros nos volvemos a la caravana y es probable que aquí solos tengáis problemas.

—No estamos solos —dijo Murdock enseñando el pedreñal oculto bajo su abrigo.

—Tener un arma está bien, pero solo podrá realizar un disparo.

El capitán volvió a abrochar su abrigo y se atusó la barba pensativo.

—Quizá tengan razón, Alexander. En cuanto amanezca volveremos. Aquí no podemos hacer nada.

El muchacho dudó unos instantes.

—Allí estaréis protegidos, todos conocen y respetan a los guardas del recinto. Si queréis, os guiaremos.

Un simple movimiento de hombros mostró su conformidad.

Subieron al pescante. El capitán sacudió las riendas para que las mulas se pusieran en movimiento. Una de ellas giró la cabeza incrédula de tener que seguir con la marcha. Después, con resignación, movió sus pezuñas.

Tal y como dijo el soldado, el recinto estaba a escasos novecientos metros del hospital. Un muro de piedra cercaba el perímetro. Pegado a la puerta se asentaba un poblado de chabolas. En torno a una hoguera, varios hombres se calentaban mientra bebían vino y fumaban. Aquella visión le recordó tanto a Alexander a las chabolas de Sevilla, que volvió a tambalearse en el sitio por un momento. Uno de ellos, el que parecía de más edad, al verlos, se acercó con un candil en la mano. El capitán aprovechó para encender uno de los suyos.

—Buenas noches señores. ¿Qué necesitan? —preguntó el hombre con un tono de voz tan ronco que solo de oírle Alexander tuvo que carraspear.

—Buenas noches —se adelantó a hablar el soldado—. Estos dos caballeros necesitan un lugar para guardar el carro y guarecerse durante la noche.

—Pues han venido al lugar correcto. Aquí estaréis tranquilos y vuestras mulas podrán descansar en el establo —aseguró el hombre mientras abría el portón metálico de acceso. El interior era un gran descampado poblado de malas hierbas. Se podían apreciar dos carros. Al lado de uno de ellos brillaban las llamas de un fuego. En torno a él se calentaban un hombre y una mujer—. Pueden dejar el carro donde

deseen.

Asentaron el carruaje alejados de la pareja. Después llevaron las mulas al establo. Otros dos animales pacían tranquilamente. Tras ajustar la tarifa con el guarda, se quedaron solos con los soldados.

—Sentimos tener que dejaros, pero en nuestra labor prima la seguridad del grupo. Debemos volver a la caravana.

—Habéis sido muy generosos con nosotros— reconoció Alexander saliendo de su abstracción—. Esperad un momento.

El muchacho se perdió en el interior del carro, abrió una de las cajas del tesoro y sacó seis joyas de su interior.

—Tomad —dijo mientras se las ofrecía.

Los guardias se miraron la mano sorprendidos. El que siempre hablaba, apretó suavemente el brazo del muchacho.

—Muchas gracias, deseo de todo corazón que tu mujer se recupere y podáis disfrutar juntos del hijo que está por venir.

El otro soldado hizo un gesto con la mano en señal de agradecimiento.

—¿Ni siquiera vas a abrir la boca para despedirte? —le recriminó el capitán.

Al soldado le brillaron los ojos visiblemente.

—Es mudo, le falta la lengua —dijo el otro.

Durante unos momentos todos imitaron el mutismo del escolta. Después, los hombres se montaron en sus caballos y desaparecieron.

Se quedaron solos. Al rato, el mismo hombre de antes, entró con unos trozos de leña y encendió una hoguera, luego volvió a salir del recinto y cerró la puerta. Se sentaron en torno al fuego. Alexander mantenía la mirada perdida entre las llamas mientras el capitán comía unos trozos de chorizo. La temperatura bajó tanto que no les quedó más remedio que entrar en el carro. Se acomodaron como buenamente pudieron. El olor de la manta evocó en Alexander recuerdos de María. Solo deseaba que pasase la noche para volver al hospital. Era curioso, pensó. «Dos cajas llenas de oro no valen nada si te falta lo más importante: la salud». Otra vez la misma posición, la misma oscuridad y la misma sensación de vacío. Lo único que diferenciaba ese momento del que vivió hace años en la cueva de Inglaterra, eran los ronquidos del capitán.

En ocasiones, un chorro de aire helado conseguía colarse y le golpeaba directo en la cara. Ni las mantas ni estar sentado encogido y abrazado a sus piernas conseguían que sus dientes dejasen de castañetear. El roce de algo áspero le erizó toda la piel. Abrió los ojos y miró en derredor. A su derecha, el capitán dormía y cogía aire con fuerza por la boca abierta. Estaban solos. La mano le quemaba. Se la miró, pero no había marcas, ni siquiera una simple mancha roja. Lo único diferente era el olor. «Otra vez», pensó, apoyando la mano en el

suelo para ganar estabilidad. En cuanto su cerebro funcionaba a un ritmo superior al normal, volvía el maldito aroma y la sensación de mareo. Por lo menos esta vez no vio el cuerpo quemado de su madre, pero la sensación de que le habían tocado era tan real, que todavía la sentía. Como era habitual en él, se había quedado dormido sin enterarse.

La luz entraba y le animó. Por fin podría volver con María. Se estiró para desentumecer su dolorida espalda y se metió dos raíces en la boca.

—Capitán —susurró para intentar despertarle.

El hombre ni se inmutó, seguía con su concierto de ronquidos. Esta vez, además de decir su nombre, le zarandeó suavemente del brazo.

—¡Qué pasa! ¡Qué pasa! —Murdock se incorporó violentamente azorado y con los ojos muy abiertos, miraba a su alrededor confundido.

—Tranquilo, no pasa nada. Ya ha amanecido —le informó Alexander intentando que se calmara.

El hombre clavó su mirada en la del muchacho y tras unos instantes relajó el gesto.

—¡Qué susto! Soñaba que estaba en el barco y me avisaban de que nos abordaban.

—Pues relájese que estamos en Cuenca —dijo el muchacho sonriendo—. Me voy al hospital. Es mejor que se quede aquí para tener vigilado el carro.

El hombre asintió dando su conformidad. Alexander cogió varios pedazos de raíz y salió al exterior. Un niebla ligera entorpecía la visión. Desde allí no podía ver los otros carros. Caminó hacia la puerta. El guarda llevaba pasto al establo en una carretilla. Se saludaron. Justo cuando iba a pasar por la puerta, la pareja que estaba sentada en torno al fuego la noche anterior apareció para salir también.

—Buenos días —saludó Alexander cediéndoles el paso.

Ellos le devolvieron el saludo y le agradecieron el gesto. El rostro del hombre denotaba preocupación, el de la mujer, un sentimiento mucho más profundo. Sus ojos rojos y las ojeras delataban el mal momento por el que debían de estar pasando.

La pareja, delante de él, caminaba deprisa y en dirección al hospital. Cuando llegó, la niebla se había disipado y el hombre y la mujer esperaban al lado de la puerta a ser atendidos.

—Hola —volvió a saludar cuando se reunió con ellos.

El hombre se limitó a hacer un gesto con la cabeza. No paraba quieto, su nerviosismo era creciente.

Alexander llamó con la aldaba metálica de la puerta.

—No insista. Hay que esperar a que salgan ellos —le informó la

mujer.

Él se pasó la mano por la cara y resopló intranquilo.

—¿Tienen algún familiar en el hospital? —preguntó a la mujer.

—A nuestro hijo —respondió con los ojos refulgentes.

—¿Qué le sucede?

La mujer tragó saliva. No le salían las palabras.

—Lleva días con fiebre alta. No deja de vomitar y está descompuesto —le informó el padre haciendo un esfuerzo por permanecer quieto—. No come nada. Tiene once años y se está consumiendo.

Alexander se rascó el cuello.

—Escuchad. Es muy importante que estéis atentos a lo que os voy a decir. — Los padres del pequeño cruzaron los brazo a la vez y le miraron expectantes—. Tenéis que conseguir que mastique estas raíces. El sabor es amargo, pero si conseguís que extraiga el jugo y después escupa la parte sólida, os aseguro que mejorará.

El hombre estiró la mano y cogió los pedazos. En ese momento se abrió la puerta. La mujer de la noche anterior salió con la misma cara de desagrado.

—Pasad —dijo dirigiéndose a la pareja.

El hombre, antes de entrar miró a Alexander con gesto de agradecimiento.

—Usted tiene que esperar a que venga el médico. Su mujer está en el pabellón femenino y no puede acceder.

—¿Y cuándo vendrá? —preguntó impaciente.

—No tardará.

La mujer cerró la puerta y él se quedó solo. La sensación de vacío se agravó. A los nervios se le sumaba la rabia hacia aquella mujer desagradable y falta de empatía.

Al rato llegó a la puerta un señor con paso torpe y cansado. Llevaba en la cabeza un sombrero de copa alta y exhibía una espesa y larga barba blanca. Sacó una llave, abrió la puerta y accedió al interior. Al poco, el mismo hombre salió y se presentó como el médico que asistió a María.

—Sígame, por favor —le propuso el galeno.

Pasaron al lado de la desagradable mujer. Alexander ni se dignó a mirarla. Entraron en un despacho.

—Siéntese.

El muchacho obedeció. Sus piernas se movían solas y no sabía donde meter los brazos.

—Su mujer está muy débil —empezó diciendo el hombre. Su barba era tan larga que le llegaba hasta la mesa que tenía delante—. Voy a serle sincero y claro —Alexander cambió de posición en la silla y tragó saliva—. El niño está mal colocado. En un parto convencional,

morirían tanto el pequeño como la madre. Solo hay una solución: una cesárea.

—¿Qué es eso? —consiguió preguntar después de carraspear.

—Hay que abrir la tripa de la madre para sacar por ahí al niño.

La cara de Alexander perdió el color. Tenía la sensación de estar soñando.

—Es una técnica que se ha realizado con éxito en Francia y otros países. El niño sobrevivirá, pero su mujer morirá, no podrá superar la sepsis.

Esta vez no le valió sujetarse. El mareo le sobrevino con tal fuerza que cayó redondo sobre el suelo.

29 de marzo de 2019

Durante el trayecto de vuelta solo se oía la respiración agitada de Fernando, que seguía dormido en los asientos traseros. Emily mantenía la mirada fija en la carretera, sumida en un mar de sentimientos encontrados. Patricia todavía seguía impresionada por el hallazgo. En cierto modo, lo que había encontrado, quizá, también podía ser un tesoro. Estaba ansiosa por sentarse frente a su microscopio y echar un vistazo a las bolitas del extraño fruto que encontró bajo los arbustos. Eran idénticas a la semilla de la pequeña caja de madera. Se giró para mirar a Fernando. El pobre tenía la frente bañada por multitud de pequeñas gotas de sudor y bajo los ojos mostraba una tonalidad oscura que contrastaba con la palidez de su rostro.

—¿Quieres que vayamos al hospital? —preguntó Emily cuando ya quedaba poco para llegar.

—No te preocupes, déjanos en mi casa. Me cambiaré de ropa, mira que pintas llevo —respondió ella. Aunque lo que realmente ansiaba era lavarse las manos.

Cuando aparcaron frente al chalet de Patricia, esta salió del coche, cogió el bolso e intentó despertar a Fernando. Después de insistir en varias ocasiones, él abrió los ojos sobresaltado. Intentó hablar, pero sentía la garganta en carne viva. Se pasó la mano por la frente. El sudor hizo que resbalara. Después resopló mientras se masajeaba las sienes con los dedos.

—Voy a cambiarme un momento de ropa y vamos a ir al hospital —le informó ella mientras le agarraba del brazo para ayudarle a salir.

Con movimientos torpes, Fernando consiguió ponerse en pie. La única parte de su cuerpo que no le dolía era, curiosamente, la mano. Incluso la pierna que le faltaba se quejaba.

—Si queréis os espero y os llevo —insistió Emily.

—No te preocupes, de verdad. En cuanto le pongan antibiótico, mejorará rápido. Tengo tu teléfono, si necesito algo, te llamo.

—De acuerdo. Recupérate pronto.

Él giró la cabeza y se esforzó por mostrar un gesto de agradecimiento.

Entraron en la casa y Fernando se desplomó en el sillón. Empezaba a dudar de si tendría las fuerzas suficientes para volver a levantarse. Enseguida apareció Patricia con ropa limpia.

—Vamos —dijo volviendo a sujetarle del brazo para ayudarle a levantarse.

Sus células le exigían más oxígeno del que les podía proporcionar sus pulmones. A cada paso que daba le temblaba la pierna. Su cerebro

parecía rebotar en el interior de su cabeza y no era capaz de enfocar con claridad.

De camino al Hospital del Sureste de Arganda, se volvió a quedar dormido. Patricia percibía el calor que desprendía él de su cuerpo. Entraron por urgencias. Ella se acreditó como personal del hospital; de esa manera se agilizaría algo el proceso. Fernando ya había agotado toda su reserva de fuerza y era incapaz de dar un paso más. Le sentaron en una silla de ruedas. Simplemente mantener la cabeza erguida era un logro. Después de unos minutos de espera pasaron a triaje. Patricia explicó lo que le sucedía a Fernando; la enfermera le tomó la temperatura y endureció el gesto al ver el valor tan alto que marcaba el termómetro. A continuación, pasaron a la sala de espera. Patricia resopló, había demasiada gente esperando.

Poco más de cinco minutos después, les avisaron por megafonía para que pasaran a la sala dos. La cara de la doctora le resultaba familiar a Patricia. Seguramente habrían coincidido en la cafetería o por los pasillos en más de una ocasión. El movimiento violento y continuo del tórax de Fernando no pasó desapercibido a la médico que, sin esperar a que le dieran más datos, se levantó y colocó su fonendoscopio en la espalda del enfermo. Los ojos de la mujer se abrieron más de lo normal mientras miraba un punto fijo.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Ha empezado hoy. Esta mañana tenía mala cara pero, según ha ido transcurriendo el día, ha empeorado.

—No tiene murmullo vesicular. Probablemente tenga líquido en los pulmones e infección. Va a ir a un box para que le pongan oxígeno y le saquen sangre. —La mujer se sentó frente a su ordenador y puso su mano sobre la boca mientras leía en él—. Pone que le mordió una rata. ¿Cuándo fue eso?

—Ayer. Estuvimos en un sótano y a mí también me mordió una — dijo Patricia enseñando la herida que le quedó. La mujer se quitó las gafas y observó la marca.

—¿La misma rata?

—No, fue otra diferente. El lugar estaba plagado de ellas.

La doctora tecleó algo en el ordenador.

—Le haremos análisis también a usted por si acaso.

La mujer se volvió a levantar y cogió la mano de Fernando. La extremidad estaba fría e inflamada. La tonalidad rojiza de la herida había cedido el paso a un tono más oscuro.

—No me gusta nada el aspecto, está infectada. —El gesto de la doctora expresaba algo más que preocupación—. Esperen un momento en el pasillo, por favor.

Patricia asintió y empujó la silla fuera de la sala. Fernando seguía sin reaccionar. El peso de su cabeza hacía que continuamente se le

venciera hacia delante. Ella, con cuidado, se la volvía a colocar erguida. El enfermero, que estaba en el interior de la sala con la doctora, salió. La mascarilla que tapaba su boca encendió una alarma en la cabeza de la bióloga.

—Tome, póngasela —exigió el sanitario ofreciéndole una a ella. Después le puso otra a Fernando y empujó la silla de ruedas hasta el box.

—Si casi no puede respirar —se quejó ella al ver que Fernando respiraba con dificultad.

—Lo sé, pero hasta que no se sepa con exactitud qué es lo que tiene, tendrá que llevarla. Ahora mismo vuelvo para los análisis.

Patricia se sentó en una de los dos sillas que había. Intranquila, se volvió a levantar. Estaba tan tensa que cuando la puerta se volvió a abrir, dio un respingo.

—Ya estoy aquí —anunció el enfermero que llevaba una bandeja de cartón gris con tubos transparentes y una mascarilla para el oxígeno.

Ella se volvió a sentar. El sanitario le puso la mascara a Fernando y giró la llave de la bombona de gas. El tórax dejó de elevarse tan violentamente. Después le sacó tres tubos de sangre a cada uno y volvió a salir. No sabía si allí dentro hacía mucho calor o eran los nervios los que la tenían sofocada. Metió la mano en el bolso en busca de un clínex para secarse el sudor. Su mano hizo contacto con algo rugoso y alargado. Sin recordar de qué se trataba, lo sacó. «Joder, con todo el jaleo me había olvidado de esto», pensó al ver la raíz que se guardó en la sala subterránea. Le vino a la cabeza la sensación de elevación física y psicológica que les causó cuando las tomaron, eso le aportó un rayo de esperanza. Iba a partir dos pedazos, cuando la puerta se volvió a abrir. En este caso era un auxiliar.

—Buenas, me llevo a Fernando un momento. Vamos a rayos, van a hacerle una placa de tórax.

Ella se levantó.

—Usted tiene que esperar aquí. Órdenes del médico.

El muchacho colocó la pequeña bombona de oxígeno en el soporte que tenía la silla de ruedas para su transporte, y, sin dar tiempo a que Patricia rechistase, salió.

Ella volvió a guardar la raíz y sacó el pañuelo para secarse. Intentó concentrarse en el móvil para distraerse, pero no podía mantenerse quieta en el sitio. Por la reacción de la doctora, parecía que Fernando estaba más grave de lo que ella suponía. Al rato volvió a mirar el móvil, ya había pasado más de una hora desde que se lo llevaron a rayos. Volvió a saltar en el sitio cuando la puerta se abrió. La misma doctora de antes entró con una carpeta en la mano. Su nariz y boca también se mantenían tapadas.

—Ya tengo los resultados de los análisis —dijo manteniéndose a

distancia. Patricia se levantó, pero la médico le hizo un gesto para que se mantuviera en el sitio—. Los suyos están bien, no hay nada que llame la atención. Sin embargo, en los de Fernando hay varias cosas preocupantes. En primer lugar, la placa confirma lo que pensaba: tiene neumonía. Y en la sangre se puede apreciar la formación de anticuerpos, por lo que nos hace pensar que probablemente tenga un virus. Si dice que ha sido mordido por una rata, el espectro de posibilidades es amplio. —La bióloga había pasado del calor sofocante al frío polar. Sabía de lo que hablaba la doctora. Las llamadas enfermedades zoonóticas que transmiten los animales a los humanos. — No sabemos la capacidad de transmisión, por lo que lo recomendable es trasladarle a un hospital de enfermedades infecciosas para su aislamiento y estudio.

—¿A cuál? —preguntó Patricia en un tono tan bajo que casi fue inaudible.

—Le van a llevar al Carlos III.

—¿Puedo ir con él?

La mujer negó con la cabeza.

—No. Va a estar aislado y hasta que no sepamos qué tipo de virus es y si se trasmite por vía aérea, usted debe encerrarse en su casa y no salir. Cualquier cosa que note deberá hacérnoslo saber por teléfono. — La sensación de irrealidad hacía que escuchara las palabras de la doctora amortiguadas, como si el sonido le llegase ralentizado—. ¿Es usted su mujer?

—No... soy... —después de un par de segundos de silencio, respondió—: Soy una amiga.

—¿Hay alguien más que haya estado en contacto estrecho con Fernando?

—Sí, otra mujer estuvo con nosotros, pero está perfectamente.

—Pues llámela y dígale que se mantenga aislada en una habitación hasta que sepamos algo. También debería avisar a los familiares de la situación. Ahora váyase a casa y no salga; deme su teléfono y le informaré en cuanto sepa algo.

Finales del Invierno de 1650

Un fuerte olor a amoníaco le sacó de la oscuridad en la que se había sumido. Los párpados le pesaban tanto que le parecía que estaban pegados. Cuando consiguió abrirlos, lo primero que vio fue la cara del médico a escasos centímetros.

—¿Está bien? —preguntó el galeno. El aliento caliente del hombre le golpeó en la cara. El fuerte aroma de la sustancia que impregnaba el pañuelo que tenía el médico en su mano camufló el olor a alcohol que salía de su boca.

Alexander asintió, aunque seguía notando la sensación de mareo. Se concentró en contener los vómitos; después, se levantó. Todo a su alrededor le dio vueltas y tuvo que apoyarse en la mesa para no caer. Tragó saliva y respiró hondo.

—Tengo que verla —exigió el muchacho cuando recobró la normalidad.

—Claro, antes de la intervención les dejaré un rato a solas —respondió el hombre—. Ahora está en el pabellón de mujeres y los hombres no pueden acceder. Acompáñeme.

El médico salió del despacho, Alexander le siguió. Todavía le costaba mantener la verticalidad y debía ir apoyándose en la pared. Entraron en una habitación. El único mobiliario eran dos sillas de madera. Un gran ventanal daba hacia la explanada de la entrada.

—Espere aquí, traeré a María y podrán estar solos hasta que tengamos todo preparado.

—¿Será hoy? —preguntó él con miedo.

—Si vuelve a sangrar es probable que mueran los dos. Hay que actuar de inmediato.

Alexander se quedó solo. Cerró los ojos intentando contener las lágrimas, lo último que quería era contagiar su tristeza a María.

El ruido de la camilla acercándose se podía oír con claridad. Un cosquilleo desagradable le recorrió todo el cuerpo. La puerta se abrió y entró una de las enfermeras empujando la camilla en la que reposaba María. Sin decir nada, la mujer salió.

Los ojos de la sevillana hablaban por ella. La palidez de su rostro se había acentuado, e incluso lucía peor aspecto que cuando se reencontraron en las chabolas. Alexander notaba un nudo en la garganta que le impedía hablar.

—Hoy nacerá nuestro hijo —dijo ella con un susurro y mostrando en la boca algo parecido a una sonrisa.

Alexander asintió. Empezaba a pensar que no podría retener las lágrimas por mucho más tiempo.

—Pronto estaremos los tres juntos —aseguró él mientras pasaba su

mano por el rostro gélido de ella.

—Si pasara algo, tienes que prometerme que protegerás a nuestro hijo con tu vida.

—¿Acaso lo dudas, María? Tranquila, seguro que todo saldrá bien. Ahora tienes que poner de tu parte y comer esto. —El muchacho sacó los trozos de raíz y se los ofreció. María giró la cabeza con cara de asco—. Sé que el sabor es desagradable, pero tienes que esforzarte.

La cara de congoja de Alexander consiguió enternecer a la muchacha. Esta cerró los ojos y se los metió en la boca respirando profundamente para contener la angustia que le generaban. Después de un rato de masticarlas, escupió lo sobrante. La blancura de su rostro no desapareció, pero sus párpados se abrieron en toda su amplitud. El brillo de sus ojos le evocó a Alexander recuerdos de la chica segura de sí misma y decidida que conoció en Sevilla.

La puerta se abrió, la misma enfermera de antes entró a la habitación.

—Se tienen que despedir, ya está todo preparado.

María estiró la mano y asió con fuerza la del muchacho. Ninguno de los dos habló, solo con la mirada se dijeron todo.

La imagen de la camilla de madera alejándose se le clavó en su mente. Le temblaban las piernas y le dolía la cabeza de forma brutal. Le daba la impresión de que le estallaría dejando todo su cerebro repartido por las paredes que le rodeaban.

—No puede estar aquí —oyó que le decían por detrás. Se giró y se topó de frente con la señora desagradable de la puerta—. Hasta mañana no puede volver.

Tuvo que hacer un ejercicio de contención para no contestar de malos modos. Era mejor no enturbiar las cosas.

Cuando se reunió con Murdock, le puso al corriente de todo. La preocupación del capitán se reflejó en sus ojos. Alexander pasó el resto de la mañana ausente. El dolor de cabeza no desaparecía y, aunque hacía frío, él no lo sentía.

—¿No comes? —preguntó Murdock cuando él se dispuso a hacerlo.

Alexander negó con la cabeza, sabía que si lo hacía, lo devolvería todo.

Al rato entraron por la puerta del recinto los padres del niño. Se dirigieron directamente hacia él. Sus rostros habían perdido parte de la tensión que mostraban por la mañana.

—Está mejor —dijo el padre—. Le ha bajado la temperatura.

—Seguro que se recuperará —afirmó él—. ¿Tenéis miel?

A la pareja le costó asimilar la pregunta.

—No —respondió la mujer—. Tenemos azúcar, ¿te vale?

A Alexander también le costó reaccionar, estaba claro que ninguno de los tres había descansado lo suficiente en los últimos días.

—Sí, por favor. Voy a preparar una infusión con las raíces. Si el pequeño la toma durante varios días, pronto lo tendréis con vosotros.

Después de pedir algo de leña al guarda, hizo una hoguera y calentó, en una cacerola de cobre, agua, raíces, una pizca de resina y, en esta ocasión, azúcar para endulzar. El líquido resultante lo guardó en un jarrón.

El resto del día, Alexander siguió abstraído y sin poder borrar de su cabeza el momento en el que se llevaron a María. La incertidumbre le comía por dentro. Por la noche hizo un esfuerzo por cenar algo de queso, pero la angustia se encargaba de cerrarle la garganta y el estómago. Cuando terminó, el capitán y él se acercaron al carro de la pareja con el jarrón. Aunque la noche era fría, seguía sin correr el aire y eso hacía más llevadera la situación.

—Buenas noches —saludaron al llegar.

Los padres del niño hicieron lo propio y los invitaron a sentarse en torno al fuego. Alexander presentó a Murdock y les solicitó un cuenco para darles parte del contenido del jarrón. La mujer se levantó y volvió al rato con un recipiente de barro.

—¿Cómo se llama vuestro hijo? —preguntó Alexander.

—Luis, como yo —respondió el padre.

—Tenéis que darle a Luis dos sorbos de este líquido. Recordad, solo dos sorbos. Si tomara más, le haría daño. —Los padres, con la mirada fija en él, escuchaban con atención—. En dos o tres días, vuestro hijo se curará.

La mujer se levantó y lo abrazó sin poder contenerse.

—No sé cómo podremos agradecértelo, de verdad —sollozó ella.

—Tranquila, no hay nada que agradecer —respondió sintiendo cierto alivio a la pesadez que le acompañaba.

—¿Y tú?, ¿a quién tienes en el hospital? —preguntó el padre.

—A mi mujer —respondió con un nudo en la garganta.

Después de contar lo que le sucedía a María, se despidieron.

Las mantas del interior del carro estaban húmedas y, más que calentar, añadían frío a los huesos. Murdock, impasible a las inclemencias del tiempo, volvió a roncar a todo volumen, algo que no benefició a su dolor de cabeza. Esa noche no olió ni sintió nada extraño, pero se mantuvo en un constante duermevela. Cuando, por fin, el día regresó, masticó su ración diaria, cogió el jarrón, agitó su contenido y llenó media taza de barro. Sin esperar a que el capitán despertara, salió del carro y, como si fuera una repetición del día anterior, se volvió a encontrar con el guarda y con los padres de Luis. Ella llevaba en la mano un vaso de barro similar al suyo. La cara de esperanza de la pareja le levantó el ánimo. Esta vez, cuando se abrió la puerta del hospital, salió la desagradable mujer acompañada del médico de la barba blanca. Los padres se fueron con ella por un lado y

Alexander con el galeno, por otro. Cuando entraron al despacho, el muchacho se sentó con miedo. No se atrevía a preguntar.

—Enhorabuena —dijo el hombre escondiendo su sonrisa detrás de la barba —. Ha tenido una hija preciosa.

La cara de Alexander se encendió.

—¿Y María, cómo está? —consiguió preguntar después de asimilar la buena noticia.

La cara del médico cambió.

—María está muy débil. La sedamos durante la intervención con éter pero, sufrió mucho. La buena noticia es que no tiene fiebre. Ninguna mujer ha resistido una cesárea. Hay que esperar a ver su evolución. —Alexander se sentía ligero, saber que María seguía viva era la mejor noticia—. De momento estará en la habitación de ayer, aislada, junto a la pequeña. Vamos.

Aunque el dolor de cabeza era más suave, el mareo volvió a golpearle.

Entraron en la habitación. María descansaba sobre una cama. Respiraba tan ligeramente que parecía que su pecho no se movía. Allí tumbada, en esa posición y con ese tono de piel, daba la impresión de estar muerta. Al lado de la cama había una cuna de madera. La visión de la pequeña le abstrajo de todo lo que le rodeaba. No escuchaba ruidos, no percibía olores y, sobre todo, no veía más que la cara de su hija. La pelusilla que tenía por pelo era rojiza. Dormía plácidamente, ajena a cualquier mal.

Cuando su cabeza comenzó a percibir el resto de las sensaciones exteriores, se percató de que el médico ya no estaba en la habitación. Se sentó en una de las sillas. No podía dejar de mirar a la pequeña. Oyó un ruido y giró la cabeza. María se movió, el gesto de su cara evidenciaba los dolores que sufría. La muchacha abrió los párpados a media altura y, al ver a Alexander a su lado, sonrió. Esta vez no pudo contener las lágrimas. El día anterior, cuando salió del hospital, se fue con la idea de que no la volvería a ver con vida, y el simple hecho de ver sus ojos y su sonrisa, le llenó de felicidad.

—Hemos tenido una hija preciosa —dijo él retirándose las lágrimas que inundaban sus ojos. María asintió—. Toma, bebe un poco, esto te resultará más agradable que las raíces.

La muchacha obedeció y dio un sorbo al líquido que le ofreció Alexander. Después se relamió los labios. Al rato volvió a ofrecerle otro trago, ella, sin rechistar, lo bebió con gusto. El gesto de María se relajó y sus párpados se volvieron a cerrar. Él se volvió a quedar embelesado con su pequeña. La puerta se abrió. El rostro enjuto y desagradable de la mujer de la entrada asomó por ella.

—Se acabó el horario de visitas —anunció en su tono habitual.

Alexander se acercó a María y la besó en la frente. Después salió del

hospital. Casi no le quedaban restos de la sensación de angustia. Por fin la presión en el pecho se relajó, y fue sustituida por un cosquilleo agradable que le recorría la piel.

—¡Alexander! —oyó que alguien le gritaba a sus espaldas. Al girarse vio a los padres de Luis que salían sonrientes.

—¿Qué tal vuestro hijo? —preguntó él cuando ellos llegaron a su altura.

—Hacía días que no hablaba y hoy hemos podido conversar con él —respondió el padre emocionado. Por primera vez se fijó Alexander que la madre de Luis era guapa. La cara de angustia y las ojeras habían empañado su imagen y ahora, que en su rostro se dibujaba una amplia sonrisa, parecía otra.

—¿Qué tal tu mujer? —preguntó la madre agarrándole el brazo con ternura.

—Parece que se está recuperando —respondió él. Sus ojos verdes lucían con más fuerza que nunca—. ¡Hemos tenido una niña! —dijo sintiendo que el cosquilleo sobre su piel se intensificaba.

—¡Enhorabuena! —exclamaron los dos a la vez.

Cuando llegaron al recinto, el capitán todavía tenía cara de sueño y estaba atareado encendiendo una hoguera. La buena noticia iluminó los ojos del hombre. Luis y su mujer fueron a su carro a por alimentos y después volvieron a reunirse con Alexander y Murdock. Las buenas nuevas les abrieron el apetito y los cuatro comieron con ganas.

—¿Y vosotros, dónde vivís? —preguntó el capitán.

—Vivíamos en un pueblo de aquí, de Cuenca. No está lejos, a poco más de diez kilómetros —contestó Luis dando la mano a su mujer—. Sara trabajaba en una casa cercana al pueblo. Se encargaba de la cocina y la limpieza. —Ella cerró los ojos y se pasó la mano por la cara—. Yo lo hacía en el campo hasta que la sequía arrasó con todo el cultivo. Luego vino el hambre y las enfermedades. Si no era la peste era el tifus y si no la viruela... —Luis se calló durante unos instantes con la mirada perdida en el fuego—. Después fue Sara la que se quedó sin trabajo. Los señores de la casa murieron y junto a ellos, su hijo Esteban. Nuestro hijo lo pasó muy mal, eran amigos desde que tenían seis años. Pero las enfermedades no hacen distinciones entre ricos y pobres.

—¿De qué enfermaron? —preguntó Alexander.

—Creo que fue tuberculosis —respondió Sara—. Estuvieron ingresados los tres en este hospital, pero no pudieron hacer nada por ellos. A los pocos días fue cuando enfermó Luis. Empezó con fiebre y vómitos. Como vimos que no se le pasaba, fuimos al Hospital de la Caridad, pero había tantos enfermos que no tenían sitio para atenderle. No nos quedó más remedio que venir al hospital Santiago Apóstol. Entre los gastos médicos y los de meter el carro aquí dentro,

nos hemos quedado sin ahorros.

—¿Y encima, no tenéis trabajo? —preguntó el capitán con gesto serio.

—No tenemos trabajo nosotros ni casi nadie —respondió el hombre —. En cuanto se recupere Luis nos iremos a Toledo, allí tenemos familia y podremos empezar de nuevo.

—¿Y vuestra casa?

—En el pueblo no queda nadie. Casi todos murieron y los que no enfermaron se han ido. ¿Y vosotros, qué haréis cuando salgan tu mujer y tu hija del hospital?

—Dios te oiga, espero que María se recupere —respondió Alexander —. Ella quería ir a vivir a Madrid, pero nos advirtieron de que no hay manera de entrar. Buscaremos un lugar para vivir aquí.

Sara miró a su marido unos instantes buscando la aprobación de lo que iba a decir. El hombre la correspondió con un ligero movimiento de cabeza.

—Hay muchas casa vacías, pero como en la que yo trabajaba, ninguna —aseguró Sara—. Nuestro hijo era muy amigo de Esteban, el hijo de los dueños. Muchas veces Luis venía conmigo a la casa y pasaban horas jugando en las estancias secretas. Cuando murieron, al no tener parientes a quién dejarla en herencia, pasó a las arcas de la Casa Consistorial.

—¿Dónde está esa casa? —preguntó Alexander con curiosidad.

—Está a unos diez kilómetros más o menos —respondió Sara—. Está alejada, pero allí se puede disfrutar de la paz y tranquilidad del campo. Yo todavía tengo las llaves. Si queréis podemos ir a verla y, si os gusta, podéis pasaros por la Casa Consistorial e intentar comprarla.

—Seguro que si negociáis bien la podréis conseguir barata —afirmó Luis.

Alexander pensó que, por lo menos, les serviría de entretenimiento durante la tarde. Se levantó y dijo:

—¿Podremos salir y entrar a la ciudad sin problemas?

—Las puertas no están vigiladas, se puede acceder por ellas libremente.

—Podemos ir ahora y así estaremos de vuelta antes de que oscurezca demasiado —propuso Alexander.

—Voy a por las llaves —dijo la mujer levantándose de un salto.

Salieron los dos carros después de avisar al guarda de que volverían para la noche. La cercanía del río Júcar añadía humedad al ambiente y una ligera niebla les acariciaba el pelo y el rostro. La espesa vegetación le recordaba al muchacho los paisajes en los que salía a cazar y a recolectar raíces en Inglaterra. El trayecto se hizo un poco largo pero, como dijeron Luis y Sara, se respiraba tranquilidad y aire puro. Desde el camino pudieron apreciar la parte superior de la casa.

Del techo, a dos aguas, cubierto por tejas de color oscuro, sobresalía una chimenea. Los animales llegaron a la cumbre de la cima en donde estaba asentada la vivienda. Un muro de piedra caliza, de las mismas características que la roca de la que estaba construida la casa, rodeaba la propiedad. La primera imagen dejó a Alexander impresionado. No solo le gustaba, sino que estaba seguro de que María quedaría fascinada. Sara salió del carro con un candil en la mano, se adelantó y abrió el viejo candado del portón metálico más grande para meter los carros. Luis se quedó al cuidado de ellos. Una gran puerta de madera precedía el paso a la casa. A los lados había dos ventanales con forma de arco. La fachada de la parte superior mostraba otras dos ventanas iguales. Alexander pasó su mano por la superficie de la roca, era fría y rugosa. Sara abrió la puerta. Una bocanada de aire corrupto y estancado salió de su interior. La luz entraba por las ventanas ofreciendo una visión clara del interior. Los muros que separaban las diferentes estancias eran de la misma roca caliza. Alexander seguía sin hablar, el ambiente que le rodeaba le encapsulaba. Tenía la sensación de haber estado ya allí. Subieron por la escalera a la planta superior. Las cuatro alcobas estaban amuebladas con amplias camas y enormes armarios de madera. Parecía que el tiempo se había detenido allí dentro, esperando ansioso a volver a ponerse en marcha en cuanto la casa fuera ocupada. La buhardilla estaba en desuso y no había acceso para subir.

—Ahora os voy a enseñar la parte oculta —dijo Sara con un brillo de misterio en sus ojos—. Yo solo he bajado una vez.

Al escuchar la voz de la mujer, Alexander salió del estado de irrealidad en el que estaba sumido.

La última alcoba a la que accedieron tenía una ventana que daba a la parte trasera de la casa. La claridad del día empezaba a dar paso a las sombras. La cama conservaba las sábanas y la colcha. Un gran armario de madera maciza, sin patas, apoyaba directamente todo su cuerpo sobre el piso. Sara abrió la puerta. Todavía había ropa de niño. Ella cambió el gesto de la cara al verla, después la sacó y la puso encima de la cama. El capitán cogió el candil para iluminar el interior. Sara se agachó y levantó la base de madera del armario que estaba simplemente apoyada. Al ver lo que había debajo, Alexander y Murdock se miraron a los ojos. El capitán sintió como una marea de recuerdos de Conall, su segundo de a bordo, le golpeaban con fuerza. Alexander sintió algo parecido, pero con Zacarías.

29 de marzo de 2019

En cuanto llegó a su casa, a la que fue directa después de salir del hospital, Patricia llamó a Emily y la puso al tanto de las circunstancias. Esta se quedó igual de preocupada y aseguró que se mantendría encerrada en la habitación del hotel hasta que la volviera a llamar. No sabía de qué manera contactar con los familiares de Fernando, en realidad apenas se conocían. Tampoco tenía el móvil, se lo había quedado él en el hospital.

No podía quitarse de la cabeza las palabras de la doctora: métase en su casa y no salga. Había sido contundente y clara; tanto, que su preocupación por Fernando y por ella misma hacía que le costase trabajo pensar. Se desplomó en el sillón, estaba agotada. El ligero dolor de cabeza que presionaba su frente no le gustaba nada. Aunque era más que probable que fuera debido a los días tan intensos que llevaba, cualquier síntoma le producía inquietud. Miró el termómetro que había puesto hacía un rato encima de la mesa y pensó en volver a tomarse la temperatura, pero las tres veces que lo había hecho, en la última media hora, se mantenía imperturbable en los treinta y dos grados. Desechó la idea y se levantó. Se preparó un café con leche, se tomó un paracetamol y subió a la buhardilla donde estaba su pequeño laboratorio. Con ganas se metería en la cama a descansar, pero la imagen de Fernando, sin fuerza para sostener la cabeza erguida, le impedía estarse quieta durante unos minutos. Cogió el trozo del fruto que había encontrado bajo los arbustos y fue sacando cada una de las semillas. Contó dieciséis. Las comparó con la que estaba dentro de la pequeña caja de madera y constató que eran iguales. La misma forma, la misma apariencia superficial y de semejante tamaño. Le recordó a las semillas de una chirimoya. El diario que leyó con Fernando hablaba de los efectos perjudiciales para el cerebro, pero también contaba que producían un efecto reparador mucho más potente que las raíces. Tenía que organizarse y no sabía por dónde empezar. Lo que sí tenía claro era que debía actuar con celeridad, no podía andarse por las ramas estudiando con detenimiento las propiedades de las semillas con el microscopio. Necesitaba hacer pruebas empíricas. Dio un sorbo al café; el calor de la bebida templó su cuerpo y el efecto del analgésico se empezaba a notar. El dolor de cabeza se quedó en un lejano malestar y los engranajes de su cabeza volvieron a girar. Cogió el teléfono móvil y miró la hora. Pasaban de las veintidós treinta. Tras unos segundos de reflexión, concluyó que no era demasiado tarde para llamar. Buscó el número de su amiga y compañera Marta y pulsó la tecla de llamada.

—Patri, que alegría. ¿Qué tal tus mini vacaciones?

«Vacaciones dice», pensó ella arqueando las cejas y sonriendo.

—Bueno... ya te contaré. De momento estoy confinada y no puedo salir de casa.

—¿¡Qué dices!?

—Pues ya ves. Ahora no tengo mucho humor ni ganas de contártelo, pero lo haré.

—¡Joder, me dejas preocupada!

—Tranquila, estoy bien. Te llamaba para pedirte un favor. Necesito lo antes posible dos ratones hembras, dos machos y dos jaulas.

—Sabes que no podemos sacar animales del laboratorio.

—Ya. En la tienda de mascotas de La Gavia los tienen. Iría yo, pero no puedo salir.

—Vale, mañana en cuanto salga del hospital te los llevo.

—Lo necesito antes, por favor. Es muy urgente.

Unos segundos de silencio pusieron nerviosa a Patricia.

—Bueno, si es tan urgente, iré en la hora del desayuno, pero con la condición de que cuando vuelvas me cuentes todo con pelos y señales.

—Tranquila, lo haré.

Después de colgar, se pasó la mano por la frente. Aunque seguía sin mostrar signos de fiebre, se notaba sin energías. Cogió el pedazo de fruto que había encontrado y lo observó durante unos instantes, luego dio unos golpes con él sobre la mesa. La superficie era tan dura como una piedra. «¿Cómo se habrá partido?», se preguntó sin encontrar respuesta. Sin otra cosa que hacer por el momento, se levantó y, arrastrando los pies, se fue a la cama.

Quince días antes,

Cuenca

—¡Joder, la has reventado! Y eso que decías que tenías mala puntería.

—Es la primera vez que atino. —Cándido sentía el retumbar de su corazón en la mano con la que sostenía la escopeta. Era la segunda vez que salía a cazar y una mezcla de poder y remordimientos le embargaba.

"Avispao", el perro que los acompañaba, salió como el cartucho del arma hacia la perdiz.

—Toma, bebe un trago, que hay que celebrar tu primera pieza —dijo Antonio pasándole la bota de vino. Cándido la cogió entre sus manos y bebió orgulloso—. Me da que ha caído detrás del muro, vamos.

Unos metros más adelante, el animal ladraba al muro de piedra que tenía enfrente.

—¡Vaya putada! Ha caído dentro. ¿Entras o entro? —preguntó Antonio mientras acariciaba a "Avispao" para que se calmara.

—Yo ahí no entro. Déjala, ya cogeremos más.

—¡Qué coño! Una pieza es una pieza. Anda, sujeta.

Cándido cogió la escopeta y la bota de vino. Antonio saltó y se quedó colgado de las manos. Después metió los pies en los huecos que dejaban las piedras que formaban el muro y se encaramó sobre él.

—¡Joder cómo está esto! Ya la veo —exclamó desde arriba desapareciendo al otro lado a continuación.

Los pantalones de lona verde que llevaba le protegían de los pinchos de los setos. Varios pájaros, apoyados sobre las ramas de un enorme árbol seco, le miraban curiosos. Cuando estaba a un metro de la perdiz, algo en el suelo le hizo tropezar. Al poner las manos por delante, se clavó varios pinchos.

—¡Su puta madre! —grito limpiándose la sangre en el pantalón.

Bajó la cabeza y algo de la forma de un balón de rugby le llamó la atención. «¿Qué coño es esto?», se preguntó agachándose para cogerlo. La superficie, verde y rugosa, era dura y aunque parecía un melón, pesaba menos. Estiró el brazo y rescató el cuerpo sin vida de la perdiz que yacía sobre uno de los arbustos. Se dio la vuelta y avisó a Cándido para que se retirara. Después, lanzó el extraño fruto y la captura por encima del muro y salió.

—¿Qué es eso? —preguntó Cándido moviendo la cabeza hacia la cosa verde.

—Ni idea. Lo he pisado y casi me mato —contestó él mirándose la herida de la cual ya no salía sangre—. Parece un fruto y está más duro que mi cabeza.

—Hombre, tanto, tanto no creo —bromeó Cándido soltando una risita.

—Aparta. —Cogió una piedra que encontró al lado y la lanzó contra el fruto. La piedra rebotó sin dejar ni una triste marca—. ¡Joder, es duro el cabrón! —Lo cogió y lo lanzó con todas sus fuerzas contra el muro. Después de varios intentos el fruto se rindió y se partió. Antonio se agachó, cogió el trozo más pequeño y miró su interior.

—¿No irás a probarlo? —le preguntó Cándido.

—Lo mismo está bueno. —Sacó su cuchillo y, con la punta, cortó un pequeño pedazo blanco y se lo metió en la boca—. ¡Dios, qué asco, está malísimo! —dijo escupiéndolo. Lanzó el trozo que tenía en la mano al otro lado del muro y, a continuación, hizo lo mismo con el trozo grande. Después dieron un trago de vino y continuaron en busca de nuevas presas.

Finales del Invierno de 1650

La sonrisa que se había instalado en la cara de Alexander reflejaba su estado de ánimo. No se podía creer lo que acababa de hacer. Acariciaba con el pulgar, de su mano izquierda, el sobre blanco que llevaba. Estaban llegando al recinto de los carros y estaba deseando que llegase el día siguiente para enseñárselo a María.

La grandeza en construcción, de la parte alta de la ciudad le dejó fascinado. La catedral gótica, que se alzaba a escasos metros de la Casa Consistorial, disparó los latidos de su corazón. Pero lo que realmente le sorprendió fue la majestuosidad de las casas colgadas. Parecían esculpidas en la misma roca. Los grandes balcones de madera que sobresalían de ellas daban la sensación de ligereza y de que, si se coincidían en ellos varias personas a la vez, caerían por el acantilado al que se asomaban.

Luis, que se ofreció gentilmente a acompañarle, le servía de guía turístico.

Tal y como predijo Sara, la casa de las estancias secretas estaba en venta. El precio ascendía a cuatro mil quinientos reales. La saca de oro que llevaba guardada en el jubón sirvió para cubrir el montante. Un papel impreso con la firma del alcalde de la ciudad, en el que aparecían su nombre y el de María, constituía el justificante de propiedad.

No recordaba haber sentido tanta felicidad desde que salió de Inglaterra. Hasta la temperatura acompañaba y, a tenor del buen humor de Luis, no era el único que parecía estar flotando. No estaba acostumbrado a esa sensación.

La casa, que habían visitado un par de días atrás, le había producido una atracción extraña, como si le hubiera susurrado en tono de súplica que la ocupara. Se había quedado fascinado con las estancias ocultas. Sobre todo la subterránea, donde se encontraba la puerta trabada. De una de las paredes colgaba un cuadro en el que se representaba una batalla naval. Al capitán, al contemplarlo, le brillaron los ojos y, en ese momento, Alexander se dio cuenta del sacrificio que estaba haciendo el hombre al acompañarlos.

María seguía con intensos dolores, pero la ausencia de temperaturas altas era buena señal. El médico no daba crédito de la evolución de la muchacha. Empezaba a pasar más tiempo despierta que somnolienta y bebía la infusión de raíz, cada día, con ganas. La sonrosada cara de Sofía, como se llamaba la pequeña en honor a la madre de María, a ojos de Alexander era clavada a la de Emily, su madre. Pasaba las horas de visita, cuando María dormía, contemplándola embelesado.

El pequeño Luis se había recuperado tanto que ya se podía

incorporar de la cama. Habían desaparecido todos los síntomas de la enfermedad y al día siguiente saldría del hospital.

Cuando llegaron, Murdock mantenía una conversación con el guarda del recinto. Al verlos, el capitán se despidió del hombre y se acercó con una cazuela de barro en sus manos.

—¿Qué lleva ahí, capitán? —le preguntó Alexander sonriente.

—Es morteruelo, me lo ha dado Alfredo, el guarda. Dice que es un manjar. —Luis, que estaba al lado, asintió. —Pero contadme, ¿qué ha sucedido con la casa?

Alexander estiró el brazo y le tendió el sobre. El capitán leyó el contenido de la hoja impresa. Su cara arrugada se llenó de alegría.

—Ya es vuestra, ahora solo falta que María se recupere y podáis ir a vivir allí.

—Hay cuatro habitaciones, estaríamos encantados de que viniera a vivir con nosotros.

El hombre tensó el rostro.

—No sé lo que haré, Alexander. Dejemos que pasen los días y decidiré.

Aquella noche cenaron los cuatro juntos de la cazuela. Alexander y el capitán constataron que el morteruelo era tan delicioso como decía Alfredo. Luis y Sara ya lo habían comprobado infinidad de veces.

Esa noche durmió como un niño. Ni la incomodidad del carro ni los ronquidos de Murdorck perturbaron su descanso. Cuando entraron los primeros rayos de sol, se incorporó de un salto. El capitán dio un ronquido más potente que el resto y luego cambió de postura sin abrir los ojos en ningún momento. Tomó su ración diaria y rellenó la mitad del vaso de barro. La mañana era fresca, pero el cielo azul regalaba claridad a raudales. Los padres de Luis estaban preparándose, como cada mañana, para ir al hospital, pero hoy no era una mañana cualquiera, hoy era el día en el que recuperarían a su hijo y estaban más inquietos que de costumbre.

Se despidieron al entrar en el hospital. El médico se volvió a reunir con él y le expresó su alegría y asombro por la recuperación de María y por lo saludable y tranquila que era Sofía. Él apretaba con fuerza el sobre blanco.

Cuando entró en la habitación, María tenía en sus brazos a Sofía. La pequeña miraba a su madre con sus diminutas esmeraldas. Aquella imagen le anudó la garganta y la saliva que tragó se quedó a medio camino. Era todo tan perfecto que le asustaba. «Nos lo merecemos», se decía continuamente, pero encontrarse el camino tan despejado, cuando estaba acostumbrado a tropezar, le escamaba.

Se acercó. En vez de caminar le daba la sensación de flotar, como si caminase por un río en el que el agua le llegaba por la cintura.

El rostro de María mostraba su tonalidad habitual y, aunque sus

pómulos sobresalían, Alexander la veía más bella que nunca.

—¿Cómo estás? —le preguntó ofreciéndole el vaso de barro.

Ella lo cogió entre sus manos y lo apuró de un trago.

—Mucho mejor. He podido dormir toda la noche —respondió—. ¿Qué llevas ahí?

A Alexander le afloró una sonrisa. Tomó a Sofía entre sus brazos y le pasó el sobre.

La muchacha lo cogió y sacó su contenido. Su boca se movía a la vez que lo leía y sus ojos se abrieron más de lo normal.

—¿Qué es esto? —preguntó encogiendo los hombros.

—He comprado una casa —respondió él atropelladamente—. Te va a encantar, está en pleno campo cómo querías.

Hasta la chiquitina parecía sonreír.

A la alegría que sentía al salir del hospital, se le añadió la de ver, por primera vez, la cara de Luis. El pequeño caminaba con dificultad y su cara reflejaba más años de los que había vivido. Sara agarraba con fuerza su mano.

Esa noche cenaron separados. Luis, Sara y el pequeño lo hicieron mucho antes de lo habitual; querían madrugar para partir hacía Toledo al día siguiente temprano. Alexander, junto al capitán, se acercó para despedirse. Sara no pudo contener la emoción y los abrazó con cariño. El pequeño Luis, de la mano de su padre, sonreía.

—No sé cómo podremos pagaros lo que habéis hecho por nosotros —dijo Luis emocionado—. Nunca os olvidaremos.

—Ya lo habéis hecho. Gracias a vuestra ayuda, encontré la casa. Tomad. —Alexander estiró el brazo y les dio dos largas raíces y una saca similar a la que utilizó por la mañana para pagar la casa. Luis, con mano temblorosa, cogió las dos cosas.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Estas son las raíces que han curado a Luis. Cuando estéis enfermos, masticad dos pedazos y os ayudaran a recuperaros. Lo de la saca os valdrá para empezar de nuevo en Toledo.

El hombre desató el nudo y sus ojos brillaron al ver el interior. Sin decir una palabras, imitó a su mujer y abrazó a los dos. Después, se despidieron para siempre.

30 de marzo de 2019

El primer recuerdo que asaltó a Fernando cuando consiguió abrir los ojos a media altura, fue el de un día en el que, estando de vacaciones con unos amigos en Benidorm, se les ocurrió la brillante idea de hacer una excursión en barco hasta la isla de enfrente. Los sudores fríos y la sensación de mareo que tenía en ese momento, eran comparables a los que experimentó en la pequeña embarcación. Se llevó la mano, con movimiento lento e inseguro, a la frente; la notó húmeda y caliente. Después, la bajó deslizando con la intención de llegar hasta su nariz. Estaba reseca, al igual que su garganta. A la altura del tabique, antes de llegar a los orificios nasales, algo frenó su mano.

—Es mejor que no se mueva mucho.

El sonido le llegó ralentizado, como si las sílabas que formaban cada una de las palabras de la frase, se fueran desfasando por el camino separándose unas de otras. «Es...me...jor...que...no...se...mue...va...mu...cho», había conseguido entender a duras penas. No le fue fácil procesarlo. Parecía que su cerebro, con enviar las órdenes necesarias para seguir viviendo, tuviera suficiente. A la misma velocidad que movió su mano, lo hizo con su cabeza para dirigirla hacia donde venía el sonido. No conseguía enfocar con nitidez, parecía que estaba mirando por la mirilla de la puerta de su casa. La cara distorsionada de una mujer con gafas apareció delante suya. Solo se le veía desde la mitad de la nariz para arriba. Algo tapaba la boca de aquella extraña. De pronto, como si se hubiera apagado la luz al otro lado de la mirilla por la que miraba, se sumergió de nuevo en la oscuridad. En la habitación del interior de su cerebro, intento buscar con urgencia un pulsador de luz pero, por más que palpaba en las diferentes paredes, solo encontraba el tacto áspero del gotelé. Hacía mucho calor allí dentro. «Alguien ha subido la calefacción a tope —pensó desesperado—. Parece que estoy enfrente de una puta chimenea». Le dolía el muñón, por cada paso mental que daba, la cadera le devolvía un fuerte pinchazo. Pero todos esos males se quedaban en nada comparados con el dolor de testículos que le obligaba a caminar como un pingüino. Era como si llevara años sin tocarse el “pajarito” y los tuviera rebosantes. El simple roce del pantalón le torturaba. «Que alguien baje la calefacción», gritó a la oscuridad; pero estaba solo, nadie le oía y lo sabía. Volvió a palpar en busca del pulsador, pero sus movimientos eran lentos y torpes. Algo que le pinchaba en las manos le dificultaba moverse con libertad. Lo único reconfortante de la habitación era el aire fresquito que le entraba por la nariz. No entendía cómo, con aquel calor, era capaz de

respirar esa brisa fresca. El agotamiento pudo con él y desistió. De momento seguiría inmerso en las tinieblas. No temía a la oscuridad, pero le aterrorizaba no volver a encontrar el maldito pulsador. Se acostó en su cama mental y se volvió a dejar mecer por el sube y baja de las olas. «Quizá cuando lleguemos a la isla todo mejore», pensó antes de caer rendido.

Patricia abrió la puerta de su casa. Frente a ella estaban las dos jaulas con los cuatro ratones blancos. Marta las había dejado hacía escasos minutos. Por el telefonillo le informó de que la roja era la que contenía los ratones hembra, y la azul, los macho.

La claridad de la mañana reforzó su ánimo y, sin perder tiempo, las cogió y subió a la buhardilla. Estaba tan excitada y deseosa de empezar, que se le olvidó preparar el café con leche que tenía pensado. Aunque, más que un café, hubiera preferido una copa de vino. Hacía mucho que no sentía esa necesidad y eso le provocó un escalofrío. Ignoró la necesidad de café y se sumergió de lleno en el trabajo. Cada pocos minutos se le iba la vista al móvil. Estaba intranquila por Fernando. Aunque según entró en la cama cayó rendida, había pasado toda la noche soñando con él. En uno de los sueños, Fernando se transformaba en una rata gigante e iba a por ella para intentar comérsela. Gracias a que fue el último sueño y cuando abrió los ojos, sobresaltada, quedaban escasos minutos para que sonara el despertador, porque hubiera sido imposible dormir después de la pesadilla. El dolor de cabeza que le acompañó a la cama, había desaparecido y, aunque al despertar se notaba bien, se tomó la temperatura por precaución. «Joder, no se mueve del treinta y seis con dos —pensó—. A ver si está roto».

La luz cenital que entraba por la claraboya calentaba a los ratones que no paraban quietos. Abrió uno de los cajones del escritorio y sacó un taco de folios, un bolígrafo, un rotulador azul y otro rojo. Tenía que marcar a los ratones para poder identificarlos si los juntaba. Justo antes de abrir la jaula roja, lo pensó mejor. Echó un vistazo a la herida que le hizo la rata y comprobó que se había formado una costra, pero no parecía infectada. No estaba inflamada ni tampoco le dolía. Se levantó y se dirigió al armario donde guardaba la ropa de invierno. Después de abrir varios cajones, encontró lo que buscaba. «No me fío de vosotros», pensó mientras se ponía los guantes de cuero negro. Ya más confiada, abrió la jaula con la base roja. Los ratoncitos, mansos, se dejaban coger. El tacto lejano, a través del guante, y el incesante movimiento del animal aceleró su pulso. La experiencia dentro de las galerías era reciente y había desarrollado una fobia hacia los roedores, mayor de la que ya tenía. Cogió el rotulador y con la boca quito el tapón rojo. Después marcó un puntito sobre la cabeza del animal. A continuación realizó la misma operación con el otro ratón, pero en

este caso fueron dos puntos rojos los que marcó.

—Muy bien, chiquitinas. Ahora os toca a vosotros —dijo cogiendo el rotulador azul para marcar de igual manera a los ratones macho.

Su intención era transmitir a los ratones el virus que había enfermado a Fernando. La única manera que se le ocurría era con la sangre de él. Eso no estaba a su alcance, por lo menos, por ahora. Primero quería comprobar algo. Ella también fue mordida por una de las endiabladas ratas. Aunque no tenía ningún síntoma que hiciera sospechar que estuviera infectada, eso no quería decir que no tuviera el virus. Podía no desarrollar la enfermedad y ser transmisora. Era una posibilidad remota, pero merecía la pena intentarlo. Se levantó y bajó a la cocina. Abrió el armario donde guardaba los aperitivos y sacó una bolsa de pipas. Cuando se volvió a sentar en la silla de la buhardilla, se dio cuenta de que se había olvidado de nuevo del café.

«Bueno, ahora viene la parte delicada», pensó cerrando los ojos durante unos segundos. Peló cuatro pipas y se volvió a mirar la herida. Con decisión, tiró de la costra con los dedos de la otra mano.

—¡Coño! —gritó. Había conseguido su objetivo. Varias gotas de sangre salieron de la zona enrojecida.

Pasó cada una de las pipas peladas sobre la herida y, después de volver a ponerse los guantes, se las fue dando a cada uno de los ratones. Debían de tener hambre porque, más que comerlas, las devoraron.

Estaba tan concentrada que el sonido del teléfono móvil le sobresaltó. No conocía el número. Tragó saliva y pulsó el botón verde. La voz de la doctora Muñoz, la médico de urgencias, le tensó más todavía. «Fernando ha empeorado», fue la primera frase que soltó después de presentarse. El tratamiento con antibiótico no estaba dando resultado y todavía no se sabía si el virus se transmitía por el aire. Después de contestar a una serie de preguntas sobre su estado de salud, colgaron. La doctora le aseguró que volvería a llamar si tenía nuevas noticias. A pesar del calor que entraba por la ventana del techo, tenía las manos heladas. Luchando contra la necesidad de sentir el alcohol en sus venas. Bajó y se preparó el café.

Verano de 1650

Alexander se despertó sobresaltado. A su lado, María y Sofía descansaba ajenas al repugnante olor que cada noche le hacía despertar. El dolor de cabeza empezaba a convertirse en una constante en su día a día. Ni siquiera las raíces le calmaban. La ventana de la habitación estaba abierta, pero no entraba nada de aire. Solo calor, mosquitos y la claridad de la luna. Se sentó en el borde de la cama. El frío suelo refrescó sus pies descalzos. Eso le hizo relajar un poco las ganas de vomitar. No podía creer que ellas no lo olieran. Se masajeó los ojos, intentando aplacar el intenso dolor. Sentía como si una aguja le estuviera pinchando, desde dentro de su cabeza, a la parte interior del ojo derecho.

Un claro sonido se oyó al otro lado de la puerta. En aquella casa, los ruidos eran habituales. La madera de la escalera, de los armarios... crujía emitiendo lamentos imposibles de entender, pero este sonó diferente. Movió la cabeza tan rápido que el pinchazo detrás de su ojo se acentuó. La puerta estaba abierta. Se levantó e, inmediatamente, se tuvo que apoyar en la pared. Parecía como si hubiera dado varias vueltas sobre sí mismo y se hubiera parado de repente. Volvió a sentarse. Giró la cabeza para mirar a María. Dormía ajena a todo. Una fina película de sudor perlaba su frente. Sofía se movió en la cuna al otro lado de la cama. Se mantuvo quieto y aguantando el aliento para evitar que se despertara. Pasados unos instantes, volvió a respirar. La pequeña seguía durmiendo. El mismo sonido de antes le tensó. Se secó el sudor de la frente con la mano y se volvió a incorporar. La sensación de vértigo se había aligerado y pudo caminar descalzo hasta la puerta. Antes de salir giró la cabeza. Tras comprobar que ninguna se movía, salió. El olor se intensificó. Su estómago pedía a gritos echar los restos de la cena pero, a base de dar profundas inspiraciones por la boca, contuvo las náuseas. Continuó por el pasillo iluminado tenuemente por un farol que colgaba en la pared. Llegó a la escalera siguiendo el tufo a carne putrefacta y quemada. Cuando bajaba los escalones, agarrándose con fuerza al pasamanos, la volvió a ver. La figura chamuscada entró al salón. «Sabía que era real», se dijo a sí mismo, recordando cuando vio a su madre la otra vez en Inglaterra. Se había intentado convencer infinidad de veces de que la visión que tuvo al salir de la cueva formó parte de un sueño. Ahora la había vuelto a ver y sobre todo la había vuelto a oler. Terminó de bajar los escalones y se dirigió al salón. Cogió el candil que lucía al lado de la puerta y entró. Emily estaba sentada en una de las sillas. Las ropas intactas cubrían su cuerpo arrugado. La cabeza, desprovista de su cobriza cabellera, estaba arrugada y llena de llagas rojizas y negras. La

cara era deforme y plagada de las mismas lesiones. Alexander se acordó de Zacarías, a diferencia de él, el aspecto de la piel del ser que tenía enfrente era el de acabar de salir del fuego. Se podía apreciar como varias volutas de humo salían continuamente de su cabeza. Lo único que conservaba aquella figura de su madre, aparte de la ropa, era el color, la intensidad y el brillo de los ojos verdes.

—Siéntate cariño.

Al escuchar la voz, toda la tensión y el miedo desaparecieron. En un momento retrocedió hasta los doce años. Volvía a ser un niño y allí estaba su madre para protegerlo. Incluso el pincho que le clavaba en el interior de su ojo parecía que ya no le molestaba. Caminó hasta situarse frente a ella. Dejó el candil sobre la mesa, tomó la silla más cercana y se sentó. La fetidez no desapareció, pero parecía que se estaba acostumbrando.

Arriba, Sofía se volvió a mover, después emitió un breve quejido. María, que dormía en el lado de la cama más próximo a la cuna, abrió los ojos. Se asomó, retiró la tela de seda que cubría la cuna para proteger a la pequeña de los mosquitos, y comprobó que dormía moviendo la boca con el gesto que utilizaba al mamar.

—Parece que ya tienes hambre, chiquitina —le dijo en un susurro. Se llevó la mano a la cicatriz de la tripa. Aunque ya se había curado, todavía le daba la sensación de que se le podía abrir. Giró la cabeza hacia la ventana en busca de algo de brisa nocturna y descubrió que estaba sola en la cama. Extrañada, se levantó y caminó hasta la escalera. Desde arriba escuchó a Alexander. Parecía que hablaba con alguien, aunque la única voz que se oía era la de él. Volvió a tocarse la cicatriz. Bajó sin hacer ruido. Del interior del salón salía el leve resplandor del candil que faltaba al lado de la puerta. Se asomó caminando despacio. Alexander estaba sentado, de espaldas a la puerta, en frente de una silla vacía. Cada poco hablaba respondiendo a alguien que ella no veía.

—¿Alexander, estás bien? —preguntó sin parar de tocarse la cicatriz.

Todo su cuerpo se tensó al ver como él giraba la cabeza bruscamente y le clavaba una mirada cargada de odio.

Alexander, después de ser interrumpido, volvió a mirar a su madre, pero ya no estaba. El ojo volvió a sentir la tortura interna y en ese momento odió a María. «Qué derecho tiene a separarme de nuevo de mi madre», pensó enojado. Se levantó retirando la silla con rabia y su cabeza volvió a quejarse. Ella estaba estática, tocándose la cicatriz de la tripa. Pasó a su lado y, sin hablar, subió y se metió en la cama de la habitación del armario que llevaba a las galerías.

Un mes después de que saliera Luis del hospital, María fue dada de alta. La muchacha caminó arrastrando los pies hasta la salida, donde

estaba Murdock esperándolos con el carro. El médico volvió a mostrar alegría y sorpresa por la milagrosa recuperación de su paciente. La mujer seca y desagradable de admisión ni siquiera se dignó a salir para despedirlos.

La primera vez que el capitán y Sofía se vieron, fue un flechazo mutuo. El hombre se quedó prendado de los pequeños ojos verdes de la recién nacida y ella le correspondía con gorgojeos y sonrisas. La chiquitina se había quedado fascinada con la barba del capitán e intentaba tirar de ella en cuanto se acercaba.

Fueron directos a la casa. Cuando llegaron, María salió del carro y se quedó un rato estática sin hablar. Alexander y el capitán la miraban expectantes.

—¿Te gusta? —se decidió a preguntar por fin el muchacho.

María giró la cabeza en su dirección. El brillo de sus ojos hablaba por ella.

—¿Todo esto es nuestro? —preguntó con la voz quebrada.

Alexander asintió sonriendo.

Sin palabras con las que expresar su alegría, María se acercó y abrazó con fuerza a Alexander; después, repitió el gesto cariñoso con el capitán. El muchacho abrió el candado de la puerta grande con rejas, cogió a las mulas por las riendas y las guió por el camino lateral de la casa hasta el pequeño establo de la parte posterior. Ella le siguió y, al ver la parcela que encerraba el muro de piedra, se llevó las manos a la boca impresionada.

—No me puedo creer que todo esto sea nuestro —repitió con Sofía en sus brazos.

—Normal —dijo él sin para de sonreír—. Mira, aquí podremos plantar un huerto. Solo hay que quitar todos estos arbustos.

Entraron dentro de la casa y María era incapaz de cerrar la boca. Por cada nueva sala que descubría, expresaba un gesto de sorpresa. Hasta la pequeña miraba a todos lados divertida. Cuando bajaron a las salas secretas, sintió frío. Le recordó a las de la isla y pensó que pocas veces bajaría allí.

El capitán se quedó con ellos una semana. Algunas mañanas iba a la ciudad para comprar alimentos y cosas necesarias. Aparte del mercado, descubrió un almacén en el que vendían casi de todo. Pese a la insistencia de Alexander y María para que se quedase con ellos, el hombre decidió que, de momento, hasta que Sofía fuera un poco más mayor y ya no necesitasen de su ayuda, alquilaría una casa en la ciudad. Decía que necesitaba espacio, aunque lo que realmente quería era darle espacio a ellos.

—Me gustaría dejar mi parte del tesoro guardado en la sala subterránea, junto al vuestro —había propuesto el hombre el día antes de irse a su nueva casa.

—Claro, lo que necesite —le respondió Alexander—. Quiero darle algo, acompáñeme.

Bajaron a la sala subterránea donde estaba la puerta trabada. En una esquina estaban las cajas con el oro. Era el mejor sitio de la casa para guardarlas. En la otra esquina, el saco de las raíces con la caja de las semillas y el cuenco de la resina dentro. Murdock llevaba el candil. Alexander se acercó al cuadro.

—Me fijé cuando vinimos con Sara, que le gustó el cuadro. Quiero regalárselo.

Lo descolgó y descubrieron una palanca metálica dentro de una cavidad cuadrada practicada en la pared. En el extremo tenía una cuerda atada que pasaba por un pequeño agujero del lateral del hueco cuadrado. Alexander miró al capitán, este le miró a su vez sin parpadear. El muchacho asió con fuerza la barra y la giró hacia la izquierda. La palanca tiró de la cuerda y un ruido de fricción sonó en el lateral de la puerta. Alexander la empujó, pero no se movió. El capitán se acercó y, acordándose de la puerta de la bodega de su barco, hizo fuerza apoyando las manos sobre la madera, hacia la derecha. La puerta chirrió moviéndose lentamente. Pensaron lo mismo. Parecían las galerías que encontraron debajo de la ermita en la isla. Al igual que allí, Alexander tuvo que apoyarse en una pared para poder mantenerse en pie. El olor a carne quemada le golpeó por sorpresa.

—¡Dios, qué olor! —exclamó arrugando el gesto.

El capitán inspiró fuerte, pero no percibió ningún hedor.

Se adentraron. Alexander rozaba con la cabeza en la parte superior y curva de los pasadizos. Después de girar dos veces a la izquierda, encontraron otra sala. Estaba cerrada por otra puerta corredera de madera pero, en este caso, no había nada que la trabase y se deslizó sin problemas. Dentro de la estancia había una mesa de madera alargada y, al igual que en la primera sala secreta, donde guardó el libro que le dio Zacarías, había planos, manuales y utensilios de dibujo. De la pared del fondo colgaba un armario. Alexander lo abrió. Sobre la base descansaban dos pergaminos enrollados. Estiró el primero que cogió. El capitán, a su lado, alumbraba y respiraba ruidosamente. Las letras impresas nombraban como ingeniero militar a Don Esteban Sánchez Arribas. Estaba firmado por Felipe IV, Rey de España. Lo volvió a depositar y cogió el otro. Era un plano. En la parte superior, en letras mayúsculas ponía: plano subterráneo. Mostraba multitud de pasillos y de salas sin salida. Una línea negra indicaba el camino que llevaba a la salida.

—¿Vamos? —preguntó Alexander. El capitán asintió.

Desanduvieron sus pasos hasta la puerta por la que accedieron a las galerías y siguieron el itinerario que marcaba el plano. Después de un

laberíntico trayecto, llegaron a una escalera metálica anclada en la pared. El muchacho miró hacía arriba. Estaba oscuro. El capitán se acercó y levantó la mano para alumbrar. Se podía ver una tapa circular en lo alto. Alexander empezó a subir. cuando llegó a la parte superior intentó levantarla, pero estaba trabada o pesaba mucho. Se acomodó mejor y empujó más fuerte. La tapa cedió y salió de su alojamiento. Un latigazo de luz le cegó durante unos instantes. Cuando sus pupilas se acostumbraron, hizo otro esfuerzo y retiró la tapa del todo. Salió al exterior. Varios pinchos arañaron su piel enrojecida. Estaba en medio de los arbustos en la parte posterior de la casa.

31 de marzo de 2019

Llevaba un rato dando vueltas en la cama. Estiró la mano para coger el móvil que tenía en la mesita y lo encendió. No recordaba haber salido de la cama un domingo a las cinco de la mañana nunca, pero las palabras de la doctora de urgencias le torturaban dentro de su cabeza. Estaba ansiosa por comprobar el estado de los ratones. Se quedó sentada unos segundos, aunque no tenía sueño, su cuerpo rechazaba abandonar la comodidad de la cama.

Esta vez no se le olvidó prepararse el café con leche caliente. La necesidad de beber alcohol, que se le desató el día anterior, había desaparecido. Subió a la buhardilla y encendió el flexo. El escritorio se inundó de luz blanca. Parecía que de repente había salido el sol; sin embargo, se podía ver la luna a través de la claraboya.

—Buenos días chiquitines, ¿cómo estáis? —preguntó sin esperar respuesta.

Los ratones de la jaula roja, que tenía delante, se movían inquietos, olfateando en busca de algo que comer. Cuando giró la cabeza para comprobar a los de la jaula azul, sintió un cosquilleo que le recorrió todo el cuerpo. Su plan había funcionado, los roedores macho estaban encogidos juntos, en una de las esquinas. Se puso los guantes y metió la mano. Los pequeños no reaccionaron cuando los tocó. Si no fuera por el movimiento constante de sus cuerpos al respirar, hubiera creído que estaban muertos. Había leído que la zoonosis inversa se daba en determinadas enfermedades como la rabia y parecía que con esta, también.

«Desarrollan la enfermedad solo los XY, los XX son portadores», pensó.

—Ahora solo tengo que curaros —dijo quitándose los guantes para dar un sorbo a su café humeante.

Se acordó del trozo de raíz del bolso, pero al venirle a la cabeza el estado de Fernando, se dio cuenta de que no tendría fuerza para masticarlas. Además, el hombre del diario decía que, al cabo de un tiempo, estas habían dejado de hacerle efecto. Tenía que centrarse en las semillas. En el diario leyeron que la sensación de mejora, después de tomarla, era mucho mayor que el producido por las raíces. Lo malo era que también decía que producía efectos adversos en el cerebro; y a tenor de lo que les contó Emily de sus padres, parecía que las consecuencias eran nefastas.

Con una de las semillas en sus manos, bajó a la cocina. Cogió un cuchillo e intentó partirla por la mitad. A punto estuvo de cortarse en un dedo cuando el filo resbaló sobre la superficie. «Joder, pues si que están duras», pensó al observarla de cerca y ver que no había dejado

ni una marca. Desistió de la idea de cortarla y fue a por un martillo de la caja de herramientas. Su marido la dejó allí cuando se fue de casa y hasta entonces no la había abierto. Colocó la semilla encima de la tabla de cocina de madera y la golpeó. El martillazo fue tan impreciso que la bolita negra salió despedida. Rebotó varias veces en el suelo hasta perderse de vista. Después de un rato la encontró. Seguía intacta, empezaba a perder la esperanza de poder partirla. Repitió la operación. Esta vez el golpe fue más certero y la semilla se fracturó en tres pedazos. Escrutó uno de ellos; la parte interna era blanca y dura. La superficie negra que la cubría era fina, de un milímetro de grosor más o menos. No se podía desprender, la parte negra estaba íntimamente unida a la parte blanca del interior. Era como uno de esos caramelos redondos y duros que tienen una capa superficial de diferente color. Subió con los pedazos. Se sentó y los depositó sobre un clínex extendido. Metió la mano, enguantada, en la jaula azul y sacó al ratón que tenía un punto azul en la cabeza. El animal no se movía, pero respiraba. Después lo metió en la jaula roja. Las ratitas seguían a los suyo sin acercarse demasiado a su nuevo compañero. El ratón con dos puntos azules se quedó solo. Seleccionó el pedazo de semilla más pequeño y lo dejó a escasos milímetros del hocico del animal. El roedor levantó un instante la cabeza, abrió sus ojos completamente negros y olfateó pero, sin fuerza para moverse, se quedó de nuevo estático.

—¿Me vas a hacer que te la meta hasta el estómago? —preguntó sin saber cómo actuar.

Después de unos segundos se le ocurrió algo. Se levantó y bajó al baño, abrió el cajón y, tras revolver entre los cepillos y peines, encontró las pinzas de depilar. Subió. La luz del día empezaba a entrar por la ventana inclinada. Sacó el trozo de semilla y lo depositó al lado de los otros. El ratón seguía enrollado sobre sí mismo. «Vamos allá», se dijo para darse ánimos. Volvió a meter la mano enguantada y cogió al ratón de los dos puntos azules. Apretó los carrillos y la boca se abrió dejando a la vista los dos largos y afilados dientes superiores. Con las pinzas en la otra mano, cogió el trozo de semilla de antes y se la introdujo lo más profundo que pudo. Después lo volvió a meter en la jaula azul. La respuesta del animal no se hizo esperar. No habían pasado veinte segundos cuando el pequeño saltó de un espasmo, como si algo o alguien le hubiera asustado. De pronto, su pequeño cuerpo blanco comenzó a convulsionar. Miraba asustado a un lado y a otro. Y después, un espasmo similar al anterior lo dejó tumbado con las patas hacia arriba. Patricia se restregó los ojos, impotente por el espectáculo que acababa de presenciar. Ver cómo se moría el ratón delante de ella le entristeció. Su plan con la semilla no había funcionado. Decepcionada, cogió el bolígrafo que estaba encima de los folios y fue

apuntando cada uno de los pasos que había seguido desde el día anterior. Un sonido le sobresaltó. Algo se había movido en la jaula azul. Al fijar la vista, no pudo reprimir un grito. El ratón de los dos puntos azules la miraba desde el otro lado de los barrotes. Sus ojos, con cierto tono rojizo, transmitían maldad. Incluso parecía sonreír. No sabía si era apreciación suya debido a la sugestión, pero parecía que había aumentado de tamaño.

—No te has muerto, cabrón. Te has vuelto malo.

Se puso el guante y acercó la mano. El bicho se lanzó contra los barrotes intentando morder. Ella la retiró sobrecogida. Incluso dentro del guante tenía la mano helada. «Y ahora qué hago», pensó sin saber cuál debería ser el siguiente paso. La semilla curaba, pero a un precio muy alto. En esas condiciones era mejor morir que convertirse en un monstruo. Dio un trago al café, se había enfriado. En la otra jaula, el ratón con un punto azul en la cabeza seguía encogido. Ahora tenía claro que las ratas de las galerías se comieron las semillas del otro trozo de fruto que encontró vacío. Había encontrado el motivo por el que los roedores atacaban. Teniendo en cuenta que el pedazo hueco era mucho más grande que el que se llevó, calculó que contendría alrededor de cincuenta semillas.

Probó a juntar las jaulas. El ratón contaminado volvió a lanzarse contra los barrotes, los ratones hembra de la otra se alejaron atemorizados.

—Piensa Patricia, piensa —se dijo a sí misma dando golpecitos a la mesa.

No se le ocurría nada. De pronto se acordó de la claridad mental después de comer la raíz. Fue a por ella. Exteriormente tenía cierto brillo, como si estuviera recubierta por una especie de barniz natural que la protegía del exterior. La sustancia era gomosa y flexible. Cortó dos pedazos y se los metió en la boca. Notó como la película superficial se deshacía con la saliva. Eso ya le hizo notar el sabor amargo pero, cuando las masticó, se tuvo que llevar la mano a los labios para no vomitar. Cerró los ojos y siguió mordiendo lo más rápido que pudo. Cuando no pudo sacar más jugo, escupió los restos en un clínex. Se mantuvo concentrada durante unos instantes respirando hondo. Después abrió los ojos. Multitud de olores, que antes no percibía, le llegaron de golpe. Escuchó con claridad la voz de una persona que hablaba por teléfono mientras paseaba al perro. Incluso parecía que veía mejor. Pero lo que más le impresionó fue la velocidad a la que funcionaba su cabeza. Las ideas fluían. Creyó que si seguía así, se desmayaría. Cerró los ojos e intento dominar su desbocado cerebro.

Verano de 1650

A la mañana siguiente de encontrar a Alexander hablando solo en el salón, María, después de dar de mamar a la pequeña, se levantó un tanto desconfiada. Nunca había visto ese odio en los ojos de Alexander, ni siquiera cuando fueron atacados por “El Francés”.

«¿Será sonámbulo?», se preguntaba una y otra vez intentando justificar la extraña escena que vio. Salió de la habitación y caminó despacio con Sofía en sus brazos. La puerta de la habitación donde se metió Alexander estaba entornada. Entró. La cama estaba hecha y la ventana abierta. Se acercó. La cercanía del armario donde estaba escondida la trampilla aumentó su tensión. Sofía lo notó y se revolvió en sus brazos. Miró por la ventana y vio a Alexander atareado limpiando rastrojos en el terreno trasero. Desde allí se le veía como siempre. El sonido de la campana de la puerta de fuera, le sacó de sus pensamientos. Bajó y comprobó que era el capitán el que llamaba. Abrió el portón para carruajes y Murdock metió su carro y su caballo. El muchacho, al oír el ruido de la puerta al abrirse, dejó lo que estaba haciendo. Cuando vio al capitán acceder por el camino lateral de la casa, se le dibujó una sonrisa en la cara.

—¿Ha traído lo que le encargué? —preguntó impaciente.

—Ha costado, pero por fin lo he conseguido —respondió el hombre con su característica voz ronca.

María se reunió con ellos. Alexander endureció el gesto de su cara. Ella se percató. Murdock dejó lo que estaba cogiendo del carro y se acercó a Sofía. La pequeña fue directa a tirar de su barba. El capitán hacía muecas con la cara para hacerla reír.

—A ver si te gusta lo que te he traído, chiquitina —dijo acercándose a su carro.

Sacó una muñeca de trapo. Sofía, al verla, emitió un gorjeo y sonrió. Después, la agarró con su pequeña mano y con la otra intentó arrancar una de las orejas que sobresalían.

—Bueno, nosotras nos metemos dentro —dijo María—, que empieza a hacer calor.

Cuando se quedaron solos, Murdock subió de nuevo a su carro. Lo primero que sacó fue el caballete, después cinco lienzos y por último, los óleos, los pinceles, el carboncillo y la paleta. A Alexander se le ahuecó el estómago. Solo de verlos, su cabeza empezó a funcionar más rápido de lo que podía gestionar. Las imágenes se le juntaban en la cabeza. El Padre Ángel enseñándole a pintar a carboncillo; Daniel contándole las propiedades del círculo cromático... La sensación de evadirse de todo lo que le rodeaba cuando se puso a pintar el cuadro del cesto con las frutas... «Aquel día que me metí en la alcoba de

Daniel a pintar, fue la primera vez que sentí el olor», pensó. Ese recuerdo le acercó de nuevo a su madre. Necesitaba volver a verla, necesitaba volver a sentirse pequeño y protegido a su lado. Habían pasado seis años desde que se la arrancaron de cuajo, una tercera parte de su vida y por fin, había podido estar otra vez junto a ella. «Hasta que apareció María —volvió a pensar—. Está claro que tiene celos».

—¿Te has quedado sin palabras? —le preguntó el hombre.

Alexander salió de sus pensamientos.

—Gracias —se limitó a decir asintiendo.

—Venga, que te ayudo a meterlo en casa.

Subieron todo a la habitación de la trampilla. «Aquí tengo todo lo que necesito —se dijo a sí mismo—. Ahora que tengo a mi madre cerca, no necesito a nadie más». Se restregó el ojo derecho. Empezaba a sentir el maldito pinchazo interno.

El capitán se despidió, él se quedó en la habitación. La atracción había sido tan fuerte, que necesitaba empezar a pintar cuanto antes.

María, que estaba en la cocina, salió a despedirse al oír bajar a Murdock.

—¿Y la pequeña? —preguntó el hombre.

—Está en la cuna, se ha vuelto a dormir —le respondió acompañándolo hasta el carro—. Capitán... —Estaba indecisa, no sabía si contarle lo que sucedió por la noche.

—¿Te pasa algo María?

Ella cerró los ojos por un momento; cuando los abrió, le brillaban. Cogió aire y se lanzó a relatar lo que vivió la noche anterior.

—¿Estaba hablando solo? —La cara del capitán era de absoluta sorpresa.

—Sí. Pienso que creía que tenía a su madre en frente. Pero lo peor fue la cara de odio con la que me miró. Cuando pasó a mi lado, pensé que iba a golpearme —reconoció ella.

—A lo mejor es sonámbulo

—Eso es lo que intento pensar. De todas maneras, quiero que sepa donde está la llave que escondemos. Acompáñeme.

María caminó hasta el establo delante del capitán.

—La escondemos aquí por si un día nos dejamos las llaves dentro. —Sacó una piedra suelta, de la pared interior del establo y le mostró una llave tubular y alargada.

Cuando el capitán se fue, María entró en la casa. Subió las escaleras y vio que la puerta de la habitación, donde se metió Alexander la noche anterior, estaba cerrada. Se aproximó y pegó la oreja. El corazón le palpitó con fuerza. Volvía a hablar solo. Preguntaba y respondía a alguien que ella no oía. Se llevó la mano a la cicatriz de la tripa. No le dolía, pero sí le picaba. Le daba miedo entrar y volver a

encontrarse con la cara de odio de Alexander, pero estaba preocupada, tenía que hablar con él. Empujó la puerta despacio, él estaba sentado en la cama. Su cabeza estaba inclinada ligeramente hacia arriba. Hablaba y reía al aire. «No es sonámbulo. Dios mío, ha perdido la razón», pensó sintiendo un cosquilleo por todo el cuerpo.

—Sí madre, lo que usted diga, yo lo que quiero es estar a su lado. Le prometo que haré todo lo que esté en mi mano para que el cuadro quede lo mejor posible.

María no podía cerrar la boca. En su cabeza se formó la imagen de la anciana madre en la isla, diciéndole que tuviese cuidado con aquellos que más la querían. El cosquilleo de su cuerpo se convirtió en un escalofrío. «Ya hablaré con él en otro momento», se dijo a sí misma.

Sofía, que seguía en la cuna, abrió los ojos. Al descubrir su muñeca de trapo emitió una sonora carcajada. María la oyó y se le cortó la respiración. No era la única que la había escuchado. Alexander giró bruscamente la cabeza en su dirección. Nunca le había visto tan rojo, parecía que si le tocaba la cara se quemaría. Volvió a sentirse intimidada por la maldad de su mirada, era tan intensa que la notó físicamente. Duró solo un momento, después, él se levantó y se acercó a ella.

—Te pido por favor que cuando esté la puerta cerrada, no entres.

María notó que él hacía esfuerzos para esconder su rabia. La arteria del cuello sobresalía amenazando con estallar.

—¿Alexander, qué te pasa? —preguntó con la voz temblorosa—. Estás raro, si hay algo que te preocupa, puedes confiar en mí.

—Son cosas mías, María —respondió sin mirarla a los ojos.

—Las cosa tuyas nos afectan a nosotras. —María notó que su miedo se estaba convirtiendo en irritación—. Después de lo que hemos luchado juntos para conseguir lo que tenemos, no es justo que me trates como lo estás haciendo.

El puño de Alexander se cerró. No le estaba siendo fácil contener la ira. Solo quería cerrar la puerta y pintar. El dolor de su ojo se intensificó.

—Vete. Quiero estar solo.

—No me voy a ir hasta que me cuentes qué te pasa —dijo ella. Sofía volvió a reír.

—Si no te vas tú, te echaré yo —sentenció volviendo a mirarla con odio.

María sintió un dolor intenso, cuando le agarró del brazo. Intentó zafarse, pero solo consiguió que él apretase más fuerte. Después notó como la empujaba hacia atrás. No fue demasiado violento, aunque sí lo suficiente para estar a punto de caer. La puerta se cerró de un golpe. Sofía comenzó a llorar. No se creía lo que estaba pasando.

Parecía otra persona. Se llevó la mano al brazo, todavía sentía la presión. La pequeña aumentó el volumen de sus quejidos. Lo único que le ataba a la realidad era ese llanto. Sin quitarse la mano del brazo, fue a consolarla.

Alexander sentía el fuego en sus venas. Después de dar el portazo, corrió la cama para trabar la puerta. «Así no vendrás a molestarnos». Se giró con miedo de que su madre se hubiera ido pero, antes de mirar, sabía que seguiría allí. El olor ya no le parecía tan desagradable.

—Muy bien hecho, hijo. Estoy orgullosa de ti —le dijo su madre echando humo por la cabeza—. Ahora pinta.

Él sonrió; en breve, nadie más los separaría. Estarían juntos para siempre. Colocó el caballete y apoyó el lienzo. Su cabeza se deshizo de todo lo que le rodeaba. Tomó el carboncillo con su mano izquierda y se puso a trazar líneas.

31 de marzo de 2019

Fernando abrió los ojos. Estaba oscuro. «Como no bajen la calefacción acabaré derritiéndome». Seguía en la habitación en la que era incapaz de encontrar el pulsador de la luz. Se levantó y se dirigió hacia la puerta. Solo caminar le resultaba extenuante. La pierna ortopédica pesaba tanto que tenía que arrastrarla. Se llevó las manos a los testículos, un intenso dolor le hizo cerrar los ojos. «Como sigan creciendo van a explotar dentro de mis pantalones», pensó. El dolor subió hasta la parte baja del estómago. Palpó la madera hasta que tocó la mirilla; después, se asomó. Estaba igual de oscuro que allí dentro. Sin embargo, se escuchaban voces y risas. Parecía como si en aquella habitación hubiera cámaras de visión nocturna y la gente pudiera disfrutar, desde sus casas, de ver cómo se consumía. Bajó el brazo en busca del tirador. Cuando lo cogió se quemó la mano; estaba tan caliente como un metal al rojo vivo. Sentía la mano inflamada y hormigueante. Se acordó de su madre y de pronto le invadió una avalancha de melancolía. Si salía de ésta iría a verla al pueblo, hacía meses que no la visitaba. Se llevó la otra mano a la frente para quitarse el sudor. Volvió a sentir que algo le pinchaba. El aire seguía siendo sorprendentemente fresco. «Si consigo salir de esta habitación —pensó furibundo—, no volveré a ser como antes, me querré más». Después, Patricia se coló en sus pensamientos. Tenía que luchar, tenía que salir de allí. Había alguien esperándole fuera de esa habitación y lucharía para volver a estar a su lado. Pero ahora necesitaba descansar, o corría el riesgo de caer desfallecido en el suelo. Volvió a arrastrar su pie de carne y hueso y el de silicona por el suelo y se derrumbó en la cama mental. «Cuando vuelva a despertar lucharé por salir de aquí, ahora necesito reposar». Sus ojos se cerraron y se sumió en una oscuridad más tenebrosa y densa.

Después de un rato, la explosión sensorial que experientó tras tomar las raíces se relajó. Seguía percibiendo olores que antes no captaba, pero de manera mucho más moderada. Su cerebro empezó a funcionar más despacio. La sensación de tener una lavadora centrifugando dentro de la cabeza desapareció. Aun así, era consciente de que en la azotea de su cuerpo habían desaparecido los nubarrones y lucía una claridad cegadora. Ya no había lugar para la pena ni tampoco para la preocupación, ni siquiera para el diablillo que le susurraba que se tomase una copa de vino. Estaba por encima de todo eso. Era como si se hubiera atascado en un nivel en su vida y ahora hubiera pasado de pantalla. Ni la borrachera más reconfortante era comparable a esa sensación.

«¿Cómo es posible que actúen con tanta rapidez las semillas? —

pensó—. Son duras y lo normal es que no se puedan digerir con facilidad».

El ratón “dos puntos azules” mantenía el hocico pegado a los barrotes, al acecho, esperando su oportunidad de atacar. “Un punto azul” seguía acurrucado sin moverse. Las “puntos rojos” no paraban quietas.

Recordó haber leído que, en una isla del pacífico, muchos de sus habitantes deliraban y oían voces. Algunos, incluso, habían perdido por completo las capacidades mentales. Los americanos se interesaron por lo que allí ocurría y enviaron un equipo de científicos que se encargaría de estudiar el modo de vida de los isleños. Después de varios días dieron con las culpables. En su dieta habitual estaban incluidas las tortitas. Utilizaban harina preparada con semillas de cicas: un tipo de palmera común en la zona. Estudiaron las semillas en un laboratorio y detectaron que contenían elevadas cantidades de beta-metil-amino-L-alanina(BMAA): un aminoácido que actúa como neurotoxina, que causa efectos adversos en la función del tejido del cerebro. Las semillas que tenía delante debían tener un componente similar, pero mucho más potente. De repente le estalló una idea en la cabeza. Bajó y llenó un vaso de agua; después, subió e introdujo una de las semillas. Aparte de parecer más grande, no pasaba nada. Se llevó la mano al mentón, pensativa. Después de varios segundos, sus ojos brillaron y una ligera sonrisa iluminó su cara. Abrió el armario donde guardaba los reactivos y cogió un bote de ácido clorhídrico, el mismo que utiliza el estómago para facilitar la digestión. Vació el vaso de agua y, con la semilla dentro, echó la cantidad suficiente de ácido para cubrirla. Al instante empezaron a salir burbujas. La parte negra se estaba deshaciendo. Si no hacía nada, toda la semilla desaparecería delante de sus ojos. La capa superficial se desintegró y afloró la parte blanca interior. El burbujeo seguía. En el plato sobre el que descansaba la taza de café había una cucharilla. La cogió y la introdujo dentro del vaso. Sacó lo que quedaba de semilla y lo depositó encima del guante. Bajó al baño y la mojó con agua, eliminando así los restos corrosivos. La puso bajo el foco de luz y la observó. La superficie blanca ya no era lisa, mostraba rugosidad en su superficie, pero seguía siendo dura. Respiraba deprisa y se sentía ligera. Subió las escaleras de dos en dos, se sentó y sacó al ratón “un punto azul”. Ni siquiera se puso el guante. Ya no había espacio para los miedos, solo para la determinación. Procedió de igual manera que con el otro. La diferencia era que, en la semilla, no había rastro de la capa negra. Después lo dejó junto a las ratitas. Apretó el puño de la mano izquierda con la derecha. Lo miraba sin perder el tiempo en parpadear. El animal se mantuvo unos segundos sin moverse; después, al igual que el otro, una convulsión lo puso en marcha. Patricia cruzó

los dedos, expectante por la reacción de “un punto azul”. El pequeño se acercó a las ratitas “puntos rojos”, las olfateó amistosamente y continuó a lo suyo. Patricia cerró los ojos, empezaban a picarle. «A ver si eres tan bueno conmigo». Se enfundó el guante y metió la mano. “Punto azul” se dejó coger. Ella lo miró a los ojos negros y brillantes. Incluso el pelaje blanco relucía. «Lo tengo», se dijo a sí misma. Después sonó la melodía de su móvil.

Verano de 1650

Habían pasado veinte días desde que Alexander echó de un empujón a María de la habitación. Desde entonces, solo salía para ir a la cocina a comer. Después, sin mediar palabra, volvía a su guarida. Ella había intentado hablar con él en más de una ocasión, pero solo recibía largas. «Ya hablaremos más adelante, ahora necesito estar solo», respondía cada vez que lo intentaba. Lo que más le dolía era que ni siquiera miraba a la pequeña.

Como cada mañana, ella estaba deseando que llegase el capitán. Solo se relacionaba con él. Después de dar de mamar a Sofía, la dejó en la cuna y se asomó por la ventana. La extensión de campo que les rodeaba le hizo sentir pequeña, aislada y desprotegida. Empezaba a pensar que no había sido tan buena idea irse a vivir tan lejos de la ciudad.

Cuando vio aparecer a Murdock sobre su carro, suspiró de alivio. Se dirigió hacia la escalera. Al pasar por la puerta cerrada de la alcoba donde se encerraba Alexander, sintió una mezcla de rabia y pena. Sin poder evitarlo, pegó la oreja para escuchar. «Virgen Santa, ayúdame por favor», rogó en silencio. Cerró los ojos ante la impotencia de no saber cómo solucionar aquella situación, respiró profundo y bajó a recibir al capitán.

Cuando recuperó la consciencia, Alexander sintió que toda la habitación giraba sobre sí misma. Con paso tambaleante, llegó hasta la cama y se tumbó. Le daba la sensación de que le iba a estallar el ojo. Reprimió la necesidad urgente de arrancárselo para librarse del suplicio.

Siempre que dejaba de pintar, le sucedía. Mientras tenía los pinceles en la mano, perdía la noción del espacio y del tiempo y todos los males desaparecían. Sucedía igual cuando su madre le visitaba.

Se pasó la mano por la cara. Los pómulos sobresalían y los pocos pelos de su barba pinchaban. El olor se había intensificado en los últimos días y le dolían los pulmones al respirar. Cuando todo lo que le rodeaba se paró, se puso en pie y se colocó frente al cuadro. Era la tercera vez que lo repetía y seguía sin estar convencido del todo. Aunque los colores y la composición eran buenos, faltaba algo. «Falta dramatismo —pensó—. Le falta transmitir el dramatismo del momento». El lienzo representaba una escena en la que se quemaba una mujer pelirroja en la hoguera. La gente, alrededor, bailaba enardecida.

Un nuevo pinchazo dentro de su cabeza le hizo tambalearse y se restregó con fuerza los ojos. Cuando los abrió, tenía a su madre delante. El alivio fue inmediato.

—Me está costando, madre —reconoció con tristeza—. Me esfuerzo todo lo que puedo, pero necesito más tiempo.

—Es normal —respondió ella mostrando sus dientes negros—, pero yo sé qué es lo que te puede ayudar.

—¿El qué, madre? —preguntó él impaciente por escucharlo.

Alexander vio cómo los ojos verdes de su madre brillaban detrás de su cara deformada.

—Come una de las semillas y podrás dar el máximo de ti.

—Pero... me dijiste en la carta que no las probase —barbotó él.

—Solo así podrás deshacerte de los dolores de cabeza y llegar a la genialidad.

Un ruido detrás de la puerta le despistó y giró la cabeza; al volver a mirar a su madre ya no estaba. El latigazo de dolor que sintió a continuación le hizo perder el sentido.

Cuando abrió los ojos se sentía aturdido. El dolor había redoblado la intensidad y le producía náuseas. Estaba oscuro y hacía calor. Cogió un candil y salió de la habitación para encenderlo con el que alumbraba en el pasillo. Después, volvió a su reducto.

A pesar de no haber comido nada durante el día, no tenía hambre.

Abrió el armario, levantó la base y tiró de la trampilla. Apoyando la mano en la pared de su derecha, bajó.

La mesa estaba desplazada de la trampilla, tiró de la cuerda que sobresalía de ella y volvió a bajar. Otro pinchazo en la parte interior de su ojo casi le hace perder el conocimiento. Hincó las rodillas en el piso. Dudaba de ser capaz de volver a levantarse. Dejó el candil en el suelo, cerró los ojos y se llevó las dos manos a la cabeza. Cuando bajó la intensidad del pinchazo, levantó la cabeza y vio el saco de las raíces al lado. Solo tenía que estirar el brazo. Le hubiera gustado que estuviera su madre en ese momento, pero ni siquiera la olía. «Quiere que lo haga yo solo, ella me ha dado la solución, pero quiere que sea yo el que la coja». Metió la mano en el saco y palpó hasta dar con la caja. Con la llama de la vela fundió la cera. El movimiento incesante de su mano dificultaba cualquier operación. Estaba seguro de que si no hacía nada, su ojo estallaría y después lo haría su cabeza. El sudor goteaba desde la frente hasta caer al suelo. Una gota se le metió en el ojo derecho. El dolor y el escozor se aliaron para torturarle. Abrió la caja. Las cinco semillas reflejaban el brillo de la luz del candil. Dudó un instante, pero recordó las palabras de su madre. En ese momento no le importaba nada, lo único que necesitaba era que el dolor de su cabeza se callase. Con torpeza cogió una con la mano izquierda y, sin pensarlo más, se la metió en la boca y tragó. Pudo notar cómo le caía en el estómago vacío. Estaba tan cansado que se tumbó bocarriba. La única sensación que notaba era un cosquilleo interior. De pronto todo se iluminó. La luz era cegadora y blanca. Notó como si algo se

ramificara desde su estómago hacia todas las partes de su cuerpo. Todos los músculos se le tensaron de golpe. Después, la relajación física dio paso a la revolución mental. Todos los mareos sufridos hasta entonces se quedaban en nada comparados con el que tenía en ese momento. Era como si su alma quisiera abandonar su cuerpo una y otra vez, pero una mano invisible la agarraba por el cuello y la volvía a meter en su interior. La luz que le rodeaba se concentró en un solo punto que se le metió en su cabeza atravesando la frente. El impacto le obligó a cerrar los ojos. Miles de imágenes de su madre le estallaron de golpe. La podía ver con total claridad. Incluso la cicatriz que tenía encima de la ceja derecha estaba ahí, no faltaba ningún detalle. Abrió los ojos y parpadeó varias veces con miedo de que su cabeza volviera a gritar. No solo no le dolía, sino que se encontraba mejor que nunca.

Se levantó y se sacudió el polvo. Se sentía extraño. La luz que había atravesado su frente, flotaba en su cerebro. Le vino a la cabeza el cuadro y vio con claridad qué era lo que fallaba. Le faltaba tensión al cuerpo de su madre y que la luz de las llamas de la hoguera se reflejase en las caras de los presentes. Pensó en subir cuanto antes para añadir los detalles, pero lo primero era esconder las semillas. No se podía arriesgar a que nadie las encontrase. Cogió la caja y el candil y se acercó a la palanca; después, la giró. Abrió la puerta y se dirigió hacia la otra sala. Abrió el armario que colgaba de la pared del fondo y la metió dentro, al lado del cuchillo con el mango de cuerno de carnero. Cuando iba a salir se fijó en el tintero y las plumas para escribir que había sobre la mesa. Al lado de ellas descansaba un libro, lo abrió y al acercar el candil comprobó que estaba en blanco. Parecía como si Esteban, el antiguo dueño de la casa, lo tuviera preparado para escribir sobre él, pero su enfermedad se lo hubiese impedido. Cogió todo y salió. Al subir a la estancia de la mesa dejó el libro, las plumas y el tintero encima. Algo le impulsaba a escribir todo lo que estaba sintiendo, pero primero estaba el cuadro. Subió, se situó delante del lienzo y el punto blanco de su cabeza lució con fuerza indicándole el camino hacia la genialidad.

31 de marzo de 2019

Giró la cabeza para mirar el móvil; era el número de la doctora Muñoz. Volvió a dejar a “un punto azul” en la jaula roja. Su mente le repetía continuamente:«que no se haya muerto, por favor». Después de cinco tonos, se decidió a contestar.

—Buenos días —saludó Patricia.

—Hola, buenos días. —El tono de la doctora era diferente, más cálido, más cercano. Una alarma se encendió en la cabeza de la bióloga—. Siento ser yo la que le tenga que dar malas noticias.

«Joder, he llegado tarde», pensó llevándose las mano a los ojos. Le costaba mantener el ritmo normal de la respiración.

—Fernando está muy mal. Los médicos del Carlos III no creen que pase de hoy. Van a permitir que uno de sus allegados entre a la habitación para despedirse. —Patricia cogió aire, sus músculos se tensaron—. Solo tengo su teléfono, puede ir usted, o puede avisar a uno de sus familiares para que vaya. En la recepción del hospital le indicaran el procedimiento.

—Pero yo estoy confinada.

—De eso le quería hablar. Me han confirmado que el virus no se transmite por aerosoles. La vía de contagio es muy similar a la del virus del sida.

—Muchas gracias, doctora. —Sin despedirse, colgó.

No había tiempo que perder. Metió otra semilla en el ácido y espero unos segundos hasta que desapareció la capa negra; después, con la misma cucharilla de antes, la sacó. La cogió directamente con los dedos. Sentía como el ácido se comía la piel, pero ignoró la sensación. Bajó al baño y la mojó con agua. Entró en su habitación y se puso unos vaqueros y una camiseta, luego, salió a toda prisa.

La carretera de Valencia estaba despejada. «Menos mal que es domingo y hay poco tráfico», pensó mientras tomaba la salida hacia la M-30. Se acordó de Emily. La llamó por el manos libres y le contó lo que le dijo la doctora.

En menos de media hora se plantó en la puerta del hospital. Entró a la carrera y preguntó en recepción. La mujer descolgó el teléfono, marcó cuatro números y avisó a su interlocutor de la presencia de Patricia.

A los pocos minutos bajó un médico.

—Buenos días, soy el doctor Cano. Acompáñeme, por favor.

Patricia asintió. Todavía tenía la respiración agitada.

—¿Es usted la mujer de Fernando?

—Su... novia —titubeó ella.

—Siento mucho lo mal que lo deben de estar pasando. Hemos

hecho todo lo que está en nuestras manos, pero aún no hemos podido identificar el virus.

Patricia se mantuvo en silencio, impaciente por tener a Fernando delante.

—Pase, por favor —dijo el médico cediéndole el paso para que entrase en un despacho—. Tiene que ponerse los EPIS. —El hombre le dio una bata verde, guantes, polainas, mascarilla y un gorro de quirófano—. Cuando termine, salga y la llevaré junto a Fernando.

En menos de cinco minutos tenia todo el equipamiento puesto. Antes de salir, sacó la semilla del bolsillo del pantalón y la guardó dentro de su puño cerrado. El médico estaba esperando fuera. Subieron a la planta de arriba y avanzaron por un pasillo. Los pasos del doctor retumbaban, pero no tan rápidos ni tan sonoros como el corazón de Patricia. Se pararon frente a la habitación trescientos doce.

—Si necesita cualquier cosa, más adelante hay un puesto de enfermería —le dijo el doctor abriéndole la puerta.

Patricia tragó saliva y entró. La puerta se cerró tras ella. La primera impresión le golpeó con fuerza. Varias botellas de medicamento, suero y antibiótico colgaban de una barra metálica que parecía un perchero macabro. La piel de Fernando mostraba un aspecto cetrino. Había adquirido una tonalidad verdosa. Su pecho descubierto subía y bajaba bruscamente.

Fernando abrió los ojos en su habitación cerebral; un olor conocido y cercano le acarició las entrañas. Seguía haciendo calor, aunque la sensación tenía un cierto efecto sedante. «Es Patricia», le dijo su conciencia esperanzada. Tenía que llegar a la puerta, estaba seguro de que ella estaba al otro lado. Intentó moverse. Sus músculos no respondieron. Las que sí se dieron por enteradas fueron cada una de sus terminaciones nerviosas. Intentó gritar buscando alivio, pero ningún sonido salió de su boca.

Patricia se acercó sin perder tiempo. Cogió el vaso vacío que había encima de la mesa y lo llenó de agua en el baño. Después, le retiró la mascarilla de oxígeno y le metió la semilla empujando con el dedo lo más profundo que pudo.

Fernando, de pronto, dejó de sentir el aire fresco. La sensación era asfixiante. Los pulmones le quemaban. Parecía que estaba respirando en el interior de una casa ardiendo. Algo le tocó los labios. No podía ver nada, la oscuridad era absoluta. Ese algo tiró con fuerza para abrir su boca; no se podía mover. Escuchó con claridad cómo crujía la mandíbula. Después, otro algo del tamaño de un comprimido de paracetamol se deslizó por su esófago. Más bien hasta la mitad de su esófago. El maldito analgésico o lo que fuera que hubiera entrado, se había atascado. Ya no respiraba aire caliente, directamente no respiraba.

A los pocos segundos el rostro de Fernando empezó a enrojecer. Patricia cogió el mando de la cama y la reclinó hacia delante; luego le abrió la boca, le vertió un poco de agua en ella y le volvió a colocar la mascarilla. Cruzó los dedos y dejó de respirar, expectante.

La sensación al notar pasar el líquido por la garganta le reconfortó, ni su mejor whisky le produjo nunca tanto placer. La semilla obtuvo el empuje que necesitaba y pasó. Le pareció oír como rebotaba con las paredes de su estómago vacío. El aire fresco volvió. Después un cosquilleo, como si hubiese tragado algo vivo que se movía dentro de él. La luz, en el interior de la habitación de su cabeza, se encendió de pronto. Le cegaba. Sus terminaciones nerviosas se relajaron y la sensación de dolor se fue diluyendo. Incluso, la calefacción dejó de calentar a todo gas. Intentó moverse y, para su sorpresa, su cuerpo se tensó bruscamente; después, se relajó y le obedeció. Caminó con las manos hacia delante. Si antes era la oscuridad la que le impedía ver, ahora era la luz. Al llegar a la puerta palpó en busca de la mirilla. El reconfortante aroma era más intenso. Cuando la tocó y se disponía a asomarse por ella, se paró a medio camino. Bajó el brazo y agarró el picaporte. Ya no quemaba, al revés, su tacto era frío y suave. Lo giró despacio y la puerta se abrió.

Tras unos segundos eternos, en los que Patricia, aparte de no respirar, no cerraba los ojos, el cuerpo de Fernando se estiró con violencia, como si su alma, a punto de escapar de su cuerpo, hubiera caído desde las alturas. Luego, sus ojos se abrieron de forma exagerada. Mostraban asombro y alivio.

Verano de 1650

Dejó el pincel sobre la mesa y se alejó varios pasos del cuadro. La sensación de flotar le acompañaba desde hacía dos días. La semilla le había catapultado al paraíso sensorial. Los pinchazos en el ojo y los desvanecimientos habían desaparecido. El olor seguía, pero ya no le resultaba desagradable. Giró la cabeza y miró a Emily.

—¿Qué le parece, madre?

Los ojos verdes de la mujer quemada brillaban tanto como las llamas que se representaban en el lienzo.

—Sublime hijo, insuperable. —Alexander sintió cómo la altura a la que flotaba iba a más—. Solo queda que me saques de ahí.

—No la entiendo madre.

—¿Has leído el libro que te dio Zacarías? —preguntó ella mirándole fijamente. Parecía que la cantidad de humo que salía de su cabeza era mayor y más densa.

—En la isla pude leer algunas de sus páginas.

—Busca el capítulo que habla de cómo regresar a la vida el alma de una persona entregada a la muerte mediante el sacrificio. —El recuerdo de la página donde se relataba lo que su madre le decía le estalló en la cabeza—. Pero primero es mejor que escondas tu parte del tesoro, estoy segura de que ella está planeando marcharse con Murdock y dejarte sin nada.

Alexander apretó los puños y tensó la mandíbula. Sabía que María estaba decidida a separarle de su madre. Pensar en aquella traición le enfureció. Le daban ganas de salir para molerla a golpes, seguro que así aprendería.

—Sé lo que estás pensando hijo. Todo a su tiempo.

—¿Y los cuadros? ¿Qué hago con ellos?

Había modificado los otros dos intentos anteriores a su obra maestra cambiando el color de pelo y las facciones de la mujer que se quemaba.

—La sala subterránea, donde estaba el cuadro que regalaste al capitán, será un buen lugar para colgarlos.

Convencido de cada uno de los pasos que daría a continuación, salió. Se cruzó con María, que sostenía a Sofía en sus brazos, pero ni siquiera las miró. El sol empezaba a caer aunque la temperatura seguía siendo calurosa. Entró en el establo y buscó entre las herramientas. Cogió un martillo y varios clavos de cobre. Por último, se agachó y se llevó la pala que descansaba al lado del rastrillo. Volvió a entrar. Subió los peldaños de dos en dos y se metió en la habitación. Su madre sonreía. Cogió los cuadros con cuidado y los bajó. Los muros de la sala subterránea estaban formados por sillares rectangulares de

roca caliza. El clavo que sujetaba el cuadro que regaló al capitán estaba instalado entre una de las piedras y la inmediatamente superior. Dejó el candil en el suelo y clavó dos clavos de igual manera. Luego colgó los cuadros. Se separó unos pasos de la pared y, satisfecho del resultado, se volvió a acercar y descolgó el lienzo que representaba a su madre. Detrás estaba la palanca. La giró sin apenas esfuerzo. Después corrió la puerta. Tenía que esconder su parte del tesoro, no podía permitir que le arrebataran lo que tanto le había costado. En una esquina estaban las dos cajas de madera con el oro y la plata en su interior; al lado, el cofre del capitán. «Esconderé lo mío, esa malnacida no se saldrá con la suya». Solo pensar en ella y en las veces que le había interrumpido mientras hablaba con su madre le encendía el estómago. Puso el candil y la pala sobre la caja que estaba más llena y la empujó. Pesaba mucho, pero se sentía poderoso. Aunque no podía ver a su madre, no le importaba, la tenía metida en la cabeza y le hablaba continuamente, animándolo. «Vamos, Alexander. Ya queda poco. Pronto estaremos juntos y podré volver con mi aspecto de antes», le dictaba su cerebro una y otra vez.

Su intención era enterrar la caja en la sala donde guardó las semillas. Cuando llegó a la puerta, ni siquiera estaba cansado. Ni una gota de sudor mojaba su cuerpo. La galería que llegaba a aquella sala continuaba. Preso de la curiosidad, cogió el candil y avanzó. El pasillo acababa en otra sala circular. «Aquí estará más escondido», le dictó su madre.

—Estoy de acuerdo —respondió él.

Volvió a por la caja y la arrastró hasta allí. Sin pararse a descansar, hincó la pala en el suelo. Se imaginaba a María y al capitán escapando con el tesoro.

—Creíais que me ibais a dejar sin nada —gritaba mientras cavaba —. El tesoro lo encontramos gracias a mí. Yo fui el que halló el libro.

La fosa que había cavado era profunda y ancha. Se volvió a sorprender por no sudar nada. Empujó la caja a su interior y la tapó. Después, unos golpes con la pala allanaron el terreno. «Muy bien, hijo. Ahora ve a por el libro que te dio Zacarías».

Subió con el martillo y la pala. Sacó el libro de la estantería. Luego, dejó el candil encima de la mesa y lo abrió. Al lado estaba el otro libro, donde había anotado todo lo que le estaba sucediendo en los últimos tiempos. Relataba las propiedades de las raíces y la resina, los encuentros que tenía con su madre, el odio que le había despertado María al darse cuenta de cómo era ella en realidad, la sensación indescriptible después de tomar la semilla, el grado de satisfacción al haber alcanzado la plenitud física e intelectual, los supuestos efectos perjudiciales para el cerebro...

Pasaba las páginas con cuidado. El papel era frágil y quebradizo.

Cuando llegó al capítulo que buscaba, sintió un cosquilleo por todo el cuerpo. En aquella página se narraba cómo devolver a su madre a la vida. El mayor de sus sueños estaba a punto de hacerse realidad.

Aunque, más o menos, se acordaba de lo que ponía, lo leyó con detenimiento. «Para hacer regresar el alma de un ofrecido a la muerte en sacrificio, se necesita un ofrecimiento mucho mayor para que la señora oscura acepte. Si el sacrificado fue quemado en la hoguera, se necesitan tres almas. Una de ellas deberá tener un lazo íntimo con el solicitante. El sacrificio se hará a través de las llamas purificadoras. Se necesitaran la parte inferior del cuerpo de la primer alma ofrecida; la parte superior, hasta los hombros, de la segunda, y la cabeza del alma que tenga un estrecho parentesco con el invocador. Una vez quemadas, y después de recitar la oración que sigue, el alma sacrificada en la hoguera volverá al mundo de los vivos».

El cerebro de Alexander fue bombardeado por multitud de pensamientos. «Ella ya no nos molestará más, su cabeza valdrá», le dijo su madre.

—¿Y la niña? —preguntó él—. ¿Qué haremos con ella?

«Sofía es fruto de nuestra sangre, la cuidaremos. Pero antes debe de comer una de las semillas, como hiciste tú ».

—¿No la matará?

«Si la pequeña es como nosotros, aguantará y alcanzará la genialidad. Si muere, es por que no se merece estar a nuestro lado».

Alexander pensó un momento lo que le había dicho su madre.

—¿Y con el capitán, qué hacemos?

«Ya te encargarás de él después de los sacrificios, ahora tienes que buscar a las otras dos almas que ofrecerás».

Sin necesidad de pensarlo demasiado, supo cómo conseguir lo que necesitaba. Un mes después de que saliera María del hospital, tuvieron que volver para que le curasen la cicatriz. Fueron por la mañana y él se sorprendió de la cantidad de vagabundos, medio muertos, que deambulaban por la ciudad. Le preguntó al médico para satisfacer su curiosidad. «La mayoría están enfermos, es la enfermedad de las putas —le respondió—. Ellas no enferman, pero se la transmiten a los que se revuelcan con ellas. Los que se contagian no duran más de una semana. Tienen fiebres altas y los genitales se les inflaman tanto, que a algunos les estallan los testículos. La mayoría son borrachos y gente de mal vivir que no tienen donde caerse muertos. A muchos otros, sus mujeres los han echado de casa al descubrir que enfermaron por pecar con las putas».

Antes de irse quería dejar por escrito lo que decía el libro y cuál sería su plan para ejecutarlo. Aunque sentía que física e intelectualmente estaba en su plenitud, era consciente de que antes de tomar la semilla su cerebro se deterioró mucho. Estaba seguro de que

no volvería a pasar, pero toda precaución era poca. Después de relatar como cortaría las extremidades con el cuchillo de mango de carnero, dibujó un mapa en el que se trazaba la ruta para llegar a la salida. Luego se le ocurrió algo que le hizo sonreír. Murdock y María eran los únicos que sabían dónde estaba la palanca para abrir la puerta que daba paso a las galerías. Y pronto morirían los dos. La única manera de acceder allí dentro era a través de la puerta trabada. La entrada exterior estaba encajada y pesaba demasiado para levantarla desde fuera. Si le ocurriese algo, tenía que darle una pista a Sofía de cómo entrar en las galerías y de cómo llegar a la sala donde estaban escondidas las semillas. Pero tampoco se lo pondría fácil, debería interpretar el mensaje que le dejaba. Cogió la pluma y escribió: el fuego custodia el secreto. Después solo debía seguir las indicaciones del diario para llegar a la sala.

Luego metió el libro y el diario en la estantería, cogió la pala, el martillo y el candil, y salió. Era noche cerrada. Entró al establo y dejó las herramientas en su sitio. Las mulas descansaban sobre un lecho de paja. Al notar la presencia de su dueño levantaron la cabeza sorprendidas de tener que ponerse en marcha a esas horas. Alexander las enganchó al carro y salieron. Los animales caminaban despacio. Cuando se alejaron lo suficiente de la casa, sacudió las riendas para que las mulas acelerasen. Su madre insistía en que cuanto antes se hiciera el sacrificio, mejor.

La oscuridad le impedía ver mas allá de unos metros. Detuvo las mulas. La muralla de la ciudad se adivinaba un poco más adelante. Cogió el candil y bajó. Llegó hasta el muro, pero no se veía a nadie. Caminó hacia la derecha, a los pocos pasos encontró lo que buscaba. Dos pobres desgraciados deliraban y se retorcían de dolor tumbados en el suelo. Volvió a por las mulas y las acercó. Cogió al primero en brazos. Aunque estaba acostumbrado a los malos olores, la fetidez a orina y a vómito de aquel hombre le obligó a girar la cabeza. El enfermo no se quejó. Parecía no enterarse de nada. A Alexander le sorprendió la ligereza de aquel cuerpo casi inerte. Después, lo depositó en la parte de carga del carro.

Levantó al segundo. El enfermo emitió un lastimero quejido pero, al igual que el otro, no puso ningún impedimento. Una manta vieja sirvió para ocultar los cuerpos. «Bien hecho, hijo», oyó que le decía su madre.

El sol ya asomaba cuando pudo divisar la casa. A pesar de no haber dormido se sentía pletórico. Pronto tendría a su madre de vuelta. Lo más difícil ya estaba hecho. Pensar que debía cortar a los desgraciados que llevaba detrás le producía una mezcla de nerviosismo y excitación. Sentir como el cuchillo se introduce dentro de la carne humana, desgarrando músculos y huesos, debía ser una sensación

única.

María llevaba un rato despierta. No dejaba de pensar en que si Alexander seguía así, cogería a Sofía y le abandonaría. No estaba dispuesta a aguantar más desplantes ni a que la mirase con cara de odio y, mucho menos, a que la empujara. Lo había intentado, pero él solo le devolvía malas caras y excusas. El capitán insistía en que tuviera paciencia. Seguro que pronto se le pasaría, decía, y volvería a ser el de antes.

Murdock llevaba tiempo diciendo que en breve regresaría a Inglaterra. Si Alexander no cambiaba, estaba dispuesta a marcharse con él. Era triste, pero se lo había buscado. No consentiría que su hija creciera al lado del ser despreciable en el que se había convertido su padre.

Un ruido de fuera le sobresaltó. Se asomó a la cuna y comprobó que Sofía dormía. Cada día que pasaba, la pequeña se parecía más a Alexander. El pelo cobrizo cubría ya toda su cabeza y las pecas salpicaban toda su cara. Lo que más impresionaba era la exactitud en el color de sus ojos. Lo único reseñable del parecido entre madre e hija eran el grosor de los labios y las redondeces de la cara.

Se levantó y se acercó a la ventana. Los rayos de sol empezaban a despuntar en el horizonte. La ligera brisa que corría a esa hora de la mañana acarició su rostro y movió su pelo. El ruido se intensificó. Miró y vio a Alexander abriendo la puerta de carruajes; fuera, estaban el carro y las mulas. La parte de carga estaba tapada con la lona y no se veía lo que llevaba en ella. Justo cuando él levantaba la cabeza en dirección a la ventana, dio varios pasos hacia atrás para no ser vista. En el retroceso chocó con la cama y cayó sobre ella de culo. Se quedó un rato sin moverse. Si ya era raro todo lo que estaba pasando, eso le sumaba más misterio. «¿De dónde vendrá a estas horas?», se preguntó, cada vez más decidida de salir de allí cuanto antes.

Alexander abrió la puerta de carruajes y miró hacia la ventana de la habitación. Aunque no vio a nadie, estaba seguro de que alguien se había movido allí arriba. Metió el carro en el establo y subió a cuestas al primero de los enfermos. Tenía claro que si se encontraba con María, se la llevaría con ellos. Después hizo lo propio con el otro. Ya dentro de la alcoba se sintió más relajado. Prefería hacer las cosas por pasos, primero se ocuparía de los primeros sacrificados y después de ella. El único signo de vida de los enfermos era el leve movimiento de tórax al respirar. Hacía rato que su madre no le hablaba pero, de momento, no hacía falta, tenía claro los pasos a dar. Cuando tuvo a los pobres desgraciados en la sala donde guardó las semillas y la daga, los dejó tumbados uno al lado del otro. La mesa, sobre la que descansaban multitud de planos, valdría para desmembrar los cuerpos. De varios manotazos retiró todo lo que había encima. Después se

acercó a uno de ellos para desnudarle. El pantalón que le cubría estaba endurecido por una sustancia seca y acartonada. Al descubrir los genitales no pudo reprimir un gesto de dolor. Ni los melocotones más hermosos que cogía en Sevilla eran tan grandes como los testículos de aquel hombre. Por las piernas le bajaban chorretones resecos de una sustancia marrón sospechosa. La impresión que le supuso el otro fue incluso peor. Uno de los testículos había desaparecido. Le recordó a cuando los bubones estallaban en el interior de los enfermos de peste. Estaba tan alterado que ni siquiera sentía asco. Utilizaría las extremidades inferiores del primero, quien, aunque en mal estado, tenía todo en su sitio. Se agachó y justo cuando le iba a levantar, oyó un ruido. Giró la cabeza hacía la puerta.

Cuando María se decidió, por fin, a levantarse de la cama, se acercó a la puerta. Desde que Alexander se mostraba tan extraño, la cerraba por las noches. Pegó la oreja y escuchó unos pasos subiendo las escaleras. Le pareció oír un quejido. «Quizá esté enfermo», pensó echándose la mano a la cicatriz. La pequeña se movió en la cuna. Era la hora de la toma, debería calmarla antes de que se pusiera a llorar. Se acercó. Una sonrisa llenó la cara de Sofía cuando vio a su madre.

—Vamos a comer, chiquitina —le dijo mientras la levantaba.

Otra vez oyó los pasos de Alexander que salía. «Hoy intentaré un último acercamiento—pensó—. Si me vuelve a rechazar, se quedará solo». Todavía estaba dando de mamar a Sofía cuando volvió a escuchar pasos y, a continuación, el ruido de una puerta al cerrarse. Pero había algo extraño. Aquella forma de cerrar la puerta denotaba que escondía algo. Sofía terminó de mamar; después de darle unos golpecitos en la espalda para eliminar los gases, la depositó en la cuna. La pequeña se quejó, en su rutina diaria no entraba volver a dormir en ese momento. María intentó calmarla, pero al ver que no lo conseguiría, la volvió a coger. Salió de la habitación. Al llegar a la puerta cerrada se acercó para escuchar. No se oía nada. Se acordó del quejido de antes y por un momento sintió pena por él. «¿Y si está mal?, puede que esté así de raro porque esté enfermo». Le había dicho que no entrara, pero no se podía quedar allí fuera pensando que a lo mejor necesitaba su ayuda.

Abrió la puerta y contuvo el aliento. Sofía estaba entretenida en sus brazos haciendo pedorretas. La alcoba estaba vacía y el armario abierto. Se acercó. La trampilla estaba subida y lo único que se podía apreciar era una densa oscuridad. Salió y cogió el candil del pasillo. Aunque jamás pensó en bajar allí, la curiosidad tiró de ella. Descendió despacio. Sofía miraba perpleja a un lado y a otro. Tampoco había nadie allí y la trampilla que daba acceso a la sala subterránea estaba abierta. Bajó. Dio unos pasos y se topó con los cuadros. La genialidad que mostraban hizo que al sentimiento de rabia que tenía hacia él, se

le uniera el de admiración. Luego se fijó en que la puerta trabada estaba abierta. Tragó saliva. Si bajar allí ya le costaba, meterse por ese pasadizo oscuro era como lanzarse al vacío con los ojos cerrados. La cicatriz, aparte de picarle, le dolía. La pequeña parecía que disfrutaba descubriendo lugares que nunca había visto. Bajó la mirada al suelo intentando reunir la valentía necesaria para entrar y vio algo que le levantó, aún más, la curiosidad. Sobre el piso estaba la marca de algo rectangular que se había arrastrado por él. Se acercó a las cajas de oro y comprobó que faltaba una. «Está escondiendo el tesoro, el malnacido nos quiere dejar sin nada», pensó más sorprendida que irritada. Con paso tembloroso, siguió el rastro. No perdía de vista el suelo, lo que le sucedió a Conall en las entrañas de la isla nunca se le olvidaría. No sabía si era por el frío o por los nervios, pero le temblaba todo el cuerpo. «¿De qué tienes miedo?, no te va a hacer nada», se decía a sí misma no muy convencida. Después de girar dos veces a la izquierda por las estrechas galerías, vio que salía luz de lo que parecía una sala un poco más adelante, a la derecha. La consistencia del aire allí era tan alta que le costaba respirar. Con la mayor cautela que pudo, llegó hasta la puerta. Un candil iluminaba encima de una mesa. Podía ver la espalda de Alexander, estaba agachado, atareado con algo que había en el suelo. Escuchó un lamento similar al de antes y la cicatriz le respondió con un pinchazo. Dio dos pasos y vio las piernas desnudas de dos hombres tirados en el suelo. La pequeña notó el temblor de su madre y se quejó. Aun con la poca luz que le llegaba, se podía apreciar el tono rojizo de la piel de Alexander. Nunca le había visto así. Los pómulos sobresalían tanto que parecía otra persona.

—¿Qué haces? —balbuceó sofocada.

Él se levantó y sonrió. Ese gesto le heló el alma. Era la sonrisa de un demente, en sus ojos había maldad. Se giró sobre sí misma y salió. A los pocos pasos tropezó, la falda era demasiado larga para correr. De forma refleja soltó el candil y cayó sobre el lado izquierdo, protegiendo así a Sofía en la caída. La vela se apagó y quedaron sumidas en la oscuridad. La pequeña rompió a llorar. María sentía como si el brazo le hubiera estallado por dentro, pero no había tiempo para lamentarse. Se levantó y avanzó.

«Ve a por ella hijo —le dictó su madre cuando vio a María en la puerta—. Esta vez pagará cara la intromisión. Llévate una semilla, así podremos tener a la pequeña con nosotros». Él sonrió al volver a escuchar a su madre. Cogió una de las semillas y la guardó en la pequeña bolsa porta pertenencias que llevaba el jubón en la parte interior. Salió. Unos pasos más adelante descubrió el candil en el suelo. Volvió a sonreír, allí dentro, y a oscuras, María no encontraría el camino de vuelta. Las pisadas de ella eran medianamente visibles sobre el suelo húmedo. A lo lejos, se oía el llanto de Sofía.

Tenía grabada la cara de Alexander en su cerebro. Lo que vio le confirmó que estaba enfermo, pero de la cabeza. Palpaba la pared que tenía a su izquierda para tener una referencia al avanzar. No sabía hacia dónde dirigirse, estaba desorientada.

—Tranquila mi amor, tranquila —decía al oído de la pequeña para calmarla.

Sofía, ya más tranquila, apoyó su cabeza en el hombro de María. Al dolor del brazo se le sumó un pinchazo agudo en el tobillo derecho. Cada vez que lo apoyaba se le encogía el gesto de la cara. De pronto, la pared que tenía a su izquierda desapareció. Giró en esa dirección y se adentró por otra galería. No creía que pudiera aguantar demasiado. El brazo derecho, con el que sostenía a Sofía, se le estaba durmiendo y la carga cada vez era más de difícil de soportar. Parecía como si la pequeña estuviera cogiendo peso en sus brazos. Otra vez volvió a perder contacto con la pared en la que se apoyaba. Estaba tan perdida que cualquier dirección era buena. Volvió a torcer hacia la izquierda. Después de dar unos pasos se topó con un muro de frente. «Creo que he llegado a otra sala», pensó. La sensación de que el pie no le cabía en la alpargata le estaba torturando. Deslizó la espalda por la pared y se sentó en el suelo. Sofía seguía tranquila y daba la impresión de que se había dormido. No podía calmar la respiración. Parecía que solo una pequeña parte del aire que respiraba entraba en sus pulmones. Tenía todo el cuerpo empapado de sudor. Se quedó lo más quieta que pudo, había oído algo. Sentía como si la cicatriz se le fuera a abrir de un momento a otro. Se tapó la boca con la mano intentando amortiguar el sonido de la respiración. Ya no solo era el ruido, la luz de un candil se empezaba a ver. La sala se iluminó. La cara de Alexander lucía la misma sonrisa de maldad.

—¡Déjanos tranquilas! —gritó María—. ¿Qué te ha pasado, Alexander? Tú no eras así.

—He estado ciego durante mucho tiempo, María. Ahora sé cómo eres en realidad.

—¡Pero qué dices! Has perdido la cabeza —sollozó—. ¿En qué he cambiado?

—No creo que hayas cambiado, creo que en realidad eres así. —Ella no entendía nada—. Dame a la niña.

María abrazó fuerte a Sofía. Podía hacerle daño a ella, pero a su hija no la tocaría. Aquel gesto despertó a la pequeña, que rompió a llorar.

Alexander caminó hacia donde estaba sentada. Desde esa posición parecía un gigante.

—¡Dame a la niña! —volvió exigir él desde arriba.

—¡Vete, déjanos! —gritó ella sentada en la esquina. Sofía lloraba a todo pulmón.

—¡Dámela, entrometida! —Dobló las piernas y agarró del brazo a la pequeña.

—¡No te atrevas a tocarla! ¡Suéltala! —grito de nuevo María.

Alexander oyó un ruido a sus espaldas. Se tensó y soltó a la pequeña. La presión de su mano dejó unas marcas rojas sobre el brazo de Sofía.

—Aléjate de ellas, Alexander —exigió Murdock desde la entrada a la sala. En una mano portaba un candil y con la otra apuntaba con su pedreñal—. Te quiero como a un hijo, pero a ellas también. No me obligues, si lo haces, dispararé.

—¿Usted también ha venido a entrometerse, capitán? Le recuerdo que me debe la vida y por más de una ocasión.

—Lo tengo muy presente, Alexander, pero no permitiré que les hagas daño. Has cambiado, tú eres un buen muchacho. ¿Qué te pasa? Si confías en nosotros, podremos ayudarte.

María miraba desde el suelo, perpleja. No conseguía relajar la respiración. La pequeña, al escuchar la voz del capitán, dejó de llorar.

Después todo sucedió muy rápido, tanto, que a María no le dio tiempo a procesarlo. Alexander se abalanzó sobre el capitán. Este cumplió con su amenaza y disparó. La sala se iluminó. Ella cerró los ojos con fuerza. Los oídos le pitaban tanto que no oía llorar a Sofía. Cuando volvió a abrirlos, pudo ver a Alexander a escasos centímetros tirado en el suelo. De su pecho salía humo.

3 de abril de 2019

Cuando salió del hospital, Fernando tardó en adaptarse a la claridad. A su lado estaba Patricia que, agarrándole del brazo, intentaba ayudarle como soporte. Él no lo necesitaba, pero le encantaba sentirla tan cerca. Cada día que pasaba se sentía mejor. En realidad, cada hora que pasaba. Parecía que le habían enchufado a la red y que su batería interna iba llenándose poco a poco. Debía tener mucha capacidad porque seguía mejorando. Ni siquiera el muñón le molestaba. Nunca, ni siquiera antes del accidente, se había sentido tan pletórico. No solo la parte física estaba en su mejor momento, también su cerebro lucía como un faro en una noche sin luna.

Patricia le había contado todo lo ocurrido mientras él estuvo inconsciente. El descubrimiento que hizo con las semillas, a Alexander, le parecía algo digno de un genio. La admiración que sentía por ella se catapultó. Aunque el sentimiento más fuerte era el de agradecimiento. Si no hubiera sido por ella, ahora mismo estaría sobre una camilla metálica con todos los órganos fuera siendo objeto de estudio.

Llegaron al coche.

—¿Te ayudo a sentarte? —le preguntó.

—A ver Patricia, estoy perfecto. Agradezco tu preocupación, pero créeme, no podía estar mejor —contestó él con una sonrisa en la cara.

Patricia metió la llave en el contacto y, cuando se disponía a girarla, Fernando le paró la mano. El tacto de su piel le produjo un estallido de sensaciones. Parecía que ese era otro de los beneficios que regalaba la semilla: afinar al máximo las terminaciones nerviosas.

—Tengo que volver, Patricia.

—¿A dónde?, ¿al hospital? —preguntó ella. El negó con la cabeza.

—No, tengo que volver a Cuenca.

A Patricia se le cambió la cara.

—¿Para qué? Todo lo que teníamos que hacer allí ya lo hemos hecho.

—No todo —dijo él—. En primer lugar están las ratas, cualquiera que entre puede ser mordido y te aseguro que las consecuencias son jodidas.

—¿Y qué quieres que hagamos nosotros?

—Empacharlas de veneno para roedores —respondió—. A lo mejor un poco no les hace daño, pero ya viste lo ansiosas que eran, comerán hasta explotar. Compraré un ahuyentador como el que tenía Emily y no correré ningún peligro.

—Es buena idea, pero iré contigo.

—Pretendía ir solo, pero sé que insistirás —aceptó riendo—. Hay

otro asunto que quiero cerrar y ahí sí que necesito que me dejes actuar solo. —Patricia le miraba expectante—. Creo que sé quién fue el culpable de que nos encerraran en la casa. Prefiero no decir nada hasta comprobarlo, pero me hago una idea. Si los que nos metieron allí fueron a sacarnos, como nos contó Emily, seguro que les mordieron las ratas. Necesito dos semillas.

—Solo quedan catorce y es importante sacar el máximo provecho de ellas. No me gustaría malgastarlas.

—Lo entiendo Patricia, pero es importante erradicar el virus en el caso de que se hayan contagiado. No se transmite por el aire, pero, según me has contado, sí lo hace por lo fluidos.

—¿Pero sabes quiénes son?

—No estoy completamente seguro, pero creo que sí.

Una vez comprado todo lo que necesitaban, y después de que Patricia preparase las semillas, se dirigieron a Cuenca. Al llegar a la casa, ella se estremeció. La puerta metálica de acceso estaba abierta. Entraron y rodearon las ruinas. Antes de enfrentar la maraña de arbustos, Fernando activó el repelente de roedores. Cada uno llevaba varias bolsas de veneno. Llegaron a la entrada.

—No hace falta entrar. Si tiramos el veneno por aquí, las ratas vendrán por si solas y se lo comerán —propuso Patricia.

A Fernando le pareció buena idea. Abrieron las bolsas y vaciaron su contenido por los huecos que dejaba la tapa en su superficie.

—Estas ya no volverán a dar problemas. Por cierto, ¿cómo crees que se contaminaron? —preguntó Fernando.

—No lo sé con seguridad, lo único que se me ocurre es que en los huesos que encontramos estuviera encapsulado el virus y las ratas, al roerlos, se contagiaron. El problema fue que habían comido antes las semillas y se transformaron en pequeños monstruos.

—Lo bueno es que dejamos la mesa atravesada, ya no podrán entrar a la sala a roerlos.

—Además, los huesos estaban muy deteriorados, pronto serán polvo.

—Pues venga, que aún queda un asunto por zanjar.

Volvieron al coche. Cuando Patricia se iba a incorporar a la carretera, Fernando le dijo:

—Ve hacia la izquierda.

Puso el intermitente, comprobó que no venía ningún vehículo y giró en esa dirección.

—No vayas rápido que enseguida te tienes que meter a la derecha. —Ella asintió—. Tienes que parar ahí, en la puerta del desguace.

Patricia redujo aún más la velocidad y paró el coche frente a la entrada metálica.

—Está cerrado —dijo ella.

Salieron del vehículo. El portón metálico de rejas tenía una cadena con un candado de grandes dimensiones. El perro, que ya conocía Fernando, corrió hacia ellos ladrando con rabia. Dentro del recinto, a escasos metros de la puerta, Fernando vio algo que le despejó todas las dudas.

—Mira —dijo él señalando lo que había visto. El perro seguía ladrando al otro lado de la puerta.

Ella miró en la dirección que él le señaló y por un momento se quedó muda. Un cosquilleo extraño le acarició el estómago por dentro.

—La grúa roja que dijo Emily.

—El primer día que vine me perdí —reconoció Fernando— y paré aquí a preguntar. Al hombre que me atendió se le cambió la cara cuando le conté a dónde iba y qué pretendía. Cuando nos lo contó Emily, enseguida sospeché de él, pero ahora estoy seguro.

—Pero fueron dos los que nos encerraron.

—Ya, ahora nos toca descubrir quiénes fueron y por qué lo hicieron.

En el lateral de la grúa, debajo del cartel de desguaces Muñoz, aparecía el teléfono de contacto. Fernando lo guardó en la agenda del móvil y llamó. Después de varios tonos escuchó la voz apagada y ronca del hombre que le recibió en el desguace la otra vez.

—¿Quién llama?

—Buenos días, estoy en la puerta del desguace y tienen la puerta cerrada.

—Lo siento, el desguace va a estar cerrado durante unos días.

Ahora venía el momento delicado.

—Sé que fueron ustedes los que me encerraron en la casa y también sé lo que pasó con las ratas —mintió—. A mí también me mordieron. Solo quiero hablar con usted, tengo algo que podrá curar a quién se haya infectado.

Durante unos segundos solo se oyó el sonido del hombre al respirar.

—Mi hijo mayor murió ayer y el pequeño está inconsciente, los médicos nos han asegurado que no saben cómo tratarlo. Solo nos queda esperar un milagro. Le espero en la puerta del Hospital Virgen de la Luz, desde el desguace tardará quince minutos.

Colgaron. Entraron al coche y metió la dirección en el navegador del móvil. Como le había dicho aquel hombre, en dieciséis minutos estaban aparcando.

—Me gustaría ir contigo —le propuso Patricia.

—Ahora estoy seguro de que no corremos ningún peligro —respondió él asintiendo.

Cuando le vio le reconoció al instante. El hombre se apoyaba en un bastón y tenía un aspecto, incluso, más desmejorado que la otra vez. Sin muchos preámbulos se dirigieron a la cafetería y se sentaron en

torno a una mesa solitaria.

—¿Cómo está su hijo? —preguntó Fernando. El hombre tragó saliva, sus ojos enrojecidos brillaron. Patricia no pudo evitar una punzada de pena.

—Está mal.

—Pues cuanto antes me cuente por qué nos encerraron allí, antes le daré algo que puede curar a su hijo. A mí me curó.

El hombre se pasó la mano por la cara, se detuvo en su largo bigote y cerró los ojos durante unos segundos.

—La culpa de todo lo que ha sucedido es mía.

—Espere un segundo —exigió Fernando. Sacó el móvil y lo puso en modo grabación de audio—. Continúe.

—Cuando me contó que estaba investigando sobre lo que ocurrió en la casa abandonada, me asusté. Han pasado muchos años desde el día del incendio. Aquella noche volvía con la grúa al desguace, por aquel entonces vivía allí. Era tarde y llovía. A unos dos kilómetros aproximadamente, vi un coche parado en un camino a la derecha. Paré la grúa y bajé. Una de las ruedas delanteras estaba metida en un socavón y no había nadie en las proximidades. —Patricia sintió como el calor le subía a la cara. Fernando le cogió la mano—. Sé que hice mal, pero enganché el coche a la grúa y me lo llevé al desguace. Un par de días después, salió por televisión la noticia del matrimonio desaparecido y se mostraba continuamente el modelo, el color y la matrícula del coche que llevaban. Me asusté. Si descubrían que lo tenía yo, podrían implicarme en la desaparición. Desguacé el vehículo, luego lo rocié de gasolina y lo carbonicé. Un par de días después, varios policías fueron al desguace a preguntar, pero, al no encontrar nada extraño, la cosa se quedó así. Ya no me acordaba de lo que sucedió hasta que apareció usted. No me gustó nada que metiera las narices en algo ya olvidado. Se lo conté a mis dos hijos y el mayor me aseguró que si usted volvía por la casa, le daría un susto que se le quitarían las ganas de regresar. La noche que volvió vi la luz de su linterna y los avisé para que fueran.

—Se les fue un poco la mano con el susto, ¿no? —preguntó Fernando.

—Lo de encerrarle fue algo que se le ocurrió a mi hijo mayor. El plan consistía en presentarse con la cabeza tapada y con dos bates para asustarle. Cuando vieron que se había metido por la trampilla que encontraron, cambiaron el método. Pensaron que un par de días encerrado allí no le harían daño y después, no le quedarían ganas de volver.

—¿Y si no era yo el que estaba allí dentro?

—Cuando preguntó en el desguace me quedé con el modelo y la matrícula de su vehículo. Sabían que era usted. Al salir se llevaron el

coche. Volvieron con la escalera que se llevaron y subieron. Como imaginaban, el acceso estaba cerrado. Quitaron los clavos y entraron; no encontraron a nadie. Después, abrieron la otra trampilla y volvieron a descender. Sin esperarlo, unas cuantas ratas se abalanzaron sobre ellos. La linterna que llevaba el mayor se le escapó de las manos y cayó al suelo, al ir a cogerla, le mordieron varias de ellas. El pequeño se agachó para ayudarle y otra rata le hizo un rasguño en el dedo. No se llegó a enganchar porque retiró la mano a tiempo, pero le dejó unos rasguños con sangre. Salieron a toda prisa. Cuando cerraron la trampilla, mi hijo mayor todavía tenía una rata intentando desgarrarle un trozo de carne. Tuvo que machacarle la cabeza con el martillo para que soltara. Al día siguiente enfermó el mayor. Ni dos días duró. Al pequeño le tenemos ingresado y no saben cómo tratar la enfermedad.

—¿Pueden entrar a verle? —preguntó Fernando.

—Al principio no nos dejaban entrar, ahora dicen que la enfermedad no se contagia por el aire y sí podemos.

—Dame una semilla, Patricia.

Ella sacó una bolita blanca y se la depositó en la mano.

—Escúcheme, es importante. Esta semilla me curó y va a curar también a su hijo. Métasela en la boca lo más profundo que pueda y después ayúdele a tragarla con agua.

El hombre cogió la semilla como si fuese un tesoro.

—Mañana le llamaré para que me dé su dirección y le mandaré a alguien con su coche. Gracias. —dijo el hombre agradecido. Después salió a toda prisa a intentar salvar a su hijo.

—Anda que menuda gentuza los del desguace —dijo Fernando sentado en el sillón del salón de Patricia—. No sé si denunciar o dejarlo pasar.

—No sé. Creo que ya lo han pagado con creces. Si los denuncias se levantará la liebre de la desaparición de mis padres y yo, con lo que sé, me doy por satisfecha. Yo lo dejaría pasar.

—Veré como me devuelven el coche. Ya veremos. ¿Y qué vas a hacer con las semillas?

—Las llevaré al laboratorio. Si conseguimos saber cuál es su composición, podremos tratar muchas enfermedades que hasta ahora son incurables. Pueden revolucionar el mundo de la medicina. Parece que el sistema inmunitario se fortalece tanto que se vuelve invencible. —La forma en que lo contaba Patricia revelaba su entusiasmo—. Lo que está claro es que la naturaleza nos ofrece las soluciones que buscamos desesperadamente en los laboratorios.

—Creo que deberías tomar la que te ha sobrado. —Patricia se puso seria—. A fin de cuentas, tú también tienes el virus y puedes trasmitirlo por tus fluidos. La semilla se lo cargará. Y, por otro lado,

no conozco a nadie que le pueda dar más provecho. Te aseguro que la mente se abre. Descubrirás su composición mucho antes.

Patricia sacó la semilla sobrante de las dos que llevó a Cuenca y la miró durante unos segundos.

—No sé, me lo voy a pensar. ¿Sabes lo que realmente me gustaría hacer ahora? —Fernando la miró interrogante—. Celebrar que por fin se ha acabado todo.

—¿No estarás pensando en beber alcohol, no?

—No. Estoy pensando en un chocolate con churros. ¿Qué te parece?

—Me parece que la ocasión lo merece —contestó sonriendo.

Ya estaban preparados para salir, cuando el móvil de Patricia empezó a sonar.

—Perdona un momento —le dijo a Fernando y descolgó.

Después de unos segundos en los que Patricia solo habló para decir diga, colgó.

Luego, se escuchó con claridad como caía algo pesado al interior del patio delantero. A continuación, un coche arrancó y se puso en marcha.

—Era Emily. Quería agradecernos todo lo que hemos hecho por ella y despedirse. Dice que nos ha dejado algo que seguro sabremos disfrutar. Debe de ser lo que acabamos de oír.

Salieron. Frente a la puerta había una mochila negra. Patricia se acercó y la levantó. Pesaba mucho, estaba casi llena. Antes de abrirla miró a Fernando durante unos segundos. Sentía calor. Corrió la cremallera muy despacio y, al mirar el interior, sus ojos brillaron tanto como el oro que contemplaba.

23 de octubre de 1988, 3:05 h

Se levantó de un salto, no permitiría que aquel tipo tan raro hiciera daño a David. A la izquierda del hogar de la chimenea había un atizador metálico con un saliente en punta en el extremo. Lo cogió sin pensar y golpeó al extraño con todas sus fuerzas. La punta se quedó clavada en un punto entre la espalda y la nuca de aquel hombre. El grito que soltó apagó el resto de los sonidos. Sin verla venir, la mujer pelirroja se abalanzó sobre ella. David movía las manos sin parar intentando zafarse del nudo. Sonia, del empujón que recibió, se golpeó con la mesa que tenía detrás. El candil se volcó y parte del líquido que contenía impregnó su ropa. La llama del candil no tardó en dibujar un charco de fuego sobre el tablero. Sonia se giró. Al ver cómo las llamas avanzaban hasta ella intentó alejarse, pero no tuvo tiempo. El fuego saltó desde la mesa y la abrazó sin intención de soltarla. David lloraba impotente ante lo que estaba viendo. Sonia gritaba y se golpeaba intentando apagar las llamas que le retorcían la ropa y la piel. Se dirigió a la puerta dando tumbos. Si conseguía salir, podría apagar las llamas con los charcos del suelo. Pero lo que consiguió fue empeorar más las cosas. En su avance descontrolado golpeó la pequeña mesa que había al lado de la puerta. El candil que lucía sobre ella cayó al suelo. El queroseno se derramó y ardió al instante terminando de chamuscar a Sonia. Su cuerpo sin vida cayó al suelo. La puerta de madera, salpicada por el combustible, no tardó en arder. La mujer pelirroja cogió la mano de su hija y tiró de ella. La pequeña, arrastrada por su madre, se golpeó la cabeza con el pico de la mesa. La niña miró a David. Él le devolvió la mirada y vio a una niña pálida y confundida. Una niña que estaba viviendo algo que no le correspondía. La mujer pelirroja abrió la ventana. La ráfaga fresca de aire que entró en el salón avivó las llamas.

—Sal por aquí, Emily.

La pequeña estaba estática, no reaccionaba ante los estímulos externos. La mujer pelirroja la cogió en brazos y la subió al alféizar de la ventana. Aproximó la cabeza de la niña al hueco que dejaban dos de los barrotes de las rejas e intentó que pasara, pero solo llegaba hasta las orejas. Detrás, el fuego cada vez calentaba más y empezaba a notar como se le chamuscaba la ropa. Sin tiempo para otra cosa, empujó con todas sus fuerzas. La pequeña rompió a llorar, pero la cabeza pasó. Luego el resto del cuerpo salió sin dificultad. La vio tirada en el suelo y sintió una punzada de pena, sabía que no la volvería a ver. Se dio la vuelta, solo vio humo. A tientas llegó hasta su marido. Estaba tirado en el suelo bocabajo con el atizador clavado. Lo cogió y tiró de él. Del pequeño agujero comenzó a salir sangre. Le giró

la cabeza y vio que tenía los ojos abiertos. De repente, él rompió a toser. Ella le ayudó a levantarse y él consiguió moverse con dificultad. Avanzaron esquivando las llamas hasta la escalera que empezaba a arder. Subieron sin parar de toser. Los pulmones ardían en cada bocanada. Se metieron en la habitación que daba a la parte trasera de la casa y cerró la puerta. Aunque el humo lo ocupaba todo, parecía que se respiraba algo mejor allí. Con las manos por delante, llegaron al armario. La mujer pelirroja lo abrió, levantó la base y subió la tapa de la trampilla. El humo de la habitación se coló por el agujero negro. Intentó meter a su marido con cuidado, pero se le escapó de las manos y cayó rodando por las escaleras. El ruido seco del cuerpo al llegar abajo le estremeció. Después entró ella, colocó la tapa de la base sobre el borde de la trampilla y al cerrarla cayó sobre ella. Bajó a ciegas. Las últimas fuerzas que le quedaban las gastó en coger a Miguel y arrastrarle hasta la pared. Quedaron sentados uno al lado del otro. La cabeza de él cayó sin vida sobre el hombro de ella. Con lágrimas en los ojos, la mujer pelirroja apoyó la suya sobre la de él y lo abrazó.

Verano de 1672, Inglaterra

El grito de dolor de Sofía estremeció a María. A su lado estaba James. Su pelo rubio estaba empapado de sudor y hacía más ruido al respirar que la propia Sofía.

—Vamos hija, empuja un poco más, que ya se le ve la cabeza —le animó María sujetándole la mano.

—¡Ahora, empuja! —ordenó la matrona que atendía el parto.

Sofía elevó el tono de su piel a un rojo ardiente y la vena de su frente amenazó con estallar. A continuación, sintió como la pequeña cabeza salía y, detrás, el resto del cuerpo. Más que salir, pareció escurrirse hacia el exterior como si fuera un pez resbaladizo. Una mezcla de alivio y de vacío la llevó al borde del llanto. James se apoyó en la pared que tenía al lado, parecía estar sufriendo más que su mujer. El llanto del bebé disipó la tensión que reinaba en el ambiente. La matrona cortó el cordón, envolvió al pequeño con una toalla y se lo tendió a la madre. María tuvo que contener las lágrimas, su nieto era el vivo retrato de Alexander. Aunque el pequeño carecía de pelo, su piel rosada y el tono verdoso de sus ojos eran exactos a los de su hija y, por tanto, a los de Alexander. James, por fin, consiguió encontrar el equilibrio y se acercó a su mujer y a su hijo. Al pobre no le salían las palabras y parpadeaba continuamente para evitar llorar.

—Se llamará Alexander, como mi padre —aseguró Sofía. Su madre sintió un escalofrío

—Os dejamos solos para que disfrutéis del momento —dijo María; después, salió de la habitación acompañada de la matrona.

Una vez sola en su habitación, se sentó en el borde de la cama. Estaba agotada, la tensión del parto provocó que le dolieran todos los músculos del cuerpo. Se levantó y se asomó a la ventana. Nunca se acostumbraría a contemplar la grandeza de su propiedad. Ni siquiera se veían los límites desde allí.

No había día que no se acordara de Alexander y Murdock. Habían pasado veintidós años desde que salieron despavoridos de Cuenca, pero tenía el recuerdo tan fresco como si hubiese ocurrido la semana pasada. Guardaba celosamente el documento que la acreditaba, a ella y a sus futuros descendientes, como propietarios de la casa. Aunque no tenía intención de volver, nunca se sabía qué podía ocurrir en un futuro.

Cada vez que se acordaba del cuerpo de Alexander tirado en aquella sala subterránea, rompía a llorar. Todavía no entendía qué le pasó. De repente perdió la cabeza; se convirtió en un ser esquivo. Sospechaba que las raíces habían tenido mucho que ver en lo que ocurrió. Los dos hombres que vio en la sala tirados en el suelo y

desnudos la terminaron de convencer de que, aparte de loco, era peligroso. Si no hubiera llegado a aparecer Murdock, estaba segura de que Sofía y ella no estarían disfrutando ahora de la llegada del pequeño de la familia..

Después del disparo le costó volver a la realidad. Los oídos le pitaban. Cuando el volumen disminuyó, se fijó en Sofía que lloraba sin parar. Al capitán también le costó reaccionar. María se sorprendió al ver cómo el rostro del hombre envejecía delante de ella. Con paso lento y tembloroso, Murdock se cargó el cuerpo humeante de Alexander a la espalda.

Cuando iban a salir, María le contó lo que había visto en la otra sala. «Antes de encontraros pasé por esa sala y los vi. Ninguno tenía pulso, esos hombres están muertos», le respondió el capitán. Al salir de las galerías, Murdock depositó el cuerpo sin vida en el suelo y cerró la puerta, después, giró la palanca, colgó el cuadro y se volvió a cargar a Alexander. Ya por fin en el exterior, se dirigieron al terreno de la parte trasera de la casa y en la zona que semanas antes, Alexander había despejado de matorrales, lo enterraron. Cuando el cuerpo cayó en la fosa, la semilla que guardaba en la bolsa porta pertenencias del jubón salió. Tiempo después, un árbol echaría raíces en las mismas entrañas del muchacho.

María ni siquiera lloró. Todo lo que estaba sucediendo parecía formar más parte de un sueño, que de la realidad. El capitán volvió a entrar. Ella le esperó fuera con la pequeña. Tras varios viajes el hombre salió con la caja y el cofre de oro. Con las prisas y las ganas de alejarse de allí, se olvidó el saco de las raíces. Había dejado la mesa y la silla sobre la trampilla, disimulando así el acceso. De allí fueron directos a la casa de Murdock. Al día siguiente contrataron a varios albañiles para que tapiaran la puerta y las ventanas de la vivienda. Antes de irse, María se llevó el documento que la acreditaba como dueña de esa casa. El capitán preguntó a conocidos suyos de la ciudad y se enteró de que las mismas caravanas de carros que iban desde Valencia a la capital, pasaban por Cuenca de regreso. Al día siguiente, con los carros cargados con todas sus posesiones, se unieron a ellos y tres días después llegaron al puerto de Valencia. Malvendieron los carros, las mulas y el caballo, y embarcaron dirección a Inglaterra.

Los inicios fueron difíciles. No conocía el idioma y el carácter de los ingleses difería mucho del talante andaluz. Gracias a Murdock y al oro del tesoro, se estableció en las afueras de Londres, en una casa demasiado grande para su gusto y rodeada de extensos campos. El capitán se instaló con ellas. Llevó su parte del tesoro, que mantenía escondido, y lo juntó con lo que quedaba del de María en los sótanos. Todo era perfecto a excepción de la ausencia de Alexander. Muchas noches, al acostarse, lloraba de rabia al pensar lo felices que hubieran

sido allí los tres juntos.

Al poco tiempo compraron ganado y acondicionaron la finca para la cría de reses. Resultó ser un negocio bastante lucrativo y supuso un aumento de la capacidad económica de la familia. Aparte, dio empleo a varias decenas de trabajadores.

En mil seiscientos sesenta y cinco, la peste hizo acto de presencia en Londres. Sin la ayuda de las raíces poco podía hacer, ni siquiera recordaba donde estaba el valle cubierto de aquellas flores tan coloridas. Allí, alejados de la ciudad, se mantuvieron a salvo de las garras de la enfermedad. Después, justo cuando la ciudad se recuperaba de la pandemia, un gran incendio asoló parte de Londres. Hasta allí llegó el humo, pero, aparte de las molestias al respirar, no tuvieron que lamentar ninguna desgracia.

Un año después de aquel devastador incendio, el cuerpo del capitán se rindió. Su hábito de fumar en pipa apagó sus pulmones y una mañana, sencillamente, no despertó. Tanto para ella como para Sofía, ya que le consideraba como un abuelo, supuso un gran vacío.

A los pocos meses de la muerte del capitán, apareció en escena James. Un joven londinense, rubio y apuesto que se dedicaba a la compra y venta de ganado. En cuanto vio la belleza y las formas redondas y bien proporcionadas de Sofía, cayó rendido a sus pies. Era rara la semana que no se acercaba a la finca con flores, bombones o cualquier otro presente. Sofía se dejaba querer y cuando él se declaró, lo aceptó sin reparos. María vio con buenos ojos el noviazgo de su hija. El chico, aparte de guapo, procedía de buena familia y las podría ayudar a mantener el orden en la finca. No pasó ni un año cuando anunciaron que se casarían. La dicha de María se multiplicó cuando la pareja anunció su intención de quedarse allí, en la finca. James pasaba largas temporadas viajando y así Sofía tendría a su madre al lado en esos momentos. Se construyó una casa aledaña y, después de la ceremonia, la pareja se instaló allí.

María se había convertido en una mujer poderosa y respetada, aunque seguía siendo la misma chica que iba a la iglesia a que Alexander le diera los huevos más frescos y los tomates mas rojos. Varios terratenientes habían intentado conquistarla, pero, después de la mala experiencia de su relación anterior, prefería vivir sola y tranquila.

Ahora tenía todo lo que había soñado, incluso a un mini Alexander. Pero si algo había aprendido en todos estos años, era que la felicidad igual que venía se iba. Por eso se esforzaría en disfrutar esos momentos al máximo. Se levantó, se tocó la cicatriz, que todavía le picaba en ocasiones, y se reunió con su familia. La vida era demasiado corta como para anclarse en el pasado.